

GALERÍA

DE

ESPAÑOLES ILUSTRES

---

RETRATOS Y BIOGRAFÍAS

PUBLICADOS POR

**“EL CORREO ESPAÑOL”**

TOMO I

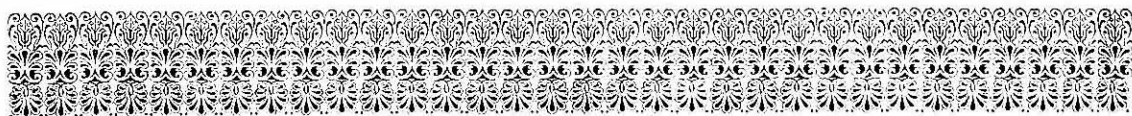
BUENOS AIRES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «EL CORREO ESPAÑOL»—25 DE MAYO 460 Á 468

1893







## INTRODUCCIÓN

---

Un público y merecido tributo de reconocimiento, á la vez que un aplauso legítimo á dos tan modestos cuanto valiosos artistas, de parte de la empresa que en 1890, en momentos de verdadero peligro para el periódico y con el Dr. Calzada al frente, se hizo cargo de EL CORREO ESPAÑOL de Buenos Aires, ha dado origen á este libro.

Cuando los distinguidos pintores Manzano y Oliva se prestaron galantemente á pintar, el primero, restaurar y ampliar, el segundo, la tela que decoraba el techo de la antigua redacción, aumentando para el de la nueva oficina el número de retratos de *españoles ilustres* que en aquella tela con singular gallardía estaban representados, la nueva empresa de EL CORREO ESPAÑOL entendió que era justo, oportuno y conveniente reproducir, primero en fotografía, y después en una serie de grabados aquellos retratos, para que nuestros connacionales compartiesen la satisfacción de poseer tan hermoso recuerdo de arte y de gloria, y de paso compensar el talento y galantería de los artistas amigos, con un aplauso público y sinceramente tributado con todo el cariño del compatriota y del admirador de lo bello.

Natural era que á la reproducción de cada retrato acompañase una noticia biográfica del personaje recordado, tan completa y á la vez tan concisa como lo permiten los límites estrechos de una publicación diaria, y el tiempo brevísimo, de horas tan solo, con que deben contar los escritores de un periódico para sus estudios y trabajos.

No debe, pues, esperarse en esta obra riqueza de detalles, profundidad de crítica, madurez en el estudio, gran dialéctica, juicio sazonado; nada, en fin, de lo que constituye la verdadera biografía: el inmortal Quintana para sus *Vidas de Españoles célebres*; el eminente Duque de Rivas para su *Massaniello*; y el galano cuanto profundo crítico Menéndez Pelayo para sus *Heterodoxos Españoles*, contaban, además de la inmensa superioridad de sus talentos y la riqueza poderosa de su erudición, con el vagar de tiempo y espacio necesarios para un profundo estudio de la materia por ellos elegida, y con los

elementos indispensables siempre, como fuentes de inspiración y de conocimiento; contaban con aquellas bibliotecas riquísimas, aquellas sabias corporaciones que no se conocen aquí, aquel medio ambiente en que vivieron y viven los pensadores, medio ambiente sin cesar cruzado por los rayos de las ideas que se entrechocan, fecundando la vida del espíritu como los rayos de la luz del cielo fecundan la vida de la materia, medio ambiente de aquel viejo mundo, tan distinto del que aquí se respira.

Pero los redactores de EL CORREO ESPAÑOL, autores de los apuntes biográficos que van á leerse, ni son, por desgracia de sus lectores, Quintanas, Saavedras ni Menéndez Pelayos, ni viven, por su desgracia propia, en el mismo ambiente de aquellos, ni poseen los elementos necesarios para dar á su obra consistencia, solidez, autoridad y mérito.

Periodistas; esto es, trabajadores al día, peones del pensamiento, como otros obreros son peones de cargas no más livianas aunque requieran toda la fuerza del más poderoso sistema muscular, los redactores de un periódico no pueden ofrecer en sus hojas, que solo duran un día, sino tibios y fugaces resplandores de idea; nunca ideas completas.

Por eso este libro no aspira, no debe aspirar á la categoría de obra de consulta para los sabios, de polémica para los entendidos; de obra permanente, consistente, ni dotada de autoridad; le faltan para ello todas las condiciones de fondo, y todas las bellezas de la forma.

No es obra biográfica, en fin: son apuntes biográficos; no es obra pensada; es simplemente sentida.

Mas, en este concepto último, como obra del sentimiento, los redactores de fondo de EL CORREO ESPAÑOL, autores de estas notas biográficas, sí que reclaman de sus lectores la consideración merecida á quien ha sabido llenar cumplidamente un deber impuesto por el cargo que ejercen.

Mantener viva la hoguera del santo amor á la patria ausente, sin que el mantenimiento de este culto sagrado haga imposible el amor de humanidad, antes bien lo vigorice y extreme, extremando la admiración á cuanto hay de grande y de noble en el corazón humano; mantener viva la hoguera del amor de patria, es el deber primero y más constante del escritor, del pensador, en tierra que no es la propia, aunque en toda la tierra sean los hombres hermanos: como es la madre la mujer que más debe amarse en la vida, aunque todas las mujeres merezcan delicado culto á las almas bien templadas.

Pocas razas tienen tan arraigado en el espíritu el santo amor de la patria como la raza española: ese amor parece como que se exacerba y se irrita con la ausencia, como se exacerban y se irritan las heridas con el dolor: en todo grupo de españoles ausentes de la patria es tan tenaz, tan vivo el sentimiento de nacionalidad, que viene á constituir á la manera de una segunda vida: claro es que este sentimiento patrio, en todos los hombres, no solamente entre nosotros, reviste multitud de aspectos y de cambiantes curiosísimos; tiene grandezas que admiran y pequeñeces que el buen sentido suele rechazar: pero cambiantes, grandezas y pequeñeces que suelen depender más que de la voluntad, del instinto; más que de la educación y de la cultura, de las circunstancias.

Encaminar al bien común, y por la vía de una labor fecunda, armonizando los afectos diversos de estas colectividades humanas así constituidas y que de esa forma se ven obligadas á pensar y sentir, es el deber de todo escritor, de todo pensador, fuera de la patria.

En consonancia con la índole de EL CORREO ESPAÑOL, y procurando corresponder en algo á lo mucho que debe á ese favor con que la colectividad le ampara, y no por vanagloria, no por ese móvil bajo que, afectando las formas elevadas del *patriotismo*, cae torpemente en el pobre extremo de la burda *patriotería*, entendió la empresa de EL CORREO ESPAÑOL que, coleccionar en varios volúmenes el conjunto de biografías de españoles ilustres, sería obra grata á la vez que útil para nuestros connacionales; sería labor de honrado y serio patriotismo.

Para todos será evidentemente útil cuando traten de rebatir á conciencia los errores de los extraños, á propósito ya del pasado, ya del presente de nuestra España: errores hijos del patriotismo mal entendido de otros hombres, cuando no de la envidia, la mala fe, ó la ignorancia; vicios que, aun cuando parezca mentira, más frecuentemente se hallan entre los hombres ilustrados que entre los ignorantes, cuando se convierte el amor de patria en amor propio; que toda pasión sin freno carece de entrañas.

El agrado con que fué acogida la resolución de reproducir los retratos de los españoles ilustres cuyo grupo decoraba la sala de redacción, estimuló á la empresa de EL CORREO á continuar la obra emprendida, que, puede decirse, siguió y sigue por sí misma haciéndose.

Abiertas las páginas de nuestra historia gigantesca, un gran poeta lírico evocó la sombra de un gran poeta dramático; éste llamó á un épico ilustre; tras el poeta épico apareció el gran novelista; los poetas llamaron á los pintores; los pintores llamaron á los músicos; con los grandes músicos acudieron en tropel los grandes artistas; con éstos se presentaron los oradores eminentes, y con los oradores eminentes los eminentes jurisconsultos: la ley escrita y la ley interpretada, piden hombres que la hagan eficaz en las sociedades; y con los oradores y jurisconsultos vinieron los hombres de Estado: con los hombres que sostienen en el ejercicio del poder las leyes del Estado y con ellas la nacionalidad, vinieron los hombres que la defienden; los hombres de Estado eminentes llamaron, pues, á los guerreros ilustres; pero como la guerra es arte y ciencia, un gran capitán evocó á un gran marino, y un gran marino á un gran matemático, como un gran jurista había evocado á un filósofo ilustre, un filósofo á un naturalista, un naturalista á un físico.

A medida que avanzábamos en la obra, comprendíamos que ésta, por lo grandiosa, podía ser interminable; la historia de España, la grandeza de España, son historia y grandeza seculares. Así el caudillo que defendió heroicamente la nacionalidad en nuestros días, Daoiz, Palafox, Castro, Mina, Rodil, recordaban á los que en siglos pasados tan bravamente la defendieron, llamándose Viriato, Indivil, Sertorio, tan español por el alma como romano por la carne; Pelayo, los Alfonso de Leon, los Pedro de Castilla y Aragón, los Jaimes de Valencia y los Berenguer catalanes: un mártir de la libertad evocó otros mártires contra más remotas tiranías; Riego evocó á Lanuza; Lanuza á Padilla; Padilla á Guillem Sorolla; Padilla y Sorolla á Pardo de Cela: un gran capitán de nuestros días, Prim, recordó á los grandes capitanes que han ocupado con su fama el mundo, desde los pastores humildísimos que lucharon contra Roma, hasta aquellos hombres de hierro, así árabes como cristianos, así Almanzores como Cides, así Abderrahmanes como Fernandos, españoles todos, que llenaron de gloria la edad media: y desde éstos, hasta los Cardonas, Cabrerías, Entenzas, Laurías, Albas, Requesens, Moncadas, Paredes, Gonzalez de Córdoba y Mendozas, que llenaron con su nombre el viejo continente, hasta los

Colones, Ojedas, Cortés, Pizarros, Balboas, Sandobales, Nicuesas, Magallanes, Elcanos y mil y mil más, que al mismo tiempo llenaban con los suyos el continente nuevo, completando la obra de la creación.

Al consignar que los nombres de Quintana, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce, Echegaray y Galdós, son universales, forzosamente teníamos que recordar que la inspiración de esos hombres ha bebido en fuentes inmortales; y que esas fuentes se llaman Cervantes, Calderón, Lope, Moreto, Alarcón, Rojas, Tirso, Quevedo, Góngora; que éstos á su vez se han inspirado en Juan de Mena, Jorge Manrique, Hurtado de Mendoza, el Arcipreste de Hita, Boscan y Garcilaso, y que éstos, bebiendo á la vez su inspiración en los primeros cultores del habla española, vienen á enlazar con Leandro y Prudencio, Séneca, Marcial y Lucano, sus guirnaldas siempre verdes, siempre floridas, á la cultura romana, madre de nuestra cultura; y con la cultura romana á la cultura griega, madre de toda la presente civilización caucásica.

A los que deniegan que, á la par de Grecia y Roma, figura España, en el orden de los tiempos, como la nación dueña por muchos siglos de los destinos humanos, fuerza que ha impulsado hacia adelante á los pueblos todos, como Grecia y Roma los propulsaron y educaron en su día, hubimos de recordarles que, después del teatro griego, es el teatro español el más original, el más rico y el primero del mundo: que la obra más tendenciosa que se ha escrito hasta el presente, dentro del arte, es el *Quijote*; que si no tenemos *Iliadas* ni *Eneidas*, nuestro inmortal *Romancero* bien vale lo que la *Iliada*; y que en el Renacimiento de la cultura europea á mediados del siglo XIII figuran una región española con otra italiana y otra francesa como si fueran una región sola: pues que los poetas y artistas provenzales son tan valencianos y catalanes como italianos y franceses, que un *Ausias March* bien vale un Petrarca, y que si Italia se envanece con razón de esa trinidad inmortal del arte que se llama Rafael, Miguel Angel y Leonardo de Vinci, no con menos razón se envanece España de esa otra trinidad no menos inmortal que se llama Murillo, Velázquez y Ribera.

Ya en el camino de la gloria, hubimos de recordar que á historiadores tan austeros como Tácito, podemos oponer historiadores tan austeros como Mariana; á polítics tan hábiles como Maquiavelo, polítics tan hábiles como Saavedra Fajardo y Antonio Pérez; que un Cardenal de Cisneros bien vale lo que un cardenal de Richelieu: que Carlos V no es menor que Luis XIV, ni ha superado Aníbal á nuestros Gonzalo de Córdoba, Alba y Cortés.

Motéjasenos de que los españoles, como hijos de una nación levítica, teológica, fanática, solo tenemos frailes, pintores de santos y poetas místicos: confundiendo así el esplendoroso vuelo de nuestro espíritu nacional, á través de la historia, con la estrechez de miras de los siglos XVI y XVII en que íbamos guiados á látigo por la Inquisición.

No: el espíritu de protesta contra toda autoridad rígida ó injusta, aunque esa autoridad alardee origen ó atributos divinos, halla en el suelo español campo vigoroso á su acción fecundante; las disputas de los primeros cristianos tienen en España sectarios tan fervorosos de todas las opiniones como el mismo Oriente: ya entonces llamó alguien á España la madre de las heregías; que arrianos y maniqueos conturbaron toda la monarquía visigoda, y Prisciliano nos pertenece: y así como España dió al Renacimiento de las ciencias y las artes laúdes, buriles y pinceles, y á la Revolución mártires, á Inglaterra códigos, á Francia su novela y su teatro, á Italia sangre para resistir invasiones extranjeras, al mundo entero admiración y gloria al com-



pletarle, dió á la Reforma religiosa apóstoles no menos ilustres que Calvino y Lutero y Wickleff, pues que, frente á los grandes *ortodoxos* como Loyola, Domingo de Guzmán, Teresa de Cepeda, Juan de la Cruz, Nuremberg, Luis de Granada y Luis de León, presenta *heterodoxos* tales como los Servet, los Carranza, los Valera, los Cazalla, los Molina y Villalpando.

Motéjasenos de no tener en España sino grandes oradores como Castelar, rival de Mirabeau, y grandes poetas como Quintana, rival de Leopardi, como Calderón rival de Shakespeare: de no tener sino buenos pintores y buenos teólogos, algún gran guerrero, y algún gran marino: pero que no tenemos hombres de ciencia, ni de industria: entonces, al trazar estos cuadros, nos hemos visto obligados á recordar que la astronomía, la medicina y las matemáticas modernas, arrancan en Europa de los sabios hebreos y árabes españoles, como toda la ciencia europea moderna arranca de Salamanca y de Córdoba, no solo de la Sorbona, de Bolonia y Heidelberg.

Hemos tenido que recordar que el descubrimiento de la circulación de la sangre se debe á un médico-teólogo español, Miguel Servet, y antes que á Servet á un modesto médico del tiempo de Juan II de Castilla; que Colón, como gran cosmógrafo, ha tenido precursores ilustres, iluminados con la luz del nuevo mundo, en los cosmógrafos mallorquines Jaime Rives y Gabriel de Valseca; que la artillería se debe á árabes españoles; á españoles como Monturiol y Peral los principios de la navegación submarina; que español antes que inglés ó norte-americano ha sido el que aplicó á la navegación un mecanismo más enérgico que el remo y la vela, y español, en fin, el primer toxicólogo del siglo: español el inventor de ese arte tan hermoso, tan humano, el lenguaje de los sordo-mudos; español Echegaray, tan eminente en ciencia como en arte; y español Ibáñez de Ibero, autoridad en matemáticas, como lo han sido en química Orfila y Luna, como ha sido en paleontología Vilanova.

No solo, pues, en el cielo maravilloso del arte, los astros de otras regiones se iluminan de cuando en cuando con las espléndidas luces de los astros que nos pertenecen; no solo Talma admira á Maizez, como Rossini á su colaborador García, como Canova á Montañes, como el mundo todo á Cervantes: no solo las aves canoras del cielo de nuestra patria compiten en dulzura con las alondras y ruiseñores de otros cielos; no solo cantando encantan la García Malibrán, la Patti y Gayarre, como hayan encantado sus rivales la Pasta, la Nilsson y Mario; no solo dando leyes al sonido admiran Eslava, Clavé y Sarasate, como dando leyes á la línea y al color han asombrado Fortuny, Casado, Rosales, Gisbert y Pradilla: que también en el cielo fecundo de la ciencia, si no son españoles, son de raza española el más grande, el más revolucionario de los filósofos modernos, Espinosa, y el más grande, el más revolucionario, de los físicos modernos, Alba Edisson; sin contar con la falange innumera de eminencias científicas, más estimadas, mejor comprendidas fuera de la patria que en la misma patria, por las razones ya apuntadas: como Jorge Juan, el gran cosmógrafo, el gran marino, como Marcenado, como Villamartin, renovadores del terrible arte-ciencia de la guerra.

En la arquitectura, que es así mismo á la vez arte y ciencia, y es además á un tiempo espíritu y carne, pensamiento y piedra, poema sublime y problema profundo, gracias á nuestros godos y nuestros árabes, hemos poblado la tierra de maravillas tan espléndidas como las egipcias, las orientales, las griegas y las romanas: nuestras grandes catedrales de la edad

media, ya góticas, ya bizantinas, nuestras mezquitas, nuestros monasterios, nuestros puentes y acueductos son la admiración del mundo todo: la catedral de León bien compite con *Notre Dame de Paris*; la de Burgos con la de Colonia; nuestro Escorial bien vale un Coliseo, y nuestra Alhambra no tiene rival: habría que buscársela revolviendo el polvo de las ruinas de Palmira, Persépolis ó Babilonia.

Hasta en aquellos aspectos de la humana actividad que solo tienen de poético el resultado y el espíritu que lo informa, en la agricultura, el comercio y la industria, es bueno recordar que los grandes agrícolas que adoc-trinaron á Roma fueron españoles; y los grandes agrícolas que aleccionaron á la Edad Media eran árabes valencianos, árabes españoles: que la nación maestra hoy en el comercio, la Inglaterra, ha aprendido su ciencia, esa ciencia positiva con que domina al mundo, en la letra de cambio; y la letra de cambio, alma del moderno comercio, es invención de los judíos, y esos judíos eran españoles tanto como italianos: esa Inglaterra poderosa, pues, de la raza española tomó la ciencia positiva que la hizo opulenta, como de la raza española tomó esa ciencia del humano derecho que la hizo libre: en aquellos legisladores españoles que trazaron con la punta de la espada tanto como con la punta de la pluma sus códigos visigodos, sus leyes de Sobrarbe, sus cartas-pueblas, sus inmortales *Partidas* que han eclipsado la gloria de la legislación más completa y sutil del mundo, la romana; sus códigos de Indias, precursores de una democracia briosa, en esas leyes se inspiró Inglaterra para trazar su *Carta Magna* contra la tiranía de sus señores, y todas las constituciones que la han enseñado el camino de la libertad.

Hasta en el crimen, en lo que tiene de grandeza artística, en lo que tiene de imponente y asombroso, no falta un español que asombre al mundo: el Papa Alejandro VI no tiene en la historia menos resonancia que Nerón: la institución más grande y más temida del mundo, la Inquisición, es española: el nombre de Loyola durará en los anales humanos tanto como el recuerdo de las grandezas y de los crímenes de la sombría institución por él fundada: y si Marat se distingue, se destaca con tonos vigorosísimos entre la turba de fantasmas de sombra ó de luz que cruzan el cielo tormentoso de esa Francia del 93 que conmueve al mundo, no debe olvidarse que el colaborador más enérgico de Marat es un español; Marchena.

Hemos dado, pues, á la humanidad, como los egipcios, como los persas, como los griegos y los romanos, leyes, artes, letras, religiones, monumentos, conquistas; bien podemos decir con orgullo que es nuestra raza española tan privilegiada como las más ilustres en la humanidad, como la hebrea, como la griega, como la romana, como la árabe: porque sangre de todas estas razas hay en sus venas, y á través de los siglos esa sangre no ha degenerado, como no degenera, antes bien, se vigoriza, la rica savia trasplantada oportunamente á buen terreno.

Así, pues, en todos los ramos del saber humano, no solo en teología, en poesía ó en pintura, como los envidiosos de España han pretendido, puede presentar nuestra patria queridas grandezas tan ilustres como pueda presentarlas la raza más privilegiada del mundo.

Lo que sucede es que ningún pueblo hay tan desdeñoso de sus hombres grandes como el pueblo español: parece que, saturado de grandeza, respirándola en el ambiente que le es propio, el español no se diera cuenta de lo que debe admirar y ensalzar; como el habituado á vivir entre aromas se

halla tan naturalmente en el aire perfumado, que ya no se extraña, no se apercibe de su delicadeza: no al que vive rodeado de flores, sino al que penetra de improviso en un jardín, le sorprende la fuerza de la vegetación.

A los pueblos que ensalzan quizá en demasía sus glorias, parece les inspirara la sorpresa del que penetra en ambiente que no es el suyo: á los que, como España, desdeñan sus glorias, parece como si el ambiente perfumado les fuera natural.

Si desde que se publica EL CORREO ESPAÑOL hubiérase presentado el retrato y la biografía de un español ilustre, sin abandonar un día la tarea, esta labor de cuya grandiosidad ni la misma empresa del CORREO se apercibió al emprenderla, no hubiera tenido fin todavía: porque nuestros grandes poetas, nuestros grandes guerreros, nuestros grandes artistas, nuestros grandes políticos, nuestros grandes filósofos, nuestros grandes hombres de ciencia, hasta nuestras mujeres ilustres, ya que alguien ha dicho que nuestra mujer española es inferior en inteligencia á la de cualquiera otra familia europea, se presentan no uno á uno, sino en falanges.

No teman, sin embargo, los amigos y lectores de EL CORREO ESPAÑOL que esta labor que hoy emprendemos haya de ser tan interminable como los anales históricos de la China, de los que se cuenta que una sola biblioteca imperial contiene seiscientos mil volúmenes; que buen año para el Pico de la Mirándola ó el Menéndez Pelayo que los llegase á dominar con erudita consulta y paciente estudio, no; los volúmenes de esta obra, cada uno de los cuales contendrá veinte y cinco á treinta biografías, tendrán un fin determinado, un límite natural y razonable, porque, de entre esas falanges de inmortales espíritus, solo nos es dado elegir los oficiales y jefes, ó por lo menos, aquellos de quienes han quedado recuerdos más precisos, rastros más salientes.

De los innumerables que se han perdido en la sombra, y de quienes apenas queda el nombre, nada podemos decir: tal vez valieron más los humildes, los modestos, aquellos de quienes ya no se habla después de la muerte, como en una acción de guerra tal vez valió más que el caudillo vencedor que ostenta en sus sienes el laurel del triunfo, el humilde soldado, el héroe oscuro, que muere sin palma y sin nombre: tal vez el éxito de la batalla se debió á ese soldado.

Así en la historia, y así en este libro: si aun entre los más grandes ocurre que se ha disputado hasta la saciedad el lugar en que nació Cervantes y aquelen que fué enterrado; el lugar en que nació Colón y aquel en que reposan sus huesos; si acerca de los retratos de uno y otro tanto se ha disputado, cuando Cervantes y Colón son de ayer, como quien dice, ¿qué recuerdos, qué biografía podríamos presentar en estas páginas referentes, por ejemplo, al músico ciego valenciano del siglo IX, aquel árabe Aben-Jot, autor del hermoso canto de libertad que viene estremeciendo las almas de tantas generaciones, y que es el nervio de nuestra música nacional, la más rica, la más varia, la más admirada y admirable de todas las músicas de instinto, autor, en fin, de la jota?

¿Qué biografías podemos presentar de aquellos famosos agricultores é industriales de nuestra Edad Media, émulos de los industriales de la *Liga Anseática*, que renovaron el mundo del trabajo antes que los teólogos alemanes é ingleses renovaran el mundo de la conciencia? ¿qué vamos á decir de tanto héroe modesto caído sin nombre en la batalla de la vida?



Esta obra, pues, tiene sus límites naturales en el espacio y en el tiempo, aunque en el pensamiento no los tenga.

Aparte de las muchas imperfecciones que hemos señalado y debe necesariamente tener, tendrá la mayor de todas en la desigualdad del estilo, por la diversidad de autores que en ella también necesariamente han colaborado hasta hoy, y en lo sucesivo colaborarán.

Obedeciendo cada escritor á su temperamento y aficiones, uno se detendrá más á profundizar el estudio de la época en que figuró el personaje que trata, que el carácter del propio personaje: otro se detendrá con más cariño en la influencia, en los resultados de la obra de su biografiado, que en los azares personales del mismo: otro, más erudito que caviloso, gozará en los detalles hasta domésticos del héroe de que se ocupa: á un escritor le gustará el rasgo profundo, al otro el rasgo cómico: y de esta suerte, las páginas de este libro deberán tener todos los matices de la idea: trasgresión muy grave contra la ley de unidad que debe presidir todas las obras humanas, si se quiere que tengan eficacia y energía, pero trasgresión imprescindible que viene, en definitiva, á resultar ventajosa para los lectores de estos apuntes biográficos.

Esta variedad de tonos y matices, al hacer imposible la monotonía peculiar á un solo estilo por brillante que sea, hace más agradable la lectura; y en el fondo viene á ser un compendio razonado de historia, utilísimo, ya lo hemos dicho, como recuerdo á los que saben, como consuelo y sentimiento á los que ignoran, como arma de ataque y defensa para todos, cuando se pretenda menospreciar el nombre de la patria querida.

CARLOS M. DE EGOZCUE.

---

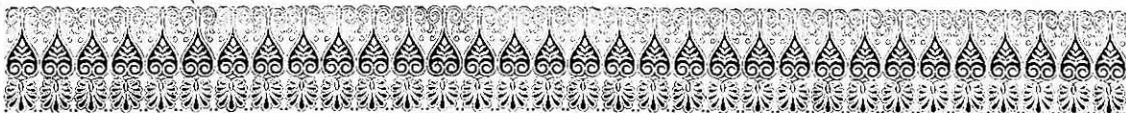


# BIOGRAFIAS



D. Gaspar Melchor de Jovellanos





## JOVELLANOS

---

DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS es uno de los más ilustres españoles de nuestro siglo: es, mejor dicho, el más grande de todos, por la extensión y profundidad de sus conocimientos, la austeridad de su carácter, la pureza de sus costumbres, la influencia saludable que ejerció en su tiempo, y el renombre altísimo que ha conquistado en la historia.

Fiel continuador de esa obra gigantesca que iniciaron los Ensenada, Florida Blanca y Aranda; esa obra que se ha llamado el renacimiento, la regeneración española tras siglo y medio de oscurantismo, de miserias de todo género, de desnivel social y moral, de aquella caída, en fin, tan grande, que se inicia ya en Felipe II, como había sido grande y rápido el engrandecimiento, la gloria conquistada en los siglos XV y XVI; á la par de esos próceres cuyos nombres figurarán con orgullo y serán repetidos con cariño por muchas generaciones; á la par, decimos, del marqués de la Ensenada y de los condes de Florida Blanca y de Aranda, figuró Jovellanos: prócer no menos ilustre y tal vez más grande aún que ellos, por haber sido su inteligencia más poderosa, y haber influido en época de más violenta transición, donde su carácter se desplegó con más energía y sus sufrimientos fueron mayores.

Jovellanos, colaborador en la generosa obra de los grandes hombres del siglo XVIII, viene á ser, por lo mismo, el maestro y precursor de los grandes hombres del siglo XIX.

Argüelles, Calatrava, Muñoz Torrero, Quintana, todos aquellos que con justicia llamamos padres de la libertad española, precursores de nuestra democracia, los que han despertado, en fin, el carácter nacional llamándole á las graves empresas en comunión sagrada con los demás pueblos cultos y en armonía con lo que la época requiere, esos hombres ilustres, en fin, progenitores de la España moderna, tuvieron por maestro, por guía, por ejemplo nobilísimo á Jovellanos.

En efecto: enclavado éste en el límite de dos siglos, uno que muere entre sombras, otro que nace á la luz de un nuevo espléndido día; entre dos épocas que batallan, una por sostener el pasado, otra por realizar un porvenir, es Jovellanos como una de aquellas rocas que resisten los oleajes de mares embravecidos que á su pie se estrellan y batallan antes de confundirse, y como uno de aquellos cedros seculares que resisten sin doblarse jamás el empuje de vientos encontrados.

Nació Jovellanos en Gijón, Asturias, en 1774, y murió en 1811 en el Puerto de Vega, inmediato á la villa de Navia, cuna del insigne Campoamor. En aquel pequeño puerto, donde Jovellanos cerró los ojos, abrieron los suyos á la luz hombres tan ilustres como Navia Osorio, marqués de Santa Cruz, el primer táctico del siglo XVIII, cuyo centenario se celebró no ha mucho, y Perez Villamil, autor del famoso manifiesto del Alcalde de Móstoles, primer grito de guerra contra los franceses, y que fué más tarde ministro de Hacienda de Fernando VII.

Hemos dicho que se distinguió por la extensión y profundidad de sus conoci-

mientos: en efecto, era un enciclopedista, y enciclopedista profundo. Teólogo primero, pues siguió la carrera eclesiástica hasta ponerse en actitud de poder hacer oposiciones á una canongía doctoral, disuadido por amigos celosos abandonó esta profesión por la de legista, y en ella fué consumado.

Magistrado austerísimo y eminente, ha honrado el foro español en los cargos diferentes que por escalafón riguroso se le concedieron: alcalde del crimen en la Audiencia de Sevilla, oidor Alcalde de Casa y Corte en Madrid, Consejero del Tribunal de Ordenes, Ministro de Gracia y Justicia, Consejero de Estado.

Además de profundo jurisconsulto, de filósofo y economista consumado, dotes que brillan en todas sus obras, modelo de profundidad y de seriedad, ricas de erudición y de colorido, fué el hombre de Estado, el político de su tiempo más ávido de reformas, más celoso de la moral y la cultura, más empeñado en lanzar á su patria querida en la ancha vía del progreso, que ya otras naciones que á nuestra costa se engrandecieran habían emprendido.

El ilustre autor de *Pan y Toros* y del *Informe sobre la Ley Agraria* se vió arrojado de la Corte varias veces, vencido en su lucha por quienes no le comprendían, á la manera que las viejas teogonías nos pintan la derrota que á las veces sufre el espíritu de la luz luchando con el de las tinieblas al borde del abismo.

En una de estas ocasiones se vió obligado Jovellanos á recorrer durante once años toda la península, sufriendo vejaciones, humillaciones de todo género, de las que España no obstante obtuvo frutos sabrosísimos: los varios estudios que sobre geografía, economía, agricultura, industria, comercio, antigüedades, ciencias, artes, letras y costumbres produjo la elegante pluma de este sabio, señalando con acierto incomparable todas las mejoras, todos los progresos que las necesidades de aquel pueblo grande pero dormido, de aquel Prometeo encadenado reclamaban, son esos frutos, sabrosos para la patria, brotados al calor de sus desdichas personales.

Este hombre, verdaderamente grande y magnánimo, se vengaba de las ofensas y de las injurias de sus contemporáneos siéndoles útil.

En otra ocasión fué arrancado de su casa á media noche y por la fuerza pública, haciéndole atravesar toda la península hasta ser encerrado en el Castillo de Bellver, donde padeció siete años de injusta y miserable prisión singularizada por todo género de penalidades morales y físicas.

Desde aquella prisión dirigió al Rey una instancia, modelo de elevación y de fortaleza de espíritu, en que exponía sus agravios, recompensa de los grandes servicios prestados á la patria, y en la cual decía que se presentaba al soberano «no ya para implorar su gracia, sino para reclamar su suprema justicia.»

Por los siguientes párrafos con que termina esa instancia fechada en la Cartuja de Mallorca, en 8 de Octubre de 1801, podrá juzgarse del temple de alma de aquel grande hombre:

« Mi opinión, antes íntegra, y sin manchilla, ha padecido con mi existencia civil; y á semejante opresión ¿se añadirá la injuria de cerrarme las puertas á la defensa y desagravio? ¿Y se negará á un hombre de honor y de mérito lo que el derecho natural, divino y primitivo, concede al más infeliz y depravado delincuente? »

« Yo ignoro de dónde me puede venir tanto mal: si alguna extraña equivocación, si alguna aparente sospecha dieron causa á él, dígaseme y yo las desvaneceré en un punto; pero si algún indigno delator osó poner su infame boca sobre mi opinión y mi inocencia, para sorprender á los ministros de V. M., dígaseme también, y póngasele cara á cara conmigo para que yo le convenza, le confunda, y le exponga á toda la indignación de V. M. y á la execración y horror del público. »

« Imploro, por tanto, á la justicia de V. M., no solo para mí sino para todos los hombres de bien, porque no hay alguno á quien no interese mi desagravio: la opresión de mi inocencia amenaza la libertad de la suya, y el atropellamiento de mi libertad pone en peligro y hace vacilante la de todos mis conciudadanos. Esta justicia se la debe V. M. á sí mismo. »

La caída de Godoy, primero, seguida inmediatamente de la de Carlos IV, le dió libertad; y aquel hombre grande, magnánimo, templado en el acero de los hombres de Plutarco, llamado con adulaciones infinitas por Napoleón y sus partida-



rios á la venganza, á la que también le estimulaban amigos íntimos irritados por las torpezas de la vieja Corte, se vengó noblemente sosteniendo los derechos de la casa reinante, y poniéndose al frente con bravura de aquel movimiento nacional, de aquella legión de héroes que escribieron con sangre y con honra la página hermosa que se llama *Guerra de la Independencia*.

Fué Jovellanos el más activo, enérgico y entusiasta al par que el más ilustre y sabio de los miembros de la Junta Central que encabezaron y dirigieron el movimiento; él inició la idea de Cortes, él las preparó, estudió y reglamentó de tal suerte, que fué la admiración de los más profundos y sabios estadistas de su época; él preparó el Consejo de Regencia que asumió los poderes de aquella Junta Central, y dió más unidad y con ella más fuerza al movimiento.

Las ingratitudes con que vió pagados sus esfuerzos y sus méritos eminentes abreviaron el curso de una vida ya tan trabajada por las enfermedades, las grandes amarguras, la pobreza, las persecuciones, y el desconocimiento de sus méritos, por parte de sus contemporáneos.

Pero más justa la posteridad, como más educada, solo pronunciar con veneración pudo el nombre de aquel mártir y sabio, que tanto contribuyó á educarla con sus talentos y sus virtudes.

Mientras vivió, solo las letras y la amistad y el respeto fervientísimo que le prodigaban los hombres de talento sus contemporáneos, de quienes fué, más que protector y amigo, un padre; la amistad de hombres como Cienfuegos, Quintana, Moratín, Meléndez Valdés, Cadalso y cien más de aquellos que tanto contribuyeron al renacimiento de nuestra cultura intelectual, mientras la libertad renacía también, esa dulce amistad fué el solo lenitivo de las amarguras de aquel grande hombre; pues, como se sabe, el autor del *Delincuente honrado*, y de aquellas sátiras y epístolas morales modelos de elegancia y buen gusto, era también un notabilísimo poeta: que no podía menos de ser poeta, es decir, lo que cierto vulgo llama *soñador, visionario*, quien antes que todo se distinguía por aquel santo anhelo de justicia y de verdad, y quiso imponer sus ideales, encarnarlos en la vida con la palabra y con el ejemplo, desplegando aquella grandeza de alma, aquella austeridad severamente viril, que constituyen la esencia y al mismo tiempo la modalidad del *hombre de bien*.

---







*D. Cosme Damián Churrucá*





## CHURRUCA

---

De dos nobles hacendados de la villa guipuzcoana de Motrico, D. Francisco de Churruca y D<sup>a</sup>. María Teresa de Elorza, nació el día 27 de Setiembre de 1761 DON COSME DAMIÁN DE CHURRUCA Y ELORZA, héroe inolvidable de la historia patria y modelo de varones preclaros en abnegación, en saber y en sacrificio.

No es Churruca solamente una de aquellas figuras que aparecen en los anales de los pueblos para immortalizarse con la grandeza de un rasgo generoso, ó por el impulso de una actitud decisiva en la evolución y en los cataclismos de un Estado, ó por la sublimidad de un rasgo extraordinario de entereza y de heroísmo. El marino guipuzcoano cuya imagen viene á enriquecer esta galería de españoles ilustres, el patriota insigne, cuya biografía trazamos, no es de admirar tanto como militar valeroso, cuanto como modesto y esclarecido sabio.

Don Cosme Churruca, con haber immortalizado su nombre en la catástrofe más grande de la historia patria y en el choque naval más espantoso que puede ofrecer la edad contemporánea, tiene conquistada la fama de su nombre y la gloria de sus actos por caminos distintos de la guerra, y por otro linaje de merecimientos en los anales de la ciencia y del progreso pacífico de nuestra España.

Como sino le bastara á Churruca engrandecer los timbres de la española historia con el sacrificio de su vida, dedicó su inteligencia poderosa y la profundidad de sus estudios al desenvolvimiento y brillo científico de España. Bajo este último aspecto tenemos empeño en presentar al heróico marino, para que se consagre como verdad indiscutible, la de que, aún sin el sacrificio de su vida en la tremenda rota de Tráfaigar, brillaría Churruca entre los varones más ilustres é inolvidables de nuestra historia.

Desde sus más tiernos años reveló muy especiales condiciones de carácter, de aplicación é ingenio: siendo tales las muestras de sus dotes intelectuales, que en el Seminario de Burgos donde sus padres le encerraron, y cuando contaba apenas once años, sobresalió por entre todós sus compañeros, aún de los mayores, al extremo de que el Arzobispo Rodríguez de Arellano le consagrara todo su cariño, y llevándosele á su propio palacio, se empeñara en proveer á su educación y á su carrera. Entonces se decidió la suerte del joven guipuzcoano.

En el mismo palacio del prelado conoció Churruca á un sobrino de éste, oficial de marina, y de tal conocimiento nació su inquebrantable resolución de abandonar los estudios tranquilos de las universidades por la vida azarosa de las armas y del mar.

Consiguieronle sus padres la plaza de guarda marina, y en 15 de Junio de 1776 alistóse en la compañía de Cádiz, pasando el año siguiente á la del Ferrol. Desde este punto dieron principio los adelantos de Churruca, despertando la admiración de sus compañeros, de sus maestros y de sus jefes, y llegando á conquistar el respeto de los hombres de autoridad y estudio en España y fuera de ella.

No fueron bastantes á distraerle de sus trabajos científicos las peripecias de la guerra de 1780 y 81; pero dieron ocasión de que Churruca demostrara la energía y heroísmo que más tarde habían de conquistarle los laureles de la gloria y abrirle las puertas de la inmortalidad. Durante aquella lucha ocurrió el incendio de las baterías flotantes que operaban contra Gibraltar; y en tan horroroso episodio dió muestras relevantes de la serenidad de su carácter y del menosprecio de la vida, cuando se trataba de exponerla en aras de la humanidad ó de la patria. Dice uno de sus biógrafos que Churruca « figuró entre los más diligentes « é intrépidos en el socorro de los individuos que dotaban aquellos buques (las « referidas baterías flotantes), pues acudiendo con el bote de su fragata, arrostró « la lluvia de metralla que arrojaban las baterías enemigas, no menos que las « mismas flotantes, que eran ya unos volcanes; y despreciando aquel gravísimo « peligro, salvó á cuantos pudo conducir su lancha. »

Ya Churruca había merecido entonces, entre todos los jefes y oficiales de la Armada, reputación de ser uno de los más entendidos é ilustrados marinos españoles. Su laboriosidad en el navío *San Vicente* y en la fragata *Santa Bárbara*, de cuyos buques fué oficial muy distinguido; y sus trabajos constantes y profundos en las escuelas especiales de Cádiz y Ferrol, y posteriormente en la Academia de este último punto, donde llegó á alcanzar la plaza de catedrático, acabaron por conquistarle el concepto de ser una verdadera notabilidad en las más árduas y profundas ciencias, especialmente en matemáticas, mecánica y astronomía.

Consecuencia de tan justa, tan honrosa y tan envidiable reputación, fué que el monarca español y todos sus ministros se acordaron de Churruca para todos los estudios de grande aliento, para los trabajos y comisiones delicadas, y, en suma, para todo aquello que, en el servicio de la Nación exigía condiciones sobresalientes y excepcionales. Por esta causa, y siendo tan solo teniente de navío, fué destinado á las órdenes de don Antonio Córdoba, y en compañía del teniente de fragata don Ciriaco de Ceballos, « para el reconocimiento del estrecho de Magallanes, formación de cartas y planos de sus puertos, y observar corrientes y mareas, á fin de informar al rey de las ventajas que aquel paso podría proporcionar al comercio y navegación de Lima ».

Partió de Cádiz la expedición exploradora el día 5 de Octubre de 1788, compuesta de los paquebotes *Santa Casilda* y *Santa Eulalia*; y las peripecias de ella fueron tales, tantos sus peligros y dificultades, y tan eminentes los servicios prestados por Churruca, que el diario de este marino causó la admiración de todas las gentes, mereciendo la especial aprobación del monarca y los aplausos de todos los jefes y sabios marinos de España y del extranjero, quedando en el concepto de todos como un documento modelo y verdadero tesoro en su género. Refiriéndose á los mencionados trabajos y al mérito de su relato, dice el biógrafo antes aludido: « Los trabajos y peligros que en aquellos tempestuosos mares corrieron « las lanchas en que iban Churruca y Ceballos, la constancia con que los sopor- « taron y la perfección que, apesar de tanto contratiempo, obtuvieron en la obra « que se les había encomendado, pueden solo apreciarse leyendo el bien escrito « diario de Churruca, modelo de naturalidad, que honra por igual al marino y al « filósofo ».

Desempeñó después importantísimas comisiones, y fué agregado al Observatorio astronómico de Cádiz hasta 1791, año en que el gobierno español resolvió enviar gentes expertas al Nuevo Mundo, para que formaran un atlas marítimo de la América Septentrional.

Acordóse organizar para esta empresa científica dos divisiones; una encargada de las islas y costas del golfo de México, y otra del resto de la costa de Tierra Firme hasta los límites de las posesiones de los portugueses en la América Meridional. Cuáles serían la reputación y los méritos de Churruca pueden suponerse, cuando, por consejo del ilustre marino Mazarredo, el rey D. Carlos IV, por real orden de 10 de Noviembre del citado año, confió á D. Cosme Damián de Churruca y Elorza el mando en jefe de la expedición.

Los límites harto estrechos en que hemos de encerrar estos datos biográficos, no nos permiten ocuparnos con amplitud de la importancia y las aplicaciones científicas de cuantos datos y experimentos constituyeron la esencia y objetivos de la expedición; pero nos creemos obligados, cuando menos, á la enumeración de los trabajos realizados. Aparte de las operaciones militares,—á que le obligó



la guerra sobrevenida con Francia, necesitando reconocer las costas de Granada y sostener el servicio de cruceros en defensa de Trinidad, pudo, una vez restablecida la paz, dedicarse á la parte científica y capital de su viaje. Sobre esto dice el autor antes transcrito, lo siguiente:

« Fondeó Churruca en Puerto España el 21 de Julio; arribó luego á la Trinidad, y allí estableció su observatorio y *el primer meridiano de América, en el fuerte de San Andrés*.... En solos dos años y cuatro meses tuvo situadas á su satisfacción las Antillas Menores de barlovento y sotavento, muchos puntos principales de las costas septentrionales de Cuba y Santo Domingo y la isla de Puerto Rico.... el 21 de Octubre de 1793 observó la entrada y salida de Aldebaran por el disco de la luna.... rectificó las longitudes absolutas de dichas islas, enviando estos trabajos á los observatorios célebres de Europa, para el debido cotejo de los que se hubieran hecho en ellos. »

Tan importantes esfuerzos produjeron obras de verdadero aliento, como son las memorias insertas en el *Almanaque Náutico para 1804*, la carta esférica de las Antillas, la particular geométrica de Puerto Rico, la esférica de las islas Caribes de sotavento, y, como ha dicho un escritor, otro gran número « de ópimos frutos para la humanidad, la navegación y el comercio. »

Nombróle después el gobierno español Mayor general de la escuadra, al mando del citado general Mazarredo, y se le confió más tarde el mando del navío *Conquistador*, cuya organización se considera por los marinos como una verdadera maravilla de constancia, de energía y de talento.

Era aquel buque la última expresión del desorden, la indisciplina y la deficiencia náutica; y con él ancló Churruca en el puerto de Brest el día 9 de Agosto de 1799, habiéndolo transformado en el mejor, más disciplinado y más digno de estudiarse de la Armada española, por el orden y perfección de todas sus dependencias y aparejos, y por la instrucción, celo y disciplina de sus tripulantes. Para este resultado verdaderamente mágico había escrito Churruca su inolvidable *Instrucción Militar* que sirvió de modelo en la escuadra, y fué recibida con entusiasta aplauso por los marinos nacionales y extranjeros.

Estando en Brest, le ordenó D. Carlos IV pasar á París á estudiar el Observatorio Astronómico, el Depósito Hidrográfico, y otros centros técnicos de la capital francesa; en cuya ocasión se consagró solemnemente y fuera de España el valer científico de Churruca, tributándole en el extranjero los honores que sus talentos le habían conquistado, y por los cuales no se le había dispensado en su patria todo el galardón que merecía.

Napoleón, que entonces ejercía la magistratura de primer cónsul de la República Francesa, quiso conocer personalmente al insigne marino español. Tributóle los más grandes honores y distinciones especiales, regalándole un magnífico *sable de honor* como testimonio de su admiración y su respeto. El gobierno mismo de la nación francesa, aunque con ello decretaba la inferioridad científica en aquel país, dispuso, por decreto del Ministerio de la Marina de la República, que se adoptaran en las cartas geográficas de las Antillas los trabajos de Churruca, llegándose al extremo de que aquel gobierno ofreciese al ilustre marino una edición de la carta esférica que había trazado, con todas sus correcciones y datos planimétricos, disponiéndose que tal trabajo fuese entregado solemnemente á Churruca en el puerto de Brest, donde se encontraba, por mano, y con homenaje público, del prefecto marítimo de aquel puerto, M. Cafarelli, en nombre y por delegación de la nación francesa.

De Brest partió Churruca en el *Conquistador* á Cádiz, á cuyo puerto llegó el 25 de Mayo de 1802.

Todavía empleó entonces sus facultades en el progreso de la ciencia naval y militar, desempeñando espinosas comisiones hasta Noviembre de 1803, en que el rey le confirió el mando del navío *Príncipe de Asturias*, único de tres puentes que á la sazón se hallaba en el Ferrol. En su nuevo empleo no permaneció sin satisfacer sus hábitos de trabajo, y realizó con Escaño la revisión y ampliación del Diccionario de Marina. Por entonces casó D. Cosme Damián de Churruca con D.<sup>a</sup> María Dolores Ruiz de Apodaca, hija del brigadier de la armada D. Vicente, del mismo apellido, y sobrina carnal de D. Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito, virey de México y Navarra, consejero de Estado, Capitán General y Director de la Real Armada.

Del *Príncipe de Asturias* pasó Churruca al navío *San Juan*, en cuyo puente le tenía la suerte reservadas muerte y gloria. A bordo del *San Juan* pasó desde el Ferrol á Cádiz, en cuyo puerto dió acabada muestra de la rigidez de su carácter y de los nobles impulsos de su alma.

En los últimos meses de 1805, de aquel funesto año de la catástrofe de Trafalgar, vió Churruca sublevada la mayor parte de la tropa de infantería de marina que tripulaba el *San Juan*. Sofocada la revuelta por la serenidad y valor del sabio guipuzcoano, fueron juzgados y condenados á muerte aquellos soldados; y aunque no era Churruca responsable en modo alguno de la sublevación, le costó gran esfuerzo que el rey les perdonara la vida. Con este motivo, en 1.º de Octubre, del mes mismo en que había de exhalar su último aliento en defensa de la patria, escribía á un hermano suyo: « Te remito adjunta una copia de « la orden de ayer en la escuadra, para que veas por ella la doble satisfacción « que tengo de haber salvado la vida de cuarenta desgraciados que se me amonaron á bordo, y que tanto el rey como el generalísimo hayan apreciado mi « mediación: constará á la posteridad que no pude provocar yo con un rigor « excesivo un atentado que no tiene ejemplo en nuestras tropas de marina. »

Ya en aquellos días se preparaban los movimientos y expediciones para la sangrienta tragedia de Trafalgar. La parte que tomó Churruca en los consejos y debates promovidos por la cobarde conducta del almirante francés, son otra muestra del acendrado patriotismo que le inspiraba, de la sabiduría que le distinguía, y de la entereza de carácter que no le abandonó ni en el último trance de su existencia. Después de la censurable conducta del almirante Villeneuve, que Napoleón mismo calificó de cobardía, ineptitud y traición, y que fué causa de la derrota de las escuadras española y francesa, quiso aquel inepto marino arrosar las consecuencias de un combate decisivo contra los ingleses, sin más razón que los impulsos de la vanidad y del amor propio, al saber que sus desaciertos habían motivado su destitución, y que el sucesor que le destinó Napoleón I, el almirante Romilly, se encontraba ya en la capital de España, en camino para relevarle. Celebróse un consejo de guerra con tal motivo. Opusieronse los marinos españoles á tal imprudencia; hubo una viva discusión entre Villeneuve y Gravina, entre el contra-almirante francés Magán y el brigadier español Galiano; pero por encima de todo descollaron las palabras y la oposición del ilustrado y valiente brigadier Churruca, cuyas enérgicas palabras impresionaron al consejo, tanto por la decisión y el menosprecio de la vida que significaban, como por la profundidad de razones con que demostró lo descabellado de los planes de Villeneuve.

Poco tardaron los hechos en dar la razón á las opiniones de los españoles; y la tremenda catástrofe de Trafalgar puso en evidencia la ineptitud de los marinos franceses, sacrificando vergonzosamente á la vanidad y al despecho de un marino vulgar las escuadras más fuertes, las vidas más nobles, y la sangre más generosa de España y Francia. Villeneuve no supo morir en Trafalgar como murieron Nelson, Gravina, Churruca, Magán y las almas grandes de aquel drama; pero su mano acabó por castigar sus faltas, suicidándose en la ciudad de Rennes, entre la indiferencia y el olvido de sus conciudadanos.

Desatendidas las razones de los marinos españoles, y resuelto Villeneuve á presentar batalla á los ingleses, dispusieronse las naves para salir de Cádiz, no sin que Churruca adivinara con la facultad profética del genio, los resultados de aquella inexcusable aventura. Antes de salir de Cádiz para el combate, escribió á uno de sus amigos estas palabras, que se han hecho célebres:

« Si tú oyes decir que mi navío es prisionero, cree firmemente que yo he muerto. »

Y en efecto, el navío *San Juan* fué apresado por los ingleses; pero solo cuando Churruca era cadáver.

El día 20 de Octubre de 1805, y tras la profecía que hemos transcrito, zarpó de Cádiz el navío *San Juan* mandado por Churruca, avistando el día siguiente á la escuadra inglesa mandada por Nelson. Pusieronse los barcos españoles y franceses en orden de batalla, quedando Churruca con el suyo en el último sitio de la línea. Cerca de las 12 y media rompió el *San Juan* el fuego contra los ingleses, aumentando de tal suerte el número de los enemigos, que llegó á combatir con seis navíos á la vez.

« Churruca, dice uno de sus biógrafos, desplegando sus talentos y denuedo  
« en tan críticos instantes, velaba sobre todo; y con una serenidad y firmeza que  
« causaban asombro, hacía las punterías por sí mismo, y mandaba las maniobras  
« con la bocina de combate, al mismo tiempo que ponía respeto á fuerzas muy  
« superiores, sin que hubiesen los ingleses intentado el abordaje. Así se soste-  
« nía, cuando al volver de proa, donde acababa de apuntar un cañón, con cuyo  
« tiro desarboló á un navío enemigo que le batía por aquel punto casi impune-  
« mente, le alcanzó una bala de cañón que, llevándole la pierna derecha hasta  
« más arriba del muslo, le derribó. Previno entonces que se clavara la bandera,  
« y que no se rindiese el navío mientras él viviera, y expiró poco después. »

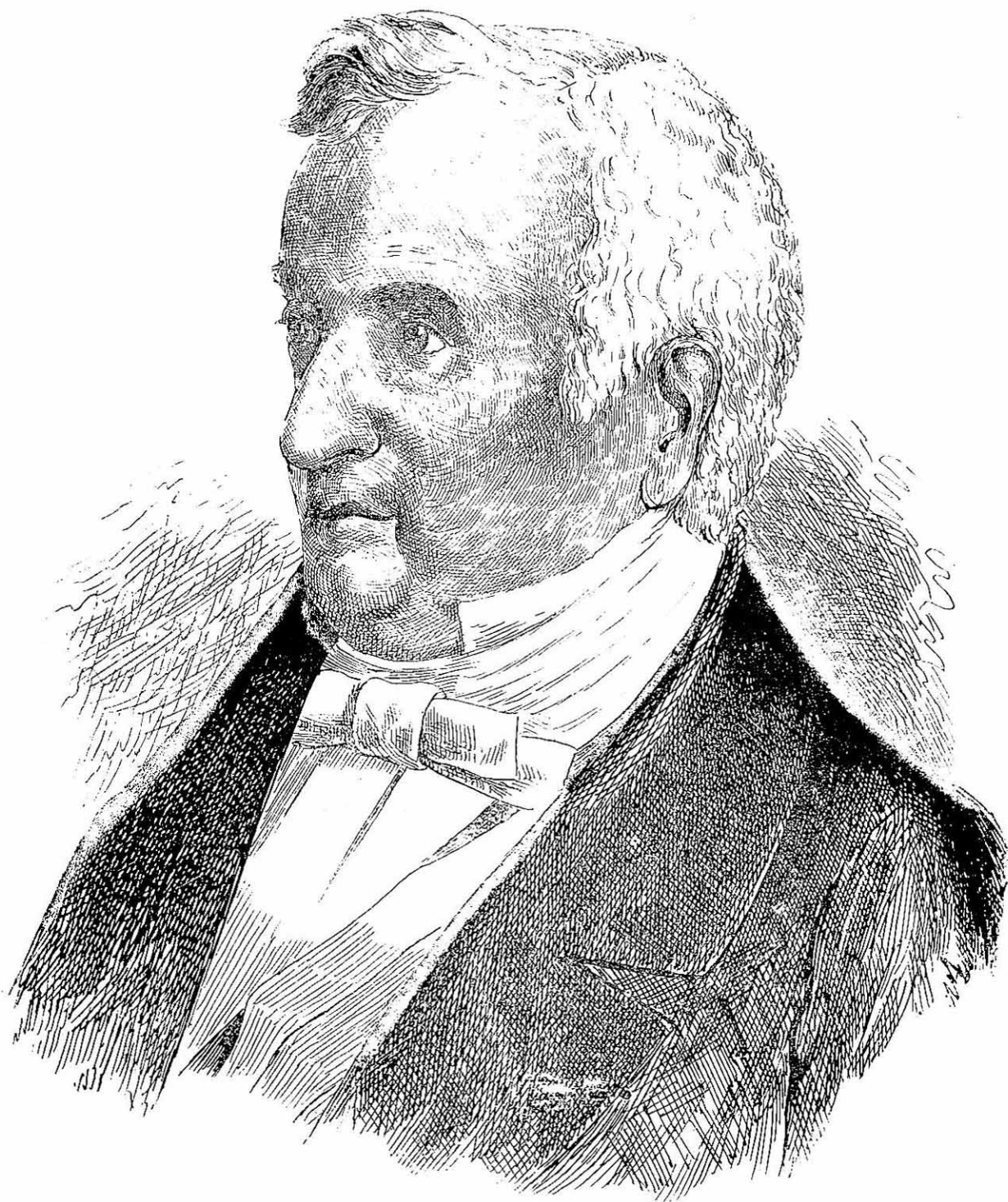
Así pereció aquel sabio y aquel marino infatigable y denodado, siendo honra de la tierra en que vió la luz, gloria purísima de la nación española, y ejemplo de ciudadanos y soldados donde quiera que se tenga idea del deber y del honor.

Sus contrarios han sido los primeros en encomiar y venerar sus altos hechos; y en libros y en monumentos le declararon héroe, testificaron el asombro que les produjo su bizarría, y se esforzaron en honrar su memoria con especiales demostraciones externas y palpables de respeto. El casco del navío *San Juan* fué llevado á Gibraltar como resto glorioso, y allí, en aquella bahía inglesa de la península, y á la sombra de aquel peñón, dolorosa pesadilla de los buenos españoles, se conservó muchos años con la cámara de Churruca cerrada y enlutada, y con una lápida encima de su puerta, con el nombre del inmortal marino en letras de oro. Si alguna vez se abría aquella cámara para satisfacer la curiosidad de algún personaje importante, se le obligaba á entrar en ella con la cabeza descubierta, en el mayor silencio y la más grande compostura, como si en aquel recinto estuviera expirante aún el ilustre guipuzcoano.

Tras este tributo pagado por la hidalguía y la altivez británicas á los manes de Churruca, nada queda ya que hacer al biógrafo, sino dejar la pluma y descubrirse también murmurando el nombre del héroe, entre los votos y esperanzas de que jamás se extinga en el pueblo español aquella llama sagrada que asombró al mundo desde las enrojecidas aguas de Trafalgar hasta los muros desmantelados de Geronia.

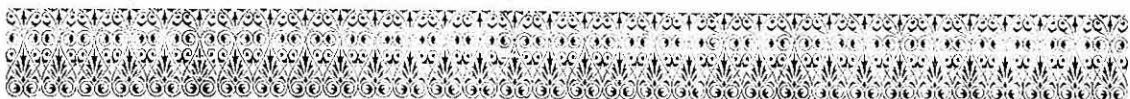






D. Manuel José Quintana





## QUINTANA

---

Se le ha llamado con justicia el *Tirteo* español. Es, sin disputa, el más grande de nuestros poetas nacionales contemporáneos.

Pero es, además de poeta eminentísimo, legislador, erudito, hombre de Estado, gran patriota, y uno de los próceres de la causa de la libertad, por la que sufrió vejaciones sin cuento á la par de los más ilustres representantes de las Cortes de Cádiz á principios de siglo, como que en ellas fué una de las más altas y enérgicas representaciones de la inteligencia y del carácter.

Cantor inspirado de la independencia nacional en 1808, sus viriles estrofas, que tuvieron como auditorio, resucitando los tiempos de la Grecia, un pueblo de héroes, arrastraban al combate, exaltaban el entusiasmo, y fueron tal vez el arma más poderosa contra las huestes de Napoleón: por eso los nombres de Bailén, Gerona, Talavera y Zaragoza no pueden pronunciarse juntos, sin que al instante no se ofrezca este otro nombre á la admiración, al amor, al respeto de las generaciones españolas, orgullosas de ese despertar grandioso de nuestra heroica nacionalidad: *Quintana!*

Cantor y soldado de la independencia; cantor, apóstol, mártir y prócer de la libertad, cúpole en suerte, colaborando con hombres como Jovellanos, Argüelles, Alcalá Galiano, Moratín, el duque de Rivas, Martínez de la Rosa y cien más, inaugurar el renacimiento de las letras españolas y de la ciencia política moderna, abriendo á la España del siglo XIX, con las puertas del siglo, grandes y dilatados horizontes.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA, este hombre ilustre, una de las glorias más puras de la España moderna, nació en Madrid en 1772 y murió en 1857.

Aprendió primeras letras en su ciudad natal, latinidad en Córdoba, bellas letras en Salamanca, y en esta misma ciudad siguió y terminó la facultad de derecho.

Recibido de abogado, empezó por ser agente fiscal de la junta de comercio: fué luego censor de teatros; y sucesivamente oficial mayor de la secretaría general de la Junta Central, cuando la invasión de los franceses de 1808 á 1814; secretario del rey con ejercicio de decretos, secretario de la interpretación de lenguas, diputado en las Cortes de Cádiz, vocal de la suprema junta de censura en las mismas, individuo de la comisión nombrada para la formación de un nuevo plan de estudios, y autor de todos los trabajos que en este ramo se presentaron al Gobierno y fueron aprobados por las Cortes.

Durante la invasión francesa y guerra de la independencia española, además de sus hermosísimos cantos heroicos que tanto contribuyeron á enardecer el patrio ardor, fué autor de las proclamas y documentos más notables que emanaron de dicha Junta Central, encaminados á presidir, organizar y vigorizar el levantamiento y defensa.

La Regencia, que siguió á la Junta Central en sus funciones, le encomendó trabajos administrativos y políticos, que desempeñó con un acierto digno del más acabado estadista.

El rey villano, Fernando VII, pagó sus servicios como pagó los de todos los españoles ilustres de aquella época; con una dura prisión de seis años, por haber contribuido á redactar, discutir y proclamar la Constitución de 1812, enseñando así á los españoles los dogmas de la libertad y del progreso.

Restablecido el gobierno constitucional, el sistema liberal en 1820, volvió á ser secretario de la interpretación de lenguas y vocal de la suprema junta de censura.

Formada enseguida la Junta General de Estudios, fué presidente de ella hasta 1823, en que, abolido otra vez el sistema liberal y restablecido el absolutista, perdió Quintana sus empleos todos y su reposo y tranquilidad, teniendo que refugiarse en un pueblo de Estremadura para estar á cubierto de las feroces persecuciones del *terror blanco*; de la implacable saña del bando *apostólico*, que no perdonaba ni á los virtuosos, ni á los sabios, ni á las mujeres, ni á los niños; como sucedía en Francia, presa de otro Borbón restaurado, por la misma época.

Vuelto en 1828 á Madrid con *permiso real*, pudo más tranquilo continuar sus estudios y trabajos literarios. Al año siguiente fué nombrado vocal de la junta del Museo de Ciencias Naturales, y en 1833 restablecido en su antiguo empleo de secretario de la interpretación de lenguas.

Triunfante para siempre ya desde 1833 el régimen constitucional y enterrada con Fernando VII la vieja España, el gran poeta fué sucesivamente prócer del reino, Senador, director de estudios, ayo de Isabel II, y vice-presidente del Consejo de Instrucción Pública.

Fué además individuo de la Real Academia de la Historia y de la de Bellas Artes de S. Fernando.

En 1855 fué solemnemente coronado por manos de la reina en el Congreso, como nuestro primer poeta de la época presente, y fué decretada y tuvo lugar con este motivo una gran fiesta nacional.

El virtuoso anciano lloraba, como si al sentir en sus sienes el dulce peso del laurel inmarcesible, el soplo sutil que pasaba entre sus canas venerables hubiera sido como el amoroso beso de la nación entera, digna recompensa de los anhelos y de los martirios de su juventud.

De ellos ha dicho en el prólogo de su hermosa obra histórica, *Vida de Españoles Célebres*, escrita con la pluma de Tácito, estas hermosas y generosísimas palabras, que revelan en tan alto grado la fuerza de su austero y virtuoso espíritu, el temple de su alma romana:

« De esta variedad de casos y continuas alternativas de bien en mal y de mal en bien, no ha sido poca la parte que ha cabido al autor de la obra presente. Sacado por la fuerza de los acontecimientos de su estudio y lares domésticos, lisonjeado y exaltado excesivamente ahora, abatido y desairado después, cayendo en una prisión y procesado capitalmente, destinado á una larga detención y por ventura inacabable; privado en ella de comunicaciones y hasta de su pluma; saliendo de allí cuando menos lo esperaba, para subir y prosperar, descendiendo luego para peligrar otra vez, de todo ha experimentado y nada puede serle ya nuevo.

No se crea por esto que lo alega aquí como mérito y menos que lo presenta como queja. Pues ¿de quién me quejaría yo? ¿De los hombres? Estos, en medio de mis mayores infortunios, con muy pocas excepciones, se han mostrado constantemente atentos, benévolos y aun respetuosos conmigo. ¿De la fortuna? ¿Y qué prendas me tenía ella dadas para moderar en mí el rigor con que trataba á los demás? ¿No valían tanto ó más que yo?

Las turbulencias políticas y morales son lo mismo que los grandes desórdenes físicos en que, embravecidos los elementos, nadie está á cubierto de su furia. »

De estas palabras, de este profundo desdén por las adversidades de la vida, y de este, sinceramente, austeramente humilde concepto de sí mismo, puede colegirse cuán bravo fué el temple del alma de Quintana, y cuán brava su musa.

Como poeta se distinguió en la canción heroica y en la oda; nadie hasta ahora en nuestro idioma castellano ha podido superar la noble inspiración, la altura de concepto, la robustez de tono, y la elegancia de dicción de sus estrofas hermosísimas.

Sus odas *Al mar*, *A las artes*, *A Padilla*, *A la invención de la imprenta*, *A la propagación de la vacuna en América*, *Al combate de Trafalgar* y *Al panteón del Escorial*, serán eternos modelos del alto pensar y del buen decir poético en idioma castellano.

Sus obras trágicas *Pelayo* y *El Duque de Visco*, visten con dignidad el griego coturno.

Sus estudios críticos sobre Cervantes, Meléndez Valdés, (de quien fué, como de Jovellanos, Cienfuegos y Estala dignísimo discípulo), y los juicios que vertió sobre otros autores, sus contemporáneos, son también modelos de erudición, profundidad y buen gusto.

Un cargo, se le ha hecho á la lira de Quintana, que no queremos dejar sin respuesta.

Se ha dicho: la lira de Quintana es ruda, es fría, es indócil para el amor: mejor dicho; no tiene la cuerda del amor, y por esa su insensibilidad, faltándole lo blando, lo flexible, lo dulce de la música que más íntima, que más profunda y universalmente hiere las almas, Quintana no es verdadero poeta; es un retórico.

Defendamos de este cargo á Quintana, con Quintana mismo.

Ciertamente que en Quintana no predomina, como en la mayor parte de los poetas, la canción del amor *sexual*: las cuerdas de su lira no se estremecen á cada paso con las diversas impresiones, multicolores facetas del espíritu, nacidas al calor de la atracción á un tiempo física y psíquica, germen de la existencia.

No canta Quintana, con preocupación exclusiva el amor sexual: ni objetiva ni subjetivamente, es la nota del amor, en el concepto de atracción de los seres para el completo de la existencia física, su nota dominante; pero obsérvese que tampoco lo es en los poetas verdaderamente grandes, en los poetas más altos de la humanidad: el amor sexual en Homero es un episodio, pese á sus inmortales creaciones de Helena, Paris, Andrómaca, Héctor, Penélope: el amor en Virgilio es un episodio, pese á su bellísima creación de Dido: en Lucano es un episodio: en Dante un episodio, pese á la ideal subjetiva creación de Beatriz: sobre las grandiosas creaciones de Ofelia, de Desdémona, de Julieta, pone Shakespeare y entremezcla con las palpitaciones de la pasión amorosa, otras grandes palpitaciones: para los poetas todos de más elevada talla, empezando en los cantores del *Ramayana* y de la *Biblia* hasta Víctor Hugo, el amor sexual es solo un episodio, un hermoso episodio de la vida universal, no la vida entera.

Y aun por esto, tal vez, han merecido el renombre de poetas verdaderos.

Quintana, inferior á ellos porque no ha sido trágico ni épico, sino solo poeta lírico, les ha igualado en este concepto: el sentimiento del amor es para él dulce, universal y grande; es fuente de vida, pero no la vida entera.

No ha tomado ese sentimiento á la manera de los poetas de la escuela de Musset y de Lamartine, como el inacabable quejido de una aspiración nunca satisfecha, ni de un dolor jamás consolado: aspiración y dolor personales, subjetivos, y por lo mismo con frecuencia falsos, convencionales, mal sanos; mal sanos, porque han sido los creadores del afeminamiento en el arte.

Si se acusa á Quintana por no haber querido ser como un precursor de Musset y de Lamartine, hay que felicitarle por esta acusación; tampoco quiso serlo Leopardi, y Leopardi es, no obstante, uno de los más grandes poetas de la Italia.

Tampoco ha tomado Quintana la nota del amor á la manera de los grandes poetas ingleses y alemanes: á la manera de Pope y de Byron, de Goethe y de Heine, que también han dejado su escuela, no menos peligrosa para las jóvenes almas, la escuela del desencanto, de la desesperación, por la gota de acíbar que esos grandes poetas les hacían libar en copas de oro; por el tinte de irónica amargura con que los bardos de los climas nebulosos han animado sus cuadros y sus canciones.

No: no es el exépticismo, sino el entusiasmo; no es el cansancio de la vida, sino la alegría de vivir, y de vivir ennoblecido y engrandecido por altas y valerosas virtudes, lo que constituye la canción de Quintana, como es también el alma de la lira de Manzoni. Nada, opina, y opina bien nuestro más alto poeta lírico; nada le importan á la humanidad sus impresiones subjetivamente amorosas, sus goces ó sus dolores personales: cuando canta, él mismo desaparece tras de su cantar; un átomo ante la gigantesca madre naturaleza, Quintana dice á los que le



escuchan: ahí tenéis lo grande, lo inmortal, lo bello: no miréis el instrumento de donde se arranca la nota; cosa deleznable, perecedera, pasará pronto: fijaos en lo que no pasa, en lo inmortal y eterno, en lo que inspiró la nota y produjo el cuadro: fijaos en la eterna verdad, en la eterna belleza y en la inagotable vida que solicitan siempre vuestro amor y vuestro estudio; contemplad y amad la madre naturaleza.

Entonces Quintana se preocupa del amor de patria, del amor de justicia, del amor de libertad, del amor de humanidad, del amor de progreso; ¿y no es tan hermoso, tan dulce, tan grande, y más dulce, más grande y hermoso todavía preocuparse por igual de todas las atracciones físicas, de todas las atracciones morales que de una sola atracción? De todas las bellezas, que de una sola belleza?

A no ser que quiera sostenérsenos que el amor no tiene más que una faz única: la faz que empieza y acaba en la atracción de los sexos para perpetuar la vida.

A este respecto, oigamos al mismo Quintana, pues que hemos dicho haríamos su defensa con sus mismas opiniones.

Dice el gran poeta, dirigiéndose á Cienfuegos, en 1813:

« A la vista y casi en las garras del despotismo insolente y bárbaro que nos oprimía, cantabas tú las alabanzas de la libertad: y en medio de la corrupción más estragada y del desaliento más pusilánime que hubo nunca, tu voz vehemente y severa nos llamaba poderosamente á la energía de los sentimientos patrióticos y á la sencillez y dulzura de las costumbres inocentes: tengan, en buen hora, otros escritores la gloria de pintar con más halago las gratas ilusiones de la edad primera: haga en buen hora resonar su mano con más gracia el laud de Tibulo, ó la lira de Anacreonte: pero aquellos que sientan en su corazón el santo amor de la virtud y la inflexible aversión á la injusticia; los que se hallen inflamados del entusiasmo puro y sublime hacia el bien y dignidad de la especie humana, esos todos harán continuamente sus delicias de tus odas, de tus epístolas y de tus tragedias, y en ellas hallarán un alimento propio de sus almas sensibles y virtuosas. »

Esto que decía Quintana de Cienfuegos es más apropiado aun á su lira, que solo resonó en aspiración y loor de tan altos ideales: y dígame ahora si no es poeta del amor quien canta como Quintana el amor de justicia, el amor de humanidad, el amor al bien. ¿Acaso solo son dulces los poetas que vierten lágrimas frecuentemente convencionales y retóricas sobre tendidas cabelleras de ébano ó de oro, y lloran perfidias y traiciones de Anardas y de Belisas, ó celebran los besos de Amarilis y de Dorilas, dulces como la miel hiblea?

Parécenos que los poetas quejumbrosos y afeminados solo interesan á una parte de la primera juventud: al resto de la humanidad poco ó nada le importan sus pesares verdaderos ó fingidos; y si no saben variar el canto, el auditorio se les duerme, y rara vez conquistan el laurel apetecido; la fama de grandes poetas.

Los que antes que nosotros han creído conveniente defender á Quintana del cargo de poeta desamorado, han recordado con oportunidad y fuerza que la época en que nuestro Tirteo pudo con perfecta naturalidad y oportunidad cantar las dulzuras del amor, la en que debió experimentarlas como hombre, la de sus veinte á sus cuarenta años, fué precisamente la época de las grandes agitaciones y luctuosas calamidades de nuestra patria; la de aquellas grandes convulsiones de la vieja sociedad española, que abrieron nuevos horizontes, nuevas aspiraciones, nueva vida, hasta 1800 presentida por muy pocos espíritus superiores, entre ellos Quintana, y desde 1812 anhelada primero por muchos y después por la inmensa mayoría, á medida que el verbo redentor se hacía carne y sangre.

En tan solemnes momentos las imaginaciones vigorosas y los grandes corazones no pudieron esclavizarse á la blandura; la edad era de hierro, la atmósfera pesada con vapores de sangre; campanas y clarines tocaban á rebato; un siglo espiraba y otro nacía, cambiándolo todo: llenaban el ambiente gritos y rumores extraños, ya iracundos, ya bravíos, ya solemnes.

Quintana, entonces joven, poeta de alto vuelo, tenía que responder á su época, ser digno de su tiempo; lo ha dicho muy elocuentemente un poeta argentino:

*Cuando el lamento de la patria suena,  
hasta el lamento de la madre calla !*

Y en 1808, un poeta español de alto vuelo, tenía que ser, antes que todo, poeta de la patria. Y Quintana lo fué.

Tal vez el joven enamorado había cantado ya y aun cantaba entonces endechas inspiradas en el más dulce de los sentimientos: y, en las agitaciones de su vida política, las persecuciones y expatriaciones que sufrió, se han perdido: ó tal vez, y esto es lo más posible, el mismo poeta no creyó que eran dignas de ser conservadas al lado de sus grandes concepciones, levantadas á más nobles y dignos asuntos, y nunca las incluyó en sus ediciones primeras; y aun tal vez las condenó á eterno olvido, como pretendió Virgilio condenar nada menos que á su *Eneida* y Cervantes á su *Quijote*.

Da pávulo á esta sospecha la hermosa introducción de Quintana á su admirable oda *A Gusman el Bueno*:

*Ya con lira sonora,  
Himnos di á la beldad, hija del cielo,  
Y á amor cauté que sin cesar la adora.*

Sí: Quintana ha cantado el amor, el amor sexual, y de su cantar quedan todavía ecos elocuentísimos en los que parece no han sabido ó no han querido fijarse los que le tildan de duro y frío. Ciertamente es que no lo ha hecho con son afeminado y muelle: que no ha llorado desdenes ni falsías con el empalagoso y monocorde sonsonete á que otros poetas nos han acostumbrado después; que en esto, como en todo, ha sido más elevado, más acertado, más original que todos los demás poetas sus contemporáneos y la mayor parte de los que le han seguido, viciados todos en la pobre imitación horaciana, y en el fríisimo conceptismo retórico de época, de que no supo emanciparse el mismo Alberto Lista, con valer tanto; y viciados posteriormente con la no menos servil y no menos malsana imitación pobre de esos otros convencionalismos, el de Byron, el de Musset, el de Lamartine ó el de Heine, que tantos catecúmenos tienen todavía en nuestro idioma, aquí y allá del Atlántico, gracias á Espronceda y á Becker, y á eso que ha dado en llamarse *romanticismo*, en las letras y en las costumbres.

No: ciertamente el amor de Quintana no era ese amor retórico, platónico, petrarquista y desesperado, batallador con sombras y entre sombras; esa sensibilidad de poetas que le fueron posteriores, ni el otro no menos frío, pegajoso, convencional, retórico y falso de la escuela horaciana, aquel pomposo discreto entre mitológico y pastoril que tampoco es amor ni cosa que lo valga, y que cantaban con tan buena fe los poetas del siglo pasado y principios de este; y que alguien ¡Dios se lo perdone! ha pretendido resucitar ahora en España como en América.

No: el amor de Quintana es noble, serio, hermoso, natural y viril; el verdadero amor de hombre: nace antes que todo del entusiasmo, de la contemplación, del culto á la belleza: no llora, no desespera, no maldice, admira.

A los que dicen que Quintana no es poeta enamorado, en el sentido de que su musa no canta blandos sentimientos, les recomendamos los versos amorosos que el poeta ha creído conveniente conservar como dignos de su lira altisonante: la hermosísima canción *A la danza*, dedicada á *Cintia*, es un modelo de gracia y suavidad: su esplendorosa oda *A la hermosura*, no menos digna de entusiasta loa que las tan celebradas *Al mar*, *A las artes*, *A la imprenta* y *A la invención de la vacuna*, su oda *A la hermosura*, es un dechado de belleza, un filón de riquísimos afectos de ternura, expresados con pompa y señorío, á la vez que con gracia, naturalidad y elegancia inimitables. Dice, por ejemplo, el poeta:

*¡Oh si al formar tu vencedor traslado,  
Benigno el cielo, la apacible tinta  
Me diera con que el día en el oriente  
Nace á inundarle en cándidos albores!  
¡Los hermosos colores  
Flora me diera, con que adorna y pinta*

*Al soberbio clavel su altiva frente!  
Diérame de su seno la fragancia,  
Y la bella elegancia  
Que gentiles los álamos despliegan,  
Cuando las auras del abril los mecen!  
Cuando las lluvias del abril los riegan,*

Y al final de la canción, después de haber evocado la sombra de la inconsolable Heloisa, exclama:

*¿Tanto vale el sentir? ¿A tanto alcanza  
Su divino poder? Ojos hermosos,  
Sabed que nunca parecéis más bellos,  
Sabed que nunca sois más poderosos,  
Que cuando en vos se mira*

*El vivo afán que el sentimiento inspira.  
Sin él, ¿qué es la beldad? Flor inodora,  
Estátua muda que la vista admira,  
Y que insensible el corazón no adora.*



De quien así se expresa, no puede decirse sin notoria injusticia que es poeta que no conoce, ó que no sabe cantar el amor.

Bella y dulcemente sentida es la canción á *Luisa Todí*, la Patti de fines del siglo pasado: y si es cierto que Quintana no supo inspirar á los labios de las heroínas de sus tragedias *El Duque de Visco* y *Pelayo*, el lenguaje del amor, es porque esas producciones no son verdaderamente dramáticas; no tienen de la tragedia sino la majestad pomposa de lenguaje, son ensayos de su primera juventud, ensayos de que el poeta mismo con razón se manifiesta descontento.

En cambio, en una canción lírica cuyo argumento es el suicidio de *Ariadna*, pone en boca de la heroína el verdadero lenguaje del amor desesperado:

*Vuelve, adorado fugitivo, vuelve....  
Yo te perdono. El ardoroso llanto  
Que ora inunda mi rostro y me le abrasa  
Enjugarás: reclinare en tu pecho*

*Mi alormentada frente, y aplicando  
Tu mano al corazón, verás cuál bate  
De anhelo palpitante y de alegría.*

Los que acusan á Quintana de desamorado, no conocen su gallarda, su elegantísima canción á *Célida*: fiel expresión de afectos á la vez tiernos y ardientes, dulces y apasionados. Es la que comienza magistralmente así:

*Hoy fué imísero! hoy fué, cuando irrilado  
Amor del ocio en que yacer me vía,  
Tornó á embestir mi corazón cuítado.  
Era de mayo el más hermoso día,  
Cuando naturaleza ostenta ufana  
Toda su gentileza y bizarría;  
Cuando más vivo el sol reina en la esfera,*

*Cuando en ramos la selva, el campo en flores,  
En perfumes el aire, donde quiera  
Todo respira amor y manda amores!  
Entonces fué, cuando á los ojos míos  
Se presentó mi dulce vencedora.  
¡Oh cuán hermosa! Etc.*

Bien se vé, á despecho de los críticos, que no le es desconocido á Quintana el lenguaje del amor.

Y para que más asombro les cause, bueno será les advirtamos que, hasta el frívolo lenguaje de la galantería usó Quintana, bien que á todas luces á despecho suyo, y por lo mismo, violenta y forzadamente. Esto fué en sus últimos años, y cuando la sonoridad de su nombre excitaba el apetito de las damas, y de los amigos del poeta, á arrancarle un pensamiento y una firma, y conservarlos en el santuario de sus recuerdos como joyas las más estimadas.

Por cierto que no aplaudimos la devoción con que la amistad imprudentemente celosa en demasía, ó la erudición, por demasiado curiosa, indiscreta también frecuentemente, han dado á la estampa esa clase de composiciones fugitivas, arrancadas á la condescendencia del hombre de sociedad, no á la inspiración que debe ser siempre en el bardo libre y espontánea; porque esas composiciones en que se vé el esfuerzo, la violencia, la imposición, no son dignas del poeta.

Diremos para terminar este ligero estudio que Quintana es grande, sobre todo, por los altísimos ideales en que supo inspirarse su musa creadora, emancipada de las rancias preocupaciones y de los fanatismos de su tiempo.

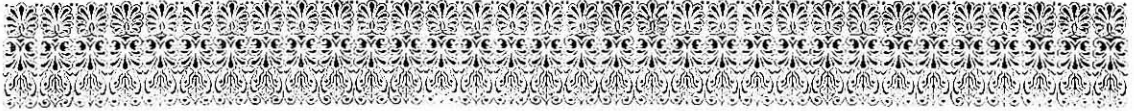
No han faltado espíritus estrechos que, hasta de esto de no haberse preocupado jamás Quintana de lo sobrenatural, de lo maravilloso, han querido deducir un serio cargo para el poeta; pero nosotros pensamos, por el contrario, que si un poeta debe ser llamado *grande*, dentro de la humanidad y á través de los tiempos, es preciso que haya sabido vivir, no solo en su época, sino adelantarse á ella, presentir el futuro, ser *profeta*: que no en valde son esta frase y la de *poeta* sinónimas. Quien no vé más allá de su siglo, como han visto Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe y Víctor Hugo, difícilmente pasará de su siglo.

Quintana, emancipándose del espíritu de su tiempo, advinando el porvenir, asentó su nombre sobre un pedestal de gloria que será imperecedera, como son imperecederas las creaciones del genio.



D. Rafael del Riego





## RIEGO

La historia de este desventurado personaje es un episodio del cruento sacrificio de patriotas con que el abominable Fernando VII ensangrentó á España, con el propósito de quebrantar el espíritu liberal de nuestros padres, á principios de este siglo.

Perteneciente á una ilustre familia, nació don RAFAEL DEL RIEGO en Tuña, aldea del distrito de Tineo, en el principado de Asturias, el día 24 de Octubre de 1785. Su padre, don Eugenio del Riego, era persona de grande ilustración, con aficiones literarias y algún tanto de poeta; residía en Oviedo, desempeñando en esta ciudad el cargo de administrador de correos: todo lo cual fué causa de destinar á su hijo á los estudios literarios, haciéndole cursar en la Universidad de la capital asturiana.

Al llegar el año de 1807, y contando ya el joven Rafael veintidós de edad, manifestó sus inclinaciones por la carrera militar, razón por la cual le enviaron sus padres á Madrid, ingresando en el cuerpo de Guardias de Corps. Allí, según Barcia y otros biógrafos, tomó parte en el alzamiento de los madrileños contra los franceses en la fatal y gloriosa jornada del 2 de Mayo; pero otros autores afirman textualmente que « Riego se encontraba en su tierra al sobrevenir las intrigas de Bayona, la jornada del 2 de Mayo y el alzamiento nacional ».

De todos modos, es cosa cierta que tomó bizarramente parte en la lucha contra los desleales invasores de nuestra patria, y que, en el referido año de 1808, la junta de Asturias le nombró capitán, destinándosele á las órdenes del general Acevedo.

En la desastrosa retirada que siguió á la derrota de la división de Asturias en Espinosa de los Monteros, distinguióse el capitán Riego por el denuedo extraordinario con que defendió espada en mano y rodeado de franceses al general herido y casi espirante. Hecho en aquel trance prisionero, y considerado, en razón de su valentía, fué conducido á Francia, permaneciendo fuera de España hasta la terminación de la guerra. Aprovechó aquella época para recorrer la Europa é ilustrarse. Viajó por Alemania é Inglaterra, y en su residencia en Francia aprendió perfectamente la lengua y literatura de aquel pueblo, y trató á los más reputados poetas, sabios y filósofos. Esto le dió un caudal de conocimientos que cuantos le trataron le han reconocido, y que originó cierta animosidad en algunos de sus compatriotas. Así se explica el juicio que de Riego formó su contemporáneo Alcalá Galiano: « Tenía, dice, alguna instrucción, aunque corta y superficial; no muy agudo ingenio, ni sano discurso; condición arrebatada: valor impetuoso aunque escasa fortaleza, ya en hechos de noble arrojo ó de generoso desprendimiento, ya en puerilidades de una vanidad indecible ».

Algo de esto mismo viene á contradecir el propio Alcalá Galiano, al confesar que, cuando fueron nombrados generales los jefes del alzamiento liberal de 1820, Quiroga admitió al instante la faja, al paso que Riego se resistió obstinadamente á aceptarla, habiendo sido menester convencerle de lo interesada que en la aceptación estaba la causa liberal.



Cuando regresó á España, después de la guerra de la independencia, fué colocado en el cuerpo de Estado Mayor, hasta que, destinado al ejército organizado en Andalucía para ir á combatir la insurrección de las posesiones españolas de América, se sublevó á la cabeza del batallón de Asturias.

No son pocas las censuras que varios historiadores y aun otras muchas gentes que no lo son, han formulado contra Riego en todos los tonos y en todas las esferas, achacándole la culpa de la independencia de las colonias americanas de España. Los que solamente atienden á la parte externa y superficial de los sucesos, sin detenerse á estudiar el encadenamiento de las vicisitudes de los pueblos, ni los elementos oficiales de sus evoluciones, consideran la sublevación de los liberales del año 20 contra el torpe absolutismo de Fernando VII como la causa que determinó la independencia de las repúblicas americanas, desde la patria del cura Hidalgo hasta la tierra de los Moreno y Rivadavia... y sin embargo ¡cuánto error en tal criterio!

La emancipación americana era el cumplimiento de una ley fatal de nuestra historia, y una satisfacción al espíritu autonomista de nuestra raza, en las horas de brutal opresión que reinaba en nuestro suelo. Ni las fuerzas en que podía haber influido Riego, ni el grueso de las tropas aglomeradas en Andalucía, ni todos los ejércitos de España, hubieran sido bastante fuertes para ahogar y detener una evolución hija de nuestro propio genio, y que consagraba en los primeros días de este siglo todos los intereses de independencia y de régimen autonómico comunal, que nos han conquistado la admiración y el aplauso de todos los pueblos de la tierra. No: no fué el infeliz Riego; no fueron los sublevados en las Cabezas de San Juan los culpables de la emancipación colonial de la América española: fueron el espíritu y los caracteres ingénitos de nuestra raza, estimulados por las torpezas de nuestra administración y las infamias de la monarquía. Es necesario recordar el estado de la sociedad española, y la podredumbre y ceguedad de aquella Corte, para convencerse de la irresistible fatalidad de los acontecimientos de tal época, y de la parte de mérito ó de culpa, de inteligente iniciativa, ó de acción apasionada, ciega é inconsciente, que correspondieron á D. Rafael del Riego en aquellos ruidosos y trascendentales acontecimientos.

En pocas convulsiones sociales creemos que haya tomado tan activa parte como en la revolución española la Francmasonería. Esta asociación constituyó entonces la fuerza positiva del levantamiento liberal de los españoles, á través de ríos de sangre y entre un laberinto de patíbulos. Las frecuentes conspiraciones ahogadas con inicuas hecatombes, no bastaban á desalentar con su fracaso á nuevos conspiradores. Las sociedades secretas de toda clase se servían del descontento general. El ejército hallábase minado en todos sus cuerpos é institutos y empapado en las ideas liberales; y cinco grandes conspiraciones en que el absolutismo había arrojado de la patria á Mina, é inmolado á Porlier, Richard, Lacy, Vidal y tantos otros, habían servido de jalones para señalar siniestramente los sacrificios de los liberales desde 1814 á 1819. Los políticos, los militares, los mismos capitalistas más influyentes é ilustrados, entraban á formar parte de las logias, capítulos y areópagos masónicos, con evidente peligro de sus vidas.

Favorecían estas disposiciones dos hechos diferentes: uno la reunión del mencionado ejército de Andalucía destinado á la América, y otro la epidemia de fiebre amarilla que hacía grandes estragos en el litoral andaluz, obligando á tener al expresado ejército disperso en acantonamientos muy separados.

Riego, imbuído en las ideas de libertad, no solo por sus naturales inclinaciones, sino además por los estudios y amistades de sus viajes en el extranjero, fué de los más decididos en los trabajos de conspiración para derrocar el régimen absolutista de nuestra patria, é intervino como uno de los principales agitadores en los clubs de conjurados; en las logias masónicas de propaganda y acumulación de recursos, y hasta en las juntas directivas donde se expedían las órdenes para el movimiento, y que tenían lugar en las casas de los liberales más influyentes y más osados; y cuyos trabajos relata Lafuente en su *Historia general de España*, de la manera que sigue: « Era una de ellas la tertulia que se reunía en casa « de don Francisco Javier Isturiz, hermano de D. Tomás, diputado de las Cortes « de Cádiz y uno de los condenados á presidio, y fugitivo á la sazón. Congregá- « banse allí varios personajes de cuenta, atraídos por la amistad, la ilustración « y las dotes é ideas de D. Javier, hombre hábil y de ánimo firme. Y aunque en



« aquella sociedad no se trabajaba tanto como se creía, ejercía grande influjo en « otras logias inferiores, así de paisanos como de militares. Dábase el nombre « de *Soberano Capítulo*, así como el de *Taller Sublime* á la central que se formó « para los trabajos preparatorios del alzamiento. En una junta nocturna, compuesta « de individuos de varias logias y presidida por los del *Taller Sublime*, presentose « D. Antonio Alcalá Galiano, nombrado entonces secretario de la legacion de « España en el Brasil; y con el calor de la elocuencia en que tanto sobresalió « después, fomentó la repugnancia que ya los militares sentían de ir á América, « y los excitó á que buscaran gloria y medios por otros caminos. La arenga hizo « su efecto en los concurrentes, y tanto, que colocando una espada en la mesa, « hicieron sobre ella, con fogosas demostraciones, juramento de derrocar la « tiranía. »

A todo esto, habíanse fijado el tiempo y la forma del alzamiento, en el cual Riego y sus amigos se habían comprometido al par de los primeros jefes del ejército expedicionario de América; y hasta—lo que es más de notarse;—el mismo general D. Enrique O'Donnell, Conde de la Bisbal, comandante en jefe de la expedición. Este caudillo, sin embargo, procediendo contra todos sus compromisos y faltando á la lealtad de sus juramentos, presentose en el Palmar del Puerto de Santa María, acompañado de su amigo y también conjurado, el general Sarsfield, y ante las fuerzas allí acantonadas, prendió á Quiroga, Arco-Aguero, Roten, O'Daly, San Miguel, y otros muchos jefes y oficiales comprometidos en el movimiento. Este golpe de traición desconcertó por de pronto á los conspiradores, mas no tardaron en reorganizarse merced á los trabajos y esfuerzos de Isturiz, Alcalá Galiano y Mendizábal, que ofrecieron el mando del movimiento al bravo militar don José O'Donojú, que mandaba la plaza de Sevilla, y pertenecía á una de las logias masonicas de más entusiasmo é influencia en la región andaluza. Rehusada la comisión por aquel jefe, procedióse á sortear el mando de la sublevación; de cuyo sorteo, realizado secretamente en las logias de los regimientos, salió designado el brigadier Quiroga, preso á la sazón en Alcalá de los Gazules por el general conde de la Bisbal. Al mismo tiempo se designó el mes de Enero siguiente de 1820 para el alzamiento liberal.

Temiendo entonces el fogoso don Rafael del Riego que se malograra el plan como en el año anterior, decidió anticiparse á todo, y llevar á cabo el movimiento por sí solo y sin otra dilación. El día 1º de Enero de aquel año, día memorable para la historia de la libertad española, reunió su batallón de *Asturias* acantonado en las Cabezas de San Juan, y después de dirigir á los soldados una entusiasta arenga, proclamó al frente de las banderas la Constitución de 1812. Dirigióse en seguida con su batallón hacia los Arcos de la Frontera en donde estaba el cuartel general del ejército, y sorprendió al general en jefe y á todo su Estado Mayor.

Sorprendido y preso el general Conde de Calderón, con los generales Blanco, Salvador y Furnás, las tropas se incorporaron á la fuerza que mandaba Riego. Al mismo tiempo el batallón de *Sevilla* se sublevaba en Villamarin, y el coronel Quiroga rompía su prisión en Alcalá de los Gazules, proclamando la Constitución al frente del batallón de *España*. Riego se dirigió sin perder tiempo á la isla de San Fernando, pronunciando allí al regimiento de *Aragón*, y pasando á proclamar la Constitución en Jerez de la Frontera. En el Puerto de Santa María se le juntaron el Brigadier O'Daly, el comandante Arco-Aguero, los dos hermanos don Evaristo y don Santos San Miguel, y otros jefes que se habían fugado del castillo de San Sebastián, de Cádiz, en donde los había encerrado el año anterior el desleal Conde de la Bisbal. Reuniéronse en seguida Quiroga y Riego, y proclamaron la Constitución en San Fernando, reuniéndoseles López Baños con la artillería de su mando y el batallón de *Canarias*. Poco después lograron apoderarse del arsenal de la Carraca; pero una punible lentitud en los movimientos desde aquel entonces, y el fracaso de la tentativa de pronunciamiento dentro de los muros de Cádiz hecha por el coronel Rotalde, empezaron á desmoronar la obra levantada por Riego y sus compañeros.

Impaciente éste por la marcha de los sucesos, y temeroso de que empeorase la situación del levantamiento, salió con una columna de 1500 hombres á recorrer el país y comprometer los batallones que vacilaban y que habían prometido su concurso. Dirigióse á Algeciras en donde lo recibieron bien, pero sin engrosar sus

fuerzas; hizole frente el general Freire que no le derrotó, pero que le impidió consumir sus planes; dirigióse á Málaga en cuyas calles tuvo que luchar tenaz y rudamente con las fuerzas de don José O'donnell, hermano del Conde de la Bisbal; penetró en Córdoba, dentro de cuya ciudad no fué hostilizado, pero en donde no logró que le siguieran; y la deserción, la duda, las largas marchas, los sufrimientos y el rigor del invierno habían reducido sus fuerzas de tal manera, que apenas contaba con un centenar de hombres, viéndose obligado á llegar á Extremadura, en demanda de la frontera portuguesa. Todo parecía perdido; todo se ofrecía con aspecto de desacierto y de desastre para aquel infatigable soldado de la libertad, tan calumniado y tan mal comprendido por la posteridad, cuando de repente, el 24 de Febrero se subleva la Coruña, y el Ferrol secunda el movimiento. Galicia entera sigue el alzamiento. El 5 de Marzo se alza la heroica Zaragoza, y en seguida los patriotas barceloneses proclaman la Constitución, obligando á que el venerable Castaños, el vencedor de Bailén, abandone la capital de Cataluña. Pamplona y Cádiz siguen el ejemplo de las demás ciudades; en todas ellas se proclama la Constitución del año 12, y se victorea á Riego: y cuando Fernando VII cree todavía poder resistir la voluntad del pueblo, se presenta en Ocaña el general Conde de La Bisbal, al frente del ejército de la Mancha, y él, el traidor de 1819, el que aprisionó á Quiroga, O'Daly y demás patriotas un año antes, proclama la Constitución y echa las bayonetas de sus soldados en la balanza de la libertad. Este golpe aterra al miserable Fernando VII, y el mismo día 6 de Marzo firma este monarca el decreto restableciendo la Constitución de 1812, y convocando á las Cortes del Reino.

Desde aquel día quedó decretada en el corazón del Rey la perdición de don Rafael del Riego.

La obra de este patriota estaba ya cumplida; pero el odio del más infame de los Borbones no perdonaba aquella humillación del trono.

No es nuestro objeto relatar aquí todas las ovaciones ni la inmensa popularidad de que Riego disfrutó y fué objeto, como tampoco las disensiones que perdieron á la familia liberal, dando origen al restablecimiento del régimen absoluto.

Nuestra misión queda concluída después de reseñados los esfuerzos de aquel desventurado patriota para derrocar la tiranía de Fernando VII.

En la milicia se le hizo general, confiriéndosele los mandos más importantes; en la política fué diputado por Asturias, y elegido presidente de las Cortes; en la Francmasonería se le colmó de honores y títulos, y fué el tercero de la serie de los Grandes Maestros del denominado Serenísimo Gran Oriente Nacional de España. Pero las maquinaciones del rastrero Fernando VII habían prosperado, y la *Santa Alianza* mandaba á nuestra patria los llamados *cien mil hijos de San Luis*, para imponernos las crueldades, las vergüenzas y el despotismo del más funesto de los reyes. Cien mil soldados franceses al mando del Duque de Angoulême, llamados por Fernando VII y recibidos con regocijo por el clero, los frailes y los palaciegos españoles, llegaron á derribar en España el régimen de la libertad y á imponer el absolutismo.

El general Ballesteros se puso del lado de los extranjeros liberticidas; Riego le fué al encuentro con fuerzas salidas de Cádiz para ello; pero derrotados y dispersos sus soldados, tuvo que apelar á la fuga, escondiéndose en un cortijo de Arquillos, en la provincia de Jaen.

A los franceses cupo la triste gloria de apoderarse de Riego merced á la cobarde delación; y sobre el ejército francés cayó la mancha de entregar sin las seguridades que la humanidad y la civilización exigían la persona del preso á los sicarios del sanguinario Fernando VII. ¡Triste gloria la que en tal jornada cubrió las banderas de la Francia!

Los soldados del *caballeresco* Duque de Angoulême llevaron prisionero á Riego á la cárcel de la Carolina. De allí lo trasladaron á un inmundo calabozo de Andujar, y en aquella población lo entregaron á la más repugnante de las venganzas, poniéndole inicuaamente en manos de los verdugos realistas, sedientos de su sangre.

Lo que sucedió después, fué un padrón de ignominia para la monarquía.

El día 2 de Octubre llegó el general Riego á Madrid, conducido enfermo y sin alientos en un carro, con otros compañeros de infortunio; y, como dice don Modesto Lafuente en su *Historia* ya citada, después de ser en todo el camino

objeto y blanco de los insultos y del ludibrio de los pueblos, escarnecido y apedreado con frecuente riesgo de perder la vida, que defendían con dificultad sus guardadores.

En tan miserable estado de cuerpo y en tan terrible disposición de ánimo, llegó á la corte la víctima preparada por el absolutismo, acusada por sus actos como diputado de las llamadas Cortes. ¡Textual! Por tal delito pedía el fiscal de Fernando VII que se le aplicara « la pena de horca y desmembración del « cadáver, colocando la cabeza en el pueblo donde en 1820 se dió el grito de « libertad, y los pedazos del cuerpo en Sevilla, Isla de León, Málaga y Madrid. » El tribunal, sin embargo, pronunció sentencia condenando á Riego á la pena de horca ordinaria, debiendo ser conducido á ella arrastrado por todos los puntos del tránsito, y confiscación de sus bienes con pago de las costas del proceso. Esta sentencia lleva la fecha de 5 de Octubre de 1823, y el mismo día 5, á las 10 de la mañana, le fué notificada y se le puso en capilla para ser ejecutado. En la noche del 6 de Octubre, víspera de su muerte, las sugerencias de las despiadadas personas que le rodeaban le hicieron firmar un documento de retractación liberal, que la posteridad le ha echado en cara, sin pesar todo lo miserable de aquella situación en que se hallaba la víctima del sanguinario Fernando VII, quien— como dice el historiador mencionado,—permanecía abatido y casi exánime, contrastando con la bulliciosa vocinglería del populacho que con tanto frenesí le había aclamado y victoreado pocos meses antes.

Al siguiente día, 7 de Octubre de aquel funesto año de 1823, y á la hora fatal, fué sacado Riego de la cárcel casi sin sentido, y arrastrado en un serón por las calles de la Corte, escarnecido é insultado por la plebe hasta llegar á la plaza de la Cebada, en donde besó llorando la escalera del cadalso. Una vez en él y suspendido por mano del verdugo, dejó de existir en pocos minutos, entre los vivas al rey absoluto salidos de las mismas enronquecidas fauces que antes poblaban los ámbitos con los gritos de ¡Viva Riego!

Arrastrada aquella desdichada víctima sobre un serón hacia el lugar del suplicio, y entre los salvajes rugidos de esa fiera que se llama vulgo, parece como que el infortunado Riego arrastraba consigo algo secular al abismo!

Desde aquel día se está afirmando en nuestra historia la imposibilidad de liberalizarse ciertas instituciones.

Se someten á las necesidades del momento, cuando el peligro se cierne amenazador encima de ellas; pero abjurán cínicamente de las concesiones que les ha arrancado el miedo, en la primera ocasión que se les ofrece, para vengarse impunemente de la humillación que han tenido que sufrir.

Esto y la inconstancia de las pasiones y entusiasmos de las masas ignorantes, constituyen la triste lección que nos ofrecen la vida y el suplicio del desventurado D. Rafael del Riego.

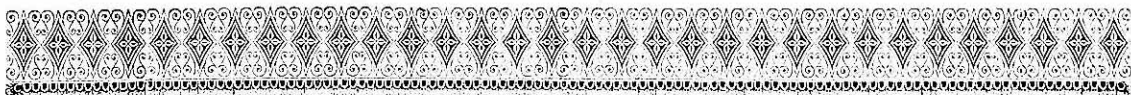




*D. Baldomero Fernández Espartero*







# ESPARTERO

---

*El veterano de la libertad*, le ha llamado el Demóstenes de nuestra democracia española.

Más que el veterano de la libertad, ha sido Espartero para el pueblo español, durante un cuarto de siglo, la personificación de la libertad.

Y más que personificación de la libertad ha sido Espartero el ídolo del pueblo español, como si fuera, no ya su imagen, sino la libertad misma.

Pocos hombres, en la Europa contemporánea, podrán jactarse de haber fanatizado á las masas tanto como estos tres hombres: *Kosciusko*, *Espartero*, *Garibaldi*.

Y los tres, ¡casualidad prodigiosa! han reunido, con las mismas condiciones personales, el mismo secreto para triunfar en la opinión y escalar la inmortalidad.

Ninguno de ellos fué un genio político, ni un genio militar; y los tres fueron árbitros de una gran política, y han dejado en la historia la reputación de grandes caudillos.

Las empresas políticas de Espartero, como las de Garibaldi, harían sonreír con desdeñosa conmiseración á los Metternich, los Lord Chatam, Bismarck, Cavour y aun á Cánovas del Castillo.

Los talentos militares de Garibaldi y de Espartero, harían sonreír también con conmiseración desdeñosa á los Federico de Prusia, los archiduques Carlos, los Napoleón y los Moltke, como ya en su tiempo mismo, tratándose de Espartero, hacían sonreír á su rival, el gran Fernández de Córdoba, el verdadero genio militar de los liberales en la gran contienda del 33 al 40, como Zumalacárregui fué el verdadero genio militar de los carlistas, también infinitamente superior á Espartero: tanto, que su muerte decidió tal vez la victoria en favor de las armas liberales.

¿Dónde está, pues, el secreto de la idolatría que entre sus respectivos pueblos han gozado Garibaldi y Espartero, como el mártir Kosciusko?

En que abrazaron de corazón la causa de la libertad de sus pueblos respectivos; fueron sinceros y honrados en su defensa, valientes y enérgicos en el campo del honor, probos y humildes en las alturas, dignos y fuertes en la desgracia, siempre iguales á sí mismos: es decir, consecuentes en el amor á las grandes causas, sin cejar nunca, sin contradecirse, sin vacilar, obstinados, tenaces, bravos, íntegros y fuertes: y el pueblo, que es también tenaz, obstinado, sufrido, austero, lleno de generosidad en el triunfo y de altiva resignación en la desgracia; el pueblo que es fuerte, que es constante, que es bravo, y todo eso solo por instinto, ama y admira á los que, más que parecersele, le personifican, y son grandes también por instinto, como lo es él siempre; grandes por instinto, no por la acumulación de dotes casuales, como la fortuna, la instrucción, el talento verdadero, hasta el genio de que tantos y tantos gozan y no saben aprovechar, ó no lo quieren, ni en bien de los demás, ni en el propio: entendiéndos: *por bien propio*, en este caso, el anhelo de inmortalizarse haciendo el bien; sirviendo las grandes causas.

Este es el secreto de la idolatría de que gozaron hombres como Garibaldi y Espartero, que, no debemos vacilar en decirlo austera y severamente, comparados con otros hombres de su mismo tiempo, no fueron superiores más que en la virtud.

Pero esto es muy suficiente para que la Historia considere como muy legítima esa idolatría, porque los pueblos, que sienten más que piensan, como la mujer, no se equivocan casi nunca.

No pretendemos hacer aquí la biografía de Espartero.

Si quisiéramos que ella fuese completa, llenaría por sí sola no algunas páginas, sino más de un volumen.

Haremos solo un bosquejo biográfico: una síntesis de su hermosa vida pública, síntesis que será pobre y mezquina, como nuestra, y como oprimidos que se verán nuestro cerebro y nuestro corazón por las exigencias del tiempo y del espacio.

Haremos, pues, un simple bosquejo, sin entrometernos como nosotros quisiéramos, y como tal vez quisieran muchos de nuestros lectores, en comentar con juicios y apreciaciones propias los hechos que hemos de recordar, ya gloriosos, ya infelices, porque ellos, á su tiempo, fueron harto debatidos, y ya sobre ellos ha recaído sentencia inapelable de la historia.

No en valde, y como providencialmente, ha sido considerado en nuestra patria el general Espartero como la personificación de la libertad, ó su brazo armado: pues, como si hubiese presidido en su nacimiento y mecido su cuna un genio profético, nació BALDOMERO FERNANDEZ ESPARTERO en el mismo año en que nació la democracia en Europa, entre el fragor de truenos formidables y á la luz de relámpagos pavorosos: el aire huracanado de 1793 fué el primero que respiraron los pulmones del adalid de la democracia española.

Nació en el día 27 de Febrero de 1793 en Granátula, provincia de Ciudad Real, Castilla la Nueva, hijo noveno de un humilde carpintero de carros, el que, con el andar de los tiempos, debía ser general de los ejércitos españoles, conde, duque, par del reino, árbitro de los destinos de la patria y de la corona, primer ministro, Regente, Príncipe; y no fué Rey, levantado sobre el pavés, como los antiguos reyes godos por el cariño de los pueblos, y no fué, decíamos, rey de España, porque no quiso: como no quiso su pensión de dos años y medio de Regente, como se resistió con tenacidad á que le llamaran Príncipe, Alteza.

El humilde hijo de carretero, carretero él mismo en su primera juventud, y encumbrado por sus virtudes á las más altas gerarquías de la nación y de su época, y austero y digno y humilde en ellas como Cincinnato y como Wamba, fué tal vez por esta circunstancia, principalmente, el ídolo de tres generaciones: porque de la más humilde esfera, de la nada, llegó á la cumbre; y valió, allá donde tantos y tantos que por derecho social convencional, por serlo todo, llegan fácilmente y quedan en nada.

Por eso, porque del barro más humilde llegó á vestir la púrpura, le amó el pueblo: porque se sintió uno con él, subiendo con él, personificado por él, y triunfantes sobre seculares enemigos: y al sentarse en el trono de Castilla este hijo suyo, el pueblo se sintió con él entronizado, se sintió Rey.

No era este en valde el siglo de una nueva reencarnación de la democracia muerta en Queronea, muerta en Farsalia, muerta con Esteban Marcel, muerta en los campos de Italia cuando las luchas de la hegemonía, muerta en los campos de Villalar.

No en valde se anunciaba este siglo como el de una nueva reencarnación de la democracia, cuando pocos años antes de que naciera de un carretero quien estaba destinado á ser Príncipe y árbitro de los destinos de un pueblo todo, había nacido de un humilde soldado otro soldado que iba á ser Emperador de los franceses, y repartir entre sus hermanos de sangre ó de armas las coronas de la tierra.

Los padres de Espartero querían dedicarle á la carrera eclesiástica en vista de lo delicado de su constitución: afortunadamente, — porque, en este caso, fortuna fué una de las más grandes y gloriosas calamidades de la patria, — llegó 1808 y con este año la invasión de España por los franceses. Toda la juventud corrió á las armas, y Espartero, no ya un joven, un niño, corrió también á alistarse en el *batallón sagrado*, batallón de estudiantes de Alcalá, y desde él pasó al cuerpo de cadetes.

En 1811 era teniente de ingenieros; pero no habiendo podido sostener los estudios de este cuerpo facultativo, pasó con el mismo grado á infantería, donde siguió batiéndose denodadamente contra el invasor.

Con el grado de capitán se embarcó en 1815 para esta parte del continente americano con el ejército del general Morillo, destinado á combatir la insurrección de las colonias.

Ocho años estuvo en América Espartero, alcanzando en ellos hasta el grado de coronel. Como se sabe, aquella guerra no era ni podía ser científica, siendo los de una y otra parte militares improvisados, militares hechos por la necesidad: allá, la de emanciparse de una agresión injusta, aquí de un tutelaje que ya encontraban pesado. Una y otra fueron guerras de recursos, guerras populares y de corazón, donde los grandes tácticos eran imposibles, donde el mejor guerrillero era el mejor, el más glorioso caudillo.

Muchas veces se halló Espartero, como comandante y como teniente coronel, al frente de microscópicas columnas, en lucha de habilidad, de ingenio, de sorpresas con los héroes argentinos, sobre todo con Lamadrid: y en todos estos choques, ora vencedores, ora vencidos, nunca dejaron de estimarse, reconociéndose hijos de una misma sangre, igualmente bravos, igualmente sufridos, igualmente generosos.

Subalterno fué en América Espartero: subalterno de pobres jefes tan inhábiles como los Morillo, Canterac, La Serna, Maroto, Tristan, Goyeneche, Osorio, etc., sobre los cuales, con no ser, ni mucho menos, ya lo hemos dicho, un genio militar, tenía una superioridad inmensa. Y á haberle permitido la edad y las circunstancias mandar en América en jefe, y batallar al frente de los cuarenta ó cincuenta mil veteranos con quienes más tarde se cubrió de gloria en los campos vasco-navarros, á haber tenido enfrente los Bolívar, Sucre y San Martín en 1820 uno tan guerrillero como ellos, tan denodado y hábil como ellos, un Espartero en fin, puede ser que, militarmente, la América del Sud estuviera aún batallando por su independencia.

Como todavía en nuestros tiempos ha batallado bravamente Cuba, la cual, apesar de sus Narciso López, sus Agramontes, sus Céspedes, y del formidable apoyo norte-americano, no se ha emancipado porque, militarmente, no chocó con Canteracs, Lasernas, Marotos, Goyeneches y Tristanes, sino con generales que valían más, con generales que valían casi tanto como Espartero.

El cual no pudo hallarse en la jornada de Ayacucho, porque meses antes había sido enviado á España con una comisión honrosa, que le valió el grado de brigadier: la de entregar al gobierno, según se dice, las banderas tomadas á los independientes en Torata, Moquegua, Sipe-Sipe, Ayouma y otras victorias del ejército real.

Sin embargo, como regresase al Perú pocos días después de aquel desastre que dió fin con la dominación española en América, fué considerado como prisionero de guerra, con arreglo á lo estipulado en la capitulación que siguió á la derrota.

Hizo Espartero en el Perú alguna fortuna, y, de regreso á España, fué considerado como todos sus compañeros de América en el concepto de peligroso, de afecto á las ideas liberales, lo que no dejaba de ser cierto; pues casi todos los jefes y oficiales de uno y otro bando, que luchaban en el nuevo continente, habían sido *hermanos* en las logias masónicas de Sevilla que trabajaron por la libertad al mismo tiempo en América y en España, iluminados por la revolución francesa: considerado, decimos, Espartero, como sus demás compañeros de América, por sus compañeros de España entonces en pleno absolutismo, con el apodo que se pretendió hacer denigrante de *ayacucho*, formó con dichos sus compañeros (entre los que figuraron después tanto Narváez, López, Laserna, Alaix y Maroto,) una asociación secreta, que influyó al poco tiempo mucho en la suerte del ejército y en la de la patria.

De guarnición en Logroño, donde se casó con la hija de un opulentísimo comerciante, miró impasible, al parecer, precipitarse los sucesos que de día en día agravaban la sorda, la implacable lucha entre los hombres de la escuela absolutista y los de la escuela liberal, en torno del lecho de agonía de aquel miserable con corona que se llamó Fernando VII.

Hallándose Espartero en 1832 en Mallorca, supo con regocijo que el viejo rey



por influencias de su esposa María Cristina y en favor de su hija Isabel, de pocos meses, había abolido la ley sálica, preparando así el trono para dicha su hija en torno de cuya cuna se había agrupado el partido liberal, y en perjuicio de los derechos que por dicha ley sálica (extranjera) correspondían á su hermano don Carlos, en torno del cual estaba fuertemente apretado y dueño del poder el partido absolutista.

Espartero se apresuró á ofrecer su espada á los pies de María Cristina, y á tender sus brazos sobre la cuna de la reina niña, jurando defender su causa al grito de libertad.

Muerto el rey Fernando, se apresuró Espartero á ofrecerse para ir á Navarra, al frente de su regimiento, con objeto de combatir las primeras partidas carlistas que ya se habían levantado en armas: y llamado á Madrid por el Ministro de la Guerra, desempeñó una comisión importante, y fué nombrado Comandante General de Vizcaya, durante cuyo cargo obtuvo los ascensos á Mariscal de Campo y á Teniente General, por la incansable actividad, por la astucia y hábil estrategia de guerrillero con que supo oponerse á los movimientos del enemigo, mandado y organizado ya por jefes tan hábiles como Zumalacárregui, Villareal, Eraso y otros, el primero de los cuales era verdaderamente un genio militar.

En las filas de los *crístinos*, como se llamó á los liberales, donde brillaban también generales tan eminentes como D. Luis Fernández de Córdoba, el mejor tal vez de su tiempo, Mina, Oraá, Valdés y otros, supo Espartero hacerse notar, sobresalir con tanta brillantez, que bien justificada fué la rapidez de sus ascensos.

Inagotable sería el relato de sus hazañas en esta época, la más saliente de su historia: basta el recuerdo á la ligera de las funciones de guerra cuyos nombres vibran todavía en los oídos de esta generación con rumor de epopeya, y que no han podido ser eclipsados ni aun por empresas heroicas recientes de la contienda de ayer: los hechos famosos, en efecto, que del 70 al 75 hemos presenciado, los que no somos viejos todavía, no han podido eclipsar el recuerdo de las proezas de nuestros padres: los nombres de los homéricos combates de 1833 á 1840 no han sido borrados por los de ayer, apesar de Oroquieta y Somorrostro: puede ser que confundan los unos con los otros las generaciones venideras; pero aquellos en que brilló la espada de Espartero, no se podrán confundir.

No se podrá confundir con otra hazaña la de Guernica en que, hallándose de improviso bloqueado por fuerzas muy superiores, y no teniendo sus soldados más que veinte cartuchos por cabeza, rompió por en medio de los carlistas; y en un movimiento rapidísimo arrolló todos los puntos enemigos hasta Bermeo, sorprendiendo y copando batallones enteros de los que horas antes le habían sorprendido á él.

Ni podrá confundirse con otra hazaña la de Oñate, en que al paso de carga arrolló varias veces con una débil columna á fuerzas también superiores. Ni la acción de Urigoiti en que copó á la Junta Central de Castilla, cuyo Presidente fué muerto, ni la persecución incesante, implacable, tenaz, que hizo de su nombre el terror de los más famosos guerrilleros adversarios, incluso Zumalacárregui, y un proverbio entre los soldados del Pretendiente. Vencido en Ormaiztegui, se apoderó no obstante de las alturas que dominan este punto, y en seguida cayó como una avalancha sobre el enemigo, anonadándole en Villaro. Corriendo en socorro de Villafranca, fué una noche sorprendido y completamente destrozado por Eraso en el alto de Descarga, siendo la confusión tan espantosa que él mismo debió la vida á su serenidad, atravesando á pie las filas enemigas entre la sombra y á favor del general desconcierto; habiéndose embozado en el capote de un tambor y cubierta la cabeza con una boina, no fué reconocido. Pronto reparó este desastre con la entereza y actividad febril que le caracterizaban, y pudo caer con Latre en socorro de Bilbao, sitiado por Zumalacárregui; su primer acometida fué rechazada; pero corriéndose hacia Orduña dominó las posiciones del enemigo, y éste se vió forzado á levantar el sitio. Batióle enseguida en Castrejana, y mandó el ala izquierda del ejército en la batalla famosa de Mendigorria, que cubrió de gloria el nombre del entonces general en jefe de los ejércitos del Norte, Fernández de Córdoba

En esta importantísima jornada que empezó á decidir de la suerte de la guerra, fué herido Espartero, que se batió con la bravura de siempre. También en la guerra de América recibió varias heridas, dos de las cuales en la brillante acción de



Torata. Segunda vez amenazada Bilbao por los carlistas, segunda vez la salvó Espartero, sosteniendo en seguida frecuentes y reñidísimos combates diarios, mientras el conde de Ezpeleta era general en jefe del ejército de reserva. De tanta aureola supo rodear su nombre, que en 1836 fué nombrado General en jefe de los ejércitos del Norte.

Pareció que solo esperaba este momento, el del mando superior, para salir de la aparente indiferencia con que veía á su espalda en Madrid, las peligrosas disensiones del campo liberal, y la turbia política de la Regente Cristina, cada vez más inclinada, Borbón al fin, á los políticos más conservadores y aún á componendas con los ultramontanos y carlistas: y dejando á un lado esa su indiferencia expectante, el que hasta entonces parecía contentarse con su modesto papel de soldado, contraído á sus deberes militares, se presentó de improviso en el campo de la política, apoyado en su inmenso prestigio y con todo el peso de su naciente y legítima popularidad.

No pudo presentarse en momento más oportuno.

Anarquizados los elementos políticos del partido liberal, hasta el punto de comprometer el éxito de su causa por la que con tanta decisión y arrojo vertían los pueblos su sangre en la mitad por lo menos de la Península; divididos en *moderados* y *exaltados*, los primeros casi carlistas, los segundos casi demócratas: contando los moderados con el resuelto apoyo de la Regente Cristina y en sus filas hombres tan elocuentes como casi todos los próceres del año 12, que se habían enfriado por la nieve de los años y de las pesadumbres del destierro y de las cárceles; y con militares de tanta valía como el caballeresco Córdoba y el feroz Narváez, Espartero no vaciló un punto, y cayó con todo el prestigio de su nombre al lado del partido radical, el llamado *exaltado ó progresista*, que en el acto le aclamó por jefe: y la libertad, ya bastardeada en Palacio, fué salvada por Espartero á la vez en los campos de batalla y contra las intrigas palatinas.

Por de pronto su solo nombre bastó para perturbar los planes reaccionarios, y la Regente tembló en su trono.

Mientras se elaboraba aquella Constitución liberal que vino á sancionarse en 1837 y en defensa de la cual se declaró desde luego Espartero, mientras por un lado contenía los apetitos de la corte, por el otro, del lado de la guerra, que llegaba á fines de 1836 á su período más interesante, al tercer sitio de Bilbao, salvaba por tercera vez á Bilbao, en la noche española de más glorioso renombre, en la épica noche de Luchana.

Perder ó ganar á Bilbao era dar ó recibir el jaque-mate de aquella sangrienta partida: era ganar ó perder un trono; ganar ó perder la libertad: algunas potencias extranjeras absortas ante la esfuerzos titánicos de aquellos luchadores vigorosos, el ultramontanismo y la libertad que estrechamente abrazados pugnaban por derribarse, derribando con el caído las esperanzas de media Europa, esas potencias dispuestas á intervenir con el vencedor para acabar de exterminar al vencido, tenían fijos sus ojos en esos muros de Bilbao, alrededor de los cuales, como alrededor de los muros de Troya, dos edades se debatían: y no se animaban á intervenir, mudas de asombro, hasta el fin de la porfiadísima contienda. La Francia entonces de Guizot, la Italia de los Borbones y de los clérigos, el Austria entonces verdugo de la Italia, la Rusia y la Alemania hasta entonces despóticas, tal vez hacían votos por la entrega de Bilbao al ultramontanismo, á la reacción vendeana.

Solo Inglaterra hacía votos por el triunfo de la causa liberal española.

Mientras tanto, tras largo asedio, faltaban ya en Bilbao víveres y municiones: ahogábale, con formidable anillo de hierro, todo el poder del ejército realista con jefes distinguidísimos al frente, aunque ya Zumalacárregui había muerto; y el levantamiento del sitio parecía un absurdo contra atrincheramientos inexpugnables, contra barreras invencibles, contra todas las fuerzas combinadas y á la vez enemigas: las de los hombres y las de la naturaleza; el fuego incesante de las baterías y la nieve incesante, el frío abrumador de uno de los inviernos más horribles.

Los soldados abrían las entrañas de sus compañeros muertos, para desentumecer las manos que no podían soportar el peso del fusil. El Nervión parecía infranqueable; una y otra vez los puentes de barcas eran destruídos y vueltos á

construir con labor de gigante: los muertos amontonados eran parapeto contra la enemiga bomba, y contra la nieve no menos asesina.

En la noche del 24 de Diciembre todo parecía perdido: el mismo general en jefe, el mismo Espartero, víctima de horrible dolencia, recrudecida, agravada por las penalidades de la guerra y las inclemencias de la estación, se retorció en su tienda de campaña entre agudísimos dolores, al parecer insensible á todo lo que no fuera su martirio.

Pero le avisan que los jefes sus subalternos piensan en ordenar la retirada; que todo está perdido, anodados sus valientes por todas las inclemencias, por la enemiga implacable combinada de la tierra y de los cielos: que solo su presencia puede que aliente al soldado.

Espartero se incorpora; se olvida de su martirio y piensa en su honor; en la libertad; en la patria; acalla su sufrimiento, serena su fiebre con solo un esfuerzo de su enérgica voluntad, y monta á caballo.

Las tropas le reconocen y aclaman: se pone al frente; el Nervión se pasa y repasa; arróllase en breves instantes cuanto se opone á la marcha de las columnas liberales electrizadas: tómanse baterías tras baterías á sable, á bayoneta, á brazo partido; y cuando las dianas del 25 de Diciembre saludan la aurora del redentor de los cristianos, saludan al mismo tiempo el triunfo de la redentora libertad.

Bajo ella ha caído el despotismo vencido para siempre. Europa absorta aplaude: el mundo latino cambia: desde entonces el carlismo se bate en retirada continua, y de derrota en derrota lo lleva Espartero desde las puertas de Bilbao hasta las puertas de Madrid, donde en su despecho se atreve á presentarse, como estéril amenaza.

Desde las puertas de Madrid sigue batiéndole en *detall* por toda la Península, hasta que le obliga á rendir las armas en los campos de Vergara.

Mientras tanto, diputado á Cortes en 1837, contribuía Espartero á la caída del ministerio Calatrava, acentuándose más y más cada día su adhesión á la fracción exaltada del partido liberal contra la moderada ó guizotista, por rivalidad de gloria militar pero rivalidad generosa, con Córdoba, y por enemiga personal, implacable con Narváez.

Obligó á renunciar á éste el ministerio, imponiéndole el ascenso á general de su secretario particular Linaje.

Linaje era el alma de Espartero: era su inteligencia; cuanto acertado y enérgico hizo éste como militar, y cuanto hizo de oportuno y de hábil como político, lo debió á D. Francisco Linaje, uno de los militares políticos de más talla que hubo en su tiempo, y que se contentó modestamente toda su vida con su adhesión personal á su compañero de armas desde América; que cuanto valía y podía con su poderosa inteligencia lo puso al servicio de su amigo y jefe, y que murió oscurecido, postergado, odiado á muerte por los adversarios militares y políticos de Espartero, como que sabían que cuanto éste imaginaba y obraba era por consejo de Linaje; y desconocido y desdeñado por los amigos y parciales de nuestro biografiado, por el pueblo fanático que no veía más allá del ídolo, como sucede siempre, sin sospechar que ese ídolo se mueve, funciona, vale, acierta ó yerra, no siempre, ó mejor, casi nunca, por propia inspiración.

La labor política de Espartero era labor de Linaje: en tanto los enemigos que lo sospechaban odiaron á Linaje: los fanáticos de Espartero no conocieron en cambio nunca esa labor: creyeron de buena fe que cuanto llevaba la firma de Espartero ó resultaba de sus actitudes en política era propio de él, á la manera misma que ese vulgo ignorante, que solo se paga de exterioridades y relumbrones, que no vé más allá de sus narices, aplaude y endiosa al jefe propietario de un gran establecimiento industrial ó fabril, por sus productos, y ese jefe, cuyo solo mérito es ser el capitalista, hasta suele ignorar los nombres de los que verdaderamente elaboran sus productos.

De Linaje fué la habilísima labor que precedió en 1839 á la desunión del campo carlista: de Linaje la preparación del convenio de Vergara; de Linaje la redacción de las bases del convenio; de Linaje la redacción del famoso manifiesto de *Más de las Matas*, que con la firma de Espartero aterró á la corte, y preparó la caída de Narváez y la exaltación del partido liberal.

Durante 1840 se dedicó Espartero á terminar con los facciosos, desplegando su

prodigiosa actividad y energía insuperables: después de haber sido el héroe de Bilbao, fué el héroe de Ramales y Guardamino: rindió en cuatro días el fuerte de Segura, y se apoderó con poco más trabajo del que se tuvo siempre por inexpugnable, del de Morella; con la caída de Morella cayó Cabrera, el tigre del maestrazgo, el más famoso, con fama infame, de los caudillos de entonces; tan hábil como feroz y fanático: Cabrera se vió perseguido incesantemente hasta refugiarse en Francia, y con él abandonaron el territorio español los no menos famosos caudillos Tristany, héroes del carlismo en Cataluña.

La guerra civil había terminado: la porfiadísima lucha brazo á brazo entre despotismo y libertad terminaba con el triunfo espléndido de esta virgen vigorosa. Espartero fué aclamado do quiera como el *pacificador de España* y primer soldado de esa libertad, y aclamado en ambos continentes: la poesía, la música, la estatuaría, la escultura, pidieron inspiraciones al genio de la libertad, y á porfía compitieron en elevar al rango de epopeya el heroísmo de la noche de Luchana; el pueblo entonó cantares al victorioso, y desde entonces, siempre que se batía, lo hacía aclamando el nombre de Espartero, y repitiendo las estrofas de su himno marcial al par de las conmovedoras vibraciones del himno de Riego; en 1854, en las barricadas de Madrid, la efigie de Espartero y la de Jesucristo animaban á los combatientes, y ante una y otra ardían los cirios de la fe y la pólvora del combate.

El fanatismo del pueblo liberal español por Espartero solo puede ser comparado al del pueblo italiano por Garibaldi, también en nuestros días.

No fué la corte menos pródiga que el pueblo en compensar los méritos del soldado de la buena causa: pero la corte por miedo: pues en tanto que le prodigaba los títulos y honores; que le hacía capitán general ó generalísimo, conde de Luchana, duque de la Victoria, grande de España de primera clase, duque de Morella y caballero del Toisón de Oro, pretendía quebrar su influencia, irritando al partido progresista con la ley de ayuntamientos.

Mal instante eligió el final de 1840, época del apogeo de la gloria del caudillo progresista: á sus instigaciones y por su energía, toda la España liberal se puso en pie y Cristina cayó del trono. Espartero fué nombrado en su lugar, por la Nación reunida en Cortes, Regente del Reino, habiendo sido su competidor para tan elevado cargo, el *divino* Argüelles. Pero á estos gravísimos acaecimientos no pudo menos de preceder una hondísima división del partido liberal; los disidentes pusieron empeño en agravar en la opinión la competencia entre Espartero y Argüelles, los conservadores apoyaron oportuna y hábilmente á los que disentían, y no bien asumió Espartero la dictadura, casi todos sus compañeros de armas lo combatieron y tuvo que ahogar ese movimiento en sangre, fusilando al general León, el más legendario de los héroes de la guerra civil, el que compartía con Espartero la popularidad por su bravura, y fusilando también á Borso di Carminati y otros muchos jefes y oficiales.

Acosado como una fiera, Espartero recordó que era hijo del pueblo, rudo y enérgico, con esa energía á veces irreflexiva y brutal de las grandes pasiones de las almas sencillas, que no vacilan hasta llegar al crimen por amor al bien. Espartero, acosado como una fiera, mandó al cadalso á compañeros de armas; pero desatendiendo esta vez á Linaje, se equivocó; se manchó sin fruto: Linaje, con lógica de hierro, teniendo el Regente en sus manos la suerte de todos sus rivales, de O'Donnell, de Concha, de Narváez, de Serrano, de Prim, de León y de Borso, le decía: «fusile á todos ó á ninguno.»

¡Y tenía razón Linaje; que todos eran reos del mismo delito: todos eran instrumentos palaciegos de los odios de Cristina, digna sobrina y esposa de Fernando VII, y dignísima madre de Isabel III!

Si Espartero fusila á todos los reos, salva su causa, como si la primer República española, andando los años, fusila á los primeros que ya en Marzo conspiraron contra ella, (Serrano, Topete, Sagasta, Martos,) se hubiera salvado. Espartero dejó impunes á los de más valía, á los más peligrosos, á O'Donnell y Concha, y esto le perdió.

Si castiga á todos, triunfa, ó si no hubiera fusilado á ninguno, se salva: por que la muerte del heroico León se tomó por el apasionamiento de entonces como mezquina rivalidad, y ¡por Dios! que no fué tan pobre el móvil que animó su brazo.



Sublevóse en seguida Barcelona, y ahogó en sangre aquel levantamiento, bombardeando la capital del principado por espacio de doce horas: surgieron los primeros movimientos republicanos y los anonadó: inquietáronse las provincias vascongadas, no muy conformes aun con el convenio, y amagó con no dejar allí piedra sobre piedra.

Fué implacable: fué el mismo soldado rígido ordenancista y antes que todo hombre de cuartel, que había en 1834 caído como un rayo sobre la columna de ejército, que insubordinada había asesinado á los generales Sarsfield y Escalera, y mandándola hacer alto y rodeándola con el resto de las fuerzas de su mando, diezmaba las plazas de cada batallón, haciéndola pasar por las armas sin admitir la liberación ni aun de artesanos, padres de familia notoriamente inocentes; el mismo que á raíz en 1836 del saqueo de la Bastida por uno de sus batallones, lo quintaba también sin piedad; el mismo que no consintió jamás una falta de disciplina y que fué como hombre, débil, sencillo, humilde, virtuoso, hasta simple; y como político vacilante, incierto, sin energía; pero que fué como militar uno de los más enérgicos, duros é implacables ordenancistas, capaz de llegar casi hasta la crueldad, como Narváez.

Dictadura militar y no otra cosa fué su regencia: el pueblo, sorprendido empezó á aterrarse: no se debilitó en él el amor, pero se debilitó la confianza y vaciló el ídolo.

Los adversarios aprovecharon la ocasión propicia, y como eran en Palacio y en las Cortes los más y los más hábiles, apelaron hasta á la calumnia: dijeron que su tratado de comercio, obra de Linaje, hacía de España una colonia inglesa y promovieron una revolución general.

Espartero fué vencido; el insigne orador liberal Joaquin María López, el Castellar de aquellos tiempos, tuvo la debilidad de dejarse seducir por los elementos conservadores, y en unión de Narváez y de Serrano asaltó el poder: declaróse á Espartero traidor á la patria, se le despojó de sus títulos, honores y dignidades; le fueron confiscados los bienes, y pregonaron su cabeza después de condenarlo á muerte.

El ilustre prócer perseguido por el odio de sus rivales de cuartel y de parlamento, y abandonado por el pueblo en cuya idolatría ciegamente confió, hubo de refugiarse en Inglaterra.

La revolución de 1848 le devolvió sus títulos y honores, le abrió las puertas de la patria, y las del Senado: pero desencantado ya, y además cansado de tan formidables luchas, se refugió en Logroño, y no quiso ya en lo sucesivo actuar en la vida pública.

La revolución de 1854, por la que nada hizo, consecuente con su propósito, le sacó de su retiro.

Ya tronaba la democracia indignada contra las torpezas, en la tiranía y la ingratitude de la joven reina Isabel, digna hija de Fernando el chulo, y Borbón al fin: impúdica!

Ya Orense había pronunciado en las Cortes esta temerosa palabra *¡República!* Ya Sagasta había hecho de la *Iberia* de Calvo Asensio, un ariete demoleedor: ya tronaba la voz de Castelar.

Espartero, como símbolo, había pasado; como esperanza, surgían otros hombres y otras ideas; pero como digno del respeto y la veneración de los hombres libres, Espartero seguía siendo el santo de los santos, el Dios de la patria: sus errores habían sido hijos de apasionamientos implacables de época; más de sus adversarios que de él: sus virtudes resaltaban siempre por sobre aquellos errores, y la revolución de 1854 le llamó para evitar la anarquía, y la reina le llamó para salvar su trono.

Subió al poder con O'Donnell, su rival de tantos años; el abrazo que ambos generales se dieron en el balcón de la casa de Villa en Madrid, tras de los días de lucha que dieron el triunfo al pueblo en 1854, alborozó á ese pueblo: pero tras ese abrazo sonreían burlonamente la reina y O'Donnell: cuando la tormenta pasó, cuando el trono se sintió de nuevo en firme, las camarillas palatinas volvieron á ponerse en juego: nació en las Cortes la *Unión Liberal*, partido dulcamarista, que pretendió á su gusto encauzar la revolución y dominarla en propio provecho, alejándose por igual de moderados y de exaltados, pero siendo más reaccionario que

los primeros y más bullicioso que los segundos, según le convenía; como ahora hace Sagasta, entre republicanos y conservadores; los unionistas de ayer.

Afiliados á ese partido unionista los hombres de más talento y acción de entonces, los Ríos Rosas, los Pacheco, los Lafuente, los Posada Herrera, los Cánovas del Castillo con O'Donnell á la cabeza, vacilantes los Olózaga, los Sagasta, los Prim, ó más bien recelosos de la popularidad del héroe de Luchana, éste fué fácilmente arrollado, y cayó por medio de una zancadilla palaciega: se hallaba débil y solo: había muerto su energía: Linaje.

Quiso el pueblo defenderle y sostenerle todavía y él se opuso: quiso toda la España liberal, Aragón, Valencia y Cataluña especialmente ponerse en armas, y él se opuso: desarmada en 1856 á cañonazos la milicia nacional de Madrid, Espartero, que siempre había repudiado se vertiera sangre invocando su nombre, cuando vió claro, ya tarde, como siempre, el golpe de Estado que contra él habían fraguado Isabel II y O'Donnell, se contentó al final de una larga y conmovedora conferencia con la primera, en presencia del segundo, con empujar violentamente la mampara de la regia estancia y decir á la reina con destemplada y dura entonación: «Ahí queda eso: cuando la revolución llame á las puertas de este Palacio, no me llame V. M. porque no vendré más en vuestro socorro.»

Y lo cumplió como bueno y enérgico soldado.

La revolución tuvo que ser implacable.

Isabel se manchó más y más cada vez en sebo de sacristía y en sangre de sus súbditos: la degradación moral más infame manchó su corte y su trono: su política fué bizantina; la hipocresía, la brutalidad, la intransigencia, el despilfarro, todo lo torpe fué ley y norma de vida; todos los partidos se escandalizaron por turno: los frailes vencidos en Vergara eran vencedores en el Palacio, allá por los años de 1866.

La revolución llamó á las puertas de ese Palacio, y Espartero no acudió en su socorro: el partido moderado cayó para siempre en Alcolea, Isabel rodó del trono como su madre no menos torpe con el partido liberal había rodado también, y Espartero se contentó con decir:

*¡Cúmplase la voluntad nacional!*

Y eso repitió cuando la revolución lo saludó triunfante: eso repitió cuando el Rey Amadeo se presentó en Logroño á estrechar la mano del Cincinnato español: eso repitió cuando Castelar le saludó en nombre de la República; eso repitió cuando fué á pedirle su bendición augusta Alfonso XII, restaurado, y eso ha repetido al morir el ilustre príncipe de Vergara, á quien alguno de los prohombres de la revolución quisieron hacer rey; á quien Aragón entero aclamaba en 1869 como rey á falta de República, y él se opuso alegando su ancianidad, la humildad de su origen, el cansancio de su larga vida pública, los méritos de otros hombres y su falta de sucesión.

Aún así tuvo algunos votos en las Constituyentes. Justamente venerado de todos los partidos, de España entera, ha muerto en nuestros días este prócer, este perfecto caballero, leal, enérgico y valentísimo soldado de singular fortuna, este hombre público, dechado de honradez, este enamorado consecuente de la libertad.

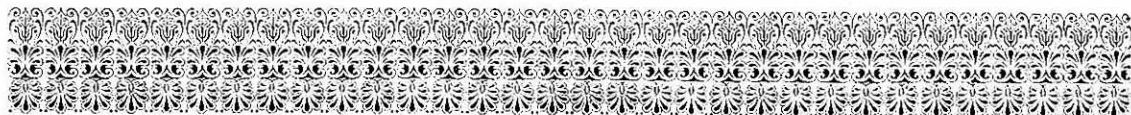






D. Juan Prim





## PRIM

---

Esta figura, de primera importancia en la política contemporánea, es, sino la más difícil, una de las más escabrosas de nuestra historia.

Por esto, no entendemos que pueda hacerse una exacta é irrefutable biografía del general Prim, mientras vivan tantos personajes interesados en los sucesos en que aquel intervino, y cuando todavía puede decirse que no se han dormido las pasiones que produjeron su muerte, y que se sufren aún en España las consecuencias de tan torpe asesinato. A buen seguro que no ocuparía hoy el trono español el nieto de Isabel II, ni se vería la nación en manos del bando conservador que la quiere volver á hundir, como hace treinta años, por los derrumbaderos del doctrinarismo y de la arbitrariedad, si el héroe de los Castillejos no hubiera sucumbido al plomo de sus matadores.

No somos idólatras del general Prim, ni hemos sido jamás sus correligionarios; pero hemos admirado sus grandes cualidades, y en medio de sus vacilaciones y de sus enormes defectos, hemos de reconocer que en distintas ocasiones ha encarnado, hasta el fanatismo y el delirio, el sentimiento liberal de España. Ni podemos negar, ni con nosotros dejará de reconocer nadie que de imparcial se precie, que, sin aquella legendaria figura de soldado valeroso, ni puede escribirse la historia moderna de nuestra patria, ni puede darse por cabal y perfecta una galería de españoles ilustres.

Mal podemos, pues, suprimir de la de EL CORREO ESPAÑOL la biografía del general Prim, si, aparte de todas estas consideraciones, se tiene en cuenta que este personaje ha tenido por dos veces en la mano la suerte de nuestra patria. Esto solo, y la fama universal del esfuerzo y heroísmo de su carácter, justifican que se dé siempre lugar preeminente á aquel político y á aquel soldado, cuando se trate de españoles que merezcan la conmemoración y el respeto de sus conciudadanos.

Además, Castelar, otro adversario suyo en la lucha de los partidos españoles, ha dicho de él en páginas incomparables:

« En todo su ser había algo de misterioso, algo de secreto, algo que él mismo » no sabía explicarse; una contradictoria vocación entre la libertad para los demás » y el imperio para sí, una contradicción externa, que ha sido como la clave de su » destino.

» Y la pasión de la lucha, la pasión del poder, la pasión del fausto, no eran allá » en el alma del general Prim más que grados, escalas de un instinto avasallador » y exclusivo: la ambición de su propio engrandecimiento, pasión mezclada, pasión » confundida, es verdad, con un anhelo infinito por la libertad, anhelo al cual ha- » bían levantado su ánimo los vientos y las tempestades del siglo.

» Así descollaban sobre todas sus cualidades las más necesarias á satisfacer esta » pasión: el valor, sí, el valor indómito, heroico que parecía un vértigo y que es- » taba espoleado por súbitas inspiraciones. En la mayor parte de su vida Prim » aparecía impassible, indiferente, sereno, reservado, concentradísimo, en calma.

» Pero tras aquella calma había una tempestad. Y así que los obstáculos se » amontonaban, así que los peligros le circuían, así que se encontraba rodeado de

» dificultades insuperables, de enemigos que iban á destruirlo, tal vez á aniquilarlo, flameaban sus ojos, crispábanse sus puños, guturales acentos salían de su pecho, acentos que semejaban los ecos de ronca trompa guerrera, palabras animosas de sus labios; y como si pidiera alas á la desesperación atravesaba, emulando el arrojo de D. Sancho el Fuerte en las Navas, los desfiladeros de Castillejos, y entraba belicosamente á caballo, entre nubes de balas, en las tiendas alzadas por los marroquíes en el campamento de Tetuán....

» Seamos justos, proclamémoslo muy alto: con todos estos defectos, con todas estas diversas cualidades, el general Prim ha contribuído á la libertad de España.»

Este juicio nos exime de mayores razonamientos; y por entre los aplausos de sus amigos y las censuras de sus adversarios, la figura del bravo marqués de los Castillejos queda por busto de primera magnitud en la historia liberal de nuestra patria.

Esto queríamos y debíamos establecer, á fuer de escritores imparciales y patriotas, al dar comienzo á la biografía de aquel soldado.

Nació DON JUAN PRIM Y PRATS, de padres modestos, en la ciudad de Reus, provincia de Tarragona, el día 6 de Diciembre dd 1814.

Sus primeros años transcurrieron en medio de las sempiternas y enconadas luchas entre realistas y liberales.

Desde los primeros días de su existencia no vió sino conspiraciones tenebrosas y persecuciones sangrientas.

En aquel medio ambiente, la educación de Prim fué y tuvo que ser descuidadísima: y para demostrarlo, ha dicho uno de sus biógrafos, «no hay más que coger cualquiera de sus autógrafos, y en ellos se encontrarán, á cada línea, faltas garrafales de ortografía.»

Su naturaleza turbulenta y batalladora desde los más tiernos años se significó en los alborotos y pedreas de la muchachada de su pequeña ciudad natal; y cuando más adelante dióse cuenta de sus fuerzas, abandonó el hogar paterno y, sin permiso de su familia, fué á sentar plaza en los banderines de enganche del ejército.

Empeños de sus parientes y condiciones especiales de su carácter le ganaron la plaza de *soldado distinguido*, y las revueltas políticas de aquellos tiempos fueron tan á propósito para el arrojo y temeridad de su ánimo, que ganó con rapidez pasmosa las charreteras de alférez, distinguiéndose constantemente en los cuerpos francos de Cataluña, durante la encarnizada guerra de los 7 años, contra las fuerzas carlistas.

En aquella penosa y dilatadísima campaña contra las tropas del absolutismo que combatían el trono constitucional de Isabel II, ejecutó actos de increíble arrojo que le dieron fama indiscutible de valiente en ambos campos, saliendo con fortuna de todas ellas; y por tal extremo, que en 1837 había ya ganado los tres galones de coronel.

De aquella época data su célebre frase que compendia todo un programa de conducta.

Cuando se le reprochaban sus temeridades, cuando sus amigos le observaban la inutilidad de ciertos arrojos, ó cuando sus jefes le censuraban el riesgo de determinadas disposiciones ó movimientos militares, contestaba invariablemente:

—*O faja ó caja!*

Con lo cual demostraba su resolución inquebrantable de ceñir la faja de general, ó de morir en campaña.

Concluída la guerra contra los carlistas y separada la reina Cristina de la regencia de Isabel II, sobrevino la regencia del bravo y honrado general Espartero; y para hostilizar á éste prestóse Prim, sirviendo los planes de la viuda de Fernando VII, sublevándose contra el Regente y afiliándose en las filas del partido moderado.

Tomó entonces parte en los movimientos insurreccionales de Cataluña, eligiendo por base de operaciones su tierra natal: de cuyos sucesos da cuenta Lafuente en su *Historia general de España* con estas palabras:

« Más diligentes todavía que Ortega y Quinto, (en Zaragoza,) el coronel D. Juan Prim y D. Lorenzo Milans alzaban en Reus el 27 de Mayo (1843,) franca é inequívoca bandera de guerra contra el Regente, dando el primer grito que resonó



» en España en favor de la mayoría de la reina. Si agresiva y enconada fué la  
 » proclama absuelta por el jurado zaragozano, más apasionada y violenta lo era  
 » todavía la lanzada al pueblo catalán por los dos coalicionados de Reus. En ella  
 » trataba al regente de soldado de fortuna, de aventurero egoísta, y á su ministro  
 » Mendizábal, el antes adorado jefe de los progresistas, de intrigante, de embauca-  
 » dor, de dilapidador de los intereses públicos. Tan diligente y activo como resuel-  
 » to y audaz, presentóse Prim delante de Tarragona, solicitó entrar en la plaza y  
 » hacer que se pronunciase, contando, como bien podía esperarlo, con ser ayudado  
 » por los nacionales de la localidad. Pero el comandante general de la provincia,  
 » Osorio, rechazó las propuestas de Prim, quien tuvo que regresar á Reus, sin ha-  
 » ber logrado su intento.»

Téngase en cuenta que todo esto acontecía precisamente días después de aquel célebre discurso pronunciado en las Cortes por el incomparable Olózaga, que concluía por aquella histórica frase de *¡Dios salve al país! ¡Dios salve á la reina!* Quiere esto decir que el coronel Prim, que entonces servía los intereses de la reina Cristina, no dejaba de ser un elemento que concurría á la política de los progresistas que hostilizaban el excesivo poder concentrado en manos del Regente Espartero.

Pero estos mismos progresistas cometieron la torpeza de servir la política de los moderados contra el político más leal y mejor intencionado de España, y Prim, seducido por los planes y manejos del general D. Ramón María Narváez, fué á combatir en Cataluña á la junta centralista que, como en la mayor parte de las provincias, se erigió para oponerse á los avances del nuevo gobierno. Prim, entonces brigadier, fué enviado á combatir y disolver la de Barcelona: y el día 13 de Agosto de dicho año apareció numeroso gentío por las calles de aquella ciudad, como dice el mencionado Lafuente, dando vivas á la junta central y mueras á los moderados y á Prim.

La situación fué agravándose; la ciudad parecía un campamento por los aprestos bélicos de ambas partes, y el furor llegó á su colmo. «Prim arengó sin fruto á la «milicia reunida, exponiéndose con serenidad admirable que le salvó de la muerte.» Así lo refiere aquel historiador. Lo cierto es que un grito unánime y terrible de *viva la Junta Central!* respondió á su arenga, y que de aquel día data el célebre estribillo de los catalanes liberales que cantaban con música del *Trágala* en toda Cataluña:

*Xim! Xim! Xim!*  
*Viva la Junta! Viva la Junta!*  
*Xim! Xim! Xim!*  
*Viva la Junta y mori'n Prim!*

Los preparativos para la lucha se prosiguieron por ambas partes, y las hostilidades se rompieron el día 3 de Setiembre al oponerse la Junta al desembarco de los refuerzos que había pedido el capitán general de Barcelona.

Cataluña ardió toda en guerra civil, y Prim, que ya entonces era mariscal de campo, recibió el mando de las tropas del principado, para someter las fuerzas de la junta central.

Entonces tuvo aquel hombre en sus manos la suerte de España, puesto que del triunfo de los centralistas de Barcelona dependía el éxito de la juntas de Valladolid, León, Santander, Sevilla, Cádiz, Málaga, Granada, Almería, Zaragoza, Valencia y Galicia.

Fué la primera vez que la fortuna hizo depender del general Prim la libertad y la regeneración de los españoles, sin que aquel hombre supiera decidirse á cambiar los destinos de su patria, librándola de todas las ignominias y trastornos que han convulsionado á España desde 1843 á 1868.

Venció Prim á los centralistas, ensangrentó las calles de Mataró, Barcelona y otras poblaciones catalanas; fué más tarde elegido diputado en las Cortes de 1843; pero ni sus condiciones, ni el desequilibrio de sus facultades, ni la soberbia indómita de su temperamento, eran para soportar las imposiciones de Narváez, ni las intrigas palaciegas, y no tardó en perder las simpatías del trono y la confianza de aquel jefe moderado, hasta el extremo de que desde 1845 á 1848 vivió en perpétua hostilidad con el gobierno, habiendo llegado á ser complicado en conspiraciones diversas y condenado á seis años de prisión en un castillo. Por intercesión de

su madre, D<sup>ª</sup>. Teresa Prats, fué indultado; y una vez salido de la fortaleza de San Sebastián, de Cádiz, dirigióse al extranjero, poniéndose allí en relaciones con los progresistas, y afiliándose entonces definitivamente en las filas de este partido.

Sin intervenir directamente y en primera línea en la política española, el general Prim no podía permanecer en la inacción, y al formarse los nubarrones que en el Oriente de Europa produjeron la sangrienta campaña turco-rusa de 1854, dirigióse en 1853 á Constantinopla en donde fué acogido y agasajado por el sultán Abdul-Medjid, alistándose en las fuerzas otomanas contra las tropas del Tzar Nicolás I.

Su valentía y espléndidez fascinaron á los turcos que tenían por él verdadera admiración y fanatismo, porque en el carácter de Prim, había grandes rasgos del carácter árabe; desde el valor indómito y la fastuosidad, hasta el fatalismo más arraigado.

Por esto ha exclamado Castelar en la biografía de nuestro personaje:

« Y no tenía de los árabes solamente el fatalismo, tenía también el amor á la fortuna, al poder, al imperio: y en la fortuna, en el poder, en el imperio, lo que más le agradaba era la pompa, era el fausto.

» Pocos hombres habrá conocido el mundo tan fastuosos, pocos que hayan tenido más aire de Príncipe.

» Cuando fué á Oriente deslumbró á los orientales.»

De Turquía regresó Prim á España habiendo sentado su reputación de valiente en la tierra clásica del heroísmo; y en su equipaje abultaban los presentes que el Sultán y los primeros magnates orientales le habían regalado como prendas de amistad y testimonio de su esfuerzo.

Al regresar pasó por Marsella; y allí fueron á visitarle el príncipe Jerónimo Napoleón y el fecundo Emilio Girardin. Cuáles serían su porte y su boato, cuando este periodista insigne refiriéndose á los paseos de Jerónimo y Prim, ha dicho posteriormente:

—El príncipe descendiente de reyes parecía un plebeyo, y el plebeyo un príncipe.

Vuelto á la patria y enlazado con una rica dama mexicana, el general Prim logró que su primogénito fuese tenido en las fuentes bautismales por la reina de España; y poco después, declarada la guerra de Africa contra el sultán de Marruecos, el general O'Donnell le confió el mando de uno de los cuerpos de ejército que operaron en aquella dura é inolvidable campaña.

En toda ella acreditó Prim las dotes de intrépido y perito; pero para abreviar este bosquejo y para consignar en ellas los actos culminantes de las proezas de nuestro personaje, no vamos á hacer mención sino de su actitud heroica en la batalla de los Castillejos, y su arrojo temerario en la de Tetuán, al frente de los voluntarios catalanes.

Era el 1<sup>º</sup> de Enero de 1860.

Habíanse llevado á cabo las operaciones para que el ejército español avanzara por los desfiladeros de Castillejos, asegurando las posiciones con el fin de apoderarse al día siguiente del valle de este nombre.

Una de esas escaramuzas parciales, tan comunes en las contingencias de la guerra, había arrastrado á una emboscada á dos escuadrones del regimiento de húsares de la Princesa, cuya gran parte de jefes, oficiales y soldados fué víctima del plomo ó del acero marroquíes.

Esto comprometió á otros cuerpos en la refriega, y llegó un momento en que el cuerpo que mandaba el general Prim fué arrollado y poco menos que vencido por los africanos.

No le bastó hacer abandonar á los soldados sus mochilas para que fuesen después á recuperarlas de entre los moros; lo que entonces sucedió fué grandioso, y para describirlo cedemos la palabra á un testigo ocular de los hechos: á D. Pedro Antonio de Alarcón, que en su *Diario de la guerra de Africa*, cuenta la hazaña como sigue:

« Yo ví á Prim en aquel supremo instante, pues me encontraba allí, en compañía del valeroso é inspirado Vallejo. . .

» Es menester conocer á aquel hijo de la guerra, á aquel fiero catalán, á aquel ardiente soldado, para imaginarlo en tan crítica situación. Estaba pálido, casi verdoso; sus ojos lanzaban rayos, su boca contraída dejaba escapar una especie de

rugido, que lo mismo parecía un lamento que una histérica carcajada. Hallábase al frente de los de Córdoba, delante de todos con el caballo vuelto hacia ellos, con la espada desnuda, retorcido el musculoso cuerpo bajo el anchuroso uniforme tranquilo y arrebatado á un mismo tiempo su corazón, como debe de estarlo el del hombre que va á atentar contra su vida.

» Ya lo había apurado todo, arengas, amenazas, órdenes, palabras de camarada y de amigo.

» Por segunda vez había intentado aquella arremetida dificultosa, y por segunda vez el regimiento de Córdoba se había estrellado contra una bocanada de viento cuajada de mortífero plomo. . . .

» El conde de Reus vé ondear ante sus ojos el estandarte de España que conduce un abanderado de Córdoba.

» El semblante del general se ilumina con el fuego de una súbita inspiración. Lánzase sobre la bandera, cógela en sus manos, tremólala, en torno suyo como si quisiera identificarse con ella y dirigiendo su caballo hacia las balas enemigas y volviendo la cabeza á los batallones que dejó atrás, exclama con tremebundo acento:

—*Soldados! Vosotros podéis abandonar esas mochilas, porque son vuestras; pero no podéis abandonar esta bandera, porque es de la patria. Yo voy á meterme con ella en las filas enemigas. ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo á vuestro general? Soldados! Viva la Reina!*

» Dice y da espuelas á su caballo; y sin reparar en si va solo ó le sigue la infantería, cierra contra las huestes contrarias, con la bandera amarilla y roja desplegada al viento, suspendiendo por un instante la furia de los marroquíes, que contemplan asombrados tan grandiosa é impávida figura.

» Los batallones de Córdoba no han sido sordos á aquella voz irresistible; *¡Viva nuestro general!* gritan vigorosamente y se abalanzan en pos suyo sobre los moros; y arrostran una muerte segura, y caen cadáveres sobre cadáveres y siguen arremetiendo, y las bayonetas se cruzan con las gumias, y mézclase la sangre infiel con la cristiana, y la victoria ciérnese indecisa sobre los revueltos combatientes.

» Las cornetas siguen tocando ataque; los marroquíes asordan el espacio con sus gritos, el arma blanca y la de fuego juegan indistintamente; el humo se hace tan denso que no permite distinguir al amigo del adversario; pero la bandera española reluce siempre sobre la tormenta, y siempre en manos de nuestro afortunado caudillo.—Afortunado ¡sí! ¡Las balas que silban y cruzan á su alrededor, que siembran la muerte por todos lados, que hieren á sus ayudantes, que alcanzan á su caballo, respetan la vida de aquel soldado vestido de general, de aquel que es el alma de la lucha, de aquel que sobresale entre todos, y ostenta en su mano nuestra adorada y venerada enseña! Diríase que está dotado de la virtud de Aquiles!»

Aquella jornada confirmó la fama del general Prim, y le valió el título de Marqués de los Castillejos con grandeza de España de primera clase.

Poco después sobrevino en la misma campaña otro de los hechos más culminantes y decisivos, cuyo éxito fué también debido al arrojo del general Prim puesto al frente de los voluntarios catalanes, que habían llegado á Marruecos un día antes.

Fué entonces el 4 de Febrero. Empeñada la batalla de Tetuán, y comprometida la suerte del ejército en el paso de los pantanos que resguardaban el campamento del príncipe Muley-el-Abbas, los españoles eran fusilados atrozmente delante de las trincheras, sin poder avanzar un paso sobre el enemigo. El mismo Alarcón, citado antes, relata este episodio en los términos que siguen:

«El general Prim vé aquella perplejidad, y llega á todo escape al frente de sus paisanos.

—»¡Adelante, catalanes! grítales en su lengua. No hay tiempo que perder. ¡Acordaos de lo que me habéis prometido!

»No fué menester más. Los voluntarios bajan la cabeza y arremeten como ciegos toros á la formidable trinchera.

»Prim va delante, como el día de los Castillejos: llega: vé un portillo en el muro y mete por él su caballo, cayendo como una exhalación en el campo enemigo.



»Espántanse los moros ante aquella aparición.... Algunos, retroceden.... Uno, más osado, llega blandiendo su gumia á dar muerte á nuestro bizarro general.

»Este se convierte en soldado: blande su corvo acero y derriba á sus pies al insolente moro.

»Simultáneamente, los voluntarios se encaramaban como gatos por la muralla de tierra; penetraban por las troneras de los cañones; ensangrentaban sus bayonetas hasta el cubo; vengaban, en fin, á sus compañeros, asesinados poco antes á mansalva.»

Y así fué decidida la célebre batalla de Tetuán, que aseguró la victoria de Vad-Ras y el éxito de la campaña.

Cubierto de honores y laureles regresó el general Prim á España, en donde poco tiempo después le confió el gobierno del general O'Donnell la delicada tarea de mandar el ejército que había de intervenir en México, en combinación con los gobiernos de Inglaterra y Francia.

Quisiéramos extendernos en consideraciones sobre los hechos á que dió origen la intervención, pero los límites de esta biografía nos lo impiden: nos circunscribimos á consignar, como por todas las naciones se ha reconocido, que la conducta del general Prim en aquella ocasión fué hábil y nobilísima: que respetó la soberanía y libertad de los mexicanos; y que dejó sola y comprometida á la Francia, en la empresa vergonzosa de implantar un emperador en la tierra conquistada por Hernán Cortés. El general Prim provocó el día 9 de Abril de 1862 la célebre conferencia de Orizaba con los representantes de Inglaterra y Francia, y en ella el invicto marqués de los Castillejos desenmascaró la doblez del gobierno francés y de sus delegados, humillando la soberbia de éstos y declarando solemnemente que se oponía á que se quisiese *imponer á la nación mexicana la forma de gobierno monárquica, y al príncipe Maximiliano como candidato.*

La protesta y retirada del ilustre marqués de los Castillejos y la subsiguiente de los ingleses, dieron universal reputación de hábil y enérgico al primero, y labraron la muerte de Maximiliano y la caída del tercer Napoleón.

De regreso Prim á España y aprobada su conducta por la Reina, que le colmó de distinciones, y por las Cortes, que le consignaron honrosísimos votos, entregóse á los trabajos políticos de su partido, y puesto á la cabeza de los progresistas, trabajó en la caída del gobierno de O'Donnell. Fué el más ardiente partidario del retraimiento político de sus correligionarios: y decidido á conquistar el poder por la fuerza, sublevóse el día 2 de Enero de 1866 con los regimientos de caballería de Calatrava y Bailén, que pudo sacar de los cuarteles de Aranjuez: pero no habiendo respondido las fuerzas de otros puntos, se retiró á Portugal, y desde aquí se fué á Inglaterra y Bélgica, en donde preparó la formidable insurrección de la artillería de Madrid que estalló el día 22 de Junio de aquel mismo año.

Sofocado el movimiento sin que hubiera podido llegar á aquella capital á ponerse al frente del mismo, Prim se instaló en Bruselas desde donde trabajó incansablemente en la revolución de 1868, que debía destronar para siempre á Doña Isabel II.

Estos acontecimientos fueron precedidos, en el banquete de los *Campos Elíseos*, que determinó la actitud guerrera de la fracción progresista, por aquella formidable, arrogantisima y célebre amenaza, que parecía imprecación profética, ó sentencia de juez implacable: *damos de plazo al trono de Isabel II dos años y un día!*

La historia de este gran suceso, la caída de Isabel II, no es de este sitio, ni nos permiten los límites de este escrito detallar la parte que cupo en ella al Marqués de los Castillejos. Baste decir que Prim fué el alma de ella, y que desde el día 29 de Setiembre de 1868, en que Topete se pronunció en la bahía de Cádiz, hasta el establecimiento del gobierno provisional, el general Prim ha sido la encarnación visible del entusiasmo y del delirio popular de España, y que de su voluntad ha dependido por la segunda vez de su vida determinar y consolidar la suerte de nuestra patria.

Pero Prim no era hombre de soluciones y planes estudiados. Era un carácter fatalista que se dejaba arrastrar por los sucesos; y por esto creemos, como Castelar, que iba siempre allí donde estos le conducían. Por esto opinamos que si como en 1842 y 43 se dejó fascinar por Narváez, se entrega en brazos de las juntas centralistas de los liberales, habría consolidado la democracia española, salvando á

nuestra patria de las convulsiones y hecatombes de 25 años de revueltas. Y esta verdad se completa con estas afirmaciones del citado tribuno:

«Si en vez de ir á Portugal en su primera insurrección militar, va á Palacio, » de seguro conserva la dinastía de los Borbones en la persona de don Alfonso. Si » en vez de sucumbir el levantamiento del 22 de Junio, triunfa, como los demócratas hubieran sido los vencedores y el bando conservador en todos sus matices » el vencido, llega Prim á la República. En la revolución de Setiembre, el destronamiento de la dinastía, al cual nunca se conformara francamente, le fué impuesto por la voluntad nacional.»

Pero aquí yerra Castelar; la *voluntad nacional* se impuso á Topete y Serrano, que no querían la caída de los Borbones: Prim la quería.

Dudamos que nadie haya logrado en nación alguna el prestigio y la popularidad que logró Prim en España al vencer la revolución de Setiembre. Puede decirse que su paso fué un paseo triunfal por las principales ciudades de la Península. Su error consistió en permitir que á su lado medraran los que en todos tiempos habían sido fariseos de la libertad, y que habían de poner asechanzas tanto al prestigio de Prim, cuanto al triunfo definitivo de la democracia: los unionistas.

Por indecisiones de carácter inclinóse como solución revolucionaria á una forma interina de gobierno, la Regencia, de la cual fué nombrado presidente del Consejo de Ministros. En este puesto combatió duramente á los republicanos en el levantamiento general de 1869; y llegado el año de 1870, no se preocupó sino de hallar la persona que había de ocupar el trono que las Cortes Constituyentes habían votado para España.

Durante aquel año, como hace notar oportunamente uno de sus biógrafos, «á cada » trimestre tenía Prim un candidato diferente al trono de España. Por Enero tenía » el menor rey posible, un niño, un colegial modestísimo, el duque de Génova. Por » Abril ya tenía un rey vaciado en el bronce de la guerra y de la fuerte raza de » la Prusia, un príncipe Hohenzollern. Por Agosto su candidato era el vencedor » de Sadowa, y por Noviembre era su candidato el vencido de Custozz.»

Por fin venció la candidatura del segundo hijo de Víctor Manuel, que fué elegido y proclamado rey de España con el nombre de Amadeo I por voluntad é influencia del general Prim, Vizconde del Bruch, Conde de Reus y Marqués de los Castillejos. Pero no había de ver este personaje la consumación de su obra.

Era el día 27 de Diciembre de 1870: las Cortes habían celebrado una de las más lánguidas de sus sesiones, y Madrid estaba recibiendo una finísima nevada: el general Prim salió del Congreso, penetró en su coche, y se dirigió al Palacio de Buenavista por la calle del Turco.

Serían las siete y media de la noche.

Apenas se acercó el carruaje á la embocadura de la mencionada calle, un hombre apostado en la esquina encendió un fósforo, en ademán de prender un cigarro. Aquel hombre era don José Guisasola, y aquella llama del fósforo era una señal á los conjurados que estaban apostados á la mitad de la calle del Turco metidos en dos berlinas.

Al acercarse á éstas el coche del general Prim, se atravesaron los dos carruajes de tal manera que impidiesen su paso por aquella angosta vía al del general; y saltando entonces á la calle los sujetos referidos, dispararon algunos tiros contra el coche de Prim, tan atolondradamente y con tal torpeza, que fué un milagro no se hiriesen entre sí.

Entonces uno de ellos, más sereno ó de más odios en el alma, se acercó á la portezuela, y rompiendo el cristal con la culata de un trabuco, encaró el arma á la cabeza del general, quien, al desviarla, recibió en el hombro toda la descarga que le hizo su agresor. Aquel hombre era un carnicero madrileño llamado Francisco Huertas, cuyos nombres publicamos, porque los dos han dejado de existir.

La herida de Prim fué mortal de necesidad, falleciendo de ella y delirando espantosamente, á las 9 y media de la noche del día 30.

Así acabó su existencia aquel hombre de tan altas y tan contradictorias prendas, cuyo asesinato fué la mayor torpeza que se ha cometido en la historia política de España.

Tras de su muerte, se han borroneado millares de hojas de papel sellado en averiguación de sus asesinos, y se han perseguido centenares de personas sin propósito decidido de dar con los verdaderos culpables. Sendos artículos de periódicos



cos y no pocos folletos se han impreso sobre el suceso, imputando unos y rehu-  
yendo otros responsabilidades en el crimen. Todo inútil.

La conciencia íntima, el juicio popular, están hechos sin embargo: cuando Prim dijo en las Cortes con su acostumbrada bravura: «*mientras yo viva, no volverán los Borbones á España, jamás! JAMÁS! JAMÁS!*» con que terminó Prim su discurso, firmó su sentencia de muerte. ¡Cuánto se rieron los moderados de aquel arranque bíblico! Cuánto se rieron, y en efecto, á los dos años rodaba el trono de Isabel II, pese al mismo Sagasta que hasta el último momento creyó siempre que la pobre mujer aquella se reconciliaría con el elemento liberal y él podría aun *sembrar de flores su camino*.

¡Sagasta! El sempiterno cómico de la libertad: todavía Prim fué más lógico, porque era más bravo y más sincero.

De los palacios de esos *magnates* salieron confabuladas las cabezas que dirigieron el *complot*, y salió el oro que les dió infame fuerza y vida: los brazos comprados, ejecutores de la sentencia borbónica, fueron, sí, brazos de republicanos, pero esos republicanos de zahurda, de taberna. Alguien, en fin, fué en el mismo Gobierno capa del delito: aquel compañero de armas, que nunca perdonó á Prim su popularidad.

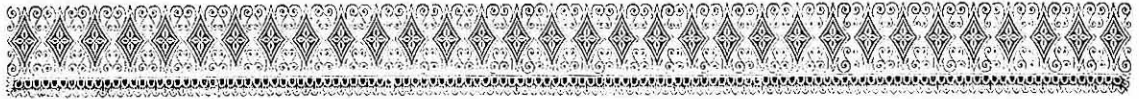
La opinión pública en España sabe á qué atenerse sobre tan lamentable acontecimiento. Y no existe político de buena fe, ni corazón hidalgo, ni republicano de sensatez y de criterio verdaderamente democrático, que no condene á los poderosos que trataron de desembarazarse de la figura demasiado saliente del general Prim. Como no hay ya persona honrada en nuestra tierra, que no deplora la torpeza y la insensatez de los instrumentos de segunda fila que, con buena fe ó sin ella, interesada ó desinteresadamente, inmolaron á traición, alevosamente, en una oscura calleja, como hacen los bandoleros de la *Maffia*, al hombre que había dado testimonio universal del heroísmo de nuestra raza; que se erigió en escudo de la soberanía del pueblo XIX, y que trabajó leal y afanosamente en el acto más honroso de la historia moderna de nuestra patria: el destronamiento de los Borbones!

---



*D. Emilio Castelar*





## CASTELAR

---

Pocos reyes y príncipes modernos pueden con más acierto ser comparados por sus errores, crímenes y vicios, á los más degradados y brutales emperadores de Roma unas veces, y á los imbéciles tiranos del Bajo imperio bizantino, otras, como la mayor parte de los reyes y príncipes de la casa de Borbón.

En Francia, en España, en Nápoles, durante casi dos siglos de dominación por pactos de familia, y mientras tanto, sobre todo, que pudieron sostener con mano dura lo que llamaron sus prerrogativas de *Derecho Divino*, han tenido la triste gloria de dejar escritas las páginas de sus anales con sangre y con lodo.

Luis XV de Francia, Fernando y Carolina de Nápoles, Carlos de Parma y Carlos IV y Fernando VII de España pasarán á la posteridad, como han pasado Claudio, Commodo y Heliogábalo, por el triste renombre de haberse señalado en la lascivia, en la brutalidad, en la refinada hipocresía los unos; en los apetitos de sangre, en la ingratitud y bajeza de sentimientos los otros; en la imbecilidad los más: todos en el despotismo.

El sacrificio del más inocente quizás de la familia, el sacrificio de Luis XVI, que tal vez, aunque Borbón, no tuvo otro delito que el de haber nacido demasiado hombre honrado y demasiado sencillo para rey, la muerte en cadalso de Luis XVI, á consecuencia de la invasión de nuevas ideas en el mundo latino, fué el principio de una lucha á muerte entre los príncipes de esa sangre y los pueblos hasta entonces por ellos manejados como rebaños de ovejas.

Lucha tremenda que se señaló por el terror *blanco* en Francia, por las vergüenzas de los monarcas italianos, y las brutalidades del rey *chulo*; que acabó con el destronamiento de los Borbones franceses por el empeñamiento insensato de la nobleza legitimista, pese á Chateaubriand; por la ruidosa caída de los Borbones de Nápoles al empuje del último y más ilustre de los *condotieros*, Garibaldi, y en España, por el rudo escarmiento de Alcolea.

Es decir, que el resultado de la implacable lucha de más de medio siglo, fué en todas partes el espléndido triunfo de los pueblos sobre sus reyes; sobre aquellos que aún pretendían, por derecho propio, ser más bien *amos*, ser los antiguos señores de horca y cuchillo.

En esta penosa calle de la Amargura; en este largo y rudo batallar entre lo viejo y lo nuevo, entre el *derecho divino* y la *democracia*, entre las jóvenes multitudes que pedían reconocimiento de derechos y armonía de deberes, y las viejas agrupaciones, cada vez más débiles, que á la sombra del trono y apoyadas en el altar, (una y otra institución bastardeadas por su egoísmo) empeñábanse todavía en que el rey y el sacerdote deben pensar y dominar á su antojo, porque, según ellos representan á Dios en la tierra, muchos fueron los apóstoles, é innumerables los mártires.

Circunscribiéndonos á España, no es preciso entrometernos ahora en una larga disertación histórica para demostrar que todo el reinado de Carlos IV es una infamia, y el de Fernando VII una página de sangre.

El carácter distintivo del padre había sido la imbecilidad: el del hijo fué la brutalidad, y fué además la ingratitud.

El pueblo español, tras un letargo de casi siglo y medio, que es el borrón de nuestra historia, había renacido á la inmortalidad, á la grandeza, en su heroica protesta de sangre contra Napoleón I; y la recompensa que recibieron los principales héroes de aquel despertar grandioso, fué el cadalso, el destierro, el castigo infamante, porque al mismo tiempo que morir con gloria, habían sabido también pensar.

Isabel II, fué digna hija de Fernando VII: ella se distinguió como su padre por el odio á las instituciones liberales; por sus delitos, su hipocresía y su ingratitud. El partido liberal la dió el trono, y ella sostuvo brazo á brazo incansable lucha de casi un tercio de siglo contra ese partido liberal.

En 1854, esta lucha había llegado al máximo del interés y del calor: el pueblo había obtenido una de sus ventajas: tras de sangrientos combates había impuesto una vez más su voluntad al trono, que no fué entonces arrojado por el balcón del palacio de Oriente, gracias á la generosa intervención del anciano general San Miguel, héroe de las jornadas de Julio de 1822, é ídolo del pueblo de Madrid.

Pero el fervor de este pueblo por los ideales que á tantos llevaran al martirio, su ansia de libertad, había llegado al colmo: era como una sola alma con un solo estremecimiento: y cuando sus grandes oradores, sus grandes poetas, sus grandes apóstoles de la buena nueva le congregaban para enseñarle la senda de sus derechos, acudía frenético de entusiasmo, y era entonces la plaza pública cátedra, foro, libro y altar.

Allí, en uno de aquellos grandiosos *meetings* del teatro de Oriente, que recordaron, que resucitaron el ágora de Atenas, en una espléndida tarde de Otoño habían trabado reñidísima lid de elocuencia los grandes oradores de la libertad en aquel entonces; los Olózaga, los Ríos Rosas, los Pacheco, los Calvo Asensio, los Rivero, los Orense, todos; todos aquellos amigos del pueblo que le venían aleccionando y alentando y confortando durante tantos años; todas aquellas voces tan robustas, tan inspiradas, tan valientes, que nunca desmayaban, que nunca caían en el vacío, aun después de haber fulminado en la tribuna española su poderosísima palabra, próceres como Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Joaquín María López y tantos otros, en los albores de nuestra revolución.

España es el país de los oradores brillantísimos. En 1854 el pueblo lo sabía y gozaba en el esplendor de tanta gloria. Terminaba el *meeting* de que hicimos mención, porque habiendo desfilado ante la apiñada multitud con su brillante cohorte de imágenes y entre relámpagos de genio los principales oradores de la época, época en que hasta González Bravo, elocuentísimo también, aparecía como adalid de la libertad, el *meeting* terminaba, decimos, por el cansancio de la multitud: había durado muchas horas: y aunque el presidente invitaba á tomar la palabra á cualquier ciudadano que deseara hacer alguna otra manifestación de ideas, antes de terminar la reunión, ¿quién se animaba á tanto, después de haber oído á Olózaga, á Pacheco, á Calvo Asensio, á González Bravo, á Ríos Rosas y á Orense? Pero, he aquí que, desde el fondo de un palco, un joven desconocido de todo el mundo, de mediana estatura, pálido, delgado, barbilampiño, casi una criatura, pide la palabra.

El pueblo protestó y empezó á desbandarse con ruido y algazara; muchas risas se oyeron también, y, sobre todo, grande murmullo de desagrado. ¡Era demasiado atrevimiento! El presidente tuvo que mantener con energía los derechos del joven desconocido, y el pueblo, como fiera que se retuerce contra la cadena, accedió protestando, estuvo quieto. El joven empezaba su peroración con voz dulce, tranquila, bien timbrada, pero al parecer débil; sin embargo, aquella entonación era por lo menos simpática, y el silencio se impuso. Al segundo párrafo, el silencio fué atención. Al tercero, sorpresa. Al cuarto, admiración. La voz era ya cascada de perlas. Al quinto párrafo la admiración se cambió en entusiasmo. Al entusiasmo siguió el delirio. Aquella voz era ya torrente impetuoso: era al mismo tiempo que torrente, relámpago, trueno y rayo: todo esto sin dejar de ser cascada de perlas: y con aquella voz, también aquellos negros ojos, aquella frente olímpica, aquellas manos, aquel cuerpo todo hablaban, cantaban, rugían, eran



ya maldición, ya plegaria, canto de amor y canto de libertad: todos los dolores de la humanidad en la historia, todas sus esperanzas, todas sus alegrías y desencantos, todas sus aspiraciones al infinito, aparecían en aquella voz, en aquella mirada, en aquella nueva elocuencia. El pueblo acompañó incesantemente aquella voz con delirante aplauso, desde el quinto párrafo al final. La fiera estaba dominada y rendida. A su vista acababa de aparecer un milagro. Lo que aquella voz decía y del modo que lo decía, no se había dicho nunca en España. González Bravo, el después reaccionario González Bravo, se levantó en su asiento, y tendiendo los brazos al orador niño, gritó con entusiasmo:

¡Yo te saludo, joven democracia!

Aquel día, en efecto, nació la democracia española: su venerable, su viejo primer apóstol, el honrado marqués de Albaida, el siempre bendecido Orense, lloraba de júbilo. Olózaga estaba absorto; Nicolás María Rivero fuera de sí: conocían se les acababa de escapar de las manos el cetro de la elocuencia.

El joven quiso dejar la palabra, pidiendo perdón al pueblo por haber abusado de su paciencia. El pueblo gritó en masa: no! no! no! más! siga! El joven siguió. Cuando hubo terminado, el delirio llegaba al colmo.

¡El nombre! ¡El nombre! Se oía por todas partes.

EMILIO CASTELAR.

Al día siguiente lo repetía todo Madrid: á los cinco días toda España. Muy pocos meses después lo repetía toda la Europa culta con asombro. Muy pocos años después, Castelar era proclamado por unanimidad el primer orador de su tiempo, rival de Mirabeau, rival de O'Connell: el Demóstenes español le llamaron pronto en Francia: el Cicerón de este siglo le han llamado los ingleses: *el eco de la libertad y la voz de la patria* ha dicho de él la Alemania, con la pluma de uno de sus más grandes críticos.

¿Y quién era Castelar?

Un pobre hijo del pueblo: un humilde joven, recientemente doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras; casi un estudiante.

Al día siguiente se le buscaba con empeño, pues se había escondido asustado él mismo de su éxito.

Hallósele en una casi guardilla de la plazuela del Angel. Huérfano de padre á la edad de siete años, su santa y buena madre y su noble hermana Concepción, las únicas afecciones tiernas de toda su vida, le habían ayudado en su subsistencia y carrera con el honrado trabajo de sus manos. En 1854 ayudaba á sostener el modesto hogar dando lecciones particulares. A consecuencia del éxito, dícese, le hizo llamar Isabel II, le felicitó por su talento y le brindó protección. El, agradeciéndola, contestó: *Señora, soy republicano*. Es la única vez que habló con Isabel II, poderosa.

Rechazó los favores palaciegos, pero el pueblo que adivinó en él un apóstol, le buscaba. Todos los diarios le abrieron sus columnas; aceptó las del *Tribuno* que abandonó bien pronto porque su redacción se declaró monárquica. Pasó con Sixto Cámara á la *Soberanía Nacional*, que abandonó pronto también porque Sixto Cámara quería la revolución, la lucha implacable. Por donde se vé que es injusto el cargo de demagogo que hacen á Castelar los reaccionarios, y el de inconsecuente que le hacen los exaltados de la democracia. Castelar ha sido siempre el mismo, desde que se dió á conocer, desde los veintidós años. Partidario, sí, fervientísimo, de las ideas avanzadas, de los grandes ideales; pero quiere que triunfen por la evolución, no por la revolución; por el poder de la idea, no por la sangre.

Estaba, pues, ya en 1855, donde está en 1893. Es de acero.

Nació en Cádiz, en 1832.

Hizo en Elda (Alicante) y en Aliaga (Aragón) los primeros estudios.

En Alicante, la segunda enseñanza, donde ya improvisaba los discursos de apertura que le encargaban sus maestros. En Madrid siguió, hasta doctorarse, la Facultad de Filosofía y Letras, siendo ya en las cátedras el asombro de sus maestros y condiscípulos cuando recitaba las lecciones. Figuró en candidaturas para diputado á Cortes ya en 1855, al lado de jefes de partido tan notables como el general San Miguel, el general Dulce y Calvo Asensio, liberales, Orense, Guerra, Olavarrieta y Cervera, demócratas genuinos. Fué vencido por pocos votos.

En 1858, ganó por oposición y con voto unánime la cátedra de Historia en la Universidad de Madrid, y salvó al Ateneo de su crisis con sus inolvidables conferencias sobre la *Historia de la Civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*.

De *La Soberanía Nacional* pasó á *La Discusión*, fundada y dirigida por Rivero, y en ese diario demócrata permaneció hasta 1863, como redactor en jefe.

Pero *La Discusión* no tenía con Rivero bastante color antidinástico, en una época en que ya hasta los progresistas históricos con Sagasta y Prim y Olózaga á la cabeza, se iban separando del trono: y entonces, en 1864, fundó Castelar *La Democracia*. Esta publicación fué la cátedra del joven partido republicano. Y así como al separarse de Rivero rompió Castelar (rompimiento que aún dura) con los progresistas radicales, al entablar desde *La Democracia* con Pí y Margall y su socialismo y con Carlos Rubio y su radicalismo aquella encarnizada lucha que terminó por el triunfo de la democracia, quedó para siempre separado de socialistas y revolucionarios, separación que también dura todavía, y es la causa del mal éxito de la República Española, y de la actual división de los republicanos; división que tiene alejado el triunfo.

Pero Castelar ha sido también revolucionario de acción, cuando no hubo más remedio que serlo. Cuando Isabel II vertió sangre; cuando las banderías políticas que eran de su preferente agrado cerraban todo camino al derecho, ahogaban toda protesta, imponían el régimen de la devoción mojigata, de la hipocresía corrompida y corruptora, la humillación del pueblo, el retroceso, la malversación, la aventura quijotesca en el exterior y la degradación en casa. Castelar fué revolucionario de 1865 á 1868, hasta dar en tierra con el trono infamado y ya infamante de aquella pobre mujer, y fué revolucionario cuando todos los españoles honrados tuvieron que serlo.

Por causa de la bravura de Castelar, ¡de Castelar, á quien se ha tachado de pusilánime! cuando á las amenazas de ese mismo González Bravo contestó que él no abandonaría su cátedra sino por la fuerza, fueron los estudiantes de Madrid y con ellos todo el pueblo cobardemente asesinados en la lúgubre noche de San Daniel.

Aquel crimen produjo el retraimiento de los partidos avanzados, retraimiento esforzadamente sostenido por Castelar; y ese retraimiento trajo diversas asonadas y la tremenda lucha en las calles de Madrid en 1866, donde el pueblo fué vencido, pero donde Isabel II quedó sentenciada. Castelar, á quien se cree cobarde, y que se batió junto al pueblo, después de arengarlo de barricada en barricada, en unión del bravo poeta Carlos Rubio, pudo, después de la derrota, escapar disfrazado á Francia, *condenado á muerte en garrote vil*.

La impugnación que en 1865 hizo del socialismo Castelar, ha sido, según el inglés Grant Suff, la más elocuente y profunda que se ha publicado en Europa.

Un solo artículo de Castelar produjo el escándalo de la noche de San Daniel: el artículo titulado *El Rasgo*.

Siguió en París su incansable propaganda democrática; contribuyó poderosamente á la conciliación de unionistas, progresistas y demócratas, y fué uno de los más poderosos factores de la *Revolución de Setiembre*. *La Gloriosa*, como la llamó el pueblo, y la Historia lo repetirá.

Caída Isabel II; diputado Castelar por Zaragoza á las Cortes Constituyentes, fué el alma de aquellas Cortes. Cada uno de sus discursos de entonces era, mientras se pronunciaba, transmitido telegráficamente en todos los idiomas á todos los países del mundo; honor que hasta ahora orador ninguno había alcanzado.

Desde entonces fué apóstol ferviente de la República; pero odiando de nuevo las intransigencias y las revoluciones, mientras la libertad tuviera un solo resquicio donde ampararse; prensa, tribuna, cátedra ó asociación.

Se le ha supuesto complicidad en los alzamientos republicanos de 1869, sobre todo en el de Zaragoza; pero este cargo es injusto también. Castelar era miembro de la Junta central ejecutiva republicana, y vencidos los alzamientos de Málaga y Valencia, esa Junta impartió órdenes de *permanecer en calma* á las demás *Juntas Provinciales*; pero esa orden ya no pudo cumplirse por la exaltación de las masas.

Durante el reinado de Amadeo de Saboya, hizo volver á las Cortes con su elocuencia á la minoría republicana que se había retraído. Siguió trabajando

incansablemente por el triunfo de la República, y procurando contener en discretos límites de un lado los apetitos exaltados en demasía de los federales, y del otro las tendencias también exageradamente unitarias del antiguo partido progresista y una pequeña fracción del republicano. Desde entonces data su separación de Ruiz Zorrilla, separación que también dura todavía.

Cuando sobrevino impensadamente la República, Castelar, llamado al Ministerio de Estado, se mostró político conciliador; salvó á los conspiradores de la Plaza de Toros (Serrano, Topete, Sagasta y Martos); en cuanto le fué posible contuvo á los progresistas descontentos, á los federales exaltados, á los carlistas en rebelión: hizo reconocer la República por las otras potencias: consiguió la abolición de la esclavitud en Puerto Rico contra una oposición conservadora formidable, por medio de un discurso elocuentísimo, grandioso como todos los suyos, y abolió las órdenes militares y civiles, y los títulos de nobleza: pero cuando se hizo cargo de la jefatura del Estado ya era tarde: la anarquía á un tiempo en el Norte de España por los carlistas, en el Sud por los cantonales, en Cuba por los separatistas; en el ejército, en la armada, todos conjurando con oro y con hierro, y todos despedazándose como fieras, no eran condiciones favorables para desplegar acertadas condiciones de hombre de gobierno. Castelar cayó necesariamente, sino por completo con gloria, al menos con toda la amargura del desencanto en el alma.

Con él cayó la República.

Pero su desconcierto no fué de larga duración.

Restaurado Alfonso XII, volvió á las Cortes elegido diputado por Barcelona y luego por Huesca, á cuya ciudad viene representando hasta hoy. Sigue siendo incansable en su propaganda republicana, pero pacífica; jefe es de la fracción posibilista; sostiene hoy, como en su juventud, la revolución por la evolución. Se dice que ha perdido su popularidad de otro tiempo; no es cierto. Castelar hoy tiene conquistadas la admiración y el respeto de todos los partidos españoles, la admiración de todos los hombres pensadores del mundo, y el pueblo no olvida que es Castelar quien más ha contribuído á entronizar la democracia en su conciencia. Sus escritos, sus discursos, bellísimos siempre, inimitables siempre, han sido como el cantar de la sirena para ese pueblo dormido que despertó al arrullo de ese cantar y no ha de olvidarlo nunca. ¡Que Castelar no es profundo, se ha dicho también: contestemos solo con esta observación: no hay obra, disertación académica ó discurso tribunicio, no hay libro de Castelar que no se haya traducido inmediatamente, no ya solo á las demás lenguas latinas, sino al alemán y al inglés: al alemán, el pueblo más profundo, más serio y sabio; al inglés, el más político y práctico de todos los pueblos modernos.

Si no fuera profundo Castelar, las Universidades alemanas, inglesas y norteamericanas no le hubiesen invitado á dar lecturas y conferencias; y los profesores y estudiantes de la Sorbona y de Oxford no le hubiesen tributado calurosas ovaciones.

En Alemania es considerado y querido como el español más ilustre, después de Cervantes.

En fin, cuando habla, puede decirse del idioma castellano manejado por él, lo que ya dijo hace tres siglos, como presintiéndole, el gran poeta Lope: «aquí no llega ninguna lengua del mundo: perdónenme la griega y la latina.»

Es miembro de todas las academias y de todas las corporaciones sabias españolas, y honorario ó corresponsal de casi todas las del extranjero.

Ha publicado infinidad de notabilísimos libros, cuyos títulos no ponemos aquí porque ¿qué persona de mediana ilustración no los conoce? ¿quién no ha oído siquiera hablar de los *Recuerdos de Italia*, de *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*, de *La Revolución religiosa*, y últimamente de *Colón* y de la *Historia del descubrimiento de América*?

Ningún orador contemporáneo ha causado mayores efectos: véase cómo comentaba un adversario su monumental réplica al diputado ultramontano Manterola, réplica que puede llamarse la *Oración de la Corona* de este nuevo Demóstenes: y téngase en cuenta que este mismo comentario puede aplicarse á todos los discursos de Castelar:

«¡Qué memoria! ¡Qué erudición tan extraordinaria! ¡Qué esfuerzo imagina-

tivo para compilar hechos conjuntos! ¡Qué seguridad y fijeza de razonamiento! ¡Qué variedad de recursos, de datos, de pruebas, de testimonios!

El arte, la historia, la ciencia religiosa, los libros sagrados, todo le ofrecía las canteras vivas de sus alegaciones. Añádase á esto (y se formará una pálida idea de semejante prodigio) un estilo lujoso al par que severo, una grandilocuencia que no excluía el tecnicismo; las galas todas de la poesía reunidas á la propiedad científica de las voces; una palabra fluída al mismo tiempo que tempestuosa; la más vehemente inspiración, el más íntimo sentimiento, nobles y amistosos arranques, palabras de infinito amor, anatemas de tremenda justicia, descripciones de prodigiosa viveza, relatos de gratisimo interés, textos de felicísima oportunidad, citas de autoridades incontrovertibles, y finalmente, al concluir su discurso, una deprecación tan ferviente, tan lírica, tan sublime, tan conmovedora, que la Cámara entera, magnetizada, subyugada, jadeante, fuera de sí, parecía haber entregado su alma al orador, pender de sus labios, vivir de sus palabras, mientras que él, arrebatado, transportado, sin oirse ya, sin conciencia de lo que decía, se entregaba á su inspiración como la Pitonisa en el Trípode, como el profeta que trasmite mecánicamente una voz que le baja de los cielos..... Por eso hoy hemos bajado nosotros las armas, delante del ejército enemigo, y nos hemos adelantado á saludar al héroe que nos combate todos los días, viendo en él al genio antes que al hombre, al español antes que al adversario. Lo repetimos; glorias como la del señor Castelar no pertenecen á un partido: pertenecen á la patria».

Si esto dicen sus adversarios, razón tenemos nosotros sus discípulos, amigos, parciales y admiradores, para decir que, no ya solo un partido, toda la España del pasado ha bajado las armas ante el poderoso ejército de ideas del apóstol de la Libertad.

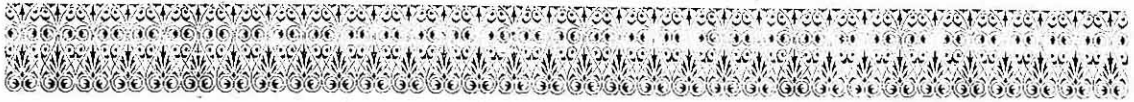




*D. Salustiano Olózaga*







## OLÓZAGA

---

Bien puede asegurarse que la personalidad de Olózaga representa la más alta influencia parlamentaria que se haya ejercido en España durante las agitadosísimas luchas en que, á mediados del siglo actual, han disputado la dirección y la suerte del pueblo español los bandos progresista y moderado; ó en otros términos, los hombres que se inspiraban en los dogmas de los enciclopedistas franceses y en la emancipación de las clases populares, y aquellos que, esclavizados por las teorías y restricciones del doctrinarismo, querían someter el progreso de los pueblos á los privilegios y egoismos del trono, del clero y de la aristocracia.

En esa lucha que ofreció su mayor grado de tensión desde la muerte de Fernando VII hasta la inolvidable revolución de Setiembre de 1868, Olózaga fué adalid constante de las soluciones más avanzadas y progresistas, dentro de las doctrinas monárquicas y del espíritu de la época; y su nombre ha de quedar esculpido en la historia patria no solo como el de uno de los buenos soldados de la libertad, sino como el de los más grandes maestros de la grandilocuencia española, incomparable en los anales de la oratoria parlamentaria de Europa.

Nació D. Salustiano de Olózaga en Logroño, según unos, y según otros en el pueblo de Oyon, junto á la ciudad de aquel nombre, durante el año de 1803. La modestia y escasos recursos de sus padres no fueron causa bastante para que dejara de dedicarse al estudio de las letras, para lo cual hicieron aquéllos verdaderos sacrificios, decididos á dar al joven Olózaga una educación superior á su clase y á sus recursos.

« Empezó, pues, sus estudios de filosofía en Zaragoza, dice uno de sus biógrafos, á cuya ciudad fueron á establecerse sus padres en 1819: y, proclamada la Constitución al año siguiente, el joven escolar empezó ya á distinguirse entre los más ardientes liberales; y alistándose en la milicia nacional de Madrid, acompañó constantemente al gobierno hasta la rendición de Cádiz. La revolución francesa de 1830 reanimó el entusiasmo de los antiguos liberales, y en la conjuración del librero Miyar, en Madrid, se halló ya complicado Olózaga, pasante á la sazón del jurisconsulto Cambronero, bajo cuyos auspicios empezaba el aprendizaje de abogado. Reducido á prisión el 17 de Marzo de 1831, fué trasladado á la cárcel de la Villa, de donde logró escaparse, refugiándose en Francia.»

Publicada la amnistía de 1832 para los delitos políticos, regresó Olózaga á Madrid, en cuya ocasión dice uno de los biógrafos que por empeño del Conde de Toreno, obtuvo un destino en la administración de Hacienda de aquella provincia; pero este hecho ni se halla comprobado, ni lo confirman sus demás biógrafos, ni lo juzgamos probable, dada la conducta que contra el gobierno del mismo Conde de Toreno observó Olózaga poco tiempo más tarde.

Muerto Fernando VII y ascendido al poder aquel magnate, Olózaga tomó parte muy principal en los sucesos del 15 de Agosto de 1835, que produjeron la caída del referido Conde y el entronizamiento del insigne repúblico don Juan Alvarez Mendizábal.

Olózaga, como miembro de la milicia urbana de Madrid y amigo de los milicianos y liberales más influyentes, como don Andrés Borrego, don José Esteban de Fraga, don José Sanz y otros, fué el que conferenció con el jefe de la Guardia Real, general don Genaro Quesada, para que este cuerpo fraternizara con la milicia urbana en su actitud de protesta contra el gobierno de Toreno, y para que secundase las pretensiones de los liberales madrileños, siempre que la sedición no ensangrentase las calles de la capital, ni implicara hostilidad á la dinastía.

Llegada la hora de la protesta y acuartelada la Guardia Real, concentróse la milicia en la Plaza Mayor durante la noche del 15 de Agosto del referido año de 1835; y mientras el capitán general de Madrid Conde de Ezpeleta, que era ageno al plan tramado entre el general Quesada, Olózaga y amigos, hacía poner sobre las armas las tropas de la guarnición, Olózaga, encerrado con don Andrés Borrego en una de las habitaciones altas del principal de la milicia, redactó y puso en limpio la exposición que los liberales habían de dirigir á la Reyna gobernadora, doña María Cristina, en cuyo documento la milicia urbana de Madrid concluía condensando sus pretensiones en esta forma:

1º Exclaustración de los regulares, efectuada con consideración y decoro para los religiosos.

2º Devolución de los bienes nacionales vendidos en la época constitucional.

3º Separación de los empleados y funcionarios que, actos anteriores, ligen marcadamente con los intereses del Pretendiente.

4º Ensanche á las bases de la ley de la milicia urbana, y restitución de su antiguo y glorioso nombre de Milicia Nacional.

5º La movilización de la misma para el sostenimiento del trono, de la libertad y del orden público.

6º Un alistamiento extraordinario de doscientos mil hombres, destinados á operar activamente contra las facciones.

7º Restablecimiento de las diputaciones provinciales.

8º Presentar á las próximas Cortes una nueva ley de elecciones sobre bases más amplias y populares.

9º La libertad de imprenta, sujetando su ejercicio á las garantías que reclama el interés de la sociedad.

10. La inmediata reunión de las Cortes, con el objeto de coadyuvar á las benéficas intenciones de la reina.

11. La composición de un ministerio cuyos miembros no se encuentren ligados por opiniones y votos contrarios á las medidas de pública salvación que anteceden.

Este extracto, que publicamos para dar fe de las ideas profesadas y sostenidas por Olózaga en 1835, condensa la petición que fué firmada por los comandantes y delegaciones de las clases de la milicia madrileña; fué presentada por el propio general Quesada al gobierno, y produjo la caída del conde de Toreno, sustituyéndole Mendizábal, recién llegado de su emigración en Inglaterra; y uno de cuyos actos primeros fué nombrar gobernador civil de Madrid á don Salustiano Olózaga.

Unido éste á Mendizábal y convocadas las nuevas Cortes, fué elegido diputado por Logroño y por Madrid, haciendo con brillantez en aquella legislatura sus primeras armas de orador parlamentario.

En este punto dice uno de sus biógrafos:

« Reelegido en las Constituyentes, consolidó su reputación de orador hábil y elocuente, defendiendo con acierto el proyecto de Constitución de 1837, y fué quizás el orador más hábil de la comisión. El más bello y sólido discurso de Olózaga en aquella legislatura, y aún en todas las demás, fué el que pronunció contra la libertad de creencias religiosas; y cualquiera que sea el juicio que de sus cualidades oratorias se haya formado, lo cierto es que, en las Cortes Constituyentes, levantó su reputación á un punto que ha sido la base de su fortuna política. »

Caido el gobierno de Mendizábal, afilióse á la oposición monárquica, hostilizando al general Espartero, el cual, para alejarlo de la política militante, le nombró para la Embajada de España en París.

Allí le sorprendieron los sucesos de Octubre de 1841 que terminaron con el

fusilamiento de los generales Diego Leon y Borso di Carminatí, brigadier Quiroga, coronel Fulgoso y oficiales Boira y Gobernado; actos de rigor que se han hecho pesar siempre con sombríos colores sobre la historia del invicto general Espartero, sin calcular tal vez toda la gravedad de las circunstancias, y la trascendencia que aquel atentado sin ejemplo había de ejercer en la historia de la libertad española. En la biografía de aquel ilustre soldado, y no en la presente, es donde corresponde fundar el verdadero juicio que merecen aquellos lamentables actos de rigor militar; pero es pertinente de este bosquejo biográfico hacer notar la sagacidad y el tacto con que Olózaga supo hacer confesar desde la Embajada de París la responsabilidad que cupo á la madre de D<sup>a</sup> Isabel II en la insurrección de Octubre, que costó la vida á tantos bizarros defensores de la más ingrata de las reinas.

No podemos extender los límites de este bosquejo transcribiendo las notas cambiadas entre Olózaga y el gobierno de Luis Felipe por una parte, y por otra los tiroteos escritos entre el mismo Embajador y el secretario de la reina madre D<sup>a</sup> María Cristina, que lo era entonces don José del Castillo y Ayenza. Lo cierto del caso es que Olózaga logró poner en evidencia la parcialidad de la monarquía francesa á favor de los generales insurrectos de Madrid, y la connivencia de la reina María Cristina con Concha, Leon, Borso, Montes de Oca y demás sublevados; pues si bien el secretario de aquella señora negó en nombre de la misma toda inteligencia con los revoltosos, y aun cuando la misma señora,—según palabras oficiales que aparecieron en el *Monitor Oficial* de París—dijo que lo que hacían los sublevados era por cuenta de ellos, y *sino que me prueben lo contrario*, don Salustiano Olózaga supo llevar la correspondencia de tal modo, y herir tan en lo vivo la soberbia y la doblez de la reina viuda, que su secretario señor Castillo y Ayenza, en comunicación de 24 de Octubre de aquel año, hablando en nombre de su *reina y señora*, confesó involuntaria pero categóricamente que el general Leon y demás revoltosos eran los instrumentos de sus planes, declarando que no podía « repudiar á españoles generosos, cabalmente cuando acaban de sellar con su sangre su no desmentida fidelidad al trono. » Este documento puede leerse íntegro en el capítulo 4<sup>o</sup> del libro X de la *Historia General de España* de don Modesto Lafuenté, continuada por don Juan Valera.

Queda, pues, sentado, que á don Salustiano Olózaga se debe la prueba de la complicidad de la reina María Cristina de Borbón con los sublevados que se alzaron contra la Regencia de Espartero, votada por las Cortes liberales de España.

No era, sin embargo, Olózaga partidario incondicional de aquel caudillo; y lo prueba la constante hostilidad que le levantó en las Cortes y el alejamiento en que Espartero trató de tenerlo siempre, destinándole á la Embajada de París; y cuando la oposición se acentuó contra el Regente, significose Olózaga en la célebre sesión de 20 de Mayo de 1843, en la cual quedó muerta moralmente la regencia de Espartero, y caído el flamante gobierno de don Alvaro Gómez Becerra. En aquella sesión fué héroe parlamentario Olózaga, arrancando los aplausos de los diputados y del pueblo en los ciceronianos arranques oratorios que se han hecho célebres, y que acababan con aquellas frases imperecederas, y entonces irresistibles:

« Cualquiera que sea nuestra suerte pública ó privada, nos separaremos tranquilos; y por donde quiera que pasemos con nuestra frente erguida, dirán: ¡Ahi va un representante celoso, enérgico y digno de ser enviado cien veces á representar una nación! ¡Dios salve al país! ¡Dios salve á la reina! »

Siguió Olózaga siendo la figura de primera magnitud en las Cortes españolas; y cuando proclamada la mayor edad de doña Isabel II cayó el ministerio de don Joaquin María López, fué llamado en 1843 para formar ministerio, quedando de jefe del gabinete compuesto con don Claudio Antón de Luzuriaga para Gracia y Justicia, don Manuel Cantero para Hacienda, don Félix Domenech para Gobernación, don Joaquín de Frías para Marina, y el general Serrano para Guerra; negándose á las exigencias de éste para que confiara una cartera al bullicioso y voluble don Luis González Bravo, que fué quien más tarde había de sucederle en la confianza de la corona.

La intriga de los palaciegos, la fuerza de los moderados, la mayoría parlamentaria y otros factores políticos, prolijos de analizar en los límites de esta



biografía, conspiraron contra la existencia del gobierno de D. Salustiano Olózaga: y como de tal situación arranca una de las fases más célebres y peligrosas de la vida de aquel personaje, queremos copiar los párrafos del historiador Lafuente en la *Historia* antes citada, sobre los hechos de la referencia:

«El día 26 (Noviembre de 1843), ocurrió un suceso algo cómico que hubo de probar al Sr. Olózaga el ningún cariño y la poca consideración que en Palacio le tenían. La reina, en un momento de expansión infantil y de buen humor, había convidado á sus ministros á comer en el Pardo. Sino se efectuaba en el Pardo la comida por motivo de la intranquilidad que en Madrid reinaba, se efectuaría en Palacio. Los ministros acudieron á la hora; pero sin duda que la reina no tenía ya gana de comer con ellos, cuando la marquesa de Santa Cruz vino á desconvendarlos, diciéndoles que se habían dado mal las órdenes y que no había comida bastante. El señor Olózaga contestó que se quedaría allí sin comer, y que distraería á S. M., de la escasez de la comida. Así se impuso, comió con sus compañeros en Palacio, y halló que, en vez del ayuno, la comida fué suntuosa. Lo que faltaba era el deseo de que él y sus compañeros comiesen allí.»

Estos y otros sucesos de mayor gravedad impulsaron á Olózaga á resistir las influencias de sus enemigos; y el día 29 de aquel mes se presentó á la reina pidiendo y consiguiendo que firmara el decreto de disolución de las Cortes.

De ahí arranca la fábula tan universalmente propalada y aceptada, de que Olózaga arrancó á solas y violentamente la firma de Isabel II, que el tiempo ha venido á aclarar ser una miserable superchería de aquella soberana, que tantos actos de deslealtad y rebajamiento moral tiene en su historia.

La camarilla retrógrada que hostilizaba á Olózaga hizo declarar á la reina, según la referida *Historia* de D. Modesto Lafuente, que «el presidente del Consejo había presentado á la reina el decreto de disolución: S. M. se negó á firmarle, el ministro echó los cerrojos de dos puertas que había en el cuarto, asíó por el traje á la reina, la hizo sentar, y hasta le tomó la mano para obligarla á que firmase. Pidió luego á la reina que le diese palabra de no hablar de este suceso, y la reina se negó á darla.»

Esta misma reina exhonó á Olózaga del ministerio no firmando el proyecto de decreto que le presentó Donoso Cortés, en que decía que lo exhonaba *por gravísimas causas á mí reservadas*; y, por el contrario, firmó el decreto anulando la disolución de Cortes y desmintiendo la referida violencia, puesto que manifiesta bajo su firma que había suscrito la disolución á *instancias suyas*, es decir, de Olózaga. En el mismo decreto se mandaba á éste devolver el de disolución y entregarle al portador don Francisco Malpeix, oficial de la secretaría de Estado, pero como refiere el citado Lafuente, «Olózaga tuvo la precaución de guardarse el decreto y de no devolverlo hasta el día siguiente, después de haberle enseñado á los diputados progresistas reunidos en casa de don Pascual Madoz, para que viesen y diesen testimonio de que en la firma de S. M. no había señal alguna de que hubiese sido arrancada por violencia.»

Hemos hecho alguna detención en estos detalles, porque señalan una de las más graves vicisitudes de la vida de Olózaga, y las que mejor caracterizan los bastardos manejos de las camarillas palaciegas de los Borbones, á la par que retratan los instintos y doblez de la hija de Fernando VII.

Olózaga confundió en el parlamento á todos sus detractores justificándose con nobleza y arranques grandilocuentes de los actos que le imputaban los palaciegos y enemigos de la libertad; pero, así y todo, emigró de España pasando á Portugal; y en vista de la falaz hospitalidad portuguesa, pasó á Inglaterra.

Vuelto á ser elegido diputado, regresó á la península, fué preso por orden de Narváez y encerrado en la fortaleza de Pamplona.

Devuelto más tarde á la libertad, tuvo que emigrar de nuevo; y llamado por la reina volvió á España, poniéndose á la cabeza de la oposición parlamentaria contra el gobierno de Narváez.

Cuando estalló la revolución de 1848, fué preso nuevamente; pero demostrada su inculpabilidad en aquellos sucesos, se le dejó otra vez en libertad: desde entonces, aún cuando no tomó parte activa en la política, fué considerado como uno de los hombres de más valer é influencia en su partido, y formó parte de la junta electoral progresista de Madrid.



A la caída de los moderados en 1854, se unió al general Espartero que, como siempre, lo mandó á París de Embajador de España, de donde regresó en 1856, para tomar parte en los trabajos de aquellas Constituyentes disueltas á cañonazos por el general O'Donnell.

Dueño éste del poder, Olózaga retiróse por completo de la política, instalándose en París á donde fué á sorprenderle la revolución de 1868 y expulsión de doña Isabel II.

Llamado á Madrid, rehusó formar parte del gobierno provisorio; pero su personalidad era tan importante que, sin ser ministro, tomó distintas veces parte en los acuerdos del ministerio.

Llegado ya á la última etapa de su vida, he aquí como uno de sus biógrafos termina el relato de la laboriosa existencia de aquel político:

«Secundó con todas sus fuerzas al gobierno provisional; fué nombrado de nuevo Embajador en París, y como presidente de la Comisión de Constitución tomó una parte activa en las resoluciones que dieron el trono al rey Amadeo de Saboya. Desde entonces continuó desempeñando la embajada de Francia.»

Tócanos ahora agregar que, ocupando este puesto, tuvo lugar la proclamación de la República en España, en virtud de cuyo acontecimiento presentó la renuncia de su cargo, pero no le fué admitida hasta el día 12 de Junio de 1873, en decreto firmado por el ministro de Estado don Emilio Castelar, consignando en nombre de la República el reconocimiento á que le hacían acreedor los grandes servicios prestados á la patria.

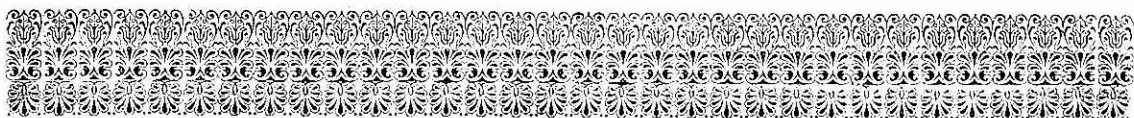
Tres meses más tarde, el día 26 de Setiembre, don Salustiano Olózaga fallecía en la pintoresca aldea de Enghien, celebrándose pomposamente sus funerales en la iglesia de la Magdalena, de París.





*D. Cristino Martos*





## MARTOS

---

Son los andaluces los niños mimados, no solo de España, sino en cuantas partes el nombre de España es conocido.

Hasta pudiéramos decir que todavía, pese á la facilidad de las comunicaciones entre los pueblos, al progreso de la cultura de las costumbres, al ya casi continuo contacto de los hombres de diferentes familias y aún de razas, todavía fuera de España no se concibe á los españoles sin la faja y el calañés toreros, la guitarra y la pandereta, es decir, sin lo que ha dado en llamarse atributos del pueblo andaluz; y no se cita á España sino se dice: cielo de perpétuo azul, vergel de perpétuas flores, ambiente tibio, mujeres de gracia incomparable, hombres de arrojo consumado y de elocuencia irresistibles; es decir, Andalucía.

Tan universal concepto, por el que equivocadamente no se concibe á España sino por los caracteres, en algo también exagerados, de una sola de sus regiones; evidentemente la más favorecida por todos los tesoros de la madre naturaleza, tan universal como equivocado concepto enorgullece con razón á los hijos de nuestro poético mediodía, y les hace comportarse, dentro de la madre patria, como verdaderos niños mimados: esto es, no omitiendo esfuerzo ninguno para desenvolver las más brillantes cualidades, por las que tanto saben se les estima, y á la vez los más deplorables defectos, hijos, evidentemente, de esas mismas cualidades.

Que son: la brillantez de fantasía, la riqueza de imaginación, el arrojo, la elocuencia, la gracia, la penetración facilísima, el entusiasmo, el arrebató fogoso, el don de remontarse y saber dominar.

Hijos naturales de estas cualidades son estos defectos: la frivolidad, la inconsecuencia, la vanidad casi pueril, la extremada estimación de sí mismo, que toca en el agresivo orgullo; el desdén por todas las cualidades que no les son propias.

Un andaluz que vale, lo sabe casi siempre; y donde quiera que esté, si no es el primero, nunca querrá ser el segundo.

Estas cualidades y estos defectos resaltan sobre todo en la vida pública: en ella se manifiestan con todo su vigor: en nuestras luchas políticas es á los hombres de Estado, andaluces, á quienes debe España más glorias y más desdichas.

Los hombres del Norte, los Arandas, los Floridablanca, los Jovellanos, Argüelles, Calatravas, Ulloas, Montero Ríos, Pí, Salmerón, y demás, se han distinguido por el aplomo, la constancia, la firmeza de hierro, la sensatez, y una especie de grandiosidad severa: han sido verdaderamente factores, creadores de nuestro progreso, porque han pisado siempre terreno firme, han sido más prácticos que aparatosos.

Los hombres del Sud, los andaluces han sido también factores, creadores de ese progreso, pero como son creadores los poetas, por la magia del canto: son, en efecto, los hombres de Estado andaluces, los cantores de la patria y de la libertad; precursores, con frecuencia, porque son impetuosos; apóstoles con más frecuencia todavía porque son ardientes de corazón y de imaginación, precursores y apóstoles



les de nuestras grandes conquistas sociológicas; son, sin embargo, inferiores á los hombres del Norte para legislar, porque el legislar requiere más serenidad y firmeza; no se gobierna con impresiones.

Por eso España debe tanta gloria, y al mismo tiempo tantas desdichas, á hombres tan grandiosos pero tan apasionados é inconstantes como Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa, González Bravo, Narváez, Ríos Rosas, Castelar, MARTOS: todos andaluces; porque es Andalucía la tierra madre de la elocuencia, la Grecia del siglo XIX.

Desde la tribuna que se estremecía al peso de la grandeza de Mirabeau, Dantón, Vergniaud y Barnabe, desde aquella gran tribuna que fulminó los rayos y centellas de la democracia vengadora de crímenes seculares, no hay en el mundo tribuna que relampaguee como la tribuna española; no hay Parlamento más rico en elocuencia que nuestro Parlamento.

Y esta condición la debe principalmente á la fantasía, á la verbosidad andaluzas.

Cierto es que Argüelles, Olózaga, Joaquín María López, Montero Ríos, Augusto Ulloa, Pidal, Canalejas, Pi, Salmerón, Sagasta y Echegaray no son andaluces; pero lo son Alcalá Galiano, Muñoz Torrero, Martínez de la Rosa, Aparisi, Ríos Rosas, González Bravo, Rivero, Cánovas, el inimitable Castelar y el insigne CRISTINO MARTOS.

Pero las condiciones del carácter regional que hemos apuntado, explican suficientemente las inconsecuencias, los grandes defectos de estos últimos, como hombres políticos.

MARTOS, por ejemplo, gloria inmarcesible de nuestro parlamento y nuestro foro, ha sido uno de los hombres más funestos de la política contemporánea por su orgullo, su recelosa envidia á otros que eran grandes también, su inconsecuencia, sus artimañas y cubileteos.

Su rivalidad con Sagasta hizo imposible la primera tentativa de monarquía democrática, y causó la abdicación de Amadeo: su rivalidad con Ruiz Zorrilla y con Castelar sobre todo, ha hecho imposible la primer tentativa de República.

Este hombre, evidentemente grande, ha contribuído mucho á crear en España grandes progresos; pero también ha contribuído, por pasiones personalísimas, á destruir y conturbar.

Tres veces ha estado en el dintel de la República; en 1851, cuando la democracia naciente firmaba por primera vez la deposición de una monarquía: en 1872 cuando la democracia vigorosa le daba la presidencia del Congreso que proclamó la República: la tercera vez se dice que ahora; pues, como Odilón Barrot, Martos ha muerto con anhelos de República: pero la primera vez le apartó de lo que entonces se decía demagogia, la miseria: la segunda vez le separó el miedo.

Como quiera que sea, demócrata, sincero ó no, pues hasta hay quien duda de esto, hombre de Estado, de grandes faltas ó de grandes virtudes, en CRISTINO MARTOS, rival de Castelar por la elocuencia, ha tenido España una de sus más legítimas glorias.

Don CRISTINO MARTOS, nació en Granada el 13 de Septiembre de 1830.

Hijo de una ilustre familia de la ciudad del Darro, sus padres tuvieron particular esmero en educar al niño, que desde sus primeros años demostró una precocidad poco común. Estudió la filosofía en Toledo, y pasó á Madrid, en donde se matriculó en las asignaturas correspondientes al primer año de leyes. Martos se distinguió bien pronto por su talento y su asombrosa facilidad de palabra, y, como todos los grandes hombres, su excesiva imaginación se revelaba contra lo que pudiéramos llamar mecánica del estudio. La mayoría de sus contemporáneos recuerdan, y han repetido cien veces, que la fase característica de su vida de estudiante, fué una continuada desaplicación.

Quizá sus inclinaciones á la libertad motivaron sus repetidas *huelgas*, pues casi nunca asistía á las aulas; sin embargo, los exámenes que rendía á fin de curso eran notables, alcanzando siempre sobresalientes notas.

Su carácter levantisco y revolucionario se insinuó con motivo de la reforma universitaria que decretó el gobierno de Bravo Murillo en el año 1851. Martos sublevó á los estudiantes, y á la cabeza de los amotinados recorrió las calles de Madrid.

El motín de Madrid encontró eco en los estudiantes de otras capitales de España, y se vió obligado á adoptar rigurosas medidas y condenó á Martos á perder el año que cursaba, inhabilitándole para seguir sus estudios en la Universidad de Madrid.

Después, y merced á las personas influyentes que por él se interesaron, fué absuelto del castigo impuesto. Una vez terminada la carrera, se matriculó en el Colegio de Abogados de Madrid, dedicándose al ejercicio de su profesión, aunque por entonces ya absorbía todo su tiempo la política.

En las revueltas épocas en que Martos empezó á figurar, tenía de su parte el resorte para abrirse paso entre la multitud; la elocuencia: como orador podía aspirar á todo; pues es bien sabido que cuando las ideas de libertad enardecen las pasiones, nada hiere tan directamente la imaginación del hombre como la oratoria. Por esto miró en un principio Martos su carrera profesional con indiferencia, aunque todos han reconocido que sus triunfos en el foro han igualado, si no superado, á los alcanzados en el parlamento.

El primero de aquellos lo obtuvo cuando apenas contaba veintitrés años, en Albacete, teniendo como contendiente á uno de los abogados más notables de la época. Tales argumentos expuso, y fué tal su deslumbradora elocuencia, que su rival se dió por vencido exclamando: «Este joven ha de dar á la patria muchos días de gloria.»

Muchas veces después corroboró sus eminentes condiciones como juriscónsulto.

Hizo sus primeras armas como periodista en el *Tribuno*, y desde el año 1854 colaboró en todos los periódicos democráticos y progresistas.

En el año 1854, ya íntimamente ligado con los personajes más importantes de la revolución, formó parte de la Junta secreta que funcionaba en Madrid con gran peligro, antes de la revolución del 17 de Julio.

Presenció la batalla de Vicálvaro, haciendo constantemente viajes á la Corte.

Una vez triunfante la revolución, se formó en Madrid un centro de demócratas denominado *Círculo de la Unión*, y allí trabajó Martos activamente para llevar á cabo uno de los actos más importantes de su vida, presentando ante la Junta Central un manifiesto en que se pedía el destronamiento de Isabel II.

Aquel documento que suscribieron también Rivero, García Ruíz y Becerra, no dió el resultado apetecido por estar muy encarnado en el pueblo el sentimiento monárquico, pero Martos no desmayó en sus propagandas liberales, pronunciando discursos en los que se abrió paso como orador elocuentísimo, y demócrata de ideas avanzadas.

Como la política, conforme hemos dicho, absorbía la vida de Martos, sus escasos recursos le obligaron á aceptar un puesto insignificante en el Ministerio de la Gobernación.

Después fué nombrado abogado fiscal del Supremo Tribunal contencioso administrativo, alcanzando un ruidoso triunfo con la defensa que hizo del periódico *La Europa*, que había sido denunciado por un artículo que publicó en contra de María Cristina.

En la revolución del 56 luchó en las barricadas que se levantaron en la Carrera de San Jerónimo, al lado de don Nicolás M. Rivero, pasando inmediatamente después por uno de los períodos más brillantes de su vida, cuando, vencidos los progresistas, los demócratas entraron de lleno en sus propagandas y en su completa reorganización.

La vida de Cristino Martos es tan accidentada, que no hay etapa en que no se encuentre un rasgo que retrate y defina su figura política, ó sus envidiables condiciones como orador forense.

En el año 57 alcanzó otra gran victoria en el proceso contra el eminente abogado don Manuel Cortina, y el 59 defendió á la célebre Bernaola, mereciendo los aplausos de todos por su sagacidad, triunfo que le puso á la cabeza de los abogados criminalistas de España.

A raíz de las luchas que consignamos, fué elegido diputado de la junta de gobierno del colegio de abogados de Madrid, y vice-presidente primero de la Academia de Jurisprudencia.

Al dividirse los progresistas y demócratas, Martos se inclinó á los que por

su significación corrían mayor peligro, conspirando sin descanso y defendiendo ardentemente como abogado los diarios liberales *La Democracia*, *El Gil Blas* y *La Discusión*.

Sobrevino la jornada sangrienta del 22 de Junio; y tan directa participación tomó en la misma, que fué sentenciado á muerte, por lo que se escapó al extranjero en unión de Castelar, Carlos Rubio y Becerra. Estrechó en la emigración sus relaciones con el general Prim, y en esta época también fomentáronse las primeras divisiones entre los republicanos, por las discusiones que suscitó Martos, siendo causa de que se enfriase la amistad que mediaba entre muchos de ellos.

Martos empezaba á hacer las primeras armas en el maquiavelismo político, que después ha sido uno de sus primeros elementos de combate, haciendo frente á sus adversarios con todos los medios que su astucia le ha sugerido, muchos de ellos bien reprobables por cierto.

Se encontraba en Lisboa cuando ocurrió la revolución de Setiembre de 1868; embarcóse inmediatamente para Cádiz, y llegó á Madrid el 30 de Setiembre en unión de don Manuel Ruiz Zorrilla y Sagasta.

Inmediatamente fué nombrado vocal de la Junta revolucionaria y Presidente de la Diputación provincial: y convocada á Cortes la Nación, fué elegido diputado por el distrito de Ocaña (Toledo), honrándole las Constituyentes con la segunda vice-presidencia de las mismas.

Consecuente Martos con las ideas expuestas en la emigración, abogó por la monarquía, siendo uno de los que firmaron el famoso manifiesto que dieron al país los prohombres de la revolución: y cuando se dirigió á la multitud desde la escalinata del Palacio Real, explicó su conducta diciendo: «He de hablaros la verdad; yo que nunca adulé á los reyes, tampoco he de rendir adulación al pueblo.»

En aquel célebre discurso hizo gala de su atrevida oratoria y de su sagacidad, demostrando que no necesitaba hacer uso de la adulación y de las lisonjas para triunfar de las masas.

Durante el período de la conciliación, la política del señor Martos era bastante nebulosa, empezando á poner en juego todas aquellas habilidades y sutilezas de que se ha valido hasta nuestros días para ocultar su pensamiento.

En Octubre de 1869, fué nombrado ministro de Estado, desde donde empezó á trabajar por la candidatura del duque de Génova; y el éxito desgraciado de sus negociaciones le obligó á hacer renuncia de su cartera.

Al ocupar el trono de España don Amadeo de Saboya, lo que coincidió con la muerte del inolvidable general Prim, conciliáronse de nuevo los partidos que coadyuvaron á la revolución, nombrándose un ministerio del que fué presidente el Duque de la Torre, y ministros Zorrilla, Topete, Sagasta y Martos.

Martos rompió de nuevo la conciliación al poco tiempo de abrirse las Cortes que convocó el rey Amadeo, haciéndose esta vez eco de la política de Ruiz Zorrilla.

En el período borrascoso del reinado de Amadeo de Saboya, y durante la caída de los radicales, trabajó en unión de don José Echegaray en *El Imparcial*, desde donde dirigía rudos golpes á la situación, formada por el gabinete Sagasta, Malcampo y Candau, y á la dinastía. Vueltos al poder los radicales, Martos volvió á desempeñar la cartera de Estado, puesto que ocupaba cuando Amadeo, reconociendo imposible su reinado, abdicó sus derechos á la corona de España.

Encargóse Martos de dar cuenta ante la representación del país, de la resolución del monarca, pronunciando, al leer el mensaje, uno de sus discursos más importantes.

Admitida la renuncia del rey, presentó el gabinete también la suya.

Don Nicolás M. Rivero, á la sazón presidente de la Cámara, quiso obligar á Martos á ocupar el banco azul, lo mismo que á sus compañeros; pero Martos se negó, originándose un turbulento debate.

La autoridad que se había salvado únicamente era la del Presidente de la Cámara; y Martos, que lo comprendió así empezó á minar el puesto que ocupaba Rivero, pronunciando aquel célebre apóstrofe que motivó la caída del presidente de la Cámara, cuando dijo el elocuente tribuno: «Que no parezca que empiezan las formas de la tiranía, cuando acaba la monarquía.»

Por una gran mayoría fué nombrado Martos presidente de las Cortes que por primera vez proclamaron la República en España; y al ocupar tan alto puesto, el 12 de Febrero de 1873, pronunció un notable y elocuentísimo discurso, que marca una de las efemérides más importantes de la vida de nuestro biografiado.

Sustituído por don Francisco Salmerón al formarse el primer gobierno de la república, el sagaz orador empezó á perder terreno; y el que por sus condiciones y su talento llegó á ser el árbitro de los destinos de la nación, tuvo que retirarse al extranjero donde permaneció algún tiempo, enemistado con los jefes de los distintos partidos republicanos.

Después del golpe del 3 de Enero, Martos aceptó la cartera de Gracia y Justicia, cuyo ministerio ocupó hasta el 12 de Mayo del mismo año.

En la restauración de la monarquía fué elegido diputado á Cortes por Valencia, y más tarde presidente del Congreso de los diputados; alto cargo que ocupó hasta su ruidoso rompimiento con el señor Sagasta.

Hasta la hora de su muerte no volvió á desempeñar ningún puesto público, continuando su política envuelta en las nebulosidades que tanto le caracterizaron durante toda su vida.

*Soldado suelto* como él decía, prefirió seguir independiente; y en esta independencia le sorprendió la muerte, cuando se preparaba á evolucionar de nuevo, merced á las astucias y trabajos del señor Sagasta para llevar otra vez á su bando al hombre que pese á sus errores y á sus inconsecuencias será siempre legítimamente considerado como una gloria española.

---







*D. José de Espronceda*





## ESPRONCEDA

---

Donde se habla español, se le conoce, se le admira, se le imita. Murió hace cuarenta y nueve años, y por contemporáneo le tienen las nuevas generaciones. De los poetas de nuestro siglo, es el más popular, el más fogoso.

Vivió poco, pero de su estancia en el mundo dejó memoria eterna. Versos de amor, versos de libertad, versos de valentía, produjo su gallarda musa; y en tanto el mundo sea mundo, por el amor, por el valor, por la libertad, palpitarán los corazones y se exaltarán los ánimos y hervirá en las venas la sangre generosa, pronta siempre á romper su cárcel por agradar á las bellas y combatir la tiranía en bizarros alardes de pujanza indómita. Por esto, la juventud hispana lee y leerá siempre á Espronceda. Es el poeta de las pasiones; no de las pasiones á que los poetas de nuestros días entonan cantos anodinos; sino de las pasiones grandes, absorbentes, dominadoras: la carne servidora de la mente, el brazo luchando por ideales calurosos, la cabeza generando empresas elevadas, el hombre-materia prestando al hombre-espíritu su concurso para realizar homéricas hazañas.

¡JOSÉ ESPRONCEDA! Surgió á las letras con preparación clásica tan excelente como la dada por el ilustre D. Alberto Lista á sus discípulos de San Felipe (Cádiz) y San Mateo (Madrid), los colegios españoles más famosos por la suma de varones entendidos que sus aulas educaron. Y surgió repleto de latinismos; surgió enamorado de las grandezas *iliádicas*; despertadas sus facultades poderosas por aquel influjo de sobrehumanas proezas magistralmente descritas; surgió audaz, soñador, brioso, á una sociedad conmovida por luchas de pueblos contra reyes, del derecho contra la fuerza, del sentimiento contra lo material....

Ya su nacimiento tuvo algo de augurio de su agitado vivir. Arrullaron sus infantiles sueños los cañonazos de la guerra de la Independencia (Espronceda nació en Almendralejo en 1810, siendo su padre coronel del ejército español); adolescente, afilióse á las sociedades secretas enemigas del absolutismo, pecado purgado por muchos con la muerte ó la expatriación, y que á Espronceda, en gracia á sus pocos años, valió ser encerrado en un convento de Guadalajara. La prisión no fué dura, y el trato con los frailes resultó provechoso al recluso, que supo hacerse querer por su vivacidad y talento, y más que nada por las raras dotes poéticas de que dió muestra en los fragmentos de su *Pelayo*, poema que no llegó á terminar. Abandonó el convento y buscó libertad en el destierro, marchando á Gibraltar y de aquí á Lisboa; donde, al llegar, arrojó al Tajo las dos pesetas sobrantes de un pago que le fué exigido, «por no querer entrar en tan gran ciudad con tan poco dinero». Portugal ha sido para los emigrados españoles de todos los tiempos la antesala de Inglaterra, y á Inglaterra se trasladó Espronceda cuando su buena fortuna le deparó recursos.

Pero la nebulosa Albión es país refractario á los hombres cuyo positivismo está en la fantasía; y pareció mejor á Espronceda ir á París, haciéndolo á tiempo de batirse contra los Borbones en las barricadas de Julio. Estar en París, foco de la emigración liberal, y no conspirar, era imposible. Conspiró, y con el

infortunado Joaquín de Pablo (*Chapalangarra*), metióse por los montes de Navarra gritando ¡libertad! La partida fué disuelta apenas pisó tierra patria: Chapalangarra murió, y Espronceda regresó á Francia, no sin querer formar parte de la legión extranjera organizada para ir en auxilio de la independencia polaca. En 1831 volvió á España é ingresó en el cuerpo de guardias de Corps, trocando seguidamente la espada por la pluma, que por sus arranques políticos le llevó á Cuéllar desterrado, aprovechando el destierro para escribir su novela *Sancho Saldaña*, que tiene por mayor mérito estar firmada por él. Tornó á Madrid, y batalló en la prensa radical; se distinguió entre los exaltados, y vivió en agitación constante, pública y privada, como vivían los Larra y los Escosura. Triunfantes sus amigos, enviáronle en 1841 á servir la secretaría de la legación española en Holanda, destino cambiado por un asiento en el Congreso, representando á la provincia de Almería; y murió pocos días después de jurar su cargo, víctima de la dolencia tenaz que amargó sus años últimos. Sus amigos coleccionaron sus obras y diéronlas publicidad, después de alojar sus despojos mortales en un nicho del cementerio de San Nicolás, donde aparecen de cuando en cuando ramos de siemprevivas ofrecidos por algún adorador entusiasta.

Las poesías de Espronceda no ejercieron en la literatura española influencia notable, mientras vivió su autor.

Leídas y aplaudidas é imitadas, solicitadas por las pocas publicaciones que entonces explotaban este género de trabajos, no lograron sobreponer su mérito á la nombradía personal que por sus rasgos—casi ya legendarios—se conquistó Espronceda en la sociedad de Madrid. Muerto, desaparecido el periodista violento, el político agresivo, el conspirador impenitente, adversarios y amigos prestaron homenaje á su numen.

Ferrer del Río, Villalta, Ros de Olano, Miguel de los Santos Alvarez, Escosura, Enrique Gil, D. Joaquín M. López y tantos otros compañeros de aventuras ó de letras, llamaron sobre Espronceda la pública atención; y tanto la fijaron, porque tanto valía lo que ofrecían, que no ha roto aún el encanto en que la prendieron las sonoridades majestuosas y robustísimas de aquella rima soberana.

Harto juzgado está Espronceda para emitir un juicio más acerca de sus excelencias ó de sus incorrecciones; sabido es que su *Diablo mundo* es incoherente bosquejo de un poema de vuelos altísimos. Predominan la parcialidad y el encono en sus versos políticos, la pasión avasalladora ó el hastío desdeñoso en sus versos amatorios; no exponía las ideas en frío, como ahora se estila, por la moda del análisis y la investigación; fuego eran, y en lenguaje candente las expresaba; las grandezas, mereciéronle conceptos grandiosos; lo mezquino, desprecio; la injusticia, latigazos que arrancaban sangre; lo grosero, asco; el mundo entero, con sus fingidas virtudes, burlonas carcajadas.

¿Quién no ha consolado sus penas leyendo á Espronceda? ¿Quién no ha tropezado en su vida mujeres que recordaban la Elvira de *El Estudiante de Salamanca*, la Teresa del *Diablo mundo*, la Salada, la Jarifa, ó la dama sorprendida en plácido sueño por los bandidos acompañados por Adan, y por Adan valerosamente defendida? No hay una línea de Espronceda que no hiera el sentimiento al recrear los ojos y el oído.

Acordándonos del pasado, fuente primaria de toda meditación, todos hemos hecho nuestras palabras:

De los pasados siglos la memoria  
trae á mi alma inspiración divina.

Y de esta inspiración han nacido los ensayos de cuantos en español escriben. Y al mirar en derredor, vencidos por las amarguras, muertas las ilusiones y desvanecidas las esperanzas, muchas veces hemos repetido:

Los ojos vuelvo en incesante anhelo  
y gira en torno indiferente el mundo  
y en torno gira indiferente el cielo.

Pero en este lapso de tiempo, mediado entre los anhelos de la adolescencia y las melancólicas tristuras en que tales anhelos se convierten, con Espronceda hemos odiado, con Espronceda sentido, desesperado, sublimado á nuestras amadas, fustigado á los soberbios y á los poderosos.

Hemos dicho á la noche:

¡Oh! salve, amiga del triste,  
con blando consuelo endulza  
los pesares de mi pecho,  
que en tí sus pesares busca.

De nuestra memoria jamás ha de apartarse el arrogante apóstrofe:

Para y óyeme ¡oh sol! yo te saludo,  
y extático ante tí me atrevo á hablarte.

¡Y cuántas veces nuestros labios han repetido la canción de las canciones, *El Pirata*, engalanada con versos como estos:

La luna en el mar ríela,  
en la lona gime el viento...!

¿Y *El canto del cosaco*, nervioso, viril, salvaje, reflejando gráficamente la fibra del Don, enemigos seculares del occidente europeo, con cuya conquista sueñan de padres á hijos, ansiando renovar las devastadoras hazañas de Atila? ¿Y *El mendigo*, hipócrita, avaro, burlón, tirano y parásito de la sociedad? ¿Y de *El reo de muerte*, las horas tremendas, prólogo del suplicio, evocadoras de los hermosos días de amor y de ventura...!

Fuera interminable este artículo si dejásemos á la pluma consignar un recuerdo á cada bellísima poesía de Espronceda. Nos limitaremos, para satisfacer á los muchos lectores que pidieron incluyéramos aquí algún fragmento por nosotros elegido, y teniendo en cuenta lo antes dicho de que la libertad, el valor y el amor son las características de este poeta, á recordar, que aparte de las valientes décimas de López García, nada conocemos tan gráfico, en honor del *Dos de Mayo*, como la oda á que pertenecen estas estrofas:

¡Oh! La *canalla*..... la *canalla* en tanto  
arrojó el grito de venganza y guerra,  
y arrebatada en su entusiasmo santo  
quebrantó las cadenas de la tierra.  
Del cetro de sus reyes los pedazos  
del suelo ensangrentados recogía,  
y un nuevo trono en sus robustos brazos  
levantando á su príncipe ofrecía.

El valor temerario, privativo—por suerte ó desdicha—de los españoles, retratado se halla en aquel Montemar

de voz serena  
que ni finge valor, ni muestra miedo;  
el alma de invencible vigor llena,  
fiado en su tajante de Toledo,

que después de jugar el retrato de la mujer amada, ultraje supremo inferido á quien le sacrificó amor, honra y vida, recoge las ganancias del juego, pesaroso de tener que batirse

por no sé qué  
cuento de amor... ¡Un tesoro  
perdido!... Voy al momento.  
Es un puro disparate  
empeñaros en que os mate.  
¡Lo digo, como lo siento!



El amor, sentido por las mujeres de Espronceda, les hace hablar así:

Por tí mi vida  
dichosa un tiempo resbalar sentí,  
y la palabra de tu boca oída  
éxtasis celestial fué para mí...

O, por boca de Salada:

¡Déjame que te ame  
toda mi vida, y me muera  
mi bien, así contemplándote!

Y en boca suya, gustadas ya las sensualidades en que las espiritualidades concluyen siempre, vemos que el amor—como la mujer amada—fué

cristalino río,  
manantial de purísima limpieza,  
después torrente de color sombrío  
rompiendo entre peñascos y maleza,  
y estanque, en fin, de aguas corrompidas  
entre fétido fango detenidas.

Otra nota vibra la lira de Espronceda que á nosotros antójasenos una de las más armoniosas, de las más bellas. La nota de su cariño á la patria

¡Cuán solitaria la nación que un día  
poblara inmensa gente!  
¡La nación cuyo imperio se extendía  
del ocaso al oriente...!

es el comienzo de una de las mejores explosiones de nostalgia, escritas en castellano. Elegiaco es su tono, y, como de Espronceda, concretado á expresar los sentimientos políticos que le dominaban cuando la escribió. Por esto preferimos, pensando en la patria ausente, aquella octava:

Yo, desterrado en extranjera playa,  
con los ojos extático seguía  
la nave audaz, que en argentada raya  
volaba al puerto de la patria mía....

Se dice hablando de Becquer:—Leedle, pero no le imitéis; es imposible.

No diremos lo mismo de Espronceda; primero, por llegar tarde á impedir sea manoseado por ramplones plagiarios; y segundo, porque, leyéndole é imitándole, mucho aprenden los que empiezan y algo se apropian de aquel rimar terso, galano, pulcro, escultural.

Leedle, sí; leedle y propagad su lectura. Donde se hable nuestro idioma, deben oírse los versos de Espronceda.

Con ellos circulan y con ellos pueden subsistir ideales y ambiciones que levanten el espíritu y aparten los ojos de las miserias mundanas. Leedle, aunque acaso ya nada puedan en vosotros las ambiciones y los ideales; aunque las rosas de la ilusión se hayan trocado en la hojarasca seca de los desengaños; aunque os plazca murmurar, mientras vuestras hijas sueñan y vuestros hijos enamoran:

Yo indiferente sigo mi camino  
á merced de los vientos y la mar,  
y entregado en los brazos del destino  
no me importa salvarme ó zozobrar!



D. Pascual Madoz





## M A D O Z

---

Es DON PASCUAL MADOZ uno de los hombres que han luchado con más tenacidad por el triunfo de las ideas liberales en España, y uno de aquellos patriotas que contribuyeron con las armas en la mano á las victorias del ejército liberal sobre las hordas empecinadas del absolutismo. No existe abundancia de datos acerca de los primeros años del íntegro patricio, pero se sabe ciertamente que nació en Pamplona á principios de este siglo, el día 17 de Mayo de 1806, contra las afirmaciones de algunos que le han dado por tierra natal la ciudad de Barcelona, confundiendo en esto su verdadera cuna, con el país en que más se dió á conocer, y más inolvidables servicios prestó á su patria.

Empezó sus estudios en las Escuelas Pías de Barbastro, en donde se atrajo la atención de sus profesores por la contracción y laboriosidad que demostró hasta los 14 años, en cuya edad lo enviaron sus padres á que principiase los estudios de la carrera de abogado.

Poco después, y adolescente todavía, durante el reinado del villano Fernando VII, dióse á conocer Madoz en las filas del partido político más avanzado que existía por entonces en nuestra patria. Siempre se significó contra los enemigos de la Constitución de 1812, y tal conducta le acarreó no pocos disgustos y las abiertas persecuciones de los partidarios del poder absoluto de Fernando VII.

Cuando Francia mandó á España las liberticidas cien mil bayonetas al mando del realista Duque de Angulema para derrocar la Constitución de Cádiz y restablecer el despotismo y crueldades de aquel desleal monarca, Madoz no vaciló en alistarse entre los patriotas que resistieran la influencia y poder del rey, de la nobleza, del clero, de los frailes y de los franceses, y tomó las armas defendiendo el castillo de Monzón en 1823, contra las tropas aliadas españolas y francesas de Fernando VII y Luis XVIII.

Tomada aquella fortaleza por los ejércitos absolutistas, cayó Madoz en manos de sus enemigos, que le tuvieron muchos meses preso, logrando al cabo la libertad y salvándose milagrosamente de las venganzas, torturas y ejecuciones con que se puso término á la vida de millares y millares de liberales.

Pudo, por fin, en la misma universidad de Zaragoza, tomar el grado de licenciado en derecho, después de un brillante examen; lo cual, como dice uno de sus biógrafos, no fué obstáculo para que de allí á poco se le expulsara de aquel establecimiento á pretexto de profesar ideas jansenistas. Como además por aquel entonces un decreto del intransigente y temible ministro Calomarde prohibía ejercer la profesión de abogado antes de los 25 años de edad, encontróse Madoz tan extremado de recursos, que tuvo que emigrar á Francia; residiendo en la ciudad de Tours, en donde aprovechó el tiempo perfeccionando sus conocimientos y completando sus estudios.

Regresó á España en el año de 1830, según afirman unos; pero, según dice Barcia, sucedió esto más tarde, con motivo del decreto de amnistía otorgado por la viuda de Fernando VII, la reina Doña María Cristina.

Vuelto á la patria, establecióse en la ciudad de Barcelona, donde se dedicó al periodismo afiliándose al partido más avanzado del campo liberal, al lado de los Mata, Terrada, Degollado, Xandaro, Bages y otros de idénticas ideas. Entonces fué cuando dirigió algún tiempo el diario de oposición titulado *El Catalán*; y cuando el alzamiento en armas de los partidarios del infante D. Carlos contra el partido liberal que sostenía el trono de la reina niña Doña Isabel II, Madoz no permaneció quieto limitando su propaganda al periodismo, sino que, alistado en un batallón de voluntarios se batió denodadamente el año de 1835 junto con sus compañeros, y en las montañas de Cataluña contra el ejército de los carlistas. En toda aquella campaña se hizo notar por su valor y entusiasmo en los combates, así como había demostrado su fe, su prudencia y energía, como periodista, en la defensa de sus ideas liberales.

Durante aquel mismo año de 1835 fué inscrito D. Pascual Madoz en el Colegio de Abogados de Barcelona, y algunos meses más tarde se le nombró juez de primera instancia y gobernador del Valle de Arán en la frontera de los Pirineos, distinguiéndose en tal mando por el valor con que combatió las hordas carlistas de la montaña. Por esto, al llegar las elecciones en 1836, los electores le votaron por inmensa mayoría diputado á Cortes por el distrito de Tremp, en la provincia catalana de Lérida.

En el Congreso no cejó un punto siquiera sus doctrinas, las cuales le impulsaron á tomar asiento entre los diputados hostiles al general Espartero, siguiendo la misma política y pasando por las mismas vicisitudes del célebre orador y jurisconsulto D. Manuel Cortina: juntos combatieron la regencia y gobierno de aquel caudillo, y juntos se levantaron hasta el ministerio y cayeron en la desgracia. La oposición á Espartero valieron á Madoz la cartera de Hacienda y un puesto en el Tribunal Supremo de Justicia, cargos, uno y otro, que no tardó en renunciar.

En aquella época de lucha contra la política del Regente, dice el continuador de la *Historia General de España* escrita por Lafuente, que D. Pascual Madoz—con motivo de los complots de Olózaga, Cortina, Prim, Ametller, Arrieta, Ortega, Garnica y tantos otros que produjeron el levantamiento general de 1843 y la caída del general Espartero,—se dirigió á Bayona, de donde, provisto de fondos, marchó á Cataluña á capitanear el movimiento de Lérida. Las contingencias de la política le acarrearón no pequeños contratiempos, y en Febrero de 1844 fué reducido á prisión junto con su amigo el ilustrado jurisconsulto D. Manuel Cortina, permaneciendo durante más de tres meses en un oscuro calabozo.

Cuando la desunión entre los liberales produjo el encumbramiento y mando de los moderados dirigidos por Narváez, Moyano, Nocedal y Sartorius, sobrevino el trabajo de concentración de aquellos hasta el pronunciamiento de Vicálvaro, la fuga de la reina madre Doña María Cristina, y el levantamiento del pueblo de Madrid y la entrada del general D. Leopoldo O'Donnell y su abrazo con el capitán general Don Baldomero Espartero, que aseguró el gobierno del partido liberal, entonces llamado progresista, desde 1854 hasta 1856. Tanto en la preparación de tales sucesos, como en la administración de los liberales, contribuyó D. Pascual Madoz con todas sus fuerzas é influencia en los puntos revolucionarios, en la prensa y la barricada, formando en la fracción liberal que reconocía por jefe á Espartero, enfrente de la otra fracción más conservadora que obedecía á O'Donnell.

Durante aquellos dos años de gobierno progresista, fué Madoz nombrado Gobernador civil de Barcelona, en cuya provincia dejó los más gratos recuerdos de su mando. La crisis que entonces tuvo necesidad de dominar, fué de las más grandes y difíciles; y fué necesario que en ella se contase con una abnegación, una laboriosidad y una energía de que D. Pascual Madoz dió elocuentes é irrefragables testimonios. La provincia de Barcelona era entonces habitada en casi su totalidad por una población obrera levantisca y descontenta, merced á la crisis industrial que se sufría, y á la pesada administración conservadora de que acababa de salir el país. A esto vino á agregarse la aparición del *cólera morbo* asiático, que hizo gran mortandad en aquellos habitantes, paralizó los negocios, cerró las fábricas y fundiciones, y creó un estado general de angustia difícil de combatir é imposible de remediar.

Madoz se sobrepuso á todas las dificultades y peligros, y con tacto verdaderamente maravilloso, valor temerario y modestia encantadora, acudía á todas partes



con su persona, constituyéndose en enfermero dentro de los hospitales; en compañero del trabajador dentro de los talleres; en ángel tutelar de los pobres dentro del hogar miserable, y en árbitro de paz y de concordia para todos los conflictos entre el trabajador y el fabricante. Tanto patriotismo y tan relevantes dotes de buen ciudadano y eximio gobernante le grangearon el amor de los barceloneses, la admiración de toda España y el premio del gobierno. La ciudad de Barcelona dió á una de sus plazas y al más hermoso de sus pasajes el nombre de Madoz; le declaró además su hijo adoptivo, y el gobierno le confirió el título de conde de Tremp y la gran cruz de Isabel la Católica.

D. Pascual Madoz, modesto y agradecido, aceptó con júbilo las demostraciones y títulos populares de los barceloneses, y rehusó el tratamiento, la gran cruz y el condado que el gobierno le concediera, satisfecho sobradamente, según manifestaba en su renuncia, con la satisfacción de haber cumplido con el deber que la patria le había impuesto.

Después de esto Madoz volvió á tomar asiento en las Cortes, siendo elegido presidente del Congreso de los diputados, hasta que el 21 de Enero de 1855 se le obligó, contra su más decidida voluntad, á aceptar el ministerio de Hacienda.

Al llegar á este punto, uno de los biógrafos de este personaje, y, por cierto, su enemigo político, D. Roque Barcia, se expresa en estos términos:

« La obra capital de su gestión administrativa fué la ley de desamortización propuesta el 8 de Febrero, y por la cual se decretó la venta inmediata de todos los bienes pertenecientes al Estado. Esta atrevida medida, á la vez política y financiera, encontró grandes obstáculos, especialmente en la parte que tocaba á la Iglesia, á la cual el Concordato de 1851 reconocía el derecho de adquirir y de poseer; pero, adoptada sin embargo, el día 1º de Mayo, con cierta repugnancia por parte de la Corona, determinó bien pronto su ruptura. En Junio de 1855 Madoz alegó por pretexto la falta de salud para dejar el gabinete, y volviendo á ocupar un asiento en los bancos de la izquierda, tomó parte en la memorable sesión de 14 de Junio de 1855, en la cual, después de proponer un voto de censura al nuevo ministerio formado por O'Donnell, dió el ejemplo de la resistencia, poniéndose á la cabeza de la Milicia Nacional ».

Así se expresa Barcia, y lo cierto es que fué grande y de primera importancia la intervención de Madoz en aquella crisis de la política española. Sobrevino el rompimiento entre las dos fracciones del partido liberal, separándose Espartero y los progresistas de O'Donnell y los unionistas; y estallando entonces la revolución en las calles de Madrid, donde D. Pascual Madoz no rehusó los peligros, batiéndose valerosamente contra las tropas que seguían al segundo de dichos generales.

Caídos Espartero y los progresistas, constituido el gobierno dulcarnarista de la titulada *Unión liberal*, y vencida la revolución en las calles de Madrid, Barcelona, Zaragoza y otras capitales importantes, Madoz y sus amigos tuvieron que ocultarse y huir á Francia, de donde regresó más tarde en 1865 como candidato por Barcelona de los progresistas que se negaban á seguir la política del retraimiento, preconizada por Prim, Sagasta y otros.

Siguió D. Pascual Madoz hostilizando á los gobiernos unionistas y moderados que precipitaron la caída de Isabel II. Vencedora la revolución de 1868 y expulsada aquella soberana, los acontecimientos volvieron á traer á nuestro personaje á la vida activa de la política, accediendo, no sin grandes resistencias, á la voluntad del pueblo de Madrid, que le quería por gobernador de la capital de España.

Aceptó el puesto, pero no tardó en renunciarlo siendo por aquel tiempo elegido diputado. En las Cortes Constituyentes combatió tenazmente los planes de Hacienda del ministro Figuerola, sosteniendo, como siempre, sus ideas y soluciones proteccionistas, contra todas las tentativas y principios del libre cambio. Cuando más tarde aquellas Cortes votaron por rey de España al príncipe Amadeo de Saboya, D. Pascual Madoz fué elegido uno de los diputados de la comisión parlamentaria española que pasó á Italia á ofrecer la corona al hijo de Víctor Manuel y acompañarlo en su viaje de Florencia á Madrid. Atacado durante el cumplimiento de su mandato por una violenta pulmonía, falleció D. Pascual Madoz en la ciudad de Génova el día 11 de Diciembre del año 1870, á los setenta y cuatro de edad, llorado de sus deudos y hasta de sus adversarios políticos, que

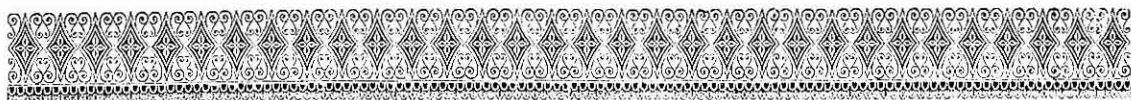
hicieron siempre justicia á su laboriosidad, á su patriotismo, y á su acrisolada honradez.

Compuso y publicó la continuación del *Diccionario geográfico universal* empezado por el eminente filólogo, profesor de lengua griega y Rector de la Universidad de Barcelona, Excmo. Sr. D. Antonio Bergnes de las Casas: escribió también una selecta *Colección de causas célebres*, pero su obra monumental y de verdadero aliento fué el *Diccionario geográfico-estadístico é histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, en 16 volúmenes publicados en los años 1849 y 1850: el primero, y hasta ahora único en su género, que haya salido á luz en nuestra patria.



*D. Francisco Pi Margall*





## PÍ Y MARGALL

---

Pocos, muy pocos son los hombres que en nuestra historia política y literaria han alcanzado el grado de autoridad y respeto á que ha llegado Pí y Margall, no solo ante la opinión de sus compatriotas, sino ante la de todos los pueblos civilizados; porque Pí y Margall no es solo un hombre; es una idea, una aspiración, una época. Representa en el pasado una tenaz lucha de casi medio siglo por el triunfo de la democracia; es una esperanza en el presente y es como una visión del porvenir, porque todos los grandes problemas planteados en la madre patria así en materia política como religiosa, así en la ciencia económica como en la sociológica, todos han pasado ya por el luminoso cerebro de este austero iluminado, y todos, por él, tienen ya su fórmula precisa, concreta, honrada, y sincera y firme. Porque tal es el hombre en la vida, en su conciencia y en la sociedad, tales son sus ideas y procedimientos: por eso Pí y Margall, jefe del más poderoso partido político español, el republicano federal; jefe que ha sido del Estado, Ministro, honra del foro, orgullo de las letras, autoridad en el Parlamento, reputación de primer orden, porque es completo; elocuente en la palabra, profundo en el pensar, galano en el escribir, enérgico en el obrar, firme en la oposición, austero en el poder, inteligencia privilegiada, y carácter firme y acerado; moral siempre, y justo siempre; que ha tocado todas las alturas y ha sufrido todos los dolores; desde el dolor de la indigencia hasta el dolor de la calumnia; que ha tenido todos los orgullos, desde el orgullo de ganar su pan y el pan de sus hijos con el sudor de su frente, hasta el orgullo de ser el primero entre los primeros y siempre pobre y siempre honrado; por eso Pí y Margall, grande como inteligencia, grande como carácter, grande como corazón, tres virtudes que raras veces se encuentran juntas en un hombre grande, y nunca en los pequeños, tres cosas que casi nunca marchan en armonía en los hombres públicos sobre todo, debe ocupar lugar preferentísimo en esta *Galera de Espanoles Ilustres*.

No el breve espacio que podemos destinar á un breve bosquejo biográfico, sino las páginas de un libro necesitaríamos para fotografiar al grande hombre de la democracia, de la república, de la virtud y la austeridad española: bien que tratándose de Pí y Margall, pocas palabras pueden bastar á nuestro objeto; ¿quién no le conoce y le admira y le ama, no solo donde quiera que hay españoles, sino donde quiera que hay espíritus ilustrados y amantes de la libertad?

Así, pues, nuestra tarea será tan breve como grata.

DON FRANCISCO PÍ Y MARGALL, de familia humilde y pobre, nació en Barcelona el 29 de Abril de 1824, y debió á los honrosos sacrificios de sus padres y á los propios suyos, la terminación de la carrera del foro, en que tanto ha ilustrado su nombre.

En 1848 era ya abogado: pero desde mucho antes había empezado á brillar en las letras, porque, como hemos dicho, desde niño casi, arrostrando con fervor la lucha por la vida, tuvo que deber su posición y aún su pan á su honrado trabajo personal, á los frutos de su talento vigoroso y claro, desde los albores de la inteligencia.



Empezó por escribir poesías líricas y aún obras dramáticas; senda que abandonó pronto, porque su razón serena y fría se sobrepuso á una fantasía lozana y brillante, que no dejó extraviar ni adormecer.

Desde poeta pasó a crítico, y crítico con toda la profundidad de los alemanes modernos: desde crítico á filósofo; de filósofo á político; de político á legislador y economista de primer orden; y en todas estas esferas del saber ha sido y es autoridad.

En 1841, niño casi, ya publicó un libro de arte, *La España Pintoresca*.

En 1847, formaban escuela sus artículos de estética y de alta crítica, publicados en *El Renacimiento* y en *El Correo*.

En 1848 continuó la notabilísima obra también de arte y de crítica *Recuerdos y bellezas de España* que habían empezado á publicar Cuadrado y Parcerisa, y su estilo claro, sobrio, elegante y robusto, y su sencilla profundidad, llamaban la atención de Academias y Ateneos.

En 1851 publicó tal vez su mejor obra, su primer obra revolucionaria, *Historia de la pintura*, que le valió las primeras persecuciones de la intransigencia de sacristía, los primeros recelos de los gobiernos ultramontanos que han deshonorado y avergonzado á España casi por medio siglo, y á favor de estas brutales persecuciones que le obligaron por algún tiempo á firmar con pseudónimos, su autoridad y su nombre, como en justa compensación, empezaron á hacerse temer y respetar.

Desde entonces se arrojó con brío en la política, después de haber colaborado por algún tiempo en periódicos americanos, porque tenía necesidad de escribir para comer. En el foro no le dejaban tranquilo por su enérgica independencia, y sus principios democráticos radicales.

El primer diario político en que se lanzó á la nueva palestra elegida por su vigoroso pensamiento fué en 1857 *La Discusión*, que era el órgano oficial de la democracia española: en él han dejado su estela de luz desde el mártir Sixto Cámara, y el Dantón español, Nicolás María Rivero, hasta el Demóstenes español, Castelar.

En ese vigoroso atleta del pensamiento democrático, empezó á hablar Pi y Margall de *República*; en él le tomó la desgraciada revolución de 1866, después de haberlo dirigido por algunos meses en 1864; y, vencida la revolución de Junio en Madrid, Pi y Margall, comprometido muy seriamente como todos los demócratas, y escapando á duras penas á la persecución de la policía, se refugió en Francia, donde continuó sus tareas literarias para sustentar su modesta vida.

Allí le sorprendió la revolución triunfante de 1868, y de allí le sacaron, casi á su pesar, los electores de Barcelona, dándole un asiento en aquella memorable Asamblea Constituyente, donde pronto su voz elocuentísima, austera y llena de encanto, dominó los espíritus.

Ya se había dado á conocer como socialista en *La Discusión*; ahora en la Asamblea pronto se constituyó en autoridad en materias económicas: cuando hablaba todos le escuchaban con respeto: en política, desde el primer momento se hizo el paladín del federalismo, y su argumentación en libros, en artículos, en oraciones parlamentarias de primer orden fué contundente, irrefutable, arrolló á todos los adversarios, incluso al formidable Castelar, y el partido republicano español fué y es todavía por él, en su inmensa mayoría, una verdadera unanimidad federalista.

Pero un accidente desgraciado, el advenimiento de la República cuando nadie lo esperaba, cuando nada estaba preparado para recibirla, nada, ni aún la educación del pueblo, arrojó á Pi y Margall en el mar de las mayores amarguras que ha experimentado en su vida, porque, miembro del Directorio Republicano ya en 1870, dictador en 1872, Ministro del primer presidente de la República, Figueras, en 1873, subió á la primera magistratura en el mismo año, fué presidente de la República, á la retirada injustificable de Figueras, subió al poder en plena anarquía, y ya en el poder todo el mundo le abandonó.

Hásele calumniado diciendo que fué el iniciador de la anarquía, el padre del funesto cantonalismo. Nada menos exacto. La anarquía empezó antes de Pi. El hizo todos los esfuerzos imaginables por contener el movimiento cantonal, fué á un tiempo enérgico y hábil, ora conciliador, ora severo, acertado siempre: pero las provincias le desconocían una tras otra, tachando de traición su empeño de

constituir el federalismo dentro de la legalidad, es decir, en el Parlamento: mientras tanto en el Parlamento las minorías se retiraban en son de guerra, y la mayoría se segregaba en veinte fracciones á la sombra de celos, de envidias, de apetitos de mando y de torpezas: y apesar del empeño discreto, práctico, patriótico y sabio de Pí, de dar al país una Constitución legítima para tranquilizarle, aquella Constituyente republicana nada constituyó: la anarquía lo invadió todo: don Carlos llegó casi á las puertas de Madrid, como su famoso abuelo había llegado casi en 1837: la marina levantó en Cartagena bandera de rebelión, Cuba siguió en su protesta de sangre; ésta corrió á torrentes, y Pí y Margall bajó del poder calumniado, befado, aborrecido casi: él, el víctima de las pequeñas rivalidades de los hombres que más obligación tenían de secundar sus leales, sus sinceros propósitos: víctima de los apasionamientos de una plebe que no le comprendía, de un ejército conspirador y desleal enemigo de la república, anarquizado como aquellas turbas inconscientes por el oro de los conspiradores alfonosinos; víctima de una época de transición, bajó del poder tranquilo, sereno, firme, honrado, con la firmeza de la razón y la honradez espartana del republicano íntegro. Cuando le ofrecieron los miles, producto de los gastos secretos del Ministerio de la Gobernación, los rechazó diciendo: *ese dinero no es mío, es del pueblo*: único ministro que ha hecho eso: cuando se trató de pagarle su cesantía de ministro y de jefe del Estado, la rechazó diciendo: *aun puedo trabajar*.

Y en efecto, ha dado á luz en estos últimos tiempos tres obras de primer orden: *Las Nacionalidades*, *La Historia de América*, desgraciadamente aun no concluída, y *Las luchas de nuestros días*.

Es además Pí y Margall el profundo traductor de Proudhon, y el profundísimo admirador é imitador feliz de nuestros grandes clásicos.

Pasada la tormenta, es hoy el hombre más querido y respetado de España: le admiran los partidos y los hombres todos; no tiene un enemigo. Alfonso XII se apresuró á darle sus excusas cuando una vez fué arrestado á raíz de la Restauración. Hoy sigue en la brecha republicana con el mismo ardor juvenil de hace treinta años. ¡Honor á su nombre!





*D. Manuel Ruiz Zorrilla*







## RUIZ ZORRILLA

---

El Ruiz Zorrilla que la generación naciente conoce como encarnación de la idea revolucionaria, como protesta latente y vigorosa contra la situación creada en nuestro país por el hecho de Sagunto, es el mismo Ruiz Zorrilla defensor de la democracia en las Cortes del 56; el Ruiz Zorrilla de 1866 y 1868, cuando le llamaron «el ministro más liberal de la Revolución».

Su política de hoy, desterrado, perseguido, calumniado, ofendido constantemente por la pasión de sus contrarios y por la injusticia é ingratitud de sus amigos, es la política á que ajustó sus decretos ministeriales durante la interinidad, y en que intentó moldear la política española—en general—cuando fué jefe del gobierno.

La vida pública de D. MANUEL RUIZ ZORRILLA empezó en las Cortes de 1856.

Se distinguió, apenas sentado en los escaños rojos, por sus ideas reformistas, expresadas calurosamente al discutirse leyes relacionadas con la libertad de imprenta y los organismos provinciales y municipales, y el Concordato con la Santa Sede. Estas ideas, su actividad y su reconocido talento, hicieronle figurar pronto en el Comité Directivo del partido progresista, del cual recibió cariñosas demostraciones de afecto en diversas ocasiones, y singularmente después del famoso banquete de los Campos Elíseos, que ha hecho época, y en el cual pronunció un elocuente discurso.

Los trabajos preparatorios de la Revolución, consecuencia inmediata del banquete mencionado, tuvieron auxiliar poderoso en Ruiz Zorrilla. Repróchanle algunos no haber sido entonces perseguido ni desterrado; como si la persecución y el destierro fueran condiciones precisas para ser liberal y patriota, como si Ruiz Zorrilla no hubiera demostrado ser más demócrata, más republicano, aun antes de hacer declaraciones anti-dinásticas, y luego—después del 11 de Febrero—anti-monárquicas, que muchos fervorosos republicanos.

Ruiz Zorrilla, antes del 68, era progresista en el sentido real de la palabra. Quería mejorar la situación de España, utilizando los recursos que la legalidad permitía. Seguía las huellas de los progresistas del 37, del 43 y del 56.

Había costado tanta sangre, tantos sacrificios el trono de Isabel II, que los liberales no admitían sino como una eventualidad ó contingencia la supresión de la monarquía para realizar sus generosos ideales. Abrigaban la esperanza de poder armonizar la monarquía y la democracia, y solo se resolvieron á combatir y derribar el trono cuando vieron la imposibilidad de salvar los gráficamente llamados «*obstáculos tradicionales*».

Demasiado comprendían los efectos desastrosos que produciría una revolución que arrastrara cuanto la tradición tenía de más arraigado en nuestro modo de ser. Hubieron, sin embargo, de seguir la corriente, y Ruiz Zorrilla, Prim y otros miembros del comité central progresista, votaron por respetar la legalidad en la sesión que decidió los destinos del partido y de la patria.

Es, pues, injusto, el cargo lanzado descaradamente contra Ruiz Zorrilla, de ser revolucionario por temperamento. Revolucionario en las ideas, lo fué siempre;

revolucionario al modo que lo es hoy, lo ha sido por necesidad. La Revolución de Setiembre no había de tener el alcance que tuvo para la monarquía borbónica. El país la deseaba, el país la recibió con regocijo, el país bendijo sus actos; pero los mismos progresistas habrían defendido el trono, á pocas facilidades que el trono hubiera dado para la transformación política y social que perseguían. Isabel II prefirió sus camarillas y sus gobiernos autoritarios á las expansiones de libertad que la nación anhelaba, y sucedió lo inevitable; llegó Alcolea.

Después de Alcolea, cuando las cosas impusieron á los revolucionarios triunfantes la obligación de traducir en realidades sus promesas, empezó Ruiz Zorrilla valientemente, sin vacilaciones, ni distingos, ni debilidades, á poner en acción sus teorías; á expresar sus pensamientos liberalizadores. Los antecedentes de Ruiz Zorrilla le marcaron principal sitio entre los gobernantes de la Revolución, y fué ministro de Fomento. Este ministerio que debía ser el más importante, que tantos servicios puede prestar y tanta riqueza poner en movimiento, adquirió de Ruiz Zorrilla la vida y prestigio de que aún disfruta.

Impulsó el desarrollo de las obras públicas, facilitando su ejecución; creó una legislación sobre concesión de líneas férreas, tenida como la más provechosa mejora práctica de todas las mejoras revolucionarias, porque fomentó el trabajo y puso fin á la miseria que empujaba á la emigración á millares de brazos improductivos. Sus decretos sobre libertad de sociedades anónimas; de agentes y corredores de Bolsa; de lonjas, pósitos y casas de contratación, abrieron á la inteligencia y al capital nuevos horizontes, crearon valiosos intereses, y satisficieron justas aspiraciones. La instrucción pública debe á Ruiz Zorrilla mejoras trascendentales que luego anuló la Restauración, renovando añejas trabas á la generalización de la cultura. Los maestros de primera enseñanza no olvidarán fácilmente los beneficios recibidos del que los llama siempre *primeros magistrados de la nación*. Abrió amplios derroteros á la educación secundaria y profesional, suprimiendo procedimientos caducos y legislaciones viciosas, reñidas con toda noción de progreso. Ruiz Zorrilla dió á las Academias la facultad de nombrar los vocales del Consejo superior de instrucción pública; organizó el cuerpo de bibliotecarios y archiveros, sobre bases que reeditaron á la nación provecho inmenso; creó verdaderamente el Museo Arqueológico, que antes era deficiente, incompleto y para nada servía; reformó, reguló y protegió el Colegio Nacional de Sordo Mudos, cuya existencia corría parejas con el citado Museo; mejoró y engrandeció las escuelas de Artes y Oficios, facilitando la instrucción industrial de las clases populares; restableció las Escuelas Normales suprimidas por amaños de la gente clerical; y en suma, durante su ministerio, volvió de arriba abajo cuanto á su departamento concernía, dejando á sus sucesores marcado el camino que habían de seguir para combatir la ignorancia, destruir la rutina, proteger al comercio, fortalecer la industria, hacer prosperar la agricultura, y los fecundos é inagotables veneros de riqueza con que nuestra patria cuenta.

Una de sus disposiciones ministeriales de mayor trascendencia y de mayor resonancia, fué la incautación de los tesoros artísticos guardados en los templos. Quería Ruiz Zorrilla que la nación, dueña de tantas maravillas artísticas, dispusiese de ellas; quería que las bibliotecas y los museos guardasen los objetos de arte, los manuscritos valiosos, los testimonios más elocuentes del pasado que yacían entre polvo y telarañas en los rincones de catedrales y monasterios, y ordenó la incautación, que fué hecha en toda España un mismo día y á una misma hora. Los clericales quisieron resistir, produciendo en Burgos el sacrilego crimen cometido por el fanático pueblo, asesinando en la catedral al digno gobernador Gutiérrez de Castro, cuando se disponía á cumplimentar las órdenes recibidas. Concitó la incautación las iras de los neos contra Ruiz Zorrilla, iras que aumentaron al encargarse éste del ministerio de Gracia y Justicia, cediendo á conveniencias políticas que no hay para qué analizar ni recordar ahora.

Dió muestras en Gracia y Justicia de la actividad é iniciativa desplegadas en Fomento, presentando á las Cortes proyectos que reformaban la casación en los asuntos civiles; suprimiendo la pena de argolla «atentatoria á la dignidad humana»; regulando los efectos de la interdicción; creando para lo criminal la casación que en lo civil existía «como si debiera pagarse más respeto á la fortuna, que á la vida y á la honra de los ciudadanos»; estableciendo el matrimonio civil, con penas á los que no lo celebrasen antes que el religioso; mandando proveer por

oposición los oficios del Notariado, con lo cual desaparecía el «vergonzoso comercio» que se hacía de la fe pública, y se daba nuevo y provechoso rumbo á la juventud estudiosa; y restringiendo el ejercicio de la gracia de indulto «que había sido—en ciertas épocas—una infame mercancía á costa de lo que la sociedad tiene de más sagrado y el poder público de más generoso y respetable». Esto, y sus llamadas al orden á los clérigos levantiscos que predicaban la causa absolutista y á los obispos que autorizaban la predicación, motivó contra Ruiz Zorrilla una cruzada feroz, alentada por los ultramontanos, á los cuales quitó en poco tiempo las armas poderosas con que manejaban á su gusto la sociedad y la familia; impidiéndoles hacer de la instrucción pública un feudo, y de las creencias un escudo.

Salió Ruiz Zorrilla del gobierno con la más envidiada aureola que soñar pudo, por sus reformas, para subir á la presidencia de las Cortes Constituyentes en los momentos que se debatía la elección del monarca llamado á ocupar el sitio declarado vacante, dos años atrás, por la voluntad de la nación. Sabido es que apesar de los esfuerzos de los republicanos y de la propaganda de los demócratas, España se decidió por la monarquía al discutirse la forma de gobierno que había de regular y consolidar las conquistas revolucionarias. Acordada la forma monárquica por creerla entonces algunos demócratas más conforme con los sentimientos, tradiciones y educación del país, tratóse de buscar y hallar un príncipe ilustrado, liberal, á la moderna, que respondiera á las aspiraciones y necesidades de todos. Descartada la candidatura Montpensier, combatida rudamente por Ruiz Zorrilla; la de D. Fernando de Portugal, la de Hohenzollern, y la del duque de Génova (que Ruiz Zorrilla patrocinó valerosamente, sin éxito), propuso el general Prim la del duque de Aosta. Aceptada y proclamada, las Cortes enviaron á su presidente á Florencia para ofrecer la corona al caballeroso príncipe elegido. Ruiz Zorrilla no limitó su comisión á esto. A bordo de la *Villa de Madrid* trazó al nuevo rey un cuadro exacto de la situación de España, señalándole la norma de conducta que debía observar, en el célebre discurso de los *puntos negros*, programa de la política hecha después por el partido radical.

Instalado Amadeo en el palacio de Oriente, rota—por la muerte del general Prim—la conciliación entre radicales y conservadores, y sueltas las pasiones enemigas del nuevo orden de cosas, Ruiz Zorrilla se vió precisado á tomar puesto principal y decisivo; pasando del Ministerio de Fomento, que aceptó en el primer gabinete de aquel reinado, á la jefatura del Gobierno; cediendo á las instancias y exigencias del partido radical que obedecía ciegamente sus órdenes, si bien muchas veces se le impuso con fuerza incontrastable. Cuanto pudo resistió Zorrilla la ruptura de la conciliación. Harto se le alcanzaba que los prematuros antagonismos herían de muerte la naciente institución. Mas, no existiendo nunca, como no existió, la conciliación dentro del Gobierno, forzoso era deslindar los campos: triunfando los radicales en la confianza de la Corona. Los sucesos de entonces, conocidos son al detalle de nuestros lectores. D. Manuel Ruiz Zorrilla, sincero partidario de Amadeo de Saboya, trató, las distintas veces que ocupó el poder, de que la monarquía democrática fuese la institución soñada por él. Más que un monárquico, más que un dinástico, era un patriota que pretendía convertir á la dinastía y la monarquía en medios auxiliares de sus planes reformistas. Por eso combatió las situaciones enemigas que demoraban la ejecución de sus proyectos; por eso llegó á temperamentos enérgicos en sus consejos al monarca. El rey de la Revolución pertenecía á los hombres y á las ideas de la Revolución; su política había de ser la política que triunfó en Alcolea; su misión, facilitar la evolución de lo pasado á lo venidero.

Pudieron más los manejos de la reacción y las intrigas políticas, obedientes á celos y ambiciones personales, que la buena voluntad y buenos deseos del rey y los esfuerzos de Ruiz Zorrilla por afirmar lo que por su inestabilidad era inafirmable. Llegó la renuncia de Amadeo; renuncia que sorprendió á Ruiz Zorrilla más que á España; porque Ruiz Zorrilla tenía fe, porque abrigaba esperanzas grandes de que al fin arraigaría la exótica simiente por él y sus amigos importada. Y cuando Amadeo, al finar un consejo de ministros llamó á Ruiz Zorrilla y le dijo:—Amigo mío, no resisto más; me vuelvo á Italia,—Ruiz Zorrilla sintió desplomarse, no el palacio de su grandeza ni el alcázar de una personal fortuna



debida á la política; sintió derrumbarse la obra inmensa de la Revolución de Setiembre.

Se opuso, resistió, aconsejó, apeló á todo lo apelable en un hombre de las cualidades que hacían del duque de Aosta un príncipe modelo; pero fué inútil. La resolución era irrevocable—Me voy, me voy....—¡Y se fué! ¿Por qué? ¿Por las causas menudas é inexactas que achacan á Ruiz Zorrilla, excesiva intrusión en Palacio, determinando en daño suyo antipatías augustas y resentimientos imborrables? ¡No pudo ser por esto! Es demasiado pequeño el motivo para concederle siquiera los honores de la verosimilitud. El rey dejó la corona por no sentir sólido y firme el terreno que pisaba. Se darán y se han dado otras explicaciones; todas, menos esta, han sido refutadas. Con la monarquía, por él levantada y lealmente servida, cayó Ruiz Zorrilla; pero en cuanto pudo, en los momentos que lo permitieron la fiebre de la lucha, y lo revuelto de la política, y la multitud de cuestiones á cada momento suscitadas por amigos dudosos y adversarios resueltos, Ruiz Zorrilla continuó en la monarquía su obra reformista de la Revolución.... Hasta Lisboa acompañó á la familia real renunciante; y dolorido por el fracaso de su obra magna, contristado por la rapidez con que las cosas marchaban á un fin incierto y tenebroso, se apartó voluntariamente de los negocios públicos, permaneciendo retraído hasta mediados del año 74, en que empezó á reorganizar sus huestes cediendo á peticiones de sus amigos, no tan resignados como él al ostracismo. En estos trabajos le sorprendió la restauración. Sin motivo justificado, por sospechas nada más, acaso por vengar agravios de otros días, los restauradores le obligaron á salir de España, dándole apenas tiempo para disponer el viaje; hecho que á todos sorprendió, atendidas las declaraciones de concordia suscritas por el primer gobierno de Alfonso XII.

El destierro despertó sus dormidos bríos, avivó sus energías, reanimó sus fuerzas. Había luchado contra los Borbones, y los Borbones lanzábanle de nuevo á la lucha, sin pretexto alguno.

Aceptó el reto, congregando cerca de sí á los otros perseguidos, y á los muchos no conformes con la brusca reposición de lo destruido siete años antes.

Desde que pisó territorio extranjero, fijando su residencia en París, volvió á ser el hombre de 1867 y de 1869. A trabajar por la libertad y por la patria, á reunir los dispersos, á convencer á los tibios, á mantener el brío de los entusiastas. Se declaró revolucionario de acción, porque de otro modo no entiende factible la revolución en las ideas. Ha visto desertar de su lado, por la tardanza del triunfo, los hombres más ilustres del moderno republicanismo. Ha quedado solo, con subalternos oscuros, y ha sostenido el combate. Ni desmayó ante los fracasos de los amigos suyos que hallaban la muerte donde buscaban la libertad, ni cedió á las seducciones tentadoras que le han brindado las más altas posiciones á que es posible aspirar. Su vida en estos quince años últimos, es la del capitán de un buque sorprendido y combatido por la borrasca; en lo alto del puente, mandando la maniobra, prefiriendo batallar con los elementos á las comodidades de un salvamento fácil, pero en el cual está su descrédito y la ruína de sus armadores. Los armadores del buque revolucionario español, son las ideas democráticas. *«Conservador enfrente de la anarquía, revolucionario enfrente de la reacción»*, no abandona el buque ni rectifica el rumbo. Avante sigue con muchos ó pocos adeptos. Muchos han de ser, pues su solo nombre tiene en alarma perpétua á los gobiernos y cualquier viaje suyo es motivo de temores y sobresaltos. Desde la emigración ha dado á conocer, en ocasiones distintas, su pensamiento político. Todos sus manifiestos, viejos y recientes, dicen lo mismo.

Desde fuera, ha impuesto en España reformas que sin el miedo de los monárquicos á verlas servir de bandera de rebelión, no habrían triunfado.

Sus enemigos procuran desacreditarle cuanto pueden; sus partidarios se renuevan, pero nunca le faltan, decididos á cuanto intente. Si quisiera, en España viviría, y su papel sería otra vez importantísimo y quizás decisivo.

Necesitaría, para esto, reconocer la restauración; no la reconocerá. Cuando vuelva á España, si vuelve, será porque los gobiernos de Alfonso XIII habrán dado al pueblo las libertades por él proclamadas; y entonces, no teniendo por qué ni por quién pelear, abandonará las inquietudes de la vida pública, buscando en el hogar reposo y olvido.

De Ruiz Zorrilla no podemos decir más sin entrar en consideraciones de un orden que está vedado á estas semblanzas. Hemos apuntado las notas salientes de su vida pública; indicado las líneas generales de su historia; probado que, á juicio nuestro, no hay en ella inconsecuencias. Otros pueden criticarle, otros pueden dedicarle alabanzas. Nosotros no haremos una cosa ni otra. No nos incumbe.

Ruiz Zorrilla se halla aun en buena edad. Soporta bien sus cincuenta y nueve años, aunque su físico se resiente de las fatigas de los treinta y seis que lleva luchando por la libertad, y los diez y siete que ha pasado en el destierro. Es un ogro, según sus enemigos de siempre, los ultramontanos; un demagogo, según los conservadores; un peligro social, según los reaccionarios; una esperanza, según los oprimidos; un redentor, á creer á los que esperan con él mejores días para la patria.

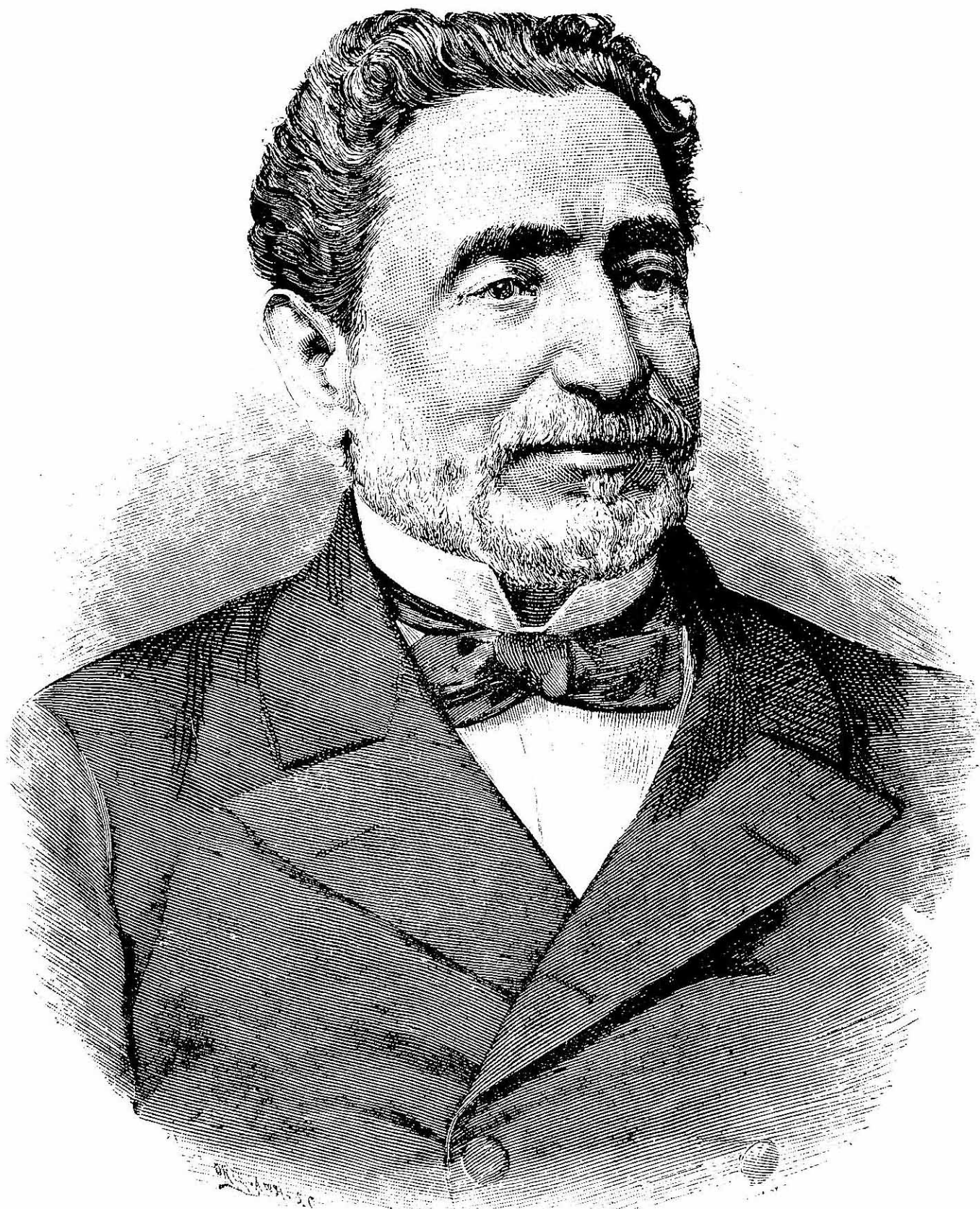
Para nosotros, es un hombre de corazón generoso y clarísima inteligencia; un español de pura raza; estadista insigne; luchador incansable; en suma, un gran carácter.

Nació en el Burgo de Osma, provincia de Soria, en 1834: estudió Leyes en Valladolid; tomó en Madrid el título de Abogado, y elegido Diputado á Cortes en 1856, empezó su carrera política de la manera más brillante para un hombre digno del siglo XIX; es decir, captándose el odio de los *neo-católicos*, ó ultramontanos á consecuencia de la publicación de su famoso folleto *tres negaciones y una afirmación*.

---

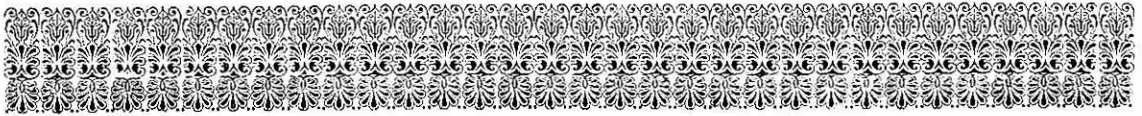






D. Práxedes Mateo Sagasta





## SAGASTA

---

Examinando imparcial y detenidamente la situación actual de España, y comparando su régimen político, sus libertades prácticas en acción, con las decantadas libertades y con el tan alabado régimen del Reino Unido, eterno modelo de soberanía popular para muchos demócratas de ocasión, obsérvase una inmensa diferencia en pro de las libertades y del régimen de nuestra querida patria. No disfruta Inglaterra, esa tremenda nación, dueña del oro, oligárquico Estado dominado y dirigido por los adoradores del Dios de Israel; no goza Francia, el país de las iniciaciones evolutivas y progresivas de la humanidad, en los modernos tiempos; no alcanza Italia, la ardorosa Italia, luchadora incansable contra toda suerte de tiranías y toda clase de dominaciones, no tiene hoy ninguna nación en sus leyes fundamentales y al resguardo de sus Códigos, la libertad que la nación española.

Menester han sido para conseguirla las explosiones múltiples del sentimiento liberal habidas en este siglo y ahogadas en sangre, las más de ellas, por la reacción. Menester ha sido que los propagadores, que los apóstoles, que los soldados primeros de la idea liberal dieran por esta idea su vida; á cada uno muerto por las balas del absolutismo, sucedían en la contienda heroica centenares de ciudadanos entusiastas, dispuestos á todas horas á morir en la horca, en el cuadro, en las barricadas, en el presidio ó en la emigración. El ejemplo, la convicción, la necesidad de poner coto definitivo á demasías de gobernantes funestos, han hecho en poco tiempo lo presentido por las Cortes de Cádiz, lo soñado por los exaltados del año 29, lo bosquejado por los progresistas del 40, lo comenzado en las Cortes del 54, por aquella valerosa minoría que llevó sus energías innovadoras á combatir la monarquía, quince años después de haberse batido media España contra la otra media en defensa de la monarquía constitucional, ó en pro de la monarquía de derecho divino.

Pero si ha precisado el triunfo liberal la vida de muchos y el esfuerzo material de la masa popular, nada se habría conseguido sin la persistencia, sin la constancia, sin la fe de los que en la oposición hecha en el Parlamento, y en las calles, y en la prensa, en la gobernación del Estado después, han guardado fidelidad á los principios reforzándolos con las mejoras aconsejadas por la opinión; nada se habría logrado sin los patricios que no han perdido su serenidad un solo momento, atentos al bien común y al planteamiento gradual de las novedades políticas. Uno de estos patricios, uno de estos regeneradores de la vida política española, quizás el que habló menos cuando hablaban otros mucho, y más hizo cuando los demás se cruzaban de brazos ó seguían perorando en las Cámaras ó en los periódicos, es Sagasta.

No es D. PRÁXEDES MATEO SAGASTA un orador del corte de Castelar: su elocuencia no es la brillante y arrebatadora del gran tribuno, ni la palabra suya es la escultural palabra de Martos, ni sus discursos tienden á las alturas en que desarrolla los suyos Cánovas del Castillo; pero en cambio, es menos idealista que el primero, más entendido que el segundo, y de mayor sentido práctico que el

último. En los comienzos de su carrera, al abandonar las matemáticas por la política, tuvo en grandes dosis, y le derrochó constantemente, el entusiasmo, el fuego, el fervor de los sectarios. Era liberal, y como por la libertad luchaban pocos, cada uno de estos pocos se agigantó para suplir su cantidad numérica con la cantidad inmensa de su valer intelectual. Peleábase sin descanso y sin tregua y sin cuartel, y en la Cámara popular llegó el Gobierno á sentirse molestadísimo por la crudeza de los bruseos é incesantes ataques de Sagasta: el cual, según frase de O'Donnell, entonces Presidente del Consejo, « discutía con apóstrofes y argüía con cargos irrefutables é imprevistos ». No menos fogoso y violento fué en *La Iberia*, que en la tribuna y en los clubs, haciendo de este periódico una institución, un culto para los progresistas, para los liberales todos. Era tan acerada su dialéctica periodística, como la parlamentaria; sus artículos hacían bambolear los ministerios, porque detrás de cada uno sentíanse las palpitaciones de miles de corazones ansiosos de luchar. Incansable, tenaz, laborioso, á él se debió en mucha y principal parte la preparación de la revolución setembrina. Lazo de unión entre los elementos civil y militar, llegó á comandar el primero y sujetar al segundo, buscando la solución que al fin se impuso, y oponiéndose á la dictatorial del sable que no pocos descaban.

El revolucionario fué ministro de la Gobernación, y al ocupar tan importante puesto en circunstancias tan difíciles, dió por terminada su misión; desapareció el periodista batallador, el alma de pronunciamientos y protestas armadas, y quedó el gobernante, el estadista. Quedó el que supo encauzar el desbordado é impetuoso torrente de pasiones, haciendo frente á rojos y blancos, sentando la mano á los que del triunfo conseguido querían sacar consecuencias personalmente provechosas, y disponiendo la reunión de las Cortes Constituyentes del 69, no menos gloriosas que las de Cádiz, porque acabaron la obra empezada por éstas.

Fiel á la Revolución, fiel á la Regencia del Duque de la Torre, de quien fué el alma y el brazo, fiel á la monarquía democrática del infortunado Amadeo de Saboya, no le rindieron las intrigas ni le cansaron las malas artes con que le combatieron sus émulos; ni las mayores calumnias en su daño inventadas lograron más que acrisolar su amor á la libertad y á la patria. Por una y por otra volvió al poder en 1884, tratando de curar al país las enormes heridas que le infirió la demagogia triunfante, de impedir el avance de las fuerzas carlistas que dominaban el Norte y el Centro y parte del Este, y mantener en las Antillas y en Occanía la integridad del territorio y el honor de la bandera. Tarea ímproba que se iba realizando, al ocurrir la proclamación de Alfonso XII.

Entonces, luego de protestar de modo enérgico contra el hecho de Sagunto, dió nueva prueba de civismo, de amor á la patria y á la libertad; comprendiendo que, de resistir por la fuerza la nueva insurrección, la victoria por los carlistas no era dudosa, dejó libre entrada á Alfonso XII, abandonó el mando, se retiró á su hogar, y quedó á la expectativa de los sucesos, seguro de que la Restauración — que no restauraba los vicios y las enormidades derrocadas seis años atrás — iría á buscarle pidiéndole el concurso de sus amigos á fin de vivir desembarazadamente. Así sucedió; fué llamado, y no se negó al llamamiento; se le reconoció como uno de los sustentáculos de la nueva monarquía, aceptó el puesto, y se dispuso á defender su obra revolucionaria amenazada de destrucción, á impugnar cuanto tendiera al retroceso, á proponer y defender cuanto significara progreso y adelanto.

Memorable será siempre su campaña opositora durante el primer período de la Restauración. Tuvo á raya al gobierno en sus tentativas reaccionarias; reorganizó sus huestes; levantó el espíritu público tan decaído por las últimas revueltas, y otra vez fué su personalidad la encarnación de las generales aspiraciones, esperanza de los oprimidos, bandera de los luchadores.

Dotado de una perspicacia maravillosa, de una intuición de primer orden, no acentuó su oposición al señor Cánovas para sucederle tan pronto como los más impacientes de sus amigos apetecían; esperaba su hora, y su hora llegó; conocía por experiencia que los impacientes pierden las batallas libradas á destiempo, y que, si las ganan, por un azar de la fortuna, no saben conservar los frutos de la victoria. Limitóse á prepararse convenientemente para ser útil al país y á la monarquía, al ser llamado al gobierno, y no perdonó ocasión de com-



batir al adversario, debilitándole, restándole fuerzas, poniéndole en aprietos constantes, haciéndole sentir la superioridad de su estrategia y lo certero de sus baterías.

En España, donde los partidos se gastan rápidamente cuando mandan, causaba asombro la longevidad que iba alcanzando el partido conservador en el poder: llególe al fin su hora, porque la Corona no podía extremar sus preferencias sin contradecir sus promesas y ponerse en pugna abierta con la mayoría de la nación, y los liberales se reinstalaron en los puestos que dejaron siete años antes.

El señor Sagasta, rodeado por hombres de valer y de prestigio, procedentes, como el señor Montero Ríos, del radicalismo de la revolución; como el señor Alonso Martínez, de la Unión Liberal; como González (D. Venancio), del honrado progresismo histórico, reanudó sin vacilaciones la tarea en que la Restauración le detuvo, dictando medidas protectoras de la riqueza, facilitando la tramitación de los negocios, fomentando la marina y las obras públicas, poniendo todos los ramos de la administración á la altura y en el rumbo aconsejado por las necesidades generales y por las exigencias de la opinión.

En los tres años que fué jefe del gobierno, vió surgir á su alrededor una verdadera nube de ambiciones desatentadas y de osadías inexplicables. Creyeron muchos de los que en la oposición se acogieron á su aspiración y aceptaron su jefatura, fácil y hacedero convertirse en jefes sueltos de otros tantos partidos; muy liberales, muy demócratas, con la pretensión de sustituir al señor Sagasta y á sus fieles partidarios en los Consejos de la Corona. Tan allá fueron en estas audacias, que recabaron el apoyo del duque de la Torre, quien tuvo la debilidad de rebajarse á capitanear aquellas partidas blancas lanzadas contra su antiguo amigo y lugarteniente, y del señor Posada Herrera, á quien disgustaba morir sin haber presidido un Consejo de ministros.

Tampoco, enfrente de estos enemigos, quiso el señor Sagasta mostrarse intransigente. Conocía bien á los hombres, y sabía lo que darían de sí. Dimitió, y la flamante coalición de sagastinos desleales, de republicanos vergonzantes y de moderados arrepentidos, gobernó...tres meses, cayendo estrepitosamente, desacreditada; y aunque tenía el señor Sagasta mayoría en las Cámaras, dejó que los conservadores le sucedieran, para no exponerse á nuevas asechanzas é infidelidades. Tornó á robustecer sus filas, á estudiar de cerca las necesidades de la nación y las reformas que convendría plantear en sazón y tiempo, y á colaborar con su palabra poderosa en la labor de las Cortes últimas de la Restauración. La muerte del Rey puso al señor Sagasta en el mayor aprieto de su vida política, motivando el arranque de abnegación mayor que á un gobernante puede pedirse.

Aceptar la responsabilidad de sucesos que aun los más optimistas presentían, con un trono vacante, una minoridad larga en perspectiva, los carlistas esperanzados y los republicanos pregonando la proximidad de su triunfo, pareció empresa arriesgada y superior á las fuerzas del señor Sagasta. Pudo resistir la voz de la reina y dejar correr los sucesos, cierto de que para él sería siempre uno de los primeros lugares, sino el primero, en las situaciones que vinieran; pero su caballerosidad, su consecuencia, su deber de español hablaron elocuentemente, y la regencia de María Cristina tuvo, al igual que la de la otra María Cristina, su mejor apoyo en los liberales. Cinco años ha durado el último período del señor Sagasta, y en este espacio de tiempo han quedado reducidos á la nada los amagos de turbulencias, y España ha entrado al fin, con paso firme, en el camino de un progreso medurado y constante.

El jurado, el sufragio universal, la reorganización militar y de la marina, son, aparte de otras secundarias, las implantaciones del señor Sagasta: no leal ni sinceramente practicadas en la realidad de la vida pública, que de tanta virtud no son capaces ni aun los monárquicos de Sagasta, pero en fin, triunfantes como principios de gobierno.

Ha corrido demasiado la pluma, bosquejando no más la historia del estadista y del patriota. Concretando, para no cansar al lector, diremos que el señor Sagasta, en sus treinta y nueve años de intervención activa en la vida pública, ha sido político sin vivir de la política: entró sin fortuna á manejar la fortuna nacional, y sin fortuna sigue; y, en suma, cualesquiera que sean sus debilidades

de momento, sus contradicciones de un día, sus desaciertos parciales, la opinión imparcial solo aprecia lo colosal de su trabajo y la resultancia de sus esfuerzos, agradecida á lo mucho que por él ha conseguido sin efusiones de sangre, ni trastornos, ni violentas sacudidas.

Su partido es su familia, y en todos los partidos se hace justicia á su indiscutible valer; es popular, sin caer en la populachería; su consejo es consultado en los momentos críticos para la patria por sus más encarnizados enemigos. Modesto en sus particulares aficiones, atable y risueño con los humildes y con los poderosos, en su vida privada goza de universales simpatías.

El lema actual del señor Sagasta es el del Gobierno del pueblo para el pueblo; lema que ha sido practicado por él, hijo del pueblo, gobernando muchos años con envidiable fortuna.

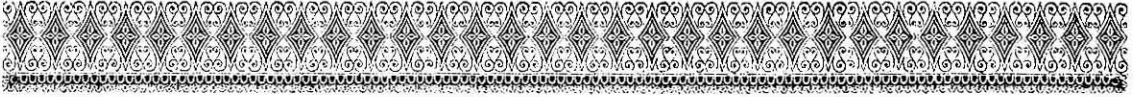
Fáltanos solo agregar, que Sagasta nació en Torrecilla de Cameros, provincia de Logroño, en 1827. Estudió en la Escuela de Ingenieros de Madrid, y empezó á ejercer su profesión en Valladolid y Zamora. Habiéndose distinguido desde muy joven por el calor de sus ideas liberales, la ciudad últimamente nombrada le dió sus sufragios para las famosas Cortes Constituyentes de 1854, y aquí, y en la redacción en jefe de *La Iberia*, paladín del partido progresista histórico, dió verdaderamente principio su brillante carrera política.

---



*D. Antonio Cánovas del Castillo*





## CÁNOVAS DEL CASTILLO

---

Monárquico por convicción; dinástico por afecciones personales; liberal doctrinario, en cuanto los avances de la libertad no se traducen á su juicio, en perturbaciones de la paz pública; conservador de lo que, á juicio suyo, hay de bueno en nuestros organismos históricos y en los procedimientos de nuestra política; reaccionario ante la crítica democrática; liberal ante los críticos reaccionarios, que no le perdonan prescindiera en 1875 de los elementos caídos en 1868; ecléctico, por temperamento, en las ideas; tenaz en sus empeños, como Ruiz Zorrilla; hábil, como Sagasta; luchador parlamentario á lo Ríos Rosas; gobernante á lo O'Donnell, con energías y durezas á lo Narváez; fiero ante las contrariedades, sereno en el poder, incansable en la oposición, celoso siempre de sus prerrogativas, altivo, desdénoso, conocedor de lo que valen sus amigos y de lo que pueden sus adversarios, dueño de su pensamiento y de su palabra, con una historia consecuente, con un nombre envidiable y envidiado, este es DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, jefe del partido *conservador* de la restauración borbónica en España; partido compuesto de fracciones diversas, recogidas al azar en el naufragio de 1874: es á saber, los antiguos *unionistas*, algunos *moderados* y aun *carlistas* avanzados en ideas, y algunos *progresistas* tibios. De esta tortilla de yerbas es Cánovas el hábil cocinero.

Hijo del pueblo, por su trabajo, por su talento, por su actividad, por su personal acción, ha labrado paso á paso el pedestal de su grandeza. Con Martos y Castelar hizo la vida estudiantil. Pobres los tres, y los tres audaces, decididos, entusiastas, sabiendo lo que valían, presintiendo lo que habían de ser, mientras Castelar y Martos peroraban á las soñadoras multitudes, mientras cantaban con mágicos acentos y grandilocuente inspiración himnos á la libertad, Cánovas aprovechaba el tiempo.

Aquellos anhelaban democratizar á España con la palabra, con la persuasión; Cánovas quiso imponer desde el gobierno nuevas ideas, templándolas en las corrientes de la tradición y de la conveniencia española, por estimar que nuestro pueblo, apasionado é impresionista, no estaba preparado á las transformaciones democráticas. Cánovas, para hacer algo y servir de algo y en algo práctico y útil á la patria, huyó las auras populares, evitó gastarse en *meetings* y barricadas. Fué á las Cortes, y en dos años se hizo lugar honroso en el Parlamento. El Congreso y la prensa sirviéronle de medio para darse á conocer y estimar. Estalló la revolución del 54, y su talento y su pluma dieron forma—en el manifiesto firmado por O'Donnell en Manzanares—al pensamiento de los revolucionarios. Ganaron éstos; surgieron, como de toda revuelta, rápidas fortunas y encumbramientos sorprendentes; y Cánovas, conociendo que los sucesos cambiarían pronto y que lo creado por la vicarvarada tenía la fortaleza de un castillo de naipes, no quiso intervenir en el pugilato de ambiciones que se produjo. Pidió y obtuvo ir á Roma con un destino diplomático, y así realizó sus deseos de conocer y admirar las grandezas y maravillas de la ciudad de los Césares y de los Papas. En su empleo sirvió bien y eficazmente á la patria, suavizando las rudezas con que la



curia vaticana trataba los asuntos españoles, resentida por los latigazos de la desamortización. Reveló entonces Cánovas sus cualidades diplomáticas para sobreponerse á sus émulos, utilizar á sus amigos y vencer á sus contrarios; cualidades que durante la Unión liberal llevaronle desde su escaño de diputado á una dirección general, á una subsecretaría, y luego, en breve carrera, al ministerio. El más joven y el más entendido de los prohombres creados por el duque de Tetuán en sus postrimerías políticas, recogió cuidadoso las enseñanzas de los sucesos en que intervino, y de los gobernantes con los cuales colaboró; y así, en la Revolución, y después de la Revolución, se comportó con la serenidad y alteza de miras que los más severos censores de sus actos le reconocen.

No tomó parte ninguna en ese gran movimiento democrático, porque es enemigo de la democracia; pero aprobó la Revolución de Setiembre, porque respondía á una necesidad nacional, y se mantuvo fiel al régimen monárquico. Según Cánovas, no es posible la transición brusca de la monarquía á la república en los países de tradición monárquica.

Cánovas fué dinástico, porque harto se le alcanzaba la imposibilidad de que arraigase en pueblo tan devoto de la historia, de su independencia, de su dignidad, como el pueblo español, una dinastía extranjera; aunque la representase un príncipe tan ilustrado é inteligente y liberal como fué Amadeo de Saboya: fingiendo no recordar que en España son tan extranjeros los Borbones, como los Austrias y los Saboyas. Presumió que la opinión y los partidos, á medida que los sucesos se precipitaran, volverían los ojos al hijo de Isabel II; y, determinando la abdicación de ésta, dió el paso inicial de la restauración, á cuyo servicio se puso desde que comprendió la imposibilidad de la duración de la dinastía saboyana: no combatió al principio abiertamente á la República, mientras no la hicieron imposible la guerra civil carlista y la desunión de los mismos republicanos: pero en esa torpe actitud carlista, en aquella torpísima desunión, y en la deslealtad del ejército, vió Cánovas bien pronto formidables colaboradores que utilizar. Sumó adhesiones, estimuló simpatías, atrajo desengañados, utilizó ambiciosos; supo calcular el tiempo para no perder en infructuosas tentativas las fuerzas acumuladas; conspiró, pues, y conspiró con un éxito que no era muy difícil. Llegó la hora, y la Restauración se hizo sin efusión de sangre, sin grandes protestas. Recibieronla los monárquicos con alegría, porque realizaba sus anhelos; los liberales, con desconfianza, por si las cosas retrocedían á 1867; los carlistas con desaliento, porque era su muerte en los combates y su anulación en la vida política; los republicanos con tristeza y resignación, porque de los pecados de todos era consecuencia el hecho de Sagunto.

Cánovas, ministro-regente, no persiguió á los vencidos con la saña que muchos esperaban. Se concretó á quitar obstáculos de su camino; pero á los consejos del nuevo rey, llevó revolucionarios como Romero Robledo y Ayala y Martín Herrera. Aceptó lo hecho por los demócratas en lo que auxiliaba la acción de los poderes restaurados. Derogó leyes como las del Jurado y Matrimonio civil, más por estimarlas prematuras que por incompatibles con sus ideas. Concentró su pensamiento en la tarea de dar al país la paz que anhelaba, y la paz en la Península y en Cuba fué un hecho por todos los partidos celebrado. Después, cuando no hubo enemigos armados, abrió á los partidos monárquicos las puertas de Palacio, procurando la formación del que andando los días hubiera de recoger su herencia y continuar su obra. Enemigo de los procedimientos, más que de las ideas, vió complacido á Castelar en el Congreso, dando á los debates parlamentarios la nota de grandeza y libertad que necesitaban. Reorganizó la situación del país; normalizó, encauzó, y cuando juzgó robusta y fuerte la monarquía borbónica restaurada, obra suya, cedió su puesto al señor Sagasta.

Vuelto al poder, siguió su antigua táctica de utilizar y conservar las reformas introducidas en las leyes por sus adversarios, afianzándolas según le aconsejaban las exigencias de su política y los resultados que aquellas daban en la práctica: pretendió, pues, hacerse político á la manera inglesa, y tendió á que sus adversarios lo fuesen también.

Muerto Alfonso XII, pudo conservar el mando, y prefirió—contra la opinión de sus amigos, y á riesgo de ver destruído su partido—entregarle á los liberales; constituyéndose en su auxiliar decidido para que la regencia fuese adelante. Mas,

al observar demasías de tono democrático en la política sagastina, al notar que en esta política preponderaban tendencias peligrosas para la monarquía y para la tranquilidad de la nación; y mejor aun, viendo en peligro la unidad de los liberales y la jefatura del Sr. Sagasta entre los suyos, procuró ser llamado por la Corona, á fin de impedir se malograra su labor de quince años, y mantener en el partido rival del suyo la cohesión que cinco años de poder habían quebrantado. A Cánovas le gusta tener enfrente un partido grande, poderoso, fuerte; no fracciones, ni pandillas, ni grupos sueltos. Con aquél, sabe que puede contar en momentos difíciles—como en Noviembre de 1885—para salvar las instituciones; con éstos, sabe que no es factible nada.

Pasemos ahora á las otras notables fases con que á la crítica y á la posteridad se presenta don Antonio Cánovas del Castillo.

De una cultura superior, le son familiares las bellezas y los secretos del idioma, las maravillas del arte, las grandezas de la historia. Adora la estética en todo, la sorprende donde pocos la adivinan, la denuncia allí donde no todos la ven. Tiene la palabra abundosa de Moret, con los giros esculturales de Martos y casi la gallardía de Castelar. Analiza lo bello con el tino de Pi y de Benot.

Hace historia con la llaneza y concisión de Melo, la intención de Mariana y la donosura de Valera. Es más crítico que literato; pero sus producciones literarias son dignas de atención y cuidadoso estudio.

Tiene un gravísimo defecto: se ha empeñado en ser poeta.

Laborioso siempre, fuera de sus deberes políticos pasa las horas en la hermosa biblioteca que le ha costado más años que la Restauración, y tantos afanes y desvelos como esta su magna empresa. Habla de todo, y en todo es solicitada su opinión y atendido su consejo. Modesto, y, según sus enemigos, con la modestia de la soberbia, no ha olvidado su origen humilde. Ha podido ser duque y grande de España; pero esto habría rebajado su personal grandeza. Duque, lo es quien á Cánovas se le antoja, lo es cualquiera: Cánovas del Castillo, nadie sino él puede serlo.

Los libros, las Academias y el Ateneo, han distraído sus ocios de gobernante; los viajes han completado este recreo; y en los viajes, en el Ateneo, en las Academias y en los libros, ha probado que, si llegó muy alto por los azares de la política, era digno de tal altura por su entendimiento, por su inteligencia, por su indiscutible talento. Júzguense sus actos políticos según el criterio de los juzgadores, censurésele ó se le aplauda, republicanos y monárquicos, carlistas y liberales, negros y rojos, blancos y azules, están conformes en que don Antonio Cánovas del Castillo es una de las personalidades más sobresalientes de España.

Resumiremos copiando lo siguiente, dicho por un enemigo acérrimo de Cánovas político: «Se le combate porque sabe defenderse; quien más le ataca más le estima. En Palacio, dispone; en el ministerio, manda; en el Parlamento, domina; en la Academia, enseña; en el Ateneo, escucha; en los salones, agrada; en la intimidad, es ocurrente é ingenioso. Los sabios, le respetan; los hombres de talento, le buscan. Para los tontos, es soberbio; para los necios, intratable. Perdona un crimen, aconsejando el indulto del criminal; pero no tolera un disparate. La envidia y los rencores, han arremetido contra él dura y repetidamente. ¡Inútil labor! La calumnia no ha podido herirle, y los insultos no han podido llegar hasta él. Con sus defectos ó sus virtudes, acertado ó equivocado, Cánovas tiene derecho á que sus enemigos más declarados nos quitemos el sombrero cuando le hallamos al paso. Su nombre marca una época. Su obra, que no he de apreciar aquí, llenará bastantes páginas de nuestra historia. Por esto, solamente por esto, merece la universal consideración de que disfruta. Lo cual—agrega el autor de estos renglones que copiamos—no obsta para que, si llega el caso, le sentemos la mano con la misma dureza con que él sabe sentarla á quien se interpone en su camino».

Cánovas del Castillo nació en Málaga en 1824: siguió en Madrid los cursos de Filosofía y de Derecho, y se dedicó desde muy joven al periodismo, como recurso de vida; pues su familia era humilde y pobre: sabido es que el padre de Cánovas era maestro de escuela, y él lo acompañó, casi todavía en la niñez, como pasante.

Ya en el periodismo, empezó á darse á conocer con algunas poesías muy mediocres y varios trabajos de crítica, de más consideración. Habiéndolo elegido Diputado á Cortes su ciudad natal en 1852, en esta fecha da principio su vida pública.





*D. Eugenio Montero Ríos*







## MONTERO RÍOS

---

La mayor suma de morales energías dentro del organismo menos resistente; alma de acero en cuerpo débil; voluntad poderosa; talento superior en poderío y grandeza á la voluntad; espíritu analítico de primera fuerza; puritanismo rayano en la exageración; la tradición depurada por la observación y el estudio de la realidad; culto fervoroso al ideal *justicia* y devoción no entibiada nunca al ideal *verdad*—esto es, esto hay en Montero Ríos; en el ilustre jurisconsulto español.

Fieles al plan regulador de estas semblanzas, descartamos en ellas cuanto por referirse á los actos políticos de los biografiados pueda prestarse á interpretaciones y comentarios que no reflejen el unánime sentir de la opinión. Sucede muchas veces que ha sido inhábil político el que resultó irreprochable general en los campos de batalla, quien probó ser diplomático sagaz, ó quien en ciencias ó en artes es autoridad indiscutible.

Así sucede con Montero Ríos, aunque los desaciertos, nunca trascendentales, cometidos en su vida política, están bien compensados con las fecundas iniciativas, con las reformas y adelantos de que le es deudora nuestra patria. Pero, para juzgar de su gran valía, para reconocer que pocos le igualan en derecho á ocupar lugar preferente entre las eminencias españolas contemporáneas, es menester apreciarlo como jurisconsulto, prescindiendo del político, muy inferior, aunque notable, al hombre de ciencia. En este sentido es una gloria nacional, para cuyo elogio serían necesarios la larga enumeración y el análisis de sus obras, trabajo superior á nuestras fuerzas, y á las dimensiones de estas ligeras semblanzas. Tratemos de reseñar los hechos más culminantes de su larga y laboriosa existencia.

D. EUGENIO MONTERO RÍOS nació en Santiago de Galicia en 1832. En la Universidad de esa ciudad emprendió la carrera del Derecho, ganando por oposición los premios extraordinarios correspondientes al bachillerato y la licenciatura. Por oposición también obtuvo el grado de doctor en la Universidad de Madrid, y, siempre por oposición, presentándose á ellas sin recomendaciones, luchando con muchos é ilustrados contricantes, desempeñó varias cátedras en Oviedo y Santiago, hasta que el Consejo de Instrucción Pública le propuso para la de Derecho canónico en la Universidad Central.

Como político, dióse á conocer en su ciudad natal por medio del periódico que fundó titulado *La Opinión Pública*, encaminado á reorganizar en aquella región el partido progresista, malparado después de la derrota sufrida el 18 de Julio de 1856. Como hombre científico y literario, empezó á hacerse notar en la discusión que desde las columnas de *La Iberia* de Madrid, sostuvo con el arzobispo de Santiago, en la cual demostró que estaba á la altura de los primeros canonistas y teólogos de Europa.

La *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, tan acreditada en nuestra patria y fuera de ella, publicó muchos de sus trabajos, que le valieron ser considerado como uno de los primeros comentaristas del Derecho público. Son notables también su discurso monográfico sobre *Ultramontanismo*, y sus *Lecciones de Derecho Canónico*.

Los cuatro años de teología que además de la jurisprudencia estudió en Santiago, la enseñanza y el ejemplo de aquel Seminario, arraigaron sin duda en él las profundas convicciones religiosas de que después ha hecho gala toda su vida. Pero aunque manifestó diferentes veces que antes que liberal y que demócrata era católico, sus discusiones con eminentes prelados, sus discursos en las Constituyentes de 1869, su actos como Ministro de Gracia y Justicia, probaron que predominaba en su espíritu el noble afán de defender todas las libertades y condenar todas las tolerancias. Católico moderno, sin menoscabar en nada su fe, combatía elocuentemente en aquellas célebres Cortes al canónigo Manterola, patrocinador de la tolerancia religiosa y enemigo de la libertad de conciencia. Y decimos elocuentemente, aunque Montero Ríos no está considerado como un gran orador, pues se lo impide la pobreza de su constitución física, porque en aquella ocasión arrancó de su pecho enérgicos acentos, olvidándose, como le sucede á veces, cuanto esos esfuerzos perjudican su delicada salud.

El ilustre gallego puede contar como una de sus principales glorias el haber formado parte de la comisión redactora de la Constitución de 1869, tarea que acometió con gran ahínco, terciando después en casi todos los debates á que dió lugar el proyecto.

Todos estos méritos le valieron ser nombrado Ministro de Gracia y Justicia en tiempos de Amadeo, á consecuencia de una crisis que dió por resultado la formación de un gabinete de que era presidente el ilustre general Prim. Como ministro, uno de sus primeros actos fué patrocinar y convertir en ley la siguiente proposición:

«Queda suprimida la pena de muerte que imponen los artículos 168, 169 y 170 del Código Penal á los reos del delito de rebelión en los diversos casos que abrazan, y en su equivalencia se les impondrá la de cadena perpétua.»

Dictó además mientras estuvo al frente del ministerio de Gracia y Justicia, las leyes sobre inamovilidad de la magistratura; hizo el arreglo del clero, y un presupuesto para el mismo; estableció el matrimonio civil; la casación por lo criminal; reformó el Código Penal y la ley hipotecaria.

Al defender el proyecto referente al establecimiento del matrimonio civil, expuso varias consideraciones, encaminadas á demostrar cómo no estaba refido con el espíritu de la Iglesia, ni en abierta oposición con lo que habían dicho los primeros padres de la misma.

Muchos otros proyectos tenía preparados, cuando tuvo que dejar el ministerio por haber abdicado D. Amadeo de Saboya; sino todos buenos, sí muchos de ellos muy contrariados por obedecer á exigencias de partido; demostración de la incansable laboriosidad del que ha sido uno de los ministros más fecundos de nuestra patria.

Larga sería la enumeración de los ruidosos triunfos forenses del señor Montero Ríos, así como de los grandes servicios por él prestados á la causa de la libertad y á la reforma de la legislación en España; bástenos decir que, haciendo justicia á su honorabilidad y esclarecido talento, le llevó el gobierno de la restauración á ocupar el más encumbrado puesto en la magistratura española, la presidencia del Supremo Tribunal de Justicia, cuyo cargo renunció por razones de delicadeza, relacionadas con sucesos que están en la memoria de todos, salvando incólume y puro su esclarecido nombre.

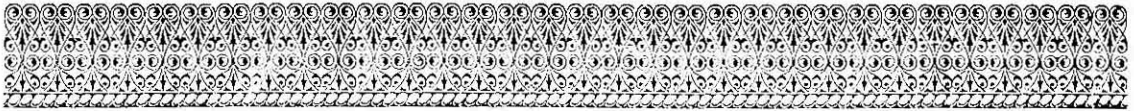
Desde entonces hállase el Sr. Montero Ríos retirado á la vida privada, residiendo la mayor parte del tiempo en su hermosa quinta de Lourizán, en Galicia, entregado á los hermosos afectos de la familia, la simpatía de sus amigos, que son cuantos le conocen, y el estudio de la ciencia que ha sido la pasión de toda su vida.

Jurisconsulto insigne, sabio economista, forma parte de numerosas sociedades científicas y literarias, así de nuestra patria como de otras naciones, y en todas ellas se le considera como una de las más legítimas glorias de la España contemporánea.



D. Benito Pérez Galdós





## GALDÓS

---

Luchó y lo resistieron; venció y fué aplaudido; se impuso y le adularon; revolucionario, tuvo pocos amigos; dictador, tiene demasiados eunucos. Dura es la frase ¿verdad? No importa; por gráfica va escrita; lo gráfico es lo real, lo axiomático, lo no impugnabile, lo irrefutable. Los eunucos de todas las celebridades, aplauden lo aplaudido, comentan lo comentado; no supieron adivinar el genio en sus manifestaciones primas, y se unen voluntarios á la triunfal carroza. Tardos en arrojar flores al victorioso, tiran del carro. El caso es hacerse notar, caminar junto con los notables para que la masa vulgar llegue á percatarse de que viven. Son estas gentes prolongación molesta del aplauso inteligente, repercusión de los plácemes lógicos, trompeteros rezagados de la fama. Por sí mismos, no pueden adquirir nombradía; se apropian una parte refleja de la del prójimo, y quedan satisfechos.

Ralea de incipiencias osadas ó nulidades biliosas, se nutren con agena savia y con las sobras del valer ageno; bóhdos iluminados por el sol, pretenden plaza de astros de cualquiera magnitud. En letras, acosan á Galdós, á Pereda, á Valera, á Menéndez Pelayo, á Núñez de Arce, á Tamayo; en arte, zarandean á Rosales, Fortuny, Plasencia, Pradilla: en el teatro, dan lecciones á Mario y Vico, y en los toros á Salvador, Rafael, *Currito* y Mazzantini. En política, conceden elocuencia á Castelar, habilidad á Sagasta, entendimiento á Cánovas, espíritu sintético á Pi, percepción analítica á Salmerón, tenacidad á Ruiz Zorrilla.

¿Nacéis á la vida pública en letras, arte, ciencia, en cualquiera de las manifestaciones de la humana actividad? No asistirán los eunucos al bautizo, se limitarán á compadeceros y desdeñaros. ¿Lucháis y en la brega son muchos los peligros? No se acercarán á confortaros con estímulos y alientos. ¿Acaban los abrojos y empiezan las flores? Entonces brindan su amistad. ¿Vencéis? Acentuarán su adhesión, sin confirmarla; esperarán á que por mano propia hayáis quitado entorpecimientos y escollos y obstáculos, y cuando el éxito indiscutible queda ratificado y consagrado, os buscan y rodean, os vuelven locos, asfixiando con su incensar molesto, repugnando con su curvaturas dorsales. Ellos son desde este punto vuestros críticos, vuestros biógrafos; Langostinos espontáneos, voluntarios Sparafuciles....

¡Y algunos censuran á Pérez Galdós su mutismo, su gravedad, su amor al aislamiento, su horror al mundo, su hostilidad á los esparcimientos sociales!....

¡Qué saben ellos! ¿Puede acaso borrar lo presente grato y halagador el recuerdo de un pasado triste y doloroso? Cubrir las cicatrices con oloroso emplasto que las disimule, que á ocultarlas llegue, no es dado á todos; dejarlas de ver, no es suprimirlas, y si existen y duelen todavía ¿quién se hará la ilusión de tener la piel virgen y la carne intacta? Cualquiera; Galdós, no.

---

Del montón sacáronle sus fuerzas, su audacia, su energía. Estudiante, periodista, artista á su modo, en la juventud bregó contra los hombres y contra las contrariedades del vivir. Decepciones inmerecidas, anhelos malogrados, fracasos repetidos, apartáronle sucesivamente de los rumbos que intentó seguir; soñador impetuoso, decidido guerrillero, enamorado de la política y del teatro y de la prensa, sucesivamente, viendo pagados con desdenes sus amores.



Meses enteros vivió relegado al fondo de modesta vivienda; planeando, trabajando, estudiándose y estudiando á los demás, pulsando sus fuerzas y vigorizándolas.

Voluntad poderosa, quería batallar para vencer. Pocos amigos, uno acaso; ninguna diversión, aparte de tal cual excursión al saloncillo de cierto café donde sus paisanos se reunían, y de un rato diario dedicado á presenciar desde un rincón los debates del Ateneo.

Abstracción absoluta de las exigencias materiales de la vida. Libros, periódicos, revistas, cuartillas, plumas, silencio, afán de llegar.... Esto y nada más.

*La Fontana de Oro* rompió el fuego. ¡En buena época! Cuando no pensaban los madrileños sino en buscar reyes, y en pescar turno para ser ministros: ¡tan rápidamente pasaban los ministerios por el poder!

Los pocos que leían lo poco nuevo que Durán y San Martín ponían en sus escaparates, creyeron ver en *La Fontana* otro Alcalá Galiano, viejo recordador de sucesos en que pudo intervenir. Al descubrir la incógnita, quedaron sorprendidos. El narrador de los sucesos de 1820-1824, era un joven modestamente vestido, huraño, de fisonomía nada expresiva, un muchacho, como tantos hay en las grandes poblaciones. Algo vieron en *La Fontana*, algo confirmado por *El Audaz* (recuerdos de 1804), y animaron al novel escritor. No deseaba éste otra cosa, y acometió la difícilísima labor de los *Episodios nacionales*. Trafalgar llamó la atención, *La Corte de Carlos IV* interesó; los tomos siguientes hicieron buscar las obras anteriores, y saborearlas, y descubrir en ellas bellezas de fondo y primores de lenguaje á que no estaba el público acostumbrado. Galdós en *La Fontana* y en *El Audaz* tanteó los paladares «privilegiados»; con los *Episodios* tanteó el paladar del pueblo; este paladar acogió sus manjares con regocijo, y Galdós se dedicó á escribir por y para todos. Los menos pudieron no comprenderle ó podían desestimarle por comprenderle mucho: los más le estimarían progresivamente, comprendiéndole desde el primer momento. *La Fontana* y *El Audaz* fueron los cimientos; los *Episodios* el pedestal y la estatua de su gloria, agigantada y universalizada por las novelas escritas luego.

Pérez Galdós es observador en gradación máxima; vió que las aventuras de Araceli gustaban, y preparó las de Monsalud, reflejando las suyas de aquellos años de oscuridad, aislamiento, indecisión é incertidumbre.

Para juzgar los efectos de sus obras en el público, tenía las cuentas de los libreros, barómetro infalible siempre; para juzgar los efectos que las ideas en sus libros expuestas producían allí donde quiso hacerse querer, hacerse indispensable, en las familias, en el hogar, en la mujer, en los hombres pensadores, tuvo *La Guirnalda* y la *Revista de España*.

*La Guirnalda*, periódico favorito de la femenil clase media, tan estudiada por Galdós, tan bien descrita, en la cual hace vivir sus personajes y desarrolla y resuelve sus problemas; la *Revista de España*, publicación única por entonces en que la filosofía y la historia, el arte y la ciencia y la literatura, colaboraban con magistrales estudios, generando la cultura que poco á poco hizo suya la *intelectualidad* de nuestro país, nutriéndola con lo aprendido y depurado fuera, para convertirla gradual y rápidamente de tierra cansada, trabajada por rutina y sin provecho, en fecundísima tierra donde germinaran multiplicándose las novaciones de la investigación, del análisis, de la crítica, determinando producción lozana y abundosa que revolucionara, como revolucionó, y operara la transformación radical á que todos, en poco ó en mucho—y Galdós en lugar preeminente—cooperamos.

Pues en esta *Revista*, á solicitud de León y Castillo, paisano y correligionario de Galdós, nació *Doña Perfecta*, capítulo á capítulo, sin plan, sin finalidad preconcebida, á salga lo que saliere; bien que teniendo la certeza de rematar gallardamente obra de tal modo acometida y desarrollada. Fué *Doña Perfecta* revelación de la *manera* número dos, secundaria entonces, principalísima, única hoy, de novelar este insigne narrador que ha practicado cual ninguno los preceptos de la sintética histórica, enseñando historia por un método nuevo, genial, privativo suyo, encantador y de imborrables huellas en la memoria y el ánimo. Porque los *Episodios* han sido más útiles para conocer lo que fueron é hicieron y valieron y significaron nuestros abuelos, que las historias del conde de Toreno y demás enfáticos descriptores de batallas y revueltas, de besamanos y camarillescas palaciegas intrigas.

Galdós hizo historia deleitando; sobre cañamazo tegido lindamente, bordó figuras humanas, y en el lenguaje puesto en labios de estas figuras, reseña, crítica, comenta, censura y aplaude, según los casos; y según los casos llora, ríe, burla, entusiasmo, contrista ó apesadumbra intensamente. Galdós inició el género cultivado por Mesonero Romanos, su grande amigo, en las *Memorias de un setentón*, y por el marqués de Mendigorria en *Mis memorias íntimas*, complemento aquellas, continuación estas de los *Episodios Nacionales*.

Dueño de la curiosidad de todos, del corazón de los más y del entendimiento de los que presumen pensar más que sienten, como si el pensamiento no fuera propulsado y regulado por sensaciones, Galdós aseguró—en lo práctico de la vida—su posición; los *Episodios* fueron rica y honrada mina de inagotable filón, asegurado para explotación más ventajosa y duradera con la edición segunda, monumental por su riqueza decorativa; y, libre de menudos cuidados, concentró su acometividad en la creación de la novela española, puramente española contemporánea.

Reflejar lo que siente, quiere, recuerda, sueña, piensa y pretende la parte consciente de nuestros compatriotas, sujetos al influjo antagónico de una tradición político-religiosa difícil de anular de golpe y porrazo, y al de la seducción del modernismo en todas sus fases, ha sido la pauta de la inmensa y envidiada labor por Galdós realizada. *Ars, natura, veritas*, es la divisa de sus libros; no ha faltado á ella jamás.

Hemos bosquejado la siueta de este español ilustre. Analizar sus producciones, no es propio de este lugar, ni á nuestra suficiencia es permitido. No es hombre que rectifique sus planes de trabajo por opinión más ó menos discrepante de su visualidad estética, y á dos mil leguas de distancia resultaría chocarrero enmendar al maestro la plana. No; son sus novelas lo que son; deficientes para unos pocos, perfectísimas según la mayoría de sus lectores: estos por unanimidad las aplaudieron al ser dadas á la estampa, y contra veredicto semejante la crítica apasionada enmudece. El mejor crítico es el público, y el público está de parte de Galdós; está donde nosotros estamos.

Galdós trabaja incesantemente. Es de rigor que publique todos los años una novela. Hacíaslas antes en un tomo, cuando respondían á impresionabilidad inmediatamente reproducida en las cuartillas; después las disgregó en dos tomos; ahora las sirve en tres (*Angel Guerra*). No tiene factura determinada, ni obligado género, ni un solo estilo. Dialoga, describe, pinta, refiere; cuentos ó cartas, acción pasiva ó acción activa, siempre alardea novedades y gallardías, que pocos alcanzan á plagiar siquiera.

Dicho está en anteriores líneas que su nota personal es su españolismo, lo cual no impide sean tenidos algunos de sus libros como derivaciones de los de Flaubert, y otros como inspirados en los de los hermanos Goncourt; así como se achacó tiempo atrás á Erkman-Chatrion la paternidad del plan de los *Episodios*. Ahora mismo, Emilia Pardo Bazán, tan devotísima de Galdós, cree ver en *Angel Guerra* influencias de las genialidades del conde Tolstoï.

¿Refutar esto? No; cuanto más valgan aquellos á quienes se diga que Pérez Galdós se parece, más gloria para nuestro Dickens. Dickens, sí, en muchas y por muchas cosas y circunstancias: Dickens español, no servil plagiario del autor inglés como tantos otros que buscan el parecido en la copia directa y literal de aquello con lo cual desean tener semejanza. Para *Clarín*, Galdós, en sus comienzos sobre todo, tiene mucha analogía con Daudet; no lo discutamos, aunque Leopoldo Alas vive de hacer paralelos, y en ello cimenta sus extremados elogios y sus apasionados varapalos.

Galdós no debe su gran popularidad á vergonzosas transacciones con el mal gusto vulgar, sino al vigor de su talento, á la claridad, franqueza y *sentido práctico* y de justicia que revelan sus obras. En muchas de éstas, especialmente en las escritas desde *La Desheredada* inclusive, acá, hay mucho más de lo que puede ver un lector distraído, de pocos alcances en reflexión y en gusto: pero en todas hay además ese gran *realismo del pueblo*, esa feliz concordancia con lo sano y noble del espíritu público, que, lejos de ser una abdicación del artista verdadero, es señal de que pertenece su ingenio á las más altas regiones del arte, de que es de aquellos que la historia consagra, porque sin dejar de ser

grandes solitarios cuando suben á la cumbre misteriosa del Sinaí de la poesía, bajan también como el Moisés de la Biblia, á comunicar con el pueblo, y á revelarles la presencia de los *Eloím* que han sentido en las alturas.

Un crítico de los más sobrios en adjetivar, dice que Galdós es el hombre que al pasar por la calle (su gran campo de observación), súbitamente se para, encantado del aspecto de un tenducho, de una cacharrería, de los juegos de dos chiquillos en el arroyo. El objeto más ínfimo, más vulgar, no sólo le atrae, sino que se reviste á sus ojos de misteriosa poesía. A su conjuro, la zarza, la ortiga, se cubren de flores. La bondad es hermosa prenda de su carácter, y distintivo de sus obras; rebosa en universal simpatía.

Definiendo á Galdós, exprésase así este mismo crítico á que aludimos: «En Galdós hay períodos de un movimiento y elocuencia realmente clásicos. En obras más recientes, Galdós prefiere el lenguaje usual, el *lenguaje hablado*; y esto, que obedece á una fórmula y un programa de sinceridad literaria, será, andando el tiempo, contado por mérito más que por descuido. En los libros de Galdós hay un tesoro, un caudal léxico; giros, palabras, modismos corrientes; formas, ya canallescas, ya amaneradas; la oratoria de la plebe, la jerga parlamentaria ó política, lo pasajero y lo estratificado del idioma. En esto también Galdós es exuberante, y de todo se prenda, y todo lo recoge, y á todo le encuentra su interés peculiar.

En su estilo hay dos cualidades de primer orden; la personalidad, y la vibración íntima, reflejo de su sensibilidad de artista.

Aunque Galdós no es pintor por temperamento, como Pereda, sabe pintar; aunque no es músico, como Zorrilla, sabe *cantar* los párrafos; aunque no es estilista por la belleza del estilo, como Valera, ni coleccionista de vocablos, conoce la ciencia del buen decir, y es gráfico, cuando quiere».

Terminemos; Galdós nació en Las Palmas (Canarias) el 10 de Mayo de 1845. Vive en Madrid desde 1863, siendo madrileño por instinto, por hábito, y por amor y gratitud á Madrid. Modesto en demasía, vive tan apartado del mundo, del oropel de la política, como en su juventud del bullicio en que, por ser desconocido, no podía ni quería intervenir.

Diputado á Cortes con los liberales, ha prestado á su partido excelentes servicios, no siendo los más leves haber corregido en pruebas muchos discursos parlamentarios que han dado patentes de oradores y estadistas. Editor de sus obras, las administra concienzudamente, tan concienzudamente como las escribe. Tiene pocos amigos íntimos; Pereda entre los noveladores, Ferreras entre los periodistas; en verano pasea en Santander ó en Polanco con el autor de *Sotileza*; en invierno, gasta las horas primeras de la noche en la redacción de *El Correo*.

Es creyente á su modo; de una religión todo paz, fraternidad, tolerancia y armonía.

Ha visto traducidas sus obras á once idiomas; ha recibido de sus contemporáneos homenajes inusitados; ha visto realizadas sus ambiciones de hombre, sus proyecciones de artista. Por maestro le acatan los más notables literatos. En Madrid se le quiere, en España se le admira, en Santander le tratan cariñosamente, como si hubiera nacido en la montaña, y más desde que ha trasladado su residencia á dicha ciudad. Á Galdós se le debe leer constantemente; no cansa; no apesadumbra; recrea y emociona dulcemente; impresiona cosquilleando. Leerle, ya lo hacen cuantos gustan de libros españoles; estúdienle cuantos de aficiones literarias se sienten tocados; á imitarle se atreverán pocos; á inspirarse en él deben atravesarse todos, pues tal inspiración perfeccionará y acrecerá sus naturales aptitudes.

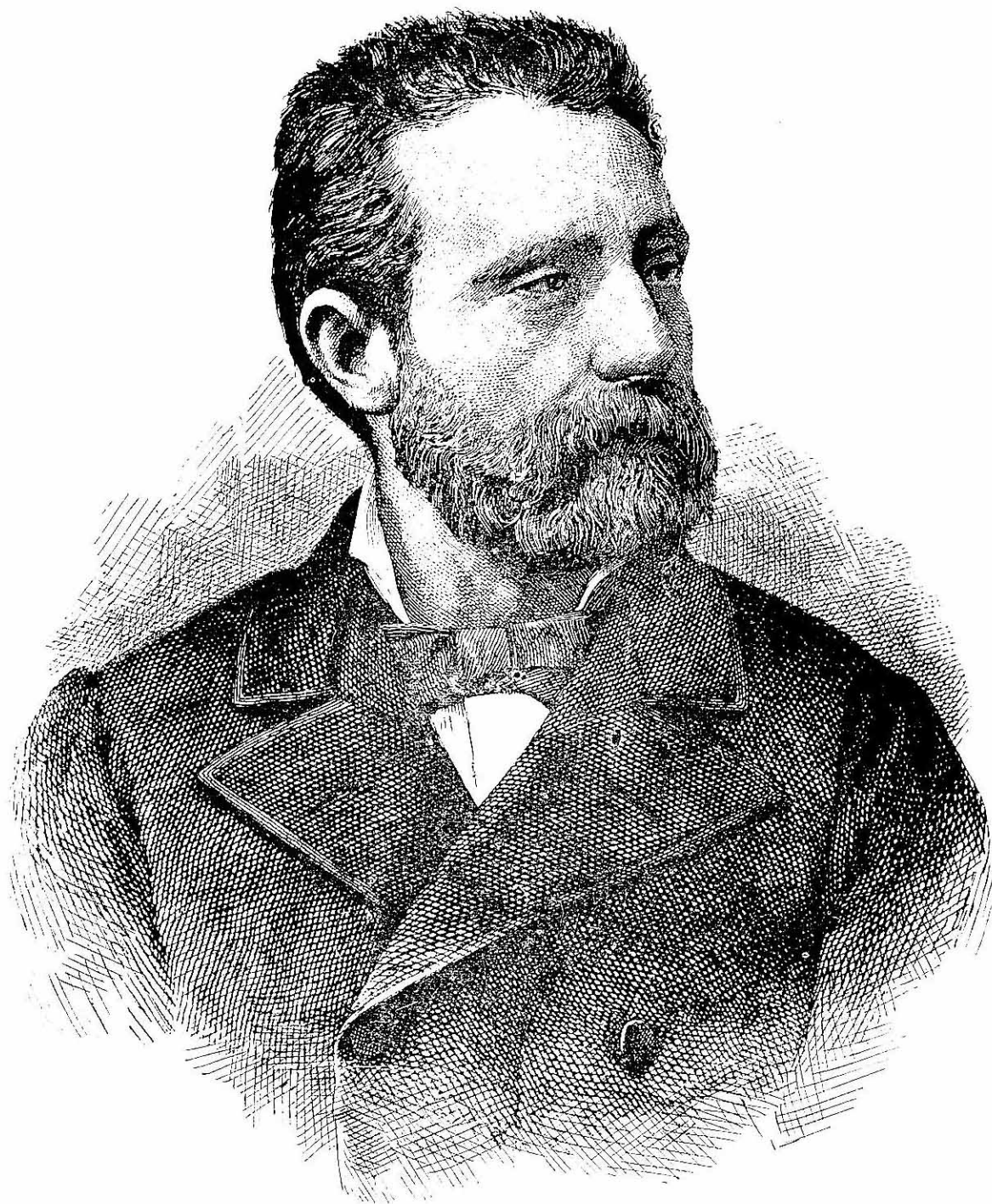
---

He aquí las obras publicadas por Galdós, aparte de los *Episodios Nacionales*.  
*Dona Perfecta, Gloria, Marianela, La familia de León Roch, El Amigo Manso, El doctor Centeno, Tormento, Las de Bringas, Lo Prohibido, Fortunata y Jacinta, Miau, La Incógnita, Realidad, La Desheredada, Angel Guerra.*

*La Fontana de Oro, El Audaz, Torquemada en la hoguera* (artículos y narraciones cortas) *La Sombra* (id., id.)

---

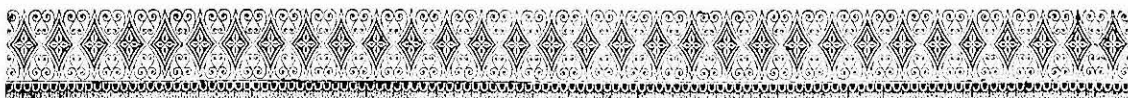




*D. Gaspar Nuñez de Arce*







## NÚÑEZ DE ARCE

---

Nació en Valladolid en 1834, y se crió en Toledo, de cuya ciudad es hijo adoptivo.

Recientemente, aquella primera ciudad ha dado el nombre de *Núñez de Arce* á una de sus calles y ha colocado una lápida conmemorativa en la casa donde nació. Honor y justicia que pocas veces han alcanzado en vida los grandes poetas.

Es uno de los pensadores españoles contemporáneos que más bien representan, sintetizan, ó personifican su época. Hijo del pueblo, humilde y escasa de recursos su familia, todo lo debe Núñez de Arce á su mérito y trabajo personal: lanzado desde muy niño con ánimo impetuoso y valiente á las lides de la política, buscó nombre en el teatro y en la lira, mientras, como arma para sostenerse en el día y conquistar el porvenir, se inscribía como combatiente en las filas del periodismo. Progresista y casi radical primero, ha ido modificando sus opiniones con los años, como les ha sucedido á casi todos nuestros hombres públicos. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE, eminente poeta lírico, poeta dramático, acerado y contundente polemista, ha sido diputado á Cortes, gobernador de provincia, subsecretario de ministerio, y ministro de Ultramar.

Núñez de Arce ha conservado, en el fondo de su espíritu, ese atrevido, ese inquieto y más que inquieto angustioso é impaciente anhelo de libertad y de progreso; ese amor de humanidad y de justicia, óleo sagrado con que nacen ungidas las nuevas generaciones; y ha conservado latentes y vivos en su alma esos santos amores, porque no en vano es poeta y poeta de alto vuelo, de los que con más robustez y viril entonación pulsan la lira castellana.

Opina el erudito Menéndez Pelayo, que por el carácter, por la índole de su poesía, pertenece Núñez de Arce á la vigorosa escuela salmantina, y que es como su ídolo ó maestro el gran Quintana, una de sus más vigorosas expresiones: realmente, hay en esto mucho de verdad; las dotes culminantes de este poeta son el vigor, la entonación, la robustez de forma, y cierta preocupación por lo que modernamente ha dado en llamarse *tendencioso*: pero se separa mucho de dicha escuela por falta de espontaneidad, y de frescura; efecto de esa lucha que se establece en el alma de Núñez de Arce entre los anhelos y convicciones de su espíritu, y las sugerencias, los convencionalismos que le rodean en el mundo que ha conquistado, ó le ha conquistado; convencionalismos y hasta preocupaciones que se cree obligado á defender.

Más completa razón tiene por lo mismo Menéndez Pelayo cuando dice que Núñez de Arce, con ser un gran poeta, no es poeta *entero*; porque, trabadas en discordia á cada paso las pasiones y los anhelos de su alma con los anhelos y las pasiones de las multitudes que le aplauden, no se identifica por entero, no comul-

ga con el alma universal, á la manera que comulgaban y se identificaban por entero con el alma helénica los grandes poetas de la antigua Grecia; de tal suerte, que Homero, Hesiodo, Píndaro y Esquilo, á la vez que *poetas*, han podido llamarse *sacerdotes*.

También pudiéramos objetar aquí al insigne crítico antes citado que este defecto, si lo es, de que adolece Núñez de Arce, es común á casi todos nuestros poetas españoles contemporáneos; y no procede de menor suma de inspiración, de menor valía, de inferioridad, comparadas con los antiguos; procede de poquedad de espíritu.

A nuestro entender, los grandes poetas contemporáneos, Goethe, Gessner, Heine, Schiller, Alfieri, Manzoni, Uhland, Leopardi, Hugo, Musset, Lamartine, Byron, Shelley, Ténnyson, Quintana, Zorrilla, Espronceda, Campoamor, Echegaray, Tamayo, Arce, entre otros infinitos, son tan grandes poetas como los antiguos griegos y romanos lo fueron: sus nombres crecerán como aquellos han crecido, á medida que el tiempo, alejando, borrando los rastros personales, las huellas del hombre, vivifiquen más y más, purificándolas, las estelas de luz que han dejado sus claros entendimientos, como ha sucedido con los hombres del pasado.

Lo que sucede es que los pueblos modernos son más cultos que los antiguos; el progreso de todas las ciencias ha hecho que todos los hombres piensen poco ó mucho: la luz ha ganado en extensión en todos los sentidos entre las multitudes, si bien no ilumine con igual intensidad todos los centros: merced á ella, esas multitudes no piensan ya en un solo molde, ni respetan una sola autoridad: estamos en la época de las luchas apasionadas, de los grandes debates, de los grandes inventos; y las aspiraciones se entrelazan, se dividen, chocan; ya el sacerdote, como el rey, son casi imposibles, porque el ciudadano, ilustrado en presencia de un mundo que progresa sin cesar en todos los rumbos, fuerte por el conocimiento de lo que le rodea, fuerte en su conciencia y su derecho, se siente él mismo rey y sacerdote: he aquí porqué el poeta hoy, por grande que sea, lanzado en la vorágine, no puede ser más que soldado de fila; tiene que embanderarse: los acentos de su lira no pueden responder á todos los acentos: y los poetas españoles casi todos, empezando por Campoamor y Menéndez Pelayo, hasta Arce, se embanderan en el pasado, no en el presente y menos en el porvenir; eso es lo que sucede.

Por eso Núñez de Arce, como todos los buenos pensadores modernos, en el ansia infinita de tocar, de poseer la belleza ideal, vaga inquieto por los espacios diferentes en que los otros la buscaron: así mientras su *Miserere* es digno de la inspiración de Quintana, su *Duda*, su *Lamentación de Byron*, quieren tocar el mismo cielo de Byron; su *Idilio* es un recuerdo de Gessner; su *Visión de fray Martín* otro recuerdo de Dante; su *Vértigo* y su *Román el Lobo* son copias fieles de las románticas imágenes legendarias de ese vate insigne que, al modo de nuestro Zorrilla, ha querido frecuentemente resucitar la edad media; Ténnyson.

Y aquí sí que tiene del todo razón Menéndez y Pelayo: este mismo afán de Arce en encontrar lo que pudiera decirse la *pedra filosofal* del arte moderno, pidiendo inspiración á los que antes fueron sus grandes cultores, quita grandeza á la musa de Arce, por que le roba intensidad y fuerza de pensamiento.

Arce no puede nunca afirmar ni negar; y poeta que no afirma con energía, aunque sea el error, como Leopardi; ó que no niega con energía, aunque niegue la verdad como niega á Dios Shelley, no se salva: el poeta contemporáneo, ya lo hemos dicho, tiene que embanderarse, pero en el presente ó en el porvenir; no en el pasado.

Por no hacerlo así Núñez de Arce, su misma *Duda*, menos simpática que la de Campoamor, esa nota incolora que domina en el autor de *Los gritos del combate*, es solo una duda retórica: Arce en el fondo del alma es creyente: creyente, como político en la libertad; creyente como religioso, en la verdad revelada, en el dogma y en el mito; creyente, como filósofo, en el libre-albedrío: sin embargo, de todo esto protesta á cada paso; sobre todo esto se contradice, y si nada acepta por convicción, de nada reniega por convicción: su musa gime en un perpétuo lamentar de ideales que se escapan entre las cuerdas del laúd; lamento que parece el de un asceta del siglo XX que echa de menos el siglo XVI. Semejante en esto á Zorrilla, como lo es en el excepticismo á Campoamor, también en este caso es menos simpático; porque Zorrilla, al reproducir el pasado, lo llora con una sencillez y una buena fe que encanta, con un entusiasmo verdaderamente poético,

porque es inofensivo y dulce; en Núñez de Arce, el renegar del progreso social, el lamentar lo pasado, no resulta grande ni hermoso, sino por la forma, porque pretende hacer *tendencia*: y como Arce, además de poeta es político, su obra resulta una defensa de errores y preocupaciones que no sientan bien nunca en espíritus que aspiran á remontarse sobre el nivel de las gentes.

Se comprende que Menéndez y Pelayo aplauda con calor *Los gritos del Combate*: Menéndez y Pelayo es ultramontano y conservador también: son, en efecto, hermosas páginas de poesía política, al servicio de las ideas y de las clases conservadoras; anatemas contra los principios y los resultados del movimiento democrático de Setiembre del 68: el poeta se aterra de las convulsiones naturales del momento, de los errores, del caos, al parecer, que aparentaba querer dominarlo todo: pero olvida que el tímido, el dulce, el afeminado Lamartine, ha ensalzado con páginas inmortales los hombres y las cosas de 1793, poetizando hasta los crímenes: es que Lamartine, como verdadero gran poeta, se remonta á lo universal sobre lo pequeño, comprende con lucidez de profeta la trascendencia humana de aquella convulsión, y canta para las generaciones sucesivas: porque el poeta que solo vive de lo pasado y de lo presente, que no tiene la visión del porvenir, no es poeta.

Pese á Menéndez Pelayo, no quedarán de nuestro biografiado en el porvenir *Los gritos del combate*; viriles, enérgicos, como forma; pero impregnados de una muy grande y muy dolorosa poquedad de espíritu: la robustez y la fibra de la poesía política de Arce, que no sabemos porqué llama *tribunicia* Pelayo, es también retórica como su *duda*.

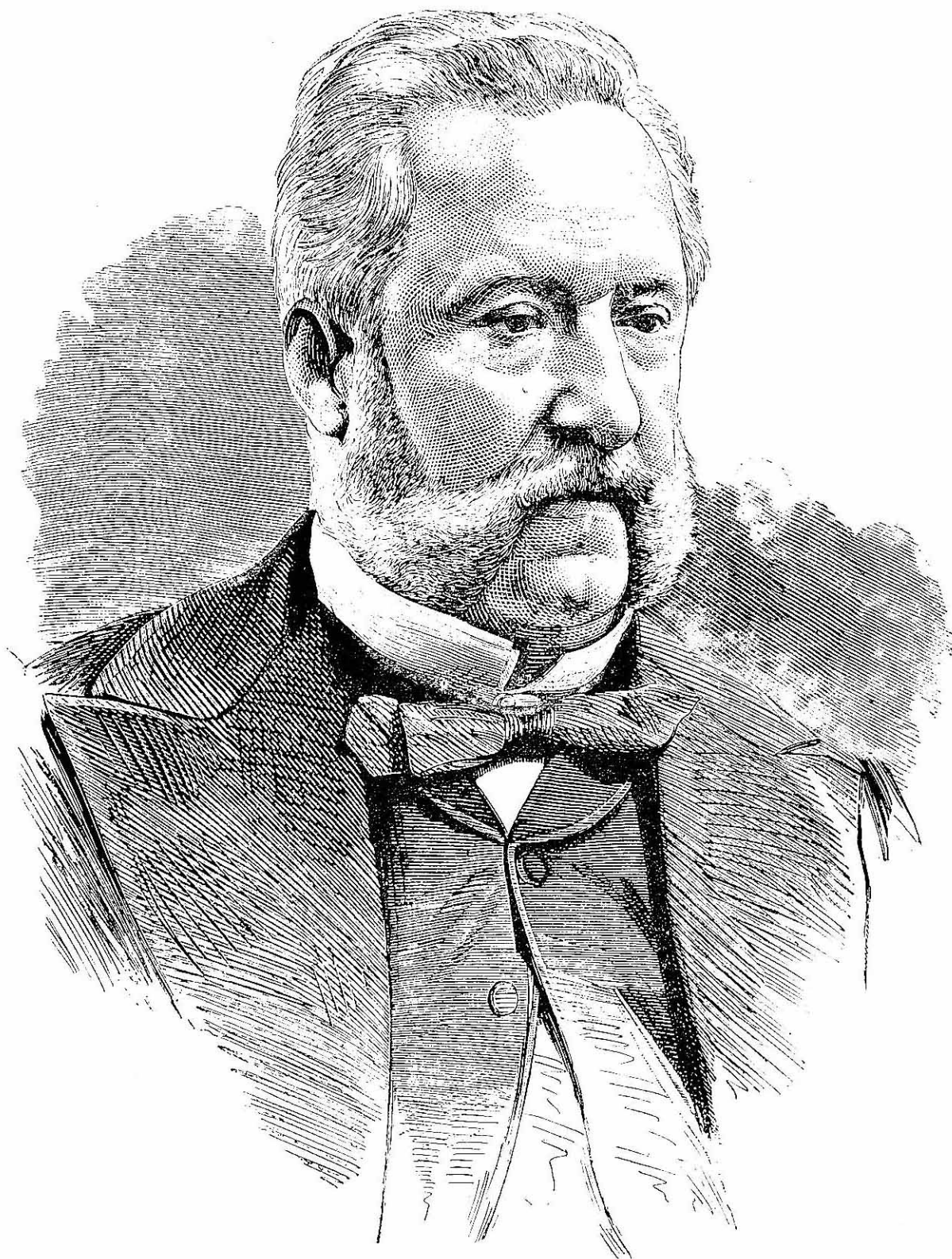
Sin embargo, hay que hacer justicia en este punto al poeta y á su crítico: Núñez de Arce, como poeta tribunicio, si ha sido menos feliz que Quintana, no por aquello que dice Pelayo, porque le faltó un auditorio de héroes, sino por falta de convicciones sanas y enérgicas, si ha sido menos feliz que Quintana, ha sido en cambio más feliz que García Tassara, cuyas vaguedades metafísicas hacen de su poesía algo así como una cátedra de filosofía de la historia, no asequible á todas las inteligencias, y por lo tanto no verdadera poesía.

Pero, si no aceptamos *Los gritos del combate*, en todo su valor *tendencioso*, á pesar de su mucho valer poético, preciso es consignar aquí que el *Raimundo Lulio*, el *Idilio*, el *Vértigo*, la *Elegía á la muerte de Herculano*, la *Última lamentación de Byron*, la *Visión de Fray Martín*, con todos los inconvenientes de *tendencia* que hemos señalado, son, sin embargo, obras magistrales, y en justicia timbres de honor por los cuales ha sido proclamado Núñez de Arce como el primer poeta *lírico* español contemporáneo.

En sus dramas ha seguido la manera de Ayala y de Tamayo: sus *Deudas de la honra*, *Quien debe paga* y *Justicia providencial*, pertenecen á la alta comedia de *realismo urbano* ó *alarconiana*: su *Has de leña*, en que pretende reivindicar á Felipe II, es inferior, pese á la opinión del joven académico, su crítico y biógrafo, inferior, decimos, al *Don Carlos* de Schiller.

En colaboración con D. Antonio Hurtado, ha escrito Núñez de Arce algunos dramas de muy excelente mérito, tales como *El toisón roto* y *Herir en la sombra*.





*D. Ramón de Campoamor*







## CAMPOAMOR

---

Con legítimo orgullo se envanece el histórico principado de Asturias, hoy provincia de Oviedo, de haber sido la región española que mayor suma de hombres grandes y útiles para la patria ha engendrado; el mayor número de glorias nacionales, apesar de la breve extensión de aquel riquísimo suelo; como los primorosamente tallados frasquitos de cristal de Bohemia son destinados á contener las esencias más ricas, cuanto más microscópica es su pequeñez.

Asturianos han sido, en efecto, los primeros reyes, los primeros belicosos caudillos de nuestra reconquista hispano-cristiana: asturianos los más famosos guerreros, los prelados más ilustres, los cronistas más notables, los primeros pensadores que nos dieron grande, libre y autonómica nacionalidad, conjuntamente con los aragoneses de Sobrarbe y los fuertes navarros vasallos de Sancho Abarca; y asturianos y gallegos los que mantuvieron y enseñaron á mantener á sus descendientes, los hijos de León y de Castilla, enhiesto é indomable el pendón de la independencia cristiana y de las viriles libertades ibéricas, consagrada la primera en la conquista de Granada, eclipsadas las segundas cuando los reyes dejaron de ser genuinamente españoles, y con Austrias y Borbones se entronizaron despotismos extranjeros.

Asturianos ilustres han sido los que, como Carreño el pintor, Borja el estatuero, Cándamo el poeta, Navia Osorio el bravo Marqués de Santa Cruz, Villanueva el insigne arquitecto, tanto han contribuído en los tiempos ya modernos á la par de otros muchísimos y famosos sabios, artistas, marinos y guerreros, al engrandecimiento del hispano nombre.

Asturiano el verdaderamente regenerador de la España moderna, el grande, el sabio, el venerable mártir Jovellanos; asturianos los padres de nuestra democracia y nuestra cultura política, el ilustre Campomanes, y el divino Argüelles, alma de las Cortes de Cádiz; asturianos los políticos más serios, primeros propulsores de nuestra vida constitucional, Canga Argüelles, Toreno, Pérez Villamil, Cean Bermúdez, Martínez Marina, á la vez que hábiles políticos todos, todos regeneradores de nuestras artes y literatura, casi muertas desde Carlos II, apesar de los generosos esfuerzos de Carlos III, y de nuestras ciencias muertas del todo desde mucho antes de ese mismo desdichado Carlos II: y muertas, por la absorción, por el dominio del fanatismo religioso: asturianos, militares tan ilustres como Rafael del Riego y San Miguel, economistas de universal renombre como Flórez Estrada, hacendistas y políticos como Mon, el gran revolucionario de la hacienda española, cuyos impuestos se atrevió á unificar, y Posada Herrera; novelistas como Palacio Valdés, oradores como Pedregal, críticos como Leopoldo Alas, autores dramáticos como Vital Aza.

Asturiano, es, en fin, el más innovador, el más original, el más elegante sino el más popular de nuestros poetas actuales: asturiano es el insigne autor de las *Doloras* y de los *Pequeños Poemas*, RAMÓN DE CAMPOAMOR Y CAMPO-OSORIO.

Campoamor nació en 1817 en Navia.

Poco aprovechó en sus estudios durante su infancia y su adolescencia, ya por la viva inquietud de su carácter, ya por la rigidez de su viejo maestro del Puerto de Vega, maestro chapado á la antigua, quien seguramente no soñó en que le cabría la gloria de tener por discípulo al que habría de ser uno de los más grandes poetas del habla castellana.

Sea de ello lo que fuere, Campoamor perdió un tiempo precioso en sus primeros años, porque parece evidenciado que, además de la mala dirección, debió ser lo que se llama *un niño terrible*.

Pero se vengó de sí mismo llegada la juventud: aquí el tiempo perdido se recuperó con creces: su ingenio lozano y vigoroso tomó vuelo rapidísimo, y en la Universidad de Santiago, primero, y en la de Madrid más tarde, hizo con espléndido aprovechamiento vastos y completos estudios de idiomas sabios, idiomas corrientes, filosofía, bellas artes y matemáticas: antes de los veinte años era ya un casi enciclopedista: apasionado por la medicina, quiso seguir esta carrera luego que acabó la filosofía; pero un contratiempo que sufrió en un examen, y él consideró injusto, le hizo abandonarla con despecho: por donde se vé que apesar de los *veinte*, aún seguía siendo en Madrid, el mismo niño terrible que en Navia y Puerto de Vega.

Entonces se dedicó de lleno á la literatura.

Sus primeros ensayos recuerdan por su fluidez y suavidad el género de Meléndez.

Bajo la dirección y por consejo de Espronceda, estudió los clásicos españoles y franceses, y sobre todo los ingleses.

Socio del *Liceo Artístico*, y amado de cuantos le trataban por la suavidad y bondad de su carácter, ya en 1840 aquel ilustrado círculo le costeó una edición de sus poesías juveniles: *Ternezas y flores*.

Dos años después publicó un tomo de *Fábulas*, y la casa de Boix editó sus *Ayes del alma*, poesías líricas del mejor efecto.

La dulzura, facilidad difícil, gracia y sentimiento que campean en estos ensayos, fueron las dotes que le granjearon la reputación de *poeta de las damas*.

Entró en 1840 en la vida política, afiliándose (contra Espartero y los progresistas) en el partido *moderado*.

Cuando las Cortes reformaron la Constitución de 1837, escribió la *Historia crítica de las Cortes reformadoras*, no del todo imparcial, que le valió entrar en la redacción de *El Español*: por entonces empezaron á publicarse sus *Doloras* en *El Herald*.

En 1846, siendo auxiliar del Consejo Real, publicó la *Filosofía de las leyes*.

En 1854 la revolución, aunque adversario, le dió destinos tan importantes como los de jefe político de Castellón, y gobernador de Alicante y de Valencia, y más tarde oficial 1º de Hacienda: cumplió bien, con inteligencia, imparcialidad y dulzura; pero no porque los partidos avanzados hicieran justicia á sus talentos, fué nunca amigo de la revolución.

Conservador fué en su juventud y aristócrata á su modo, y conservador sigue siendo: aunque creen sus biógrafos que no lo es por convicción, sino por vínculos personales y de agradecimiento con las altas clases sociales que siempre le halagaron y aplaudieron: tiene amigos en todos los partidos: no es agresivo ni de combate: es conservador ideólogo, como es excéptico ideólogo.

Aunque fué muchas veces diputado á Cortes, no se le conoce como orador: pronunció notables discursos en 1857; pero durante la Revolución democrática (1868-1874) no quiso figurar en nada; y cuando la restauración y durante todo el reinado de Alfonso XII, aunque volvió á la política y á las Cortes, ha guardado un obstinado silencio. Cuando le interpelan sobre esto, dice con su acostumbrada bondad y modestia de carácter en el seno de la amistad, rindiendo tributo á los grandes oradores de todos los partidos, que donde hablan Castelar, Salmerón, Cánovas, Sagasta, Pidal, Moret, Canalejas, Romero, Martos y Silvela, á él solo le toca hacer versos.

Entró en la Academia Española en 1862, versando su discurso de recepción sobre la *Influencia de la metafísica en el lenguaje*. Notable fué también años después en el seno de la misma docta Corporación su *elogio*, en verso, de D. Luís González Bravo.

La Restauración borbónica premió su consecuencia con la Dirección de Beneficencia y Sanidad, y una plaza en el Consejo de Estado: en una y otra rama de la administración, lo primero que ha hecho ha sido colocar á todos sus amigos literatos, sin distinción de opiniones.

No ha querido nunca condecoración ni título nobiliario alguno: hace algunos años que ha abandonado la política.

Hizo con su *Colón* y su *Drama Universal* (1851), ensayos épicos que, si bien revelan el poder de su genio poético, no son del todo felices, por mucho que sus críticos se empeñen en lo contrario: en cambio sus *Cantares* amorosos, epigramáticos y filosófico-morales, de la misma época, son admirables.

Sus composiciones dramáticas *El Honor*, *Guerra á la guerra*, *El palacio de la verdad*, *Dies iræ*, *Glorias humanas* y *Cuerdos y locos*, tampoco le darán la inmortalidad, porque solo tienen de dramático el nombre; no siendo en realidad, sino tesis filosóficas vestidas con hermoso ropaje lírico, con ese lirismo paradójal sentencioso, trabajosamente extraño, con que se propone siempre hacer originales sus ideas, y que en definitiva solo resulta fácil, fluído, personal, vivo y animado en sus obras puramente líricas. También sus críticos y biógrafos se han empeñado en convencer á la opinión de que Campoamor es gran dramaturgo: pero la opinión sigue con la mirada fija en Tamayo, Ayala y Echegaray.

Campoamor tiene su gloria: sus obras líricas, sus *Pequeños Poemas*, muchas veces reimpresos.

*Nuevos pequeños poemas*, (1887), nuevas *Doloras* y *Cantares*, nuevas ediciones siempre aumentadas de sus *Poesías* y *Fábulas*, y las *Poesías escogidas* publicadas por la *Biblioteca Universal*, han sido ocupación de Campoamor en los últimos años.

Actualmente se ocupa de dar la última mano en la ordenación, revisión y corrección de sus *Obras completas* que publica la gran casa editora barcelonesa de Montaner, y escribe *Humoradas*.

En prosa, además de las ya dichas, ha escrito *Las Polémicas con la Democracia* (de la cual es enemigo formidable), *El Personalismo*, *Lo absoluto* y *El ideismo*, obras filosóficas, pues á todo trance quiere ser también filósofo; *Cánovas* y *la Poética*.

Sus *Fábulas*, porque es género ya pasado, como el épico y como el trágico y su *Drama Universal*, porque es la poesía del porvenir, la filosófica, la científica, la humana, la digna de este siglo y de los dos ó tres primeros que le sucedan, no han sido bien comprendidos ni apreciados por el público actual; valen más, mucho más del favor que han alcanzado. Campoamor es popular por sus *Doloras* y *Pequeños Poemas*: la única poesía que el público actual entiende.

Sus *Doloras*, vago filosofismo extremadamente poético, epicúreo al principio, excéptico luego, creyente al fin, son la trilogía de un profundo concepto ya soñado por Musset y presentado por Espronceda: no llegan en la ironía á Goethe ni en el excepticismo á Byron, pero superan en gracia, travesura, flexibilidad y pompa á los dos.

Las mismas paradojas, antítesis, conceptos y retruécanos, tan tildados á veces con razón por el abuso que de estos recursos hace, abusos que ha tomado de Víctor Hugo, seguramente, contribuyen, no obstante en Campoamor, como en el gran poeta francés, á darle nervio, colorido, tono, personalidad; á sacarle de la masa común de los poetas pasados y presentes, y hacerle jefe de escuela y jefe inimitable; vale decir, de imitación peligrosa.

Conceptuoso, sintetizador, sin ser alambicado ni confuso, siempre amable, nunca hipocondriaco, filósofo seductor por la magia de un estilo y lenguaje caprichosos y juguetones maravillosamente adaptados como forma á un fondo intencional siempre y profundo, Campoamor ha llegado á ser tan original, que hay quien no puede aceptar sea espontáneo y fácil aquel numen, sino hijo de laboriosísimas meditaciones y rebuscadísima metrificación.

Alguien ha dicho que Campoamor había dado con su vigorosa, espontánea y brillante inspiración, un soberano *mentís* al viejo y acreditado axioma *el poeta nace, el orador se hace*: puesto que Campoamor, no habiendo nacido poeta, se había hecho tal á fuerza de estudio pacientísimo.

Nada menos cierto que esto: Campoamor, como otros grandes poetas, ha

cambiado de rumbos, ha abierto á su inspiracion nuevos ideales, tomando de la vida, con la edad, nuevas experiencias; pero Campoamor nació tan poeta como Espronceda, como Zorrilla, como Arolas.

El que á los 17 años hacía ya versos dignos de Meléndez, y á los 23 merecía el honor de que una corporación ilustrada le editase su primera obra, y dos años después obtenía ya un puesto elevado, un rango distinguido en las filas de los pensadores y de los bien inspirados por las musas, mereciendo ya un gallardo epíteto, el de *poeta de las damas*, es decir, conquistando *personalidad*, quien tanto en tan poco tiempo obtiene con sus versos, *ha nacido poeta*.

Háse también confundido su ironía con el excepticismo: Campoamor más veces que *excéptico* es *irónico*; suavemente, áticamente irónico; pero no con aquella ironía agresiva de otros grandes poetas, sino con esa retozona ironía de buena fe que no sabemos si llamar *femenil ó infantil* porque, en efecto, la ironía de Campoamor tiene mucho de mujer y mucho de niño.

Es, en fin, su musa, la musa del candor malicioso.

En los *Pequeños Poemas* brillan especialmente todas estas cualidades con mayor esplendor, en más vasto campo.

En los *Pequeños Poemas*, que no son, á nuestro entender, otra cosa que *Grandes Doloras*, impera más el fondo dramático que el filosófico; y hay toques descriptivos no empleados hasta hoy por poeta alguno; por supuesto, de primer orden, inesperados, sorprendentes siempre: aquí también, en los *poemas* como en las *doloras*, su poesía no se parece á ninguna otra poesía, ni por el asunto, ni por el modo de tratarlo, ni por el desarrollo de los pensamientos, ni por la forma, ni por los recursos, ni por las convenciones artísticas; nada de lo hasta hoy manoseado por las escuelas anteriores, hay en Campoamor.

Tan lejos de Meléndez, aunque al principio le imitó, como de Quintana; á Espronceda como de Zorrilla; de Becquer como de Núñez de Arce; de los viejos clásicos, ya á lo Lope ya á lo Góngora, como de los clásicos nuevos, ya á lo Moratín ya á lo Menéndez Pelayo, Campoamor busca la belleza en todas las escuelas, en todos los tiempos, en todos los países, en todos los sentimientos, y en ninguno levanta su tienda definitivamente, ni fija su bandera de combate. Queda siendo solo Campoamor.

Por eso es el poeta español esencialmente revolucionario.

No en valde por el buen tono elegantísimo siempre de su musa es el poeta de las altas clases: porque la seducción de la esquisita forma con que siempre se nos presenta, ora acierte, ora yerre, es una seducción páfida como el buen tono.

Se ha pretendido también que sigue humildemente á Víctor Hugo: tal vez le sigue algo en la forma conceptuosa: en las anfibologías, las antítesis, los retruécanos; pero esencialmente de quien es más hermana la musa de Campoamor es de la musa de Goethe: bajo el convencional excepticismo irónico de los dos, hay un melancólico misticismo que se infiltra en el alma con blandura, como pidiendo permiso para dominarnos, y dominando en fin.

Sin embargo de esta intensa melancolía, es de tan hermoso colorido cuando describe rápidamente, como debe describirse; tan mórbida y sensual cuando retrata á grandes pinceladas, á toques vagos, como debe retratarse; tan blanda cuando reconviene, tan amorosa cuando halaga, que la musa de Campoamor es lo que él mismo ha dicho que era una de las niñas de sus cuentos deliciosos:

*Una risa en el fondo de una rosa.*

Pagano-cristiano, é idealista-materialista, nuestro poeta, cuando se asusta él mismo, lo que sucede frecuentemente, de sus propias imágenes, de sus frases, de sus tentaciones sensuales y paganas, y quiere ser asceta místico, católico ultramontano, para dar gusto á beatas gazmoñas, y á religiosos de pacotilla, deja de ser poeta. Quiere ganar el cielo de la mitología romana, y pierde el más hermoso cielo de la eterna mitología del arte.

Pero vuelve á ser poeta cuando vuelve á sonreír, á dudar, á pintar algo, á burlarse de algo, lo que suele suceder á la página siguiente de la en que ha entonado un *yo pecador*.



Esto es muy frecuente en todos los poetas españoles, desde Calderón á Núñez de Arce, exceptuando solo el único poeta á la vez grande y bravo que hemos tenido: QUINTANA.

Esto les sucede: que no quieren divorciarse de la tiranía de la opinión mal llamada religiosa dominante, ya por interés, ya por cálculo, por miedo, por indolencia, ó por falta de carácter; sobreponen las pequeñeces de secta, de escuela, de doctrina, á las verdaderas grandezas, que son los anhelos humanos, los ideales eternos, el culto á la madre naturaleza, y el estudio de la verdad infinita: esa verdad que no es privilegio de esta ó de aquella religión, sino algo que coexiste y es como innata en el espíritu del hombre; y sobreponen, en fin, la pequeñez del falso ideal religioso de secta, á la libertad del vuelo que al genio debe distinguir; chispa celeste, soplo de Dios, luz que hiera con infinita variedad de fuerza, de color y de vida las humanas conciencias, y es en la tierra lo único divino, infalible, santo: por eso en Campoamor, como en todo poeta, cuando la poesía se aparta de esto que es lo grande, la humanidad, por asustarse ante lo pequeño, la secta, eclipsase la poesía.

Pero Campoamor, afortunadamente, es de los muy pocos en quienes se imponen su conciencia artística, su inspiración fecunda, su genio, y siempre que quiere serlo, es poeta.

No debe extrañar que poco ó nada hayamos dicho de Campoamor como político y como filósofo.

La razón es obvia; el poeta ha eclipsado al filósofo y al político.

Fáltanos solo decir que es Campoamor uno de los *causeurs* más deliciosos que se conocen, un verdadero hombre de salón.

Que su bondad y cortesía no reconocen superior, y que es su personalidad tan vivamente simpática por la travesura, la alegría y la benevolencia verdaderamente infantiles de su espíritu, que es uno de esos pocos hombres que, aún en medio de su grandeza, puede decir, como dice con orgullo también infantil: «Nunca he tenido enemigos; porque los envidiosos no siempre saben serlo».

---





*D. Francisco Pradilla*





# PRADILLA

---

En la escuela contemporánea, en el renacimiento de la pintura de nuestra patria que empezó con Fortuny, su principal fundador y apóstol, y ha continuado engrandeciéndose con los nombres de Gisbert, Rosales, Palmaroli, Plasencia, Sala, Benlliure, Domingo, Moreno Carbonero, Villegas, Casado, Muñoz Degrain y tantos y tantos otros, ninguno como Pradilla alcanzó más gloria, ni se elevó á mayor altura en menos tiempo.

Puede decirse que el pintor aragonés sentó plaza de capitán general, y que desde el momento en que hizo su aparición en el mundo artístico, nadie ha osado quitarle el cetro que en la pintura española lleva por derecho propio.

¡Y cuántos sufrimientos y cuántos desvelos no le cuesta!

Los primeros años del célebre pintor son poco conocidos; su excesiva modestia, la seriedad de su carácter y el tinte melancólico que constantemente predomina en su rostro, han servido de impenetrable muralla, y han desorientado á los escritores ávidos de comunicar todos esos mínimos detalles de la vida de los grandes hombres, con los que el público se regocija alimentando su curiosidad siempre insaciable.

Nació D. Francisco Pradilla, en Zaragoza en el año 1846.

De familia humildísima, apenas si pudo recibir en sus primeros años las nociones elementales que se aprenden en las escuelas de primeras letras; huérfano quedó, siendo muy niño todavía, y aunque amparado por sus parientes, emprendió un oficio, con el que ganar pudiera el pan nuestro de cada día.

Pradilla se hizo pintor....sentó plaza de soldado raso entre los que manejan pinceles y colores; y comenzó su carrera pintando muestras, dando brochazos á diestro y siniestro sobre puertas y ventanas

¡Quién había de decir que aquella brocha en sus manos, corriendo el tiempo, se convertiría en el delicado pincel que con un solo toque arranca al lienzo un efecto de primer orden, anima una figura y da á cualquier detalle de la pintura apariencias tales que se confunden con la misma realidad!

Pradilla desde sus primeros años observó y estudió mucho: nació con un talento natural extraordinario, y él, con su trabajo constante y una perseverancia sin ejemplo, cultivó con verdadero cariño aquel supremo don que de la naturaleza recibiera.

Unas fiebres intermitentes que pusieron en serio peligro su vida le obligaron á abandonar la ciudad del Ebro, dirigiéndose á Madrid, en donde fué acogido por un tío suyo que á la sazón vivía de la modesta ganancia que el despacho de cigarros al menudeo le producía en su estanco de la calle de Leganitos.

Mal se avenía la sedentaria vida que se hace detrás de un mostrador, con las aspiraciones del célebre maestro; algo desconocido é inexplicable para él, entonces, le impulsaba á acometer grandes empresas: y rompiendo con la monotonía de su vida de hortera, entró de aprendiz en los grandes talleres que los pintores escénografos Ferri y Bussato tenían, y éste último aun conserva en Madrid.



En esta humildísima situación, en la más baja escala del arte, dando de tiza á los lienzos, ó llenando fondos que más tarde se convertían, por la mano maestra del pintor escenógrafo, en esos telones ricos de efectos y de perspectivas, verdaderas maravillas del arte en su género, Pradilla comenzó á hacer sus escapadas á las clases nocturnas de las escuelas de artes y oficios, donde aprendió, mejor dicho, perfeccionó el dibujo de figura y modelado, y más tarde se alistó como alumno en la escuela de Bellas Artes de San Fernando.

¡Cuántas horas robadas al descanso, y cuántos sufrimientos y privaciones representan los primeros años de la carrera del insigne pintor! ¡Qué sin número de desfallecimientos y de luchas por la vida, constantemente, á todas horas, y en las que cada paso que se da hacia adelante, representa la pérdida de un año de vida, aun más, de la juventud y de las ilusiones!

Así se explica, dice uno de sus biógrafos, que quien ha conseguido tantos triunfos como combates ha empeñado, haya transcurrido apenas la edad risueña de la existencia, y se distinga por una especie de melancolía, de desfallecimiento, de disgusto, hacia sus admirables creaciones, impropio de quien debiera contemplar el porvenir á través de una atmósfera de color de cielo. Y es que á pesar de tanta gloria, siente Pradilla dentro de sí mismo algo que le empuja á derroteros distintos, algo desconocido que le deja vislumbrar un arte nuevo, superior, una escuela propia, un género adecuado á sus alientos.

En virtud de estas ideas que crea la independencia del genio, lo mismo que el poeta siente la tiranía de la metrificación, Pradilla no pudo resistir los rutinarios moldes del aprendizaje de la pintura, y se entregó con entera libertad á sus estudios que le llevaban al afán de toda su vida, que puede sintetizarse en esta frase: crear lo increado.

Atendía las primeras necesidades de su vida, pintando con colores que él mismo se fabricaba, por su escasez de recursos; así el que hoy llaman los críticos europeos el Meissonier español, hacía sus primeros ensayos de la pintura al óleo, entregándose antes á la prosaica tarea de moler los colores y mezclarlos con el aceite de linaza y el aguarrás.

Esto debía recordarle los primeros años de su vida, cuando sus dedos se encañecían con el cotidiano manejo de la brocha gorda.

Pronto se dió á conocer Pradilla entre la bohemia del arte, y pudo dedicarse á hacer estudios más serios con el dinero, siempre muy escaso por cierto, que le producía el pintar países de abanicos y algunas acuarelas. En aquella época le conoció Mariano Fortuny en Madrid; y algo grande debió descubrir en la mirada de Pradilla, cuando los dos genios frente á frente se encontraron; pues anticipándose al fallo que después le otorgó la España y el mundo todo, le alentó por el camino de gloria que ante él tenía trazado, y Pradilla, que quizás atravesaba por uno de esos períodos de la vida de nostalgia y desfallecimiento, se sintió reanimado por aquel destello de esperanza, y la profecía de Fortuny se cumplió.

Pradilla ganó por oposición una plaza de pensionado en Roma, y á los tres años enviaba al gobierno de España el laureado lienzo de *Doña Juana la Loca*

¡Cómo no recordar la admiración que el cuadro despertó!

El triunfo de Pradilla fué unánime, y al primer premio otorgado en Madrid en la Exposición de Bellas Artes, siguió la medalla de honor de la Exposición Universal de París, y los grandes premios de Viena, Bruselas, Munich, y otras importantes capitales europeas.

En todos los certámenes donde el célebre lienzo se expuso, una inmensa multitud se apiñaba, al par sobrecogida y admirada, ante la suprema realidad de la escena; escena que es una verdadera *elegía*, un poema del dolor, que el maestro interpretó de manera acabada.

Aquel viento que agita el manto de la desdichada viuda y apaga los amarillentos blandones, parece como que también azotase el rostro del observador.

El paisaje tiene un sello de tristeza que conmueve: y la comitiva, que con caras de dolor, cansancio ó indiferencia, contempla la actitud de la reina, completa el soberbio conjunto, en el cual descuella la trágica figura de doña Juana, que hace sentir lo mismo que sentiría Pradilla al retratar con los colores de su brillante paleta, el pensamiento y la expresión de aquella infeliz monomaniaca.

Desde 1872 hasta la fecha, Francisco Pradilla, de triunfo en triunfo, ha ido escalando el puesto preeminente que hoy ocupa en la pintura contemporánea, y

que ha dado á España legítimamente el título de *potencia de primer orden*, en el mundo artístico europeo.

Cómo no; si aparte de los gloriosos nombres de Fortuny, Rosales, Casado del Alisal, nunca bien llorados, pues murieron cuando España más esperaba de ellos, nos quedan, á más de los nombrados al principio de estos apuntes, los Madrazo, Martínez Cubells, Luna, Melida, Serra, y mil más, figuras todas de reputación europea, y cuyas firmas se cotizan en los mercados artísticos á precios sumamente fabulosos; hijos todos de la moderna escuela española no dominada ya por extrañas influencias, sino mantenedora de las facultades hereditarias de los insignes pintores de las escuelas valenciana y andaluza.

En ningún centro europeo han aparecido obras de tanto aliento, en menos tiempo. Prueba de ello son: *Juana la Loca*, *La Campana de Huesca*, *La proclamación de la República romana*, *La muerte de Lucrecia*, *La visión del Coloseo*, *La bendición de los Campos*, *Los amantes de Teruel*, *Spoliarium*, *El fusilamiento de Torrijos*, *La conversión del duque de Gandía*, y otros muchos que sería prolijo enumerar: y sin hacer mención de los cuadros de Fortuny, Rosales y Gisbert, por limitarnos solo á los que se han exhibido en estos últimos años, alcanzando premios de honor en certámenes de diversos países.

Volviendo á nuestro biografiado, diremos para terminar, que Pradilla, sin dormirse sobre sus laureles, alcanzó otro ruidoso triunfo con el cuadro que de expreso no hemos nombrado todavía, y que pintó por encargo del Senado español; nos referimos á «*La rendición de Granada*», lienzo hermosísimo, que actualmente se encuentra en el salón de conferencias de la Alta Cámara, en Madrid.

Es demasiado conocido el cuadro para que nos detengamos en su descripción. La figura de la reina Isabel, las dificultades vencidas, al hermanar dos tonos blancos, el pelo del caballo y el vestido de la reina, la dalmática soberbia de uno de los pajes, y el paisaje de Granada, son rasgos del pincel de Pradilla que han dejado indeleble recuerdo.

Respecto al paisaje, que no sin razón ha dicho un crítico que es lo mejor del lienzo, es tan bello y tan real, que ganas dan de mandar retirar las comitivas de Boabdil y los reyes católicos para poder abarcar en su conjunto el delicioso panorama de la vega granadina.

Otras muchas obras ha pintado Pradilla, y rara es la galería que hoy no cuenta con una firma del laureado pintor. Como acuarelista goza de justo renombre: sus pinturas decorativas le han valido honra y provecho, y sus paisajes y cuadros de costumbres, entre los cuales se ve la predilección del maestro por los asuntos de las pintorescas provincias de Asturias y Galicia, son la suprema expresión de la verdad; en ellos hay ambiente, luz colorido, la naturaleza misma, en la que todo pintor de corazón debe sorprender los secretos del arte.

Pradilla une á su gran inspiración los profundos estudios que ha hecho; es á la vez historiador, crítico, erudito y arqueólogo. El atento estudio de la naturaleza y el examen que de las pasiones hizo con su escalpelo analítico, prestáronle los antecedentes necesarios para darlas formas histórica y fisiológica.

Pradilla tiene escuela propia; y aunque rinde admiración á los grandes pintores franceses, sus tendencias son ir con entera independencia á ese más allá, á ese noble afán de crear lo increado, que constituye como ya hemos dicho, el ideal de su vida.

Hasta aquí solo vimos al artista; las cualidades del hombre se retratan con una frase suya.

Cuando España toda aplaudía frenética al autor de *Juana la Loca*, y los aplausos repercutían á las orillas del Sena, en el gran certamen del palacio del Trocadero, solo una persona permanecía indiferente; sin marearla el humo del incienso; era Pradilla, que decía con tristeza:

— ¡Ah! Si yo hubiera tenido tiempo y recursos para hacer un cuadro!

Quién sabe si á estas horas ese cuadro está ya hecho.

Pradilla reside actualmente en Roma. Su excesiva modestia, y su carácter peculiar, frío y reservado, le obligan á hacer una vida muy retirada; solo un día en la semana, los sábados, recibe á sus numerosos amigos y á los *amateurs* de todo el mundo, que acuden á la ciudad eterna para conocer á los reyes del arte; y allí, en el suntuoso estudio que habita, solo comparable á los de Alma Tadema y Fortuny, para todos tiene, con su exquisita amabilidad, si son jóvenes artistas,

un paternal consejo de maestro, y si admiradores, una frase de atención y reconocimiento.

Su estudio que constantemente se vé acosado por los amantes del arte, está lleno de apuntes ó bocetos que encantan; pero la galería de los cuadros empezados no la deja ver á nadie, por esa coquetería de artista que no quiere mostrar la desnudez de la idea hasta que no está vestida con el brillante ropaje del colorido.

El *Santa Santorum* del taller lo constituye un colosal caballete que sostiene un lienzo de grandes dimensiones, cubierto siempre para desesperación de los curiosos, con una gran cortina.

Aquel cuadro es *El suspiro del moro*, basado en la leyenda de la Conquista de Granada: la pintura del momento en que Boabdil, con su corte, volvía por última vez los ojos llenos de lágrimas á la ciudad querida, mientras le decía su anciana madre con energía de sarracena:

—Llórala como una mujer, ya que no supiste defenderla como hombre.

El poema que se desarrolla en el cuadro, es digno del genio de Pradilla, y, los escasos afortunados que le han visto, lo consideran como la gran obra del maestro, superior á las anteriores.

Con él tendrá la pintura española una prueba más de la vigorosa complexión de nuestros artistas privilegiados.



*D. Antonio de Trueba*







# TRUEBA

---

Para trazar con rasgos felices la biografía del más popular de los poetas españoles contemporáneos, después de José Zorrilla; para dar á conocer el carácter personal del simpático cantor eúskaro, ninguna pluma nos parece mejor cortada que la suya propia, ninguna palabra más elocuente que su palabra.

El mismo Antonio Trueba, en Enero de 1889, esto es, dos meses antes de morir, escribía de sí mismo lo que sigue, que nuestros suscritores leerán á la vez con respeto y con gusto:

## I

No sé quien ha dicho que son verdaderamente dichosos los pueblos que no tienen historia.

Si esto reza también con las personas, yo debo ser muy dichoso, porque, mirada mi vida por fuera, casi, casi es la del más vulgar é inhistoriable de los mortales.

Mi partida de bautismo dice que nací en la noche-buena de 1819; pero tengo razones particulares que omito, hasta por la futilidad del asunto, para creer que soy un año ó dos menos viejo.

El lugar de mi nacimiento fué Montellano, feligresía del Concejo de Galdames en las Encartaciones de Vizcaya, de donde era mi madre, Marta de la Quintana, y me llevaron de un año al inmediato Concejo de Sopuerta, en cuyo barrio de Santa Gadea, de donde era mi padre, Manuel de Trueba, me crié y anduve á la escuela: siendo mis maestros don José de Sargaminaga y don Tomás de Santacoloma, el primero de los cuales ha prolongado su vida hasta los ochenta y nueve años, felicidad que su discípulo le envidia; aunque Dios sabrá lo que se hace sino se la otorga.

Desde su segunda edición, corre con mis *Cuentos de color de rosa* uno que lleva por epígrafe «Porqué hay un poeta más y un labrador menos». Aquel cuento no es cuento, como la mayor parte de los míos, en que, siéndome más fácil inquirir realidades que inventar fábulas, he acudido á lo primero.

Dícese que de poeta, músico y loco, todos tenemos un poco. Yo no sé hasta que punto es verdad esto; pero no dudo que, por mi bien ó por mi mal, Dios me trajo al mundo con algunas condiciones de poeta.

Cuando se cubrían de hojas las arboledas que cercaban nuestra casería de Santa Gadea, y de flores que daban sombra á la fuente inmediata, y los mirlos y malvises se deshacían en cánticos amorosos en aquellas umbrías, yo sentía que algo extraordinario *me andaba por dentro*, y experimentaba una mezcla singular de alegría que no acertaba á explicarme.

«¡Yo no sé lo que tiene este pobre hijo mío!», decía mi madre, haciéndose cargo de aquel estado, un tanto alarmada.

Y le replicaba mi padre: «Lo que tiene es que es hijo de su madre; y no anda lejos de sucederle algo parecido de lo que á su madre le sucede, cuando oyendo

desde Santa Gadea el toque de las campanas de Montellano, traído por el viento del Norte, mira, hacia allá con ansia, y se enjuga los ojos con el delantal.»

Cuando el día de fiesta iba yo á Montellano, y en el campo de las casas se armaba baile que dirigía mi prima Pepa, gran tañedora de pandereta y cantadora; mi prima me hacía ponerme á su lado, y me apuntaba asuntos de cantares que yo reducía á verso, tan humilde como el de la siguiente seguidilla, encaminada á lamentar que todas bailasen con el novio de la cantadora y tañedora, menos esta:

Pobre panderetera  
que canta y toca,  
para que con lo suyo  
se luzcan otras.

## II.

A la edad de quince años, con motivo de tener la guerra civil trazas de durar algunos más, y andar los carlistas á vueltas con que ya tenía yo la talla, y teniéndola no importaba que no tuviera edad para manejar el fusil, me enviaron á Madrid mis padres; aunque los callos que tenía en las manos, y el miñón ó polvo rojo del mineral de hierro que tenía en la ropa, probaban que les hacía falta para manejar la azada y las layas, y *andar á la venera* con mi mulita, que, en unión de los bueyes, era la locomotora entonces que no se pensaba en que mucho más adelante pudiese yo decir:

Ni arre buey, ni arre mula  
se dice ahora;  
lo que se dice es arre  
locomotora.

Y mucho menos pudiera nadie imaginar que, refiriéndome á los siete Concejos del Valle de Somorrostro, pudiera yo decir sin enorme exageración:

Antes que los muchachos  
lleguen á viejos,  
seréis siete ciudades,  
siete Concejos!

En el comercio de ferretería, primero, en la calle de Toledo, número 81, y luego en la de Esparteros número 11, permanecí cosa de diez años, aprovechando el poco tiempo que me dejaban libre el trabajo y el sueño para echar algún añadido á lo que había aprendido en la escuela y castañares de Sopena.

Por fin dejé el comercio y me dediqué á la literatuta, porque ésta era en mí vicio irresistible, iniciado aún antes de dejar á Vizcaya. Y de este vicio me hubiera dejado arrastrar aún sabiendo lo que ahora sé y entonces ignoraba; ó sea que á principios de 1889 se puede decir en España lo que *Figaro* decía en 1836; ó sea, que la literatura es aquí un modo de vivir con que no se puede vivir. Hacia 1851 publiqué mis primeros libros, que fueron el «Cid Campeador» y el «Libro de los Cantares» que me valieron dos mil reales cada uno, y aún el segundo me costó años después algunos miles de reales, para reivindicar su propiedad literaria, que el editor entendía haberlo vendido por completo, y no, como yo entendía, por una sola edición.

En 1853 entré en la redacción de la *Correspondencia Autógrafa de España*, fundada por el señor don Manuel María de Santa Ana, y que algunos años después se hizo tipográfica, y permanecí allí hasta 1862, publicando en este tiempo varios libros, entre ellos los cuentos populares, los cuentos campesinos, y los cuentos color de rosa.

Ya á principios de 1859 había contraído matrimonio con D.<sup>a</sup> Teresa de Prado, de la que enviudé en 1883, teniendo en 1860 por única sucesión una hija, llamada Ascensión del Señor.

Todos los que conocen nuestro hogar saben que esta querida hija tiene indudablemente derecho á que su padre diga de ella, como había dicho de otra,

Que es una mujer de aquellas  
Que llenan toda la casa  
Por chiquititas que sean.

Ascensión casó en 1886, con D. Julián Irurozqui, procedente de una distinguida familia de Pamplona, y que después de haber terminado las carreras de Leyes y de Filosofía y Letras, asistió á las cátedras de la Sorbona por espacio de un año, para ampliar sus conocimientos de la lengua y literatura francesa. Hoy nuestro Julián pertenece al colegio de abogados de Bilbao, es profesor auxiliar del Instituto Vizcaino, y también asesor letrado de la comandancia de marina del puerto.

Mis nietecillos que son: Inés, de dos años y medio, y Fernando, de cinco meses, ambos criados por su madre, son el encanto de nuestra casa, y particularmente de Obito, como llama Inesilla á su pobre abuelo, para quien la vida tendría aún indecibles encantos si Dios la prolongase con salud algunos años, gracia en que tiene menos fe que los médicos, pues estos, obedeciendo á deberes de su conciencia, se han negado y siguen negándose á autorizarme á recibir los últimos sacramentos.

#### IV.

En ocasión de celebrarse en Vizcaya, en Julio de 1862, juntas generales sobre el árbol de Guernica, me ví sorprendido el día 29 con un telegrama en que se me anunciaba que el Señorío me había nombrado por aclamación su archivero y cronista, á propuesta de varios apoderados que sabían se iba á dar cuenta de una exposición con más de dos mil firmas, encaminada á análogo fin. Otro de mis vicios irresistibles ha sido y sigue siendo el amor á este rinconcillo del mundo donde ví la luz primera, y acepté lleno de júbilo aqueila honra: aunque no faltaron en Madrid personas tan insignes y conocedoras del mundo, como el Sr. D. Juan Eugenio Hartzembusch, que me aconsejaron que debía agradecer la honra y abstenerme de aceptarla.

«Usted, me añadió aquel gran maestro, debe permanecer en Madrid, porque es el centro de la vida literaria, y no en manera alguna sacrificar al nobilísimo sentimiento de amor al rinconcillo nativo un porvenir que ya se inicia glorioso, pues obtiene Vd. de sus trabajos literarios cuanto es posible conseguir de estos trabajos en España, y ya su *Libro de los cantares* y sus *Cuentos de color de rosa* corren por Europa, traducidos en lenguas extranjeras. No dudo de la nobleza y sensatez de Vizcaya, que allí superabundarán las gentes capaces de comprender en todo su valor aquel sentimiento; pero es imposible que entre ellas no haya almas ruines y entendimientos cerrados en quienes suceda todo lo contrario». Tenía razón el sábio ex-ebanista de la calle del Caballero de Gracia, al hablar así al cándido ex-venatero de Triano. Todavía hace muy poco, cuando yo ya estaba herido de la enfermedad que apenas me permite dictar estos renglones, y aún no se había secado la tinta de imprenta de los dos tomos de mi última obra titulada *Leyendas genealógicas de España*, que, cuando menos, es originalísima y comprende ochenta leyendas de los linajes principales españoles, ha habido un mozuelo de veinte años, que carece hasta de nociones gramaticales, y también ha habido un adocenado pedagogo, de cuya delicadeza de sentimientos se puede juzgar sabiendo que ha sufrido corrección carcelaria por haber herido al débil cuerpecillo de uno de sus discípulos, que han aspirado á la triste gloria, el primero con la cara audazmente descubierta, y el segundo con la suya cautelosamente tapada, de señalarme con la bestial señal que dice el insigne Campoamor lleva en la frente todo hombre de bien.

La representación propia y legítima de Vizcaya y aún la de las otras dos provincias hermanas, me han dado desde entonces, siempre que han tenido ocasión de hacerlo, las mayores pruebas de estar satisfechas de mí, y de creerse honradas con mi amor y mis servicios; pero aún así, y aunque si yo supiera algo de latín acaso pudiera decir con San Agustín: *Laudantur ubi suum cruriantur ubi suum*, estas ofensas son monstruosidades excepcionales que en el orden moral

como en el físico ofrece la naturaleza humana, á cuyas excepciones yo mismo no me puedo sustraer en estos momentos en que debiera olvidar y perdonar todo agravio ante la explosión del cariño y simpatía de que soy objeto en esta querida tierra y fuera de ella.

Cuando en 1870 sobrevinieron los preludios de aquella guerra, fuí destituido ignominiosamente de mi cargo de archivero en el concepto de carlista, y no del cargo de cronista, porque el gobernador civil, don Camilo Benito de Lugo, convencido de que mal informado y peor aconsejado había suscrito una injusticia, halló medio de repararla en parte, conservándome el segundo cargo, muy á disgusto de sus informantes y consejeros, de quienes no quiero acordarme.

Olvidábase me decir que cuando vine á Vizcaya á tomar posesión de mi cargo, eran diputados generales D. Antonio López de Calle y D. Juan José de Jáuregui, que aún viven para honra del Señorío, y habiéndoles pedido instrucciones para el cumplimiento de mis deberes, tanto más necesarias cuanto que yo no tenía conocimientos literarios especiales en el ramo de historiografía, me contestaron: Nadie es más competente que Vd. para comprender sus deberes y corresponder á ellos; lo único que nosotros podemos decirle es que el Señorío, sabedor de que uno de sus hijos deseaba vivir en su seno y consagrarse en él al cultivo de las bellas artes, ha querido proporcionarle una pensión decorosa, aunque modesta, para que pueda realizar este propósito.»

## V.

En el período de 1862 á 1873, había yo dado á luz varios libros, y prestado servicios al país, de orden literario de no pequeña importancia, entre ellos el de asistir, en el concepto de cronista de las tres provincias hermanas, al viaje de la reina doña Isabel por las mismas en 1865, y el haber contribuido á recabar en 1857, del Jurado de la Exposición de Paris, donde representaba á España como comisario regio el señor Conde de Moriana, una hermosísima mención honorífica para las Provincias Vascongadas por la bondad de sus instituciones sociales, á lo que contribuyó muchísimo una Memoria que, con el título de *Bosquejo de la organización social de Vizcaya*, redacté de orden de la Diputación general, y con mi firma se remitió al Jurado y mereció la honra de ser objeto de luminosas discusiones en la *Sociedad de economía internacional*, que completó aquel trabajo con una correspondencia que sostuve con el señor Conde, y con el ilustre economista Mr. Loplay.

A principios de Setiembre de 1873 me trasladé con mi familia á Madrid, con el asentimiento de la Diputación General, para buscar allí la subsistencia que obtenía aquí incompletamente, y permanecí en la Corte hasta que terminó la guerra civil, y la Diputación me llamó y me reintegró por completo en mi cargo, que yo no había querido reclamar, por no aumentar los conflictos y dificultades que lo rodeaban en tan triste período, durante el cual viví de acuerdo y en constante correspondencia con las representaciones legítimas de las provincias hermanas.

Al llegar aquí debería yo decir sino rezara con todos el «modestia se le supone», que pudiera haber vuelto hecho un excelentísimo señor, y preferí volver como había ido, hecho un buen vizcaino.

Hasta en sus últimas Juntas generales me prodigó el señorío testimonio de su indulgente estimación, honrándome con la dignidad de Padre de provincia, declarando que estaba satisfecho de mi lealtad y servicios, lo que para mí vale más que todas las cruces y calvarios, y todos los mismos palatinos, posteriores á la proclama de Somorrostro.

Entre los servicios que en «los días tristes» tuve ocasión de prestar á la tierra natal, se cuenta la redacción que me confiaron las tres provincias hermanas de la instancia elevada al rey D. Alfonso XII, pidiéndole que negara su sanción á la ley de 24 de Julio de 1876.

Acaso esta consecuencia y estos servicios y esta lealtad á la tierra natal, es lo que tratan de premiar en mí los entusiastas hijos de la tierra vasco-navarra, queriendo que muera relativamente rico el que siempre vivió pobre, apesar de haber escrito treinta libros, y dejando materia dispersa para muchos más.



Ya que hablo de libros, he de añadir que yo contaba con los míos coleccionados para que sirvieran de pobre dote á mi Ascensión. El opulento editor de Leipzig, Sr. Brokhaus, se encargó de privarme de este consuelo, reimprimiendo la mayor parte de los míos, é inundando con ellos la América latina, que era el principal mercado con que yo contaba, sin que después le haya importado un bledo el que, al acudir á los tribunales de Berlín, querellándose de que los honrados autores alemanes, por propio y espontáneo sentimiento de decoro, le hubiesen afeado aquel proceder para conmigo, aquellos tribunales hayan declarado que, si bien las leyes no les autorizan á imponer mayor castigo al Sr. Brokhaus, por no existir tratado de propiedad literaria entre Alemania y España, cumplan un deber de conciencia declarando que el editor de Leipzig había faltado á deberes de probidad que debía lamentar la honradez alemana.

Y de aquí no paso en mis notas autobiográficas, aunque lo lleven á mal las naciones extranjeras, que deben contentarse con los disparates que de mí han dicho los famosos diccionarios de Bouillet y Vapeceau, por haber sido yo tan memo que no les dirigi una cartita diciéndoles: «Si, como es natural, me incluyen ustedes entre los contemporáneos ilustres, digan ustedes esto y lo otro y lo de más allá».

Hasta aquí Antonio de Trueba: como acaba de verse, poniéndose de frente ante el espejo de su alma, se nos presenta como fotografiado con toda la gallardía y ternura de su espíritu siempre amable, soñador, sencillo y dulce, con toda la *bonhomie* vascongada que constituye el fondo de las virtudes patriarcales siempre inquebrantables y vivas en aquella hermosa región.

Se nos presenta tal como fué en las purezas de sus costumbres, y como no pudo menos de reflejarse en las páginas de sus libros; pero de éstos como de sus más íntimos afectos, habla poco, también en esto, discreto, modestísimo y altivo á la vez, como buen vascongado.

Afortunadamente, si él no nos habla de sus libros ni de sus impresiones más íntimas, podemos llenar este vacío á fin de que tengan más que agradecernos nuestros lectores, y lo llenamos con la palabra cariñosa de un su amigo inseparable, de un hermano del alma, el elegante poeta Eduardo Bustillo, tan querido de nosotros: á raíz de la muerte de *Antón el de los cantares*, decía Bustillo:

«De 1850 á 1852 se agotaron dos numerosas ediciones de su *Libro de los cantares*, pedestal firmísimo de su bien ganada gloria:

El pueblo le agradeció con toda su alma aquel libro precioso de geniales glosas de los derroches de su anónima musa, que acompaña con la guitarra la viva expresión de sus penas y de sus alegrías. El poeta glosador y el poeta glosado se confundían en el fondo del sentimiento como dos pájaros que cantan sus primaverales amores en el mismo robledal que á un tiempo sombreó sus nidos.

El Retiro, la Casa de Campo, la Florida, la Vistillas, Lavapiés; *donde cantan pájaros y ostenta el pueblo sus vicios y virtudes*; allí nos dice que tenía su *medio ambiente* nuestro poeta, y por eso cantaba lo que sentía, y cómo lo sentía el pueblo.

Ese fué el secreto de la popularidad de Beranger en Francia, á quien nos representa un precioso grabado paseando meditabundo por umbrosa alameda, tras uno de cuyos árboles le atisban curiosas, dos risueñas campesinas.

Y *Antón el de los cantares* está olvidado desdeñosamente por la crítica sabia de nuestros días, como mi inolvidable Ventura Aguilera, el cantor de las *Elegrías* y de los *Ecos Nacionales*. Los dos poetas que han penetrado más en la entraña de nuestro pueblo, y, por tanto, los que llegarán más natural y más dulcemente desde ésta á las futuras generaciones.

*El Libro de los cantares* tuvo después, mucho después, un hermano digno en *El Libro de las Montañas*, en que se siente ya la consistencia del hierro de la tierra nativa del poeta.

Pero su infancia literaria, que empezó para él á la edad de treinta años, con un corazón verdaderamente niño, necesitaba agitarse en una atmósfera pura, donde viviesen las letras de su mismo jugo, del jugo del sentimiento.



Y, ya popular por sus *cantares*, *Antón* (Antonio de Trueba) entró providencialmente con su gloria y con su amor naciente, el único de su vida, el de su Teresa, en el hogar pobre y retirado donde se formaba aquel poeta dramático que, en 1853, empezó su carrera de triunfos con *Verdades amargas*.

Luis Eguilaz vivía, escribía y soñaba encerrado en su casa de la calle de Lope de Vega, y allí iba todos los días con sus hermosos sueños de gloria y amor el que pronto había de hacer de Teresa la compañera de su vida, y la musa casta de sus preciosos *Cuentos de color de rosa*.

Luis, mucho más joven que Antonio, llegó, sin embargo, á tener sobre él, por su carácter austero, la influencia de un cariñoso hermano mayor, y además el ascendiente de compañero sujeto á trabajos más rudos, y objeto de triunfos más ruidosos.

Antes que las lágrimas del público sancionasen los éxitos de *La cruz del matrimonio* y de *Los soldados de plomo*, los ojos humedecidos de Trueba habían sido ya una hermosa revelación para Eguilaz, que le leía sus obras, más que como autor, como hermano que habla en íntima y grave confianza.

Había allí también momentos de discusión y hasta de lucha, de lucha de ideas entre buenos hermanos, que acababa algunas veces con una nota cómica del autor dramático, quien, desesperado ya de convencer á Antonio, concluía diciéndole: «Mira, calla, coge un libro y lee; que esta noche *vienes vizcaíno*.»

Y el vizcaíno, constante y firme en sus amores como en sus ideas, en un arranque viril de compasiva ternura puso aquel al amparo de Eguilaz, y precipitó su deseada boda con Teresa, teniendo por padrino á Castro y Serrano, que también lo fué del único fruto de bendición, y así pudo después hablar como compadre con Antonio en sus primorosas *Cartas trascendentales*.

Más tarde, cuando con su Teresa y su Ascensión vivía ya patriarcalmente en su tierra, llamado á ella amorosamente con los honrosos títulos de Cronista y Archivero del Señorío, la desastrosa guerra civil, que devastaba los campos y cubría de luto las ciudades de Vizcaya, trajo accidental y tristemente á Madrid á *Antón el de los Cantares*.

Y antes que acabasen los horrores de la lucha entre hermanos, ví á Antonio cerca de mí, cubierto el corazón de luto, inclinándose, como un sauce trasplantado de un balle sombrío, sobre el lecho mortuario del poeta de las *Verdades amargas* y de las *Dulces mentiras*.

Y, acabada la guerra, tuve yo ocasión de visitar y acompañar en su casa de Bilbao al autor de los inmortales *Cantares* y *Cuentos*, que constituyen glorias legítimas de nuestra literatura.

Y, pasando una tarde por el estrecho y solitario valle de *Iturrigorri* (Fuente bermeja) contemplamos el cauce de aquel arroyo que baja despeñado: y en los rojos sedimentos del hierro parecía que veíamos, con el corazón oprimido, aquella sangre derramada en las luchas entre hijos de una misma madre.

En aquellos paseos por los campos vascos pude convencerme de la entrañable popularidad que en aquella tierra gozaba el poeta, acariciado á todas horas con veneración por los labradores como por la gente de la ciudad.

En ésta, sentado en su sitial de Archivero del Señorío, he visto yo á Trueba interrumpir cien veces su trabajo, ó su atractiva conversación literaria, para recibir á humildes labradores que se deleitaban *en echar con él un párrafo*.

Párrafos eran los suyos siempre graciosos, siempre pintorescos, en cuyo fondo se reflejaba sencillamente, pero con energía, acendrado amor en la tierra, tan inagotable en su corazón como el hierro de las entrañas de aquellos montes.

Ese amor, traducido ha quedado en sus libros, en sus últimas tareas de cronista vasco, en sus trabajos de consejero áulico y de redactor jefe de *El Noticiero Bilbaino*.

Sus *Cuentos*, en que á las tradiciones populares, ha llevado la fuerza de su inventiva, y la gracia inimitable y fresca de su ingenio, y su mismo corazón de poeta, son superiores por todo eso á los populares cuentos alemanes de los hermanos Grimm, y en Alemania como en otros países, se traducen y se leen con encanto.

Estos libros de cuentos, como *El Libro de los cantares*, (publicados al fin en forma popular por el editor Guijarro,) como las preciosas novelas dadas á luz por la empresa de la Ilustración Española, han mantenido constante y vivamente las rela-

---

ciones espirituales de los vasco-navarros de Sud América con su hermano predilecto el poeta.

Las horas de consuelo que le daban á Trueba en las tristezas nostálgicas de su expatriación voluntaria; la admiración y el orgullo que sienten por las glorias de *Antón el de los Cantares*, les hizo dar á éste un testimonio de amor de coterráneos, con una suscripción que ha de levantar una casa, de que ya no podrá ser alegría el padre de la buena Ascensión, el cariñoso abuelo de Inesilla y Fernando, aquel poeta que cantó con el pueblo desde aquella otra casita blanca de mi alegre San Antonio de la Florida.

Pero la casa que ha de levantar el cariño y la admiración regional será templo consagrado á la memoria de mi inolvidable hermano, alimentado con fuego purísimo de vestal por el amor de la noble familia del poeta».

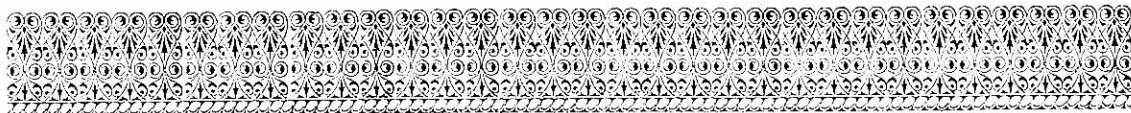




*D. José M. de Pereda*







## PEREDA

Entre los escritores contemporáneos de nuestra patria, es DON JOSÉ M. DE PEREDA el que comparte con el ilustre Pérez Galdós el cetro de la novela y por lo tanto uno de aquellos á quienes mayor gloria debe el movimiento intelectual de España en el último tercio de este siglo.

Por otra parte, como Galdós, es un novelista enteramente español, sin mezclas, ni entreveros, y el padre del verdadero *realismo*, moderno, pues ya publicaba sus *Escenas montaÑesas* en las columnas de la *Abeja* de Santander por el año 1864, cuando aún no habían dado sus primeras plumadas los Zola, Flaubert y otros célebres *naturalistas*, á quienes algunos, partiendo muy de ligero, han creído que Pereda imitaba.

Amante de sus montañas, como pocos, ni en los primeros años de su vida literaria lograron atraerle las seducciones de la corte; ha demostrado á su manera que el centralismo es un mito, pudiendo traducirse el modo de ser de una provincia bajo la forma artística, haciendo la novela rural como en competencia de la novela urbana que hace Benito Pérez Galdós.

Por él la raza septentrional que no había encontrado el poeta que cantase su naturaleza plétórica de vida, sus sencillas costumbres, lo reconoció al llegar á su oído el eco de *La Leva* y de *El fin de una raza* y recreó su espíritu con los cuadros de el escritor *costumbrista*; lienzos todos ellos de marina y paisajes de la costa del Cantábrico, como *La Robla* y *La romería del Carmen*, llenos de poesía, saturados con el perfume agreste de las montañas, sin más problemas, ni más tesis, que lo que Dios puso en el mundo para recreo de los mortales: *agua y aire, hierba y luz, fuerza y vida*.

«Porque Pereda—dice su insigne paisano Marcelino Menéndez Pelayo—es el más montañés de todos de los montañeses, identificado con la tierra natal de la cual no se aparta un punto, y de cuyo contacto recibe fuerza como el Anteo de la fábula; apacentando sin cesar sus ojos con el espectáculo de esta naturaleza, dulcemente melancólica, y descubriendo sagazmente cuanto queda de poético en nuestras costumbres rústicas, ha traído á sus libros la montaña entera, no ya con su aspecto anterior sino con algo más profundo é íntimo que no se ve y sin embargo penetra el alma; con eso que el autor y sus paisanos llamamos *el sabor de la tierruca*, encanto misterioso productor de eterna *saudade* en los numerosos hijos de este pueblo cosmopolita, separados de su patria por largo camino de montes y de mares».

Ese apego á la *tierruca* que tan magistralmente describe Menéndez Pelayo, hizo que Pereda sólo pasase cortas temporadas alejado de su provincia natal, y empezase á hacer sus primeras armas en los periódicos santanderinos, cuando aún su nombre no sonaba por el mundo y apenas frisaba su edad en los diez y nueve años.

Algunos escritores dicen que José M. de Pereda nació en 1833, pasando su niñez en una situación desahogada, pues la posición de sus padres le permitía entregarse á sus estudios favoritos, sin crear para él esa lucha por la vida que agosta en algunos casos muchas inteligencias en flor.

No tiene, por lo tanto, el ilustre montañés, grandes vicisitudes en su vida; su vida son sus obras, y á ellas solamente debemos concretarnos, dedicando estos deshilvanados apuntes á enaltecer en suelo extranjero á uno de los primeros novelistas de nuestra patria.

Ya hemos dicho que Pereda empezó á darse á conocer escribiendo artículos de costumbres, en los que, como en los *Recuerdos del Madrid Viejo* de Zorrilla y las *Memorias de un setentón* de Mesonero Romanos, el lector asiste á las transformaciones por que fué pasando Santander, antes sin muelles, sin paseos y sin teatros, surgiendo de la pluma de Pereda, aquellos saladísimos tipos, como Cafetera, Antón Perules, el famoso tío Prementorio, el linajudo don Robustiano Tres solares, y tantos y tantos otros, cuyos seres llega á dudarse si han existido, ó nacieron por obra y gracia de la imaginación del novelista.

Aquellos cuadros de Pereda, olvidados por ser los primeros y desconocidos para muchos, son admirables, y en ellos puede apreciarse la primitiva manera de ser del novelista respecto á su ideación y alcance planteados, como dice la Pardo Bazán, en aquel mundo rural ó de capital de provincia, con sus bastidores de mar, montaña ó valle, de exclusiva pertenencia de Pereda, como son de Murillo sus cielos inflamados de gloria, y de Claudio de Lorena sus oleajes teñidos en la púrpura del ocaso.

Después de la aparición de las dos series de las *Escenas montañesas*, el escritor santanderino enmudeció por algunos años. Se encontraba en ese momento psicológico del genio, lleno de incertidumbres, sin un rumbo fijo y determinado.

En esa época hizo algunos ensayos dramáticos en prosa y verso, publicado más tarde en un libro cuya edición es hoy rarísima.

A Pereda entonces, dice la Pardo Bazán, tentábale y le cebaba con irritante atractivo la gran esfinge de la literatura contemporánea, la Novela, y quería acometer empeños mayores de los ya victoriosamente logrados.

En efecto, coincidiendo con el único devaneo político que Pereda tuvo en su vida, escribió las tres narraciones publicadas más tarde en un volumen titulado *Boce los al temple*.

En él figuraron *Los hombres de pro*, ingeniosa historieta y preludeo, puede decirse, de su famoso *Gonzalo González de la Gonzalera*, y las narraciones *Oros son triunfos* y *El buey suelto*; que no tienen más falta sino adolecer de ciertas ideas anticuadas, que en parte desaparecieron después en sus novelas, aunque en materia social y política las ideas de Pereda, como las de Marcelino Menéndez Pelayo, siempre han sido ultramontanas. Aberraciones del genio, y único lunar que aquellas dos grandes figuras de nuestra patria tienen, para los que profesamos ideas democráticas. ¿Que más si á nuestro biografiado le tiene desconsolado la metamorfosis que se ha operado en su ciudad natal, y recuerda con tristeza y cariño, la época de su niñez, con las calles alumbradas por luces de aceite, y las olas, batiéndose contra las rocas por falta de puerto y de diques?

Mas no es este lugar ni ocasión para discutir las ideas y tendencias políticas de nuestro biografiado. Pereda fué toda su vida consecuente con su credo político, aunque nunca tomó una participación directa en la política española. Tan solo en las Cortes constituyentes se presentó como diputado por Santander, y los muchos disgustos que entonces recibiera, unidos á algún desengaño de los que la política suele proporcionar á los que se dejan seducir por sus veleidosos atractivos, le hizo jurar que no volvería á Madrid, como lo ha cumplido en parte, pues solo en el último viaje que hizo por provincias visitó la Corte, con el único objeto de ver á su hijo que reside en ella.

Debemos felicitarnos por aquel fracaso, pues sin él, quién sabe si, siguiendo el ejemplo de los insignes vates Núñez de Arce y Campoamor, no hubiera abandonado la pluma por la política, ó por lo menos le hubiera robado el precioso tiempo que empleó en escribir *Pedro Sánchez*, soberbia novela con la cual empieza, digámoslo así, el segundo período de la vida literaria de don José María de Pereda.

Desde 1878, el insigne novelista ha venido publicando hasta nuestros días, sus más importantes obras, verdaderos modelos del habla castellana, llenas de vida, fragmentos arrancados á la vida real y que llevan por nombre *La Montalvez*, *Sotileza*, *La Puchera*, *Nubes de Estío*, que con *El sabor de la tierruca*, *Los hombres de pro*, *De tal palo tal astilla*, *El buey suelto*, *Gonzalo González de la Gonzalera*

y tantas otras, amén de sus hermosos cuadros de costumbres y de sus *Escenas montañosas*, constituyen uno de los más ricos tesoros de la novela española contemporánea, insuperable en originalidad típica y sabor local.

Pereda, sin salir de «su huerto hermoso bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y saludables auras campestres», encontró la novela política en *Los hombres de pro y don Gonzalo González de la Gonzalera*; la novela religiosa en *De tal palo tal astilla*; el poema idílico en *El sabor de la tierruca*; la novela social en *Blasones y Talegas*, y la más conmovedora de las tragedias en *La Leva*.

Pereda en sus novelas se diferencia bastante de Pérez Galdós. A este último, le costaría mucho trabajo redondear un pensamiento en un espacio reducido; necesita ancho campo y páginas y más páginas para sus maravillosos estudios: al escritor montaños, en cambio, le basta un pequeño rincón, que constituye el cuadro de sus novelas, en cuyo limitado lienzo aparece siempre renovado el panorama de la naturaleza, que, todos los años se modifica en forma y va dando vida á todas las escenas y personajes del mundo que creó su fantasía; por eso, como dice Menéndez Pelayo, Pereda, sin transcendentalismos ni fisologías, será siempre el pintor sublime de las brumosas nieblas de las provincias cántabras; de la tormenta que se rompe en las hoces; del alborozo de los prados después de las lluvias; de la triste partida del mozo que vá á las Indias; de la entrada triunfal y ostentosa del jándalo.

Copiemos, para terminar, este sabroso párrafo, de un juicio crítico del autor de los *Heterodoxos Españoles*, referente á las obras de de D. José María de Pereda.

«Hay en sus cuadros idealidad y pureza; todo lo que en sí tienen las costumbres rústicas.

No andan en sus cuadros Melíbeos y Tirsis, sino montañoses ladinos y litigantes á *nativitate*, entreverados de mal y de bien, atentos á su interés y á las contingencias del papel sellado. Nada de patriarcas de aldea, ni de pastoras resabidas y sentimentales. Cada uno habla como quien es; y el zafio como zafio se expresa; el Sr. Pereda, por lo mismo que siente mucho y bien, es enemigo jurado de la sensiblería; pero cuando llega á situaciones patéticas, encuentra para el dolor y la alegría la expresión natural y no rebuscada, y conmueve más que otros novelistas serios y estirados, por lo mismo que no se esperan tales ternuras de un autor de continuo alegre y jacarandoso.

Hoy la edad del insigne novelista es muy avanzada: pero aún se mantiene fuerte como los robledales de sus montañas, y aún España espera de uno de sus hijos predilectos, algún otro triunfo que añadir á su carrera de gloria.

Pasa su vida en el famoso florido nido de Polanco, ó en su casa de Santander, situada en el muelle, cerca de la capitania de marina, y allí van á pedirle hospitalidad todos los veranos Marcelino Menéndez Pelayo, y Benito Pérez Galdós, allí en en el mismo teatro donde tuvieron lugar las hazañas de Cafetera el vaquero, el ganadero Antón Perules, y tantos otros saladísimos personajes que Pereda inmortalizó en sus obras.

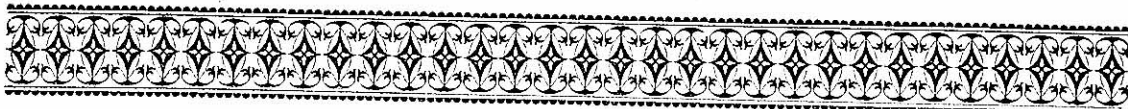




D. Marcelino Menéndez y Pelayo







## MENÉNDEZ Y PELAYO

Los estudios serios, el culto á la idea por la idea misma, la religión de lo abstracto, el afán de agrandar los usuales términos á que limitan su ambición de saber los más devotos de la ciencia, tienen pocos entusiastas en los años presentes.

Expedito y llano el camino de las grandezas positivas para quienes van en su busca con la osadía por mentora, la desaprensión por compañera y toda suerte de audacias por bagaje, fuera exigencia insólita que provocaría burlas sin cuento pedir á los que por tal camino marchan—contentos de la suerte y de sí mismos—un cambio radical de rumbo, de aspiraciones, de anhelos, no poniendo ante sus ojos por premio final de la jornada otra compensación que la gloria. ¡La gloria pura, la gloria escueta; aplausos, plácemes, elogios, admiración; gratitud inmediata de pocos, futuros homenajes, renombre y memoria perdurables....!

Esta compensación no puede luchar con las obtenidas sin más trabajo que sentar plaza en las huestes políticas empeñadas en lucha encarnizada é incesante, disputándose el dominio de las masas, el manejo de la fortuna de todos, los medios de satisfacer apetitos propios y ajenos, sean los que sean. Anualmente, y en creciente progresión, los centros educativos de los pueblos latinos lanzan á los azares de la vida pública millares de inteligencias clarísimas, ligeramente aficionadas á la bondad que en lo pasado existe, preocupadas únicamente de avanzar, de lograr notoriedad iniciando, creando, produciendo; como si fuese posible producir algo nuevo; como si el hombre pudiera crear; como si las iniciativas no fueran directa resultancia de repetidos hechos, y no requiriesen un conocimiento exacto de estos hechos para que la resultancia sea perfecta y provechosa.

Lanzarse al porvenir conociendo por modo incompleto el presente, exenta la juventud de las amarguras del vivir; y desconociendo lo pasado en cuanto de grande y magnífico encierra, equivale á desafiar las tempestades oceánicas sin brújula y sin timón, sin máquinas ó sin velas. Caen otros en la opuesta exageración; apartan la vista del medio en que nacieron, y poniéndola con nostálgico fervor en la antigüedad, estiman superiores é inimitables las bellezas del clasicismo: al clasicismo hacen converger las energías de su entendimiento, y fuera del clasicismo no admiten sino consecuencias, efectos, manifestaciones reflejas, sin color ni líneas ni tonos propios del amor de sus amores retrospectivos.

Huir estos censurables extremos, aunar el ayer grandioso con el hoy progresivo, descubrir en lo que fué maravillas ignoradas y á las veces remitidas á la acción de venideros días; resistir la corriente impetuosa de las ambiciones juveniles, prefiriendo al llano y expedito camino de que hablamos antes la vía estrecha y fatigosa de la investigación, el estudio, la meditación y el análisis, ha sido la empresa librada victoriosamente por el docto español Don MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Docto hemos dicho, y á pocos, en justicia, cuadra la calificación—refrendada por los más doctos de todos los países—como al joven catedrático de la Universidad de Madrid. Sus poderosas facultades se han mostrado vigorosísimas en va-

riados aspectos, mostrándole humanista consumado, historiador concienzudo, crítico sabio, bibliógrafo eminente.

Al leer esto, muchos lectores mirarán el retrato y sonreirán creyendo incompatibles los adjetivos usados con los pocos años del que los inspira y los merece. Menéndez y Pelayo ha vivido mucho en poco tiempo; el caudal de sus obras es matemático equivalente del fuego de su adolescencia, de la virilidad de su cerebro. Sintió bríos para romper el molde y el nivel de los sabios entre quienes aprendió á serlo, y rompió, agrandando el molde, alzando el nivel; vió abandonados los campos fecundos de la historia, y por ellos entró cultivándolos cariñoso, premiando sus desvelos y fatigas los ricos frutos por él cosechados abundantemente para enseñanza de muchos y deleite de todos.

Ya en sus albores literarios acusó brillantemente ser helenista de buena cepa, no ahondando á la manera que Valera ahonda los autores del pueblo inmortal; sino concretándose á beber en ellos inspiración y belleza, para después verterlas á raudales en sus poesías, menos populares de lo que debieran ser, y más criticadas cuanto menos entendidas por esa crítica que se paga del machaqueo de consonancias y asonancias, y de otras exterioridades sin las cuales no concede valor al pensamiento rimado.

Y pese á este género de crítica decadente y sin autoridad, por fortuna de las letras, Menéndez y Pelayo es poeta y poeta magistral; por ser poeta y por ser ultramontano, le recibió la Academia Española, como heredero digno de otra gloria patria, Hartzembusch, aunque no fueron los gustos del autor de *Los Amantes de Teruel* los mismos de Menéndez y Pelayo.

En su propensión de investigador y en su amor á conocer lo bello en sus orígenes, Menéndez y Pelayo buscó en Grecia lo que antes de él, y salvo contadas excepciones, habían tomado todos los llamados helenistas de las versiones latinas; pues sabido es que al latín debemos el conocimiento del clasicismo griego, y que el clasicismo español no fué más allá del latinismo. Sedito insaciable, y á fuer de sediento, infatigable escrutador de los sitios donde brotan las aguas más puras y cristalinas, desdeñó la erudición de tercera mano en que se *abrevan* tantas lumbreras endiosadas, yendo en pos de la apetecida y existente en el eterno manantial estético. Asimismo, convencido de que la historia es algo superior al cronológico sumario de sucesos, y al catálogo de semblanzas y perfiles personales, única tarea de muchos historiadores faltos de libertad para emitir opinión imparcial y juzgar desapasionadamente las cosas que vieron y los hombres que trataron, legándonos temas que desarrollar, claros que llenar, oscuridades que desvanecer y vaguedades que aclarar, si queremos darnos cuenta y razón del *porqué* de tales vaguedades y misterios; convencidos también de esto, decimos, el Sr. Menéndez y Pelayo escudriñó archivos, revolvió legajos, aunó cabos sueltos, desempolvó infolios, enlazó el lenguaje escrito de los fragmentos hallados en desvanes y rincones de las bibliotecas con el lenguaje elocuentísimo de la epigrafía, pródigamente dispersa en fachadas y muros, en castillos y conventos, en estatuas y sepulcros; llegando á reconstituir períodos enteros y á resolver satisfactoriamente sus dudas, sus ansiedades, los problemas engendrados por las omisiones ó injusticias de los narradores conocidos.

Así nació la *Historia de los heterodoxos españoles*, verdadero monumento de ciencia y crítica histórica. Así nacieron las enseñanzas notabilísimas de lo que fueron en España las ideas estéticas; así han nacido las varias monografías, memorias y demás trabajos sueltos con que enriquece el señor Menéndez y Pelayo la bibliografía nacional.

Católico convencido, católico hasta la médula de los huesos, Menéndez y Pelayo ha penetrado en el paganismo sin perder un átomo de su fe cristiana, y ha buceado los senos de la heregía sin detrimento de sus arraigadas creencias.

Recuerda en sus traducciones horacianas la placidez, la serenidad, la ternura de Fray Luís de León, pudiendo tenersele por su igual en nuestra centuria. No alardea de su credulidad religiosa queriendo imponerla; la muestra sin arrogancia, y jamás la disimula. Gústantle sobremana los líricos místicos del siglo de oro, y pudiera aventajarlos si en hacerlo pusiera empeño. Pensador de alto vuelo, emite conceptos propios, y glosa los percibidos embelleciéndolos con las galas de su ingenio.

Es, en suma, el prototipo del sabio moderno que de los demás toma lo pro-

vechoso, y continuamente sirve á la ciencia en la quietud de un vivir sosegado, en el cual nada influyen las agitaciones del mundo, las asechanzas envidiosas, las desmedidas alabanzas.

A no haberse abusado tanto del símil, en ningún humano tendría la abeja el parecido perfecto que la encontramos con Menéndez y Pelayo. De las flores galanas de la antigüedad ha libado y sigue libando la miel sabrosa que sus libros contienen.

D. Marcelino Menéndez Pelayo es santanderino; paisano de Pereda, el maestro de los novelistas españoles contemporáneos, y de Amós Escalante, que renueva en rica prosa el esplendor del áureo siglo.

Santander y Barcelona labraron la base de su educación; en la capital de Cataluña, con las lecciones de Rubió y Ors (el ilustre *Gayter del Llobregat*) y de Milá y Fontanals, tomaron cuerpo sus aficiones clásicas, robustecidas con la lectura del inspirado Cabanyes; al cual se parece mucho Menéndez Pelayo en la elevación del concepto, en la palabra diáfana y escultural, en lo severo y gallardo del verso, robusto y sonoro, suelto para mejor lucir la magia de su armonía inimitada.

Causó asombro en los círculos literarios y científicos españoles la noticia de que un joven recién doctorado había ganado en pública y reñida oposición una cátedra en la Universidad de Madrid. Quien á los 21 años conquistaba posición semejante, había de ser y valer mucho. La pregunta apareció en todos los labios; Menéndez Pelayo la satisfizo cumplidamente. Los estudiantes propagaron pronto la sabiduría del maestro imberbe, los *Heterodoxos* confirmaron lo averiguado por los estudiantes y sabido por los contados amigos y protectores del profesor, y á los dos años de entrar en la Universidad por la puerta grande, entraba solemnemente en la Academia Española; siendo recibido con regocijo unánime de los *inmortales*, según declaró D. Juan Valera, contestando al académico nuevo. De la Academia de la Lengua á la de la Historia, tardó poco Menéndez Pelayo. El Ateneo de Madrid llamóle á sus solemnidades diferentes veces; el Consejo de Instrucción pública le tuvo pronto como uno de sus más asíduos y laboriosos individuos, y las Cortes le vieron sentar en los escaños rojos é intervenir provechosamente para la enseñanza y las letras en los debates.

---

En este mismo lugar, y á propósito de otra celebridad española, rechazábamos los cargos hechos á España repetidas veces de ser un pueblo decadente, un pueblo falto de fisonomía propia en el terreno político; justificábamos la inexactitud de cargos tales, utilizando los hechos acometidos por aquella celebridad, y citando los adelantos introducidos en los organismos político-administrativos de nuestra patria. Más frecuentes y más injustos y más duros son los cargos motivados en la vana suposición de que intelectualmente es un país atrasadísimo el país de Andrés Laguna y Feijóo, de Domingo de Soto y Lagasca; se tiene la creencia de que únicamente vivimos allá la vida intelectual traducida del francés; que nuestros poetas mejores plagieron á Chenier, Musset y Víctor Hugo; que nuestros Cortina, Pacheco y Martos, fueron, en lo forense, copias de Berryer; que los historiadores Conde de Toreno, Lafuente y Valera, imitaron á Thiers y Guizot; que Galdós se parece á Erckman Chatrian; que Fortuny y Pradrilla y Casado del Alisal, pintaron con los métodos de Meissonnier y Bonnat y David á la vista; y cualquier expresión artística, cualquier manifestación ideológica, es tachada galóficamente conocida.

No, no es exacto. Demuéstralo gráfica y cumplidamente, y como él hay bastantes, el Sr. Menéndez y Pelayo, resucitando españolas joyas enterradas en el olvido, y produciendo su talento otras no menos valiosas, en cuya preparación, labor y pulimento no entra nada que no sea español. Suele pecar Menéndez Pelayo de españolismo, y así lo advierte su amigo y censor Valera en el prólogo que puso á la colección de sus poesías, y tal pecado prueba cuánto le duele la repetición de los mismos reproches, contra los cuales tenemos que protestar nosotros frecuentemente.

Menéndez Pelayo tiene muchos amigos en la América latina. Aquí ha sido comentado y criticado y ensalzado por escritores distinguidos y pensadores de nota,

especialmente por crítico de tanta valía y tan inspirado poeta como Calixto Oyuela. Sus libros están en manos de toda persona ilustrada; con ellos alegra sus vigiliass el filósofo, en ellos encuentra el poeta modelos á que ajustar las expansiones de su fantasía.

A la estimación que aquí le tienen, al cariño que aquí le profesan, corresponde Menéndez y Pelayo dedicando atención preferente á la historia y á la literatura americanas, acerca de las cuales es probable publique un resumen de juicios é impresiones, testimonial expresivo de cuánto quiere á la región hermosa donde floreció Andrés Bello, y Ricardo Palma vive.

---





*D. Casto Méndez Núñez*





## MÉNDEZ NÚÑEZ

---

Nació D. CASTO MÉNDEZ NÚÑEZ en Vigo el día 1º de Julio de 1824, de familia de marinos que habían brillado por sus méritos y, por lo tanto, de abolengo distinguido. Contaba solamente tres años cuando sus padres lo llevaron al puerto de Marín, en la ría de Pontevedra, lugar en donde fué creciendo aquel niño de porvenir tan glorioso, y en donde empezaron á despertársele los gustos y disposiciones para los estudios y peligros de la Armada. En el año de 1831 trasladóse su familia á Pontevedra y en 23 de Marzo de 1840, cuando contaba quince años de edad y una vez sufrido en el Ferrol el examen de ingreso en el cuerpo de la Armada, entró de guardia marina en el colegio especial de la isla de San Fernando, siendo embarcado á los cinco meses más tarde, el 4 de Setiembre, en el bergantín *Nerviön*, debido á sus especiales aptitudes y precoces conocimientos náuticos.

Como si sus primeros pasos debieran ser augurio de sus penalidades y peligros en la carrera naval, empezó sus importantes navegaciones con el viaje que, á bordo de dicho bergantín, emprendió á las mortíferas aguas de Fernando Póo, á cuyas islas, entonces abandonadas, se dirigió en 18 de Diciembre de 1842. Ni la inclemencia de aquellos climas funestos, ni las dificultades de todo género, ni la continuidad del peligro, arredraron al esforzado y laborioso guardiamarino gallego; y por esto, en Real Orden de 1º de Enero de 1844, y por honrosísima é inusitada excepción, se le rebajó un año de los seis que prefijaba entonces el reglamento para ascender á alférez de navío, en consideración á los servicios prestados en la expedición á las islas de la costa de África, los cuales se había brindado á continuar en la nueva expedición que en el citado año se preparaba.

Por otra Real Orden de 23 de Abril del mismo, se le habilitó de oficial para los servicios de á bordo, y en 11 de Julio siguiente le fué expedido el Real despacho de alférez de navío con antigüedad de 16 de Enero anterior.

Habiendo reconocido por entonces España la independencia de la República Oriental del Uruguay, envió nuestro gobierno un representante español en la persona del respetable y prudentísimo mahonés D. Carlos Creus, á quien nuestra nación debe tanto tacto y constancia en la obra de estrechar los vínculos fraternales entre España y el Uruguay. Partió dicho ministro extraordinario haciéndose á la vela con rumbo al Río de la Plata en el bergantín *Volador*, cuyo habilitado era entonces el alférez Méndez Núñez, llegando al puerto de Montevideo el día 17 de Enero de 1847.

En aquella época, pasó por algún tiempo el *Volador* á Buenos Aires, mientras más arreciaba la tiranía de Rosas en la Confederación Argentina. Eran frecuentes los atropellos más brutales no solo contra ciudadanos argentinos, sino hasta contra los extranjeros, llegando á ser normalidad del país los crímenes é iniquidades que cubrieron de oprobio á aquel período de la historia argentina, y al nombre del sanguinario dictador. Con motivo de aquellos atropellos y en ocasión de hallarse Méndez Núñez en el puerto para regresar á bordo del bergantín, corrieron á refugiarse un día varios españoles, perseguidos por los feroces sicarios de Rosas, á la falúa del *Volador*. Viendo entonces Méndez Núñez que los encarnizados per-

seguidores no cejaban en sus planes, habiendo llegado hasta atropellar el asilo de los fugitivos que buscaban amparo bajo la bandera española, desenvainó la espada, y haciendo frente á los asaltantes, les dijo con energía:

—*El primero que se atreva á poner la mano sobre un español, caerá atravesado por mi espada!*

Con estas palabras, y la actitud resuelta y amenazadora, contuvo Méndez Núñez á los sicarios del feroz Rosas, é impidió que llevaran á cabo un nuevo crimen.

Continuó á bordo del *Volador* haciendo varios viajes á Cádiz, á Barcelona y á las costas de Italia, con motivo de la expedición española á Roma en defensa de Pío IX contra los revolucionarios de 1848 á 1851, hasta que, en 28 de Febrero de este último año, se le confirió el mando de la goleta *Crus*, en la que navegó hasta Octubre de 1853, fecha en que pasó á mandar el vapor *Narváez*.

El 5 de Setiembre de 1855 se le ordenó presentarse en la Corte para auxiliar los trabajos técnicos del ministro de Marina, en cuya comisión acreditó su celo, actividad y talento. En recompensa de estos trabajos se le nombró en 15 de Enero de 1856 oficial 3º del Ministerio de Marina, disponiéndose por Real Orden que no fuese dado de baja en el cuerpo general de la Armada. En Noviembre de 1857 cesó en aquel destino por habersele nombrado comandante del vapor *Narváez*, á cuyo bordo se hizo á la vela para las islas Filipinas en 10 de Febrero de 1859, de las cuales regresó á la Península en Mayo de 1862, después de acreditarse de perito y bravo marino.

Esta expedición le valió el empleo efectivo de capitán de navío á que fué ascendido en Enero de 1862, en premio de su distinguido comportamiento en la brillante acción sostenida contra los piratas mahometanos en el Río Grande de Mindanao. Son muchos los episodios gloriosos en que tomó parte Méndez Núñez durante la ruda campaña de nuestra marina contra el enjambre de barcos del sultán moro de Joló y de los piratas que infestan aquellos peligrosos mares, guareciéndose y parapetándose entre el millar de islas, islotes y arrecifes que dificultan los archipiélagos de Filipinas, Molucas, Celebes y demás próximos á ellos. Importa, sin embargo, dejar constancia de un acto de astucia y arrojo de Méndez Núñez, que realizó en aquella memorable campaña.

Tratábase de tomar un fuerte de los moros de Joló y Mindanao, cuyas troneras y almenas enfilaban una ría, precisamente en el punto en que ésta formaba un recodo en ángulo muy agudo y que, por lo mismo, dominaba la navegación, sin poderse atacar la posición más que de frente, recibiendo de proa todos los tiros de la artillería y fusilería y con el inconveniente de poder aproximarse embarcaciones de mucho calado. En tan difícil situación, y viendo diezmar á los marinos y soldados españoles por las balas de los musulmanes, ordena Méndez Núñez embestir la tierra con el buque que tripulaba, embarrancándolo contra las mismas piedras del fuerte atacado; de tal suerte, y con tan notable acierto, que logró aquel jefe introducir el botalón de proa por una de las troneras, deslizándose por él Méndez Núñez y su gente, penetrando en el recinto de la fortaleza entre el asombro y pavor de los moros, que se desbandaron y rindieron al espectáculo de tal hazaña.

A su regreso de la Oceanía, D. Casto Méndez Núñez fué nombrado comandante del vapor *Isabel II*, puesto que conservó hasta Enero de 1864, en que le fué conferido el mando de la fragata *Princesa de Asturias*. Desempeñó después el cargo de Director del personal en el Ministerio de Marina durante algunos meses hasta el 20 de Diciembre de aquel año, en que fué nombrado comandante de la fragata blindada *Numancia*, sobre cuyo puente había de derramar su noble sangre ante los poderosos fuertes del Callao.

A bordo de aquella hermosa nave zarpó de Cádiz el día 4 de Febrero de 1865 con rumbo al Pacífico, realizando por primera vez, un buque de hierro, la circunnavegación del planeta. Desde entonces los nombres de dos ilustres marinos españoles quedaron unidos en la conmemoración de la misma hazaña. Ambos dieron antes que ningún otro nauta de la tierra, la vuelta al mundo, con un intervalo de dos siglos: Sebastián Elcano, hizo por primera vez el viaje en torno del globo, en un buque de madera, y don Casto Méndez Núñez lo hizo, también por primera vez, en un buque de hierro.



En recompensa de este hecho, fué promovido nuestro personaje al empleo de brigadier de la armada.

En 12 de Diciembre del mencionado año 1865, se encargó accidentalmente del mando de la escuadra del Pacífico, en la cual le sorprendió la campaña contra Chile y el Perú aliados, motivo de tanta sangre derramada, de tantos intereses destruidos, y de tanto heroísmo demostrado por españoles y americanos del sud.

Inauguróse la guerra irracional del Pacífico mandando la escuadra española el general Pareja; y tras el suicidio de este pundonoroso jefe por la pérdida de la goleta *Covadonga*, reemplazóle en el mando de la expedición el brigadier Méndez Núñez, sobre cuya conducta en aquella ocasión tanto se ha escrito y discutido. Montaba aquel marino la fragata *Numancia*, capitana de la escuadra que empezó las operaciones en este número y forma: fragata *Numancia*, comandante don Juan Bautista Antequera; fragata *Blanca*, don Juan Bautista Topete; fragata *Resolución*, don Carlos Valcarcel; *Villa de Madrid*, don Claudio Alvargonzález; *Berenguela*, don Manuel de la Pezuela; *Almansa*, don Victoriano Sánchez Barcáiztegui; goleta *Vencedora*, don Francisco Patero.

Sobre los hechos de armas de aquella campaña memorable, dice Valera, continuador de Lafuente:

«El brigadier don Casto Méndez Núñez, vengó la pérdida de aquel buque (*Covadonga*) y bombardeó á Valparaiso; Perú declaró la guerra á España, aliándose con Chile, y pelearon bien la *Villa de Madrid* y la *Blanca* en el canal de la isla de Abtao, contra las fuerzas navales combinadas de dichas dos naciones.

«Al participar Méndez Núñez este combate, que si bien no fué decisivo por las graves dificultades que impidieron á nuestras fuerzas penetrar en aquella localidad, inauguró bien las operaciones y acreditó á los comandantes de ambos buques señores Alvargonzález y Topete, contestó el Ministro de Marina general Zavala celebrando que se atacara á los enemigos; y agregando que—«Si concluida esta operación se hubiera dirigido Méndez Núñez al estrecho de Magallanes á esperar el paso del *Huáscar* ó *Independencia*, echando á pique al primero y pasándolo por ojo con la *Numancia*, y abordando al segundo con cualquiera de las fragatas, por no tener la *Independencia* blindadas sus extremidades ni su cubierta alta, «habría coronado de un modo glorioso una empresa confiada á su talento, y demás circunstancias que le distinguían.»

Las instrucciones que además se le daban, eran terminantes y belicosas, sin que ofrecieran la menor duda; extrañándose el Ministro de la tardanza en el cumplimiento de ellas, impaciente como estaba de que se verificara un acto de que pudiera enorgullecerse nuestra marina y honrarse España. Ya había dicho antes también el mismo Ministro que «no acertaba á explicarse que Méndez Núñez, teniendo oportuno y seguro aviso por el que le constaba que la *Unión y América*, corbetas peruanas que antes habían debido su salvación, perseguidas por la *Numancia*, al tiempo que ésta perdió por el recalentado del cojinete de la chumacera central del eje del hélice, hacían rumbo después de Iquique al Sur, pasando por consiguiente á la altura de Valparaiso, no pusiera inmediatamente en movimiento las fuerzas necesarias para apresarlas, desperdiciando así una ocasión tan favorable para reivindicar nuestra dignidad ultrajada.»

Narrando y juzgando después el mismo autor D. Juan Valera, el combate del Callao, en dos de Mayo de 1866 continúa como sigue:

«Dada la señal de zafarrancho por la *Numancia*, marcharon todos los barcos silenciosa y ordenadamente, victoreados por los extranjeros á quienes asombraba ver ir naves de madera á atacar fuertes blindados. Un ¡viva la reina! y un cañonazo de la *Numancia* anunciaron el principio del combate, adelantándose majestuosamente y sin hacer fuego la *Villa de Madrid* á ocupar su puesto; entonces recibió uno de aquellos proyectiles que inutilizó á 40 hombres y la máquina, no impidiendo esto que contestara con sostenido fuego hasta que la retiró la *Vencedora*. Salieron también de la línea la *Berenguela* á reparar averías, la *Blanca* por agotadas sus municiones, y la *Almansa* por un incendio que se dominó; siguió el combate, fué herido Méndez Núñez; se voló la torre peruana; se apagaron los fuegos de casi todos los cañones enemigos, pero ya no disparaban nuestros buques y lo seguía haciendo una batería de tierra, como proclamando la victoria y el dominio del sitio de la batalla.



«En aquel combate á pecho descubierto, sin poder ser los disparos de los buques tan certeros como los de tierra, por lo que fué menor la pérdida de los peruanos, tuvo nuestra escuadra cerca de 200 bajas entre muertos, heridos y contusos.

«Unos y otros combatientes se atribuyeron la victoria, fundándola los peruanos en que los últimos disparos fueron de sus cañones y que la escuadra española no repitió al siguiente día el bombardeo, hasta apagar enteramente los fuegos peruanos.

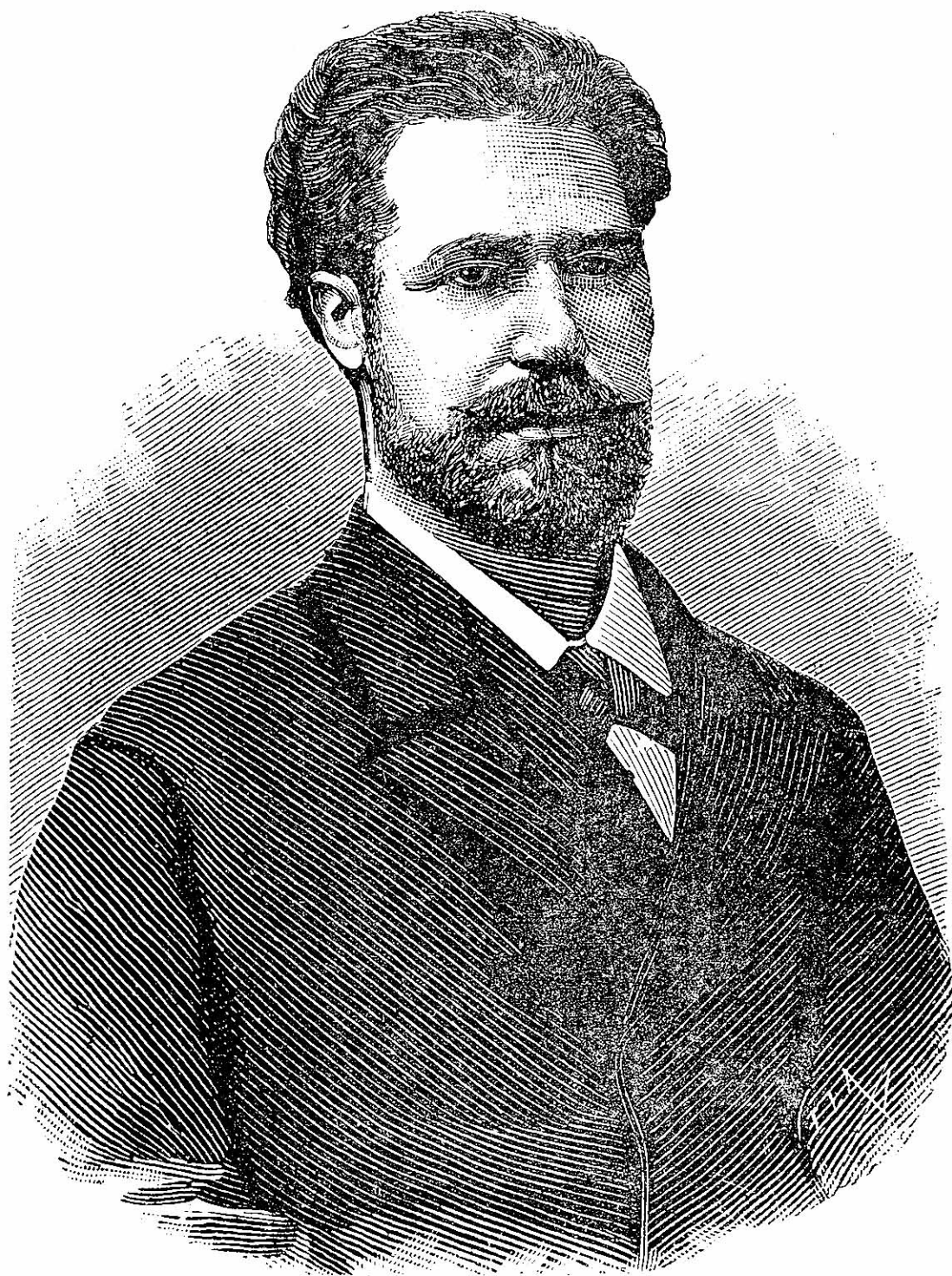
«Méndez Núñez, manifestó la imposibilidad de continuar el ataque, no tanto por lo que padecieron los buques como por el estado de salud de la tripulación, á cuyo restablecimiento atendió, marchando unos á Rio Janeiro y otros á las islas del archipiélago de Otahití.»

Al mes siguiente de aquellos sucesos, en 10 de Junio de 1886, fué promovido Méndez Núñez á jefe de escuadra, y en 27 del mismo Junio se le concedió la gran cruz de Carlos III. Permaneció en los puertos de Montevideo y Rio de Janeiro algún tiempo, y regresó en seguida á España, en donde recibió considerables agasajos: varias poblaciones de la península la aclamaron por hijo adoptivo, y la ciudad de la Coruña le eligió Diputado á Cortes.

Todos los partidos solicitaron entonces el ingreso del esclarecido marino, pero Méndez Núñez supo conservarse en un justo medio de independencia entre las diversas fracciones monárquicas que se lo disputaban, en virtud de sus terminantes declaraciones de fidelidad á la dinastía. Cuando se fueron acercando los días de la Revolución de Setiembre que arrojó del trono á doña Isabel II, el general Méndez Núñez fué solicitado para secundar el movimiento al lado de otros jefes prestigiosos de la Armada, que se hallaban comprometidos en la empresa.

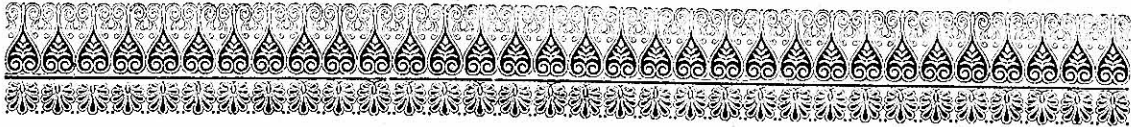
Pero Méndez Núñez fanático partidario de Isabel II y del partido *moderado*, deshonra de la política española, rechazó todas las sugerencias de que fué objeto, y á la gloria de sus anteriores hechos no quiso en modo alguno agregar la de contribuir al acto que sirvió de base para derrocar y destruir los grandes vicios tradicionales que hasta aquel entonces habían impedido la regeneración de España.

La Revolución de 1868 se consumó por fin, y en el mismo año bajó al sepulcro Méndez Núñez de resultas de sus heridas, respetado de sus conciudadanos por su valor y sus virtudes privadas. Sus restos fueron enterrados en la isla de Con, besados por las tranquilas y pintorescas aguas de la ría de Vigo.



*D. Julián Gayarre*





## GAYARRE

---

Engañáronse miserablemente aquellos grandes filósofos griegos que prescribían y anatematizaban las artes como culpables de enervar las almas de los hombres, de afinarlas y corromperlas, afeminando y debilitando así la república.

Engañóse miserablemente Licurgo prohibiendo la música á los espartanos, y engañóse Platón arrojando á los poetas de su Atenas ideal, y engañáronse con éstos cuantos en los tiempos posteriores han creído que el culto de lo bello, que el desarrollo de sentimientos dulces en las almas, enflaquece el corazón, amengua la fuerza del brazo y mata la entereza del espíritu, convirtiendo casi en mujeres á los hombres de una raza ó de una edad.

La naturaleza, en esto como en todo, más sabia que los primeros filósofos del mundo, se ha burlado de sus vanas cavilaciones y, con los hechos, que son argumentos irresistibles, les ha probado que cavilaban en el vacío, equivocándose.

En efecto, á través de la historia, como si dijéramos, á través de la vida, viene la humanidad poniendo de manifiesto este curioso fenómeno: las razas y los pueblos más artistas, han sido las razas y los pueblos más vigorosos.

Asombro del mundo antiguo ha sido esa misma Atenas maestra del heroísmo en Maratón, Salamina y Palatea, admiración del mundo tanto por su genio creador como por su brío indomable: cuando llegó Roma á la cúspide de su poderío, cuando puede llamarse la invencible, es cuando ha conquistado el renombre de la más culta, la más artista; cuando á la par de César y Germánico brillan Horacio y Virgilio: el siglo de oro de la España guerrera coincide con Calderón, Lope, Cervantes, Velázquez y Murillo: el siglo de oro de las armas francesas, el siglo de Luis XIV, es el siglo de Fenelón y Corneille. La Italia moderna es grande en armas y poderío cuando es grande por sus artistas, á partir de los Médicis y de León X; á un tiempo Inglaterra empieza á ser poderosa cuando Bacon y Shakespeare la hacen pensar y sentir: Alemania toma el primer lugar entre las naciones del mundo cuando empieza á tener los más grandes poetas, los más grandes músicos, los más grandes artistas del mundo.

No; el arte no afemina: embravece.

Cuando los mismos espartanos flaquean, es un poeta, es Tirteo, el que los enseña á morir por la patria.

Cuando Francia tiene que combatir con todo el mundo coaligado contra ella, porque es el símbolo de la libertad, son las notas de una música valiente, las que enardecen las almas y triunfan. La *Marsellesa* domina en el fragor del combate tanto como el estampido del cañón francés. Napoleón contaba con el calor de ese himno como con la fuerza de su genio.

Las razas más bravías han sentido poderosamente: los árabes son poetas y músicos de instinto, pero poetas y músicos de imaginación desbordante, no supe-  
rada todavía.

Nuestra hermosísima música popular española, desesperación de los Mozart y Rossini, nuestra *jota*, como nuestro *polo*, nuestros cantos de libertad, como nuestros cantos de ternura, son árabes.

En cambio los pueblos esclavos, los afeminados, los débiles, no tienen poetas, ni cantores: Sybaris, Babilonia, Byzancio, esa Roma de la decadencia, esos pueblos del centro de Africa, no conocen el arte; no pintan, no cantan, no sueñan.

¿Para qué han de admirar, imitar y amar á la naturaleza, si hasta la naturaleza es enemiga del esclavo?

El sol no amanece cada mañana sino para señalarle el momento de comenzar el trabajo, de comenzar el dolor: la brisa no sopla para refrigerarle, sino para hacer más abrumadora su fatiga, por el contraste; las aguas puras, las frescas flores, las voluptuosas noches de estío no son para el esclavo; son regalo del señor; por eso el esclavo hasta cuando canta llora, y el hombre libre hasta cuando llora, impone: es el señor de cuanto le rodea.

Vigorosas entre las razas diversas que se dividen nuestro suelo español, es la raza vascongada: y por eso, porque es raza fuerte, es raza artista, es raza de sentimiento.

Una prueba de ello, entre otras muchas, nos la ofrece el incomparable tenor Gayarre, que nos ha sugerido las anteriores consideraciones.

Aún parece que fué ayer el día que se extinguió la voz en su privilegiada garganta y á pesar del tiempo transcurrido, aún vive en la memoria de todos el recuerdo de aquella voz sobrenatural, dulce y melodiosa como puede ser la música del cielo.

Gayarre llenó con su fama el mundo y esa gloria de que se enorgullece España y recibe sacrosanto culto del pueblo vasco, no podía pasar desapercibida en nuestra galería de españoles ilustres.

Hemos dicho que el pueblo vasco tributa al nombre de Gayarre un sacrosanto culto y no exageramos; bástanos citar el frenesí con que era esperado todos los veranos en el escondido rincón en donde vió la luz primera, el delirio con que en noches memorables del teatro Real de Madrid, aplaudían al tenor y le hacían cantar con una boina puesta, el Guernikako Arbola, la jota del Pleito y otros aires nacionales, y es porque el pueblo vasco, lo mismo que el pueblo catalán, siente la música por instinto, la aspira entre las montañas; por ello sus orfeones son los más notables y sus músicos los que más gloria han dado á España: Arrieta, Sarasate, Güelbenzu, Iparraguirre, Subiaurre, Zavalza, el maestro Eslava é infinitos más que no enumeramos, nacieron como Gayarre, en las provincias del norte y como el inolvidable tenor sintieron desde la niñez una irresistible vocación por el divino arte de la música.

La vida de Gayarre es original; lo mismo cuando nació que cuando murió para el arte, su vida ofrece tanto interés como la de un personaje de novela.

«Lo echó Dios en el valle del Roncal  
en casa de un humilde labrador...»

como dice Zapata en un celebrado soneto que dedicó á su entrañable amigo, y á los pocos años de su nacimiento, que ocurrió en 1848, su padre, don Mariano, sencillo y honrado labrador, sin más bienes ni más recursos que el trabajo, dedicó á Julián al pastoreo.

¡Qué más novela que un hombre que empieza cuidando ovejas y muere en la opulencia, después de haber sido recibido como un grande honor en los más regios alcázares de los soberanos de Europa!

Al mismo tiempo que pasaba sus días de muchacho entre las soledades de las montañas del Roncal, cuidando ovejas, aprendió las primeras letras, y cuando el padre consideró hartó sencilla la ocupación que daba á su hijo, envióle á Pamplona en donde sirvió como dependiente en un almacén de ferretería.

Pero no echó muchas raíces en su nueva profesión.

¿Cómo salió de su primer empleo? De una manera muy cómica.

Encontrábase un día solo cuidando del establecimiento, cuando de pronto percibió un *ruido* para él extraño, dulce, armonioso, indefinible, que hirió sus oídos de un mágico encanto que presentía aunque era para él completamente desconocido.

¡Era un marcial paso doble, que ejecutaba la banda de un regimiento de infantería!

Gayarre por primera vez en su vida oía la música.



Seducido por los guerreros sonos, marchóse detrás del regimiento sin acordarse para nada del mostrador que dejaba abandonado.

Y es natural: el dueño del establecimiento, que no se curaba de los sentimientos artísticos del joven dependiente, le mandó con la música á otra parte.

Después fué herrero. Ingresó en los talleres de fundición de Pinaki, pero las duras tareas del oficio no le impedían que en sus horas de descanso se dedicase á la música, que tanto le había impresionado, con todo el fuego de su alma de artista.

Con el maestro Maya aprendió en pocos meses el solfeo, y al poco tiempo ocurrió un suceso que dió nuevos é inesperados rumbos á la vida artística de nuestro biografiado.

El maestro D. Hilarión Eslava, otra de nuestras glorias, á la cual tributaremos el debido homenaje en breve, y que á la sazón era director del Conservatorio Nacional de Música, en las vacaciones del curso académico hizo su acostumbrado viaje al pueblo natal; á su paso por Pamplona quiso el Orfeón del que formaba parte Gayarre rendir un homenaje al venerable compositor.

Entre otras piezas, cantó el Orfeón el gran coro á la Caridad, de Rosini, y en un solo que le correspondía á Gayarre fué tal la admiración que despertó en el maestro Eslava, que le escuchaba entusiasmado, que no pudo por menos de abrazarle con el mayor cariño, acogiéndole desde aquel momento bajo su protección.

Trasladóse con él á Madrid, y en el Conservatorio de Música completó sus estudios de canto. Con una humilde plaza rentada con 4000 reales y que ganó por oposición en el Ministerio de Fomento, pudo atender á su subsistencia; pero declarado cesante en la época de la revolución, y no pudiendo resolver el gran problema de la vida, entró de corista en el teatro de la Zarzuela, y allí permaneció como un soldado de fila en el montón anónimo.

Pretendió formar parte de la compañía de zarzuela que organizó el maestro Gaztambide, para hacer una gira artística por América; pero viéndose sustituido por el tenor Sala Julián, Gayarre renunció al modesto sueldo de corista, y después de cantar por provincias en teatros de segundo y tercer orden con mal éxito, se fué á Pamplona, donde dió dos conciertos, con cuyos beneficios pudo realizar sus dorados sueños; ir á Italia.

Allí perfeccionó sus estudios, y á los pocos meses *debutaba* en el teatro Varese, en el que firmó una contrata de *ciento cincuenta* liras por toda la temporada.

Por cierto que en la noche de su primera representación ocurrióle un hecho extraordinario y novelesco, como la mayor parte de los de su vida.

Se representaba la ópera *Elixir d'amore*, y cuando en el tercer acto se disponía á cantar la delicada romanza «Una furtiva lágrima», recibió un telegrama de España en el que le participaban la muerte de su madre.

¿Cómo narrar la situación de Gayarre en aquellos momentos?

Sintióse empujado á la escena violentamente, lleno de dolor, con el luto en el corazón y los ojos preñados de lágrimas; no vió entre la claridad deslumbradora de la escena más que el tierno espectro de la madre querida que flotaba en aquel recinto, y cantó la romanza, pero de tan sublime manera y conmovedor acento, que el fanatismo del público llegó al delirio.

La reputación del tenor estaba hecha.

Así Gayarre, recordando aquel triste suceso, decía siempre:

«Mi madre me ha dado á luz dos veces».

Desde Varese pasó al teatro Cárcano, de Milán, donde se estrenó con *I Masnadieri*, de Verdi.

En Como cantó *El Barbero de Sevilla* y *Lucía*; en Cremona el *Ruy Blas*, de Marchetti y en Pádua por primera vez embelesó al público, con su gran ópera de batalla *La Favorita*.

Por aquella época, el empresario del Teatro Real de Madrid, D. Teodoro Robles quiso contratarle; pero Gayarre se negó; no quería volver á su patria mientras no tuviera sólidamente consolidada su fama de artista.

De triunfo en triunfo recorrió los teatros Apolo de Roma; Carlo Felice de Génova, Comunal de Bolonia, é imperiales de San Petersburgo y Moscow en los que

estrenó *I Guarani* y *Tanhauser* y obtuvo grandes éxitos en el *Moisés*, *Africana* y *Un ballo in maschera*.

En la *Scala* de Milán llegó á la soñada meta en su primera presentación, aclamándole el público como el primer tenor del mundo, y volvió á reanudar su gloriosa gira artística por los teatros de Italia cantando *La lega*, *Puritanos*, *Ana Bolena*, *Gioconda* (que Ponchietti escribió para él), *Hugonotes*, *Lucrecia* y *Lohengrin*.

Vino á América y aún se recuerdan en Buenos Aires los triunfos de Gayarre en el teatro *Colón*.

En 1877 *debutó* en el Teatro Real de Madrid, en donde permaneció 4 años deleitando á sus compatriotas con aquella sublime voz jamás oída por mortal alguno y renunciando las proposiciones que de todas partes le hacían.

Realizó varios viajes, recorriendo entre ruidosas ovaciones todos los teatros de Europa, agasajándole el público y condecorándole los monarcas, pues el pastor de ovejas llegó á ostentar en su pecho el collar de la Orden de Cristo de Portugal, la de Carlos III de España y otras nobilísimas de diferentes naciones, y cerró su triunfal carrera con un viaje á París, donde era mirado con prevención, por lo mismo que Gayarre había hecho su gloriosa carrera sin que la orgullosa capital francesa le concediera el *regium execuatúr*; Gayarre cantó en París varias óperas en francés y en italiano y los parisienses se rindieron también ante el tenor, de cuya voz dijo el maestro Gounod públicamente:

*Que era la más portentosa que jamás pudieran escuchar oídos humanos.*

Gayarre terminó su vida artística de una manera análoga á como la había empezado; de una manera dramática.

Cantaba en la temporada de 1889-90 en el Real de Madrid.

Una noche después de entusiasmar al público con el duo del primer acto de *Los Pescadores de Perlas* y de repetirlo sin mostrar fatiga ni cansancio, al iniciar los primeros compases de la romanza que le sigue, el público notó que faltaba en las notas vigor y frescura, y al atacar una nota alta, Gayarre llevándose las manos á la garganta y apoyando el cuerpo en un bastidor para no caer desplomado, pronunció estas palabras que escuchó el público aterrado: *No puedo cantar*.

Conducido en brazos de los artistas á su camarín, se repuso del ligero trastorno, pero aquella noche fué la última en que pisó la escena.

Animoso y lleno de esperanzas creyó al día siguiente que dando un descanso á su cuerpo volvería á cantar, pero el ataque que tuvo en la escena fué el síntoma de la enfermedad y á los pocos días, el 2 de Enero de 1890, dejaba de existir en los brazos de sus inseparables amigos Elorrio Sánchez, Carmena, Bayo y el poeta Marcos Zapata.

Dicen los que presenciaron su muerte, que hasta el último instante demostró la entereza propia y varonil de su raza, y cuando en la agonía los médicos le punzaban las carnes con las jeringuillas y le martirizaban todo el cuerpo con vejigatorios, exclamaba sonriendo: No temo á la muerte, pero me resigno ante lo que me están haciendo sufrir, porque es necesario defenderse.

Los méritos de Gayarre no han sido discutidos en parte alguna: otros tenores son objeto de opiniones contradictorias.

Quien es bien recibido en una capital es escuchado con frialdad en otras; á nuestro compatriota, por el contrario, se le aclamaba lo mismo en Madrid que en San Petersburgo y Londres, pues la opinión se había pronunciado á su favor de una manera unánime. Algunos, muy pocos, dijeron de él que era hombre ordinario y de escasa educación artística; nada más erróneo: Gayarre poseía altas dotes de inteligencia, un trato amabilísimo, siempre sencillo y franco, y una conversación amena; era ocurrente y tenía un buen humor inagotable.

De él se cuentan infinidad de anécdotas: viajaba en cierta ocasión por una línea férrea del Mediodía de España en dirección á Granada.

En el mismo departamento le acompañaba un joven charlatán por naturaleza y amigo de meterse en todo. Entablada la conversación, recayó incidentalmente sobre Gayarre.

Tanto mintió el joven, que el tenor con socarronería le preguntó:

—¿Le conoce usted?

—Mucho; si soy su íntimo amigo!

—¿Y qué tal le parece? añadió Gayarre.

—¡Ah! Es un gran punto....un verdadero *punto filipino*.

—Llegaron á Granada y el joven hablador se comprometió á servir de cicerone al viajero desconocido.

Visitan la Alhambra, y al registrar Gayarre su nombre en el *album* de los viajeros escribe con todas sus letras: «Julián Gayarre».

Juzgue el lector cómo se quedaría el embustero acompañante: no sabía por donde escapar; pero Gayarre, sacándolo de aquel atolladero, le tendió la mano sonriendo al mismo tiempo que le decía:—Es usted un buen muchacho, mejor dicho, un *buen punto*.

Cuanto le trataron están conformes en afirmar que valía más por la hermosura de su buen corazón que por sus talentos de artista.

Se enorgullecía de su pobre origen y de sus humildes afecciones, hasta el punto de que cuando regresó á Madrid cargado de laureles, su primera idea fué buscar á los amigos que conoció en la época del infortunio, cuando era corista.

El hombre que es buen hijo no necesita elogios, y Gayarre tenía idolatría por su padre. La venerable figura de D. Mariano Gayarre ocupaba todas las noches una delantera de asientos de palco en el Real de Madrid, y sus ojos se llenaban de lágrimas constantemente al contemplar las aclamaciones idólatras que el público hacía á su hijo.

Aunque Gayarre dejó al morir una fortuna de muchos millones, en vida no perdonó medio alguno de hacer felices á los pobres del Roncal, repartiendo cuantiosas limosnas y mandando construir por su cuenta establecimientos de educación.

Conocemos del insigne tenor muchos rasgos, pero ninguno tan típico como este. Oyó decir en cierta ocasión que un joven navarro, dotado por el cielo de una voz tan angelical como la suya, vivía pobre y oscurecido, sin tener quien le protegiera:

—No es exacto—exclamó Gayarre—si el joven existe, aquí está mi fortuna á su disposición. Mientras pueda no he de permitir jamás que un paisano mío luche con infortunios semejantes á los que yo he pasado.

Gayarre al otorgar testamento en 1880, dispuso que cualquiera que fuese la tierra donde exhalase el último suspiro, se trasladasen sus restos al valle del Roncal y que fuesen depositados junto á los de su padre.

Su voluntad fué cumplida y los herederos tributáronle un homenaje digno de su nombre: costearon un grandioso monumento que guarda en el Roncal los restos del inolvidable Gayarre, y en el que derrocharon su genio los primeros escultores de España.



# INDICE

	<u>PÁGINA</u>
INTRODUCCIÓN.....	3
DON GASPAS MELCHOR DE JOVELLANOS.....	13
« COSME DAMIAN CHURRUCA.....	17
« MANUEL JOSÉ QUINTANA.....	23
« RAFAEL DEL RIEGO.....	29
« BALDOMERO FERNÁNDEZ ESPARTERO.....	35
« JUAN PRIM Y PRATS.....	45
« EMILIO CASTELAR.....	53
« SALUSTIANO DE OLÓZAGA.....	59
« CRISTINO MARTOS.....	65
« JOSÉ ESPRONCEDA.....	71
« PASCUAL MADOZ.....	75
« FRANCISCO PI Y MARGALL.....	79
« MANUEL RUIZ ZORRILLA.....	83
« PRÁXEDES MATEO SAGASTA.....	89
« ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.....	93
« EUGENIO MONTERO RÍOS.....	97
« BENITO PÉREZ GALDÓS.....	99
« GASPAS NÚÑEZ DE ARCE.....	103
« RAMON DE CAMPOAMOR.....	107
« FRANCISCO PRADILLA.....	113
« ANTONIO TRUEBA.....	117
« JOSÉ M. DE PEREDA.....	125
« MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.....	129
« CASTO MÉNDEZ NÚÑEZ.....	133
« JULIÁN GAYARRE.....	137





# GALERÍA

DE

# ESPAÑOLES ILUSTRES

---

## RETRATOS Y BIOGRAFÍAS

PUBLICADOS POR

“EL CORREO ESPAÑOL”

---

TOMO II

---

BIBLIOTECA AMÉRICA  
DE COMPOSTELA

Donante *M. Rafael Calvo*  
de *Quelchillo*



BUENOS AIRES

Establecimiento Tipográfico "EL CORREO ESPAÑOL" 25 de Mayo, 460 á 468

1894





Doña Isabel la Católica

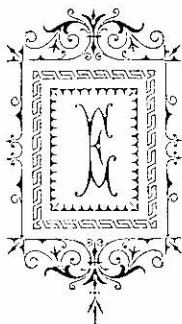






## ISABEL LA CATÓLICA

---



s nuestra gran figura histórica: el más elevado espíritu de cuantos han guiado desde el poder los destinos de la nación española, y más influencia han ejercido desde nuestra patria en los destinos de la humanidad y en la marcha de la historia.

La sola narración de los grandes acontecimientos de su reinado; las reflexiones á que ellos se prestan; el estudio del carácter, los talentos y las empresas de este personaje y el del carácter de la época de transición que presidió, por ligeramente que deban ocuparnos, no cabrían en los estrechos límites de un solo artículo, necesitaríase más amplitud de espacio.

ISABEL I de Castilla, reina que ganó el trono por el derecho de la fuerza y no por la fuerza del derecho, pues que lo usurpó á su sobrina doña Juana, llamada innoblemente la *Beltraneja*, princesa de altas virtudes, ilustró, no obstante, su trono usurpado, como pocos monarcas de la tierra desde Augusto (usurpador también) lo engrandecieron: y se hizo perdonar en la historia ese gran delito, hasta el punto de hacerlo casi olvidar, en fuerza de su grandeza y su talento, y de virtudes también no menos dignas de eterna loa.

Fué Isabel I de Castilla, llamada Isabel la *Católica* y con más propiedad la *Grande*, hija del rey poeta Juan II y de su segunda mujer Isabel de Portugal, y hermana por consiguiente del sucesor de este monarca Enrique IV, llamado el *Impotente*, habido por don Juan en su primera esposa. Entre los dos hermanos existía, pues, tal diferencia de edad, que muy bien Enrique hubiera podido hacer con Isabel las veces de padre.

Nació Isabel en la villa de Madrigal de las Altas Torres, provincia de Avila, patria también de Teresa de Cepeda ó Santa Teresa de Jesús, en el día 22 de Abril de 1451; y murió en Medina del Campo (provincia de Valladolid) en el castillo que aún existe de la Mota, á 26 de Noviembre de 1504.

Habiendo perdido á su padre á los tres años de edad, vivió obscuramente hasta los doce al lado de la viuda de Juan II, en Arévalo; su primera educación fué exclusivamente mística, y á ella hay que atribuir su fanatismo religioso, fácilmente arraigado en su espíritu grave y especulativo: aquella soledad y retraimiento desenvolvieron en Isabel, cuyo talento era clarísimo y vivaz, la energía de carácter altamente varonil, la inquietud aventurera, aquella ambición desmedida,

aquel sueño de grandezas y anhelosa exaltación en procura de lo desconocido, que suele distinguir á las almas reflexivas y solitarias.

Muerto el infante D. Alfonso, hijo de Enrique IV, cuando estaban en su apogeo las bochornosas discordias de los grandes, discordias que ensangrentaron y enlodaron todo el reinado de Enrique, el más débil de los reyes castellanos, como su hermana fué luego la más ilustre y briosa, muerto Alfonso y negada la legitimidad del nacimiento de la princesa Juana por los grandes enemigos del valido Beltrán de la Cueva, el bando de los descontentos levantó pendones en honor de la princesa Isabel, y la proclamó por su soberana.

Isabel, sin embargo, ya en 1462 se había apresurado á reconocer los derechos al trono de su sobrina Juana; mas cuando en 1468 le ofrecieron la corona los descontentos de Enrique de Castilla, contestó:—«Descó á mi hermano el rey una larga vida; y mientras él viva no consentiré en tomar el título de reina»

Protesta que reiteró cuando á las instancias del arzobispo de Toledo, uno de los jefes principales de la rebelión contra el rey y su hija doña Juana, se juntaron las instancias de varios nobles y pueblos de Andalucía.

Como se vé, la respuesta de Isabel era insidiosa: á la vez que protestaba de su sumisión y respeto al rey, dejaba constancia de su no aceptación de los derechos de su sobrina, que antes había reconocido, y daba la razón y justificaba á los revolucionarios en sus pretextos, bochornosos para el rey, de negarle la paternidad de su hija. Desde entonces pudo decirse que, á pesar de sus protestas respetuosas, se puso Isabel á la cabeza del movimiento de insurrección, con desdoro no solamente de la majestad real, sino de la propia honra del hermano, y del amor que á su propia sangre debía; pues se trataba del hombre que tenía derecho á exigirle amor y respeto casi filiales, y de una inocente niña cerca de la cual la naturaleza le había impuesto los deberes de amor y protección.

Pero las virtudes más sencillamente humanas parece deben estar, por excepción, excluidas de las almas de los reyes, aunque éstos se hallen dotados de grandes prendas.

Acentuóse la rebelión de Isabel contra su hermano con motivo de su casamiento. Varias veces quiso Enrique casarla á su gusto, atendiendo á la razón de Estado, y tal vez á la de asegurar el trono á su hija, alejando por medio de un enlace ventajoso las pretensiones de su hermana. Pero ésta resistió siempre con la indomable energía varonil que la caracterizaba las pretensiones de Enrique, así cuando éste trató de casarla con el rey de Portugal, como cuando apoyó las pretensiones del ambicioso Maestre de Calatrava para vencer á los confederados, ganándose la poderosa familia de los Pachecos. Isabel confió sus penas á su íntima amiga Beatriz de Bobadilla, la cual, tan varonil como la princesa, juró que en el mismo día de la boda hundiría un puñal en el pecho del Maestre, antes que éste llegase á tocar á su idolatrada Isabel.

No llegó á ser apuñaleado el ambicioso cortesano, pero murió súbitamente días antes de los esponsales, dícese que envenenado. Ya antes de todo esto había fracasado otro proyecto de matrimonio trazado para su hermana por Enrique con el desgraciado príncipe de Viana, cuando ella tenía apenas nueve años y Carlos cerca de cuarenta: el proyecto no podía ser más descabellado, y el rey Juan de Aragón se opuso á él tenazmente. En cambio, propuso casar á la infanta con su hijo Fernando, de la misma edad, y esto es lo que se hizo más adelante por empeño de Isabel, que apenas conocía al príncipe, pero ya resuelta á no ceder á su hermano el derecho de disponer de su suerte, y atajarla en el camino de sus aspiraciones al trono de Castilla.

Tan resuelta fué su actitud que, cuando en 1468 fue proclamada reina en la Venta de los Toros de Guisando por su parcialidad, y cuando aspiraban al mismo tiempo á su mano el duque de Gloucester, hermano del rey de Inglaterra, y el duque de Guyena, hermano del rey de Francia; y cuando en las Cortes de Ocaña se trataba de ratificar la proclamación hecha en Guisando, presentáronse los embajadores de Alfonso de Portugal, reiteraron el pedido de la mano de Isabel, y ésta de nuevo la negó pública y solemnemente. Irritóse el rey; amenazó á su hermana con encerrarla en una abadía, pero esta entereza era ya fuera de lugar: el pueblo se manifestó favorable á la princesa, y el rey hubo de partir para la Andalucía, no sin hacer prometer á Isabel que no haría nada en lo relativo al matrimonio, hasta su vuelta. Así lo prometió Isabel, y en efecto, no bien el rey

se había puesto en viaje, se casó en secreto con el príncipe don Fernando de Aragón.

La guerra civil estalló inmediatamente: larga, sangrientísima, devastadora, una de las más calamitosas que en los pasados tiempos ha sufrido Castilla: esta guerra costó la vida á muchos y elevados personajes, entre ellos el insigne poeta Jorge Manrique. Guerra encarnizada porque, si bien gran parte de la nobleza y la mayor parte de los pueblos castellanos y andaluces apoyaban las pretensiones de Isabel y de Fernando, no pocos caballeros y prelados, muchos pueblos también, y aún algunos estados extranjeros, se declararon en favor de la legitimidad de los derechos de la hija de Enrique IV, doña Juana, con arreglo á las leyes de Partida, y á la tradición. Portugal, sobre todo, cuyo rey don Alfonso, desdeñado por Isabel, pidió y obtuvo la mano de doña Juana, fué el principal campeón de aquella parcialidad, cuya causa fué definitivamente vencida, tras infinitos y variados lances de armas, en la sangrienta y decisiva batalla de Toro; la revancha de Aljubarrota (1476).

Después de la derrota, desesperanzado el de Portugal de obtener la corona de Castilla, abandonó á doña Juana que se retiró á un convento donde murió muchos años después: esta desgraciada cuanto virtuosa princesa, había intentado evitar la guerra, proponiendo en vano se resolviese la competencia con su tía á un plebiscito. En ese documento acusó á Isabel de haber envenenado á Enrique IV: este cargo formidable no fué por cierto entonces ni después bien levantado, y la conducta de Isabel con su hermano y con su sobrina, negándoles el amor y el respeto de la sangre, llegando hasta á infamarlos poniéndose al frente del partido que los deshonoraba, además de disputarles el poder, y anteponiendo sus ambiciones al trono á todo otro humano respeto, dió bastante margen y ocasión para que dicho cargo horrible de fratricidio fuese fulminado tan pública y solemnemente.

La elevación al trono de Isabel la Católica, debida, pues, á la fuerza, no al derecho, y apoyada por el capricho de la fortuna, tiene los vicios y manchas de nulidad y de ilegitimidad; tan ilegítima es en su origen la soberanía de Isabel I, como la de Sancho el Bravo, rebelde contra su padre, como la del bastardo Enrique de Trastámara, asesino de su hermano, como la de tantos otros reyes.

Pero no se olvide que Isabel era también Guzmán de Trastámara, descendiente de Leonor de Guzmán, la manceba de Alfonso XI: lástima que lunares tan deformes manchen el sol más esplendoroso de la monarquía española.

Y no digan ahora los monárquicos que las democracias, que las repúblicas, son turbulentas y solo autorizan la aventura y la ambición. La historia de la monarquía, á través de los siglos y países, no es otra cosa que la historia de las más irritantes flaquezas humanas; la soberbia, la ambición desenfrenada, la usurpación, la guerra civil casi perpétua, sin respetos á los lazos de la sangre, á la moral humana más rudimentaria, á los derechos, á las leyes. Y cuenta, además, que Isabel la Católica era profundamente religiosa.

La excelencia de las virtudes que luego desplegó en el trono, y sobre todo, la grandeza de su reinado, borran casi por completo las manchas que afean su carácter moral en los principios, y aún los errores que como reina cometiera luego: que algunos cometió, como la sentencia de muerte del mariscal Pardo de Cela.

Tres años después de terminada la guerra de sucesión, heredó la corona de Aragón el rey D. Fernando, esposo de Isabel, y así quedó preparada la unidad de la monarquía y de la patria.

Tenía entonces Isabel veintinueve años: era alta, blanca, y tan rubio el cabello que tiraba á rojo: los ojos azules; la apostura elegantísima y bizarra; la más hermosa dama que yo haya visto hasta ahora—dice un cronista del tiempo—y la más graciosa en sus modales.

Su continente era severo y sencillo: en sus costumbres resaltaba la humildad y la enemiga á todo lo frívolo: era dada á las labores domésticas, á la devoción, y al estudio de las ciencias y letras humanas: muy superior á su esposo como inteligencia y como ilustración, pudo competir en cultura intelectual y artística con los varones más ilustres de su tiempo. Tenía además una tal energía y fuerza de carácter y un valor personal tan varoniles, que fué la admiración de su tiempo: indomable en sus resoluciones una vez bien meditadas, ni su mismo esposo, á quien siempre amó con idolatría, la pudo vencer y reducir á su voluntad en cosas del gobierno, ni por la fuerza y el tesón, condiciones en que ella le superaba, ni por la astucia, en que él superó á su mismo padre.

Frecuentemente quiso Fernando gobernar solo en Castilla: ella nunca se lo consintió: y habiendo entre ambos convenido las formas de la división de poderes, entre otras, la de que estando juntos gobernarían por igual así en Aragón como en Castilla, y estando separados cada uno donde estuviere, Isabel cumplió estrictamente lo pactado; Fernando no, pero ella no le consintió jamás se entrometiese solo en Castilla; y si algún acto del rey verificado en su ausencia no era conforme á sus propósitos, lo desautorizaba inmediatamente: conducta admirable de mujer que, al mismo tiempo tenía á orgullo, siendo reina, de repasar y componer las ropas de su esposo y de sus hijos.

Si visitaba un convento, gustábala participar del traje y las costumbres de las monjas; si se ponía al frente del ejército, ya en la guerra de Portugal, ya en la de Granada, siempre que combatió gustábale vestir cota de malla, ceñir y empuñar la espada como sus mismos capitanes, y presenciar de cerca el ardor de las batallas, cuyos peligros arrostró frecuentemente con serenidad y bravura. En la guerra con Portugal, siempre que su esposo tenía que ausentarse del ejército, ella se ponía al frente y dirigía los combates. En los negocios más áridos de la administración del reino jamás dejó de asistir personalmente, de presidirlos y estudiarlos y discutirlos con los más entendidos varones, no tomándose en la monarquía resolución que no hubiera pasado antes bajo su entendimiento.

Uno, en fin, de los cerebros mejor organizados, uno de los caracteres más completos que han existido. Superior á todos sus antecesores, incluso al sabio Alfonso X, que no tuvo carácter, y superior á cuantos la han seguido en el trono después, Isabel la Grande de Castilla es uno de los espíritus más elevados que ha tenido la humanidad.

Empezó Isabel en unión de su esposo por abatir á la nobleza y combatir sus privilegios: la misma obra que por el mismo tiempo emprendiera Luis XI en Francia: anularon casi todos los fueros á los nobles concedidos por sus antecesores, y los que ellos mismos habían concedido: les hicieron abatir sus castillos y fortalezas: una gran parte de los bienes que usufructuaban los reintegraron á la corona ó á los pueblos: con la creación de la *Santa Hermandad* y del *cuerpo de guardias de Castilla*, formaron la base del *ejército permanente*, que fué la muerte del feudalismo, el abatimiento final de la nobleza: con la creación del *ejército permanente* coincidió en los reyes católicos, en Isabel sobre todo, el hecho trascendentalísimo de oponer los pueblos á los nobles, levantando el poder, el espíritu y los privilegios de las Cortes: con la compilación de las *ordenanzas de Montalvo* y de las pragmáticas de Ramírez, entregaron casi totalmente la justicia al brazo popular. Para conseguir todo esto, grandes luchas hubieron de sostener Isabel y Fernando con la nobleza: las sostuvieron, y fueron en ellas implacables: la rigidez de los castigos, la entereza en el cumplimiento de cada una de sus resoluciones, la constancia y tesón en el propósito doblaron la altivez y la fiereza de los más poderosos, y el feudalismo, apenas nacido en España por las debilidades de la casa de Trastámara, bastarda é ilegítima, por las concesiones insensatas é interesadas de Enrique II, sobre todo, y del padre y del hermano de Isabel, acabó aplastado por la mano de acero de esta mujer singular. Cierto es que, celosa igualmente de su real prerrogativa contra las intrusiones de los poderes eclesiásticos y del Papado, al combatir á estos poderes, (aunque tan religiosa ó mejor dicho fanática) con igual ó mayor energía que á los privilegios de la nobleza, al combatir, como combatió, á nobles y clérigos con la doctrina de que «en Castilla solo debe haber un rey, y á él deben todos acatamiento», fundó Isabel la *monarquía absoluta*: absolutismo que llevaron á sus últimos límites los reyes de la casa de Austria, sus sucesores por el casamiento de su hija Juana con el archiduque Felipe, pero este *absolutismo monárquico* de los albores de la edad moderna, fué un progreso político sobre el feudalismo de la edad media, sobre el casi ilimitado y abusivo poder de nobles y prelados, á favor de las debilidades de los reyes y de la inconsciencia de los pueblos.

Mientras Isabel y su esposo acababan con el imperio de la nobleza, levantaban y fortificaban el poder de la nacionalidad, favoreciendo la industria y el comercio, fomentando la marina de guerra y la mercante, legislando sobre la administración de justicia, sobre la moneda, sobre la comunicación interior, sobre artes, ciencias é industrias.

Al amparo de Isabel nació verdaderamente la patria española.



Con la adquisición de las islas Canarias y la toma de Granada, traz diez años de heroico combatir, resucitando los tiempos de Troya y acabando con el último golpe la epopeya de siete siglos, el triunfo de la Cruz sobre la Medialuna, triunfo que salvó á Europa de ser mahometana, y con el descubrimiento de América al mismo tiempo, se colocó España, de un solo salto, á la cabeza del mundo cristiano todo, y adquirió en la historia el rango, primero material, y moral para siempre, que todavía la envidian las naciones.

¿Necesitaremos pormenorizar ahora estos dos grandes hechos históricos, los que más importancia y trascendencia han tenido para la humanidad entre todos los que glorifican nuestros anales?

Creemos que no: que no hay español, por humilde que sea, que no sepa de memoria el relato de la toma de Granada y el del descubrimiento de América: pero sí necesitamos nuevas reflexiones para terminar el estudio de esta figura colosal.

Comentando la grandeza de este personaje, nuestro primer historiador moderno, Lafuente, dice con acierto:

«El reinado de los Reyes Católicos es la transición de la Edad media, que se disuelve, á la Edad moderna, en que se inaugura.»

«Pocas veces en tan breve plazo ha entrado un pueblo en un nuevo desarrollo de su vida. Entre la Edad antigua y la Edad media de España se interpuso el largo y no bien definido período de la dominación goda; trescientos años y treinta reyes. Menos de medio siglo ha sido bastante para obrar la transición de la Edad media á la Edad moderna Española; cuarenta años y un solo reinado. ¡Tan corto término bastó á dos monarcas para regenerar el cuerpo social!

Prueba incontestable de su actividad prodigiosa.»

Halló Isabel cuando empezó á reinar una nación corrompida y plagada de malhechores; una nobleza discola, turbulenta y audaz; un trono vilipendiado; una corona sin rentas; un pueblo agobiado y pobre: halló prelados opulentos y revoltosos; caballeros ambiciosos y rebeldes; magnates codiciosos é intrigantes; próceres osados y traidores; ricos delincuentes; alcaldes criminales; una competidora al trono, de tan legítimo derecho como la hija de su hermano; un rival despechado y presuntuoso, tan emprendedor como Alfonso V de Portugal; un enemigo poderoso, tan político y astuto como Luis XI de Francia; un ejército portugués dentro de Castilla; otro ejército francés en Guipúzcoa, y por todas partes tropas rebeldes, capitaneadas por magnates castellanos.

A los pocos años los magnates se ven sometidos, los franceses rechazados en Fuenterrabía, los portugueses vencidos y arrojados de Castilla, la legítima competidora del trono encerrada en un claustro, el jactancioso rey de Portugal peregrinando por Europa, el ladino monarca francés firmando una paz con la reina de Castilla, los ricos malhechores castigados, los receptáculos del crimen dormidos, los soberbios próceres humillados, los prelados turbulentos pidiendo reconciliación, los alcaldes rebeldes implorando indulgencia, los caminos públicos sin saltadores, los talleres llenos de laboriosos menestrales, los tribunales de justicia funcionando, las cortes legislando pacíficamente: con rentas la corona, el tesoro con fondos, respetada la autoridad real, restablecido el esplendor del trono, el pueblo amando á su reina, y la nobleza sirviendo á su soberana. Castilla ha sufrido una completa transformación, y esta transformación la ha obrado una mujer.

Por esto, por tan grande recuperación de la fuerza nacional, pudo realizarse la conquista de Granada; el fin de la reconquista, hecho que estaba ya previsto desde hacía muchos años, que era fatal, irremediable; el imperio musulmán estaba moribundo hacía mucho tiempo; arrinconado, acorralado en el extremo del Andalucía por el capital de heroísmo acumulado durante siete siglos, era ya la dominación musulmana como una sombra; un pequeño obstáculo que fácilmente podía removerse con un último esfuerzo: la oportunidad de este esfuerzo es el mérito de Isabel la Grande.

La conquista de Granada no representa solo la recuperación material de un territorio más ó menos vasto, más ó menos importante y feraz arrancado del poder de un usurpador. La conquista de Granada no es puramente la terminación feliz de una lucha heroica de cerca de ocho siglos, y la muerte del imperio mahometano en la Península española. La conquista de Granada no simboliza exclusivamente el triunfo de un pueblo que recobra su independencia, que lava una afren-



ta de centenares de años, que ha vuelto por su honra, y asegura y afianza su nacionalidad. Todo esto es grande, pero no es solo; y no es lo más grande todavía. A los ojos del historiador que contempla la marcha de la humanidad, la material conquista de Granada representa otro triunfo más elevado; el triunfo de una idea civilizadora que ha venido atravesando el espacio de muchos siglos, pugnando por vencer el mentido fulgor de otra idea que aspiraba á dominar el mundo; y que precisamente era vencida al occidente de Europa, cuando en el oriente triunfaba con la ruina del imperio bizantino y conquista de Constantinopla por los turcos: el cristianismo del occidente acudía á consolar el de Oriente, y España templaba el dolor de Europa.

La guerra de Granada fué una epopeya no interrumpida de diez años. Desde la sorpresa de Alhama hasta la rendición de Granada, todo fué heroico, todo fué épico, todo dramático. Los poetas no han podido representar sino cuadros aislados é imperfectos de aquel gran drama histórico. No lo extrañamos. Es de aquellos sucesos en que la realidad histórica sobrepaja á los esfuerzos é invenciones de la poesía; en que la verdad es mil veces más maravillosa que la fábula. Se ha comparado aquel período con el de la guerra de Troya, así por su duración como por las hazañas y episodios heroicos, y por las figuras homéricas que la ilustraron.

En efecto: la tierna entrevista del marqués de Cádiz y el duque de Medinasidonia abrazándose al pie de los muros de Alhama, convertidos, por la benéfica intervención de la reina, de enconados rivales y terribles enemigos en tiernos amigos y auxiliares fieles; los lances trágicos de don Alonso de Aguilar, del maestre de Santiago, del marqués de Cádiz y del conde de Cifuentes en las breñas y desfiladeros de la Ajarquia y en las Cuestas de la Matanza; la prisión de Boabdil y la muerte del intrépido Aliatar en los Campos de Lucena; la catástrofe de los caballeros de Alcántara en la pradera de Sierra Nevada; el riesgo que Isabel y Fernando corrieron en el pabellón del campamento de Málaga, de caer bajo el puñal de un fanático santón; las maravillosas hazañas de Hernán Pérez del Pulgar; el heroísmo rudo y salvaje de Hamet el Zegri; la galantería heroica del príncipe moro Cid Hiaya; los venerables religiosos embajadores del Gran Turco en la tienda de los reyes cristianos; la resignación estoica del Zagal; los amores y desdenes de Muley y Hacem, y los celos y rivalidades de las sultanas Aixa y Zoraya; los combates sangrientos de la Alhambra y el Albaicín; la reina de Castilla soltando cadenas á millares de cautivos, acariciándolos como madre y dándoles á besar su real mano; los contrastes de cultura y de ferocidad, de generosidad y de fiereza de las rivales tribus gomeles y zegríes, abencerrajes y gazules; los ardides y proezas y las peligrosas aventuras de Juan de Vera; de Hernán Pérez, de Martín de Alarcón y de Gonzalo de Córdoba; la galante conducta del conde de Tendilla con la bella Fátima; el campamento cristiano en la Vega; el noble marqués de Cádiz recibiendo á la reina en su pabellón de seda y oro; los combates caballerescos; el incendio de las tiendas y la prodigiosa aparición de una ciudad como de milagro fabricada; el desventurado Boabdil saliendo con abatido semblante por la puerta de los Siete Suelos á entregar á su afortunado enemigo las llaves del último baluarte del imperio musulmán; el gran sacerdote de España, el cardenal Mendoza, subiendo por la cuesta de los Mártires á tomar posesión de los regios alcázares moriscos en nombre de su reina y de su religión; la reina Isabel postrada de rodillas con su ejército y con su clero en el campo de Armilla adorando la cruz que resplandecía en la torre del Alhambra, y haciendo resonar los embalsamados aires de la Vega con el canto poético que los cristianos entonan en acción de gracias al Dios de las victorias; escenas y situaciones son estas que no ceden en interés dramático á las de las más bellas páginas de la Iliada, y personajes son que igualan si no exceden, en grandeza, á los Héctores, los Ajax, los Patroclos, los Aquiles, los Ulises, y todos los demás héroes de Homero.

Resuelta con la toma de Granada definitivamente la unidad nacional española, providencial cosa parece que, en el punto mismo es lanzada esa unidad, como fuerza impulsiva de progreso, en el concierto del mundo.

Esa fuerza encerrada en estrecho límite durante tantos siglos va en un solo impulso á sobrepasar á la fuerza de grandeza de los mayores imperios; el de Alejandro el Macedonio, el de Roma, el de Carlomagno: mientras con la toma de Granada se consolida dentro de la patria el imperio gótico cristiano, se prepara con el descubrimiento de América la extensión de este imperio y su perpetuidad

por la raza en toda una mitad del mundo, entonces olvidada, sino del todo desconocida, mientras que en la otra mitad ya conocida, y gloriosa por las guerras en Italia, preparábase este dominio á ser universal.

Cristóbal Colón, rechazado en todas partes, necesitaba una Isabel de Castilla que le comprendiera, como sola una Isabel de Castilla merecía un Cristóbal Colón. Los genios se necesitaron, se merecieron y se encontraron.

Es imposible dejar de ver en la venida de Colón á Castilla algo más que el viaje de un aventurero. Un navegante de profesión, caminando á pie por la tierra, sin otro equipaje que las sandalias del apóstol y el báculo del peregrino, con unas cartas geográficas bajo del brazo, seguramente debió parecer ó un mentecato ó un profeta. El que iba á hacer el presente de un mundo tuvo que pedir un pan de caridad para sí y para su hijo á la portería de una solitaria casa religiosa; porque quien debía enviar flotas de oro y plata de las regiones que pensaba descubrir, no llevaba en su bolsa un solo escudo. Y sin embargo, pobre y extranjero como era, halló en aquella misma casa protectores generosos: la religión vino en auxilio del genio, y Colón, vencidas algunas dificultades, fué presentado á la reina Isabel... ¡Momento solemne aquel en que por primera vez se pusieron en contacto los dos genios!

No era de esperar que Isabel comprendiera las razones científicas en que Colón apoyaba su teoría y con que desenvolvía su sistema; por el talento y la penetración que se revelaban en la fisonomía del hombre, el fuego y la elocuencia con que se expresaba, la fe ardiente que se descubría en su corazón, la convicción de que se mostraba poseído, y algo de simpático que hay siempre entre las grandes almas, todo cooperó á que la reina viera en el humilde extranjero al hombre inspirado, y tal vez al instrumento de la Divinidad para la ejecución de una grande obra.

Si entonces no adoptó todavía de lleno su proyecto, le acogió al menos con benevolencia. Isabel nunca tuvo á Colón por un extravagante ó un iluso, y el marino genovés había encontrado quien, por lo menos, no le menospreciara. ¿Extrañaremos que tuviera que ejercitar todavía su paciencia por espacio de ocho años, alternando entre dificultades, obstáculos, consultas, dilaciones, zozobras, negativas y esperanzas? Nunca una gran verdad ha triunfado en el mundo de repente, y además la ocasión en que Colón había venido á Castilla no era la más oportuna para la realización de sus planes.

¿Pero fueron perdidos estos ocho años? En este intervalo Colón recibió consideraciones de los reyes de España, entró á su servicio, contrajo relaciones y amistades útiles, halló á quien consagrar su corazón y sus más íntimas afecciones, su segundo hijo nació en Castilla, y al cabo de ocho años Colón había dejado de ser extranjero en España, y el genovés se había hecho castellano.

Este fué el momento en que Isabel prohió de lleno la empresa de Colón; entonces fué cuando pronunció aquellas memorables palabras: «Yo tomaré esta empresa á cargo de mi Corona de Castilla; y cuando esto no alcanzara, empeñaré mis alhajas para ocurrir á sus gastos.» Palabras sublimes que no hubiera podido pronunciar cuando tenía sus joyas empeñadas para los gastos de la guerra de los moros. Entonces fué cuando le dijo: «Anda y descubre esas regiones desconocidas y lleva el cristianismo civilizador del otro lado de los mares, y difunde la fe divina entre los desgraciados habitantes de esa parte ignorada del universo.» Palabras grandiosas que Isabel no había podido proferir hasta asegurar el triunfo del cristianismo en España, y hasta arrojar á los infieles de sus naturales y hereditarios dominios.

Adoptada y protegida la empresa por Isabel, pronto iba á saberse si el proyectista era, en efecto, un visionario digno de lástima, ó si el más sabio y el más calculista de los hombres. Seguido de un puñado de aventureros, el atrevido náutico genovés se lanza con tres frágiles leños por los desconocidos mares de occidente.

De loco y de temerario era la reputación que dejaba á su espalda: á su vuelta nada necesitó decir; la respuesta la daban por él las elocuentes pruebas que traía de la existencia de un mundo nuevo.

El miserable visionario, el desdeñado de los doctos, el rechazado por los monarcas, el peregrino de la tierra, el mendigo de la Rábida, era ya, gracias al genio y la inspiración de una mujer, el más insigne cosmógrafo del mundo, el gran almirante de los mares de occidente, el virey de las Indias, el más envidiable y

esclarecido de los hombres: España y Europa se quedaron absortas. La unidad del globo comenzaba á realizarse y la humanidad á entrar en comunicación: ya se comprendió porqué habían sido inventadas la brújula y la imprenta; porqué era menester hallar caminos seguros entre la inmensidad del océano para poner en relación á los moradores de remotísimas tierras; porqué era necesario un medio rápido y fácil para transmitir y difundir los conocimientos humanos del mundo antiguo á los pobladores de las apartadísimas regiones del nuevo universo. Si más adelante el vapor acorta estas inmensas distancias, y la electricidad las hace casi desaparecer, progresos son del entendimiento humano en vías de la unidad y mejoramiento: mas no se olvide que á España se debe el que se pusieran por primera vez en contacto las razas humanas, que, si con el tiempo se convierten en naciones cultas, se emancipan y progresan y á su vez devuelven al viejo mundo gérmenes de civilización, esto no será sino el cumplimiento de la ley providencial que impone al género humano el deber de comunicarse en todo tiempo en el planeta sus adelantos, hasta que llegue á formar una sola familia: mas no por eso España pierde su derecho á que la humanidad la considere como uno de los grandes factores históricos del principio civilizador, grandeza que en tanta parte se debe al genio de Isabel de Castilla.

Genio que, tenaz en su propósito de la unidad nacional completa, tendió también repetidas veces á la anexión de Portugal: pero no por medio de las armas como torpemente se pretendió más tarde por políticos de menos talla que olvidaron que la fuerza nada estable funda, sino por los más políticos y humanos medios de los lazos del amor, de la liga de intereses comunes.

Esta ilustre reina, recordando que Aragón y con Aragón Cataluña y Valencia y con estas Navarra más tarde, se habían amalgamado con Castilla en razón de su feliz enlace con Don Fernando, pretendió acertadamente que Portugal también se anexionara, esa joya en mal hora arrancada en el siglo XII á la Corona de Castilla: y lo pretendió por el medio más hábil y dulce; por el casamiento de sus hijos; de príncipes castellanos con príncipes portugueses: pero la fatalidad deshizo tan hermosos planes, pues que esta reina, tan feliz en todas sus empresas, fué madre desdichadísima: todos sus hijos murieron prematuramente, cuando más esperanzas daban á la patria por sus precoces talentos y virtudes: el único que sobrevivió á la grande Isabel, la desdichada doña Juana, madre del emperador Carlos V, ha pasado á nuestros días con la melancólica nota de demente.

Algún día, sin embargo, España y Portugal serán un solo pueblo: pero lo serán por lazos suaves y legítimos, siguiendo en esto la noble senda que nos enseñaron Fernando é Isabel, quienes, habiendo conquistado á Granada, el América, el Africa, Navarra y Nápoles, no intentaron siquiera la conquista de Portugal por la violencia, sino por el derecho.

Otra gran condición de esta mujer eminente, la más fecunda en bienes, la más trascendental en la historia patria, la más revolucionaria, hablando en lenguaje moderno, fué la decisión con que apoyó al Estado llano, para robustecer la autoridad del trono contra la nobleza. No convirtió la clase humilde en clase privilegiada; pero abrió al mérito, al talento y á la virtud, los caminos de la riqueza y de los honores. Los hombres del pueblo podían llegar y llegaron á ser doctores de las universidades, magistrados, consejeros, generales y obispos. Las leyes mantenían separadas las clases, pero el mérito podía nivelar á los individuos. Cuando se vió á un hombre del pueblo, pobre fraile mendicante, el gran cardenal Cisneros, ser llamado al confesionario de la reina y ensalzado después á la silla primada de España, reservada siempre á eclesiásticos de noble alcurnia, y que acababa de dejar un prelado de la más alta aristocracia de Castilla, se comprendió que no había puesto á que no podían arribar el talento y la virtud. Este hombre no ciñó la corona regia, porque no podía; pero llegó á ser Regente del reino, nombrado por un monarca descendiente de treinta reyes; cosa desoída en los anales españoles.

Por esta tendencia de Isabel la Grande, y por el criterio que presidió á la mayor parte de sus actos de Gobierno, bien podemos decir que fué la precursora del régimen democrático.

Mientras en otras naciones de Europa se levantaba la fuerte muralla del despotismo, en lo cual nos precedieron, como nosotros les habíamos precedido en el establecimiento de las libertades públicas, en España se respetaban los fueros popu-



lares; las Cortes eran llamadas á hacer las leyes, y más de una vez, con aquiescencia de la nobleza, se reunió solo el estamento popular. El mismo Fernando, menos adicto que Isabel á estas reuniones, nunca se negó á congregarlas, ni dejó de someterse á sus prerrogativas. Si en los años del reinado de Isabel fueron convocadas con alguna menos frecuencia y se publicaron pragmáticas sin el concurso de los Estamentos, el pueblo descansaba en el acierto y justicia de su reina, de quien sabía era tan celosa por el bien público: no tuvo tanta confianza cuando, muerta Isabel, reinó solo D. Fernando, ni cuando asumieron el poder el extranjero D. Felipe y la incapaz doña Juana: tampoco la tuvo absoluta en el gran Cisneros, que, por su extraordinaria energía, se hizo sospechoso á todos los partidos.

La administración de justicia, bajo Isabel la Grande, recibió una incalculable mejora con el establecimiento y organización de las chancillerías: se hizo justicia popular. La creación de los diversos Consejos fué la aplicación primera del fecundo principio de la división del trabajo á la ciencia del gobierno. Las consideraciones y recompensas dadas á los jurisconsultos y letrados, sacaron una clase media honrosa y acomodada, en que se confundieron las gerarquías; ya no se desdeñaban los nobles de descender al estudio, nuevo para ellos, de la legislación, ni de ganar los honores de la magistratura; y los hombres del pueblo se estimulaban á subir á la deseada posición de magistrados. Tendió asimismo esta mujer de tan extraordinariamente vastas miras á la unificación de la embrollada legislación castellana; pero, á pesar de aquellas sus nobles tentativas que se llamaron las ordenanzas reales de Montalvo y las pragmáticas de Ramírez, no lo pudo conseguir.

Sus leyes suntuarias tienen en realidad el carácter de la época: son contraproducentes, como todas las de su índole, por ser en extremo minuciosas, restrictivas y absolutas; pero sálvala, aun en este error, el considerar que Isabel la Grande, enemiga del fausto, la frivolidad y el lujo, combatió además estos vicios sociales con el ejemplo.

Poco inclinada á distracciones y espectáculos, hizo cesar aquellos que por lo feroces y toscos extraviaban al pueblo en el camino de la cultura; tales como los torneos con arneses de guerra y lanzas aceradas, y las corridas de toros, por las que tuvo verdadera repulsión: de estas dijo más de una vez: *«De los toros.... propuse con toda determinación de nunca verlos en toda mi vida, ni estar donde se corran.* Que en todo esta mujer singular se adelantó á su época no en un siglo, en diez. Lástima que ninguno de sus descendientes ha sido digno de su grandeza hasta hoy, ni ha igualado con mucho su talento: por eso el progreso de nuestra patria se detuvo en ella, y solo ha vuelto á marchar cuando ya la institución monárquica se eclipsa: esa institución que sería la más perfecta, si todos los reyes tuviesen el alto espíritu de esta prócer castellana.

Pocas palabras dedicaremos á medidas trascendentales de este reinado, que han sido tildadas como errores; no para defenderlas, sino para explicarlas: nos referimos al falso criterio económico, criterio de restricción; á la creación de las vinculaciones y mayorazgos que tanto han retardado el desarrollo de la riqueza pública; á la falta de cumplimiento de los solemnes pactos hechos con los vencidos de Granada; á la expulsión de moriscos y de judíos; al trato dado á los indios de América y en general á los errores de la administración de nuestras colonias, y al establecimiento de la Inquisición.

Diremos acerca de los errores económicos que no cabe en manera alguna imputarlos á Isabel la Grande: eran errores de época. Téngase en cuenta que la economía política, la que podemos llamar ciencia de las finanzas, es modernísima; data apenas del siglo pasado: pero en el siglo de Isabel, era todo el pueblo, eran las Cortes mismas, que, acostumbradas á las leyes restrictivas de épocas anteriores, leyes que constituían algo así como una educación popular tradicional, seguían proponiendo y abogando siempre por las medidas de prohibición y limitación: tan es así, que dos años después de la muerte de Fernando, las Cortes de Valladolid, al deplorar la subida diaria de los precios de los productos y artefactos de Castilla, atribuían este mal á las remesas que se hacían á América, y proponían, como único remedio, la prohibición de las exportaciones. Este sistema restrictivo, era en la Edad Media común á toda Europa; pues todo el mundo creía entonces que la mayor riqueza de una nación consistía en la mayor masa ó suma de oro que poseyera. Los errores colosales en la administración de las colonias americanas empezaron, sí, bajo los Reyes Católicos, pero solo empezaron: tomando crecimiento y gravedad más tarde, bajo los soberanos de la Casa de Austria.

Injusto y torpe será, pues, inculpar á Isabel la Grande y á España entera de mal gobierno económico y colonial en el siglo XV y principios del XVI, cuando hasta Inglaterra, la gran nación maestra de la ciencia económica y de la administración colonial, era entonces tan restrictiva ó más que España, y no tardó menos de siglo y medio en curar sus errores.

A nadie menos que á Isabel de Castilla debe culparse de este otro error, llamado las atrocidades de los españoles con los indios de América.

Amén de la mucha exageración que escritores enemigos de España han puesto en sus cuadros de horror, más retóricos que verdaderos; y amén de que todos ellos se han inspirado en el P. Las Casas, cuyo fervor religioso é idealista, y cuyo carácter romanesco y exaltado le llevaron en sus narraciones á un apasionamiento apostólico, muy santo y muy noble, pero no siempre justo ni exacto, á tal punto que este varón ilustre en su agonía declaró *que no estaba cierto si lo que había escrito acerca del trato dado á los indios en América por los soldados españoles lo había visto todo tal como fué, ó lo había soñado*: cosa que se guardan muy bien de hacer constar los historiadores y los críticos enemigos de España: amén, decimos, de todo esto, los errores cometidos en América, que los hubo indudablemente, no son de Isabel, que fué llamada con razón la *madre de los indios*, para quienes tuvo hasta en su agonía miradas de piedad y de cariño: entenece el párrafo de su testamento en que recomienda á sus vasallos y sucesores la mayor caridad cristiana, y todo apoyo y todo interés para sus *hijos* queridos de las Indias y tierra firme.

Ella, en efecto, esta gran mujer, contribuyó siempre con entusiasmo á toda cuanta medida de protección á los americanos le inspiraron el bondadoso Colón, el apasionado Las Casas y otros varones ilustres, verdaderamente cristianos: y rechazó, y condenó y castigó indignada, toda violencia, toda fuerza, toda opresión. Preocupación constante de su vida fué, no el sacar de América las ventajas y tesoros que no llegó á conocer, ni quizá á presentir, pues murió antes que Colón, y, como Colón, inconsciente de la magnitud de la empresa que habían llevado á cabo, esto es, sin saber que habían descubierto todo un mundo; la única preocupación de esta reina fué siempre que sus *hijos* de las indias occidentales redimiesen sus almas aprendiendo la religión del Crucificado, y se civilizasen aprendiendo el idioma y las leyes de Castilla: *vasallos* los quiso siempre, nunca *esclavos*.

Los repartos de indios, los *encomenderos*, los trabajos forzados, los exterminios, vinieron después.

De la falta de cumplimiento á los pactos celebrados con los moros de Granada, es el culpable, en todo caso, el receloso Fernando; es culpable el odio de raza, y el fanatismo religioso común entonces á todos, moros y cristianos: lo mismo decimos acerca de la malhadada expulsión de moriscos y judíos: no en valde sostiene un pueblo una lucha de casi ocho siglos, lucha en cuyo fondo domina el sentimiento religioso de secta: á raíz de esa lucha se comprenden todos los abusos, exageraciones y errores que no pueden reprimirse por una sola mano, cuando ellos están arraigados en la conciencia universal.

Los pactos rotos, la expulsión de pueblos en masa, fueron males de la época, no de esta mujer de alta capacidad, á cuya perspicacia y tacto no podía esconderse, no se escondió, el inmenso mal que á la nación reportaba la violenta segregación de aquellos elementos de riqueza, aquel corte de brazos útiles; en esto no pudo Isabel la Grande dominar su época, como la dominó en tantos otros problemas políticos; en esto la época dominó á la grande Isabel.

Por otra parte, no fué España la única que ha cometido, por odio de raza, ó por odio religioso, el torpe error, el enorme delito de arrojar de un reino grandes colectividades.

Inglaterra, más modernamente, arrojó á sus puritanos; Francia, más modernamente, á sus reformistas; Alemania y Rusia hoy persiguen á los judíos con casi igual encarnizamiento que la España del siglo XVI: lo torpe en nuestra patria consiste en que no se corrigen los errores, y en otros pueblos se corrigen: lo torpe es, que con fanatismo religioso casi igual al de hace trescientos años, y pese á todas nuestras decantadas conquistas en el camino de la libertad y del progreso, y de la mucha sangre vertida desde 1812 por tan nobles ideales, las puertas de la patria estén aún cerradas para moros y judíos, y apenas si recientemente se ha abierto un resquicio á los protestantes.



Tampoco debe inculparse á Isabel I de Castilla el establecimiento de la nefanda Inquisición: la pidió el pueblo: diez años antes del decreto que la establecía, ese mismo odio de raza y de religión exacerbado por siete siglos de lucha, de que hablamos antes, pedía contra moros y judíos medidas de rigor.

Y conste que todavía no dominaba en el Estado la iglesia, ni en la iglesia el criterio feroz ultramontano: el sentimiento íntimo del pueblo, sí, era religioso agresivo: pero el alto clero era culto y sabio frecuentemente, y frecuentemente virtuoso: no había logrado aun, esclavo de Roma, esclavizar á los reyes y con los reyes á los pueblos, como lo consiguió en los reinados sucesivos: antes bien, los Reyes Católicos, con serlo tanto, celosos de sus reales prerrogativas, tuvieron á raya á ese clero y á la misma Roma de quien era inspirado.

Muchas veces, Isabel la Grande resistió con entereza abusivas pretensiones del Pontificado, ella, tan sumisa al sacerdote, como tan sinceramente religiosa: y Fernando su esposo, no solo resistió al clero con prudente energía, sino con áspera dureza.

Isabel, gran política, cuando el Papa pretendió discutir su prerrogativa en el negocio del obispado de Cuenca, y viendo desestimadas sus reclamaciones, mandó á sus súbditos que saliesen de Roma y al legado pontificio que saliese de España.

Fernando, ofendido por el Pontífice en el negocio de la cava, mandó al virey de Nápoles que hiciera *enforcar* al cursor del Papa.

Así, pues, la inquisición la impuso el pueblo, no la reina; ya antes de Isabel, y antes que en España, se había ensayado en otros pueblos: Francia, Italia y Aragón la conocían: al concederla Isabel á sus pueblos castellanos, como tribunal de simple expurgación de la fe, pero recomendando siempre se tuviera el mayor cuidado en no obligar á nadie á ser cristiano por fuerza, no pensó jamás en los excesos, en los crímenes, que, con el tiempo y las franquicias y el poder que arrancó á monarcas ineptos ó crueles, cometería la infame institución: si ella los hubiera previsto, no la funda; y si medio siglo más tarde hubiera podido esta mujer superior levantar del sepulcro la cabeza, y ver en lo que la inquisición se había convertido, la hubiera mil veces maldecido y mil veces repudiado.

A tanta grandeza como en su corazón y su cerebro acumuló esta ilustre soberana, necesariamente había de responder grandeza en su reinado, en su época y hasta en el medio ambiente que la rodeó: el genio atrae al genio; el jefe de Estado eminente y grande, es como planeta que atrae en su torno otros astros que, como satélites, embellecen la esfera en donde se traza su órbita y su dominio: si los malos monarcas son como los meteoros siniestros, que esterilizan y secan, los buenos reyes son como el sol cuyo influjo fecundiza y produce.

Dignos de la grandeza de esta soberana y de los hechos memorables que inspiró, debieron ser los hombres que colaboraron con ella en el Gobierno; y lo fueron de tal suerte, que es esta época, la época de Isabel de Castilla, una de las más gloriosas de nuestra nación, por el número de hombres eminentes.

Tuvimos en las armas á Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, terror de los granadinos; Alonso de Aguilar, el héroe caballeresco de Sierra Bermeja; Hernán Pérez del Pulgar, llamado *el de las hazañas*, por sus proezas que parecen fabulosas; Francisco Ramírez de Madrid, verdadero creador de la artillería; Pedro Navarro, el famoso ingeniero conquistador de Orán, Bujía y Trípoli; García de Paredes, Hércules de su tiempo, y Gonzalo de Córdoba, que arrebató á los guerreros de los tiempos pasados y de los futuros el renombre de *Gran Capitán*.

Tuvimos en la Iglesia hombres tan eminentes en saber y virtudes como Juan Pérez de Marchena y Diego de Deza, amparadores de Colón, que adivinaron su genio, lo comprendieron, y ayudaron con tanto fervor á su inmortal empresa; Fernando de Talavera, confesor de la Reina y por lo tanto inspirador de varios de sus grandes hechos; apóstol dulce y humanitario como catequista; Pedro González de Mendoza, cardenal, llamado *el tercer rey de España*, y eminente en la política y en las letras, y Jiménez de Cisneros, religioso, confesor, reformador, prelado, cardenal y regente; grande en la virtud, en el talento, en la ciencia, en la política, en la guerra y en el gobierno; grande y eminente en todo.

Tuvimos diplomáticos tan hábiles como Alonso de Silva, que disimulaba los ásperos tratamientos de una Corte extranjera, mientras así convenía á los intereses de su rey y su nación; tan enérgicos y duros como Antonio de Fonseca que rompía un tratado original en presencia del rey de Francia, y encomendaba

á la decisión de las armas el litigio de las dos naciones; tan vigorosos y discretos como Garcilaso de la Vega, que manejaba los negocios de Roma é interesaba al pontífice en favor de España, sin comprometerse él mismo; tan firmes y enérgicos como el conde de Tendilla y Diego López de Haro, que sostenían con entereza las regalías de la Corona; tan políticos y astutos como Francisco de Rojas, que sabía conciliar á las dos familias más enemigas y poderosas de Italia, y hacerlas trabajar unidas en favor de la causa española; tan prudentes y entendidos como Juan de Albión y Pedro de Urrea, que conducían maravillosamente los tratos de relaciones y enlaces de las familias reinantes de Austria, Inglaterra y España; tan ladinos y reservados, en fin, como Lorenzo Suárez de Figueroa, alma de la Santa Liga, que supo terminar una confederación de cinco potencias, sin que se apercibiera de ello el mismo Felipe de Comines, diplomático tan astuto como su mismo soberano Luis de Francia.

Tuvimos jurisconsultos tan eminentes como Montalvo, Ramírez, y Galíndez de Carvajal, y escritores y poetas tan famosos como Cisneros, Mendoza, Talavera, Nebrija, Oviedo, Palencia, Valera, Pulgar, Almela, Ayora, Oliva, Bergara, Manrique, Bernáldez, San Pedro, López de Haro, Montoro, Rodrigo de Cotta, Fernando de Rojas, Juan del Encina, Bartolomé de Torres Naharro, Peñalosa, Villalobos y otros mil.

Y como era mujer ilustre la que ocupaba el trono y fomentaba la cultura nacional, hasta las mujeres respondieron al impulso de su reina, y tuvimos damas tan eruditas como doña Beatriz Galíndez, la Latina, que tuvo la alta honra de ser maestra de su reina; doña Lucía de Medrano, que enseñaba los clásicos en Salamanca; doña Francisca de Nebrija que reemplazaba á su sabio padre en las aulas de Alcalá; doña María de Mendoza, famosa por su instrucción en las lenguas orientales, y doña María Pacheco, que en este reinado sobresalió por su erudición, y en el de Carlos V por el heroísmo y la bravura con que defendió las libertades castellanas, como esposa y como viuda del inmortal Juan de Padilla.

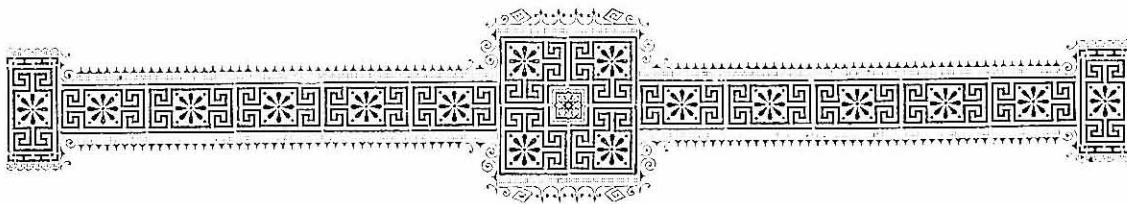
Y como si no fuera bastante el desarrollo del genio español bajo la égida de esta mujer eminente, supo atraer, como con fuerza magnética, y hacer que se apegaran al suelo español, los genios de otras naciones: así los Colonnas y los Ursinos, italianos, se aunaban para ayudar al Gran Capitán en sus trofeos; así vinieron á España, y en ella se naturalizaron, hombres tan esclarecidos como Lucio Marineo, autor de las *Cosas memorables*; Pedro Mártir de Anglería, maestro general de la juventud y la nobleza castellana, así como los hermanos Antonio y Alejandro Geraldino: así, en fin, supo atraer á España, para honor eterno de su nombre, al inmortal genovés que descubrió el nuevo mundo, y al afortunado florentino que le llamó *América*.





Cristóbal Colón





## CRISTOBAL COLON

---



o faltará quien extrañe que en una GALERÍA DE ESPAÑOLES ILUSTRES se incluya á CRISTÓBAL COLÓN, quien, si bien ha sido uno de los hombres más grandes de la humanidad, al fin no era español sino italiano; pero este reparo no tiene razón de ser.

Ciertamente, Italia puede disputarnos la gloria de contar á Colón por suyo: pero nunca puede negarnos el derecho de compartir esa gloria: si Colón le perteneció por el nacimiento, fué español por la inmortalidad: sus empresas, sus trabajos, sus anhelos, sus luchas, sus éxitos, nos pertenecen: la carne es de Italia, el alma nuestra.

No conviene, al hacer historia, fallar ni juzgar los hechos del pasado por el criterio del presente: como dentro de la inmensa y perpétua variedad de leyes, causas y fenómenos, de seres y de principios que suman la unidad de lo creado, y en esta unidad y variedad, conjuntas, reside la sabia y perfecta armonía del mundo visible, y cada hombre tiene sus vicios y virtudes, su propia fisonomía moral y física, distinta de las de los demás hombres, así cada pueblo tiene su fisonomía, su aspecto y sus ideales distintos de los demás, y cada edad su fisonomía, sus tendencias, su carácter, su aspecto, especialísimos.

Por eso es tan difícil escribir la historia. Desde luego, de los hechos presentes no deben ser jueces sus actores; la pasión no puede menos de influir en su contemplación y apreciaciones; hay que dejar el juicio sereno de los hechos presentes á las generaciones futuras: y para escribir juzgando lo pasado, hay que ponerse, haciendo abstracción absoluta del presente, dentro de las necesidades, ideales, costumbres y modo de ser del pasado.

Espíritu, pues, de adivinación, al par que de estricta justicia, se requiere para juzgar lo presente haciendo que de él arranque el porvenir, á la vez que gran dosis, suprema dosis de erudición, adivinación también y perspicacia, hacen falta para estimar el pasado con acierto.

Todo aquel que con arreglo al criterio de hoy juzgue en el pasado sobre nacionalidad, incurrirá en graves extravíos, como incurriría en graves errores al juzgar con el criterio de hoy los hechos del pasado en punto á libertad, derecho, gobierno de los pueblos, sistema religioso, artes, ciencias y cultura.



La nacionalidad de Colón no puede discutirse bajo el aspecto moderno; en tiempos de Colón las nacionalidades, tales como hoy existen, no existían; acababan su gestación, nacían recientemente: recientemente España solidificaba su unidad nacional bajo los Reyes Católicos; Francia la suya bajo Luis XI; Inglaterra la suya con los últimos Plantagenet; Alemania é Italia han formado su nacionalidad recientemente en nuestros días; en el pasado, la unidad germánica como la unidad italiana no eran, á través de las convulsiones de la historia, mas que un sueño generoso de los grandes poetas.

Todavía, pues, en tiempos de Colón, dentro de la misma Italia, un florentino era para un milanés ó un veneciano, tan extranjero como un español, un alemán ó un francés; y dentro de España, para un castellano, eran todavía un aragonés ó un catalán casi tan extranjeros como un italiano: recuérdese que en nuestras monarquías regionales, muchos príncipes, que, hijos del rey de Navarra heredaban el trono de León, ó hijos de reyes castellanos pasaban á ser reyes aragoneses, eran mal mirados como extranjeros, costándoles no pocos esfuerzos de virtud y de acierto el captarse el amor de sus vasallos.

Ejemplos: el gran Fernando I de León y de Castilla, hijo de un rey Navarro, y Fernando el de Antequera, rey de Aragón, oriundo de Castilla.

No tenían, pues, las nacionalidades de ayer la extensión, la naturaleza, el carácter de las de hoy: para juzgar de sus condiciones y anhelos, sería absurdo aplicar á su estudio el criterio que hoy distingue á las nuestras.

La virtud que se llama patriotismo, el concepto que hoy tenemos de la patria, es modernísimo; ha nacido al calor de las ideas modernas, de las ideas democráticas, y á la sombra de una política que ha robado al poder público la mayor parte de la fuerza y de la opinión que tuvo en el pasado: haciendo arrancar ese poder de la voluntad de los pueblos, del derecho común, ha ganado en extensión perdiendo en intensidad.

Más que hoy, fué axiomático en los tiempos pasados el principio latino: *ibi bene ubi patria*: los hombres eminentes de la antigüedad, más que á su patria, servían á su príncipe, más que españoles, franceses ó italianos, eran vasallos, *criados*, como ellos decían, del rey, á quien prestaban pleito homenaje: y ese pleito homenaje, ó prestación de servicios, venía á constituir verdadera carta de naturaleza.

Cristóbal Colón, desconocido y humillado en su patria, rechazado de Portugal, Francia é Inglaterra, acogido y comprendido en España por los reyes y próceres de la Iglesia y del Estado, á los Reyes Católicos prestó pleito homenaje: recibe de ellos el favor y elementos que buscaba para sus empresas, es ennoblecido, agasajado y recompensado con los más altos honores y dignidades, y Colón, en España, tiene sus amores, sus hijos, su fortuna, su renombre y su gloria: en ella quiso tener su tumba, y desde el primer momento cambió su apellido italiano españolizándolo, como poco antes los Borjas, valencianos, italianizaban el suyo convirtiéndole en *Borgia* al conquistar el papado, y con el papado las más altas dignidades en Italia y fuera de ella: *ibi bene ubi patria*.

Queda, pues, sentado, que Cristóbal Colón, el inmortal marino, es tan español como italiano: con igual derecho las dos gloriosas hermanas meridionales pueden considerarlo por suyo.

Nació en Génova en 1446 ó 1447, siendo de extrañar que se hayan disputado su cuna hasta catorce pueblos, y más aun, que en los tiempos actuales se haya manifestado la más ligera incertidumbre sobre el lugar de su nacimiento, cuando en el documento que contiene la fundación de su mayorazgo, él mismo expresó bien claro el lugar de su nacimiento, diciendo: *Della quale città di GENOVA io sono uscito, e nella quale sono nato*.

Fué hijo de un cardador de lana, oficio muy reputado en aquella república y aquella época, y hombre de cierta desahogada posición: siendo mayor que sus dos hermanos Bartolomé y Diego, que tanta parte tuvieron en sus trabajos y su gloria, fué desde muy niño dedicado al estudio de la latinidad, las matemáticas, la geografía y la astronomía, en la universidad de Pavia: estudios en que hizo notables progresos, inclinándose con ardor desde muy niño á la cosmografía y á la náutica, para cuyas ciencias Génova, ciudad marítima, le ofreció atractivos abundantes, así como grande estímulo el genio activo y emprendedor de sus compatriotas, los reyes del mar entonces.

Era Colón alto y bien formado: frente ancha, nariz aguileña, ojos pequeños y

garzos, tez buena, cabello rubio, aunque la vida del mar pronto le atezó el rostro y le encaneció el cabello antes de los treinta años: era notable por la elegancia y dignidad de su continente y la majestad de su presencia, la afluencia en el decir, la poesía de su lenguaje, la afabilidad y mesura en sus modales, y la viva exaltación de su fantasía; é imponente por la absoluta fe en sus altos designios y la convicción profundísima en la misión providencial de que estaba penetrado le inspiraba Dios: no fué nada aficionado á pasatiempos, ni frivolidades, porque tenían siempre embargado su espíritu los graves negocios á que consagró toda su vida.

Empezó por emprender varias expediciones navales en el Mediterráneo, y parece estuvo encargado ya de algunas arriesgadas empresas náuticas con motivo de las guerras de Nápoles, producidas por la ambición de los duques de Anjón. Sea de ello lo que quiera, sábese que Colón ya no era un marino vulgar cuando en 1470, á consecuencia de la derrota que sufrió en un combate naval la armada en que servía, ó de un naufragio, según otros historiadores, arribó á Lisboa, pobre, desnudo y en la mayor desesperación.

Era Portugal entonces el centro de atracción de todos los aventureros de la mar, y los portugueses los más audaces navegantes; acababan de doblar el cabo Bojador, empresa que fué comparada á los trabajos de Hércules; habían despojado la región de los trópicos de sus fantásticos terrores; reconocido las costas de Africa desde Cabo Blanco hasta Cabo Verde, y conquistado multitud de islas olvidadas ó desconocidas en aquel tiempo.

El príncipe Enrique, llamado el *Navegante*, había concebido la idea de circunnavegar el Africa para abrir un camino directo hacia el Oriente, facilitando el comercio con la India; pero la navegación del Atlántico estaba en su infancia, y á pesar de haberse extendido á la isla de la Madera y las Canarias, era tan poco conocida que los navegantes más ilustres creían que el mar ya no tenía límite en aquella extensión, error agravado por los absurdos y preocupaciones que la religión había inculcado á los pueblos.

Cuando Colón llegó á esta nación de navegantes más atrevidos que sus mismos paisanos, conoció bien pronto que era Portugal el país donde podía dar vuelo á su genio de cosmógrafo: además se hallaba en el vigor de su vida; en el esplendor de sus facultades: tenía treinta años.

Al poco tiempo de su residencia en Portugal, contrajo matrimonio con la hija de un piloto italiano llamada Felipa Moniz de Palestrello, *moza muy linda* según la tradición; y parece evidente que Colón y ella se casaron enamoradísimos, porque ella estaba pobre y desvalida cuando Colón la conoció, y él no menos desvalido y pobre, y sin nada que por entonces pudiera ni presentir lo que el destino le preparaba.

La boda se celebró en Machico, y en seguida los recién casados y la madre de la novia se fueron á vivir á Funchal, capital de la isla de la Madera.

Es casi seguro que Colón y su mujer vivieron en Funchal con muchos apuros y estrechez.

En 1476 les nació su único hijo D. Diego. Poco después hubo de morir doña Felipa.

Colón debía ya estar viudo, cuando en 1477 emprendió su viaje á Islandia. De la vida de Colón, mientras estuvo casado, nada se sabe, sino su pobreza. ¿Abrió tienda? ¿Puso casa de huéspedes? ¿Dibujó y vendió cartas de marear? Son preguntas de Florentino, su biógrafo.

Desde 1477 hasta que Colón vino á España con su gran proyecto, hubo de seguir una vida agitadaísima de lances y de aventuras por mar, de la cual creemos que se sabe poco, y sobre la cual muchísimo puede fantasearse y algo se fantasea.

El niño Diego, hijo legítimo de Colón, hubo de quedar al cuidado de su bisabuelo materno Vasco Núñez Moniz, que vivía en Machico en bastante buena posición y desahogo, pero con tan numerosa prole á quien proteger y amparar, que á ninguno de ella podría tocar muy lucida porción en el reparto.

Como Florentino se limita á tratar de la mujer de Colón y de su parentela, sobre la cual trae cumplidas y abundantes noticias, nada nos dice de lo que hizo Colón desde que fué á las regiones árticas, hasta que vino á España.

En este oscurísimo período de la vida de Colón (siete ú ocho años) hemos de poner, si les damos crédito, las navegaciones, lances y combates de Colón, bajo las órdenes del corsario Colombo el Mozo, su pariente.

Si el mismo D. Fernando Colón no lo asegurase en su *Historia*, suponiéndola suya, bien podríamos negar que el futuro almirante hubiera servido bajo las órdenes del otro Colombo, corsario, y aun que éste fuese su pariente. ¿Cuántos, sin ser parientes, llevan el mismo apellido? Además que los Colombos corsarios tal vez fueron griegos, y no se llamaron Colombos por apellido, sino por apodo antifrás-tico de sus prendas y cualidades, más propias de gavilanes que de palomas: así opina D. Juan Valera.

De cualquier modo que sea, la manía de aparecer de ilustre cuna, en todos los siglos y países, y más aun en España en los siglos XV y XVI, puede hacer incurrir á hombres discretos y juiciosos en extrañas aberraciones. Posible es, por lo tanto, que D. Fernando Colón, y aun su mismo padre, tuviesen cierta mala vergüenza de decir que eran de una familia de artesanos humildes, y supusiesen, con más ó menos motivo, ó tal vez sin más motivo que la coincidencia del apellido Colombo, que los corsarios así apellidados seran sus cercanos parientes.

En Portugal fué donde Colón concibió por primera vez su teoría de la posibilidad de navegar al Occidente hasta abrirse un camino nuevo para las Indias: la suegra de Colón, viuda como se ha dicho de un piloto ilustre del tiempo de don Enrique, conociendo la pasión de su yerno por los estudios cosmográficos y las empresas marítimas, le entregó todos los papeles, diarios de á bordo, apuntes é instrumentos que le quedaban de su muerto esposo, y estos documentos fueron para Colón tesoros inapreciables, puesto que por ellos conoció las navegaciones de los portugueses, sus planes y sus ideas, y pudo discurrir sobre la navegación de Occidente á Oriente, y se animó á acompañar á los portugueses por las costas de Guinea y Etiopía.

El tiempo que no navegaba, lo empleaba en dibujar y levantar cartas geográficas que vendía para sustentar á su familia, y estos mapas iban dándole ya gran reputación de buen cosmógrafo entre los sabios de su época: con uno de estos sabios, tal vez el más ilustre, con el docto florentino Pablo Toscanelli, tuvo larga correspondencia que le fué utilísima, pues que aquel cosmógrafo le aplaudió y alentó en sus estudios, y en los grandes proyectos que Colón ya acariciaba.

Acaso fué Toscanelli el que le dió á conocer las maravillosas narraciones del veneciano Marco Polo, que entonces fueron consideradas como fabulosas, acerca de las opulentas regiones del Asia, del Cipango y de Cathay, de los países del oro y de las perlas. Estas narraciones ayudaron á Colón á fijarse en el pensamiento de llegar por el Occidente á las costas del Asia, ó de la India como él la llama siempre, suponiendo extenderse aquella parte del globo hacia Oriente hasta comprender la mayor parte del espacio desconocido, y afirmándose en que era posible y aun fácil lo que creían absurdo todas las gentes de su época, atravesar el mar interpuesto entre el mundo antiguo y el que él soñaba.

Apoyábase en las vagas opiniones y sospechas de Aristóteles, Estrabón, Tolomeo, Plinio, Séneca y otros sabios de la antigüedad, sobre la redondez de la tierra. Recogía con avidez cuantas noticias, datos ó indicios suministraban los pilotos y navegantes que habían pasado más allá de las islas Azores. Pero el principio en que fundaba principalmente su teoría era la esferoidez del globo, y la existencia de los antípodas. Si la Tierra es esférica, decía, se podrá pasar de un meridiano á otro, ya en dirección de Oriente, ya de Occidente, y ambos caminos serán complementarios: de suerte que, si el uno pasa de 108° el otro será mucho menor. Así que dos felices errores de Colón, el de la extensión imaginaria del Asia hacia el Oriente, y el de la supuesta pequeñez de la tierra, le conducían á una verdad; el atractivo de lo falso lo llevaba hacia lo verdadero.

Tan pronto como estableció su teoría, se fijó en ella con la tenaz resolución de un hombre de genio que tiene fe en sus cálculos; lo cual, unido á su profundo sentimiento religioso, le hacía mirarse como un hombre destinado por Dios para cumplir altos designios.

Fijo en su grande idea, y aprovechando la feliz oportunidad con que entonces se descubrió la aplicación del astrolabio á la navegación, pero falta de recursos, propuso al Rey D. Juan II de Portugal, en cuya corte tanto se protegían las empresas náuticas, que, si le facilitaba hombres y bajefes, emprendería el descubrimiento de un camino más corto para la India, marchando vía recta al Occidente al través del Atlántico.

El rey consultó el punto con una junta de personas entendidas en la cosmografía y la navegación; esta junta calificó el pensamiento de extravagante, la pro-



posición de insensata, y á Colón de loco: como el rey no estuviera muy de acuerdo con la junta, alguien le propuso que entretuviera á Colón y se mandara en secreto un navío en la dirección que él había indicado, para cerciorarse de los fundamentos de la teoría: así se hizo, pero el buque volvió sin resultado alguno; lo que sirvió para acabar de ridiculizar la teoría del ilustre genovés.

Antes que á Portugal había propuesto Colón su pensamiento á su patria, Génova, la que también le contestó con una repulsa desdeñosa. Más adelante, en las cortes de Francia y de Inglaterra, donde por medio de su hermano Bartolomé propuso la misma aventura, le tildaron también de loco.

Por lo pronto, en Portugal, indignado Colón con la superchería y repulsa de que fué objeto, y no ligándole lazo alguno ya con aquel reino, pues había perdido á su esposa hacía algunos años, abandonó secretamente á Portugal, llevando consigo á su hijo Diego, ambos reducidos á la mayor pobreza.

En una tarde de verano de 1485, y bajo un sol ardiente que abrasaba los campos de Andalucía, á la puerta del convento de franciscanos de la Rábida, á media legua del puerto de Palos, llegaron á pie dos viajeros, pobremente vestidos, casi harapientos, llenos de sudor y de polvo; uno de edad ya madura, y otro, niño de corta edad, que mostraba ser hijo suyo: el hombre llamó á la puerta del convento y pidió por el amor de Dios un poco de pan y agua para su hijo.

Este hombre era CRISTÓBAL COLÓN. Mientras el niño tomaba aquel pequeño refrigerio, el guardián del convento, Fray Juan Pérez de Marchena, que pasaba por allí, reparó en la presencia majestuosa y grave del viajero, en su mirada penetrante y dulce, en su fisonomía expresiva y noble, y hasta en su vestido, que aunque pobre y estropeado por el polvo y las fatigas de un largo viaje á pie, revelaba cierta elegancia que no era de hombre vulgar. Acercose, le habló con dulzura, se informó de sus antecedentes y profesión, y entonces supo quien era, y que se dirigía á la próxima ciudad de Huelva donde residía un su cuñado.

El P. Marchena, hombre tan entendido como piadoso, admirado y enamorado de la agradable é instructiva conversación del forastero, detuvo á Colón y su hijo, y les ofreció grata hospitalidad en el convento.

Allí, en aquella humilde casa de oración y en la celda de un hombre humildísimo, pero sabio, reunidos con éste el piloto Velasco, hombre muy entendido en cosas de mar, el médico Garci-Fernández, y quizás alguna vez los ilustres Pinzones, que fueron más tarde compañeros de gloria de Colón, éste desplegó con toda confianza el secreto de sus planes grandiosos, y fué comprendido.

Todos ellos se entusiasmaron con la teoría; y el P. Marchena que había sido confesor de la Reina Isabel, más entusiasmado que todos, comprendiendo desde luego la importancia, grandeza y posibilidad de los vastos designios de Colón, le abrazó y acarició con amor, y se ofreció á ser su protector y amigo, y á introducirle y recomendarle en la corte de sus soberanos. «La religión comprendió al genio:» ha dicho Lamartine: nosotros diremos, con tanta propiedad como el gran poeta, que el genio había llegado, al fin, al seno del único pueblo que entonces podía comprenderle.

Las primeras recomendaciones de Marchena no obtuvieron éxito ninguno: Fernando de Talavera no comprendió á Colón: más feliz con el ilustre prelado Mendoza, aunque éste al principio se asustó de la valiente teoría del gran marino, pudo conseguir una audiencia de los reyes. Fernando, siempre receloso, le oyó con desconfianza: Isabel con interés. Decidieron, como antes lo había hecho el rey de Portugal, someter el punto á una asamblea de varones á la vez piadosos y entendidos que se reunió en el convento de S. Esteban de Salamanca. Allí, á los argumentos científicos de Colón, se opusieron argumentos teológicos, cuentos de la Biblia, preocupaciones y rutinas del mal llamado sentimiento religioso; en fin, lo más opuesto á la ciencia.

La mayoría de aquellos hombres de ciencia y de letras, casi todos clérigos y frailes, presididos precisamente por Talavera, no tenían otras autoridades científicas que el Génesis, S. Agustín, Lactancio, y otras tales por el estilo. No se culpe á los clérigos y no clérigos del siglo XV, apegados al dogma y á la fe, de ignorancia y de retraso: los sacerdotes y los ultramontanos del siglo XIX, en su inmensa mayoría, no saben mucho más: no quieren saber mucho más.

Sin embargo, es ya hora de hacer justicia á la reunión de Salamanca, que no fué unánime en contra de las ideas de Colón. Para honor de la ciencia española del siglo XV, hubo en Salamanca quienes, desde el primer momento, aceptaron la nue-

va teoría y la discutieron con valor en apoyo de aquel desconocido aventurero, tal vez poco considerado en razón de la humildad de su condición, y por la de ser extranjero: que el patriotismo burdo, ó patriotería, ha sido y será siempre causa de grandes errores.

Para que, á pesar de la resolución de la junta de Salamanca, contraria á los pensamientos de Colón, no siga calumniándose á los sabios españoles del siglo XV por escritores interesados fuera de España en rebajar nuestras glorias, sin considerar que los pueblos á que pertenecen esos escritores no estaban entonces más adelantados, sino por el contrario, muchísimo menos, bueno será consignar aquí los nombres de los que en ocasión tan memorable comprendieron y apoyaron las ideas de Colón, para que gocen, á la par de este, de la admiración y del agradecimiento de la humanidad y de la historia.

El ilustre Diego de Deza, el maestro Andrés de Toro, Vicente de Córdova, Pedro de San Julián, el doctor Miguel Murillo, bachiller Juan de San Martín, Alonso de Aguilar, Matías de Paz, Diego Betoño, jubilado ya, y Alonso de Peñafiel, que le sucedió en la cátedra de Escritura; Juan del Espíritu Santo, Pedro de León, Diego Magdaleno, Alonso Paredes, Francisco Porres, Juan Yarza y García Bayón, religiosos dominicos en cuyo convento fué el inmortal genovés aposentado y agasajado fraternal y decorosamente; además, los siguientes sabios que los dominicos atrajeron á su partido:

1º El maestro Roa, del Orden y convento de S. Francisco, profesor del Bachiller de pupilos en Salamanca que después había de ser el gran Cardenal Cisneros.

2º Diego de Torres, que publicó una cosmografía en el año 1485.

3º Nuñez de Yerba, que comentó y publicó en 1489 la Geografía de Pomponio Mela, poniendo al final de ella el grado de latitud en que se encuentra Salamanca.

4º Antonio de Nebrija, que además de ser el primero, al decir de Clemencin, que midió un grado de latitud terrestre en un escrito citado por Nicolás Antonio, y publicado en Salamanca antes del descubrimiento, dice que, á juzgar por el atrevimiento de algunos hombres de aquella edad, no era un absurdo creer en la existencia de los antípodas: lo cual manifestamente se refiere á Colón, que algunos años antes, en el de 1485, había revelado ya en Salamanca su proyecto.

5º El Maestro Selaya, que si por una parte tradujo el *Almanack Abraham Zacut*, cuyo manuscrito se halla en la Biblioteca Salmantina, por otra fué llamado por indicación de Deza á las Cortes de Toro, lo cual prueba sus antiguas buenas relaciones con el ayo del Príncipe Don Juan, á la sazón Obispo de Palencia.

6º Don Francisco Yañez, del colegio de pan y carbón, rector que había sido de la Universidad, amigo de los dominicos, de cuya conversación gustaba y usaba con frecuencia, y aunque legista, uno de los más acreditados sabios que entonces honraban estos estudios.

En los años que duró el debate, y mientras se resolvieron la corte y los amigos de Colón á llevar á cabo la atrevida empresa, el marino fué socorrido en sus necesidades por los dominicos, como se ha dicho, por los duques de Medinasidonia y de Medinaceli, este último hasta el punto de haberse casi resuelto á costear el viaje de Colón, á lo que no se resolvió al fin, temiendo fuese mal mirado por ser un simple particular, y al mismo tiempo fué auxiliado por los reyes, á quienes acompañó en toda la guerra de Granada.

A pesar del dictamen de la junta de Salamanca, y aprovechando el júbilo general y el de los reyes por la conquista del último baluarte del dominio musulmán en España, los inmortales amigos de Colón, Marchena y Deza, apretaron sus fervorosas gestiones en favor del navegante cerca de la reina, que pronto se rindió á partido y mandó llamar á Colón, el cual ya estaba resuelto á pasar á Francia, llamado por Carlos VIII. El celo religioso fué el principal estímulo que movió á la piadosa soberana; á Fernando, como siempre, el político. Por el tratado de 1479, que había puesto término á la guerra de sucesión entre Portugal y Castilla, se había convenido que el derecho de comercio y de descubrimiento en la costa Occidental de Africa quedase exclusivamente á los portugueses, renunciando éstos, en cambio, al que pretendían tener sobre las Canarias. Privada así España del recurso mercantil de la costa africana, apartada de las grandes vías de comunicación con el Oriente, y sin medios para enriquecerse, como las demás naciones, con los productos de las opulentas regiones de Africa, tenía que tender su mirada naturalmente al Grande Océano, y buscar un



camino más corto para la India; el proyecto de Colón, bajo el punto de vista político halagaba, pues, á Fernando, perspicaz y ambicioso como era.

Desembarazados ya los reyes de los cuidados de la guerra de Granada, volvieron la vista á Colón, y aceptaron su empresa; empezaron por nombrar una junta que ajustara con el navegante las condiciones de la ejecución de la empresa. Colón que tenía en sus ideas y en su genio una ilimitada confianza, no se quedó corto: pidió para sí y sus herederos el título y privilegios de *gran almirante de los mares* que iba á explorar: la autoridad de *virey* en las islas y continentes que descubriese, y el derecho de designar *para el gobierno de cada provincia* tres candidatos, entre los cuales elegiría el rey; pidió, además, *la décima parte de las riquezas y beneficios* que produjeran sus expediciones.

Nótese que ya Colón había cambiado por este nombre español el suyo propio italiano de *Colombo*: que se había naturalizado en España, y tenía un segundo hijo, Fernando, nacido en Andalucía de unos famosos amores clandestinos con la hermosa dama D<sup>a</sup>. Beatriz Enríquez. Hablaba, pues, á los reyes, como su criado y vasallo, pero al mismo tiempo pretendía considerarse como de igual á igual con ellos, valorando el éxito de sus empresas á su antojo, y aún antes de obtenido. Naturalmente parecieron exageradas, y aún á juicio del áspero Talavera intolerables en un advenedizo; á la luz de la fría razón, en todos los tiempos y países, no iba descaminado Talavera, dado el momento en que Colón se mostraba tan exigente, donde y cuando no sólo no se le había rechazado sin discusión, sino que se le había favorecido.

Rompiéronse las negociaciones, pues Colón se negó con entereza á modificar en nada las condiciones que había propuesto, y por segunda vez determinó salir de España. Alarmados con esta resolución sus amigos, que ya eran muchos y poderosos, tales como el duque de Medinaceli, Alonso de Quintanilla, contador Mayor de Castilla, Luis de Santangel, secretario racional de la Corona de Aragón, la marquesa de Moya doña Beatriz de Bobadilla, la amiga íntima de la reina, y otros personajes de la corte, además de los religiosos y sabios ya citados, para que una vez más conste cuán bien comprendido fué Colón en España, volvieron á empeñarse con la grande Isabel, y á decidirla resueltamente á favor de la empresa: todavía dudaba Fernando y se negaba á dar su consentimiento, bajo el pretexto de las penurias del erario: entonces fué cuando pronunció Isabel la Grande aquella frase que ha inmortalizado la Historia: *«Pues bien; no expongáis el tesoro de vuestra corona de Aragón: yo tomaré esta empresa á cargo de mi corona de Castilla, y cuando esto no alcanzase, empeñaré mis alhajas para atender á sus gastos, como las empeñé para tomar á Granada.»*

Con este hermoso arranque se decidió la suerte del marino, su gloria, y la de España: llamado otra vez Colón y alcanzado en el camino de Córdoba, aceptadas sus proposiciones y firmados solemnemente los contratos, en el acto empezó á equiparse una armada de tres carabelas, en el puerto de Palos: grandes resistencias y repugnancias tuvo que vencer la gente de mar: pero, ayudando las órdenes terminantes de los reyes y la influencia poderosa de los Pinzones en el pueblo, en la madrugada del 5 de Agosto de 1492, después de haber confesado y comulgado las tripulaciones se dieron á la mar, acompañando al intrépido Colón hasta el último momento las lágrimas y bendiciones del bondadoso Marchena.

La Historia no debe olvidar los nombres de los compañeros de Colón, que compartieron con él la gloria del descubrimiento de un mundo: fueron:

#### EN LA NAO «SANTA MARIA»

Cristóbal Colón, capitán general; Juan de la Cosa, maestro, de Santoña; Sancho Ruiz, piloto; Maestre Alonso, físico, de Moguer; Maestre Diego, contramaestre; Rodríguez Sánchez de Segovia, veedor; Pedro Gutiérrez, repostero de estrados del rey; Rodrigo de Escobedo, escribano de la armada, de Segovia; Diego de Arana, alguacil mayor, de Córdoba; Terreros, maestresala; Rodrigo de Jerez, de Ayamonte; Ruiz García, de Santoña; Rodrigo de Escobar; Francisco de Huelva; Ruiz Fernández, de Huelva; Pedro de Bilbao, de Larrabezúa; Pedro de Villa, de Santoña; Diego de Salcedo, criado de Colón; Pedro de Acevedo, paje; Luis de Torres, judío converso, intérprete.

## EN LA CARABELA «PINTA»

Martín Alonso Pinzón, capitán, de Palos; Francisco Martín Pinzón, maestre, de Palos; Cristóbal García Xalmiento, piloto; Juan de Jerez, marino, de Palos; Bartolomé García, maestre, de Palos; Juan Pérez Vizcaino, calafate, de Palos; Rodrigo de Triana, de Lepe; Juan Rodríguez Bermejo, de Molinos; Juan de Sevilla; García Hernández, despensero, de Palos; García Alonso, de Palos; Gómez Roscón, de Palos; Cristóbal Quintero, de Palos; Juan Quintero, de Palos; Diego Bermúdez, de Palos; Juan Bermúdez, descubridor después de la isla Bermuda, de Palos; Francisco García Gallego, de Moguer; Francisco García Vallejo, de Moguer; Pedro de Arcos, de Palos.

## EN LA CARABELA «NIÑA»

Vicente Yañez Pinzón, capitán, de Palos; Juan Niño, maestre, de Moguer; Bartolomé Roldán, piloto, de Palos; Francisco Niño, de Moguer; Gutiérrez Pérez, de Palos; Juan Ortíz, de Palos; Alonso Gutiérrez Querido, de Palos.

Nótese que los ilustres Pinzones, ricos y famosos navegantes y constructores del puerto de Palos, primeros que se adherieron con Marchena á la idea de Colón, primeros que se lanzaron á la empresa cuando quedó aceptada por la corte, y los que más contribuyeron á su realización, propagando en el pueblo su facilidad y utilidad, *nada pidieron para sí*. Eran españoles de los buenos tiempos, y solo querían gloria.

La tradición ha conservado cuidadosamente todos los pormenores de este viaje interesantísimo que tiene los caracteres del drama y la epopeya, por las condiciones en que se hizo y por sus resultados.

En efecto: cuando aquellos hombres, después de haber perdido de vista las Canarias, vieron que transecurrió más de un mes, y que habiendo franqueado con rapidez distancias considerables, no veían delante de sí sino un mar sin límites, comenzaron á desconfiar y á impacientarse, y cada día que pasaba crecían los recelos y murmuraciones, hasta prorrumpir en denuestos contra el orgulloso ó insensato de quien habíanse fiado, y que así los conducía á una muerte cierta, sin que sus familias, á tan incalculable distancia, pudieran saber siquiera el sitio en que habían perecido.

No ignoraba Colón los rumores ásfavorables de los marinos, y trabajaba cuanto podía por tranquilizarlos, infundiéndoles nuevas esperanzas. Sabido es que entre otros ingeniosos medios que empleó Colón para atenuar la impaciencia y la desconfianza de sus compañeros de viaje, fue el más notable el de sustraer todos los días de su cálculo de leguas marinas, una parte de las que iban avanzando; y mientras él secretamente anotaba la verdadera distancia que recorría, en el itinerario que enseñaba á los Pilotos y marineros aparecían, por ejemplo, cincuenta leguas andadas, en vez de setenta. Mas las esperanzas desaparecieron pronto, y ya los murmullos se convertían en amenazas: no faltando entre aquellos hombres turbulentos quien, en su desesperación, concibiera y aun propusiera el proyecto de arrojar al agua al extranjero que así los había comprometido y así engañado á sus reyes, y enseguida tomar rumbo para España.

Colón lo sabía todo; pero imperturbable y sereno, con fe en el corazón, con la vista fija en los astros ó en la brújula, y fingiendo ignorar lo que contra él se tramaba, todavía logró persuadirles á que por unos días no desconfiaran de él: y con esto, y con las señales que decía observar de no estar muy distante la tierra, y con la tranquilidad que procuraba mostrar en su rostro, iba entreteniéndolo y manteniendo la paz entre aquella gente bulliciosa y casi desesperada. Cuando calculaba hallarse á setecientas cincuenta leguas de Canarias, bandadas de aves, de las cuales algunas pasaron sobre los mástiles de las carabelas, vinieron á anunciar que no podía estar muy lejos alguna isla ó continente donde ellas tuvieran alimento y reposo. Colón observó su vuelo y le siguió, á costa de variar un poco el rumbo que antes llevaba. Al cabo de algunos días vieron revolotear en derredor de los buques nuevas aves de variados colores, notáronse en la superficie del agua yerbas verdes que parecían acabar de desprenderse de la tierra, pero se echaba la sonda y no se encontraba el fondo; y al ponerse el sol no se divisaba sino un horizonte ilimitado.

La desesperación llegó ya á su colmo: veíanse síntomas de atentar á la vida de Colón, y los oficiales de su mismo buque y los mismos hermanos Pinzones se lo advirtieron, y el temor de alguna violencia les hizo aconsejarle que mandase virar para regresar á España. «Tres días os pido y no más;—dijo entonces el almirante con firmeza;—y si al tercer día no hemos descubierto la costa, os prometo solemnemente que volveremos, renunciando á todas mis esperanzas de gloria y de riqueza». El tono firme con que pronunció estas palabras tranquilizó un tanto á los revoltosos, y les movió á concederle tan corto plazo. No fué menester que se cumpliera entero: parecía que el hombre tentaba á Dios, y Dios premió la arrogancia del hombre, en vez de castigarla.

Al segundo día se vieron flotar sobre las aguas una caña, una rama de árbol con fruta, un nido de pájaros suspendido en ella, y un bastón labrado con instrumento cortante. La tristeza iba desapareciendo de los semblantes de los marineros. Soplabá una fuerte brisa que hacía avanzar grandemente las naves. Por la noche, colocado Colón de pie en la cubierta de su buque, queriendo penetrar con la vista la inmensidad del espacio, creyó ver brillar una luz en lontananza; su corazón latía con violencia; toda la tripulación aguarda con ansia ver apuntar el nuevo día; el almirante manda por precaución amainar velamen; aquella noche pareció á todos un siglo. Amaneció al fin, y al despuntar los primeros rayos de la aurora...un grito general de alegría resonó á un tiempo en los tres buques: ¡Tierra! ¡Tierra!

Un marinero (dice Oviedo) de los que iban en la Capitana, natural de Lepe, llamado Rodrigo de Triana, dijo: ¡lumbre! ¡tierra! Y luego un criado de Colón, llamado Salcedo, replicó diciendo: «Eso ya lo ha dicho el almirante, mi señor:» é incontinentemente Colón dijo: «Rato ha que yo lo he dicho, y he visto aquella lumbre que está en tierra.»

Ofrecióse á los ojos de los navegantes y á corta distancia una costa cubierta de espeso verdor, poblada de árboles aromáticos, cuyos perfumes les llevaba la brisa de la mañana. Colón mandó anclar y echar al agua las chalupas, que llenas de gente se acercaron á la costa al son de instrumentos de música, con todo el ruido y aparato de una conquista. Distingúanse ya en ella habitantes que con gestos y actitudes extrañas mostraban la sorpresa y admiración de ver por primera vez lo que á ellos, según después significaron, se les antojaban monstruos salidos del mar durante la noche. También á los españoles les causaba sorpresa la forma y el color de los rostros de aquellos seres humanos. Al paso que los unos se acercaban, los otros huían como espantados. Saltó, pues, á tierra Cristóbal Colón vestido con rico manto de púrpura, como almirante del Océano, con la espada en una mano y la bandera de sus reyes en la otra, siendo el primero que puso el pie en ese nuevo mundo, cuyo descubrimiento se debía á su genio y á su perseverancia. Desembarcaron tras él sus compañeros, y postráronse en tierra para dar gracias á Dios por el éxito feliz con que acababa de coronar su empresa.

Colón se hincó de rodillas, besó la arena y la regó con sus lágrimas. Los Pilotos y marineros que la víspera le habían ultrajado, y aun atentado á su existencia, se avergonzaron de sus criminales tentaciones, se prosternaron con respeto ante aquel ser que miraban ya como sobrenatural, le pedían perdón y le besaban las manos y los vestidos. El gran almirante tomó solemne posesión del país á nombre de la Corona de Castilla. Sus esperanzas se habían cumplido; sus sueños habían tocado la realidad. Trabajos, miserias, desdenes, sinsabores, sustos, peligros, amenazas y amarguras, todo se olvidó en aquel momento de suprema felicidad. Era el 12 de Octubre de 1492.

Concluída aquella ceremonia, los naturales, que habían estado observando á cierta distancia, se fueron aproximando poco á poco, y cobrando confianza hasta el punto de tocar los vestidos y las armas de sus nuevos huéspedes, y esto con tal sencillez que alguno se hirió al tomar incautamente una espada por el filo. Entonces tuvieron ocasión de contemplarse y admirarse unos á otros. La desnudez de aquellos naturales, su tez cobriza, su rostro sin vello ni barba, sus armas que consistían en una caña á cuya punta ponían un pedazo de madera ó de hueso afilado, formaban singular contraste con el color blanco, la barba poblada, los vistosos trajes y las relucientes armas de acero de los españoles. Dulces, afables, ignorantes y tímidos aquellos isleños, entusiasmábanse á la vista de los más fútiles objetos, como sartas ó cuentas de rosario, botones, cascabeles, pedazos de vidrios ó de cristal, y otras



baratijas; mostraban, además, tal deseo de adquirirlos, que por ellos daban gustosos las producciones del país, el oro, todo lo más precioso que ellos creían tener, y se hacían cambios con gran beneplácito de todos.

Llamaban los naturales á esta isla *Guanahani*; pero Colón le puso el nombre de *San Salvador*. Guanahani era una de las muchas islas que formaban el archipiélago de las Lucayas, de las cuales reconoció algunas otras, y les puso los nombres de *Santa María de la Concepción*, *Fernandina* é *Isabela*. Parecíanse en todas ellas los habitantes y las producciones: mas como no hallase allí las riquezas ni los pueblos florecientes que él se había imaginado, preguntábales por señas á los isleños de donde sacaban el oro que ellos tenían; y ellos le significaban que de otras regiones más distantes, señalándoles el Sur. Dirigió, pues, sus naves al Mediodía, siempre en busca de las opulentas comarcas que eran el objeto de su viaje, y al cabo de algunos días arribó á una vasta región, sembrada de colinas y montañas, con tan lozana vegetación que creyó ser Cathay ó Cipango, ó algunas de las que había visto descritas en las maravillosas relaciones de Mandeville y de Marco Polo, siempre considerándolas como una continuación del continente del Asia.

Aunque más fértil que las Lucayas ó de Bahama, y rica y variada en producciones, tampoco encontró allí la abundancia de oro que se prometía; supo que los habitantes la nombraban *Cuba*; y aunque él la denominó *Juana*, en honor al príncipe don Juan, primogénito de los reyes, aquella grande isla ha conservado su primer nombre.

Detúvose muy poco en Cuba, pues, habiéndole indicado los indios el Este como la parte de donde sacaban el oro, dióse otra vez á la vela sin tardanza, y continuó navegando hasta descubrir la isla *Haiti*, que él nombró la *Española*, y lleva también el nombre de *Santo Domingo*.

Aquí tuvo la desgracia de perder su buque *Santa María*, que embarrancando en un bajo de arena se hizo astillas: y como Pinzón se había marchado en Noviembre con la *Pinta*, para hacer descubrimientos por cuenta propia, no tuvo Colón más remedio que embarcarse en la *Niña*. Echó mano el Almirante de los indígenas para las operaciones de carga y descarga del buque, en las que prestaron admirables servicios; y en una aldea vecina, en donde habitaba el jefe de aquellos, vieron los españoles por vez primera grandes cantidades del oro americano que hasta entonces habían buscado inútilmente. Esta circunstancia, y la hermosura del paisaje que ofrecía por todas partes aquella isla, indujeron á Colón á construir en ella con los restos de su barco un fortín de madera, en el que dejó una guarnición de 29 españoles al mando de don Diego de Arana. Poco después de su partida se encontraron la *Niña* y la *Pinta*, cuya separación explicó Pinzón excusándose en el mal tiempo; excusa que no aceptó por cierto Colón, quien desde aquel instante desconfió del comandante de la *Pinta*.

El estado de las dos carabelas que quedaban era á la sazón muy deplorable, debido al trabajo de los gusanos que habían carcomido las maderas, de tal modo, que no les quedaba á los expedicionarios más remedio que acelerar cuanto fuera posible el regreso á Europa.

Emprendióse éste en 16 de Enero de 1493, siendo el viaje de vuelta tan desgraciado, por causa del tiempo, como feliz había sido el de ida.

Tomó el Almirante el rumbo un poco más hacia el Norte para coger los vientos constantes del Oeste, sin embargo de que en dicho derrotero se tropezaba entonces, como hoy, con frecuentes huracanes.

En 13 de Febrero de 1493 se encontraba la escuadrilla al Oeste de las Azores acosada por un ciclón, que por poco le cuesta á la *Niña* el irse á pique.

Llena el alma de ansiedad pensaba Colón en su familia, que, falta por completo de recursos, estaba en Córdoba esperando el regreso del padre querido.

Viéndose el Almirante irremisiblemente perdido, escribió una reasumida relación de sus nuevos descubrimientos, envolviendo el escrito en un pedazo de lona hecha impermeable; metió el todo en una cajita de madera y la echó al mar, esperando que la casualidad la arrojara á una playa habitada.

Nada se supo jamás de ese documento, ni de que haya habido quien lo viera ó encontrara. Las embravecidas olas respetaron, sin embargo, la frágil nave de Colón, quien pocos días después de lo narrado llegó á la isla de Santa María. Al salir de esta, y debido á un mal consejo del gobernador de aquella isla, volvió á encontrarse el Almirante en su travesía á Lisboa con otro ciclón, que por poco le hace estrellar con su embarcación en la embocadura del Tajo.

Se ha calificado de imprudente torpeza el que Colón hiciera una visita á la corte portuguesa antes de presentarse á los reyes de España: pero, á pesar de esto, aquellos, que se hallaban en Barcelona, dispensaron al navegante tan cariñosa acogida, que no existe recuerdo de que la hubiese recibido jamás de sus soberanos ningún otro vasallo por notable que fuera.

Por parte de los pueblos fué tal el entusiasmo con que desde Lisboa á Barcelona fué recibido Colón, que este viaje le duró casi tanto como el del descubrimiento; pues las poblaciones todas salían á aclamarle á su paso, con fervor tal, como jamás un príncipe, el más amado, ni un conquistador, el más ilustre, habían podido despertar.

En 28 de Mayo se despidieron de Colón los Reyes Católicos, después de confirmarle sus honores, cargos y privilegios, concediéndole además el uso de unas armas en cuyo escudo se veían en un solo campo, las armas de Castilla y de León, cinco áncoras, y debajo de ellas una línea de islas que se extienden por delante de un golfo. Este escudo de armas llevaba por lema el famoso *Por Castilla y por León nuevo mundo halló Colón*.

Fueron aquellos para el ilustre navegante los días más gloriosos de su vida, días que no debía volver á ver jamás.

Mientras el Papa Alejandro VI, sin atender para nada á los fundamentos en que se apoyó Colón al hacer su expedición al Occidente, se estaba ocupando en trazar los límites dentro de los cuales debían estar contenidas las pretensiones de España y Portugal, como si hubiera sido posible dividir el globo terráqueo por una línea trazada al capricho, se trabajaba con afán en organizar una segunda expedición formada por 14 carabelas y tres transportes, con una tripulación de 1000 hombres que salió de Cádiz el 25 de Setiembre de 1493.

Durante este viaje, mantuvo su escuadra algo más al Sur que en el primero, por lo que fué á parar á la *Dominica, Pequeñas Antillas y Guadalupe*, en donde vió por vez primera á los caribes antropófagos, cuya salvaje valentía tanto tenía que dar que hacer más adelante á los españoles.

Al llegar á la *Española*, se encontraron los expedicionarios con que el fuerte había sido demolido y asesinada su guarnición, sin que fuera posible descubrir si los autores de semejantes hechos habían sido los indígenas de aquella costa, ó algunas tribus enemigas del interior de la isla. Para consolarse de esto, supieron los españoles que en las vecinas montañas del Cibao existía en gran abundancia el oro, convenciéndose Colón de la verdad de ello en una expedición que hizo en persona á dichos montes.

El Almirante exploró después, solo en parte, la costa de *Cuba* que los naturales llamaban *Ciba* y Colón tomó por *Gypango*, convencido siempre de que había llegado á los países del Asia Oriental.

Colón no tenía reposo, pues no pensaba mas que en regresar á la *Española*.

En ella cayó gravemente enfermo, dulcificando solo sus penas la alegría de ver de nuevo á su hermano Bartolomé, quien había emprendido independientemente con tres buques la travesía del Océano hacia el oeste.

El poderoso cacique de Maguana, al frente de una nube de guerreros, se fué al encuentro de los invasores para batirlos y aniquilarlos en campo abierto. Tuvo lugar en 25 de Marzo de 1495 el choque entre aquel ejército de indios americanos y los europeos representados por 200 españoles, ayudados por algunos pelotones de indios amigos.

En 20 de Abril emprendió Colón el viaje de regreso á España.

Al regresar esta vez, fué nuevamente objeto por parte de la corte española de un grandioso recibimiento, á pesar de que el genovés, en vez de venir del nuevo mundo con riquezas, no trajo mas que la triste relación de los obstáculos é inconvenientes con que había tenido que luchar en su segunda expedición.

Después de haber obtenido Colón en 1497 que se le concediera privilegio exclusivo para hacer nuevos descubrimientos, prohibiendo que nadie más se dedicara á ellos, pudo organizar una tercera expedición formada por seis buques, que zarparon el 30 de Mayo de 1498 de Sanlúcar de Barrameda con rumbo al Occidente.

Esta vez navegó Colón todavía más hacia el Sur, atravesando el Océano casi á la altura ó latitud de Cabo Verde: tropezó en zona ecuatorial con una espantosa calma que le hizo detener su marcha bajo un sol de fuego, sufriendo lo que es increíble. Pudo, empero, llegar por fin el 31 de Julio cerca de *Trinidad*, y poco después á las costas del continente sud-americano.



Al ver Colón la extensa boca del caudaloso *Orinoco*, que como un mar inmenso cubría de agua dulce la superficie del Océano, se convenció todavía más de que un río tan importante no podía pertenecer á una isla sino á un continente.

No se curó, empero, de explorarlo, procurando únicamente dirigirse á la *Española*.

Llegado Colón á la *Española*, se encontró con que todo estaba allí cambiado y revuelto. El régimen demasiado severo de su hermano, el Adelantado don Bartolomé, la escasez de todo, y el excesivo y penoso trabajo á que se obligaba á los inmigrantes, dieron por resultado que se insurreccionaran estos, siendo la sublevación tan importante que Colón, el Virrey, tuvo que doblegarse á firmar con ellos un tratado.

Semejante estado de cosas, el ver que no llegaban nunca los prometidos tesoros, y que lo obtenido hasta la fecha no cubría ni con mucho los gastos de la expedición, produjeron en la Corte una gran reacción que dió por resultado el eclipsársele á Colón el sol de la gracia real, sucediéndole lo que á tantísimos grandes hombres que existieron antes, ó posteriormente á él.

Poco tiempo después, envió, en efecto, el monarca con plenos poderes á la *Española* á don Francisco Bobadilla, con orden de examinar sobre el mismo terreno la situación, y exigir, en caso necesario, que Colón le devolviera cuanto fuere de propiedad real.

Al llegar Bobadilla, mandó encadenar inmediatamente á Diego Colón que se encontraba entonces en el fuerte de la Concepción, corrió á presentarse espontánea é inmediatamente, siendo también preso y encerrado en la Ciudad de Santo Domingo con su hermano. Colón llegó á temer hasta por su vida, no tranquilizándose un tanto hasta que, encadenado, se vió junto con su hermano Bartolomé á bordo de una carabela que iba á zarpar con rumbo á España.

Llegado á la Península, fué entregado el ex-almirante á las autoridades de Cádiz, que tenían encargo de guardarle preso hasta nueva orden.

Dióla en breve la reina poniéndole en libertad, y mandando se le entregaran 200 ducados para que pudiera presentarse de la manera más conveniente en la corte, que se hallaba en Granada.

El recibimiento que hicieron esta vez á Colón los monarcas fué muy cordial, á pesar de que pronto comprendieron aquellos, al escuchar las razones del Almirante, que los derechos y privilegios concedidos á éste eran incompatibles con las pretensiones de la Corona: pues ya no era para nadie un secreto que, detrás de las islas descubiertas por el marino genovés, se extendía un inmenso continente. Mucho se sabía, además, sobre las costas de la *Guayana* y de *Venezuela*, y del istmo de *Panamá*, y que aquellas tierras no tenían fin en dirección ninguna. En vista de esto, es natural que los Reyes nada más quisieran saber de limitación de los derechos y privilegios de la Corona; en pocas palabras, que se había acabado aquello de un vireinato del Almirante en aquellas tierras.

Sufrió éste entonces el mayor de los engaños y desilusiones que caracterizaron su vida, y que, bien considerado todo, no eran entonces mas que resultados de sus exageradas pretensiones y exigencias.

Bajo el punto de vista pecuniario, hizo don Fernando cuanto pudo por Colón, asegurándole una parte de los ingresos producidos por los países nuevamente descubiertos al tesoro real. Llamóse, además, á Bobadilla, ordenándole regresara á España, nombrando para sustituirle en el cargo de lugarteniente á Nicolás de Ovando, quien partió inmediatamente para las Indias Occidentales al frente de una poderosa escuadra, en que iban 2500 personas, en su mayoría individuos de las mejores clases de la sociedad.

Colón obtuvo, por otra parte, permiso para organizar otra expedición, compuesta de cuatro carabelas, con la que zarpó de la bahía de Cádiz el 9 de Mayo de 1502, llegando felizmente á la *Martinica*, desde donde se trasladó casi seguidamente á *Santo Domingo*. Al llegar su escuadrilla frente á la ciudad, y viendo se aproximaba una tempestad, pidió á Ovando permiso para fondear en el puerto. Negóse aquel á la petición, no precisamente por enemistad á Colón, sino por temer que las tripulaciones de los buques de su escuadra, entre las que había muchos enemigos acérrimos del genovés, promovieran conflictos.

Colón hizo fondear entonces sus barcos en la bahía de *Asua*, mientras que la escuadra de Ovando, compuesta de veinte embarcaciones, emprendía el regreso á

España. Sorprendida dicha escuadra por un violento huracán, se fué casi toda á pique, pereciendo, entre mucha gente, el mismo Bobadilla: ese que mandó encadenar á Colón.

Este, que recibió poquísimo daño en aquella tempestad, continuó con su acostumbrada suerte en la navegación su rumbo hacia el Oeste, llegando después de algunos esfuerzos á las costas de *Honduras*; navegó después desde aquellas un poco más hacia el sur, descubriendo nuevos países ricos en minas de oro, corriendo, empero, tantos temporales, que, al referirse á esta parte de sus viajes, escribe en su diario ser imposible que otro marino haya podido pasar jamás tan horribles peligros. Hallándose en aquellos confines, oyó Colón decir á los indígenas que á unos diez días de marcha hacia el Oeste se extendía otro mar sin límites, creyendo con esto que se hallaba cerca del Quersoneso de los Ptolomeos, ó sea en las costas de Levante; tal era la convicción que tenía siempre el marino genovés de encontrarse en el Asia oriental.

El resto de este cuarto viaje de Colón fué solamente una cadena de obstáculos é incidentes desgraciados. Atacado en tierra por los salvajes, y por los elementos en el mar, navegando en embarcaciones carcomidas por los gusanos, que podían á duras penas mantenerse á flote, no tuvo el Almirante más remedio que navegar como pudo con sus carabelas hasta la costa septentrional de la *Jamaica*, y hacerlas embarrancar en la playa.

Mediante una especie de venta ó contracambio de objetos con los indios, pudieron los náufragos procurarse los necesarios víveres; pero sea por haberse agotado las fruslerías, ó por cansancio de aquellos, llegó un momento en que, además de negarse los indios á procurar más comestibles, tomaron una actitud amenazadora. Sucedió esto en Febrero de 1504; esto es, poco antes del eclipse total de luna habido en la noche del 29 de aquel mes.

Colón, que sabía tendrfa lugar el fenómeno, por haberlo leído en las efemérides de Regiomontanus, se aprovechó de él amenazando á los indios con las iras celestes, y con que perderían la luz de la luna si no proporcionaban víveres á los extranjeros. Espantadas, en efecto, aquellas sencillas gentes al observar el eclipse en cuestión, procuraron á los europeos nuevamente comestibles.

Los náufragos habrían, sin embargo, acabado por perecer sin remedio, á no haber sido por el heroico esfuerzo de Diego Méndez, hombre de un temple de acero, por el estilo de tantos que se dieron á conocer por su esforzado ánimo en tiempo de los conquistadores, quien concibió el temerario proyecto de embarcarse en una miserable canoa india, y emprender con tan frágil é insegura embarcación el dar la vuelta á la *Jamaica*, lanzándose á una navegación de 200 kilómetros en alta mar, y aventurándose después á otra de 600 kilómetros para ir á Santo Domingo en busca de socorros.

Después de un viaje, en cuya comparación son solo bagatelas los peligros y contrariedades que sufren los pobres aventureros contemporáneos que recorren el Africa, llegó Méndez á Santo Domingo, encontrándose con que Ovando se negaba á prestar á los náufragos el auxilio solicitado, contentándose con ofrecerles cierta cantidad de vino y cecina, y un buque que debería venir de España. No desmayó empero Méndez, logrando, gracias á sus esfuerzos y asombrosa actividad, comprar de propia cuenta una embarcación que envió para ir á recoger al Almirante y á sus compañeros de exploración, en el caso de que se contaran aquellos todavía en el mundo de los vivos.

Colón veía próxima su decadencia, como lo prueba el texto de la carta siguiente, dirigida á Ovando por el intermedio de Diego Méndez:

«Solo, en medio de mi dolor, esperando á cada instante la muerte, rodeado por un millón de salvajes, crueles y mortales enemigos, lejos de los Sacramentos de la Iglesia, nadie se acordará de mi alma al separarse ésta del cuerpo. Quien tenga misericordia y sea amante de la verdad y de la justicia, que lllore por mí».

En el momento más apurado y extremo se presentó Méndez, á quien Colón creía muerto, con el tan esperado socorro.

Sin grandes obstáculos llegó el Almirante á Santo Domingo, en donde fué malísimamente recibido por Ovando. Imposible ya su permanencia en el nuevo mundo, condújole en 12 de Setiembre un buque á Colón, por última vez, á través del Océano, llegando en 7 de Noviembre de 1504 á Sanlúcar de Barrameda.

Colón renunció entonces á todo menos al vireinato de las Indias Occidentales, para

sí y sus herederos y sucesores. Solo y cansado ya de la vida; muerta su magnánima protectora la reina Isabel, la lucha ya imposible de sus pretensiones y anhelos de más gloria contra la fría suspicacia de Fernando y los enemigos de la corte, lucha cuyas interesantes peripecias han poetizado Irving y Lamartine, acabó con el resto de energía de aquel espíritu indomable. Casi en la miseria, casi olvidado y desconocido, abrumado por los años y los achaques contraídos en tan gloriosas campañas, pero siempre enérgico y altivo, murió Colón en una pobre posada de Valladolid, el 20 de Mayo de 1506.

De los hijos de Colón, Fernando, que era el natural, heredó su genio. Diego que era el mayor y el legítimo, le sucedió en las dignidades y estados por sentencia del Consejo de Indias contra la Corona. Casó después con una sobrina del duque de Alba. Carlos V se opuso también más adelante á la sucesión del hijo de Don Diego, el cual, desalentado, tuvo por prudente acceder á permutar sus derechos por otras dignidades y rentas que le fueron señaladas en Castilla. Los títulos de *Duque de Veragua* y *Marqués de Jamaica* que llevan sus descendientes, proceden de estos lugares que Colón descubrió en su cuarto y último viaje.

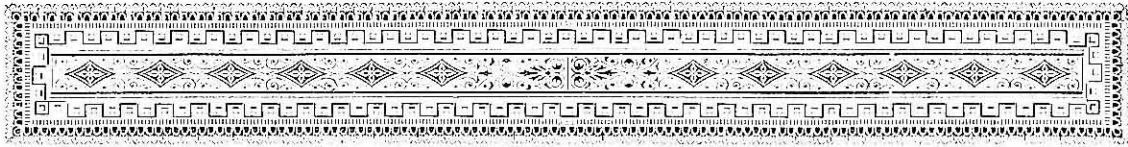




D. Juan de Padilla

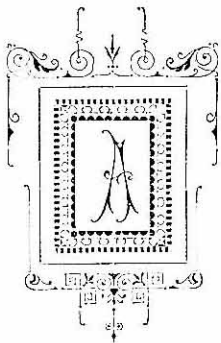






## JUAN DE PADILLA

---



unque se ha dicho con exactitud que el feudalismo de la edad media no echó raíces en España, porque, acorralados los restos de la monarquía visigoda tras los cantábricos riscos por los musulmanes, la necesidad de reconquistar la patria niveló las clases y los derechos ante un peligro común, y nobles y plebeyos, todos tuvieron necesidad de ser soldados; de cuya necesidad nació esa democracia genuina, curiosa, admirable, propia solo de nuestra raza española; democracia más encarnada ó arraigada en las costumbres que en el derecho, en la masa de la sangre que en el acto de gobernar; esa democracia española pura y secular que hace de nuestros nobles de abolengo los más altivos y á la vez los más sencillos y dignos y cultos de todos los aristócratas de Europa; y de nuestros hombres del pueblo plebeyos que fuera de España parecen con tanta frecuencia nobles por el íntimo, por el profundo sentimiento de dignidad personal, condiciones que ya han llamado la atención de muchos pensadores extranjeros; aunque el feudalismo inglés, alemán y francés, azote de la edad media, y del que tantos resabios bárbaros quedan todavía, no arraigó por fortuna en nuestro suelo, en varias de las épocas de nuestra historia pretendió tomar carta de naturaleza española, á favor de la debilidad de muchos monarcas, y de los enlaces de otros con princesas extranjeras; que, naturalmente, acompañadas á Castilla, Aragón, Navarra ó Barcelona por magnates, prelados y políticos de su país, quisieron infiltrar en el nuestro sus costumbres, como sucedió ya en tiempo de Alfonso el Casto, apenas iniciada la reconquista: dicho rey, enlazado con una princesa de Francia, se enamoró bien pronto del feudalismo francés; y entre la reina y el arzobispo don Bernardo, su compatriota, se empeñaron en introducir en la naciente monarquía castellana tan pernicioso sistema. No prevaleció por la viril energía de los castellanos, enamorados á su vez de los hermosos fueros que conquistaban á costa de su sangre, y solo en Navarra y en el condado de Barcelona progresó algo el feudalismo, á merced del predominio que en esas regiones tuvieron de cuando en cuando príncipes de sangre francesa.

Aragón y Castilla, y todas las regiones dominadas por los moros, se vieron libres de aquel régimen bárbaro.

Después del Alfonso II que acabamos de citar, se dieron con la misma mala fortuna varias tentativas, porque siempre á los apetitos de predominio de la nobleza ó

del clero sobre el pueblo y sobre el rey respondían los reyes sembrando los fueros comunales, las cartas pueblas, por todos los ámbitos de sus estados más extensos cada día, y los pueblos aprovechando aquella benéfica semilla para nivelarse con los señores, é intervenir como factor poderoso, del que no se podía prescindir, en todas las grandes contiendas de la patria historia. Entonces, entonces fué, en los siglos grandiosos para España XI, XII y XIII, cuando dimos al mundo ejemplo de independencia, de grandeza y dignidad y cultura como nacionalidad virgen, como agrupación humana que crece y se desenvuelve al amparo de leyes sabias; y entonces fué cuando los extraños nos tomaron, nos copiaron esas leyes, esos códigos de Sobrarbe, esos fueros de Avilés, esos *usaljes* de Cataluña, esas cartas pueblas, aquellos derechos populares, alma de la virilidad altiva de la región vascongada y de la región cantábrica, de donde bajaron como de las cumbres el sol; alma de las comunidades, de las hermandades de Castilla, y de las germanías de Valencia y de las libertades de Aragón.

Necesarias fueron las prevenciones de Alfonso el Sabio contra el fuero popular, y su celo por la majestad del trono; necesarias las turbulencias de su reinado y las de sus sucesores Sancho y Fernando, y el triunfo del bastardo fratricida Enrique, apoyado en la nobleza, y la debilidad de Juan I, y la más grande aun de Juan II y la impotencia de Enrique IV, para que la aristocracia castellana se afirmara en el predominio y se ensoberbeciera hasta el punto de casi anular las públicas libertades, conjuntamente con el poder de los monarcas, que fué para ella casi vil juguete. Mas los reyes Católicos, imitando la energía de Fernando III, de Alfonso XI, de Pedro el Cruel á la vez que el Justiciero y el Grande, y de Enrique III, atraían esa nobleza, la sofrenan, y aunque tan celosos de su dignidad real como Pedro el de Aragón y Juan II el de Navarra, no son menos amantes del fuero popular que estos reyes: sin embargo, más enemigos aun que del fuero popular lo son del predominio de la nobleza y del clero: y si fundan el despotismo, es un despotismo templado por la autoridad de las Cortes, por la voluntad y amor de los pueblos.

Adriano el Cardenal, muy débilmente, y el otro Cardenal Giménez de Cisneros con toda su energía indomable, y el tacto y la habilidad que hicieron de él uno de los más grandes políticos que ha habido en nuestra raza y en el mundo, acaban de abatir, de aplastar á la nobleza; y de tal suerte la sofrenan y abaten, que cuando un príncipe extranjero pone el pie sobre las libertades castellanas aun antes de ponerlo en tierra española, los nobles de Castilla, celosos de esas libertades que tal vez no miran como propias, se agrupan en torno de la bandera imperial, la bandera del archiduque austriaco Carlos, el V de Alemania por su padre, el I de España por su madre Juana la Loca, hija de la grande Isabel; y cuando Carlos, educado en el extranjero, desconocedor por completo de nuestro carácter nacional, celoso únicamente de los fueros de su estirpe y su corona, desconoce la obra de Cisneros, menosprecia las Cortes, pisotea los fueros populares, confundiendo la grande obra de sus abuelos, la obra de matar el feudalismo naciente, con la de anular la personalidad de la nación para que solo brille la suya, cuando esto sucede, los nobles castellanos, aun viendo que un ejército de extranjeros, de flamencos, cae sobre España y la tratan como á país conquistado, esos nobles se agrupan bajo el estandarte imperial, y le prestan sus espadas, las espadas de las Navas y el Salado, de Valencia la del Cid y de Granada la del Gran Maestro, y con esas espadas rasgan los códigos inmortales de nuestras libertades públicas; siegan el cuello altivo de JUAN DE PADILLA, su heroico adalid, y entronizan ese despotismo extranjero, que, á vueltas de efímeras glorias militares y de algunos días de pasajera grandeza, llevan á España por una rápida pendiente de humillación, de atraso, de miseria y de desventura, casi al último, al más bajo peldaño en la escala de los pueblos cultos; é infiltran en nuestra sangre y en la de nuestros descendientes de otros pueblos el virus del fanatismo, de la degradación, de la dócil servidumbre: virus que á duras penas estamos arrancando de nuestra sangre generosa en el siglo XIX, para que nuestra heroica raza del siglo XIII vuelva á recobrar aquella talla de espíritu, aquella viril energía, sola capaz de llevarnos á grandes concepciones y grandes empresas.

Como ha dicho Donoso Cortés, nada menos que el ultramontano y ultrarealista Donoso Cortés, la monarquía austriaca fué un paréntesis en nuestra historia: y la borbónica, añadiremos nosotros, con permiso del ilustre sectario de los Borbones absolutos, y la borbónica no ha sido otra cosa que la continuación de ese paréntesis.

Pues bien: contra ese fin y acabamiento del glorioso pasado de nuestra historia durante la reconquista; contra la usurpación de las libertades y la muerte del espíritu nacional, se opusieron con poderoso instinto y con impulso formidable las ciudades castellanas; y el más grande de los héroes de aquel movimiento cuya conmovedora narración llena la más hermosa página de nuestra historia, fué JUAN DE PADILLA, el inmortal capitán toledano, (que por cierto no tiene estatua en Toledo todavía), el mártir de nuestros seculares fueros castellanos, cuyo nombre mil veces venerando acude al corazón y á la mente de cuantos desde entonces, en cualquier confín del mundo, invocan esta hermosa palabra: *¡libertad!*

Creemos ocioso hacer la narración, siquiera brevísima, de aquella revolución grandiosa vencida por la traición cobarde de los nobles, porque no hay español medianamente instruído que no tenga de ella conocimiento. No podemos, en tan breve espacio como á estas biografías les es concedido, recordar los antecedentes de la contienda; las intromisiones de Carlos en el fuero de Castilla; las respetuosas representaciones que los pueblos le hicieron; los desdenes y brutalidades con que el nuevo imperante, ya sin el sagaz y patriótico concurso de Cisneros, trató á los procuradores de las ciudades; las intrigas de la nobleza y el alto clero; las alteraciones á que dieron lugar; los horrores de los primeros castigos á estas alteraciones consiguientes, horrores que provocaron el general levantamiento; el noble papel que en esta gravísima cuestión tuvo la misma madre del joven y desconcertado emperador, doña Juana la Loca, favorable á la causa de las Comunidades; la defección de los nobles, en un principio simpáticos á la causa popular; todo tiene que palidecer ante el recuerdo del ilustre mártir *Padilla*, general en jefe de los ejércitos comunales, cuyo nombre, el de sus heroicos compañeros de martirio Bravo y Maldonado, el de su brava esposa Juana Pacheco, y el del ilustre obispo Acuña, llenan las páginas de ese libro de oro que se llama *Historia de las Comunidades de Castilla*.

Soldado de valía, hombre de raza de valientes, porque su padre Pero López de Padilla, había sido ya insigne en el ejercicio de las armas, era Padilla muy joven cuando ya mereció en Aragón un alto cargo: muy joven era cuando respondió al grito de sus paisanos entre quienes gozaba, por sus virtudes y el amor al pueblo y el odio á la soberbia irritante de los nobles, inmensa popularidad; muy joven cuando le pusieron al frente de la heroica revolución; muy joven cuando dió á experimentados capitanes ejemplo de constancia, de ardimiento y de destreza, obteniendo tan señalados triunfos que, para vencerle, tuvo la desconcertada regencia que llamar en su apoyo al extranjero, y muy joven, en fin, poco más tenía de treinta años, cuando al día siguiente del desastre de Villalar, en que fué cobardemente abandonado sin combatir, entregó su noble cuello al verdugo, en unión de sus denodados tenientes Bravo y Maldonado.

Por eso, antes de las Comunidades, no tenía Padilla historia; pero en las Comunidades es su heroico nombre el primero: las peripecias del malhadado día de Villalar, que fué noche en nuestra historia, solo se leen al cabo de tres siglos con lágrimas en los ojos. Recordemos con Ferrer del Río las últimas líneas de ese capítulo de sangre:

« Dos leguas y media duró el alcance hasta cerrar la noche: (de Villalar:) cien hombres quedaron muertos en el campo, cuatrocientos heridos, y mil prisioneros, todos en carnes; que hasta en la última prenda de sus vestidos se cebó el afán de rapiña de los vencedores en aquella mal llamada batalla. Ni un solo soldado de los imperiales perdió la vida; de los comuneros salváronse los más ágiles, y algunos que tuvieron la precaución de cambiar por cruces blancas las cruces rojas que prendidas al pecho les distinguían de sus contrarios.

Hubo de parecer á los magnates el de tantas víctimas pobre holocausto para solemnizar su fácil victoria. Aquella noche se juntaron en consejo para deliberar sobre la suerte de los capitanes, á quienes se había encerrado en el cercano castillo de Villalba, propiedad de Ulloa, que bajamente hirió á Padilla. No todos los que asistieron á resolver en tan grave negocio respiraron iras y venganzas: á varios se oyeron palabras de clemencia, y algunos trabajaron con destreza por introducir trámites dilatorios, hasta que sabedor del suceso Carlos de Gante dictara la sentencia que fuere de su agrado. Entre éstos se contó, sin duda, el almirante (D. Fadrique Enríquez) que, abandonándose á sus sentimientos generosos y pregonando que la humanidad esclarece el valor, pudo conseguir que en Villalar hubiera prisioneros, y que muy luego se diese suelta á los soldados rasos. Nada valieron las



intercesiones á favor de los capitanes: en su mayor número los individuos de la nobleza castellana tuvieron por afeminación apiadarse con ruegos, y por desdoro derramar su perdón sobre traidores. ¡Cuándo no lo son los vencidos!

Al fin se falló, sin otra forma de proceso, que en el rollo de Villalar fuesen degollados Maldonado Pimentel, Bravo y Padilla. Otro día de mañana les notificaron la sentencia, y se les trasladó del castillo á una casa fuerte del pueblo: Bravo y Maldonado Pimentel oyéronla intranquilos de coraje, que no de miedo. Sereno de ánimo Padilla, y á mayor altura en la última desdicha que en su próspera suerte, mostróse entonces más que nunca digno jefe de una causa noble y santa. Un confesor letrado pidió con anhelo religioso, y un escribano para hacer testamento: ninguna de sus peticiones se le satisfizo: no la primera, por indicársele con descomedimiento ser impropio el lugar y el momento de pararse en tales filigranas; no la segunda por ociosa, puesto que se le habían de confiscar sus bienes. A un fraile franciscano dijo contritamente sus culpas; después quiso cumplir las obligaciones postreras de buen ciudadano y amante esposo, y vertió en el papel expresiones que enternecen por lo sentidas y abrasan la sangre por lo vigorosas, legando á la posteridad en dos concisas cartas un testimonio auténtico del gran temple de su alma indomable, y de la alteza de sus aspiraciones. « Con la sangre de mi cuerpo « se refrescan tus victorias antepasadas (escribía á Toledo). Si mi ventura no me « dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala « dicha y no en mi buena voluntad; la cual como á madre te requiero me recibas, « pues Dios no me dió más que perder por tí de lo que aventuré... Solo voy con « un consuelo muy alegre; que yo, el menor de tus hijos, muero por tí, é que tu « has criado á tus pechos á quien podría tomar enmienda de mi agravio. »

No menos inflamado de amor conyugal que de patriotismo aquel magnánimo pecho, decía á su esposa. « Si vuestra pena no me lastimara más que mi muerte, « yo me tuviera por bienaventurado... Mi ánimo, pues ya otra cosa no tengo, « dejo en vuestras manos. Vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que más « os quiso. A Pero López, mi señor, no escribo porque no oso, que, aunque fuí su hijo « en osar perder la vida, no fuí su heredero en la ventura. » Embebecido estaba en melancólicos deleites al despedirse de las prendas de su cariño; pero de súbito hubo de reparar en que, imágenes de la desesperación y de la esperanza, se hallaban pendientes de la ocupación que absorbía sus últimos pensamientos el que en representación del hombre condena, y el que á nombre de Dios absuelve; y, agitando velozmente la pluma, y pronto á marchar al suplicio, dejó estampado este sublime concepto: « No quiero más dilatar, por no dar pena al verdugo que me espera, « y por no dar sospechas de que por alargar la vida alargo la carta. » Fiado en que su criado Sosa, como testigo de vista, supliría de palabra lo que en el escrito faltase, puso término Padilla á aquel trabajo angustioso al par que dulce.

Muchedumbre y soldadesca se impacientaban entretanto agolpadas en las avenidas de la prisión, y bullían en tropel confuso por la carrera hasta la plaza: un general murmullo de palabras trasmitidas de unos en otros aguzó la curiosidad de los soldados y de la plebe: todos dirigieron la vista á un mismo punto buscando un claro por entre los que tenían delante, ó trepando á sus hombros ó encaramándose en las rejas. Ante todo divisaron en dos filas gente de armas que abría lentamente calle; después dos alcaldes destinados á escarnecer la justicia, dando fe y testimonio de que, sin preceder juicio, se ensangrentaba el cadalso: en el centro Juan de Padilla y Juan Bravo, montados en sendas mulas encubiertas de negro, y auxiliados por sacerdotes que, con seguridad, el día antecedente habían sido parte en la horrible matanza.

Entre ellos no venía don Pedro Maldonado Pimentel, condenado á morir como los capitanes de Toledo y de Segovia. Libertádole había el conde de Benavente, su deudo, usando de todo su valer y su ascendiente para tener en guarda la persona del acusado, mientras el rey decretaba lo más justo, y con juramento de presentarle cuando para ello fuese requerido. Pero, como si los vencedores sintiesen vergüenza de ser clementes, y escúpulo de defraudar de una víctima al verdugo, echaron los ojos sobre otro capitán de la misma patria y familia que el indultado provisionalmente. Con arbitraria atrocidad, que extremece, se conmutó de resultas á Francisco Maldonado en pena de muerte la de prisión en la fortaleza de Torde-sillas, á que le habían sentenciado pocas horas antes.

¿A quién no alligaría ser portador de tan horrible nueva? Y sin embargo, ve-

mos ejercer de buen grado este repugnante ministerio á todo un fray García de Loaisa, cuyas virtudes y santidad encomian á una los cronistas de la orden de predicadores; que tales y no otras suelen ser las virtudes de las personas que alardean de religiosidad: vémosle atajar diligente á la escolta que conducía á su destino al más joven capitán de Salamanca, y hacerle torcer camino hacia el patíbulo, cabalmente al mismo tiempo en que recibía de Alonso de Ortiz, el jurado de Toledo, alguna ropa con que cubrir sus desnudas carnes, y en que le encomendaba que enviase un criado al doctor de la reina, su suegro, en Salamanca avecindado, para que viniese á poner remedio en su negocio.

Ni aun tuvo Maldonado la ventura de lograr la muerte en unión de los otros dos capitanes, que á esta hora marchaban á padecerla. Padilla grave y majestuoso; Bravo con altivez y desenfado.—«Esta es la justicia, gritaba el pregonero, « que manda hacer su majestad, y los gobernadores en su nombre, á estos caballeros. Mándanlos degollar por traidores... »—*Mientes tú y aun quien te lo mandó decir!*—interrumpió Juan Bravo.—*Callad vos*, dijo el alcalde Cornejo; y como replicara el segoviano:—*en ser celosos del bien público consiste nuestra culpa*,—dióle el alcalde con su vara de encuentro en las espaldas.—*¿Qué atrevimiento es ese?*—replicó Bravo, ensoberbecido del ultraje y de no poderle dar castigo.—*Señor Juan Bravo*,—pronunció Padilla con superior entereza:—*ayer fué día de pelear como caballeros; pero hoy es de morir como cristianos*.—Una vez y otra sonó después el pregón apellidándolos traidores, y Bravo se mantuvo en silencio.

Así llegaron al límite fatal de su carrera honrosa. En los principios de ella, cuando Padilla y Bravo llevaban presos á los consejeros reales, y mientras oían misa en la parroquia de Simancas, no quiso el uno ser primero que el otro en recibir la paz: ahora, ninguno de los dos quería ser el último en recibir la muerte. *Degüéllame á mí primero*,—dijo en fin Bravo al verdugo—*porque no vea la muerte del mejor caballero que quedá en Castilla*.—Y como le mandasen que se tendiera para ser degollado, repuso muy tranquilo:—*Tomadme por fuerza vosotros, que yo de mi voluntad no he de recibir la muerte*;—y, verificado así, el hacha homicida segó su garganta.—*¡Ahí estáis vos, buen caballero!*—esclamó Padilla, viendo separada del tronco la cabeza de su hermano de armas Juan Bravo. Levantando en seguida los ojos al cielo, dijo:—*Domine, non secundum peccata nostra facias nobis*;—tras de lo cual se postró de hinojos y tendió el cuello al furor enemigo, más propio de foragidos que de grandes señores. Antes de mucho rodó igualmente por tierra la cabeza de Francisco Maldonado, y clavadas fueron las tres con escarpías en la picota.

Alcocer añade otros pormenores sobre la muerte de Padilla. Refiere que al tenderse sobre un repostero, dijo al verdugo:—*Hacedme este placer, que sedís conmigo más liberal que con el señor Juan Bravo*.—Después añade: «Como el verdugo lo quiso desnudar, don Luis de Rojas le dijo:—*No toques en él*.—Mas el verdugo porfiaba; y don Luis le dijo:—*No toques en él, si no meterte hé estalanza por las espaldas; ve á mi posada, que yo te daré calzas y jubón, pues esas no son tuyas*»—Sandoval lib. IX, pág. 477, refiere que entre los caballeros que se hallaban al lado de Padilla, al tiempo de su muerte, era uno don Enrique de Sandoval y Rojas, primogénito del marqués de Denia, á quien el toledano dió unas reliquias encargándole que las llevase al cuello mientras durase la guerra, y que, terminada, las enviase á su esposa doña María Pacheco.

Mientras cubría sombra de muerte los campos de Villalar, y atronaban los vencedores con sus gritos de alborozo el recinto de la población que se hizo teatro del bárbaro suplicio, se divulgaba por el reino el lastimoso desastre, dejando á los hijos de Castilla aliento solo para el llanto, porque su justa causa iba ya de vencida, desde que se introdujo la discordia en las ciudades y en la Santa Junta. A los principios del movimiento un revés de esta clase se reparara fácilmente; pero, cansadas las poblaciones de sacrificios infructuosos, por carecer de jefe; poseidas de espanto, se rindieron á su desventura, á pesar de que en número aventajaban á sus enemigos, y de que la razón estaba de su parte.

Por una rara coincidencia, al cumplirse catorce lustros de haber asomado con el nacimiento de Isabel la Católica, madre del pueblo, el astro de la felicidad de España, se ocultaba en el horizonte, para no tornar á aparecer en muchos siglos, gracias á la tiranía de don Carlos, y á haberle allanado los nobles el camino de perpetuarla en el trono.

He aquí, como curioso documento histórico, el parte oficial de la acción de Vi-



llalar pasado al Emperador por el conde de Haro, y las cartas de Padilla á que se refiere Ferrer del Río.

*Parte de la jornada de Villalar dado á Carlos V por el conde de Haro, jefe de sus tropas.*

«S. C. C. M. A. V. M. escribí con don Pedro de la Cueva, y después con otros correos, la victoria que Dios había dado al ejército de V. A. y creo que á don Pedro, y á todos los que después han ido, han prendido en Francia, que así me lo han certificado; por lo cual torno á dar larga cuenta á V. M. de lo que acá ha pasado. El condestable y almirante se juntaron en Peñaflores, domingo á 21 de Abril (1521), y luego el lunes les vino nueva que Juan de Padilla salía de Torre; y salieron con toda la gente al campo, y los de Torre se estuvieron quedos en las eras, y con esto se tornó toda la gente á Peñaflores: solamente se gastó aquel día en ir y venir el campo, y en pasar el comendador mayor de Castilla, y don Beltrán de la Cueva, y Rui Díaz de Rojas, y Garcí Alonso de Ulloa, y el señor de Deza, y el comendador Santa Cruz, y don Francés de Beamonte, á ver donde se asentaría el real sobre los de Torre.

Otro día, martes á 23 de Abril, día de San Jorge, fueron el conde de Alba de Liste, y el comendador mayor de Castilla, y el capitán Herrera, y el señor de Deza y el comendador Santa Cruz, maestre de campo, á tornar á ver donde se asentaría el real, y hovieron nueva que se levantaban los de Torre: y luego cabalgó toda la gente para ir tras ellos, y fué adelante á detenerlos el conde de Alba, y luego se juntaron con el conde de Castro, y el conde de Osorno, y el adelantado de Castilla, y el prior de San Juan, y otros muchos caballeros: y Rui Díaz de Rojas y don Pedro de la Cueva, y fueron escaramuzando un rato con los enemigos; y luego llegó Herrera, capitán de artillería, la cual iba delante de todos tirando, y tras de ella iba la batalla real, y el Almirante, y conde de Benavente, y duque de Medinaceli, y marqués de Astorga, y otros muchos grandes y caballeros, y á la mano izquierda iba el avanguardía que llevaba don Diego de Castilla.

El condestable, y el conde de Miranda, y el comendador mayor de Castilla andaban con él por todas las batallas, y yo por otra parte; entre la vanguardia y la batalla andaban otros muchos caballeros sujetos; y, ya que llegaban cerca de Villalar, pasose el conde de Benavente con su gente á tomar la una punta del lugar: el condestable se puso delante de la batalla real, y yo con la vanguardia: y en haciendo la punta que hizo el conde de Benavente, rompí con la vanguardia por mitad de los escuadrones de los enemigos; y en los que quedaron á la mano derecha rompieron el condestable y el conde de Miranda, y el comendador mayor de Castilla y los continos, y los otros grandes, y toda la otra gente que allí venía: y en los que quedaron á la mano izquierda rompió el conde de Benavente. Yo pasé en el alcance á los que se cogieron á Toro, y llegué á Villaster, que es una heredad de don Gutierre de Fonseca á dos leguas de Villalar, y como ya era de noche recogí allí toda la gente y volvíme.

Serían los muertos y heridos obra de mil hombres, de los cuales mató muchos el artillería. Luego otro día, miércoles á 24 de Abril, degollaron á Juan Padilla, y á Juan Bravo, y á Francisco Maldonado, allí en Villalar, y de allí vino el condestable y el almirante y el ejército á Simancas, donde vino á rendirse Valladolid, la cual se perdonó, aunque se esceptaron doce personas, y la misma orden se llevó en todas las otras ciudades. En Medina del Campo esceptaron quince, y en Avila diez y siete, y en Salamanca otras tantas, y en Segovia otras diez y siete, y cuarenta desterrados.

Viniendo de Medina del Campo, llegaron dos ó tres correos del duque de Nájera á pedir que se socorriese Navarra, porque entraba ejército del hijo del rey don Juan; y aunque esta ciudad estaba por reducir y Toledo en su seta, todavía se dió alguna gente á don Pedro Velez de Guevara y alguna artillería; y paréceme que ya cuando llegó era salido el duque de Nájera de Navarra; y con pensar que tendría tiempo para todo, vino aquí por postas para que se le diese gente: y así lleva toda la que puede ir luego, y tras aquella va toda la demás.

Esta ciudad ha ofrecido mil infantes de escopeteros y cuatrocientos piqueros; y Medina del Campo dicen que da 500 escopeteros: créese que Valladolid también dará gente, y por sacalle más se van por allí el cardenal, y el condestable, y el almirante;

y por acá, por Aranda, va toda la gente y artillería: mas toda ó la más va muy descontenta, porque, con todas las diligencias que el licenciado Vargas ha hecho, no se tiene lo que sería menester para pagalla; y como á V. M. he escripto otras veces, la mayor necesidad de acá, después que esto que anda se ha comenzado, es la que hay de dineros. Por esto, de cualquier parte que V. M. los pudiese haber, procure habellos: y, sobre todo, suplico á V. M. que venga para el tiempo que ha ofrecido; que en ninguna otra cosa está el bien y remedio de estos reinos, sino en ser breve la bienaventurada venida de V. M. cuya muy real persona guarde Dios y prospere con muchos más reinos y señoríos.

*Carta de Juan Padilla á la ciudad de Toledo.*

«A tí, corona de España, luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada. A tí, que por derramamiento de sangres extrañas, como de las tuyas, cobraste libertad para tí é para tus vecinas ciudades. Tu legítimo hijo, Juan de Padilla, te hago saber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner tus hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mí mala dicha, y no en mi buena voluntad; la cual, como á madre, te requiero me recibas, pues Dios no me dió mas que perder por tí de lo que aventuré. Más me pesa de tu sentimiento, que de mi vida: pero mira que son veces de la fortuna que jamás tienen sosiego. Solo voy con un consuelo muy alegre; que yo, el menor de los tuyos, muero por tí, é que tú has criado á tus pechos á quien podría tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte contarán, que aun yo no la sé, aunque la tengo bien cerca: mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo, como patrona de la cristiandad; del cuerpo no digo nada, pues ya no es mío; ni puedo más escribir, porque, al punto que esta acabo, tengo á la garganta el cuchillo, con más pasión de tu enojo que temor de mi pena.»

*A doña María Pacheco, su esposa.*

«Señora, si vuestra pena no me lastimara mas que mi muerte, yo me tuviera eternamente por bienaventurado; que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios á quien le da tal, aunque sea de muchos plañida, y del rescibida en algún servicio. Quisiera tener más espacio del que tengo, para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo; ni á mí me lo dan, ni yo querría más dilación en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha, y nomi muerte; que, siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos; vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que más os quiso. A Pero López, mi señor, no escribo porque no oso; que, aunque fuí su hijo en osar perder la vida, no fuí su heredero en la ventura. No quiero más dilatar por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospechas que por alargar la vida alargó la carta. Mi criado Sosa, como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demás que aquí falta; y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

Bien pronto y bien costosamente pagó la nobleza castellana su criminal, más que absoluta adhesión al tirano en contra de las públicas libertades; bien pronto y bien costosamente pagó el furor fanático con que combatiera á los esforzados adalides de las *comunidades castellanas* y de las *germanías de Valencia*.

No habían pasado quince años desde el heroico martirio de Padilla, Bravo, Maldonado, Sorolla y Peris, cuando los gastos excesivos de las guerras incesantes del emperador en Francia, Alemania, Italia y Africa, por tierra y por mar, contra cristianos como contra infieles, habían agotado todas las riquezas del reino, pues que, tan costosas campañas se hacían casi esclusivamente á costa del erario de Aragón y de Castilla.

Multiplicábanse los impuestos, los tributos, las exacciones de todo género: los tesoros de América no bastaban; todo el rendimiento de las producciones y las industrias del país era insuficiente: la miseria se hizo general: la gloria militar ó guerrera de Carlos V la pagó España á bien caro precio; al precio de su libertad, su progreso y su riqueza; no valió la pena gloria tan cara.

Nada podían los pueblos oprimidos contra aquel orden de cosas; apagada su voz en Villalar, la voluntad del déspota era soberana: pero llegó un momento en que

esa misma torpe nobleza, sumisa y lacayuna, que había contribuido á asesinar las libertades y la altivez y energía de la raza, tuvo un día que alzarse frente al emperador, justificando así la causa de los *comuneros*; pero ya era tarde por su culpa.

Poco más de quince años habían pasado desde Villalar, cuando grandes y violentos debates se suscitaron entre el emperador y los nobles en las Cortes de Toledo en 1538, á propósito del establecimiento de la *sisa* que Carlos V reiteradamente pretendía imponer.

El estado eclesiástico no halló inconveniente en concederla, aunque limitada y temporal: pero, el Estamento de próceres, no solo la negó, aun reconociendo los apuros de la monarquía, sino que pedía al emperador que diese seguridad de que en lo sucesivo no se empeñase ni vendiese cosa alguna de la Corona; y que permitiera á los próceres *platicar y conferenciar con los procuradores de las ciudades*.

A buena hora.

El emperador se negó á todo esto, é insistió en la necesidad de la *sisa* como medio más conveniente y menos gravoso, y *en la obligación que había de servirle*.

Entonces fué cuando el enemigo más encarnizado de los comuneros, el condestable de Castilla Don Iñigo López de Velasco, al mandar el emperador que cada representante en Cortes diera públicamente su voto de viva voz y no de otra manera, pronunció ante la junta de la grandeza este enérgico discurso:

«Señores; pues S. M. nos manda que votemos públicamente en lo de la unión, y que libremente diga cada uno su parecer.... lo que, señores, lo que entiendo en este negocio es, que ninguna cosa puede haber más contra el servicio de Dios y el de S. M. y contra el bien de estos reinos de Castilla, de donde somos naturales, y contra nuestras propias honras, que es la mía. Contra el servicio de Dios, porque ningún pecado deja de perdonar habiendo arrepentimiento de él, sino el de la restitución, que no se puede perdonar sin satisfacción: la cual no podríamos hacer, á mi parecer, de daño tan perjudicial como este, para honra y hacienda de tanta manera de gente. Para S. M. ningún deservicio puede ser igual del que se le podría recrecer de esto. Y aunque se podrían dar muchos ejemplos de levantamientos que en tiempos pasados hubo en estos reinos con pequeñas causas, yo no quiero decir sino del que ví y vimos todos de las comunidades pocos años há; que fué tan grande como muy liviana la ocasión; que estuvo S. M. en punto de perder estos reinos, y los que le servimos, las vidas y las haciendas. No sé yo quién se atreva con razón á decir que no podría suceder agora otro tanto; y la buena ventura que Dios nos dió á los que vencimos y desbaratamos la comunidad, no se puede tener por cierto que la tendríamos, si otro tal caso acaeciere: y los grandes príncipes se han de excusar de dar ocasión para que sus vasallos les pierdan la vergüenza y acatamiento que les deben, cuanto en ellos hay.... Y no se ha de hacer poco fundamento de los alaridos y gemidos que entre toda la gente pobre habría sobre esto: y pues estos tales no pueden suplicar á S. M. nada sobre esto, nosotros, que podemos verle y hablarle, es muy gran razón que supliquemos por el remedio de semejantes cosas: que nos hizo Dios principales personas en el reino, y que no vivimos para que fuésemos solos nosotros, sino para que con toda humildad y acatamiento suplicásemos á S. M. lo que toca á la gente pobre, como á su rey y señor natural....»

Dijo además en su razonamiento que, si el emperador solía guardar las leyes y costumbres de otros sus reinos y señoríos, no hallaban razón para que no respetara y guardara mucho más las costumbres y libertades de los castellanos, que le habían servido con más lealtad que nadie. Declaró contra los perjuicios que la *sisa* hacía á los vasallos de todas las clases, y expuso que, con respecto á la nobleza, sería una deshonra para ellos y sus descendientes consentir en hacerse pecheros; que si S. M. ofrecía que el impuesto sería temporal, no estaba seguro de que sus sucesores, ó acaso él mismo, no quisieran perpetuarle. «Y por todas estas razones (concluía), y otras muchas que se podrían dar, digo que se suplique á S. M. mil veces, si tantas lo mandase, que no haya *sisa*. Y que no la otorgo ni soy en otorgalla: y que, fuera de *sisa*, á mi parecer será muy bien que se busquen todos los otros medios que sean posibles para que S. M. sea servido.... Los cuales tengo por cierto que se hubieran hallado, si nos hubiéramos comunicado con los procuradores. Y que asimismo se suplique á S. M. que trabaje de tener paz universal con todos por algún tiempo; que aunque la guerra de infieles sea una cosa tan justa, muchas ve-



ces se tiene paz con ellos como la tuvieron los reyes de Castilla...y que su real persona resida en estos reinos; y que modere los gastos que tuviere demasiados con los que tuvieron los Reyes Católicos; que no aprovecharía algún servicio que á S. M. se hiciese, sino hacer lo que es dicho, antes serían muy mayores sus necesidades; que por el camino que vino á tenella, se han de ir desechando á mi parecer.»

El que con esta entereza y energía hablaba, era aquel Velasco, condestable de Castilla, el adversario más terrible que habían tenido las comunidades, y el que más trabajó por la destrucción de la causa popular y por la derrota de los comuneros. Ahora conocía que, auxiliando desmedidamente á Carlos, en 1520, en la opresión de las ciudades, le había colocado en posición de aspirar á deprimir la nobleza en 1538. Ahora invocaba el apoyo del estado llano contra las pretensiones del poder, y el poder no le permitía siquiera comunicarse con los procuradores. Y, ahora que la corona atentaba contra los privilegios de la nobleza, la nobleza se sublevaba enérgicamente, pidiendo casi lo mismo que quince años antes habían pedido con más justicia y necesidad los ciudadanos.

Siete horas duró aquella sesión. Todos los magnates se adhirieron al parecer del condestable, y redactaron una propuesta pidiendo al rey que no se hablara más de la *sisa*; que para arbitrar otros medios se comunicaran con ellos los procuradores. Además le presentaron otro escrito, de letra del conde de Ureña, pidiéndole que impidiera las guerras que traía, y que residiera en el reino; que solo así se moderarían los gastos que aquellas ocasionaban, la salida de tan inmensas sumas de dinero, y las vejaciones y agravios que todas las clases sufrían; y que de otra manera, todos los brazos ó establecimientos del reino, pues que á todos competía, acordarían de común consentimiento el remedio que más conviniere, para desempeñar su patrimonio y cubrir sus deudas. Lejos de desistir por esto el monarca, contestó por intermedio del cardenal de Toledo, presentando al Estamento otro papel recomendando despachasen brevemente lo de la *sisa*. Otra comisión de diez individuos de la nobleza fué encargada de responder al escrito imperial (28 de Diciembre de 1538), y lo hizo insistiendo en los mismos capítulos y condiciones que la anterior, mereciendo su dictamen la aprobación general del Estamento: á excepción del duque del Infantado, título famoso casi hasta nuestros días por su sumisión lacayuna á los reyes, y los bajos oficios que, cerca de ellos, de padres á hijos vino desempeñando; del de Alba y algunos otros. Finalmente, después de muchas contestaciones, el 1.º de Febrero (1539) entró el Cardenal de Toledo, don Juan Tabera, en el salón de la asamblea, é intimó á los próceres que S. M. imperial declaraba disultas las Cortes:—«pues viendo lo que se ha hecho (dijo), le parece que no hay para qué detener aquí á vuestras señorías, sino que cada uno se vaya á su casa, ó á donde por bien tuviere.»—Acabada la plática, preguntó el Cardenal á los ministros que habían ido con él si se le había olvidado algo; y respondieron que no. Entonces el condestable y el duque de Nájera añadieron:—«Vuestra señoría lo ha dicho tan bien, que no se le ha olvidado cosa alguna.»—Levantóse la sesión, y se dieron las Cortes por disueltas.

Excusado es decir lo enojado que quedaría el emperador de la firme y obstinada negativa de los próceres castellanos.

Cuéntase que entre él y el condestable se cruzaron palabras duras y desabridas, especialmente por parte del monarca: y que no queriendo dejar de responderle el condestable con firmeza, aunque con cortesía, llegó el emperador en su enojo á amenazarle con que le arrojaría por la galería donde platicaban: á lo cual dicen contestó sin alterarse el magnate castellano: *Mirarlo ha mejor Vuestra Majestad, que magüer soy pequeño, peso mucho.* Faltábale todavía á Carlos V oír aun verdades más amargas que las que había escuchado, y no ya de boca de ningún magnate ó personaje político á quien pudiera atribuirle un fin interesado, sino de boca de un hombre rústico: y tanto más fuertes, cuanto que eran la expresión ingenua de la fama pública y del convencimiento propio, emitida con candidez y sin intención.

Sucedió, pues, que disueltas las Cortes de Toledo, vino el emperador á Madrid, y de aquí al Pardo á distraer el mal humor con el ejercicio de la montería; y habiéndose apartado de su comitiva por perseguir á un venado, vino á matarle sobre el camino real, á tiempo que pasaba un labriego que llevaba una carga de leña sobre un asno. Invitóle el emperador á que llevara el venado á la villa, ofreciendo pagarle más de lo que la leña valiera. El rústico, sin sospechar con quien hablaba, le dijo con cierto donaire:—«¿No véis, señor, que el ciervo pesa más

que la leña y el jumento juntos? Mejor hiciérais vos, que sois mozo y recio, en cargar con él.»—Gustole al emperador el aire desenvuelto del rústico, y mientras llegaba quien pudiera llevar la pieza, entretúvose en hacerle algunas preguntas: preguntole entre otras cosas qué edad tenía, y cuántos reyes había conocido.—«Soy muy viejo, señor; contestó el labriego:—he conocido ya cinco reyes. Conocí al rey don Juan el segundo, siendo yo mozuelo de barba; á su hijo Enrique, al rey don Fernando, al rey don Felipe, y á este Carlos que ahora tenemos.—Y decidme por vuestra vida, le preguntó el monarca; de esos, ¿cuál fué el mejor y cuál el más ruín?—Del mejor, respondió el anciano, por Dios que hay poca duda: el rey don Fernando fué el mejor que ha habido en España; que con razón le llaman el Católico. De quien es el más ruín no digo más sino que, por mi fe, harto ruín es este que tenemos, y harto inquietos nos trae; y ello manda, yéndose unas veces á Italia, otras á Alemania, y otras á Flandes, dejando su mujer é hijos, y llevando todo el dinero de España; y con llevar lo que montan sus rentas, y los grandes tesoros que le vinieron de las Indias, que bastarían para conquistar mil mundos, no se contenta, sino que echa nuevos pechos y tributos á los pobres labradores, que los tiene destruidos. Pluguiera á Dios se contentara con solo ser rey de España, que aun fuera el rey más poderoso del mundo»

Viendo Carlos que no era rudo el labriego, y no insensible á la impresión que le produjo la verdad, así sencillamente enunciada, díjole que el emperador era hombre que amaba mucho á su mujer é hijos, y que no los dejaría ni saldría de España, si no le obligara la necesidad de sostener tanta guerra contra los enemigos de la cristiandad y aun del reino español, que eran los que causaban tantos gastos que no bastaban para ellos las rentas ordinarias de la corona, ni los pechos con que le servían los pueblos. En esto llegaron varios cazadores y criados de la regia comitiva; y como observase el rústico el grande acatamiento que todos hacían á su interlocutor, entró en sospechas de quién podía ser, y le dijo:

—¡*Aun si fuéredes, vos, el rey!... Por Dios que si lo supiera, muchas más cosas os diría.*—Cuentan que Carlos, no negando la calidad de su persona, dijo sonriéndose al labrador que le agradecía sus avisos, pero que no olvidara las razones con que había respondido á sus cargos; y que, concedidas algunas mercedes que le mandó pedir, y en que el humilde leñador anduvo bastante corto, prosiguió su ejercicio de caza.







Juan de Lanuza





## JUAN DE LANUZA

---



o fijan puntualmente los autores la fecha ni el lugar del nacimiento de los Lanuza; pero, por todos los indicios y menciones más ó menos vagas de cronistas y biógrafos, es de suponer que fueran nacidos en Epila, pueblo donde radicaban su castillo y bienes, del cual eran oriundos sus antecesores, y que está situado en la actual provincia de Zaragoza, á siete leguas de esta ciudad.

La biografía de don Juan de Lanuza puede decirse que se escribe narrando las disensiones de los aragoneses contra el poder absoluto del hijo de Carlos I; estando fuera de duda que el apellido del Justicia de Aragón, más que el nombre de un personaje, representa en la historia de nuestra patria la lucha de un pueblo por sus libertades,

y el sacrificio del representante de ese mismo pueblo, en aras del despotismo y doblez de la casa de Austria.

D. Juan de Lanuza no ofrece en su vida variedad de empresas que relatar, ni vicisitudes continuas que describir. Puede decirse que, si entre el rey de España y su confidente y ministro Antonio Pérez no hubiese surgido el tenebroso rompimiento que ensangrentó una de las principales ciudades del reino, el nombre de aquel personaje habría pasado inadvertido á la posteridad. Está fuera de duda que, si las envidias mezquinas de Felipe II contra su propio hermano, el gran capitán D. Juan de Austria, no le hubieran impulsado á ordenar á Antonio Pérez el asesinato de Escovedo, secretario del príncipe; y si los amoríos adúlteros de aquel monarca beato con la hermosa princesa de Eboli no hubieran sido traicionados por ésta y el mismo Antonio Pérez, no habría estallado la lucha de odios, perfidias y celadas entre criminal y cómplice, entre intrigante y confidente, entre soberano y vasallo, escandalizando á la Europa con las torpezas y crueldades de un proceso inicuo, y con las encarnizadas persecuciones y venganzas que perturbaron y ensangrentaron el reino de Aragón. Si todo esto no hubiese surgido de la perversidad é hipocresía de Felipe II, puede darse por seguro que los aragoneses no se hubieran alzado en defensa de sus libertades; y el nombre de sus Justicias, D. Juan de Lanuza, padre é hijo, habría, como los otros de igual cargo, pasado entre el olvido de la historia.

Pero Antonio Pérez,—perseguido por la saña de su rey en los negocios de Estado, de su cómplice en el asesinato de Escovedo, y de su rival en los favores de la

de Eboli,—escapó de las prisiones de Castilla dirigiéndose á Aragón, su patria, en donde se presentó al Justicia del Reino acogiéndose á los fueros aragoneses, y solicitando los privilegios de la Manifestación. De aquel instante puede decirse que nació á la historia don Juan de Lanuza, que era quien ejercía en la hora de tal conflicto la más alta y sagrada magistratura del pueblo aragonés. El fuero de *Manifestación* consistía en que todo aquel agraviado que acudiese al Justicia Mayor, ó á alguno de sus lugartenientes, dejaba de tener por juez al rey, el cual solo podía ser parte acusadora, debiendo someterse al fallo único del Justicia como tribunal superior y sin apelación. A él acudió Antonio Pérez, ante el rigor y el ensañamiento de Felipe II, disponiendo, en tal virtud, don Juan de Lanuza, que fuese encerrado en la cárcel de la *Manifestación*, que era un lugar especial de seguridad para cuantos se acogían al privilegio aragonés contra las injusticias del soberano.

El rey, entonces, entabló querrela formal contra Antonio Pérez ante el tribunal del Justicia, acusándole de la muerte de Escovedo, de haber falsificado cifras y revelado secretos del Consejo de Estado, y haciéndole también un cargo de su fuga.

En todo esto vió el pueblo aragonés la oportunidad de hacer sentir al monarca la fuerza de sus privilegios, por lo cual pusieron en Zaragoza todas las clases de parte de Pérez; desde los magnates, hasta el último de los labradores: en tal forma que no cesaron de hostilizar á los agentes y oficiales de Felipe II, especialmente á don Íñigo de Mendoza y la Cerda, marqués de Almenara, que era quien, en nombre del rey, instaba la causa contra Antonio Pérez, y solicitaba del justicia la entrega del preso para ser conducido y juzgado ante los tribunales de Castilla.

D. Juan de Lanuza se opuso virilmente á las pretensiones del rey, y sostuvo los fueros y prerrogativas de su jurisdicción: de donde nació en Felipe II el propósito de acabar con lo que consideraba una ofensa á su autoridad, destruyendo los fueros de Aragón, como su padre Carlos I había destruído los de las comunidades de Castilla. Para no chocar de frente Felipe con lo que tanto envanecía y apasionaba á los zaragozanos, resolvió proceder con calma y alevosía, esperando la ocasión de concluir con aquella autoridad del Justicia, que se erguía tenaz y fuerte ante la majestad y el poder real.

Desistió el rey de la acusación, según el documento auténtico que se conserva en el Archivo de Simancas, libro II del número 339 de Estado, folio 97, alegando como pretexto, que, para responder á las defensas y afirmaciones de Antonio Pérez, «sería necesario tratar de negocios más graves de lo que se sufre en procesos públicos, *de secretos que no conviene que anden en ellos*, y de personas cuya reparación y decoro se debe estimar en más que la condenación de dicho Antonio Pérez.» Pero, á pesar de estas hipócritas declaraciones, lo cierto es que Felipe II temió las consecuencias del proceso, ante las amenazas de Pérez de producir en el tribunal del Justicia de Aragón las cartas del monarca ordenándole dar muerte á don Juan de Escovedo, y otras particulares intrigas de la misma perversidad.

Desde aquel momento tomó la causa otro carácter que enconó más los espíritus y exigió intervención más directa y personal del Justicia Lanuza. Pretendió el monarca que el preso fuese entregado al tribunal de la Inquisición, para que se le juzgara por hereje, en virtud de ciertas ideas expuestas en sus escritos: á lo cual no pudo oponerse D. Juan de Lanuza, porque los miembros de su consejo declararon proceder la entrega á la jurisdicción del Santo Oficio.

El 24 de Mayo de 1591 se había dictado la orden de entrega de Antonio Pérez; y para su cumplimiento hallábanse prontos los inquisidores y el marqués de Almenara, antes citado, cuando se alzaron los zaragozanos al grito de—*¡Contrafuero!*—y—*¡Viva la libertad!*—oponiéndose á la entrega y cayendo sobre las tropas y oficiales reales, que resistieron débilmente á las fuerzas populares. Acudió el Justicia al tumulto con ánimo de apaciguarlo, pero solo desistieron los sublevados cuando se les aseguró que no sería entregado Antonio Pérez, y cuando vieron preso al representante de Felipe II. «Y se habrían visto, en efecto, los más violentos extremos,—dice Gregorio Leti, en su vida de Felipe II,—si los habitantes no se hubieran contenido por la presencia de Juan de Nuza, presidente del consejo soberano de justicia de Aragón. Este oficial,—agrega,—se presentó á los rebeldes, y se puso en el deber de llevar preso á Mendoza; pero en el camino este desgraciado magnate recibió una herida en la cabeza, de cuyas resultas murió cinco días después».

Harto conocía D. Juan de Lanuza la gravedad de los sucesos; pero, arrastrado por la voluntad y opinión de los aragoneses, no tuvo más remedio que seguir al frente

de ellos y resistir las excitaciones y propósitos de los inquisidores, que eran precisamente las de Felipe II. Pero las gestiones de éste, y los manejos que puso en juego fueron tales, y las tropas que mandó á la capital fueron tantas, que poco á poco se convencieron los principales de la ciudad,—sin exceptuar al mismo don Juan de Lanuza,—de que era preciso entregar á Antonio Pérez á la Inquisición, para que fuese allí juzgado por delitos contra la fe, sobre los cuales no tenía jurisdicción el Justicia mayor del reino de Aragón.

Fijóse el día 24 de Setiembre de aquel mismo año de 1591 para la entrega del preso, en cuya fecha, enterados los zaragozanos de lo que pasaba, volvieron á alzarse en armas, arrancando á Pérez de la cárcel, poniéndolo en libertad, matando é hiriendo á muchos nobles y soldados del bando del monarca, y quemando el coche y las mulas que estaban dispuestas para la conducción del preso á los calabozos del Santo Oficio.

Casi á raíz de estos sucesos murió de enfermedad el Justicia don Juan de Lanuza, sucediéndole en el cargo su hijo, de los mismos nombres, cuando no alcanzaba todavía la edad de 27 años.

Llegados á conocimiento de Felipe II los motines de los aragoneses, el ataque á sus oficiales y soldados, y la fuga de Antonio Pérez á Francia, amparándose en la corte del rey de Navarra Enrique IV, dispuso aprovechar esta oportuna ocasión de destruir aquellos fueros que tanto menoscababan su autoridad y su poder de monarca absoluto. Mandó á D. Alonso de Vargas que, al frente de un ejército, fuese á poner orden en las cosas de Aragón, con encargo aparente de respetar los fueros, pero con instrucciones terminantes y efectivas de destruirlos de grado ó por fuerza.

Alzáronse los aragoneses ante tal actitud del monarca, y obligaron al joven don Juan de Lanuza, su nuevo Justicia, á ponerse al frente de ellos para combatir las tropas de don Alvaro de Vargas.

«En tiempo que Vargas estaba en camino,—dice el referido Gregorio Leti,—Juan de Lanuza, que acababa de tomar posesión del cargo de Gran Justicia del reino, por la muerte de su padre acaecida en estos sucesos, se dejó ganar por las instancias de los más influyentes y decididos, y tuvo el atrevimiento de ponerse en campaña al frente de un puñado de gentes, con ánimo de disputar el paso á Vargas. Dió manifestos, y dirigió un llamamiento á los aragoneses para que se le unieran; pero, reflexionando luego sobre las escasas fuerzas que le seguían, adoptó el partido de huir, dejando á sus gentes en libertad de hacer lo que quisiesen.»

A esto agrega Lafuente, que don Juan de Lanuza, después de separarse de los sublevados, corrió á refugiarse en Epila, al castillo de su familia; y desde allí publicó en 11 de Noviembre cartas al reino explicando las causas y razones de su deserción, figurando entre ellas la de que «la gente que llevaba era poca y mal disciplinada, que se amotinaba á cada credo, amenazando matar al Justicia, diputado y jurado, y á los que con ellos iban.»

Lo cierto es que el monarca aprovechó hábilmente tales desórdenes y desinteligencias, y con protestas de respeto y conservación de los fueros aragoneses, logró que D. Juan de Lanuza y otros personajes fueran presentándose, realizándose entonces la infame alevosía que cubre con mancha indeleble el nombre del siniestro Felipe II, y que fué consumada para recordación eterna de las grandes iniquidades de la monarquía, el 19 de Diciembre de aquel funesto año de 1591. He aquí cómo se relata por D. Modesto Lafuente esta página lúgubre de nuestra historia:

«Al modo que los condes de Horn y de Egmont, al salir tranquilos y confiados del Consejo, fueron alevosamente dados á prisión por el duque de Alba, que los había convocado, así el Justicia mayor de Aragón, D. Juan de Lanuza, al salir cerca de las doce del día del palacio de la diputación donde acababa de celebrar consejo con sus lugartenientes, para oír misa en la inmediata iglesia de San Juan, se vió sorprendido é intimado que se diese á prisión, en nombre del Rey, por el capitán Juan de Velasco con su compañía armada de arcabuceros. Atónitos cruzaron sus miradas de aturdimiento el gran magistrado y sus lugartenientes. La orden del Rey fué severamente cumplida, y Lanuza, conducido primeramente á la casa de D. Alonso de Vargas, y después á la del maestro de campo D. Francisco de Bobadilla. Con no menor artificio y engañosa traza, fueron presos el mismo día el duque de Villahermosa y el conde de Aranda, y llevados con escolta, el primero al castillo de Burgos, y el segundo al de la Mota de Medina, y de allí al de Coca. Aquella misma noche se notificó al Justicia que se preparara á morir en la mañana siguiente.—Có-



*mo!*—exclamó el desdichado Lanuza,—*¿y quién me condena?*—*El rey mismo*, le respondieron.—*Nadie puede ser mi juez*, replicó, *sino rey y reino juntos en Cortes*.—Inútil era toda reclamación. Sin escribirse contra él una sola palabra, sin tomarle confesión, sin otro proceso que una carta del rey en que decía:—*Prenderéis á don Juan de Lanuza, y hareisle luego cortar la cabeza*,—el supremo magistrado de Aragón iba á ser llevado al suplicio».

Y así fué.

En la fúnebre mañana del 20 de Diciembre, y llevando por confesores al jesuita P. Ibañez y al P. Fray Pedro Leonardo de Argensola, cayó en la plaza del Mercado de Zaragoza, bajo el hacha del verdugo, la cabeza del magistrado superior de la más democrática é independiente de las monarquías del mundo, y con él, como decía enérgicamente Antonio Pérez desde el destierro, *fué ajusticiada la justicia*.

El cuerpo de D. Juan de Lanuza fué llevado en hombros de los capitanes del ejército al monasterio de San Francisco, donde recibió cristiana sepultura.

Con la cabeza de D. Juan de Lanuza cayeron para siempre las libertades de Aragón: del mismo modo que antes había hecho caer Carlos I las de Castilla con las cabezas de Bravo, Padilla y Maldonado: del mismo modo que más tarde había de hollar Felipe V los fueros de Cataluña en las faldas del Monjuich, y como en nuestro siglo rasgó Fernando VII la primera Constitución española, con el auxilio de las cien mil bayonetas liberticidas del ejército francés, al mando del duque de Angulema.

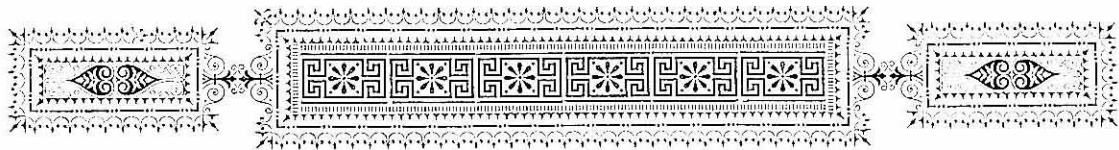
Suerte fatal que han cabido á las libertades y fueros de los pueblos más democráticos de la tierra, bajo el despotismo y las torpezas de los Austria y los Borbones, que aun siguen rigiendo los destinos de nuestra tierra española, por nuestra desgracia, y para vergüenza nuestra.



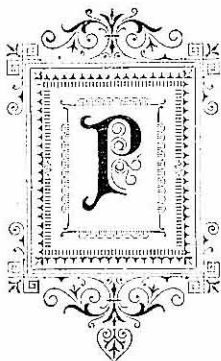


D. Miguel de Cervantes Saavedra





## MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA



resunción parecería en extremo reprobable hacer la biografía de CERVANTES para españoles.

Desde la cuna, nobles, patricios, ricos, pobres, hombres, mujeres, todos, cuando empezamos en España á balbucear nuestro rico idioma, una de las primeras palabras que aprendemos es esta: CERVANTES.

No bien tenemos uso de razón y nuestro pensamiento ha empezado á desenvolverse, nos enseñan con entusiasmo y aprendemos con respeto profundísimo que el mayor de los ingenios de nuestra patria fué, á la vez que eminente poeta, que escritor incomparable, bravo soldado, caballero pundonoroso, pobre, cautivo en Argel, desgraciado, calumniado, humillado, perseguido, desconocido y mendicante; y que tanto más fué víctima de las injusticias de esa diosa ciega llamada fortuna, perpétua amiga de los imbéciles ó de los miserables, cuanto él más valía.

Decir que la cuna de Cervantes, como la de Homero, fué disputada por siete ciudades; decir que finalmente se ha comprobado nació en 1547 en Alcalá de Henares, provincia de Madrid; que fué hijo de una familia hidalga, de origen gallego, escasísima de recursos; que sus padres, Rodrigo de Cervantes y Leonor de Cortinas, no pudieron sostenerle una carrera universitaria, y que el famoso maestro de Humanidades López de Hoyos le tomó á su cargo y le mantuvo hasta pasada la adolescencia, orgulloso porque ya, desde niño, dando claras vislumbres de su envidiable ingenio, era, como el mismo maestro declara, la honra y prez de su escuela, es decir lo que todo el mundo sabe.

Decir que, inclinado desde niño á la poesía y á las artes de ingenio, á la labor del pensamiento que crea, entretiene, enseña y domina á un tiempo, pospuso toda carrera útil, toda ocupación que le fuera personalmente provechosa, y en España ¡en la España del siglo XVI! pretendió vivir del producto de su pluma, es decir lo que todo crítico y todo sabio ha repetido con pesadumbre; es repetir que Cervantes voluntariamente sentó las bases, los cimientos de su infortunio de toda la vida, pero levantó á la vez los cimientos de la gloria nacional.

Pronto vió, sin embargo, publicadas sus odas, canciones, romances y sonetos, en 1569, y poco antes su poema pastoril *Filena*: pronto vió que, por aquel camino, ni el renombre que anhelaba, ni la vida material podía alcanzar, y pasó á Italia donde estuvo un año en el servicio doméstico del cardenal Acquaviva. Pero Cervantes, el hidalgo, el de nobles alicentos, el de carácter fortísimo, el de altivez bien justificada por su valía, no era apto para camarero: y no bien el Papa llamó á la cristiandad á la cruzada contra los turcos, se alistó en el ejército, encontrando al fin la senda verdadera á que le inclinaban su fuerte corazón y su grande espíritu: de poeta á soldado va un paso. Ambos sienten con calor, piensan con altivez, y aman ú odian lo mismo y con la misma intensidad.

Decir que Cervantes se halló en 1571 en la inmortal jornada de Lepanto, donde fué herido de gravedad, quedando manco de la mano izquierda; nobles heridas de que con razón se enorgullece, y que no le impidieron seguir batallando por la patria, pero batallando sin provecho, porque los honores, galardones y ascensos, en aquella época se daban al favor de palacio, de camarín ó de sacristía, y no al valor verdadero; y no fué Cervantes nunca, ni palaciego, ni mojigato: decir que en 1575 navegando en la galera *Sol*, de Nápoles á España, siempre en el ejercicio de su profesión de soldado, fué hecho cautivo por el feroz argelino Arnaute-Mamí; decir las peripecias, los horrores de su cautiverio, las osadías y emprendimientos de su ánimo valeroso en Argel durante seis años; recordar que entre aquella multitud de cautivos de todas las naciones cristianas, entre las cuales figuraban caballeros de noble alcurnia y muy esforzados capitanes, nuestro pobre hidalgo nuestro humilde soldado, llegó á ocupar por su ingenio y su bravura lugar tan preeminente que todos le reconocieron como superior y como caudillo; y los argelinos, sus verdugos, á temerle á él solo más que á un ejército, pues que no solo intentaba la redención por la violencia una y otra vez, sino que hasta pensó levantar en armas á los cautivos, posesionarse de Argel y devolverla á la cristiandad; enumerar las miserias que allí sufrió, los castigos durísimos por su constancia y fortaleza, las miserables defecciones que esterilizaron sus proyectos, poniendo en riesgo su vida una y mil veces, defecciones con frecuencia obra de los mismos cautivos españoles; recordar, en fin, que fué rescatado por el sacrificio hermosísimo que del último resto de su pobre fortuna hicieron su madre y hermana, y con auxilio de los frailes mercenarios redentoristas, es también decir lo que sabemos desde la escuela.

Como es también vulgar biografía lo de que en 1581 volvió á España; casó tres años después con doña Catalina Palacios de Salazar, y que su miseria fué en aumento á pesar de haber escrito para el teatro, única rama de la literatura que entonces, como ahora, daba algún provecho, y á pesar de haber desempeñado algún cargo en que obtuvo más disgustos que ventajas. Cuéntase que fué preso y procesado por una pequeñísima trabacuenta de alcabalas; porque en esto de manejar dineros, como antes hemos dicho, los más vulgares, y con frecuencia los más granujas, salen perfectamente bien haciendo preciosísimos negocios; y los hombres de talento y los de estricta meticulosidad suelen quedarse en el barro cuando menos lo piensan: no mejoró, pues, de fortuna Cervantes, ni con sus treinta *Comedias* y *Tragedias*, ni con sus *Entremeses*, ni con su famosa *Galatea*, ni con su *Viaje al Parnaso*, ni con su inmortal *Don Quijote de la Mancha*, ni, en fin, con sus hermosísimas *Novelas ejemplares*, ni con su *Pérsiles y Segismunda*; no mejoró tampoco de fortuna con la protección del Arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, ni con la del conde de Lemos, protección tan decantada por su noble agradecimiento, superior, inmensamente superior á los cortos beneficios, á las miserables limosnas á que se reducía esa protección.

*Mecenas*, llamaba el buen D. Miguel al conde y al arzobispo que, tanto distaban del prócer romano, protector de Horacio y de Virgilio, como dista el que da en la calle una limosna al harapiento, de aquel otro bienhechor que, desde una cumbre social, tiende la mano al amigo de valía y lo lleva con él á esa cumbre: sí: Cervantes valía tanto como Virgilio y más que Horacio; pero el de Lemos y el arzobispo no tenían ningún parentesco con Mecenas.

Sin embargo, se ha exagerado mucho el desconocimiento que del mérito de Cervantes se tuvo en su tiempo y en su patria: las persecuciones de los envidiosos que le enagenaron la voluntad de su primer protector el Duque de Béjar, y le impidieron siempre la entrada en la corte; la enemiga de los Argensola, á quienes



él tanto amó; las injustas diatribas de Villegas, que no supo reconocer su mérito; la envidia mal disimulada de Lope de Vega, cuya benevolencia hacia Cervantes se limitó á corresponder con tibios elogios y forzados parabienes á las mil manifestaciones de entusiasmo, de respeto y de admiración hacia él en que se complacía el autor del *Quijote*, manifestaciones hacia Lope de Vega justas pero mal recompensadas; como fueron mal recompensadas también las que prodigó su ánimo generoso y ageno á la envidia á escritores y poetas de muy inferior mérito, y hasta oscurísimos; todo esto, las acerbas críticas que casi todas sus obras, especialmente el *Quijote* suscitaron; la perfidia con que un enemigo anónimo (el mismo asqueroso fraile Blanco de Paz que le venía persiguiendo desde Argel, según ha probado el eminente cervantófilo Benjumea) pretendió usurparle la gloria y el provecho de su obra maestra, escribiendo ó inspirando otro *Don Quijote*, prueban que esta obra en su tiempo no pasó tan desapercibida como se ha creído.

Sábase, en efecto, que mucho antes de la publicación de la segunda parte del *Ingenioso hidalgo*, ya la reputación de esta obra había pasado las fronteras, y el nombre de Cervantes, celebrado en España, era admirado en toda Europa: los caballeros de la embajada francesa que vinieron á Madrid á tratar de bodas reales, manifestaron, antes que todo, sumo interés por conocer al autor de *Don Quijote*.

Fueron tantos los encarecimientos de estos caballeros, que el licenciado Marquez, de la casa de Sandoval y Rojas, se ofreció á llevarles á casa del autor de *Galatea*, las *Ejemplares* y el *Quijote*, lo que aceptaron y estimaron con mil demostraciones de vivo agradecimiento; preguntándole entretanto muy por menor la edad, profesión, calidad y facultades de Cervantes. El licenciado Marquez se vió obligado á responderles que era viejo, soldado, pobre é hidalgo; y su respuesta conmovió de tal suerte á uno de aquellos caballeros, que exclamó sin detenerse:—«Pues á tal hombre no le tiene España muy rico, y sustentado del erario público?»—Pero otro le repuso con mucha discreción, diciéndole:—«Si necesidad le ha de obligar á escribir, plegue á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»—

Conocida es también la famosa anécdota del estudiante que, paseando á orillas del Manzanares, leía cierto libro, interrumpiéndose de cuando en cuando con mil demostraciones de regocijo; y viéndolo desde un balcón de palacio el rey Felipe III, dijo á los cortesanos que le rodeaban:—«*aquel estudiante, ó está fuera de juicio, ó lee el D. Quijote*»—Y sin embargo, entre aquellos cortesanos no hubo uno que recomendase, que apoyara ante el rey, tan bien dispuesto, al poeta desvalido; al poeta que escribía llorando lo que niños y mozos leían riendo, y ancianos estudiaban y estudian á través de las edades como la obra más ingeniosa y profunda que el ingenio humano ha producido.

Murió Cervantes en la miseria el 23 de Abril de 1616, y murió sin que en la agonía, ni amargado por la injusticia y el olvido, le faltasen aquel sano buen humor, aquella perspícaz y profunda alegría del espíritu, aquella, en fin, hermosa generosidad, que tanto han agigantado su carácter y su talento.

No es Cervantes una gloria española; es gloria de la humanidad, porque su nombre se pronuncia conjuntamente con los de Homero, Virgilio, el Dante y Shakespeare, á quienes la humanidad tributa el respeto, la adoración que se debe á los seres superiores.

¿Hablares ahora de las obras de Cervantes? ¿Haremos un elogio más del *Don Quijote*, ya juzgado por todos los sabios del mundo; de esa obra que, después de la Biblia, ha tenido el mayor número de ediciones en todos los idiomas? ¿Probaremos que es injusto el concepto vulgar de que los versos de Cervantes no eran buenos, no valían tanto, por lo menos, como los de Argensola?

¿Diremos que sus tragedias son tan estimables como las de muchos que le precedieron y que le siguieron con reputación de altísimos poetas; añadiremos que sus *Entremeses* son inimitables, y sus *Novelas ejemplares* dignas del *D. Quijote*; que su *Galatea* es un modelo en su género, modelo digno de la escuela italiana; y que su *Pérsiles y Segismunda* no merece el olvido en que yace?

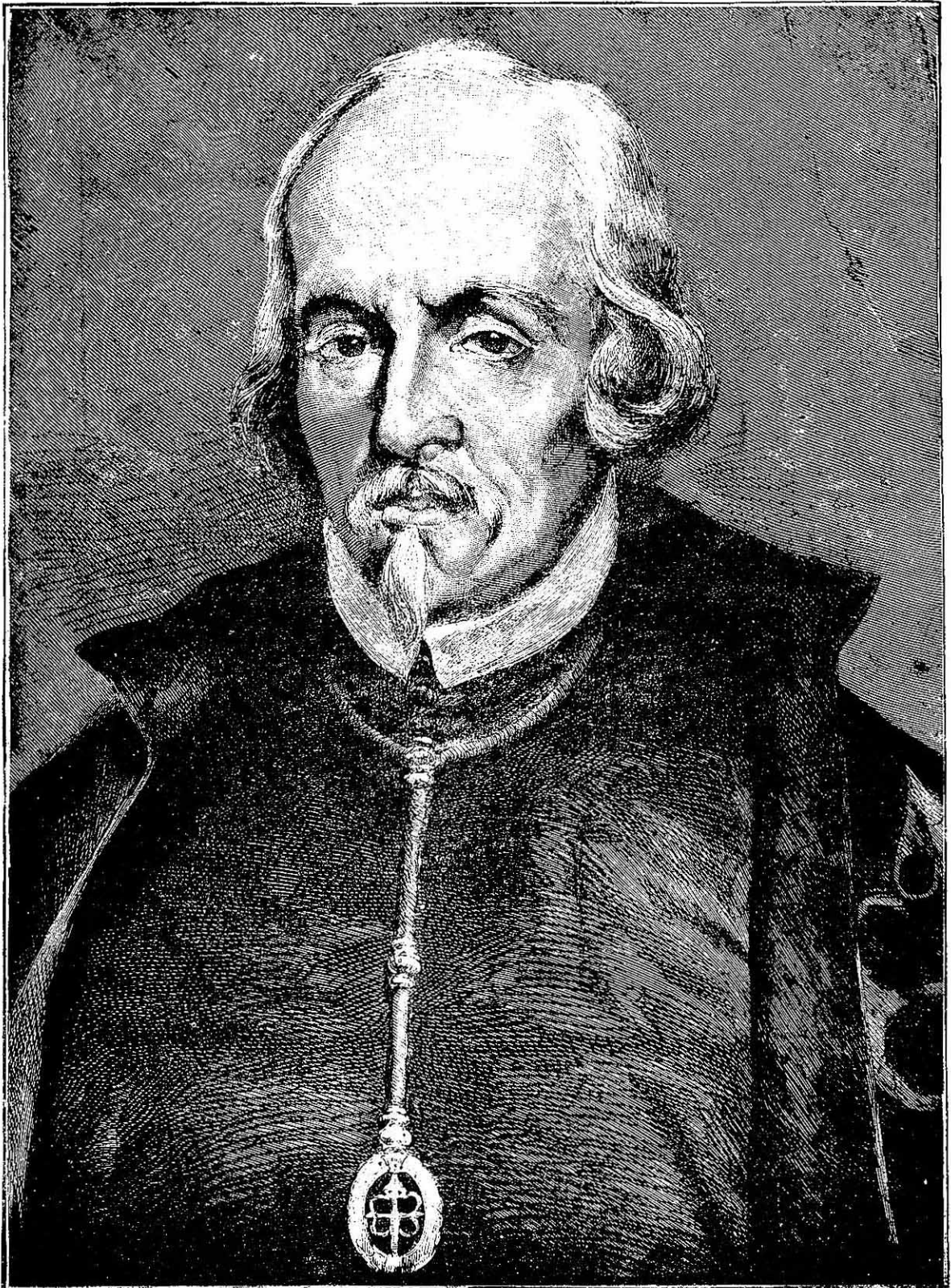
No: porque lo interesante en este libro es el rasgo biográfico, y ese queda ya trazado, aunque rápida y pobremente.

Hacer un elogio de nuestro ingenio inmortal, y un estudio de su carácter y de sus obras, sería escribir un libro; porque no menos cantidad de páginas que las de un libro voluminoso, sería menester para tales propósitos.

Y son ya muchos y excelentes los libros que acerca de Cervantes y de sus libros se han escrito, en todos los idiomas, y por todas las eminencias de la ciencia y del arte.

En nuestra humildad, pues, nada de mérito podríamos añadir á lo tanto ya escrito: y á los lectores de *El Correo Español* no les será difícil tropezar á cada paso con cualquiera de los biógrafos y comentadores, nacionales ó extranjeros.





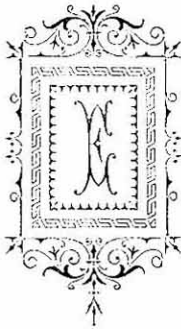
*D. Pedro Calderón de la Barca*





## PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

---



ENTRE todos los admiradores de la España del pasado, estos dos nombres, Cervantes y CALDERÓN, van casi siempre juntos, y como si tuviesen la misma talla: que tanta es la que á nuestro insigne dramaturgo se le atribuye por sus encomiadores.

Pero, hablemos en justicia; grande es el autor de *La vida es sueño*, *El Alcalde de Zalamea*, *La devoción de la cruz* y *El médico de su honra*: grande es, hasta tocar á la rivalidad con el padre del teatro moderno, Shakespeare, digno sucesor de Sófoeles y Eschylo: pero no es tan grande, tan *tendencioso* ni tan humano como el autor del *Don Quijote*.

Cervantes es indiscutible: CALDERÓN ha sido y es discutido hasta el apasionamiento, dentro y fuera de España: y por esto, porque no valió lo que Cervantes, á pesar de su inmensa valía, tenemos que extendernos algo más en la biografía y estudio del gran poeta, que lo que nos extendimos en la del prosista incomparable; porque acerca de éste no hay más que una opinión, la que entona himnos á su inmortalidad; y acerca de Calderón hay opiniones diversas, de las que tenemos que hacernos cargo, aunque sea muy ligeramente.

Antes de estudiar al poeta, haremos breve y sucinta relación de su vida poco azarosa.

Nació en Madrid en 1600 y murió en la misma Corte en 1681: su nombre, pues, abraza un siglo, el *siglo de oro* de nuestra literatura, y hay quien dice que lo personifica, tal vez porque sus obras han sido las más comentadas.

De su vida se tienen muy raras noticias y poco circunstanciadas: su familia era originaria de las montañas de Santander, como lo indican sus apellidos Calderón de la Barca, Henao, Barreda y Riaño.

Estudió gramática y humanidades con los jesuitas en el Colegio Imperial de Madrid: luego estudió en Salamanca, aunque no se sabe qué Facultad.

Desde los veinticinco años fué soldado, y sirvió con honor en Flandes y en Lombardía.

Vuelto á Madrid se dedicó al cultivo de la poesía, y pronto adquirió alta fama de dramaturgo insigne, rival de su maestro Lope de Vega, á quien el vulgo apellidaba *el Monstruo de la naturaleza* y *Fenix de los ingenios*.



Tuvo CALDERÓN en sus mocedades, como todos los hidalgos de su tiempo, amorfos, pendencias y cuchilladas: en uno de estos lances quedó herido. Cuando sobrevino la guerra de Cataluña, volvió al servicio militar, como caballero profeso de la Orden de Santiago.

A los cincuenta años de edad se hizo sacerdote, dícese que por vocación sincera: desde luego se sabe que fué, como religioso, su conducta ejemplar, y más correcta que la de Lope de Vega: el cual, después como antes de ser sacerdote, dió mucho que decir con sus devaneos y aventuras escandalosas.

Desde que Calderón se hizo sacerdote, ya no escribió comedias sino por mandato del rey; y á los que censuraban que las escribiese en tal estado, contestaba: «Si es bueno, no se me prohíba; si es malo, no se me mande.»

Hasta su muerte vivió Calderón en Madrid muy honrado y favorecido por los reyes Felipe IV y Carlos II, de quienes fué asíduo y devotísimo cortesano.

Su fallecimiento causó un verdadero duelo nacional; y desde el primer momento se hicieron en Valencia, reina entonces de la tipografía española, muchas ediciones de sus obras, con multitud de elogios fúnebres.

Después de Lope de Vega, es uno de los poetas más fecundos de nuestro teatro: escribió hasta ciento veinte ó ciento treinta comedias; más de ochenta *autos sacramentales*, y como dieciocho sainetes, entremeses y jácaras, que pueden considerarse como suyos.

Mucho también debió escribir como poeta lírico, pero de este género poco se ha conservado, y lo poco no de gran consideración. Se sabe, además, que escribió en prosa la descripción de unas fiestas reales, y una *Apología de la comedia* que se ha perdido.

La gloria de Calderón y la popularidad de su nombre fueron en aumento durante su vida y aun después de su muerte, hasta casi mediados del siglo XVIII, en que, habiéndose divulgado en España el gusto pseudo-clásico francés, fué casi durante un siglo, es decir, hasta que vino á España la moda del romanticismo, también francesa, fué Calderón, decíamos, desconocido y muy desdeñado de los mismos españoles.

Los críticos á la moda de Luzán, Moratín y Montiano y Luyando, quizás no exageraban los defectos de Calderón; pero los ponían en claro y de relieve, con su severa crítica negativa, sin notar ni admirar las bellezas.

Nasarre llega á decir: «El enredo hace toda la esencia de sus comedias; el carácter está absolutamente despreciado; rara vez se contenta con una materia simple y única; parece que, al contrario, quiere sostener su genio con la variedad de acciones que toma de dos ó tres asuntos. Parecióle tal vez que ésta, que es verdadera pobreza, era riqueza de imaginación. Mezcla, no liga los asuntos; pero de modo tan infeliz, que parece se ven representar de una vez dos comedias, en tanto una escena de la una y en tanto de la otra, lo que es contrario á las leyes del teatro, como á las del juicio.»

Además de Nasarre, censuraron acremente á Calderón, Nicolás Moratín, Montiano y Luyando y Velázquez; pero al mismo tiempo le defendieron y encomiaron, aun reconociendo todos sus defectos, Estala, Munarriz, Martínez de la Rosa y Francisco Javier de Burgos, saltando con valor por encima de las preocupaciones pseudo-clásicas.

Pasado este período, se inició otro de idolatría hacia Calderón: pero no en España sino en Alemania, por los profundos críticos Guillermo y Federico Schlegel; cuyos extraordinarios encomios repitieron en España Fermín Gonzalo Morón y Antonio Gil y Zárate.

Frente á estos apareció combatiendo á Calderón con más acritud que nunca, el no menos ilustre crítico Sismondi, quien presentó al gran dramaturgo como prototipo que mejor representa en el pasado la miserable decadencia española: para Sismondi, Calderón es falso en las costumbres que describe, alambicado en el lenguaje y estilo, amaneradísimo siempre, ergotista sin alma, incapaz de pintar nada trágico ni patético de una manera digna; desconocedor de la verdad histórica, sin una frase verdaderamente tierna ó sublime; inmoral, perverso, corrompido, poeta de la Inquisición, y haciéndonos odiar la feroz y sombría religión que ensalza.

Tanto las censuras de Sismondi y de aquellos que en España y otros pueblos le han seguido, como el fanatismo y casi endiosamiento de los Schlegel y cuantos en Alemania, Francia, España, etc., han repetido sus elogios descomunales, han exa-

gerado los defectos como los méritos de Calderón: unos y otros han hablado irritados por el fanatismo de escuela, á la vez religiosa y política, que tanto ha conturbado los espíritus á principios del siglo presente: los Schlegel, eminentemente sabios en crítica artística y literaria, no pudieron desprenderse en sus juicios del odio al protestantismo y á las ideas liberales: amigos y protegidos de Metternich, fueron en su tiempo los más genuinos representantes de la escuela católica ultramontana y absolutista.

Por su parte Sismondi, crítico también eminente, no podía formular sus juicios sin olvidar sus preocupaciones de anti-católico furioso, y de sectario devotísimo de los principios liberales.

Esta lucha de escuela ha sido favorable á Calderón, pues que se le arrancó del injusto olvido en que yacía; y al volver á estudiarlo y discutirlo con detenimiento, se ha evidenciado su grandeza incuestionable; aun reconociendo sus defectos como poeta, y lo extraviado de su criterio como pensador, extravíos que más bien deben imputarse á su época, que á él; deben imputarse al medio ambiente que respiraba.

Sí; Calderón, como pensador, es un sectario fanático, un místico peligroso, y por lo tanto un filósofo pobre: es, en efecto, un católico romano áspero y agresivo; casi, casi, inquisitorial, como quiere Sismondi: pero el poeta ¡oh! el poeta es digno rival de Shakespeare, como quiere Schlegel; porque, en efecto, después del grandioso teatro griego de Eschylo y Sófocles, nada tan hermoso, tan genial, como la inspiración de Shakespeare y la musa de Calderón, que son, sin disputa, los padres del teatro moderno.

Hoy la crítica, más fría y desapasionada que á principios de siglo, y quizá más sabia y profunda por lo mismo, colocándose en el justo término medio, ha labrado á Calderón el honroso pedestal que le corresponde.

Nuestro ilustre Alcalá Galiano dió el ejemplo: para él fué Calderón: «en la invención feliz; en la formación del enredo y desenredo de sus comedias ingenioso y atinado; en idear caracteres casi siempre común, aunque en raras ocasiones, como en el Segismundo de *La Vida es sueño*, en *El Alcalde de Zalamea* y otras, aun en esto acertó á ser eminente; en sus conceptos valiente, si bien con frecuencia afectado; con altas cualidades para lírico, para trágico, para cómico, con frecuencia desperdiciadas por sutileza, hinchazón y pedantería; con fluidez, soltura, pompa y sonoridad en la versificación; ya natural en la expresión, ya violento; una de las primeras glorias de España, en fin, aunque por muchos años tasada en menos de su justo valor; y hoy, acaso á consecuencia de los elogios de algunos extranjeros, repetidos por no pocos de sus paisanos, avaluado en grado todavía superior al de su verdadero merecimiento».

Entre los contemporáneos se ha escrito mucho acerca de Calderón, tratando de tasar en su justo valor el mérito de este insigne poeta; habiéndose señalado, como siempre, entre todos, el ilustre Menéndez Pelayo, que quizás peca un poco de severo, aunque no tanto como han pecado en Francia, hasta rayar en injusticia, Morel Fatio, Marc Moniell y otros.

Las obras de Calderón se dividen en cuatro categorías: 1ª dramas religiosos; 2ª dramas filosóficos; 3ª dramas trágicos y 4ª comedias de capa y espada; incluyéndose en esta última clase todas sus producciones de orden inferior.

A la primera clase debe Calderón su inmensa gloria en Alemania: entre los españoles se reconoce que, aun en los dramas religiosos, los hay superiores á los de Calderón, como lo son tal vez *La fianza satisfecha* de Lope de Vega, *El esclavo del demonio* de Mira de Amescua, y sobre todo, *El condenado por desconfiado* de Tirso de Molina.

Los dramas religiosos más notables de Calderón son: *La devoción de la cruz*, *Los dos amantes del cielo*, *El purgatorio de San Patricio*, *El mágico prodigioso*, *El José de las mujeres* y *El príncipe constante*: figura en este género como de Calderón la obra religiosa *Los cabellos de Absalón*, que evidentemente no es suya del todo, sino una refundición, imitación ó más bien plagio de *La venganza de Tamar*, obra famosa de Tirso; porque en aquella época, como no había propiedad literaria, todos los poetas, sin excepción, se robaban unos á otros los argumentos y aun las comedias enteras que publicaba el plagiario con su nombre, modificando un tanto la trama ó el estilo: lo mismo hicieron los poetas de Inglaterra por igual tiempo, sin exceptuar á Shakespeare.

Para la acción de nuestros dramas religiosos, la imaginación del poeta ponía

poco de su parte, tomando el argumento en las vidas de los santos: además del pagano y filósofo gentil convertido, que luego era santo ó mártir, y á más del pecador arrepentido que logra el perdón de Dios, solía figurar en estas tradiciones ó leyendas un pacto con el diablo, que el sabio ó filósofo celebraba dando su alma á aquél, á trueque de que le habilitase para satisfacer su ambición ó para gozar del amor de alguna dama esquivada: tal es la trama y fondo de una de las obras mejores de Calderón, *El mágico prodigioso*, basada en la antigua leyenda griega de San Cipriano y Santa Justina, escrita en exámetros por la célebre emperatriz de Constantinopla Eudoxia, llamada Atenais antes de su conversión al cristianismo, la sabia hija de Leoncio ilustre retórico de Atenas: pero esta emperatriz ya tomó el argumento de su poema de una leyenda cristiana del siglo IV. En esta famosa obra de la poetisa ateniense se han inspirado, sin duda alguna, nuestro gran poeta antiguo Calderón, y el gran poeta alemán moderno Goethe para su célebre *Fausto*, el poema más hermoso y grande de este siglo. Goethe coincide con la obra de la emperatriz algo más que Calderón, y aun por esto quizás el *Fausto* es superior al *Mágico prodigioso* donde no hay verdad histórica, ni color local; en que el Cipriano tiene un saber tan infantil, tan corto y tan silogístico, que, más que mágico, parece un pobre y vulgar estudiante; en que Justina es una santa, pero menos persona humana y menos figura artística que Margarita; y en que el demonio dista mucho de la grandeza de la creación alemana que se llama *Mefistófeles*. Sin embargo, en esta obra de Calderón, que no deja de ser bellísima por todo esto, hay detalles en que el *Fausto* es superado.

El más importante drama religioso de Calderón, es indudablemente *La devoción de la cruz*, por su fondo y por su forma: por el fondo, por ser la obra que más cumplidamente interpreta la escuela religiosa del autor con todas sus grandezas y sus errores: por la forma, por ser la más elegantemente escrita, y aquella en que más caudal ha puesto el poeta de arrobamiento lírico, de lujo de imágenes, figuras y comparaciones, expresadas con facilísima galanura. Por el fondo ó tendencia, es la obra que con más razón han combatido como inmoral los libre-pensadores, y con más debilidad han defendido los católicos con lujo de ergotismos inaceptables. *La devoción de la cruz*, que nos presenta á un mónstruo de la naturaleza, á un hombre encenagado en todos los crímenes y delitos que más sublevan la conciencia humana, salvado en su última hora, ganando el cielo en la hora de su muerte solo porque fué devoto del signo de redención, tendrá, como profundidad de pensamiento íntimo, toda la grandeza de Eschylo, si así lo quieren los que interpretan la religión de cierta manera; pero, á la luz de la razón pura y de la moral más rudimentaria, *La devoción de la cruz* es, como tendencia, un grandioso disparate: como lo es toda obra de índole parecida; el mismo *Condenado por desconfiado*, y en nuestros días el *Don Juan Tenorio*.

Como obra de arte, hay que convenir con los místicos rancios en que *La devoción de la cruz* es uno de los más hermosos poemas dramáticos que se han escrito en el mundo. Por la creación de caracteres es inferior á Shakespeare; pero, en lo tocante al efecto escénico, á las situaciones conmovedoras, al interés siempre creciente, á la unidad de acción, hábilmente expuesta y desenlazada, el arte de Calderón es consumado; la versificación es perfectísima, y el lenguaje y el estilo todo lo naturales que entonces podían ser: si los caracteres no pueden desenvolverse en todos sus fundamentos psicológicos, es porque lo dificulta el movimiento de una acción rica, rápida, interesante y apasionada.

Sigue en mérito á *La devoción de la cruz*, como drama religioso, *El príncipe constante*, que no en valde Menéndez Pelayo opina es el mejor de Calderón, en este género, por ser más natural, más humano, y más verdadero en la tendencia; más acertado en la pintura de caracteres, más conmovedor y tierno en el juego de las pasiones, y casi tan elegante é inspirado en los pensamientos, estilo y versificación: desde luego, el asunto es ya de por sí sencillo y sublime: es la historia de aquel don Fernando, infante de Portugal, que cae cautivo en poder de los moros, los cuales exigen por su rescate la entrega de Ceuta; el monarca portugués consiente, pero el infante se opone y recibe la palma del martirio; mereciendo así, en la historia, el honroso sobrenombre de Régulo cristiano.

En la segunda categoría de las obras de Calderón, esto es, en los dramas filosóficos, aquellos en cuya acción se simboliza, sin la intervención principal de los dogmas de una religión positiva, algo acerca de los problemas psicológicos, ontológicos y morales, caben los titulados *Saber del mal y del bien*; *Gustos y disgustos son*



no mas que imaginación, y *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, que sirvió de modelo al *Heraclio* de Corneille: pero sobre todos descuella *La vida es sueño*. Todos los defectos culteranos, todas las extravagancias de Rosaura, doncella andante y punto menos que imposible, pueden perdonarse en gracia de la noble, poética y magnífica figura de Segismundo, uno de los mejores caracteres ideados y trazados en el teatro moderno, ya se le considere personaje verosímil, de verosimilitud estética, ya se le considere como símbolo, alegoría ó representación pasmosa del libre albedrío humano, que triunfa de la influencia de los astros, que elige ya el mal, ya el bien, con responsabilidad y libertad, y que, sobreponiéndose á lo que hoy se llama medio ambiente, á la educación, á las circunstancias, al influjo hereditario ó atavismo, á todo lo que es, en fin, fatal y determinante en la vida, lucha, vence y doma los instintos malos, haciendo surgir del tenebroso y oscuro centro de la conciencia la elevación moral del alma.

La hermosa tesis de Calderón en esta obra, es, que el alma del hombre puede dudar de cuanto le rodea: el mundo, la vida, las grandezas y las venturas, los infortunios y las miserias, todo puede acaso parecerle sueño; pero ni por un momento podrá dudar de sí misma; de su poder irresistible y responsable, y de la energía avasalladora de la voluntad, que no se somete á lo exterior, que vence y arrolla todo obstáculo, y lo mismo puede acometer la más virtuosa de las acciones que el más atroz de los crímenes.

Entre los dramas de Calderón de la tercera categoría, los trágicos, son los más importantes *El Alcalde de Zalamea*, *El médico de su honra*, *El pintor de su honra*, *El Tetrarca de Jerusalem*, y *A secreto agravio secreta venganza*.

Después de los dramas religiosos han sido estos los más discutidos de Calderón: la pasión de los celos ilumina en todos ellos la escena con fulgor de sangre: por estos dramas, fundados todos en el adulterio, ha sido Calderón llamado feroz y bárbaro; su moral infame; su pintura de costumbres falsa; sus caracteres monstruosos, y sobre todo, su teoría del honor caballeresco que arma la mano criminal de sus héroes, más que no el amor, que daría explicación humana al crimen, esa teoría del honor Calderoniano, ha sido duramente combatida.

No la defenderemos aquí, porque, en efecto, á la altura á que el progreso moral social ha llegado, es indefendible: creemos más, creemos contra la opinión de Menéndez Pelayo, que ese concepto del honor no era verdadero ni aun en tiempo de Felipe IV: en aquella época, las costumbres, bajo el sayal monástico y la careta religiosa, y bajo el dominio absoluto del catolicismo intemperante, eran tan relajadas y tan impuras como en el pueblo y la época de mayor desenfreno; porque los extremos se tocan: bajo el cetro de los beatos Austrias, como bajo el de los beatísimos Borbones, las doncellas andariegas que se divertían á espaldas de padres y hermanos; (las madres no figuran casi nunca en el teatro, porque se conoce que en el mundo no hacían mas que rezar; y así iba ello;) las esposas infieles y los maridos vividores y comerciantes de su vergüenza, abundaban que era un primor: dígalo Quevedo, y todos los escritores de costumbres de su época: así, pues, el honor Calderoniano ciertamente es tan absurdo como el ergotista misticismo convencional de su *Devoción de la cruz*, y de sus *Autos sacramentales*.

Pero, dejando la tendencia á un lado, como hay que dejarla casi siempre en Calderón, en el terreno del arte hay que conceder al poeta que, como elemento trágico, como recurso trágico, el honor caballeresco le ha sido necesario para inflamar su imaginación ó iluminar la escena, inspirándole las más soberbias é interesantes tramas, y los caracteres, las figuras más resaltantes de su teatro, así como las mayores bellezas de estilo y pensamiento y las más bizarras gallardías del lenguaje y versificación.

En la cuarta categoría, esto es, en las comedias de capa y espada, se han señalado como mejores: *Casa con dos fuertas mala es de guardar*; *No hay burlas con el amor*; *No hay cosa como callar*; *La dama duende*; *El escondido y la tapada*; *Los empeños de un acaso*; *Guárdale del agua mansa*; *No siempre lo peor es cierto*, y las que han llamado *palaciegas* Alberto Lista y Patricio de la Escosura, á saber: *El secreto á voces*; *Para vencer á amor, querer vencerle*; *El Galán fantasma* y *Nadie fie su secreto*. Hay que advertir que en estas comedias palaciegas queda Calderón muy inferior á Lope de Vega en *El perro del hortelano*, á Moreto en *El desdén con el desdén*, y á Tirso en *El castigo del pensó qué*; porque Calderón no era poeta tan chistoso y cómico, tan ingenioso, tan travieso, en una palabra, como Lope

y Tirso, de cuyas sales y agudezas de tan sabrosa malicia no participó: su musa era más elevada, y su talento más serio y profundo.

Por lo que hace á las comedias de *capa y espada*, que vienen á ser lo que hoy las comedias de costumbres, suelen ser siempre notables por lo ingenioso del enredo, aunque pecan casi siempre de falsedad y atropellamiento en el desenlace: pinturas vivaces de aquella sociedad, pero, pinturas hechas con más convencionalismo que en Tirso, Alarcón ó en Lope, que son más acertados, más verdaderos.

En Calderón, las damas y los galanes están como vaciados en un molde siempre igual: todo interés real de la vida, salvo el amor y el honor, apenas afecta el alma de ninguno de los héroes Calderonianos, salvo en *No siempre lo peor es cierto*, en que, el honor, el amor, la amistad y otros altos deberes salen de la pauta trillada, y chocan produciendo lo que se llama hoy en dramática interesantes conflictos: se aquilatan, en fin, elevando á los personajes con verdadera grandeza y sublimidad moral, y presentándonos en ellos el simpático dechado, ya del caballero cumplido, ya de la dama perfecta.

Pero en lo general, casi toda otra pasión que no sea el amor ó el honor, es en Calderón interpretada grotesca y villanamente por aquellas criadas y lacayos graciosos que forman contraposición y vienen á ser como la parodia de los amos: de donde resulta un algo amanerado y simétrico; una factura pobre.

Las mujeres Calderonianas tienen mucho de sofístico y de arbitrario: no suelen ser las mujeres que andan, ni han andado por el mundo: son muy cultas, dotadas de un discreto impertinente y cansador para el público del día, si bien, á vueltas de este falso discreto, suelen rebosar en sus discursos la galanura y los primores de lenguaje y de estilo: lo que hace á veces sofísticos á los personajes Calderonianos de *capa y espada*, retratos de la clase media, hidalguía, ó pequeña nobleza de entonces, es que, por bajo del velo ó del barniz con que se ocultan por decoro sus vicios, sus tramoyas y sus faltas, y á través de las sublimidades de la expresión, del pundonor quisquilloso que pone á menudo la espada en mano de mozos y de viejos, se ve mucho de la miseria y no poco de las malas costumbres y relajación hipócrita de aquella época devota; relajación á que antes nos hemos referido, contra la opinión de Menéndez Pelayo; quien, como buen ultramontano, quiere hacer creer que las sociedades dominadas por el espíritu católico son coros de ángeles.

Mucho se ha discutido sobre el mérito y trascendencia de los famosos *Autos sacramentales* de Calderón: libros enteros ha escrito la docta Alemania sobre estas producciones, miradas al calor del dogmatismo teológico: diremos aquí, que fuera de las bellezas de estilo y versificación que en Calderón nunca faltan, fuera de su riqueza poética incuestionable, los *Autos sacramentales* son simplemente absurdos.

Más conformes estamos con censurar el desdén injusto y el olvido con que han sido tratadas ciertas comedias de Calderón, que hoy llamaríamos de tramoya ó de magia; *féeries*, como dicen los franceses.

Opinamos con el crítico del *Diccionario Enciclopédico Hispano Americano*, que estas comedias son un rico minero olvidado de poesía, y que, refundidas al gusto de ahora, y puestas en escena con el arte y maquinaria de hoy, sin duda alguna encantarían al público: las más notables de este género son: *El castillo de Lindabridis*; *La hija del aire*; *Los tres mayores prodigios*, y *La estatua de Prometeo*.

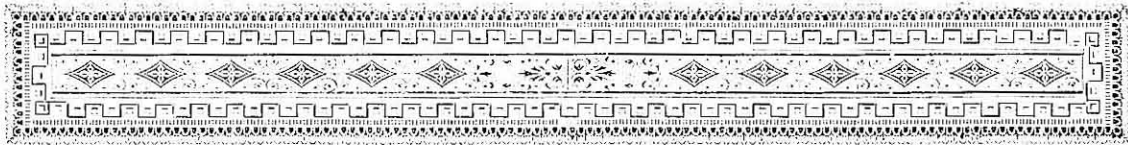






*D. Francisco de Quevedo y Villegas*





## FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS



RANDE como la de pocos literatos españoles es la popularidad de QUEVEDO, y no hay chiste ingenioso, sátira fina, poesía jocosa cuya paternidad no le sea atribuida por el vulgo, que ha hecho legendaria la agudeza de sus frases, y lo profundo de las sentencias que encierran sus escritos.

A su esclarecido talento unía habilidad y gracia en el decir, que no tuvieron en su época ni después han tenido tampoco rival en España, siendo tan oportuna la causticidad de su lenguaje que le acarreó graves disgustos en el círculo social en que vivía, y encarnizadas persecuciones de aquellos á quienes zahiriera con su palabra.

Quevedo cultivó siempre admirablemente todos los géneros de literatura, y sus escritos, ora tratasen de política, costumbres ó crítica, ora fuesen poesías ó discursos ascéticos, bien revistiesen el tono serio ó bien el jocoso, han sido todos filosóficos é instructivos en el fondo. Como filósofo y como teólogo notabilísimo, quizá no tuvo rival en su tiempo.

No fué Quevedo el poeta vano que la tradición nos pinta como autor de cuantos chistes se le atribuyen, sino un distinguido literato, un pensador atrevido, á la par que ingenioso, agudo y profundo.

El poeta celebrado, hombre de letras, filósofo y diplomático, D. Francisco de Quevedo y Villegas, nació en Madrid, recibiendo el agua del bautismo en la parroquia de San Ginés el 26 de Setiembre de 1580.

Fué su padre D. Pedro Gómez de Quevedo, secretario de Ana de Austria, á quien perdió en sus primeros años y poco después á su madre, quedando confiada su horfandad á D. Agustín de Villanueva, protonotario de Aragón, que en su calidad de tutor dióle una brillante educación, haciendo que aprendiese latín y griego primero, y después las lenguas arábica y hebrea, y la francesa é italiana.

Contaba solo 14 años de edad cuando se graduó de teología en la Universidad de Alcalá de Henares, siendo muy versado en los derechos civil y canónico, en astronomía y en matemáticas.

Estudió concienzudamente las ciencias médicas y naturales, porque decia ser necesidad para la discreción agena lo importante de la propia salud.

Diestro en el manejo de las armas, fué muy dado á aventuras; siendo muy joven, todavía estudiante en Alcalá, cuando, por motivo de una dama, hirió gravemente al rival ofendido, y hubo de marchar huyendo á Italia.

Allí protegióle el duque de Osuna, quien le confirió varios cargos y comisiones importantes que desempeñó con gran habilidad y mayor lucimiento, hallándose mezclado en un sin número de aventuras personales, cuyo relato está fuera de la índole de estos apuntes.

En Marzo de 1611, y hallándose de nuevo en Madrid, tuvo un lance que le obligó á escaparse por segunda vez y refugiarse en Sicilia. Lo sucedido fué que hallándose en la iglesia de San Martín donde asistía á las tinieblas, un hombre que cuestionaba con una señora dió á ésta una bofetada; y Quevedo, que estaba cerca, dejándose llevar de un noble y caballeroso impulso, asió violentamente de un brazo al agresor, y después de sacarlo al atrio del templo le afeó indignado su proceder. De las palabras pasaron bien luego á los hechos, y sacando ambos las espadas trabáronse en combate, del que resultó mortalmente herido el que había inferido agravio á la dama.

En Sicilia y en Nápoles prestó valiosos y distinguidos servicios que le valieron el favor real, haciéndole merced Felipe III en 1617 del hábito de Santiago, cuyo galardón estimó tanto que siempre ostentaba en su pecho la cruz de aquella orden.

Quevedo demostró su afección por el duque de Osuna, virey de Nápoles, que tanto le protegiera, siguiéndole en todas sus vicisitudes así prósperas como adversas, llevándole éstas á pasar más de tres años preso y desterrado en su villa de la Torre de Juan Abad, al cabo de cuyo tiempo, sin que se le hiciera cargo alguno, volvió á la corte donde fué muy estimado por Felipe IV. Durante su prisión empezó á quebrantarse su salud; y para demostrar la imposibilidad de recobrarla, escribía diciendo: «He visto muchos condenados á muerte, pero ninguno condenado á que se muera.»

El rey le ofreció diferentes altos puestos que no admitió, contentándose solo con el título de secretario privado del mismo, como único medio de servirle á él solo y lucir su ingenio.

Improvisó una linda comedia, salpicada de epigramas y pullas contra el matrimonio, con el título de *Quien más miente medra más*; y con tal motivo las damas de palacio se conjuraron contra él para obligarle á casarse. La duquesa de Olivares dióse maña para hacerle que expusiese las condiciones que él exigiría en la que hubiera de ser su novia, y Quevedo hizo la siguiente curiosa relación:

«Ahora diré como quiero que sea la mujer que Dios me diere en suerte. Noble, virtuosa, entendida; ni fea, ni hermosa; (entre ambos extremos prefiero la hermosa, porque es mejor tener cuidado que miedo, y tener que guardar que de quién huir.) Ni rica ni pobre; que ni ella me compre á mí, ni yo á ella. La apetezco alegre, que en lo cotidiano y en lo propio no nos faltará tristeza á los dos. No la quiero niñaní vieja, que son cuna ó ataud; porque ya se me han olvidado los arrullos, y aún no he aprendido los responsos. Daría infinitas gracias á Dios si fuese sorda y tartamuda. Pero después de todo, estimaré en mucho la mujer tal como la desco, y sabré sufrirla si fuere tal como yo la merezco. Bien podré ser casado sin dicha, pero no mal casado.»

Quevedo uniése en matrimonio con doña Esperanza de Aragón y La Cabra, modesta, virtuosa y de noble alcurnia; pero su dicha fué breve, pues quedóse viudo al año de haberse casado.

Puede decirse que toda su vida la pasó rodeado de enemigos que le persiguieron cruel y encarnizadamente, los unos porque fueron víctimas de su mordacidad, y los otros émulos de su gloria. Siempre que podía los ridiculizaba á todos con aquella sátira fina y apropiada, oportunísima, que era en él habitual y es hasta hoy inimitable.

Mas los enemigos de Quevedo armaron tal cruzada contra él, que consiguieron se le atribuyeran cuantos libelos circularon contra el primer ministro el Conde-Duque de Olivares; y con la caída del poeta en la desgracia del favorito, quedó decretado su exterminio.

Hospedábase Quevedo en casa del duque de Medinaceli, y una noche llegaron dos alguaciles de corte, sorprendieron al poeta, se apoderaron de él y le registraron, despojándole de cuanto tenía. Sin permitirle siquiera que tomase su capa, le metieron en un coche; y llevándole al puente de Toledo, fué entregado á los alguaci-

les y corchetes que lo condujeron en una litera al convento de San Marcos de León, donde permaneció preso hasta que cayó de la privanza real el Conde-Duque de Olivares.

Quevedo, que contaba ya 60 años de edad, y por sus achaques y sufrimientos estaba hecho un anciano, describió en los términos siguientes su llegada á la prisión de San Marcos:

«*Veni, vidi, vici*; dijo César con la arrogancia de un romano; y yo puedo decir: me trajeron, hablé y vencí, al tomar clausura mi vocación en este convento del evangelista de los cuernos. Llegué y ví las narices del padre Prior, que pueden servir de paraguas á la comunidad muy reverenda. Venían debajo de ellas todos los modregos mirándome al soslayo, temerosos de hallar una alimaña, y recibéndolos yo con la cortesía del forzado ante la pena. ¡Oh qué de cosas les dije encaminadas á mi bien! Fué de tal modo que la caja del guardián se vació de sesos á puro devanarlos; y todos, me apretaron las manos como en señal de quedar edificados y vencidos. Creo no lo deberé pasar mal el corto plazo que me tengan en penitencia....»

Estas esperanzas de próxima libertad, saliéronle fallidas, porque el Conde-Duque hizo que se extremaran los rigores de su prisión, mandando que lo trasladasen desde un piso alto, donde tenía su encierro, á un insano y oscuro calabozo abierto bajo tierra, donde le cargaron de grillos. La humedad del sitio produjo á Quevedo tres llagas; y para evitar su canceramiento hubo él mismo de cauterizarse.

Cerca de cuatro años permaneció en prisión; y á la caída del favorito, que hizo se le negaran toda clase de indemnizaciones, sumiéndole en la miseria hasta el extremo de tener que mantenerse de limosna en la cárcel de San Marcos, volvió á Madrid falto por completo de recursos.

Reducido á la pobreza y extenuadas las fuerzas del cuerpo, jamás las del espíritu, se trasladó á su villa de la Torre de Juan Abad, yendo luego en busca de remedios y médicos para sus dolencias, á Villanueva de los Infantes; donde murió al cumplir los 65 años de edad, el 8 de Setiembre de 1645.

La sátira constituyó la gala de su literatura; y su estilo en prosa siempre original, y á veces extravagante por la influencia que hasta sobre él llegó á ejercer el gongorismo, demostraba la fuerza de su imaginación. En la poesía son sonoros sus versos, y abundan en rimas fáciles y ricas.

En suma, los escritos de Quevedo son joya de la literatura española, y de sus obras se han hecho numerosas ediciones en el extranjero.

Clasificados sus trabajos literarios, pertenecen al género ascético la *Vida de San Palle*, los *Tratados de la providencia de Dios*, y la *Política de Dios y gobierno de Cristo*; son morales y políticos *La virtud militante*, *La fortuna con seso*, *El Epicteto español*, *El Focilidas*, *Las cartas del caballero de la Tenaza*, y *La vida de Marco Bruto*; son composiciones alegóricas *El sueño de las calaveras*, y *Las Zahurdas de Plutón*; son producciones festivas y satíricas *El entremetido*, *La dueña y el soplón*, *El alguacil alguacilado*, *La visita de los chistes*, *El libro de todas las cosas y otras muchas más*, y *La culta Latini-parla*. Su novela mejor es *La vida del Gran Tacaño*, y son de altísimo mérito literario sus poesías coleccionadas con el título *Las Nueve Musas*.



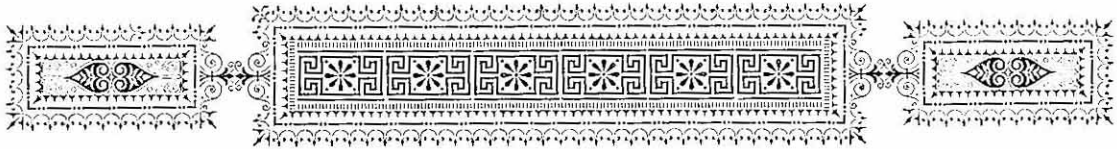






*Fray Luis de León*





## FRAY LUIS DE LEON

---



En la segunda mitad del siglo XVI España se encontraba en una situación sumamente rara y excepcional. Sus armas se paseaban triunfantes y orgullosas desde el golfo de Méjico hasta el mar del Norte, y desde la Berbería hasta el cabo de Hornos; y mientras en sus dominios *no se ponía el sol*, y las colonias americanas enviaban galeras repletas de oro á la metrópoli, el pueblo español vivía en un estado de pobreza, opresión y abatimiento extraordinario. Mientras los dos colosos de la casa de Austria, Carlos I y Felipe II, uno en las Cortes de la Coruña y otro en las de Tarazona, ahogaban las libertades públicas, y hacían rodar en el patíbulo las heroicas cabezas de Padilla y de Lanuza, los tercios españoles immortalizaban sus reinados, apoderándose de Roma y haciendo prisionero en batalla sangrienta al rey de Francia. Y mientras el pueblo se hallaba sumido en la más degradante postración, encenagado en toda clase de supersticiones, y hacía con su holgazanería ricos á los provenzales, loreneses, gascones, lombardos, walones é ingleses, que explotaban la industria fabril y mecánica, que no pensaban mas que en hacer una pronta fortuna para volverse á sus tierras, nacía, se desarrollaba y crecía, casi al mismo tiempo, y de una manera pasmosa, la literatura española.

Al sagrado de la literatura se acogieron los ingenios españoles del *siglo de oro*, que huían de las asechanzas del Santo Oficio. El terrible tribunal de la Inquisición, intolerante, duro é inexorable, comprimía de tal manera las inteligencias, que éstas tuvieron necesidad de apartarse, como de terreno vedado, de las ciencias físicas, filosóficas y políticas, dirigiéndose y explayándose en los inofensivos campos de la literatura. Y no se crea que exageramos. Ocho venerables prelados y nueve doctores teólogos, que asistieron al Concilio de Trento, tuvieron causa en la Inquisición.

En el célebre proceso formado al arzobispo de Toledo, Fray Bartolomé de Carranza, por su catecismo, fueron envueltos multitud de prelados, maestros y doctores, unos por haberle traducido, otros por haber dado de él censura favorable, los demás meramente por haberle copiado. El célebre Arias Montano, el historiador Mariana,

el Brocense, el doctísimo Antonio Pérez, el celebrado vate Pablo de Céspedes, autor del poema de *La Pintura*, el elocuentísimo escritor Fray Luis de Granada y cien otros más, tuvieron que sufrir las iras inquisitoriales.

¿Qué más? Hasta en los santos se cebó la Inquisición. Díganlo sino los procesos que se siguieron á S. José de Calasanz, S. Juan de la Cruz, S. Francisco de Borja, el beato Juan de Rivera, S. Ignacio de Loyola y Sta. Teresa de Jesús. ¿Qué de extraño, pues, tiene el hecho de que nuestros pensadores huyeran de los escabrosos problemas científicos, y que el pensamiento y la inteligencia no tomaran el vuelo y la expansión que producen las ideas fecundas y libres de toda traba?

Lo admirable, lo extraordinario es que, entre las joyas literarias de aquel siglo, se escribieran algunas magistrales obras de ciencia sin temor á las notas teológicas y á las censuras eclesiásticas. Sin embargo, nuestro *siglo de oro* es más bien para la gaya ciencia que para otro orden de conocimientos, ya que en todos los géneros literarios llegó España á una altura que no ha superado ninguna nación del mundo.

Entre la pléyade de escritores insignes de aquella época, ocupa un lugar preeminente la venerable figura de Fray Luis de León.

León nació en Belmonte del Tajo en 1527. Manifestó muy joven su vocación religiosa, y en 1544 profesó en el convento de agustinos de Salamanca. Alma candorosa, y de una sensibilidad exquisita, no remontó los vuelos de su imaginación, al modo del sevillano Herrera, hasta las concepciones grandiosas, por medio de imágenes atrevidas, y de la pompa, sonoridad y magnificencia del lenguaje: al contrario, los objetos más sencillos, una flor, un arroyo, la soledad del campo, la amenidad de un soto, le movían á un dulce arrobamiento, y hacían destilar de su pluma raudales de poesía franca, pura, espontánea, fácil, embelesadora. En todos sus versos se halla reflejada su alma tierna como la de un niño, y dulce como un cántico apacible y delicioso.

Fray Luis de León, que era poeta sin creerlo, más aún, sin querer serlo, pues escribió en verso por puro entretenimiento, en sus mocedades ganó una porción de premios y honores en los certámenes y academias que entonces tenían las órdenes religiosas: honores y premios que llegaron á excitar la envidia de sus competidores. Sus émulos esperaron una ocasión para deshacerse de tan temible rival. No tardó aquella en presentarse: el maestro León tradujo en lengua vulgar el «*Cantar de los Cantares*,» contra la prohibición expresa de la autoridad eclesiástica. A pesar de que la traducción no atacaba en lo más mínimo el dogma católico, y que la hizo sin comentario alguno, la Inquisición tuvo encerrado al venerable Luis cinco años en un inundo calabozo, indigno de sus virtudes y del traje eclesiástico que vestía. Por fin fué absuelto por el odioso Tribunal, y cuando volvió á ocupar su cátedra, de la que había sido desposeído, una multitud de estudiantes y de personajes de Salamanca acudió á escuchar del querido maestro algo sobre las persecuciones de que había sido objeto, pero...«*Como decíamos ayer*», fueron las palabras que reanudaron sus tareas. ¡Alma grande y nobilísima, no tuvo una palabra de queja contra sus verdugos!

En la prisión escribió aquellas tan conocidas y celebradas quintillas:

Aquí la envidia y mentira  
Me tuvieron encerrado:  
Dichoso el humilde estado  
Del sabio que se retira  
De aqueste mundo malvado.  
Y con pobre mesa y casa,  
En el campo deleitoso  
A solas su vida pasa:  
Con solo Dios se compasa  
Ni envidiado, ni envidioso.

Fray Luis de León es escritor en prosa y verso, notabilísimo en ambos conceptos.

Como poeta, á ninguno de su tiempo cede la palma de la lírica. Si este género es el que expresa principalmente los afectos é ideas del poeta, nadie mejor que Fray Luis, todo candor, todo sensibilidad, todo inspiración, podía llegar á la cumbre del lirismo, y ocupar el sitio que había dejado vacante el gran Horacio.



Salvo en la oda «*La Profecía del Tajo*» en que nuestro biografiado es poeta lírico nacional, en sus restantes composiciones le mueve un individualismo profundo, intenso y conmovedor. Refleja en sus obras, como en cithra, los sentimientos de amor que inspira al ser humano la contemplación de la naturaleza, por medio de su mismo entusiasmo, por medio de su misma exaltación. En la «*Profecía del Tajo*» hace León lo que Píndaro en sus odas, Schiller en «*La Campana*», Leopardi en la «*Oda á Italia*», Quintana en sus versos patrióticos, Manzoni en sus himnos sagrados; habla, ya que no á la humanidad, por lo menos á su patria. Pero, nunca es tan grande León como cuando expresa, ama, admira, gime y llora, porque á través de los gemidos y el llanto, del amor y de la admiración, hay un afecto, suma de todos, que mueve y anima al poeta: la esperanza. Y esta esperanza hizo desdeñar á León las vanidades humanas, y aborrecer la agitación y terribles luchas de su época, desahogando la vena de su corazón en la soledad, puerto que le brindaba segurísimo reposo. En medio de la abrupta naturaleza, una tórtola solitaria, dos enamorados pajarillos, el regalado aliento del céfiro, la hermosura del cielo, una noche estrellada, herían las delicadas fibras de su alma, que prorrumplía en cánticos sublimes. En la frescura y amenidad de un soto, isleta en medio del río Tormes, cantaba:

Del monte en la ladera  
 Por mi mano plantado tengo un huerto,  
 Que, con la primavera,  
 De bella flor cubierto  
 Ya muestra en la esperanza el fruto cierto.

En seguida, como dando expansión á su espíritu fatigado por el estudio y el trabajo de la cátedra, se complace en describir menudamente los objetos que le ofrece su pequeño paraíso:

Y como codiciosa  
 Por ver y acrecentar su hermosura,  
 Desde la cumbre airosa  
 Una fontana pura  
 Hasta llegar corriendo se apresura.

Tentaciones nos han dado de copiar íntegra esta bellísima composición, pero la índole de esta obra, no esencialmente literaria, lo impiden. Si diremos que, «*A la vida del campo*», es un cuadro trazado por mano experta y habilísima; que los pormenores no oscurecen el conjunto, y que, si bien es cierto que en ella no se encuentran adornos brillantes, y que tiene un sabor campestre, no lo es menos que nadie verá en ella la exactitud fotográfica de una copia.

Algunos preceptistas han dividido las obras poéticas de Fray Luis de León de la siguiente manera: imitaciones toscanas, traducciones de griegos y latinos, traducciones de la poesía hebrea, y obras originales.

Entre sus imitaciones más felices podemos citar la oda «*A la avaricia* y «*A la vida del campo*», en la cual superó en dulzura é ingenuidad á la del vate latino.

En donde se muestra más original es en la poesía sagrada, en la cual aparecen impresos con caracteres de fuego el amor á Dios y la constante aspiración al cielo.

Entre sus composiciones místicas citaremos las que empiezan: «*Alma región luciente*» y «*Cuando será que pueda—libre de esta prisión volar al cielo*», y la paráfrasis cristiana de la teoría estética de Platón, ó sea la oda «*A Francisco de Salinas*».

Fray Luis de León no solo fué un poeta lírico de alto vuelo, sino también un prosista elegante y elocuentísimo.

En sus obras «*La perfecta casada*», «*Los nombres de Cristo*», y «*La exposición del libro de Job*», ha disputado la palma de la elocuencia á Fray Luis de Granada, y muchos están aun indecisos sobre cual de los dos merece la preferencia: porque si en Granada vemos más armonía en los períodos, más abundancia, más unción y más grandiosidad, en cambio en León vemos más profundidad, más filosofía, más nervio y más originalidad; no yéndole en zaga en cuanto á pureza de dicción, en lo castizo del lenguaje y en la exactitud de las expresiones.

No se crean nuestras alabanzas exageradas, y no se nos tache de parciales al ha-

blar de esta gloria española, porque iguales ó parecidos términos emplean los críticos extranjeros, habiéndole apellidado, además, nuestros tratadistas antiguos y modernos, el *Horacio español* como poeta, y como prosista le han asignado uno de los primeros puestos, si no el primero de todos en la prosa sagrada.

El Manco de Lepanto decía de él:

Un ingenio que al mundo pone espanto  
Y que podría en éxtasis robaros,  
En él cifro y recejo todo cuanto  
He mostrado hasta aquí, y he de mostraros:  
Fray Luis de León es el que digo,  
A quien yo reverencio, adoro y sigo.

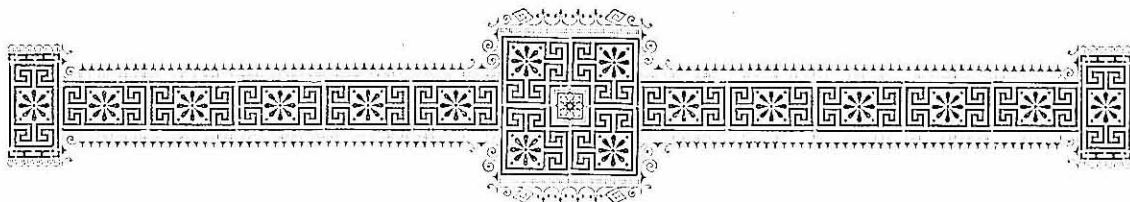
Fray Luis de León murió el 23 de Agosto de 1591, sin lograr desempeñar el cargo de Provincial con que quiso distinguirle la comunidad de agustinos de Salamanca, por sus grandes méritos y muchas virtudes.





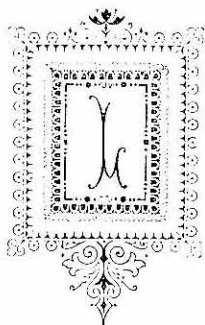
D. Sebastián de Elcano





## SEBASTIÁN DE ELCANO

---



o que no pudo realizar el genovés Colón á pesar de sus propósitos, lo realizó el guipuzcoano ELCANO. Fué el primer hombre que llegó desde Europa á la India con rumbo al Occidente, dando la vuelta al planeta que habitamos.

A pesar de este hecho, inolvidable en la historia de los progresos humanos, la posteridad no ha otorgado á Elcano todo el renombre que ha concedido á otros personajes de menos bulto y de empresas menos grandes.

Por más que en la historia se le conoce por Sebastián El Cano que algunos escriben Del Cano y otros de El Cano, sus verdaderos nombres, á tenor de los documentos de la época, referentes á sus actos y persona, son Juan Sebastián de Elcano.

Nació en la segunda mitad del siglo XV en la villa vascongada de Guetaria, á siete leguas de Tolosa, y era oriundo de una antigua y acomodada familia de aquella provincia, pero sin que hasta la fecha se hayan determinado, ni siquiera aproximadamente, el día, el mes, y el año de su nacimiento.

Se tiene, sin embargo, noticia de que desde muy niño mostró afición á los viajes y á la vida del mar, dedicándose desde joven á excursiones náuticas que cada vez fueron más dilatadas y peligrosas, sabiéndose de una de ellas, que la realizó mandando un buque de 200 toneladas con el cual llegó á la costa oriental del Africa, afrontando dos veces los peligros de la navegación en el cabo de las Tormentas ó de Buena Esperanza.

Sus viajes proporcionáronle importantes beneficios, siendo su vida en tierra dada á afortunadas aventuras amorosas, según lo comprueban las cláusulas de su testamento, del cual haremos mención más adelante, por la luz que arrojan sobre la índole de la vida privada de aquel valeroso navegante.

Cuando el marino portugués Magallanes se presentó al rey de España ofreciéndole la conquista de las islas occidentales del mar Pacífico, Elcano se propuso tomar parte en la expedición, si el monarca la autorizaba; y como ya sus expediciones náuticas le habían dado reputación de intrépido y de hábil marino, logró ver colmados sus deseos, apenas resuelto el viaje de exploración y conquista de las islas Molucas al Oriente de la India.



Dictáronse las órdenes y disposiciones necesarias para el apresto de una escuadra de cinco navíos al mando superior de Magallanes, nombrándose á nuestro personaje comandante de uno de los buques, que tenía por nombre *Concepción*.

Zarparon los navíos de las costas españolas el día 27 de Abril del año 1521, yendo en la nave capitana el italiano Pigafetta, cronista de la expedición, natural de Vicenza, gran amigo de Magallanes, y uno de los más envidiosos del mérito y fama de Elcano. Toda suerte de contrariedades dificultó el viaje, tocando las naves en Canarias y Río de Janeiro, luchando contra las borrascas más horrendas, y siguiendo al Sud de las costas de América hasta penetrar en el canal ó paso que separa la Tierra del Fuego y el Continente americano, y da comunicación á las aguas del Atlántico con las del Pacífico. Aquel lugar fué denominado desde entonces *estrecho de Magallanes*, por el nombre del jefe de la expedición que por vez primera lo franqueaba; pero al llegar á él habían sido tantos los embates de los elementos, que solo quedaban tres buques de los cinco que habían salido de España. De los tres era uno el mandado por Elcano, cuya pericia en la lucha con las tempestades había conseguido que su nave fuera la mejor conservada en la travesía.

Dicen las crónicas que, una vez en el estrecho referido, el cronista ó historiador Pigafetta fué el primero que desde las naves descubrió á los indios *tehuelches*; y que impresionado por su elevada estatura, y, sobre todo, por la enormidad de sus pies, empezó por llamarles *pies grandes*, denominándoles definitivamente *Patagones*, nombre que hasta hoy conservan.

Llegados los tres buques de la expedición al mar Pacífico por el nuevo paso descubierto, hicieron rumbo á la actual Oceanía, para llegar á las islas Molucas, objetivo del viaje, según los planes convenidos con Carlos I. Pasó la expedición por el archipiélago Peligroso, y de allí á las islas Marquesas, desde donde subió al norte cruzando el Ecuador; y pasando por entre el vasto archipiélago de las Carolinas, remontó hasta el de las Marianas y de Mulgrave, cambiando desde allí de rumbo con proa al sudoeste, para terminar en las islas Filipinas.

En el corazón de este archipiélago, y no existiendo ya más buque que el mandado por Magallanes y el que tenía á sus órdenes Elcano, tocó la expedición la isla de Cebú, en donde hallaron favorable acogida los navegantes, consiguiendo trabar alianza con algunos de los reyes del país. En virtud de las hostilidades encarnizadas entre éstos, Magallanes desembarcó con gente de sus tripulaciones para auxiliar á uno de aquellos jefes que más ventajas le ofrecían para sus designios; y trabada la lucha entre ambas partes en Matan, fué herido de un flechazo Magallanes el día 21 de Abril, lo mismo que su gran amigo el citado Pigafetta, que tuvo la suerte de escapar de manos de los indígenas, refugiándose en las naves. No así Magallanes, que fué bárbaramente despedazado por los vencedores.

Retirados los españoles á sus respectivas embarcaciones, los tripulantes del buque que había mandado Magallanes, y á la cabeza de ellos Pigafetta, eligieron por jefe de la expedición á Juan López de Carabello; pero pronto su notoria incapacidad se hizo manifiesta en la difícil situación en que se encontraban buques y tripulantes en aquellos mares, entre un dédalo inextricable y peligroso de islas y arrecifes, y hostilizados por salvajes terribles por lo obstinados y temerarios.

Puestas en evidencia las pobres dotes de López de Carabello para mandar y dirigir la expedición, hizose general el descontento de los tripulantes; y los mismos que habían hecho la elección, determinaron deponerlo del mando y confiarlo á Sebastián de Elcano, como así se hizo á los pocos días.

Investido nuestro personaje con el mando superior de la escuadra, dirigióse á las islas Molucas visitando muchas de ellas; reconoció Amboine, Timor, Tolor y muchas otras, estableciendo relaciones con sus jefes y reyezuelos, uno de los cuales le agasajó en Tidor, recibéndole solemnemente con inusitadas ceremonias; y aunque estuvo presente en esta ocasión el citado Pigafetta, ni una palabra ha tenido en sus crónicas para mencionar siquiera al insigne navegante de Guetaria.

En la mencionada isla de Timor fundó una importante factoría española, que sirvió más tarde de base para el comercio en aquellos mares, y después de cargar de especias valiosas los dos buques de su mando, uno de ellos, el *Trinidad*, en tan lamentable estado que era casi inservible para la navegación, emprendió en Abril de 1522 el viaje de regreso á España, doblando felizmente el cabo de las Tormentas ó de Buena Esperanza; y tras penas inauditas y peligros indecibles, entró en el puerto de Sanlúcar de Barrameda el día 8 de Setiembre de aquel año, sin más que 17 tripu-

lantes de los que con él habían emprendido la arriesgada empresa de dar por primera vez la vuelta al mundo.

«Así terminó al cabo de tres años menos 18 días,—dice el biógrafo francés Fernando Dénis,—el memorable viaje al cual se ha unido para siempre el nombre de Magallanes, habiéndose omitido el de Elcano hasta por el mismo Pigafetta.»

En efecto; este italiano que tenía el cargo de cronista de la expedición, que asistió á todos los actos de Elcano, que presenció sus hazañas, que se convenció de sus altas dotes, y que escribió sendos relatos y minuciosas crónicas del viaje, no menciona para nada sus hechos, ni nombra una sola vez al ilustre y valeroso navegante. ¡Mucho debía ser su odio, ó muy grande la ruindad de su alma!

El asombroso viaje de Elcano fué de 14.460 leguas con duración de 1.124 días, según se lee en el libro titulado *Primer viaje alrededor del mundo por el caballero Pigafetta, en la escuadra de Magallanes durante los años 1519, 1520, 1521 y 1522*, impresa en París en el año IX de la República Francesa (1802).

De Sanlúcar pasó Elcano á Sevilla, conduciendo á aquella ciudad el navío *Victoria* que dió la vuelta al globo en la expedición de Magallanes, en donde se conservó mucho tiempo hasta deshacerse de puro viejo.

Una vez en Sevilla, trasladóse el navegante á Valladolid donde se encontraba con su corte Carlos I. Acogióle este con altas distinciones y grandes demostraciones de afecto, señalándole una pensión de 500 ducados al año: colmó á sus compañeros de gracias y recompensas, y concedió á Elcano blasones; señalándole por escudo de armas un globo terráqueo de plata en campo de azul, con el lema *Primus circumdedit me*.

Como las especias, minerales y otros productos, así como los indios que trajo Elcano de las Molucas, dieron idea de las grandes ventajas comerciales que para la corona de Castilla importaba la posesión de las islas de Oceanía, el monarca, oídas las representaciones é informes de Elcano, resolvió que se llevara á cabo una segunda expedición á aquellas apartadísimas regiones.

Cerca de tres años transcurrieron todavía antes de llevarse á cabo la nueva empresa; y en ellos siguió Elcano significándose por el número, fortuna y peligros de sus galanteos y aventuras amorosas, hasta tal extremo que, siendo tantos los ofendidos, Carlos I, que dispensaba decidida protección al insigne navegante, expidió una Real Cédula para que siempre pudiera ir Elcano armado de todas armas, sin distinción de lugares, y hasta hacerse acompañar de soldados para defenderse de sus enemigos.

De tal género de vida resultaron varias doncellas comprometidas y algunos hijos naturales, según consta de su testamento.

Dispuesta ya por el rey la salida de la segunda expedición á las Molucas, Elcano fue designado segundo jefe de la escuadra, siendo nombrado para primero el comendador F. D. García de Loaisa. Con tal motivo dirigióse Elcano á Guetaria para visitar por postrera vez su país natal. De allí marchó á la Coruña llevando consigo á sus dos hermanos, y numerosos vascos que quisieron acompañarle en su segundo viaje de circunnavegación al mundo: y tras grandes preparativos, el día 25 de Julio de 1525, dióse á la vela la expedición compuesta de cinco buques, que no tardaron en ser juguete de las tempestades y de toda suerte de contratiempos. Frente á las costas del Brasil la escuadra se había disminuido ya de dos naves; y siguiendo los desastres de aquel desgraciadísimo viaje, el buque en que navegaba Elcano naufragó en medio de un furioso temporal, no lejos del cabo de las Vírgenes; y en otro de los dos únicos que restaban, pudo franquear el estrecho que ya tenía el nombre de Magallanes.

El Pacífico reservaba á la expedición nuevas desgracias y contratiempos, pues á los rigores del mar fuéronse á unir las enfermedades que diezaban á las tripulaciones, siendo una de las víctimas el propio comendador García de Loaisa, que falleció el día 30 de Julio de 1526, un año y cinco días después de haber abandonado las costas de España.

Elcano que se hallaba enfermo á su vez, atacado de la misma enfermedad que acabó con la vida de Loaisa, tomó el mando en jefe de los dos únicos buques que quedaban.

A los cinco días de su mando, ó sea el 4 de Agosto de aquel año, sucumbió también el esforzado navegante, dejando en la desolación á todos los tripulantes de ambas naves, amedrentados al verse huérfanos del insigne marino, en mares

desconocidos, á tanta distancia de la patria, y rodeados de todo linaje de peligros.

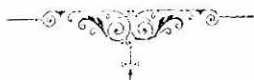
Días antes de la muerte del Comendador, sintiéndose Elcano atacado de la misma enfermedad, otorgó el testamento á que nos hemos referido antes, autorizado por el notario real que iba en la escuadra. Este documento da mucha luz sobre la vida privada del navegante, como también respecto á las recompensas y considerables gracias que le otorgó el rey Carlos I. De dicho testamento resulta, que Elcano poseía respetable fortuna, de la cual nombró heredero á su hijo natural llamado Domingo, revertible sobre su propia madre, *santa mujer*, dice el mencionado biógrafo, *cuyo nombre no pronuncia sino con gran respeto*. Prueba aquella última voluntad del guipuzcoano las agitaciones y devaneos de toda su existencia, manifestando que dota á una joven para tranquilizar su conciencia, declarando ser su hija, y querer que se eduque á la vista de sus propios padres. Leyendo en otra cláusula del mismo testamento los nombres ilustres de las dos jóvenes cuya conducta honrada reconoce, á pesar de sus relaciones habidas fuera de matrimonio, se comprende la razón de la Real Cédula que antes hemos mencionado, dictada para garantía y seguridad de Elcano.

A fines del siglo XVII, un compatriota de este intrépido nauta, don Pedro de Echave y Asu, le erigió una tumba en Guetaria: y en 1800, don Manuel de Agote, de la misma villa, levantó un monumento á su memoria en el mismo barrio en que nació nuestro personaje.

Fué el artista encargado de la obra Alfonso de Beraza, escultor del Rey: en la base ó pedestal de la estatua pusieronse inscripciones alegóricas en los idiomas latino, vasco y castellano, todo lo cual fue destruido por el salvajismo de las hordas carlistas defensoras del absolutismo y del renacimiento teocrático en nuestra patria.

Madoz, en el artículo *Guetaria*, de su «*Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*», dice lo que sigue:

«Entre ésta (una fuente cercana á la muralla) y el juego de pelota, estaba colocada la estatua de Juan Sebastián de Elcano, natural de la villa, sobre un hermoso pedestal de mármoles, levantado por don Manuel de Agote, y destruido en el sitio de fines de 1835: sola, y como centinela avanzada, parecía la estatua querer detener á los sitiadores, y, como animada por el héroe que representa, echar en cara á los extraviados españoles el incendio que ejecutaban á sangre fría.»

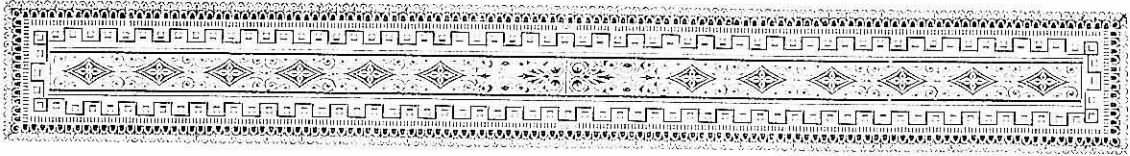




D. Alonso Cano

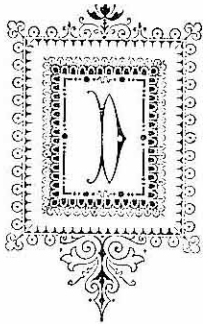






## ALONSO CANO

---



ICE de Alonso Cano don Juan Agustín Cean Bermúdez, que ha sido uno de los mejores artistas que tuvo España.

«Ninguno, añade, le ha igualado en la exactitud de ojo: nadie más dibuxante que él sin faltar á la grandiosidad del antiguo, ni á la naturaleza; ni hubo quien le excediese en las tintas, ni en la sencillez de la composición. Plegó los paños con suma gracia é inteligencia, dando razón de las partes principales del desnudo; y tuvo tal exactitud en las extremidades, como son manos y pies, que le distingue de los demás profesores. A pesar de la belleza de sus lienzos, son aun más apreciables sus esculturas, que executaba con más facilidad y dominio».

Artista de tales méritos, no debía tardar en rodearse de la fama que le ha seguido en todos tiempos y lugares.

Nació en la ciudad de Granada, siendo sus padres Miguel Cano, de la villa de Almodovar del Campo, y doña María de Almansa, natural de Villarrobledo. Afirman casi todos los autores que vino al mundo Alonso Cano en el año 1600; mas en la parroquia de San Idefonso de Granada, en el libro V de Bautismos, al folio 114 hay una partida que á la letra dice así: «En nueve de Marzo de mil seiscientos y un años: Baptizé yo, el Lic. Miguel Gerónimo, á Alonso, hijo de Miguel Cano y de María de Almansa; fueron sus compadres Francisco de Liñán y Isabel de la Cabeza: fueron sus testigos Gerónimo Ramos y Francisco de Pacea.»

No es, pues, opinión aventurada afirmar que el célebre artista nació en 1601.

Es lo cierto que en su juventud le dedicó su padre, ensamblador y arquitecto de retablos, al estudio de la arquitectura; y que habiéndose trasladado más tarde á Sevilla, le puso á aprender la pintura con Francisco Pacheco y Juan del Castillo, y la escultura con el granadino Juan Martínez Montañés.

El talento de Alonso Cano llegó pronto al límite hasta donde llegan las reglas y enseñanza de los maestros; y en alas de su genio y de la inspiración de sus sentimientos y concepciones, comenzó á asombrar á sus contemporáneos con la maestría de su cincel y de sus pinceles. En 1630 pasó Alonso á Lebrija, en cuya ciudad hirió en desafío al pintor don Sebastián de Llano y Valdés, á quien dejó lisiado de una mano.

Ya fuera que aquel suceso le obligara á fugarse de Sevilla como han afirmado algunos, ó ya que al paso de don Felipe IV por ella obtuviera la merced de ser agregado á la familia del Conde-Duque de Olivares, (que en esto andan discordes los autores consultados), es lo cierto que pasó á Madrid, en donde le protegió con empeño el privado del Monarca, brillando en la Corte por el mérito deslumbrador de las obras que ejecutaba.

Su reputación crecía incesantemente; trabajó para las iglesias y los magnates de Madrid; admiró con la pintura del monumento de Semana Santa, para el convento de San Gil; y en 1649 hizo el arco triunfal que tocó á los mercaderes en la ciudad de Guadalajara, con motivo de la entrada y recepción de la segunda mujer de Felipe IV, doña Mariana de Austria, «obra de tan nuevo gusto en los miembros y proporciones de la arquitectura, dice Palomino, que admiró á todos los artífices, porque se apartó de la manera que hasta aquellos tiempos habían seguido los antiguos.» Fama tan creciente y bien fundada grangearon á Alonso Cano la consideración de cuantos le trataban y la prosperidad de su hacienda, llegando á ser nombrado pintor del Rey y maestro del príncipe don Baltasar Carlos de Austria: fué en aquella época cuando hizo los admirables retratos de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, para el salón antiguo llamado *de los retratos* que existía en el Palacio Real, antes de que se dividiera en varios el que se designaba con el nombre de *Salón de las Comedias*.

La próspera fortuna y el encumbramiento de Alonso Cano debían llegar á su término, como todas las cosas de este mundo. Profesaba el artista una violenta pasión á una dama de la Corte que, según voz pública, le correspondía, cuando acaeció, el día 10 de Junio de 1644, la muerte de la esposa del pintor, encontrada en su propio lecho, cubierta de puñaladas. La circunstancia de que á la vez desaparecieron todas las alhajas y ropas de la víctima, ha sido causa de que hasta hoy no se haya explicado con seguridad tan extraordinario suceso. La fuga de un oficial italiano que se hospedaba en la casa de Alonso Cano, hace afirmar á unos que un drama amoroso entre el oficial y la mujer del artista dió motivo al suceso: creen otros que la codicia fué el móvil del italiano; hay quien asegura que un pobre que iba á copiar cuadros á la casa del pintor, valiése de una ocasión propicia para cometer el crimen y apoderarse de las alhajas y ropas de la casa; no deja de haber quien sospecha y apunta que ese mendigo fué instrumento del artista: pero sea de ello lo que se quiera, si bien los autores y biógrafos no han podido descifrar la verdad del caso, lo cierto es que los jueces procedieron sin levantar mano, y se formó causa á Alonso Cano por asesinato.

Apeló éste á la fuga para librarse de la pena, y á costa de no pocas dificultades tuvo medio para evadirse de la Corte, refugiándose en Valencia, en cuya ciudad le descubrió á poco la habilidad de sus pinceles. Trató de esconderse en la Cartuja de Porta Cœli, en donde ejecutó también algunas obras, y regresó por fin á Madrid, ocultándose en casa de un don Rafael Sanguineti, Regidor de Ayuntamiento. Una imprudencia le descubrió; y, siendo preso, se le sometió al tormento para que confesase la verdad sobre la muerte de su esposa. En su defensa intentó la excepción que entonces se llamaba *excellens in arte*, mas sólo consiguió de orden del rey que se le dejara libre el brazo derecho. Sufrió con valor nunca visto los dolores más atroces, y su silencio le alcanzó la libertad, de lo cual se mostró complacidísimo el monarca, á creer el testimonio de cuantos han escrito de tal suceso.

Sería en vano relatar los infinitos rasgos de su vida privada que, sobre dar longitud difusa á estas noticias, pueden resumirse diciendo con Cean Bermúdez, que su genio poco sufrido no le permitía conceder primacía á nadie, siendo en todo original, hasta en la rareza y extravagancia de su carácter duro y fuerte, aunque dotado de un corazón tierno y caritativo. En suma, era excéntrico, testarudo y violento, hasta el extremo que, como dice Palomino, «siempre se supo explicar más con las obras que con las palabras.»

Otro de sus biógrafos confirma esta fama de la rudeza é intransigencia de Alonso Cano, con los siguientes párrafos:

«Consta que era nuestro artista hombre de carácter áspero, y ocasionado á escándalos, y de' ello nos ofrece irrefragable testimonio la misma cadena anecdótica de su verdadera y fiel historia, purgada de cuentos y consejas. Siendo en 1647 mayor-domo de la Hermandad de Nuestra Señora de los Dolores, establecida en el Colegio de Santo Tomás de Madrid, se negó á concurrir á la procesión de Semana Santa,

porque en ella iban los pintores y plateros en cuerpo, juntamente con los alguaciles de Corte: lo cual hizo mucho ruido y le valió el salir condenado á pagar cien ducados de multa.

«Refiérense otras ocurrencias y sucesos de su vida, que prueban su genial aspereza; y entre ellos uno que trae á la memoria el fiero carácter de Torriggiani. Encargóle un oidor de la Chancillería de Granada que le hiciese una estatua de San Antonio de Pádua, sin concertar antes el precio; ejecutóla Cano, y al presentársela al magistrado, la aceptó y elogió éste; mas, al pagársela, le pareció cara, y entonces, arrebatado el artista de ciego enojo, hizo pedazos la imagen contra el suelo. Divulgóse el caso, produjo escándalo en toda la ciudad, y Cano corrió peligro de verse entregado al Santo Oficio por irreverencia.»

Seade todo esto lo que se quiera, lo cierto es que, tras la tortura que sufrió á consecuencia del proceso seguido por razón del asesinato de su esposa, y libre ya de las acusaciones y providencias que sobre él pesaron, trató de retirarse á una vida tranquila en que ejecutar desembarazadamente y con ahinco sus obras artísticas; y para favorecerle en su intento, hizole el rey merced<sup>a</sup> de una prebenda en la iglesia de Granada.

Pasaron los plazos que se le concedieron para ordenarse *in sacris*, y, no habiéndolo verificado, dió el Cabildo de aquella catedral por vacante su ración; mas el rey, en su deseo de proteger á Cano, influyó para que el obispo de Salamanca le confiriese una capellanía, y, á título de ella, le ordenase de subdiácono, dispensándole el Nuncio Apostólico el rezo eclesiástico. Después de todos estos subterfugios, y tras repetidas objeciones y dificultades levantadas por el Cabildo Catedral de Granada, mandó Felipe IV, por cédula de 14 de Abril de 1658, que se restituyese á Alonso Cano su ración con los frutos caídos, y así se ejecutó, disfrutándola hasta su muerte.

Durante todo este tiempo poco trabajó para la iglesia de su ciudad natal, en pago de la mala voluntad que con respecto á él había demostrado el Cabildo en la cuestión de su prebenda; pero no dejó por esto de enriquecerla con obras de talla, que han quedado como verdaderas joyas de su mano. Hizo en aquellos días la magnífica obra del altar mayor del convento del Angel, y otras estatuas del mismo; pintó diversos lienzos para los conventos de franciscanos, capuchinos y dominicos, y más tarde fué llamado á Málaga para el trazado del tabernáculo de aquella iglesia.

El sentimiento estético de Alonso Cano formaba tan esencialmente parte de su existencia, que se cuenta que al morir rehusó los auxilios espirituales de un sacerdote que le presentaba un crucifijo pésimamente labrado.

El artista lo desvió con la mano, y volviendo la cara al otro lado, dijo al cura:

—Deme, padre, una cruz sola; que yo en ella con la fe venero á Jesucristo, y le reverencio como es en sí y como le contemplo en mi idea.

Tras estas palabras no volvió Cano á oír las exhortaciones del sacerdote hasta que le quitaron de la vista la imperfecta imagen, presentándole una simple cruz, á la cual murió abrazado.

Acaeció la muerte de Alonso Cano, según muchos autores, en el año de 1676; pero Cean Bermúdez que escribió, según dice, con la partida de entierro á la vista, afirma que falleció el día 5 de Octubre de 1667. Bajo la fe de su palabra, acéptase generalmente esta fecha por verdadera.

Descolló Cano en las tres bellas artes como verdadero príncipe de ellas, inmortalizando su nombre y el de la ciudad que le vió nacer. Lo gigantesco de su genio era difícil de comprender y de imitar, razón por la cual no podía haber dejado gran número de discípulos aventajados. Los únicos notables fueron: en la escultura Pedro Mena, y en la pintura Ciezar, Juan Niño y Pedro Atanasio.

Sus obras están desparramadas por las catedrales, cartujas, iglesias, conventos, palacios y museos de Madrid, Sevilla, Lebrija, Jerez, Córdoba, Escorial, Toledo, Alcalá de Henares, Getafe, Cuenca, Avila, Paular, Valencia, Murcia y Málaga, existiendo además muchos de sus principales trabajos en Granada, su ciudad natal.

Sobre el mérito y significación de las obras de Alonso Cano en la historia artística de España no ha habido discrepancia de opinión entre los críticos españoles y extranjeros. Todos han hecho justicia á sus admirables dotes, y, tanto por la exactitud como por la brevedad del juicio, ponemos fin á estos rasgos biográficos con el formulado por el peritísimo D. Pedro de Madrazo en el *Diccionario Enciclopédico Hispano Americano*:

«La escuela que Alonso Cano siguió, como pintor, fué el *naturalismo* predominante en el siglo XVII en todas las naciones que produjeron grandes artistas; y sin embargo, por efecto quizás de sus estudios clásicos sobre los mármoles antiguos, del prestigio que entre los doctos aun mantenían las escuelas romana y florentina, y del carácter mismo del artista, tan adusto é independiente, se advierten en él tendencias marcadas á un idealismo *sui generis* que, sin caracterizarse en reminiscencias de Rafael ó Miguel Angel, de Guido ó de los Carraccios, aspira, no obstante, á mayor elevación y nobleza que la que daban á sus producciones los pintores sevillanos de su época. Los caracteres privativos de sus obras son: un dibujo correcto, esmerado en los extremos de las figuras, composición sencilla y sobria, de solemne acento algunas veces, expresión nada convencional, disposición grandiosa en los plegados de los paños, y un colorido que no hubieran desdeñado algunos buenos maestros venecianos y flamencos, con efectos nada exagerados, ni violentos. Es muy de admirar la frescura que conservan los cuadros de este pintor, que parecen ejecutados en nuestros días.»



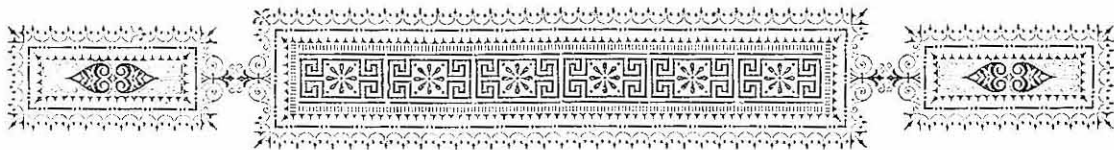




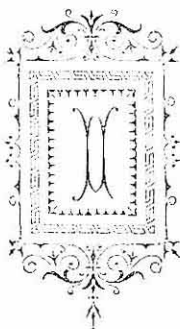
Diego Velázquez de Silva







## DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA



no de los artistas de mayor renombre entre los más célebres que se conocen, es sin duda alguna el gran VELÁZQUEZ, sobre quien han emitido los juicios más entusiastas y laudables los críticos y artistas extranjeros, parangonándolo al par de los más eximios é inspirados. Sus condiciones fueron tales y tan características, que nadie, en España ni fuera de ella, ha logrado superarlas, ni tal vez aproximarse á ellas.

Velázquez, por otra parte, puede considerarse como el lazo artístico que une los tiempos cuyas obras y conocimientos contribuyeron sin duda á formar sus gustos y aptitudes,—y los tiempos de Murillo, sobre cuyo genio influyó á su vez con sus lecciones.

Puede decirse que Velázquez representa en la historia del movimiento intelectual de España el período de mayor florecimiento del ingenio, concentrado en lo que pudiera llamarse el delicioso Olimpo de nuestras letras y de nuestras artes en los albores del siglo XVII: en la pintoresca Sevilla. Allí pasó Velázquez los años juveniles: y aquella permanencia, por el trato que facilitó al artista con los hombres más ilustres de la época, influyó poderosamente en los excepcionales caracteres de su genio, como tendremos ocasión de detallar más adelante.

Ignórase el día del nacimiento de Velázquez; pero se sabe el de su bautismo, por el contenido de la siguiente partida, que figura en los libros parroquiales de la iglesia de San Pedro, de Sevilla.

«En el día de hoy domingo seis del mes de Junio de 1559, yo el licenciado Gregorio de Salazar, párroco de esta Iglesia de San Pedro de Sevilla, bautizé á Diego, hijo de Juan Rodríguez de Silva y de Doña Gerónima Velázquez, su esposa. Fué su padrino Pablo de Ojeda, vecino del agregado de la parroquia de la Magdalena, y al cual he advertido del parentesco espiritual que contrac. Fecha *ut supra*.—*El Licenciado, Gregorio de Salazar.*»

Nació, pues, nuestro artista en Sevilla, siendo sus padres vecinos de la misma ciudad en donde residían sus antecesores desde cerca de un siglo, pues por línea de varón eran procedentes de Portugal, como se comprobó en el expediente de información abierto por orden del rey Felipe IV, al agraciar á Velázquez con el hábito de Santiago.

Lo primero que se nota es el cambio que nuestro pintor hizo de sus apellidos; pues llamándose real y positivamente Diego Rodríguez y Velázquez, postergó el

paterno, é inmortalizó el de su madre, firmándose en todas ocasiones Diego Velázquez de Silva, con el cual le conoce y le celebra la posteridad.

Desde sus tiernos años fué destinado á una carrera de las llamadas liberales, por lo cual se le hizo estudiar el latín, las bellas letras y hasta algo de filosofía; pero como descollaron en él una grande afición y disposiciones excepcionales para el dibujo, reveladas al principio en la multitud de figuras con que llenaba los márgenes de sus libros de estudio, no contrariaron sus padres los gustos del joven permitiéndole que se dedicara libremente á la pintura.

Tres maestros designan los biógrafos siempre que se trata de hacer constar la dirección de los estudios de Velázquez: Pacheco, Herrera el Viejo y Luis Tristán de Toledo: y por más que todos ellos dieron, en efecto, lecciones al grande artista, y el primero la hija, además de las lecciones, lo cierto es que, dada la maravillosa factura de los cuadros de nuestro artista, no podemos menos de aceptar el fallo de Mr. Lefort, inspector de las Bellas Artes de Francia, cuando declara que el verdadero maestro de Velázquez fué indudablemente Herrera el Viejo, sin perjuicio de las máximas y enseñanzas teóricas del erudito Pacheco, y de la influencia de los brillantes cuadros de Luis Tristán de Toledo. Y para demostrar la razón de su aserto, escribe Lefort estas notables frases:

«Herrera, como más tarde Velázquez, elige con preferencia para modelos, tipos enérgicos, nervudos, ricos de carácter, fisonomías rudas, trabajadas, muy expresivas; cabezas curtidas, avejentadas, de cabelleras grises, desgrefñadas y con barbas incultas; Herrera transmitirá á su discípulo,—y la herencia está patente,—su gran afición á los coloridos simples, sobrios y varoniles; ambos preferirán igualmente los negros profundos, de azulados reflejos, dulces y agradables á la vista, y los hermosos blancos que manejan y derraman en pastas transparentes extendidas con abundancia y amplitud; igual maestría en uno que en otro para graduar y variar toda la escala de los grises, y sacar de ella ese gris argentino de tan hermoso brillo, del cual hacen grandes claridades y envolvimientos de polvo aéreo con que rodean sus masas; en cuanto á la fortaleza de acentos, á ese vigor de toques seguro y preciso, que acusa y modela francamente las formas y presta á los personajes tal materialidad de relieve y movimiento que llegan á darles no se sabe qué especie de estremecimiento, ni qué asombrosa actividad de vida ¿de quién los ha de haber tomado Velázquez, si no es del propio Herrera?—No busquemos más lejos; si se necesita á todo trance un antecesor de Velázquez, este antecesor es seguramente Herrera.»

Es indudable. El genio de Velázquez se ha hecho solo; y todas sus obras, todas sus maravillas de color, y su valentía de expresión y de realismo de la vida, mediante el estudio directo de la naturaleza, si tienen algo del carácter y de la manera de algún maestro, lo deben á la manera y al carácter de Herrera el Viejo.

Por otra parte, el medio social en que se formó Velázquez, era el más adecuado para que este artista reuniera todos los caracteres artísticos y dotes de otro género que hicieron de él, como afirma uno de sus biógrafos, «un hombre delicado, distinguido, elegante de maneras, y á la vez un espíritu franco, abierto, bien equilibrado, reflexivo y pensador profundo.»

Ya hemos dicho antes que Velázquez formó su juventud en Sevilla, en unos días en que la perfumada ciudad del Betis podía considerarse como el templo sagrado de las artes y de las letras en todas sus manifestaciones. Y en medio de aquella atmósfera, Velázquez, amigo y discípulo de Pacheco, prometido primero de la hija de éste y en seguida su esposo, aspiraba todos los efluvios, respiraba todas las delicadezas de una sociedad en que brillaban y competían los genios más poderosos y las inteligencias más ilustradas de la época. ¿Y no había de influir todo ello en el carácter y en la inspiración del artista cuyas obras más han admirado á Europa?

Era entonces Sevilla emporio del comercio á donde afluan las naves y las riquezas del Nuevo Mundo; y en el taller de Pacheco,—más erudito que pintor, y más sabio que artista,—reuníanse los espíritus privilegiados, los poetas, historiadores, sabios, pintores, arquitectos, artífices, escultores, oradores sagrados y jurisconsultos. Por aquel centro de cultura acababan de pasar Cervantes, Martínez Montañés y Alonso Cano, y en los días de Velázquez se reunían y discutían el poeta Francisco de Rioja, el sabio canónigo y orador Pacheco, el notable historiador Rodrigo Caro, el fundador del culteranismo y atildado poeta Góngora, Pablo de Céspedes, poeta y á la vez pintor y arquitecto, y tantos otros cuyos nombres señalan la edad de oro de las letras y las artes en la capital de Andalucía.

En este medio ambiente se formó Velázquez, en cuyo tiempo, apenas cumplidos los diez y nueve años de su edad, contrajo matrimonio con la hija de Pacheco y de doña María del Páramo, su esposa, el día 23 de Abril de 1618. Se ignora si esta unión del discípulo con la hija del maestro fué el desenlace de una novela amorosa, ó el resultado de un trato conveniente. Lo cierto es que Velázquez y Juana Pacheco se hicieron notar por su unión y su cariño en los cuarenta años que duró su matrimonio, y que, al morir el grande artista, su viuda bajó al sepulcro, sucumbiendo á la grandeza de la pesadumbre que la pérdida de Velázquez le produjo.

Casado ya el artista, Pacheco le aconsejó un viaje á la Corte: y provisto de cartas de presentación para personajes importantes, trasladóse Velázquez á Madrid en 1622, siendo perfectamente recibido, y ejecutando bien pronto los retratos de varios personajes de palacio, entre ellos el limosnero Fonseca, el poeta Góngora, que entonces era capellán honorario de Felipe IV, y otros varios. Estas obras le granjearon muchos admiradores, y la protección decidida del valido del monarca, el célebre Conde-Duque de Olivares.

Vuelto Velázquez á Sevilla, mientras se cumplían las promesas de protección que en la Corte se le habían hecho, recibió Pacheco en la capital andaluza una carta del Conde-Duque disponiendo que su yerno regresara á Madrid sin tardanza, y enviándole la suma de cincuenta ducados de oro para gastos del viaje. Con tal motivo nuestro artista se trasladó nuevamente á la Corte, efectuando este segundo viaje á mediados de 1623 con toda su familia, sin excepción de Pacheco.

Desde entonces puede decirse que quedó cimentada la reputación de Velázquez, partiendo de aquella época la asombrosa fecundidad de su genio y la composición de sus obras inimitables.

Fué nombrado pintor del rey, y Felipe IV, entusiasmado con el mérito de los retratos que hizo el artista, tanto de él como de todos los miembros de la real familia, ordenó que todos aquellos que le habían hecho los dos Carducci, Eugenio Cajesi y Ángelo Nardi fuesen retirados de palacio, y que desde entonces solo Velázquez tuviese permiso para reproducir su fisonomía y persona.

La llegada del célebre Rubens á Madrid en Agosto de 1628 permitió á Velázquez ponerse en contacto con aquel grande artista: y sus relaciones se estrecharon tanto, que no faltó quien ha sostenido que la escuela del pintor flamenco ejerció decisiva influencia en las obras del pintor español. Nada más gratuito é insostenible. Lo cierto, lo indudable es el grandísimo entusiasmo y admiración de Rubens por Velázquez, hasta el extremo de que, entre las informaciones de mérito y condiciones de éste para obtener la merced del hábito de Santiago, se testificó plenamente el dicho público de Rubens de ser *Velázquez el más grande pintor de Europa*.

En 1629 obtuvo nuestro pintor permiso de Felipe IV para trasladarse á Italia y estudiar allí las obras maestras del arte en la antigüedad; y el día 10 de Agosto de aquel año se embarcó en Barcelona con su esclavo Pareja, visitando primeramente Venecia y después Roma, y otras ciudades de la península apenina. Volvió á España, y en Madrid siguió enriqueciendo las galerías regias y las colecciones de los magnates de la Corte, hasta que en 2 de Enero de 1649 se embarcó en Málaga y emprendió un segundo viaje á Italia, esta vez con misión especial de Felipe IV para adquirir nuevas obras de arte y moldes de las mejores estatuas de la antigüedad, destinadas á la Academia de Dibujo que el referido monarca había resuelto fundar en la capital de sus Estados.

En este segundo viaje desembarcó Velázquez en Génova, y visitó Milán, Pádua, Venecia, Bolonia, Módena, Parma, Florencia, Roma y Nápoles, esta última ciudad cuando acababa precisamente de sucumbir en ella la revolución encabezada por Massaniello. Durante aquella excursión, Velázquez hizo el retrato del papa Inocencio X, el cual fué á parar á la célebre colección del palacio Doria, y de cuya obra ha dicho Taine, refiriéndose á los cuadros de la misma, lo siguiente: «La obra » maestra entre todos los retratos, es el del papa Inocencio X por Velázquez. Sobre » un sillón rojo, debajo de una colgadura roja, un bonete rojo, una cara roja, la cara » de un pobre tonto y pícaro gastado; con todo esto haced un cuadro que jamás » pueda olvidarse!»

En aquel mismo viaje adquirió una verdadera riqueza en pinturas que hoy son el asombro de cuantos visitan el Museo Nacional de Madrid, y contrató al servicio

del rey de España, para decoradores de sus alcázares, artistas tan brillantes como los pintores Colonna y Mitelli.

Felipe IV, que apreciaba á su pintor de cámara y hallaba ya muy dilatado el año largo de la ausencia, ordenó á Velázquez que regresara á Madrid, á cuyo efecto se puso en camino aquel artista, desembarcando en Barcelona durante el mes de Junio del año 1651.

Vuelto á España, se ocupó primeramente en dirigir los trabajos de reforma y decoración del Real Alcázar de Madrid, y fué en aquella época cuando pintó sus célebres cuadros *Las Hilanderas*, *Las Lanzas*, *Las Meninas* y otros, siendo este último el que le valió en 1659 la merced del hábito de Santiago.

El año siguiente sobrevinieron los festejos por la pacificación entre España y Francia, y el matrimonio entre Luis XIV y la infanta de España Doña María Teresa.

Velázquez fué encargado por Felipe IV para dirigir el fausto de la ceremonia, la cual hubo de celebrarse, como terreno neutral entre los dos pueblos, en la isla de los Faisanes en el río Bidasoa. Partió á este efecto de Madrid el 7 de Abril de 1660, y, terminados los festejos, empezó á sentir, sea por exceso de trabajo ó por achaques de la edad, los síntomas de la enfermedad que había de poner término á sus días. Regresó, sin embargo, á la Corte, y todavía el 31 de Julio concurrió á una de las fiestas de Palacio, á las cuales Felipe IV exigía que asistiera siempre su pintor favorito. En aquella sintióse súbitamente acometido Velázquez por un gran acceso de fiebre; y retirado á su casa, no pudo levantarse más del lecho, muriendo rodeado de su familia el día 6 de Agosto de 1660 á los 61 de su edad.

Ocho días después, el 14 de Agosto, bajaba también al sepulcro su esposa Juana Pacheco, herida de muerte por la pérdida del grande artista.

Para terminar dignamente estas noticias, nos parece propio traducir las palabras con que un crítico extranjero, el Inspector Lefort, citado antes, juzga la vida y el corazón del inimitable Velázquez y de su amante esposa:

«Cuando él murió, dice, ella murió también. ¿Qué otro testimonio más elocuente  
 » de la intimidad de corazón y el absoluto acuerdo entre los dos esposos, que esos  
 » cuarenta años transcurridos sin nube alguna, y esa unión que dura hasta en la  
 » misma muerte? Por lo demás, todo es sencillez, honesto y recto en el carácter y en  
 » la vida de Velázquez: el tiempo que le dejan libre las ocupaciones de sus em-  
 » pleos, cuando disfruta el favor de Felipe IV, lo pasa entre los suyos, ó lo dedica á  
 » la pintura. Ni la sombra de una intriga, ni siquiera de una aventura novelesca ó  
 » dudosa, asoman en aquella vida empleada en el trabajo, en el culto del arte, y en  
 » el cumplimiento del deber. La vida hermosa y noble de Velázquez puede resu-  
 » mirse en una frase: *luce en ella la misma claridad que en su pintura.*»

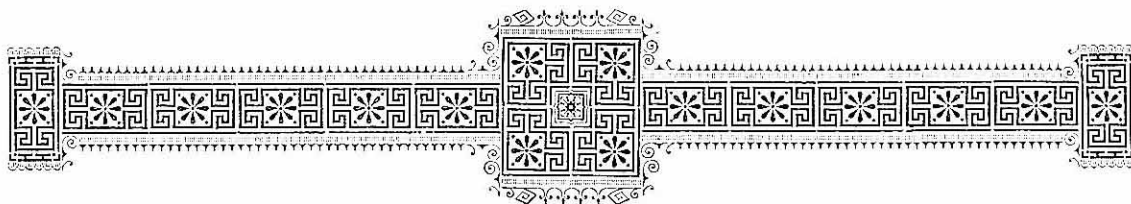




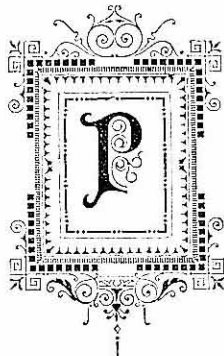


*D. Bartolomé Esteban Murillo*





## BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO



ILAS era el lugar del nacimiento de la madre de MURILLO y en donde éste se casó en el año de 1648.

Pasó su infancia en Sevilla por ser esta ciudad la residencia de sus padres, y allí tomó las primeras lecciones de dibujo y pintura de un su tío, más notable dibujante que pintor, y de nombre Juan del Castillo, y en cuya casa tuvo por condiscípulos al célebre Alonso Cano y á Pedro de Moya, de quienes se separó para elevarse el primero á más altas esferas de su arte, y por marcharse el segundo á Inglaterra con el fin de perfeccionarse en la pintura.

Con muy medianos conocimientos y sin haber revelado disposiciones artísticas notables, cultivó Murillo su arte en Sevilla con tan poco éxito que, ganoso de mayores lucros, dirigióse á Cádiz, en donde consiguió algunos beneficios pintando tejidos y, sobre todo, banderas que los tratantes llevaban en abundancia á América.

Esto acontecía en el año de 1634, después de cuyo año regresó á su ciudad natal, algo más conocido como pintor y pudiendo trabajar con más ventajas que antes.

En 1641 regresó de Londres Pedro de Moya, después de haber estudiado el arte en el taller del célebre Van Dyck, y de iniciarse en todos los efectos y bellezas de la escuela flamenca.

Al llegar á Sevilla, reanudó relaciones con su condiscípulo Murillo, en cuyo genio infuyó poderosamente revelándole toda la manera y procedimientos de la escuela flamenca, en la cual hizo éste rápidos progresos. Los nuevos horizontes que Murillo iba abriéndose con la influencia de Moya y las sugerencias y consejos de éste, despertáronle el deseo de un viaje á Italia; en cuya idea se empeñó hasta el extremo de pintar una buena partida de lienzos para venderlos á cualquier precio, y con su producto llevar á cabo su propósito de recorrer los museos, escuelas y talleres de Italia, y estudiar los modelos de la antigüedad y de los grandes maestros en la pintura.

Conseguido el dinero necesario, salió de Sevilla en el año de 1643 á la tem-

prana edad de 25 años y se dirigió primeramente á Madrid en donde le acogió cariñosamente el gran Velázquez, que entonces se hallaba en el apogeo de su influencia en la corte de Felipe IV, y en todo el esplendor de su talento y de su reputación de artista. Enterado Velázquez de los propósitos de Murillo, trató de disuadirle de ellos; combatió la idea de la excursión á Italia, y abrióle su taller y su bolsillo brindándole cuantos elementos y facilidades fuesen necesarios para perfeccionarse en la pintura.

Murillo se contó desde entonces entre los discípulos del admirable autor de *Los Borrachos*, el cual le hizo abrir las puertas de todos los museos, colecciones y palacios para que estudiara en ellos á los grandes maestros. Aplicóse Murillo en la tarea copiando con preferencia al Tiziano, Veronese, Rubens, Rivera y Zurbarán. Tres años permaneció en Madrid aplicándose con verdadero afán en el dominio del colorido y de la luz bajo las lecciones de Velázquez; y cuando éste consideró que el discípulo se había transformado en verdadero artista, regresó éste á Sevilla en 1646, en cuya ciudad se instaló de nuevo y definitivamente, sin salir más que otras dos veces de ella. Una fué para trasladarse por pocos días á Madrid á causa del casamiento de su hermana con un elevado personaje de la corte, D. José de Vettia, secretario de Su Majestad en el despacho de negocios extranjeros, y la otra vez fué para pasar á Cádiz en los últimos días de su vida.

Resultan, pues, falsas las afirmaciones de Sandrart y otros biógrafos, suponiendo que Murillo viajó fuera de España, y que visitó la Italia y estuvo en América.

Los autores que esto afirman confunden á Murillo con su hijo, el cual fué pintor como el padre, y visitó muchísimos países, entre ellos el continente americano, que entonces se designaba con el nombre de *Indias*. Llamábase Gaspar Esteban Murillo; recorrió casi toda la Europa, copió muchos cuadros de el padre, que posteriormente se han vendido por auténticos, siendo apócrifos, y se trasladó á América en donde murió el día 2 de Mayo de 1709. Esto es indudablemente lo que ha dado origen al error de Sandrart y otros escritores, afirmando que Murillo había estado fuera de España y hasta en el Nuevo Mundo.

Volviendo á la instalación de nuestro pintor en Sevilla, después de su primer viaje á la Corte, lo que se sabe positivamente es que los Padres Franciscanos absorbieron casi todo su tiempo, monopolizándole, por decirlo así, con el fin de que decorase su templo y enriqueciera los claustros y salas de sus conventos. Desde aquel entonces fué fijando Murillo su individualidad artística, evolucionando en el concepto estético y en la factura; de tal suerte, que casi nada quedaba en él de su primer manera; y preparando en la segunda, la última que determinó su escuela.

Por aquel tiempo, en 1648, contrajo matrimonio en Pilas con una dama que los cronistas y documentos de la época afirman ser *persona de conveniencias*.

Corrían en aquella época algunos episodios y anécdotas en que resultan los hábitos de devoción y la fe cristiana de Murillo, su amor al arte que profesaba, su filantropía, la laboriosidad de que dió muestras durante toda su existencia y los manejos con que le asediaban y perseguían los envidiosos de su mérito y fama, á cuya cabeza se significaban los pintores Juan de Valdés Leal, y Francisco Herrera el Mozo.

La vida de Murillo concordaba admirablemente con el espíritu que palpitaba en sus obras. Aquel idealismo de sus asuntos místicos y cristianos era trasunto fiel de sus creencias y costumbres, y es cosa por demás averiguada que, durante su existencia, creyó y profesó todo cuanto representó en sus cuadros. Jamás, dice su biógrafo Mr. Alfredo de Lacaze, emprendió pintura alguna sobre asuntos de la Biblia ó de los Evangelios, sin identificarse antes por la oración y por el sacramento de la Eucaristía con el Dios ó el Santo que iba á pintar.

Un día en que uno de sus amigos visitaba su taller y examinaba las telas de sus caballetes, vió una de ellas empezada desde mucho tiempo, y le dijo:

—¿Por qué no concluyes este Jesús crucificado?

--Porque espero que venga á hablarme.

Dijo, y no acabó la obra, porque jamás sintió la voz que deseaba.

A pesar de las maquinaciones de sus detractores y envidiosos, pudo reunir en Sevilla bastantes discípulos y amigos para establecer una verdadera escuela, con local propio y vasto, la cual vino á transformarse con el tiempo en la afamada *Academia de Bellas Artes de Sevilla*.



Otra vez, en una de sus excursiones á los conventos y cartujas de los alrededores de aquella ciudad, con motivo de los trabajos que las comunidades y cabildos le encargaban, hallábase sentado á la orilla del camino almorzando lo que le servían en la venta contigua al mismo, cuando se le acercó un tonelero diciendo con lágrimas en los ojos que le comprara una pipa que llevaba á cuestras, porque era lo único con que podía dar alimento á dos hijitos de pocos años, y enterrar cristianamente á la mujer que yacía exánime en el lecho desde el día antes. Murillo, al oír las quejas, ordenó que sirvieran de comer al desgraciado; y abriendo la maleta en donde llevaba sus pinceles y colores, sacó de ella lo indispensable, y empezó á trazar la figura de una virgen con Jesús en brazos, sobre una de las tapas del tonel que el buen hombre había dejado junto á la mesa. En pocos momentos pintó un grupo delicioso, rico de luz y de color, después de lo cual, y pagando el gasto propio y el del tonelero, dirigióse á este y le dijo:

—Ahora, hermano, vuestro tonel vale más de cien toneles. Vendedlo á buen precio, y así Dios me doble á mi también la hacienda.

De 1650 á 1655, Murillo pintó la mayor parte de sus grandes obras. De ese período datan las que han admirado más al mundo por su exhuberancia de luz y riqueza de color. Es de entonces *El Piojoso*, célebre y envidiado por todos los muscos, y lo son aquellos admirables cuadros naturalistas y á la vez poéticos, en que reproduce las mayores bellezas de la inspiración, con los detalles más fieles de las miserias y dolores populares.

En 1681 fué llamado por los capuchinos de Cádiz con el fin de que ejecutara en su convento y templo multitud de obras. Trasládose allí el artista, y dió principio al trabajo ejecutando diversos cuadros y adornando arcos y paredes. Una de esas pinturas fué la que se conoce con el nombre de *Bodas místicas de Santa Catalina*, y que le causó la muerte. Hállase sobre el altar mayor de la Iglesia llamada de los Capuchinos, y su composición es de bellísimo efecto. La Santa, arrodillada, tiene detrás dos ángeles de notable actitud y colorido, y presenta la mano á Jesús sentado en la falda de la Virgen. El niño se dispone á poner el anillo de boda en un dedo de Santa Catalina, y la actitud de María es inclinada hacia adelante contemplando á la desposada. Detrás de la Virgen aparecen tres serafines de una expresión deliciosa, y en el aire, dominando la escena, están otros dos angelitos teniendo uno la corona nupcial, y otro la palma del martirio de la Santa. «Esta tela, —dice Lavice en su *Catálogo Crítico de los Museos y Colecciones de España*,—sería de un magnífico efecto, si el tiempo no la hubiese descolorido un tanto. Por esto acontece que una mancha más blanca sobre la frente de María, destruye la ilusión que ha debido producir su hermoso rostro.»

Tal vez este defecto es debido á que Murillo no pudo dejar completamente ultimada la pintura.

Empleado en ella con sus discípulos, desplomóse la parte de andamio en que él se hallaba, y dando con su cuerpo en las losas del templo quedó desvanecido y moribundo. En este estado fué trasladado á Sevilla en donde falleció á los pocos días, el 3 de Abril de 1682, rodeado de sus amigos y familia, y en los brazos de su discípulo predilecto Pedro Núñez de Villavicencio.

Así acabó sus días el que fué reconocido, no sin razón, por *príncipe de los pintores españoles*, y del cual se disputan los frutos de su pincel todos los museos y galerías de la tierra.

La circunstancia de no haber firmado jamás sus cuadros, ha dado lugar á mistificaciones unas veces y á erróneos juicios muchas otras; pero la crítica experta y la investigación de los verdaderos conocedores en achaques de arte y sus escuelas, no se han dejado sorprender jamás, á pesar de las tres maneras en que pueden clasificarse las obras del gran artista. Aún refiriéndose á las del primer período, y cuando Murillo no había definido su individualidad artística, ni impreso carácter á su pincel y á su paleta, existen reglas críticas que no fallan, y bases de observación que resume Mr. Carlos Blanc en estas líneas:

«Su manera, dice, es una mezcla imprevista de todas las maneras que había estudiado profundamente en Madrid, el Escorial y el Cierzo. Todavía no había originalidad alguna perceptible en esa fusión singular, donde la gravedad del Tiziano moderaba la brillantez fogosa de Rubens, ó en que la delicadeza elegante de Van Dyck suavizaba la salvaje entonación del Españoleto. Sin embargo, en una y otra parte, y á pesar de aquella mezcla, el pincel imitador acusaba á cada uno de los maestros que había admirado.»



Su primitiva manera tiene su mejor modelo en el cuadro que representa *San Francisco en éxtasis*, y sus sombras recuerdan, por encima de todo, la factura violenta de Ribera. En su segunda forma de manifestarse, el genio de Murillo se revela por una verdadera exuberancia de brillantez en el colorido, inspirándose á la vez en el misticismo cristiano y en los misterios de la fe católica, y en la observación minuciosa y profunda de la vida real; influjo indudable de las lecciones de Velázquez: pero todo ello armonizado de tal manera, y envuelto en una delicadeza tal de concepto y de factura, que pudo dar á sus vírgenes una suavidad especial y desconocida hasta entonces, y anegar en una luz caliente y encantadora los harapos y miseria de sus mendigos. Su tercera y última manera, es la expresión de lo vaporoso y etéreo que ha fijado la individualidad artística de Murillo. Su expresión más perfecta y deliciosa es el cuadro que se titula *Cocina de los Angeles* y que se exhibe, torpemente retocado, en los salones del Louvre. En los cuadros de este período, el marcadísimo claro-oscuro que tomó de Ribera se dulcifica por modo extraordinario, ganando en transparencia y vaporosidad lo que pierden en fuerza y vigor de acentuación. Ya entonces, despojado de todas las influencias de otros pintores, no conserva de Velázquez más que el arte maravilloso de graduar los tonos: el secreto de *pintar el aire*.

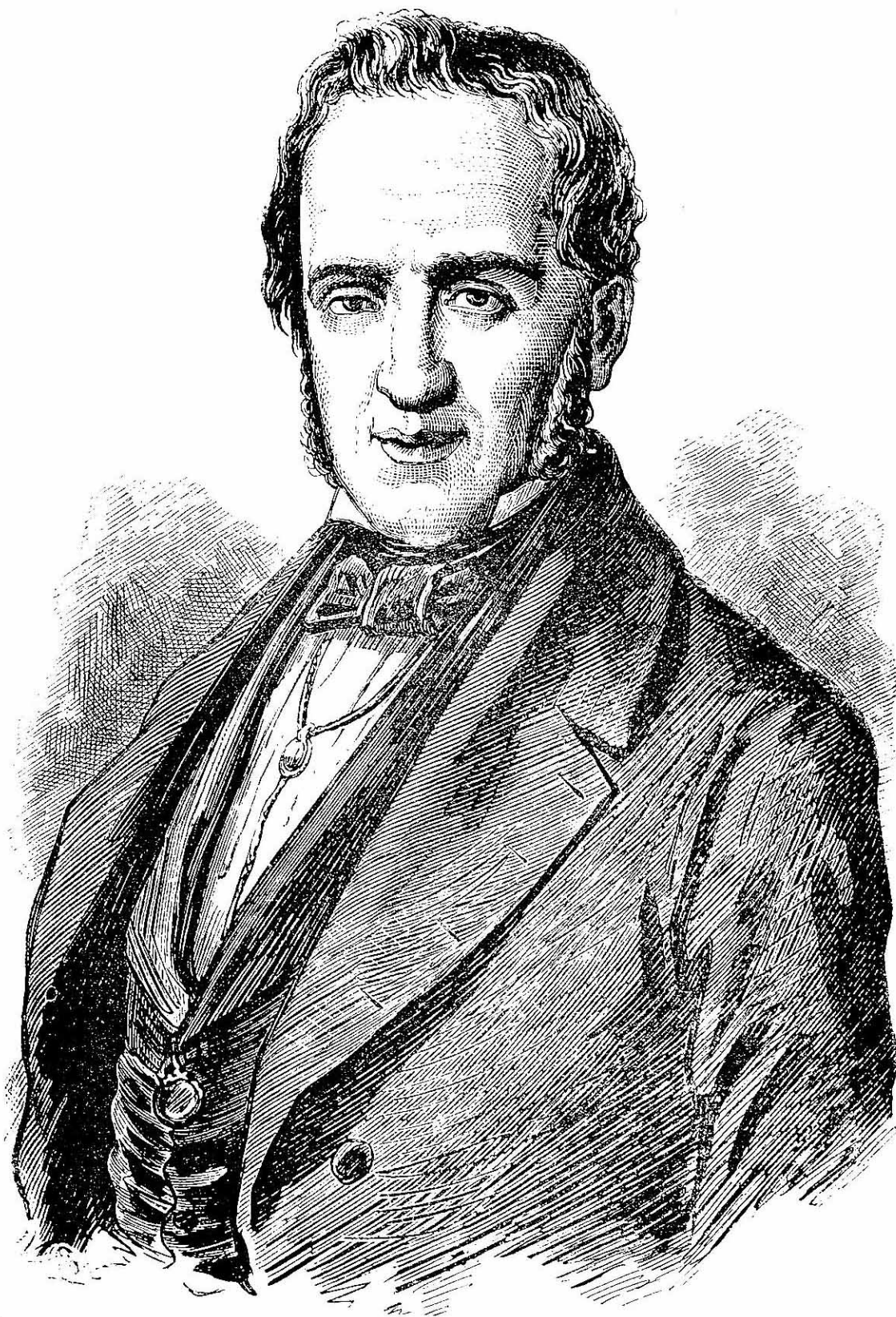
Sus Vírgenes y sus Cristos son toda una escuela, y acusan un carácter estético determinado y singularísimo. El concepto de las primeras se impone de tal modo á todos los espíritus, y hiere con tan idénticas impresiones la imaginación del que las contempla, que no en vano ha dicho de ellas Pope: «La Virgen de Murillo es un tipo encantador que pueden comprar los judíos y adorar los musulmanes.»

Y, sin embargo, hay que fijarse bien en ello. Las Vírgenes de aquel grande artista nada tienen de divino. Hay que observarlas sin prejuicios ni pasiones. Con aquellas frentes despejadas y ojos penetrantes, con sus manos torneadas, sus labios húmedos y sus curvas incomparables, nada tienen, absolutamente nada de místico; en lo que parecen hermanas de las Vírgenes de Rafael, cuyo modelo hermoso fué la célebre *Bonarina*. Todas son madres jóvenes, con una expresión encantadora de severidad dulce, ideal, y poética en extremo: pero ideal y poética no arrancaba á la vaguedad del misticismo, sino á la realidad voluptuosa del alma y del cuerpo de la mujer andaluza. Sus Cristos, en cambio, rebosan todos ellos un carácter extra-humano.

Es que Murillo, si ha de juzgarse por las revelaciones de su genio, veía un Dios en Cristo; y solo una mujer en la Virgen. . . Tal vez porque entre las prácticas devotas de su religión y de su fe, allá, en los más recónditos pliegues de su conciencia, dudaba de la Inmaculada Concepción.

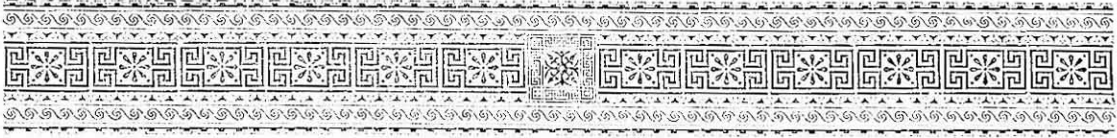
¡Quién sabe!





D. Agustín Argüelles





# AGUSTIN ARGÜELLES

---



UÉ don AGUSTÍN ARGÜELLES, el *patriarca de la libertad*, como justamente le llamaron los historiadores.

Su biografía no abunda en incidentes de los que seducen la fantasía popular, y de unas á otras generaciones pasan como leyendas de personales arranques de valor. Historia digna de recordación eterna; espejo y norma que debieran tener siempre ante los ojos los hombres puestos al frente de los intereses públicos; modelo imitable, y por desgracia no muy imitado por gobernantes y administradores, no es tan vulgar como quisiéramos lo fuera: y, aparte de los hombres estudiosos, aparte de los que tienen obligación de conocerle, muchos hay que apenas recuerdan haber oído hablar del autor de la Constitución del año 1812. Nuestros compa-

triotas, repartidos por el mundo entero, recuerdan, y transmiten su recuerdo, las glorias de Espartero y Prim, de O'Donnell y Diego de León, la mejor lanza de nuestro ejército, de Narváez y Serrano, apreciándolas distintamente, pero apreciándolas siempre. Algo dicen y cuentan de los políticos que más han figurado; de González Bravo hablan por la famosa noche de San Daniel; de Rivero y Ríos Rosas por sus energías parlamentarias; del conde de San Luís, por su polaquismo; de Salamanca por su esplendidez; de Manzanedo, por su fortuna; recuerdan de los muertos no militares algún rasgo distintivo y característico, que no se relaciona, por lo general, con las empresas provechosas al país, acometidas ó realizadas por las individualidades referidas.

Asturias, el risueño principado, la región hispana rival de Suiza por sus valles amenos y sus nevados montes; la cuna de nuestra reconquista, ha dado á España numerosa y gloriosa hueste de servidores eximios en armas y en política, en ciencias y en letras. Asturianos fueron Campomanes, el doctísimo juriconsulto, y Jovellanos; el marqués de Santa Cruz de Marcenado y el conde de Revillagigedo, de cuyas hazañas en mar y en tierra están llenas las crónicas, el historiador conde de Toreno, y en nuestros días han ocupado los primeros puestos de la gobernación del Estado asturianos como Posada Herrera y el marqués de Pidal, uno de cuyos hijos preside hoy el Congreso de Diputados. A estos títulos une Asturias el de haber sido patria de D. Agustín Argüelles, nacido en Rivasdesella el 18 de Agosto de 1776.

Como la mayoría de sus comprovincianos, Argüelles salió amigo del estudio y afanoso de saber. La Universidad de Oviedo le contó entre sus mejores discípulos de leyes, carrera que terminó con las mejores notas. Asuntos privados llevaronle bien joven á Inglaterra, donde conoció y trató á los más distinguidos hombres de ciencia de aquel país. Allí residía cuando llegó la comisión de la junta de Asturias encargada de pedir el auxilio del Reino Unido para rechazar la invasión napoleónica. Agregóse á sus paisanos, coadyuvando notablemente al éxito de su empresa, regresando con ellos á la península. Elegido representante de Asturias en las Cortes de Cádiz, llevó á ellas un gran conocimiento de los hombres y de las cosas, y la suma de observaciones hechas en el extranjero sobre las condiciones de la vida política de los pueblos más prósperos del viejo mundo.

Ponente, con Muñoz Torrero y Calatrava, en la comisión redactora del proyecto de Constitución, desarrolló ampliamente sus teorías de libertad y de orden, proponiendo garantías para el ejercicio de los derechos, regulando sabiamente la práctica de los deberes de los ciudadanos. Anticipándose á su tiempo, inició y defendió y consiguió hacer prevalecer sus proyectos de ley de libertad de imprenta, supresión del tormento como elemento auxiliar de la justicia, y abolición de la trata de esclavos, ordenando fuera perseguida rigurosamente. Estos proyectos, y más que ninguno el de Constitución, absorbieron su atención y mantuvieronle en la tensión de actividad que las actas de aquellas Cortes describen elocuentemente. La bondad de sus ideas, la forma galana con que las exponía, el vigor que en defenderlas empleaba, y la superioridad indiscutible que tenía sobre sus colegas, hicieron de Argüelles la primera figura de la Cámara, y motivaron fuera llamado *el divino*, por la magia de sus discursos y la grandeza de cuanto salía de sus labios.

Parte tan principal y activa en la creación del régimen liberal, fué premiada con ocho años de condena al presidio de Ceuta, al regresar de Francia Fernando VII, con la circunstancia de haber escrito el rey de su puño y letra la sentencia, en la cual se prohibía que Argüelles comunicase con nadie durante su prisión. Amarga y dura fué la situación del patriota hasta 1816, en que le trasladaron á Alcudía, (Mallorca), de donde le sacó el movimiento de las Cabezas de San Juan para llevarle al ministerio de la Gobernación.

En el revuelto período de 1820 á 1823, hubo Argüelles de luchar contra sus propios amigos, porque no se le ocultaba el daño que al país ocasionaban los temperamentos exagerados con que se pretendía liberalizar al país, olvidando que de un golpe y en un momento era imposible cambiar un estado de cosas que venía durando tres siglos.

Puso toda su voluntad, que era mucha, y todo su patriotismo, que no era poco, en el empeño de arraigar la Constitución en la Corte y en el pueblo: pero la villanía del Rey que agregó de su cosecha un párrafo desautorizando á sus ministros en el discurso inaugural de las Cortes de 1821, hizo dimitir á Argüelles; y la marcha que recibieron los sucesos con el desbordamiento de pasiones que se produjo poco después, obligáronle á volver á Inglaterra. Su amistad con Lord Holland de quien fué bibliotecario, por ser esta la manera única que Argüelles encontró para aceptar los auxilios que necesitaba y aquel prócer le ofrecía, sirvióle para favorecer á los emigrados que arrojó á las orillas del Támesis la reacción de 1824.

Muerto Fernando VII, abiertas las puertas de la patria y promulgado el Estatuto Real, volvió á España y representó á su querida Asturias en el Estamento, aceptando la renta que sus paisanos le constituyeron, porque no poseía la fijada por el Estatuto como precisa para ser procurador en Cortes.

Activo y fogoso, práctico siempre, siempre predicando política de atracción, de prudencia y de libertad, su palabra y sus ideas confirmaron el renombre ganado en las Cortes de Cádiz. Modesto en demasía, resistió las ofertas del poder que por diferentes veces le fueron hechas. Luchaba y trabajaba por la libertad y por la patria; no por el disfrute y por el manejo del presupuesto.

No fué ministro, pero fué autor de la Constitución de 1837. Ganó con esto mayor gloria, perdiendo en cambio lucidas y provechosas posiciones, aprovechadas por los que, no pudiendo igualar á Argüelles en desprendimiento y en saber, le superaron en ambición y audacia.



Tal proceder había de tener una compensación extraordinaria; al renunciar María Cristina, las Cortes dividieron sus votos para la Regencia entre Espartero, que la consiguió por la influencia de sus triunfos de Luchana y Bilbao, y Argüelles, que tuvo cien votos. Si la Regencia del reino pasó á manos que tan poco tiempo supieron conservarla, Argüelles recibió de la nación la mayor prueba de estima á que pudo aspirar nunca un hijo del pueblo, cuyos títulos mejores eran los triunfos de su personal esfuerzo. Estaba vacante la tutoría de la reina, y de su hermana la entonces princesa de Asturias, y el Parlamento se la confirió á D. Agustín Argüelles. Haber sido padre amantísimo de la patria, garantizaba que sería excelente tutor de reyes.

No desmintió Argüelles lo que de su capacidad y honradez esperaban las Cortes y el país. Su tutela dejó memoria. Halló mermado el patrimonio real, y le dejó floreciente y desligado de todo compromiso. Puso fin á corruptelas que sobre los intereses de sus pupilas y sobre la nación pesaban. Se comportó de tal modo, que hoy día se ajustan los presupuestos palatinos al plan que trazó el tutor inolvidable. Supondrá, tal vez, algún lector positivista, que Argüelles gozó una prebenda magníficamente retribuida; pues sepa que su haber, fijado por él cediendo á reiteradas instancias con sabor de mandato, consistió en 24.000 reales anuales, invertidos en continuos obsequios á las regias niñas encomendadas á su cuidado.

Renunció su cargo al caer el partido progresista, retirándose á su casa y falleciendo un año después.

A su entierro acudió Madrid en masa; jamás se vió manifestación mayor del sentimiento público. El luto fué general. Todos los partidos lloraron su muerte. Las Cortes dedicáronle en su salón de sesiones una lápida, y en el corazón de todos los españoles vivió y vive su memoria, bendecida y reverenciada como la de un bienhechor de la patria.

Como orador, superó á Isturiz, Alcalá Galiano y Calatrava; como estadista, enseñó á serlo á los que han gobernado en épocas liberales; patriota, lo sacrificó todo á su amor á España; probo y honrado, no hizo de su vida pública ni de su talento medios deshonestos de luero como tantos otros. Nació, vivió y murió pobre. Este es su elogio mejor.

En la hermosa colección de retratos que preside los trabajos de nuestra redacción, ocupa el de Argüelles lugar preferente. Junto á la silueta notablemente parecida del glorioso anciano, está el rojo y gualda escudo español. El arte ha unido lo que durante tantos años vivió en unión é identificación completa, y al fijar la vista en el escudo y en el retrato, formula continuamente nuestro corazón este voto:

¡Ojalá que todos los políticos, que todos los oradores, que todos los llamados á proseguir y afianzar la obra de Argüelles, sean modestos, entusiastas é integérrimos, como el que fué el verbo de las Cortes gaditanas!

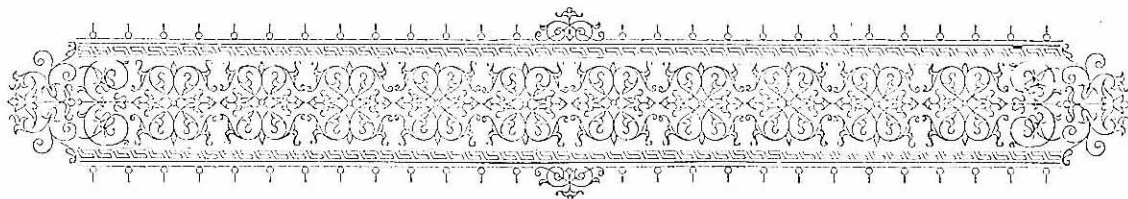






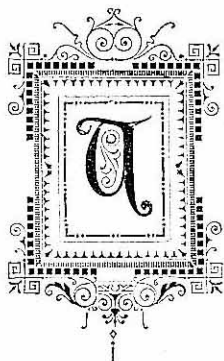
*D. Francisco Espos y Mina*





## FRANCISCO ESPOZ Y MINA

---



UN genio de la guerra, de esos que brotan espontáneamente del suelo español, cuando el suelo español se siente herido por la planta del extranjero, fué D. FRANCISCO ESPOZ Y MINA. El Viriato moderno; el hijo del pueblo que trae aprendidas al nacer todas las *ciencias* que necesita el *arte* de la guerra. Un hombre que conocía la táctica militar por intuición, la estrategia por revelaciones dictadas al oído desde la cuna por el ángel tutelar de la patria, la geografía del terreno que pisaba porque era el terreno propio en que estaban vinculados el altar de las creencias, y el hogar de los amores, y que era preciso defender de un usurpador extraño: que tenía el don del mando porque eso nace con el genio; que con

la sencilla preparación de manejar el arado y dirigir la esteva por surcos derechos, había aprendido, sin que nadie se las enseñara, allá en sus meditaciones juveniles, todas las complicadas ciencias exactas ahora necesarias para sorprender, inquietar, mortificar, vencer poco á poco, y arrojar al cabo al enemigo del suelo patrio. Era un guerrillero español, un *gran capitán* de generación espontánea, de esos que han nacido siempre cuando España ha necesitado darlos á luz para defender su independencia: que nacieron en los tiempos pasados desde las primeras invasiones fenicias, que nacen en los tiempos actuales, y nacerán en los venideros si nuestro pueblo viril no se contamina con el materialista y encervante espíritu de otras naciones, menos celosas de su dignidad.

Era un guerrillero español, y con esto está dicho todo. Quien no comprenda esta gran razón, no podrá comprender cuantas pudiéramos darle para explicar la extraña metamorfosis que convierte en capitán vencedor de todos los capitanes vencedores en toda Europa al sencillo aldeano que, cuando tomó el mando de una partida para combatir al enemigo, apenas sabía leer ni escribir. ¡Milagros del patriotismo, y especialmente del patriotismo español! En otras naciones los generales nacen de las academias, de la práctica de la guerra, del estudio, y de la experiencia en los campos de batalla. En España, en las circunstancias supremas, nacen hechos.

Nuestro biografiado sentó plaza de general. General de una partida que estuvo al mando de su sobrino, que ha pasado á la historia con el nombre de Mina el Mozo. Prisionero éste de los franceses, se decidió su tío á dirigirla, abandonando las tareas agrícolas para las que le educaron sus padres.

Sucedió esto en 1810. Entonces contaba Espoz y Mina 29 años, pues había nacido en 1781, en Idocin, pequeño pueblo de Navarra. Desde que tomó las armas



se hizo muy superior á Mina el Mozo. Dió tanto que hacer á los franceses, que Reille, general enemigo, para combatir su partida de 3000 hombres, organizó un ejército de 30000. No por eso logró vencerle. Mina supo luchar ventajosamente con uno contra diez, gracias á sus conocimientos del terreno y á su pericia no aprendida. Diseminó el ejército contrario, realizó mil proezas, al cabo de las cuales, la Regencia, en un decreto lleno de pomposos y merecidos elogios, le nombró coronel.

Sería largo pormenorizar en unos simples apuntes biográficos todas las peripecias gloriosas, todas las victorias alcanzadas contra los franceses por Mina. Baste saber que se hizo tan temible para el gobernador Reille, que éste, desesperado de poder vencerle, puso á precio su cabeza y la de su teniente Cruchaga. No hubo español que los vendiera: y Reille se vengó de la lealtad navarra, fusilando y ahorcando á muchos prisioneros y paisanos, entre los que se encontraban padres y parientes próximos de los voluntarios de nuestras tropas.

Entonces pasó Mina al capitán general de Navarra un oficio que decía lo siguiente: «Si el conde de Reille no revoca inmediatamente su decreto de 5 de Agosto; (en que prometía seguir fusilando y ahorcando); si no cesa en su sistema y no pone en libertad á todos los presos por nuestra causa, haremos una guerra sin cuartel, *incluyendo la majestad misma del emperador*, degollando cuantos parientes suyos y de sus partidarios hallemos *en cualquier parte del mundo*.»

Más tarde prometió fusilar 23 oficiales y 700 soldados franceses que tenía en su poder, cuya amenaza, que empezó á cumplir en parte, determinó al conde Reille á cambiar de conducta humanizando la guerra.

Sangüesa y Arlabán fueron poco tiempo después teatro de dos de sus principales victorias; en el primer punto derrotó al general Abbé, á quien cogió 400 prisioneros y le privó de más de mil hombres, entre muertos y heridos; en el segundo se apoderó de un importante convoy que iba á pasar á Francia, atacando al enemigo á la bayoneta, cuyo enemigo tuvo por pérdidas 600 muertos, 900 heridos, 150 prisioneros y 320 fugitivos. Cogió Mina con el convoy interesantes pliegos de José para Napoleón, y las dos banderas que los dos batallones franceses llevaban.

En 1812 fué herido de bala de fusil en Santa Cruz de Campezu. Días después derrotó de nuevo al general Abbé en Mendivil; puso sitio á Tafalla, y cuando se proponía tomarla por asalto, se le rindió la guarnición francesa (10 de Febrero de 1813). Se apoderó de Sos, batió al enemigo en Lerin, en Lodosa, tomó el castillo de Fuenterrabía... En suma, Mina, en la guerra de la Independencia, venció á los más famosos generales en 43 acciones de guerra, tomándoles varias plazas de las que habían ocupado en España, y llegó hasta imponer la contribución de cien onzas de oro mensuales á la aduana francesa de Irún para atender á sus tropas.

Terminada la campaña, se trasladó á Madrid en 1814; pero, repugnándole la conducta de Fernando VII, se volvió á su país, resuelto á proclamar la Constitución de 1812; propósito que no pudo realizar por haberle faltado sus tropas cuando las dirigía contra el capitán general de Aragón, el inmortal Palafox, viéndose obligado á emigrar á Francia, donde fué preso á solicitud del embajador español; pero en seguida le mandó poner en libertad el gobierno de Luis XVIII, y le señaló una pensión de 500 francos mensuales.

En 1820 penetró de nuevo en España y contribuyó á proclamar la constitución. Fué entonces nombrado capitán general de Navarra y de Galicia, y cuando comenzó en 1822 la sangrienta contienda entre liberales y absolutistas, Mina cambió la faz de la guerra en Cataluña. Un acto de rigor llevó entonces á cabo, que se recuerda todavía con espanto: arrasó por completo á Castelfullit, poniendo en el desolado yermo donde había existido la población un letrero que decía: «Aquí fué Castelfullit». Tres días después, ó sea el 27 de Octubre de 1822, ganó al barón de Eroles una formal y muy reñida batalla. Al verificarse la intervención extranjera, y después de haber luchado con éxito por la causa de la libertad contra aquellos guerrilleros que fueron sus compañeros de armas durante la guerra de la Independencia, se embarcó para Inglaterra, donde vivió miserable y enfermo.

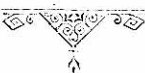
Desde allí pasó á Francia, y en 1830, con Chapalangarra y Espronceda, hizo una tentativa para entrar en España. La amnistía de 1833 le permitió volver á su patria.

Desempeñó el cargo de general en jefe del ejército del Norte en los primeros

días de la guerra civil carlista, desde Octubre de 1834. Pasó después á Cataluña sustituyendo á don Manuel Llauder que había sido destituido por el gobierno. En Navarra y en Cataluña realizó hazañas, actos magnánimos y de crueldad, que retrataban la extraña mezcla de aquel carácter de hierro, héroe en la batalla, misericordioso con el vencido, pero implacable con el enemigo en armas. Pasemos por alto todos esos hechos efectuados en lucha fratricida, remitiendo al lector á la historia si quiere conocerlos por completo, y digamos por fin que, disgustado con el gobierno que no le dejaba hacer la guerra á su modo, emigró de nuevo á Francia, donde murió en 13 de Diciembre de 1836. Su viuda recibió el título de condesa, y el nombre del ilustre caudillo se inscribió en el Congreso de Diputados entre los héroes de la libertad.

Como ejemplo de la entereza de su carácter se cita el siguiente rasgo. Cuando en 1834 en encargó del mando del ejército de Navarra, hizo que se convocara el capítulo de Pamplona y dijo á los canónigos: «Hace cuatro años habéis ofrecido 3.000 pesos al que os trajera la cabeza del traidor Mina. Yo os la traigo; dadme el precio ofrecido, y servirá para ayudar á sostener la guerra.»

Zumalacárregui, el gran caudillo carlista, decía en una alocución á sus tropas, celebrando la dimisión de Mina: «Mina solo podía hacer balancear nuestra victoria; Mina solo podía detener todavía el trono vacilante de la débil criatura... que quieren imponernos por reina; él, que á la energía, á la actividad y á su talento militar, reúne una reputación colosal!»



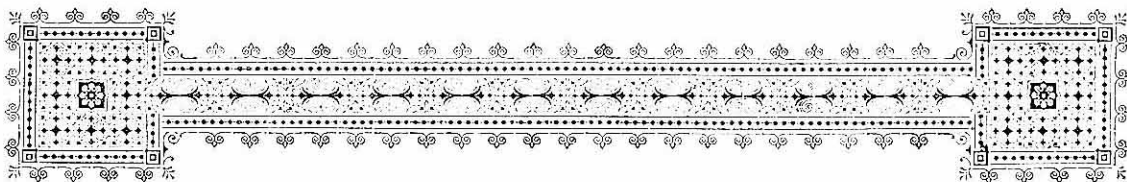




D. Mariano José de Larra







## MARIANO JOSÉ DE LARRA

---



o es, sin duda, el más grande de los escritores contemporáneos, cuyas obras componen el rico repertorio de la literatura española; pero es el más apreciado, el más universalmente conocido.

Después del *Quijote*, de ningún libro nuestro se han hecho tantas ediciones fuera de España, como de los artículos críticos, literarios y de costumbres, firmados por el *Bachiller Munguía*, por *Andrés Niporesas* ó por *Figaro*, que todos estos pseudónimos empleó nuestro satírico escritor.

La primera impresión de sus obras completas en América se hizo. Algo y aún mucho han contribuido á esa popularidad universal la índole especial del talento de Larra, el género de literatura á que se dedicaba, la época en que escribía, y el tedio, el mal humor constante que á veces oscurecían su clarísima inteligencia; circunstancias todas que le obligaban á pintar con negros colores nuestras cosas y nuestras costumbres, á exagerar nuestros defectos, con el noble propósito de corregirlos; y como los sud-americanos,—hablando en tesis general—no se distinguen ni por su respeto á España, ni por su exacto conocimiento de nuestros hombres y nuestras cosas, que aparentan desdeñar, de aquí su afición á Larra, que se cebó implacablemente en la censura de las imperfecciones de la sociedad española de su tiempo, casi todas ellas desaparecidas hoy.

Todavía suele citársele en este sentido, sin comprender que la España moderna no es ya ni parecida á la España de 1836, y que muchas de las amargas invectivas de Larra no son tanto producto de la observación imparcial, como del excepticismo, de la melancolía que dominaron su espíritu desde muy joven. Se le escapaba el sentimiento íntimo de las cosas por los resquicios que habían dejado abiertos al huir las esperanzas y las ilusiones. Veía cuanto le rodeaba bajo el prisma de su dolor eterno. Por eso solía censurar con extremada acrimonia la decadencia española, exagerándola en todos sentidos. Cuando se lamentaba, por ejemplo, de que no tuviéramos teatros ni literatura, acababa de morir Moratín, vivían Quintana, Lista, Bretón de los Herreros, el duque de Rivas, Hartzenbusch, García Gutiérrez, Martínez de la Rosa, y tantos otros escritores cuyas producciones bastarían para

constituir la gloria literaria de cualquier pueblo. En su artículo *El día de los difuntos*, exclamaba, al llegar á la Armería Real: *Aquí yace el valor castellano con todos sus pertrechos*; y estaban al mismo tiempo los castellanos dando pruebas en el Norte de valor indomable, repitiendo, tanto ellos como sus contrarios, en guerra fratricida, las mismas hazañas que juntos realizaron contra Napoleón.

No era justo Larra con sus contemporáneos, tanto porque no podía serlo dado el género de literatura á que se dedicaba, como porque se lo impedía su expticismo. Cuando se trata de corregir un defecto, de modificar una costumbre, píntase aquel por su lado más repugnante, retrátase esta con su faz más ridícula. Tal era su misión, y supo cumplirla como no la había cumplido hasta entonces, después de Cervantes, ningún escritor, ni el mismo Moratín, y como después no la ha cumplido tampoco ningún crítico; porque España espera todavía el sucesor de Larra. Solo le faltó, para llegar á la altura del autor del *Quijote*, de Molière ó de Juvenal, la serenidad de espíritu que suelen dar los años y que no podía exigírsele á la edad en que escribía, y un poco menos de la hiel que amargaba su alma.

El festivo escritor, cuyos chispeantes artículos eran entonces y continúan siendo el regocijo de las gentes, cuya sal ática disipa la melancolía, no gozó en su vida ni un instante de felicidad. Algunos hallan un contraste incomprensible entre su carácter y sus escritos; nosotros no lo encontramos. Los chistes de Figaro, que generalmente hacen reír, á nosotros nos lastiman, nos conmueven. No brilla en ellos la alegría, á excepción quizás de los primeros publicados en *El Pobrecito Hablador*, sino la ironía cruel, la burla sangrienta, el rencor de un pobre corazón enfermo, de un hombre desengañado que manifiesta su dolor en histéricas carcajadas. Aquello de que todas las verdades de este mundo pueden escribirse en un papel de fumar; aquel envidiar al hombre á quien una mujer dice *no quiero*, porque siquiera dice la verdad, no son ciertamente observaciones que mueven á risa. En Larra está el ejemplo de la constante unión en que suelen ir por la tierra el placer y el dolor, la alegría y la tristeza, el bien y el mal.

Nos entretenemos algo en estas consideraciones, porque debemos hacer, aunque en extracto, como de costumbre, la biografía de Larra, y Larra no tiene biografía. Todo cuanto de él se sabe puede decirse en pocas líneas. Lo que se sospecha del drama íntimo que ocasionó su muerte, no puede decirse; porque ni los biógrafos contemporáneos de nuestro autor, ni la posteridad, tienen derecho para descorder el velo que cubre esos secretos del hogar. Su vida literaria es la única interesante, y reflejada está en sus obras. Demos, no obstante, las fechas y los datos obligados en todo trabajo de esta naturaleza.

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA nació en Madrid el 24 de Marzo de 1809. Cuando las tropas francesas abandonaron la Península, su padre, que era médico del ejército imperial, se vió obligado á huir á Francia, y allí lo llevó, matriculándole en un colegio donde le tuvo hasta 1817, en que, de regreso á España, empezó á darle una educación más seria. La afición del niño al estudio era tanta, que odiaba toda clase de juegos, y rara vez dejaba de derramar lágrimas al separarse de sus libros, cuando á ello le obligaban.

A los trece años escribió una gramática de la lengua castellana, un cuadro sinóptico de ella, y tradujo *La Iliada* de Homero y el *Mentor de la Juventud*. Estudió después las matemáticas, el griego, el italiano y el inglés, y se matriculó en la Universidad de Valladolid para seguir la carrera de leyes. Pero interrumpió su carrera un acontecimiento misterioso que, según parece, modificó su carácter, é influyó en el porvenir de Larra. De niño formal y estudioso, pero alegre y confiado, se volvió huraño, triste y reflexivo, cualidades que después conservó toda su vida.

Sus primeros pasos literarios diólos en *El Duente Satírico*, folleto que suprimió la censura, y en el cual solo publicó una oda. Enseguida publicó *El Pobrecito Hablador*, donde zahirió sin piedad abusos y malas costumbres, hasta que también se vió obligado á suspender esa publicación.

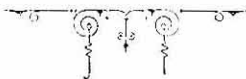
Después colaboró en diferentes periódicos, el primero de los cuales fué *El Español*, célebre por su tamaño, jamás conocido hasta entonces en España. En ellos vieron la luz la mayor parte de sus memorables artículos. Escribió una novela original, *El Doncel de D. Enrique el Doliente*, y un drama en verso sobre el mismo asunto, titulado *Macías*. No son estas obras las que le han proporcionado la gran reputación de que goza, ni sus muchas imitaciones y traducciones aunque todas es-

meradamente arregladas, entre las cuales hay algunas, como *No más mostrador*, que equivalen á felices creaciones originales.

Sus ideas políticas fueron muy avanzadas, como lo demostró, sobre todo, en la traducción de las célebres *Palabras de un creyente* de Lamennais, y en el magnífico prólogo en que vierte doctrinas que no rechazarían los más ardientes apóstoles de la democracia moderna.

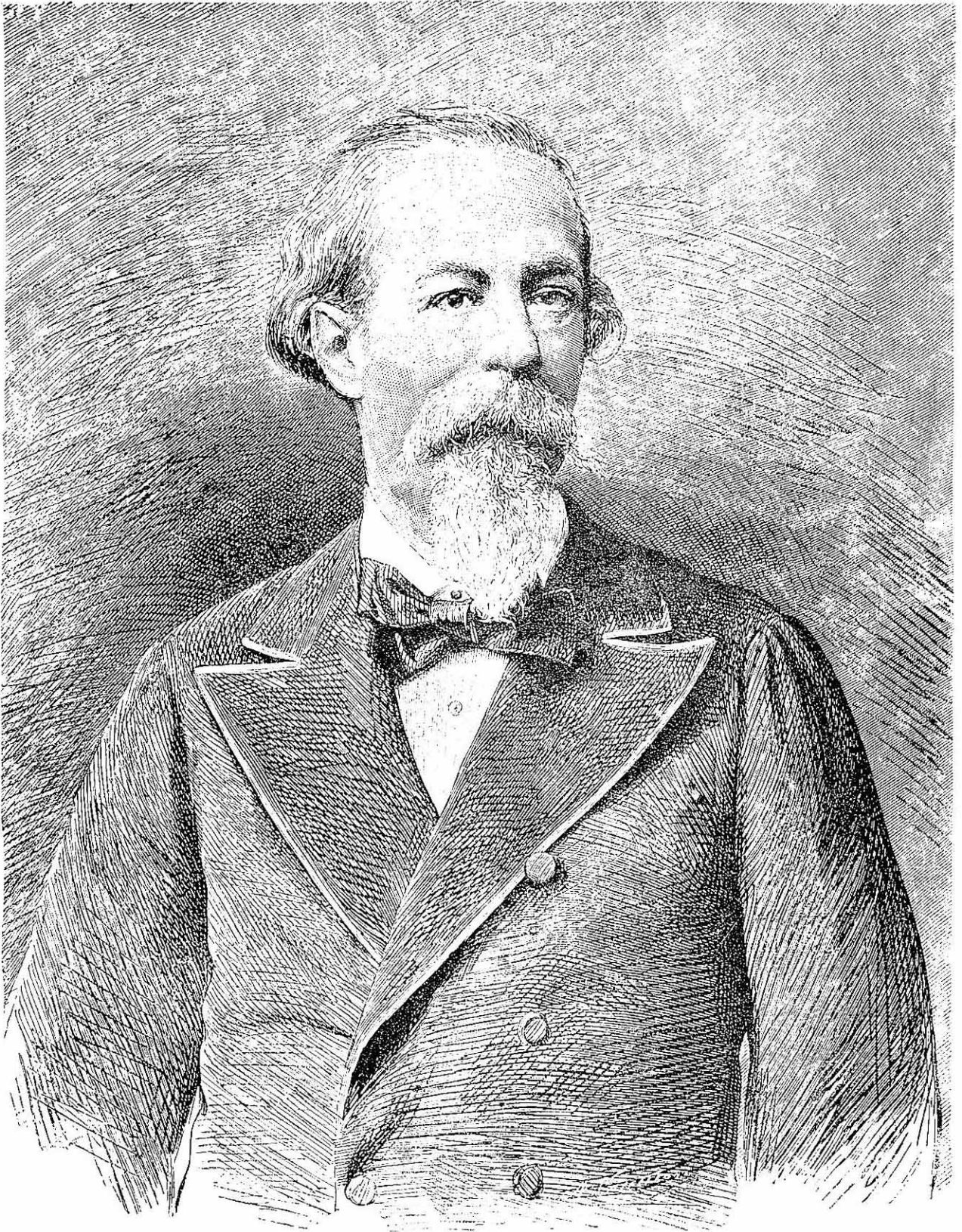
Dejemos que narre el trágico fin de nuestro autor el biógrafo de quien hemos tomado las fechas y los datos que anteceden:

«Llegó por fin el 13 de Febrero de 1837, cuyo día era el destinado para el término de la breve y tormentosa vida de *Figaro*. Su amada, después de cinco años de amores, quería romper unos lazos doblemente ilegítimos y criminales, y él lo resistía con todas sus fuerzas. Creyendo poder decidirla á cambiar de opinión, quiso tener con ella una entrevista donde invocase los antiguos recuerdos, é hiciese valer sus protestas de ahora. Túvola, en efecto, en su casa la noche del mismo día, pero nada consiguió. Todos los esfuerzos del amante se estrellaron ante la impasible resolución de la mujer. Esta acabó de exaltarle con su indiferencia, por enardecerle hasta el último punto con su despego, y apenas habían pasado unos cuantos minutos después de haberse despedido friamente y sin dejarle ninguna especie de consuelo, cuando...oyeron los criados de Larra un ruido que al principio tomaron por la caída de un mueble, pero que luego que entraron en la habitación después de un larguísimo rato, conocieron había sido la detonación de una pistola con que se había quitado la vida! ¡Se había suicidado delante del espejo! ¡Y fué una de sus pequeñas hijas la que primero echó de ver la desgracia de su padre!»





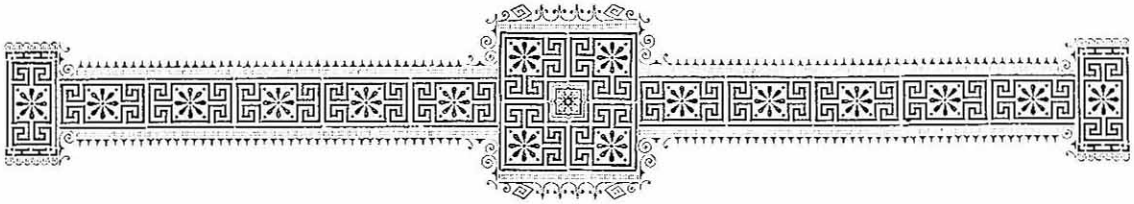




*D. José Zorrilla*

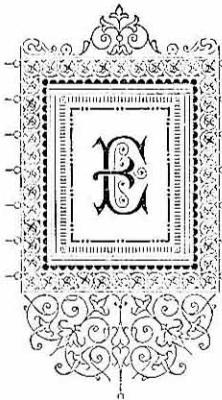






# JOSÉ ZORRILLA

---



s uno de los pocos españoles eminentes, tal vez el único, del que se puede decir que no tiene biografía, porque jamás ha hecho política; no ha ocupado en el Estado cargo de ninguna clase, y no debe su renombre sino á su solo talento.

Los aficionados á saber noticias personales de los hombres que llegan á sobresalir por algún mérito entre sus contemporáneos, tratándose de don JOSÉ ZORRILLA tienen, por desgracia de ellos y por fortuna de él, que contentarse con bien poca cosa.

En sabiendo que nació en Valladolid en 1817; que su familia era bien acomodada; que no quiso seguir ninguna carrera, ni estudiar Facultad ninguna universitaria; que se opuso terminantemente á ser abogado, como su padre quería; que se le escapó en un viaje al canónigo que le llevaba á estudiar á Madrid casi en calidad de preso, por orden de dicho su señor padre; que volvió á Valladolid y al cabo de un año, en 1834, cada vez más indómito, cada vez más niño terrible, rotas ya del todo sus relaciones con la familia, se vino á la corte y *se puso á hacer versos*; que se dió á conocer en 1837 al borde de la tumba de Larra (*Figaro*): que en 1847 ya era el poeta más popular de España; que tuvo el dominio de la escena y de la lira hasta 1866; que en este año recorrió la América donde una sombra de emperador le hizo su secretario, y un pueblo hermano del pueblo español su ídolo; que recorrió la Europa cosechando laureles; que regresó á los diez y siete años de ausencia á la madre patria, donde fué coronado como el primero de sus poetas contemporáneos; que ha tenido amores célebres y vida novelesca, casi vida de capa y espada, como su fecundísima y elegantísima musa; que ha sabido vivir como príncipe generoso cuando tenía dinero, y como ingeniosísimo bohemio, lleno de espíritu, gracia y digna altivez cuando no lo tenía, que eran las más de las veces, ya no hay más que decir de la vida de Zorrilla.

Es, como se ve, la vida de un pájaro.

Nació para cantar y para amar, y ha amado como gentil caballero, y ha cantado como gentilísimo poeta.

Como tal, tiene dos fases perfectamente caracterizadas y perfectamente distintas: es como poeta dramático D. José Zorrilla la personificación de una escuela,

pero en esta tarea no está solo: le acompañan D. Antonio García Gutiérrez y D. Tomás Rodríguez Rubí.

Como poeta lírico, es Zorrilla la personificación de una época: y en este concepto nadie le acompaña ni mucho menos supera, aunque haya tenido infinidad de imitadores.

Estudiemos ligeramente estas dos fases por orden cronológico.

Si bien es cierto que Zorrilla empezó á darse á conocer como poeta lírico, la necesidad de vivir le lanzó al teatro, cuyo segundo renacimiento, pasados Moratín y Gorostiza (sin olvidar á Ramón de la Cruz), había comenzado con Ángel Saavedra, (después duque de Rivas), Larra (*Figaro*), Hartzzenbusch y Bretón de los Herreros.

Este renacimiento, como el de Moratín, (ahogado en la cuna por accidentes políticos), se distinguió por una dócil servidumbre: la imitación francesa. Pero no ya una imitación, como escuela literaria á la manera que Moratín y Gorostiza la habían entendido, sino como carácter y trascendencia social, antes que innovación en el arte.

No se olvide que en la fecha en que nuestro biografiado se dió á conocer como talento distinguido, Francia ponía de moda, al mismo tiempo que el drama romántico ó melodrama, el drama histórico con Alejandro Dumas, padre, Víctor Hugo y Víctor Ducange.

No se olvide que al mismo tiempo, (de 1830 á 1850), que en París alborotaban á las muchedumbres *La Huérfana de Bruselas*, *El mudo de Arpennes*, *La vida de un Jugador*, etc., las alborotaban no menos, alarmando á los gobiernos como en nuestros días ha alarmado el *Thermidor* de Sardou, *Carlos IX*, *La Torre de Nesle*, *Catalina Howard*, *Antony*, *Hernani* y *Le roi s'amuse*.

Pues bien, en España, al mismo tiempo que seguíamos en política y en las costumbres la influencia francesa, en la literatura seguíamos también esa influencia dócilmente; y dramas románticos como el *Macías* de Larra, *La Fuerza del destino* del duque de Rivas, *Los amantes de Teruel* de Harzzenbusch, *La Conjuración de Venecia* de Martínez de la Rosa, *El Trovador* de García Gutiérrez y *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, galvanizaban nuestro muerto teatro, y dramas históricos como el *Aben-Humeya* de Martínez de la Rosa, *Juan Lorenzo*, *Simón Bocanegra* y *El rey monje* de García Gutiérrez, *Carlos II el Hechizado* é *Isabel la Católica* de Rodríguez Rubí, y *El zapatero y el rey*, *Sancho García*, *Traidor, inconfeso y mártir*, *Rosmunda*, *La copa de marfil*, *El puñal del Godo*, *El molino de Guadalajara*, *El eco del torrente* y cien más de nuestro Zorrilla, arrebataban á las muchedumbres, produciendo, sobre todo, el *Carlos II* de Rubí, *El zapatero y el Rey* y *Traidor, inconfeso y mártir*, verdaderas revoluciones en época como aquella de transición y debate de ideas, de tendencias, de reformas de costumbres, de toda lucha ardiente que había empezado en los campos de batalla y se seguía con el mismo ardor en el parlamento, en las academias y en el teatro: que en Francia alboreaba la segunda república, y en España la histórica democracia castellana sepultada por el despotismo extranjero en los campos de Villalar, renacía de sus cenizas como el fénix.

Pero, triunfante la libertad en 1848 en toda la raza latina, pasó el ardor de la lucha y con la lucha la época; con la época pasaron también el drama romancesco, (sino el trágico y efectista que ha renacido vigorosamente con Echegaray), el caballeresco y el histórico.

De García Gutiérrez apenas si de cuando en cuando vemos todavía el drama de su vejez *Venganza catalana*, y de Zorrilla el de su más vigorosa y soñadora juventud, *Don Juan Tenorio*, precisamente el peor de sus dramas: y nos atrevemos á decir esto, irrespetuosamente, porque el mismo Zorrilla ha dicho á cuantos pudieron oírle que daría la mitad de sus obras buenas por no haberlo escrito.

Sin embargo, preciso es admirar aquí el poder del genio. *Don Juan Tenorio* como obra de arte dramático, no resiste el más ligero examen; el argumento es viejo; antes que Zorrilla lo habían manoseado veinte poetas, desde Tirso de Molina, nuestro clásico insigne, que ya lo había tomado de otro poeta anterior, hasta Molière. Desde Byron que lo llevó á la epopeya burlesca, hasta Mozart que lo caldeó con melodías tan inmortales que su ópera, al sentir de los estéticos ingleses y alemanes, es, con el *Apolo* de Belvedere, la escultura que habla, lo más perfecto en cuanto humanamente cabe que ha producido hasta hoy la humana inteligencia: opinión, sin embargo, discutible, desde que Miguel Angel, Canova y Thordwalsen han probado que tienen

fuerzas de gigante para medirse con los artistas griegos, y Gounod con su *Fausto*, Meyerbeer con su *Profeta* y sus *Hugonotes*, Wagner con su *Lohengrin*, su *Tanhausser* y sus *Walkyrias*, nos han demostrado que con el *Don Juan* de Mozart, no se ha dicho la última palabra en música.

Volvamos á Zorrilla, que es melodía también.

Su *Juan Tenorio*, pues, única obra dramática que de él ha quedado, no debía haber quedado: argumento viejo y pérfido; protagonista corruptor; enseñanza innoble, interés extraviado, arte escaso, efectos descosidos, todo, todo en esa obra repugna al buen sentido como fondo y trascendencia: ni siquiera mantiene el concepto verdaderamente caballeresco castellano que le dió Tirso, la intención truhanesca de Molière, el aticismo burlón de Byron: Zorrilla ha hecho de su *Tenorio* un compadre elegante, pero de ruín estofa; á no ser, como hemos dicho, elegante, sería el *Juan Moreira* de nuestra española escena.

Pero con todo esto, el *Tenorio* de Zorrilla ha hecho palpar el corazón de dos generaciones, y es el drama popular por excelencia todavía: ¿por qué? Por la magia de la forma: por su versificación incomparable: es un drama que equivale á una ópera, porque en él la palabra es música; y música de primer orden.

Se citan del *Don Juan Tenorio* las quintillas de la apuesta, los saladísimos ovillejos del segundo cuadro, las décimas esquisitas del diálogo de los amantes del tercero, la imprecación final del mismo, el monólogo en el cementerio, etc., como se citan en música el dúo de *Puritanos*, el aria de las joyas de *Fausto*, el final de *Lucía* ó el concertante de *Hugonotes*, como espléndidas melodías.

Que este es Zorrilla: no participamos de la opinión que con carácter de absoluta se ha querido imponer, de que nuestro poeta está casi vacío de ideas, de trascendencia, de intención profunda, de enseñanza, en fin; que es solo ruido, rumor de palabras, música de frases hermosísimas, pero ruido, rumor, música, en fin; lo mismo que se ha dicho de Castelar.

No: en Zorrilla, como en Castelar, hay elevación y profundidad de pensamiento; profundidad que no se apercibe al pronto, como no se apercibe la de los grandes ríos, de anchísimo cauce y majestuosa corriente y muy pomposas riberas.

En Zorrilla el pensamiento se pierde en la bizarrísima, en la gallarda melodía de la forma; pero el pensamiento existe: cierto que, como poeta dramático, le vencieron primero, su coetáneo García Gutiérrez y sus sucesores Ayala, Tamayo y Echegaray; que, como poeta lírico, no tiene la energía viril y sobria, la profundidad científica, la trascendental intención de Quintana; la robusta elegancia de Núñez de Arce; la flexibilidad y gracia de Campoamor, ni el sentimiento de Bécquer: cierto es que este es más intensamente subjetivista, más intensamente objetivista Quintana, más subjetivo-objetivo Campoamor; más objetivo-subjetivo Arce: pero á todos supera Zorrilla en perfume, en color, en magia de estilo, en sonora pompa; en música. Hay que remontarse á los hermosos días de Calderón y de Lope para encontrar en nuestro idioma inspiraciones parecidas.

Decíamos que Zorrilla, como poeta dramático, había personificado una escuela de imitación, de dócil servidumbre: pero tócanos decir, antes que se nos olvide, que tanto él como los otros ya citados grandes poetas que lo acompañaron en el feliz renacimiento de nuestras musas, no imitaron servilmente, como Moratín, no siguieron servilmente á Molière.

Al secundar los genios españoles la revolución de los genios franceses, no perdieron de vista el espíritu, el carácter, la naturaleza de nuestra patria, y hallaron en su talento los medios de permanecer originales, aun dentro de la corriente de progreso que los empujaba, de la luz que de cerca seguían; sin que esto importe decir que Moratín no ha procurado hacer lo mismo, sobre todo en *El sí de las niñas* y *El viejo y la niña*.

Así el drama caballeresco, como el drama histórico españoles, no tienen de común con el drama histórico francés del mismo tiempo sino la identidad de propósitos. Sin dejar de aparecer como hermanos gemelos de los Dumas y Hugos, nuestros García Gutiérrez y Zorrillas aparecían con orgullo como legítimos hijos de los Calderón, Lope, Tirso, Alarcón, Moreto y Rojas; y en esto fueron felizmente más allá que Moratín, el gran restaurador de nuestro teatro, sugestionado por el convencionalismo pseudo clásico.

El teatro de Zorrilla y sus contemporáneos es la resurrección de nuestro gran teatro; menos pomposo, sí, pero más acertado y verdadero: más dentro del arte.

No fueron serviles imitadores de Francia los grandes dramaturgos de 1830 á 1860; fueron innovadores y revolucionarios á la par de Francia: que alguna distancia debe establecerse entre el verdadero talento, el talento que crea, y el de imitación, el de reproducción é imagen: aquellos escritores que, aun traduciendo como Moratín y Ventura de la Vega, mejor que los traductores adocenados á salga lo que saliere que con su acostumbrada inimitable ironía satirizó el malogrado *Figaro*, no dejan, en fin, de ser reflejos de cielo extraño: astros que no tienen luz propia.

No cabe confundir al creador con el traductor bueno ni malo: sobre que García Gutiérrez y Zorrilla no tradujeron nunca.

En la poesía lírica hemos dicho que representa Zorrilla toda una época: y nada más cierto: que si Arolas alguna vez llega á sobrepujarle en las hermosísimas *Orientales*, y los demás poetas ya citados le aventajan en los conceptos que antes dijimos, en cambio, es por sus leyendas el poeta nacional, y por ellas la edad media ha revivido en pleno siglo diez y nueve; cada una de esas leyendas vale por un poema vigoroso de esos que ya no pueden escribirse, porque el tiempo de los semi-dioses y de los héroes invencibles ha pasado; cada una de esas leyendas es una fibra del alma española, y aunque el autor de *La Pasionaria* y *A buen juez mejor testigo*, no tuviera otro título á la consideración de la posteridad que esas leyendas, serían ellas bastante mérito para enaltecerle.

Esas leyendas, esas orientales de espléndida fantasía, esas poesías líricas tan hermosas como la *Canción á Granada*, *El reloj*, *El águila*, sus varias *Serenatas*, *La tempestad*, *La calavera*, *A Leyla*, *Despedida*, y cien y cien más, porque la última edición de las obras de Zorrilla consta de *quince* tomos, han puesto merecidamente en sus sienes venerables la corona de primer poeta nacional.

Por él han resucitado en el manejo del idioma, los tiempos de Cervantes, Calderón y Lope; por él resuena aun en el ambiente con inimitables acentos nuestra hermosa lengua castellana, dulce, elegante y bravía.

Y al terminar este estudio, resuenan los himnos funerales, doblan las campanas, por la pérdida irreparable de nuestro gran poeta nacional.

España entera ha vestido de luto por Zorrilla al empezar el año 1893.







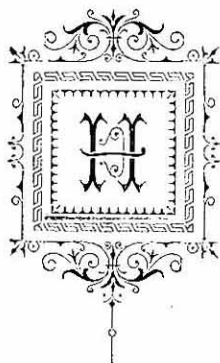
D. Gustavo Adolfo Bécquer





## GUSTAVO ADOLFO DOMINGUEZ BÉCQUER

---



A pasado el tiempo, y BÉCQUER el bohemio, el desheredado, el que había menester *plumear* largo y tendido para cubrir las más prosaicas atenciones de la vida, es una gloria española. La prosa y los versos que sirvieron para satisfacer las exigencias justas del editor, se han transformado en perlas y diamantes de la corona de inmortalidad que cubre su fosa y enaltece su nombre. ¿Quién fué Bécquer? Un ser perseguido constantemente por la desgracia. Un espíritu superior alojado equivocadamente, á su paso por este mundo, en el débil cuerpo de un desheredado. Puede decirse que la compañera inseparable de Bécquer fué la desdicha. Quizás fué también su musa.

Hijo de un pintor sevillano de los de más legítimo renombre en la centuria presente, parecía llamado á ser, como su hermano Valeriano, continuador afortunado de las tareas del autor de sus días. Pero la muerte llevóse al pintor cuando sus hijos eran pequeños, y por mucho que la piedad filial hizo, no pudo sustituir la acción paterna, que hubiera hecho de Gustavo Adolfo Bécquer una eminencia de la pintura patria.

Mejor que mejor; no hay que lamentarse porque Apeles perdiera un genio á sus órdenes puesto, si Apolo lo ganó; y lo ganó ganando á su vez, pues contados ingenios de los preferidos por Apolo son iguales al autor de las *Rimas*.

¿Cuál fué la vida de Bécquer? La más triste, la menos envidiable. Hoy privaciones y mañana sufrimientos; hoy contrariedades y amarguras mañana. Reseñémosla.

Nació en Sevilla en 1836. Huérfano á los pocos años, unos parientes le tomaron bajo su protección haciéndole ingresar en el Colegio Náutico de San Telmo. Su destino era otro que navegar, aunque le reservaba la suerte derroteros penosos por los mares de la vida. Tenía diez y ocho años, grandes entusiasmos, devoción extraordinaria por las letras, y marchó á Madrid. A Madrid, ideal de todos los provincianos, anhelo de todos los soñadores, mágico foco atractivo de todas las inteligencias.

Vivió como pudo, recorriendo por sus pasos contados el tremendo calvario del no tener; pero al fin, tras largas vicisitudes se dió á conocer, y formó parte de la redacción de *El Contemporáneo*, que á tantos escritores famosos dió renombre, y que de

tantos políticos importantes fué cuna. La lucha por la existencia hirió su débil organismo, y le fué imposible hacer la vida activa de redacción que necesitaba para vivir. La amistad, y la estima en que desde un principio fueron tenidos sus trabajos, le facilitaron la manera de pasar largas temporadas en el campo, en Aragón y Soria, donde trazó los más de sus admirables artículos, verdaderos poemas en prosa. No sirvió para empleado; y el único empleo que tuvo se le quitaron porque las horas de oficina ocupábalas en genialidades que sus jefes no entendían ni podían entender. González Bravo le nombró *Censor de Novelas*, un cargo inventado para adjudicarle decorosamente un sueldo. La revolución le dejó cesante, y Gasset y Artímet le encomendó entonces la dirección de *La Ilustración de Madrid* que tuvo existencia tan breve. Murió Bécquer á los treinta y cuatro años, quebrantado el cuerpo, fogoso y viril el espíritu; murió legando á su viuda é hijos un nombre que valía entonces algo, y que después ha logrado la mayor de las notoriedades.

¿Quién no conoce las obras de Bécquer? ¿Quién no se ha extasiado con sus cartas *Desde mi celda*, sus cuentos primorosos, sus leyendas inimitables y no imitadas? ¿Quién no ha sentido, leyendo á Gustavo Adolfo Bécquer, la realidad sabrosa de esa ilusión eterna y deliciosísima, incomparable, que á todos nos anima, y que todos acariciamos en un interminable *crecendo* desde que nuestros ojos saben distinguir la verdad de la mentira, y nuestros corazones comienzan á palpar por cuenta propia?

Bécquer ha creado una prosa que no tiene calificación posible. Ha creado la prosa del sentimiento, la prosa de las fantasías, la prosa del alma. Leyendo esta prosa, ninguna forma poética satisface los espíritus. Según fué apareciendo en *El Contemporáneo* fué imponiéndose al público.

En aquel tiempo, como ahora y en todos los tiempos, los gustos populares propendían á lo material, á lo objetivo, á la sensación inmediata, al recreo de las pasiones y al cosquilleo de los apetitos. Bécquer se apoderó de estos gustos; Bécquer llevó al paladar de sus lectores notas suavísimas, fragantes, acariciadoras, deleitosas. Bécquer varió el modo de narrar leyendas y de recordar tradiciones. Bécquer puso en sus relatos tal cantidad de su espíritu, que no hay quien le lea que no se crea animado de esas mismas aspiraciones, inspirado por los mismos ideales, y dominado por la misma melancolía que fué la característica de la hermosa labor becqueriana.

Al morir descubrió Bécquer lo mejor de su bagaje intelectual. Costeada por amigos tan íntimos y entrañables como Augusto Ferrán, el de los cantares más salerosos que conocemos, y Ramón Rodríguez Correa, uno de los españoles de ingenio más claro que han existido, apareció, á poco de morir su autor, una colección completa de las obras de Gustavo Adolfo, y reunidas por vez primera sus *Rimas*. Esas *Rimas* en que palpita el corazón de Heine, en que se adivina el espíritu de Goethe, en que abundan las ternuras de Lamartine, las delicadezas de Musset; esas *Rimas* que han eclipsado la gloria legendaria de los versos de Espronceda, los más popularizados en España; esas *Rimas* que han inspirado á tantos pintores famosos y á tantos músicos notables lienzos magníficos, y composiciones que rebosan ternura, sentimiento y poesía.

Las *Rimas* de Bécquer cambiaron los rumbos de la hispana poética, descubriendo otros, diáfanos y espaciosos, á los discípulos de Quintana. Análogas en su género á las *Doloras* de Campoamor, no las igualan ni con ellas pueden confundirse; Campoamor es excéptico, y ríe; Bécquer era un creyente que lloraba; creyente á su modo, creyente en una religión ideal; cultista de lo imposible, de la vaguedad convertida en Dios, de lo impalpable, de lo indeterminado, de lo vaporoso, de lo que resulta magníficamente bello por ser magníficamente sobrehumano.

Amar como Bécquer, desentendiéndose de las crudezas del momento, de las materiales angustias del instante; amar como en sus versos amó, no á la mujer hermosa, carne tibia cuyo contacto tiene solo por un momento, el momento del deseo, seducción irresistible, y sí á la hermosura adivinada tras la gentil encarnación femenina con que se nos presenta la creación de nuestros delirios, no todos pueden comprenderlo, porque no á todos place más el deleite del pensamiento que las complacencias de los sentidos.

No le analizaremos, no le comentaremos, no intentaremos siquiera un esbozo de crítica de sus obras.

Se lee á Bécquer aceptándole ó rechazándole; no se le discute. Otra cosa, fuera profanarle. En nuestra memoria están sus versos, en nuestros labios sus palabras. Para cada situación de nuestro ánimo él nos da la frase. Fué un genio, y vivió lo que los genios viven; lo bastante para dar fruto. Creó y desapareció.

Los que vinimos á las letras después de Bécquer, honramos su recuerdo admirándole; completamos nuestra educación estudiándole. Quien á través de las *Rimas* busca la historia íntima de Bécquer, hace mal. Bécquer fué, lo que fué, entre los hombres, y tuvo sus vicios y acaso sus virtudes; y esto, nada tiene que ver con su personalidad literaria, con la significación suya en el moderno desenvolvimiento de la cultura española. No: del hombre no recordemos sino aquellos rasgos que adquieren, al pasar los años, caracteres de anécdotas distractivas; del escritor recordemos cuanto sepamos, cuanto hemos leído, cuanto nos ha sido referido; porque las más leves nimiedades del poeta pensador originan disquisiciones que son acicate é impulsión poderosa de intelectuales progresos; son la voz mágica á cuyos ecos sacudimos las somnolencias de la pasividad en que yacemos, y nos lanzamos entusiastas por caminos que no sabíamos pudieran existir; son esos ecos la voz á que Bécquer se refiere en una de sus más inspiradas *Rimas*; en aquella que dice:

Del salón en el ángulo oscuro,  
de su dueña tal vez olvidada,  
silenciosa y cubierta de polvo  
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas  
como el pájaro duerme en las ramas,  
esperando la mano de nieve  
que sabe arrancarlas!

¡Ay! pensé! Cuántas veces el genio  
así duerme en el fondo del alma,  
y una voz, como Lázaro, espera  
que le diga: ¡Levántate y anda!

Las obras de Bécquer no deben faltar en la mesa de ningún español amigo de lo bello y de lo bueno. Para los cansados del bregar de la vida, son deleitoso consuelo; para los que á este mismo bregar se disponen, llenos de juventud, pletóricos de ideas y de ilusiones, constituyen el recreo más hermoso que puede serles recomendado.

Leed á Bécquer, pero no queráis imitarle; la imitación es imposible.



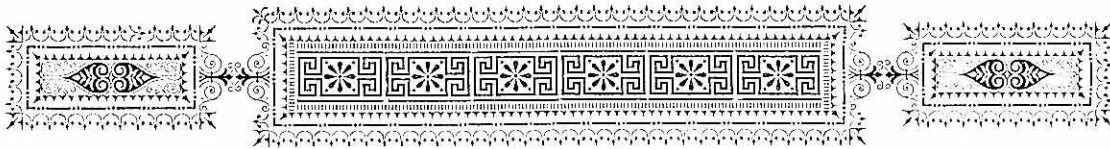






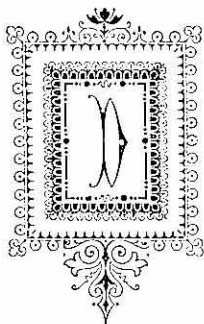
D. Leopoldo O'Donnell





# DON LEOPOLDO O'DONNELL

---



ON LEOPOLDO O'DONNELL Y JORIS nació en Santa Cruz de Tenerife en 1808, año memorable para nuestra historia.

Tan memorable, que el invicto caudillo puede decirse que fué ya bautizado con pólvora, y que la estrella que presidió su nacimiento fué la de la guerra... y también la de la victoria.

Desde muy temprana edad se dedicó á la carrera de las armas, y en 1832, al acaecer la muerte de Fernando VII, siendo á la sazón coronel de los ejércitos nacionales, se declaró partidario de la nueva ley de sucesión al trono, y de la regencia de María Cristina.

Tomó una parte muy activa en la guerra de los siete años: y cuando Espartero asumió la regencia del reino, O'Donnell, fiel á la reina madre, resignó su mando. Después de haber protegido la retirada de María Cristina hasta la frontera, abandonó España voluntariamente; fijó su residencia en Orleans por algún tiempo, desde donde continuó conspirando contra el régimen imperante; práctico en el oficio, por que pertenecía á familia de conspiradores, corría en sus venas la sangre del conde del Abisbal.

En 1843 fué nombrado capitán general de la isla de Cuba, en cuyo puesto acrecentó su importancia política. A su regreso á la península, en 1845, tomó asiento en el Senado y se unió con la oposición al ministerio de Bravo Murillo.

Narváez, presidente entonces del Consejo de Ministros, le dió el cargo de director general de infantería, cuyo puesto desempeñó hasta 1851; en 1853 fué nombrado capitán general de los ejércitos nacionales; al propio tiempo recibió el título de conde de Lucena, que recordaba uno de sus más brillantes hechos de armas en la guerra civil.

En 1854 tomó una parte principalísima en la revolución que derrocó al gobierno de Narváez, formando con Espartero el nuevo gobierno que se llamó de la *Unión Liberal*, y que debió su primer triunfo al manifiesto redactado por el entonces joven Cánovas del Castillo, cuyo documento ha pasado á la historia con el nombre de *Manifiesto de Manzanares*.

Rota la conciliación de los partidos, quedó O'Donnell dueño de la situación, después de la sangrienta revolución de Madrid de 1856.

Fué nombrado entonces presidente del Consejo de Ministros, alto cargo que

desempeñó hasta el 12 de Octubre del mismo año, en que fué sustituido. En 1858 volvió á ocupar de nuevo la Presidencia del Consejo.

Poco tiempo después vino la declaración de la guerra hecha por España á Marruecos, y entonces, como es sabido, apagados los rencores políticos por la voz del patriotismo, cesaron las luchas internas; y el hombre de Estado, convertido en general en jefe del ejército expedicionario, después de las victorias alcanzadas en 9 y 15 de Diciembre de 1859 y 14 de Enero y 6 de Febrero de 1860, puso fin á la sangrienta lucha que le valió la grandeza de España de primera clase, bajo el título de *Duque de Tetuán*, y lo que es más todavía, un nombre glorioso que vivirá eternamente en la historia, unido á las páginas que han de conservar siempre vivo el recuerdo de aquella guerra, una de las más rudas y penosas que haya hecho ejército alguno, y en la cual, al par suyo, figuraron también los nombres de Prim, Ros de Olano, Zavala, Ríos, Orozco, Turón, Quesada, Ustáriz, y los mil ignorados del *moulón* anónimo que venció con heroísmo ó sucumbió con honra.

Ya hemos dicho que O'Donnell era la cabeza más preeminente de la política española cuando se declaró la guerra.

¿Qué causas la motivaron?

Hay quien la supuso pensamiento exclusivo de O'Donnell para coronar en Africa su fama de guerrero; quien la achacó solamente á los ataques é insultos hechos á nuestro pabellón por las kabilas fronterizas á los muros de Ceuta; ello es que la declaración de guerra promovió un incendio, una fiebre que abrasó á toda España, levantándola como un solo hombre.

En los preliminares de la guerra se formó un cuerpo de ejército de observación que se situó en Algeciras, y cuyo mando se concedió al mariscal de campo D. Rafael Echagüe.

Aquella valerosa avanzada se componía de los regimientos de Granada, del Rey y de Borbón, y de los batallones de Cazadores de Madrid, Cataluña, Alcántara, Barbastro, las Navas, Talavera, Mérida y Mallorca, y un escuadrón del regimiento de caballería de Albuera.

En resumen, once mil quinientos hombres, ciento cuarenta caballos y diez y ocho piezas de artillería.

Este cuerpo permaneció á la expectativa, mientras la diplomacia cambió las últimas notas; se sucedieron después sangrientos encuentros, entre ellos la famosa salida del batallón de Cazadores de Madrid, el 22 de Agosto del 59; y cuando todo arreglo era imposible, la guerra fué declarada solemnemente en el seno de la representación nacional. Entonces se formaron otros dos cuerpos de ejército que se organizaron simultáneamente en Cádiz y en Málaga; mandado el uno por el general don Juan Zavala, y el otro por el general don Antonio Ros de Olano.

Mientras se formaba un cuarto cuerpo que había de mandar el inolvidable Prim, el general O'Donnell dirigía desde Cádiz las primeras operaciones.

A bordo del *Vulcano* reconoció la costa de Marruecos.

Acompañado del jefe del Estado Mayor, reconoció también desde Ceuta el campo moro, y fijándose en el cuerpo de guardia que había sido teatro de las fechorías de las kabilas, exclamó dirigiéndose á una de las personas que le acompañaban:

—Cuando nuestros nietos recuerden esta guerra, no querrán creer que ese edificio miserable ha dado origen á la terrible campaña que nos espera.

¡Qué ageno estaba entonces O'Donnell de que, corriendo el tiempo, por iguales causas se dispondría España en 1893, á una nueva lucha!

Subió después á las murallas, y desde allí arengó por primera vez á la oficialidad, anunciándole las rudas fatigas de la campaña que se iba á inaugurar.

Después de conferenciar con Echagüe, volvió á Cádiz, donde se encerró en una impenetrable reserva, estudiando el plan de las operaciones que iban á dar principio.

La campaña se inauguró el 19 de Noviembre, y el 24 el primer cuerpo de ejército cambió sus primeras balas con los moros, los cuales, arrastrándose como culebras por entre los espesos matorrales, trataron de sorprender á nuestra vanguardia, formada por una compañía del primer batallón de infantería del regimiento del Rey. Con el segundo cuerpo de ejército volvió á Africa el 27 de Noviembre el general O'Donnell, y su presencia produjo un efecto mágico en las



nutridas tropas que empezaban á sentir ya los rigores de la terrible epidemia cólera que se desarrolló entre los españoles.

Fué recibido con entusiasmo inenarrable, y al par que los soldados le victoreaban, preguntaba él con lágrimas en los ojos:—Hijos míos, hijos míos, ¿habéis sufrido mucho? ¿Qué tal los moros? ¿No es verdad que los habéis escarmentado?

Al día siguiente los moros quisieron conocer sin duda al general en jefe, y se dió una terrible acción en la que salió vencedor nuestro ejército.

Mientras tanto el aspecto de Ceuta era ya terrible: el casino, las iglesias, las casas particulares se habían habilitado para hospitales: la epidemia tomaba cada vez mayor incremento, y O'Donnell, que quería ver los efectos del mal y aliviar por sí mismo tanta desgracia, pasaba entre los enfermos, no como Napoleón entre los apestados de Jafa, sin tocarlos y á toda prisa, sino como un padre que trata de hacer menos amargos los dolores del hijo que sufre.

El 9 de Diciembre tuvo lugar otro sangriento choque entre nuestro ejército y los marroquíes. O'Donnell desde el reducto de Isabel II, á donde llegaban silbando las balas enemigas, dirigía con admirable serenidad el combate.

En sitio de tanto peligro permaneció inmóvil transmitiendo las órdenes por medio de sus ayudantes, y al rogarle por tres veces un jefe del Estado Mayor que se retirase de aquel lugar peligroso, contestó con estas hermosas palabras:

—Mi vida está en manos de la Providencia. ¡Ella sabrá guardarla mejor que yo!

Al terminarse aquella acción tuvo lugar una ceremonia conmovedora.

El general en jefe, dirigiéndose á un valeroso corneta que había llevado á cabo grandes heroicidades, le otorgó la cruz de San Fernando.

—Mil gracias, mi general! dijo el militar con lágrimas en los ojos.

—A la reina, señor corneta.—Contestó O'Donnell. Debiera haber dicho *á la patria*: pero este nombre no tenía en labios de este soldado cortesano y político tanta importancia, por lo visto, como el que pronunció.

Seguirle paso á paso á través de aquella lucha sería ímproba tarea.

La historia de la guerra de Africa está llena de actos heroicos en los cuales tan honrosa parte tomó O'Donnell, y prueba de ello son los hermosos episodios que tan gallardamente narra Pedro Antonio de Alarcón en su libro, dando cuerpo á las figuras y los hechos, con un lenguaje animado y pintoresco. Al ocuparnos de dicho libro no podemos resistir á la tentación de copiar la semblanza que hace Alarcón de O'Donnell, al visitar el cuartel general.

Dice el autor del *Diario de un testigo de la guerra de Africa*:

«El general en jefe se paseaba á la puerta de su tienda con algunos otros generales.

Era el mismo hombre que yo conocía de las luchas parlamentarias; el adalid de la oposición ó el mantenedor del gobierno; el senador cuya inteligencia nebulosa, cuyo carácter excepcional y cuya conducta enigmática había yo estudiado durante largos años desde la tribuna de periodistas; era el hombre que sirve de eje hace mucho tiempo á nuestras vicisitudes políticas; aquel que, creyéndose conservador del orden, es en mi concepto el conservador de nuestra revolución social, que ya iba siendo una palabra vana cuando él levantó su estandarte en 1854; era el único de nuestros gobernantes que hasta ahora ha demostrado bastante fuerza para sujetar con una mano á la reincidente tiranía, y con la otra á la impaciente libertad; pero del que no se sabe aun si tendrá la alta inteligencia necesaria para establecer entre la autoridad y el derecho aquel equilibrio que reclaman por una parte los adelantos de nuestra época y por la otra el atraso de nuestro pueblo; (*no lo tuvo*;) era, en fin, O'Donnell, acerca del cual todos hemos formado muchos y diferentes juicios, desfavorables unos, apologéticos otros, todos anticipados, y á quien solo la historia, según su frase favorita, podrá juzgar definitivamente, apreciando el conjunto y el resultado de sus hechos.»

«No lo ocultaré: jamás hombre público ninguno me ha parecido más digno de consideración y respeto que el conde de Lucena en aquel instante. No soy su adepto: (Alarcón después de haber sido casi demagogo, acabó por ser moderado y beato; casi carlista, como una buena parte de nuestros buenos escritores, más distinguidos por su talento que por su carácter;) pero, aunque hubiera sido su enemigo más encarnizado, me habría infundido este mismo sentimiento al reflexionar, como reflexioné, en el enorme peso que gravitaba sobre aquel hombre; en la inmensa responsabilidad que había contraído á los ojos de España, de Europa, y del mundo

entero, y en la cuenta que tenía que dar á cuarenta mil familias de las vidas de los que estaban bajo sus órdenes; á la nación, de su honra, de su nombre, de su bandera, que le había confiado; á los extranjeros, de la importancia de España, de su fuerza, de su poder y de su respetabilidad.»

Y en medio de aquel cúmulo de responsabilidades, nuestro biografiado tenía que atender desde su tienda de campaña á la política española que dirigía como Presidente del Consejo de Ministros, á los partidos que le combatían, á las potencias de Europa que tenían su vista puesta en Marruecos, á los movimientos astutos del ejército marroquí, y, como si esto fuera poco, al cólera que se propagaba por el campamento español con una fuerza aterradora.

La serenidad que demostró en aquellas circunstancias, bastarían para hacerle acreedor á los galardones con que después le ha honrado la historia.

Se sucedió después la célebre batalla de los Castillejos, aquella batalla memorable en la que los leones de Castilla hicieron un esfuerzo desesperado.

En aquellos supremos instantes en que la embestida de nuestro ejército se estrellaba contra una terrible bocanada de viento y balas enemigas, fué cuando el gran Prim, cogiendo la bandera española que empuñaba un abanderado del regimiento de Córdoba, se afianzó en el caballo, y volviendo la cara á los batallones que se encontraban indecisos ante la lluvia de mortífero plomo que los aniquilaba, exclamó:

—¡Soldados! Vosotros podéis abandonar esas mochilas, porque son vuestras; pero no podéis abandonar esta bandera, porque es de la patria. Yo voy á meterme con ella en las filas enemigas... ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir solo á vuestro general? Soldados... Viva la reina!» Otro que debía haber dicho entonces *¡Viva España!* Pero este, al fin, acabó por ser el adalid del pueblo ultrajado, y por arrojar del trono á la mujer indigna, que en vano los políticos de la primera mitad de siglo pretendieron convertir en objeto de adoración: ningún rey, ningún jefe de Estado debe serlo: solo se venera á la ley y á la patria.

Lo que entonces aconteció lo ha consignado la historia: acometieron nuestros soldados como tromba irresistible, y en el período más álgido de la lucha, otra voz potente exclamó también:

—¡A ellos! ¡A ellos! ¡A la bayoneta, soldados!

Era la voz de O'Donnell, que, imponente, avanzando sobre la silla, á todo el correr del caballo, dejaba de ser el hombre parlamentario, el Presidente del Consejo de Ministros, para convertirse en el bravo guerrero de las campañas del Norte, en el impetuoso caudillo de tantas temerarias luchas, que desafiando las balas llegó á las alturas seguido de los enardecidos soldados, al tiempo que Prim, salíéndole al encuentro, le dijo con tanto respeto, como cariñosa franqueza:

—Mi general, aquí mando yo: este no es el puesto de usted; su vida no le pertenece, y aquí la expone sin necesidad: todo está ya terminado.

Coronó por último O'Donnell su obra con la batalla de Tetuán, de la que fué el alma, el héroe, en fin; pues convertido de ordenador de la lucha en instrumento de ella, de general en soldado, dominaba con su figura marcial y arrogante las masas de infantería y caballería, y, como en sus tiempos de coronel, se lanzaba contra el enemigo con el acero desnudo y animando á las tropas, ¡cosa rara! en francés:

*¡En avant! ¡En avant!* gritaba á cada momento, metiendo su caballo en lo más recio de la lid, y otras veces:—Soldados! ¡viva España!

¡Espectáculo hermoso aquel en que los 32 batallones, la caballería, los ingenieros, la artillería y el cuartel general, pendientes de las órdenes del general en jefe, fijas en él las ansiosas miradas, prorumpían impacientes: *¿Cuándo? ¿Cuándo?*—y más hermoso todavía el *¡Ahorá... ¡Ya! ¡A la bayoneta! ¡A ellos!* dicho por O'Donnell, mientras que «*¡A la bayoneta!*» contestaban veinte mil voces y todas las músicas, todas las cornetas y todos los tambores repetían la señal del ataque!

Entonces fué cuando las tropas gritaron:—*¡Viva el duque de Tetuán!*—y con este título que luego se le hizo efectivo, quedó nombrado por aclamación el antiguo vencedor de Lucena.

La guerra puede decirse que concluyó en aquella batalla; todo quedó en poder de los españoles.

El 5 de Febrero del 60 dirigía la siguiente intimación digna y valerosa al propio tiempo:

«Al gobernador de la plaza de Tetuán:

«Habéis visto vuestro ejército, mandado por dos hermanos del emperador, batido: su campamento, con la artillería, municiones, tiendas y cuanto contenía, ocupado por el ejército español que está á vuestras puertas, con todos los medios para destruir vuestra ciudad en cortas horas.

«No obstante, un sentimiento de humanidad me hace dirigirme á vos.

«Entregad la plaza para la que obtendréis condiciones razonables, entre las que estarán el respeto de las personas, de vuestras mujeres, de las propiedades y de vuestras leyes y costumbres.

«Debéis conocer los horrores de una plaza bombardeada y tomada por asalto: evitadlos á Tetuán, ó de otro modo cargad con la responsabilidad de verla convertida en ruinas, y desaparecer la población rica y laboriosa que la ocupa.

«Os doy veinte y cuatro horas para resolver: después de ellas, no esperéis otras condiciones que las que imponen la fuerza y la victoria.

«El capitán general en jefe del ejército español—*Leopoldo O'Donnell.*»

Tetuán capituló: entró nuestro ejército, y después de la batalla de Wad-Ras se firmaron las bases preliminares que pusieron término á la guerra, y que transcribimos á título de curiosidad, y como recuerdo de aquella formidable lucha:

«Don Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuán, conde de Lucena, capitán general en jefe del ejército español en África; y Muley-el-Abbas, califa del imperio de Marruecos y príncipe del Algarbe, autorizados debidamente por S. M. la reina de las Españas y por S. M. el rey de Marruecos, han convenido en las siguientes bases preliminares para la celebración del tratado de paz que ha de poner término á la guerra existente entre España y Marruecos:

Art. 1º S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas, á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones, hasta el barranco de Anghera.

Art. 2º Del mismo modo, S. M. el rey de Marruecos se obliga á conceder á perpetuidad en la costa del Océano, en Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formación de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente.

Art. 3º S. M. el rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñón y Alhucemas, que los plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuán en 24 de Agosto del año próximo pasado de 1859.

Art. 4º Como justa indemnización por los gastos de la guerra, S. M. el rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la reina de las Españas la suma de 20.000.000 de duros. La forma del pago de esta suma se estipulará en el tratado de paz.

Art. 5º La ciudad de Tetuán, con todo el territorio que formaba el antiguo bajalato del mismo nombre, quedará en poder de S. M. la reina de las Españas, como garantía del cumplimiento de la obligación consignada en el artículo anterior. Verificado que sea éste en su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio.

Art. 6º Se celebrará un tratado de comercio, en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nación más favorecida.

Art. 7º Para evitar en adelante sucesos como los que ocasionaron la guerra actual, el representante de España en Marruecos podrá residir en Fez ó en el punto que más convenga, para la protección de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos Estados.

Art. 8º S. M. el rey de Marruecos autorizará el establecimiento en Fez de una casa de misioneros españoles, como la que existe en Tánger.

Art. 9º S. M. la reina de las Españas nombrará desde luego los plenipotenciarios para que, con otros dos que designe S. M. el rey de Marruecos, extiendan las capitulaciones definitivas de paz. Dichos plenipotenciarios se reunirán en la ciudad de Tetuán, y deberán dar por terminados sus trabajos en el plazo más breve posible, que en ningún caso excederá de treinta días á contar desde el de la fecha.

En 25 de Marzo de 1860—firmado—*Leopoldo O'Donnell*—firmado—*Muley-el-Abbas.*»

Desde dicho día cesaron por completo las hostilidades.

Este documento lo remitió O'Donnell á Madrid acompañado de algunos comentarios, entre los que se encontraba el siguiente, digno del espíritu caballeresco del duque de Tetuán:

«La insistencia con que pedía la paz, su elevada condición de Califa, y la dignidad con que soporta su desgraciada suerte, me movieron á rebajar la indemnización; no me pareció generoso para mi patria humillar más á un enemigo, que, si se reconoce vencido, dista mucho de ser despreciable.»

De regreso á la Península, donde se le colmó de honores, volvió á militar en el campo político.

En 27 de Febrero de 1863 presentó su dimisión de Presidente del Consejo de Ministros, y en Junio de 1865 volvió á encargarse de la Presidencia con la cartera de Guerra, conservando el poder hasta el 11 de Julio de 1866, de que fué relevado por un ministerio moderado, bajo la presidencia de Narváez, no obstante haber vencido la formidable revolución de Madrid del 22 de Junio.

D. Leopoldo O'Donnell y Joris murió en Biarritz (Francia) donde voluntariamente había emigrado, resentido por la negra ingratitud de la reina, en 5 de Noviembre de 1867.



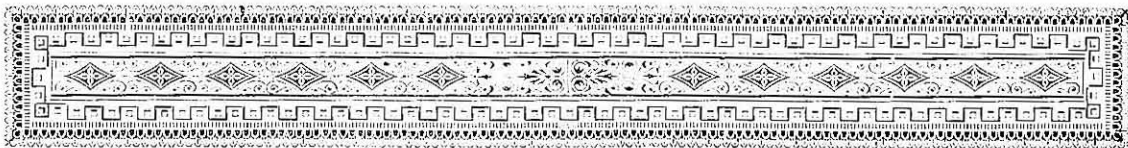




D. Nicolás Salmerón y Alonso

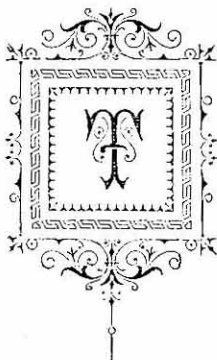






## NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO

---



TIENE la democracia española apóstoles que han ido predicando de pueblo en pueblo, entre las gentes humildes, las excelencias del gobierno republicano, como hace diez y nueve siglos fueron predicando la doctrina cristiana los apóstoles del crucificado. Uno de esos predicadores, que han conseguido transformar la sociedad española, despertar el espíritu público, cambiar los antiguos ideales por los ideales nuevos, hacer surgir la España moderna, ansiosa de progreso, de entre los escombros de la vieja España de Fernando VII é Isabel II, ha sido el profundo filósofo, el gran pensador, el eminente político, D. NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO.

Antes de la revolución de 1868, el pueblo español no era republicano. No solo no era republicano, sino que la palabra *República* sonaba en sus oídos como sinónimo de anarquía. Eran demócratas, sin definir la forma de gobierno, las clases ilustradas, los estudiantes, la juventud que iba á beber los nuevos ideales en las fuentes de la Universidad Central, del Ateneo, del periodismo, cuando se permitía la libertad de la prensa, donde en forma velada ejercían el apostolado D. Nicolás M. Rivero, el Marqués de Albaida, Castelar, Figueras, Pí, y tantos otros que, como Salmerón, fueron los precursores de esta nueva era, de esta nueva y gloriosa época de libertad y democracia, porque ha atravesado España desde entonces, con ligeros eclipses. Pero las masas populares no entendían siquiera la palabra república; palabra por otra parte que nadie se atrevía á pronunciar públicamente, que nadie se atrevía á escribir, porque estaba prohibida por la censura, penada en el código, maldita por la monarquía. El pueblo se contentaba con llamarse *liberal* ó *progresista*; no sabía que en la palabra *democracia* iba envuelta su regeneración política, su soberanía sobre las antiguas soberanías de derecho divino, su advenimiento á la vida pública y al gobierno del Estado.

Inmensa tarea la de desarraigar antiguas preocupaciones, la de transformar en poco tiempo el ideal de una Nación, la de hacer penetrar en todos los cerebros ideas que no habían podido ser explanadas ni en libros, ni en periódicos, ni en discursos; la de ensanchar los horizontes políticos de un pueblo cuyos bellos ideales se limitaban en el trono, y cuyas aspiraciones más avanzadas se ceñían á tener un rey más ó menos constitucional.

Uno de los principales autores de esta obra de regeneración fué nuestro biografiado. Quien primero se atrevió á afirmar que la democracia española adoptaba como única forma posible de gobierno la república, y no solo la república, sino la *república federal*.

Esta palabra, *federalización*, Salmerón Alonso la pronunció, antes que nadie, dentro de España, si nuestra memoria no nos engaña. La pronunció en aquella célebre reunión del Circo de Price, donde los demócratas españoles se dividieron en dos bandos. Parécenos todavía que le estuviéramos oyendo en aquel solemne acto. Su palabra no arrebató, pero convenció. No alzaba la voz, pero penetraban sus profundos argumentos en todas las conciencias. Con la cabeza baja, trazando círculos en el aire con su mano derecha, en ese ademán de filósofo distraído que parece no preocuparse del mundo que le rodea, sino responder á lo que dentro de su pensamiento va elaborando un genio misterioso, semejaba al profeta del porvenir, al nuncio del nuevo día de libertad que empezaba á brillar para España, al descifrador de los enigmas que el porvenir reservaba para nuestra patria.

Ha habido republicanos federales que han hecho alarde de sus opiniones antes que Salmerón. Pí y Margall, el primero entre todos, las divulgó en París con mucha anterioridad á la batalla de Alcolea; pero ninguno las dió á conocer á las muchedumbres tan pronto como nuestro repúblico.

D. Nicolás Salmerón y Alonso nació el día 10 de Abril de 1838 en Alhama de Seca, provincia de Almería.

Hizo en esa ciudad sus primeros estudios, y después pasó á Granada, en cuya Universidad emprendió la carrera de Filosofía y Letras y la de Derecho. Estudios que después terminó en Madrid.

Dióse á conocer en el Ateneo, donde se declaró demócrata socialista, y adquirió en breve fama de tribuno elocuente, y reputación de filósofo.

Colaboró en los célebres periódicos *La Discusión* y *La Democracia*.

Hase distinguido sobre todo en el profesorado, magisterio á que lo inclinaba su carácter reflexivo y estudioso. Siguiendo esta vocación, obtuvo en oposiciones refiadas con hombres de gran valer cátedras en diversas universidades.

De acuerdo con D. Emilio Castelar, cuando fué éste despojado de su cátedra de Historia en tiempos de la ley de instrucción pública de D. Severo Catalina, hizo oposición á ella, sin otro propósito que el de conservarla para dicho señor, en el caso de que la obtuviese; pero no pudo ver cumplidos sus deseos, por cuanto el tribunal desestimó sus ejercicios, no porque no hubiese demostrado en ellos su gran superioridad, sino porque el espíritu de ellos no se adaptaba á la estrecha y pobre ley de instrucción pública.

En cambio, ganó en 1866 la cátedra de Metafísica, vacante en la Universidad de Madrid.

En 1867 fué preso por sus avanzadas ideas y conducido á la cárcel del Saladero, en donde estuvo cinco meses. Triunfante la revolución de Setiembre, fué nombrado individuo de la junta revolucionaria formada en Madrid.

Después, su gran acto político constituyólo el discurso en la reunión del Circo de Price, al que ya hemos aludido, discurso que por la moderación que pedía á todos, en medio de sus avanzadas ideas, cuando la época era de aventuras y de innovaciones arriesgadas, tuvo la mala suerte de no gustar ni á republicanos ni á monárquicos. Salmerón, como todo filósofo, como todo hombre de gabinete, era poco práctico en la política; y como además no tenía ambición y le sobraba modestia, no alcanzó el banal aplauso de las muchedumbres, aunque consiguió dejar incrustadas sus doctrinas en todas las conciencias.

Quizá por esto no logró figurar en las Cortes Constituyentes de 1869.

La primera vez que ocupó un asiento en el Congreso fué en 1871, en cuya legislatura se discutió la cuestión de si á la sociedad *La Internacional* debía considerársela dentro de la Constitución entonces vigente. Salmerón pronunció un elocuentísimo discurso, en apoyo de la asociación, para que no fuera excluida de la legalidad.

Interminable sería esta ligera semblanza, si hubiéramos de pormenorizar todos los actos políticos de Salmerón desde aquella época, hasta el día en que la república fué decretada por voto unánime de las Cámaras reunidas en Febrero de 1873.

Triunfante ese sistema de gobierno, el ilustre filósofo se vió elevado por el voto de las Cortes Constituyentes á la presidencia de las mismas.

Sucedió más tarde á D. Francisco Pí y Margall en la Presidencia de la República. Permítasenos copiar los últimos párrafos del elocuente discurso que pronunció dando las gracias por la distinción que había merecido:

«Aun cuando en mi elección para Presidente del Poder Ejecutivo me han sido contrarios algunos votos de los señores que toman asiento en la extrema izquierda de la Cámara, y he merecido, en cambio, muchos de los sufragios de los señores de la derecha, declaro que yo he sido siempre y seguiré siendo republicano federal, y que solo seré gobierno mientras pueda sostener la República y la federación; por lo tanto, si por alguien se cree que este Gobierno representa algún movimiento de reacción, yerra lastimosamente.

«Este gobierno no tiene otra representación que ésta: procurar restablecer en todas partes y contra quien quiera, á costa de todo género de esfuerzos, á costa de todo género de sacrificios, el imperio de la ley; el imperio de la ley, señores diputados, que yo soñaba cuando desde aquellos bancos afirmaba que el advenimiento de la República no sería puesto en cuestión; el imperio de la ley que, desdichadamente, y sobre todo desde que estas Cortes se han abierto, voy desconfiando de que algunos republicanos lo quieran y lo defiendan, antes por el contrario, temo que con la demagogia, que es el vicio que suele ser inherente á la existencia de las democracias, pretendan hacerlo imposible, y por consecuencia, imposibilitar también el imperio de la justicia.»

Durante su corta permanencia al frente de los destinos del país, gobernó con mano fuerte, haciendo todo lo posible para restablecer el imperio de la ley, combatiendo con la misma energía el carlismo y la demagogia, y haciendo poderosos esfuerzos para reorganizar el ejército, en aquella época profundamente desmoralizado. Cayó por no poner en contradicción sus ideas con las conveniencias del momento. Partidario de la abolición de la pena de muerte, se negó á firmar las sentencias que se consideraban necesarias para restablecer la disciplina.

En vista de las contrariedades sin cuento que se oponían á su gobierno, contrariedades que la historia consigna y que no es ahora ocasión oportuna de recordar, tuvo que abandonarlo; entrando de nuevo á ocupar la Presidencia del Congreso, hasta que el golpe de estado del general Pavía, disolvió las Cortes en 1874.

Con posterioridad á esa fecha, fué enviado varias veces al Congreso por sus electores, donde pronunció diferentes discursos que, como todos los suyos, llamaron poderosamente la atención pública, y desempeñó, hasta no hace mucho, la presidencia de la Junta Central del Censo.

En el último ministerio de Cánovas, por los manejos de los conservadores, apareció Salmerón derrotado como candidato para diputado á Cortes por Gracia, en 1892, cuando la mayoría de los electores estaba resueltamente de su lado.

Nuestros lectores recordarán los extensos detalles que oportunamente dió á conocer la prensa española, haciendo resaltar las tropelías y los reprobados manejos de que se habían valido las autoridades, para impedir á todo trance que la elocuente palabra del Sr. Salmerón pudiese hacerse oír en el Congreso. Hoy es, en compensación, el adversario más temible que tienen los monárquicos en las Cortes.

El Sr. Salmerón es autor de diferentes obras filosóficas, con que ha conquistado la reputación de uno de nuestros más profundos pensadores.



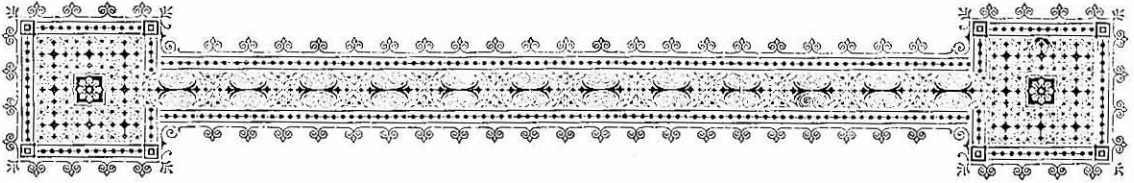






*D. Adelardo López de Ayala*





## ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

---



Los aficionados á comparaciones dijeron, tiempo ha, que D. Adelardo López de Ayala era en el teatro lo que D. Pedro Antonio de Alarcón en la novela española: lo que no quiere decir, ni mucho menos, que Alarcón sea el primer novelista, y Ayala el primer dramaturgo español contemporáneo.

Exacto el paralelo, discrepa de la realidad solo en pequeñas diferencias de forma; no en la manera de sentir y expresar los sentimientos, no en la aplicación del análisis á los hechos, no en la estética presentación literaria de los problemas observados, analizados, y á las veces adivinados con intuición prodigiosa.

Ayala es el dramaturgo contemporáneo más español. Español por sus tendencias, por su estilo, por su lenguaje; español por inspirarse las mejores producciones de su época, de la época en que fué más poeta que pensador, en aquel teatro calderoniano orgullo de nuestras letras, deleite de todas las inteligencias, admiración de todos los pueblos cultos. Muchos, casi todos los autores dramáticos, han imitado, copiado, plagiado, á Calderón y á Lope, á Moreto y á Tirso de Molina. Comprenderlos, sentirlos, comprender al filósofo insigne de *La Vida es sueño*, ha sido facultad privativa de Ayala. En primera fila, en estos últimos años, nadie ha sobrepujado á D. Adelardo López de Ayala en el conocimiento, en la interpretación vigorosa del pensamiento calderoniano. Escribía como si hubiera vivido en el siglo XVII, aplicando el gallardo marco de su versificación á temas prosaicos del siglo de la melinita. En su época segunda, cuando por la madurez de los años y el conocimiento de los gustos del público y de las resultancias de su experiencia rectificó los rumbos de su pensamiento y de su inspiración potente, inició un término intermedio entre la llamada alta comedia francesa moderna, patrón de la dramática usual de todos los pueblos, y los productos del manoseado clasicismo. Hízose personalidad propia, como Tamayo, como Echegaray, los dos únicos que pueden serle comparados y que superan; sin que de aquel parangón y esta superioridad resulte atenuada la gloria de ninguno de los tres, y sí muy enaltecida la gloria de la literatura, por los tres engalanada con joyas de indiscutible valía.

Ayala no dedicó su talento al servicio exclusivo de las letras. Vivió en tiempos de revuelta, y de las revueltas sacó partido. A poco de llegar á Madrid, por los años del 49 al 51, estrenada su primera obra de importancia, *El hombre de Estado*, se metió en política, redactando en el célebre *Padre Cobos*, periódico rabiosamente moderado. De moderado, pasó á unionista; unionista, siguió en 1867 la suerte de su partido siendo elegido para ir á buscar á Canarias á los generales de la Revolución: y así, como en 1854 Cánovas del Castillo redactó el *Programa de Manzanares*, que facilitó el poder al general O'Donnell, Ayala redactó en 1868 el manifiesto de la Revolución, programa de Gobierno que hubo de ayudar á plantear desde el Ministerio de Ultramar, que le fué conferido en premio á sus merecimientos.

En política fué variable: la inconstancia es la virtud de la mayoría de los hombres públicos. Con Amadeo fué también Ministro de Ultramar, y al hacerse la Restauración ocupó el mismo cargo, por designación expresa de Cánovas. Y no, no fué ingrata la Restauración con el autor literario (frase de un ilustre repúblico) del destronamiento de Isabell II, porque le otorgó toda suerte de honores; y al morir, en 1879, era Presidente del Congreso de los Diputados.

Carrera tan aprovechada, el recuerdo de que en tres situaciones antagónicas tuvo uno de los más preferentes lugares, grangearon al ilustre poeta no pocas enemistades y muchas rivalidades y envidias. Murió, y sus flaquezas políticas pasaron al olvido. Quedaron, para enaltecer su memoria, sus actos parlamentarios, los realizados desde la Presidencia de las Cortes, en cuyo alto sitio fué modelo de templanza, de oportunidad y de elocuencia; pues aquella oración fúnebre suya en honor de la primera esposa de Alfonso XII, al noticiar á la Cámara la muerte de tan gentil princesa, resplandece por su dicción escultural, y por la ternura de los conceptos y la grandeza de los sentidos pensamientos en que abunda.

Hiciéronsele públicos y solemnes funerales, los más solemnes presenciados en Madrid después de los de Prim, y antes de los del Rey Alfonso. Pero el homenaje más hermoso que recibieron los restos de Ayala, consistió en que García Gutiérrez, el autor del primer drama romántico español, cubriese de hojas de laurel el féretro, al pasar el entierro delante del Teatro Español, y en que el Ayuntamiento de Madrid descubriera la estatua de Calderón de la Barca cuando frente á frente se hallaron el cadáver de Ayala y la marmórea efigie del glorioso fundador de la dramática nacional.

Ayala nació en Guadalcanal (Sevilla) el 1<sup>o</sup> de Mayo de 1828. La desahogada posición de su familia permitióle desarrollar sus facultades intelectuales, sin correr los albuces de la mayoría de los literatos de su tiempo... y de todos los tiempos. Aficionóse á escribir comedias; comedias para un cuadro de aficionados, porque á su pueblo no acudían cómicos; comedias para hombres solos, porque las señoritas de Guadalcanal tenían por oficio bajo salir á las tablas; y aun cuando incoherentes y descuidadas en su forma, revelaban ya las tales comedias, en su fondo, la unidad, la precisión, que más tarde fueron salientes notas en sus más aplaudidas producciones. Llamáronse aquellos ensayos *Salga por donde saliere, Me voy á Sevilla, La Corona y el puñal*...

Acción interesante, pasional, sin la intervención femenina, era imposible; faltaban actrices; pero Ayala tenía hermanas, y una de ellas se encargó de interpretar *La primera dama, La primita y el tutor, Los dos Guzmanes, y La Providencia*; con lo cual, estimulado su amor propio y satisfecha la curiosidad de su observador espíritu, creyóse en condiciones para intentar mayores empresas; y recomendado por García Gutiérrez, á quien trató en Sevilla y del cual recibió provechosos consejos, logró estrenar en el Teatro Español, el 25 de Enero de 1851 *El hombre de Estado*, su primer éxito; ensayo de *Hércules*, según Gil y Zárate, que le tomó gran cariño, lo mismo que Bretón, quien decía de Ayala: *Es la mejor mina de Guadalcanal*. Leyendo mucho á Calderón, leía también á Cervantes; y de esta lectura nació *El curioso impertinente* (en colaboración con don Antonio de Hurtado). *El Castillo y el Perdón, y Rioja*, salieron á luz inmediatamente, consolidando y acreciendo su naciente fama. Alboreaba la zarzuela por entonces, y escribió tres: *La Estrella de Madrid, Guerra á muerte, y Los Comuneros*; de tan marcado sabor político de actualidad esta última, que le ocasionó algunos disgustos; y como su pluma parecía interpretar sus opiniones acerca de la cosa pública, escribió en 1856 *El Conde de Castralla*, prohibida á la tercera representación, cerrándose con este semi-fracaso lo que podemos llamar pró-

logo del personalismo de Ayala. *El Tejado de vidrio*, *El Tanto por ciento* y *El nuevo Don Juan*, salieron á escena en variedad de tiempos, tras largos paréntesis de inacción.

*El Tanto por ciento* fué su mayor triunfo, el más ruidoso, el más legítimo, el más duradero.

Autor de corazón, y de tanta cabeza como sentimiento, escribió estas obras obedeciendo á meditados planes, practicando en ellas las mismas teorías que años adelante explanó en su discurso de ingreso en la Academia Española, basadas en este principio á que jamás faltó: «Regeneración del arte mediante el estudio de la tradición y la elevación del natural»....En *El Tejado de vidrio* quiso presentar los peligros que corre el ladrón de dichas agenas, amenazado de perder las suyas por las mismas artes y mañas que puso en juego para sus victorias, y que enseñó á los demás.

Con *El Tanto por ciento* fustigó la codicia, y trató de inspirar horror á la sed de oro que dominaba en la sociedad de aquella época (y de todas: y en *El nuevo D. Juan*, tendió á ridiculizar á los modernos *Tenorios*, haciendo recaer en ellos el ridículo y el escarnio preparados para los maridos cuyas mujeres cortejan.

El 30 de Marzo de 1878, estrenaron Elisa Mendoza Tenorio y Antonio Vico la comedia en tres actos y en verso *Consuelo*, postrera creación de Ayala, estudio notabilísimo de la mujer voluble y tornadiza que ahoga su amor en holocausto de ambiciones egoistas, para quedar al fin de la jornada castigada terriblemente, destruidos los alcázares de sus apetecidas grandezas, por breve tiempo disfrutadas, y falta de todos los amores que hacen soportable la vida. *Consuelo* es comedia delicadísima que no todos los artistas saben interpretar, que los más audaces críticos respetan, celebrada por los públicos más selectos, y estudiada por los literatos de buen gusto y elevadas aspiraciones dentro del arte.

¡Qué impresión más intensa produce aquel final, aquel derrumbe de ilusiones, aquel aglomerarse amarguras y realidades aterradoras! ¡Acción sobria, rápida, enérgica y sentida en su concisión!....Ricardo abandona á Consuelo por seguir á una querida; vano es rogarle, vano querer detenerle. ¡Se va! Y Consuelo, pensando en su duelo presente, olvidando el duelo inmenso en que su desvío, su ingratitude, su traición, su desamor, sumió á Fernando, su primer adorador, se queja de la infamia de Ricardo. Entonces aparece Fernando....—*¡Qué infamia! ¿Verdad, Consuelo?*, dice.

*Consuelo:* ¡Ah! Fernando!

*Fernando:* Qué ambicionas,  
Infeliz! ¿Amor y fe?

*Consuelo:* Perdóname...no tendré  
Dicha, sino me perdonas.

*Fernando:* ¿De qué lloras y te espantas?  
¿Qué te importa que jamás  
Logres amor? Vivirás  
Como tantas...como tantas,  
Cercada de ostentación;  
Alma muerta, vida loca,  
Con la sonrisa en la boca  
Y el hielo en el corazón!

*Consuelo:* Perdóname....

*Fernando:* ¿Qué más quieres?  
¿Puro amor?

*Consuelo:* Yo te ofendí!

*Fernando:* En mí lo mataste, en mí;  
¡No lo esperes...no lo esperes!

*Consuelo:* ¡Ay! ¡Qué terror más profundo  
Mí pecho oprimiendo está!  
¡Tú sola me quedas ya,  
Madre del alma, en el mundo!

(*Se dirige á la habitación de Antonia, de donde sale Rita desfavorida.*)

*Rita:* ¡Socorro!

*Consuelo:* ¿Qué ha sucedido?

*Rita:* ¡Deténgase usted!

*Consuelo:* ¡Qué! Di....



*Rita:* Mi señora....Yo creí  
De pronto que era un vahído.  
*Consuelo:* ¡Mi madre!  
*Rita: (deteniéndola)* ¡No! ¡Por piedad!  
¡No entre usted!  
*Consuelo:* ¡Saber ansío....!  
*Rita:* ¡Ha muerto!  
*Consuelo:* ¡Muerta! ¡Dios mío!  
¡Qué espantosa soledad!  
(*Cae desmayada*).

Cultivó Ayala con rara fortuna la poesía lírica, escribiendo versos amatorios tan bellos como aquel soneto que empieza:

Me parecen tus pies, cuando diviso  
que la falda guarnecen y bordean,  
dos querubos que alegres juegan  
en el mismo dintel del paraíso....

Y cuando, volviendo á lo alto el pensamiento, y el corazón á las creencias de su niñez, hizo vibrar las cuerdas de su lira en honor al Dios de sus mayores, y descubrió las inquietudes de su espíritu, las perplejidades de su conciencia, diciendo:

¡Dame, Señor, la firme voluntad  
precursora y sostén de la virtud....

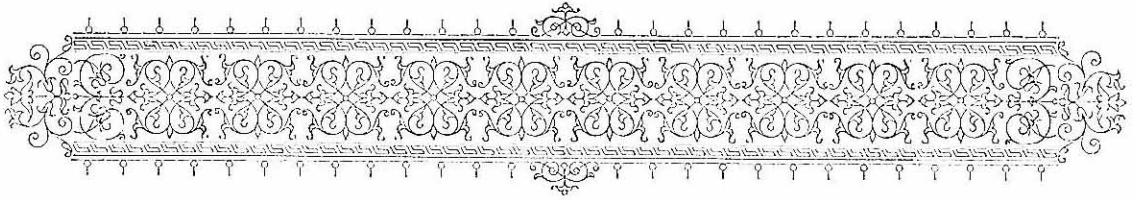
soneto hermosísimo puesto en música por el maestro Arrieta, hermano, no amigo de Ayala, cuya memoria ha inspirado estos desaliñados renglones.





*D. José de Echegaray*





# JOSÉ DE ECHEGARAY

---



EDIANO de cuerpo, enjuto de carnes, acusando el rostro estragos del tiempo, y atenuando los lentes el brillo de unos ojos inquietos, atentos á todo y por todas partes inquiriendo, escudriñando, con movilidad correspondiente á la movilidad de su cerebro privilegiado, D. JOSÉ DE ECHEGARAY no pasa de ser, en la vida corriente, un caballero que lleva perfectamente sus sesenta años, en este de gracia ó de desgracias 1894: con algo de general harto de milicia, con mucho de burgués ufano del crecimiento de sus rentas, de afabilísimo trato, galante á la vieja usanza española, parco en decir, pródigo en escuchar, ocurrente siempre, y siempre con un consejo oportuno en los labios, con una advertencia cariñosa para los muchos solicitantes de sus advertencias y consejos.

Al verle, en los pasillos del Ateneo penetrándose de las novedades de la *casa*; hojeando por las mañanas, en la librería de Fe, las novedades recibidas; revisando en los teatros, por su cargo de presidente de la Junta inspectora, las reformas en ellos ejecutadas; paseando á la caída de la tarde con tres ó cuatro amigos, recibiendo más saludos que un rey de sus cortesanos; y por la noche discreteando en el saloncillo del Español con los habituales intérpretes de sus obras, creyérasele modesto profesor, bibliomano empecatado, arquitecto municipal jubilado que entretiene sus ocios, ó uno de tantos *amateurs* que hacen de los escenarios y de los cuartos de los actores casino, fumadero... y mentidero. Y si por suerte se penetra en el lindo hotel que habita en la calle de la Princesa, y es sorprendido iniciando á un gentil adolescente en la ciencia de los números, cercado el interesante grupo por montones de libros escritos en todos los idiomas, y de periódicos y revistas procedentes de todos los países cultos, tomará cuerpo la sospecha de que sea un profesor modesto quien, después de haber enseñado tanto, á tantos, limita su cátedra científica á su hogar, trasmitiendo á su hijo la suma de conocimientos teóricos atesorados á costa de muchas vigiliass y de incesantes estudios.

Al verle así, al conocerle personalmente, preguntan sorprendidos cuantos por su fama le conocían y por sus obras le admiraron:—¿Este es Echegaray?

Popularizados en Alemania más que en Francia, y en Francia tanto como en España sus trabajos sobre analítica, cálculos, hidrostática y mecánica racional, su

competencia en estas cuestiones es consultada frecuentemente por las más respetables Academias. Mucho antes de que el dramaturgo se indicara y se impusiera, había impuesto el matemático; y siendo matemático, aplicóse á la economía política con ahínco análogo al que aplicó luego á la dramática; y siendo en sus mocedades maestro de ingenieros, más tarde fué maestro de hacendistas y maestro de literatos.

El profesor oficial desapareció hace mucho tiempo de la Escuela de caminos; el profesor libre subsistió, y creemos ha de subsistir durante algunos lustros. Los *meetings* de la Sociedad madrileña libre-cambista, en que tan principal intervención tuvo, fueron para Echegaray una cátedra; una cátedra las secciones del Ateneo que con su presidencia se honraron; una cátedra su despacho particular, repleto á diario de amigos nuevos, ávidos de aprender, y discípulos viejos, ganosos de recordar; y una cátedra es para Echegaray la escena, en la cual ejerce la dictadura que ha sabido evitar su decaimiento, su ruina vergonzosa.

No hablemos del político. Echegaray pasó por la vida pública como un meteoro por el espacio; diputado en 1869, director general de Obras Públicas con Ruiz Zorrilla por jefe, sucediéndole en el Ministerio cuando el hoy pontífice del partido republicano revolucionario pasó á Gracia y Justicia; *leader* del partido radical, y *leader* fogoso, incansable, de alguno de cuyos actos guarda memoria la colección de *El Imparcial*; Ministro de Hacienda en el primer gobierno de la República, y diputado en 1876 para defender su gestión ministerial de los ataques de la mayoría canovista, puso, al cumplir este deber, fin á su carrera política, concretándose á cooperar con su parecer á los trabajos que sus amigos hicieron en todo el período de la restauración, para desligarse por completo de todo compromiso al ocurrir la ruptura entre Ruiz Zorrilla y Martos.

Entonces se dedicó por completo al teatro, afirmando el renombre adquirido, y construyendo, laborioso é inspirado, más en cada obra, más, cuanto más crudamente le censuraban, el palacio de su gloriosa reputación.

Desde *El librotalonario* (1874) á *Un crítico incipiente* (estrenado en Madrid el 27 de Febrero de 1892, la musa de Echegaray ha corrido todos los géneros y abordado todos los estilos. El suyo peculiar, personalísimo, que levantó inolvidables tempestades entre la gente de letras, fué el trágico, aplicado á la época actual en su famosa trilogía.

Discutido como ningún autor lo fué, es admirado como pocos lo fueron y lo serán. Su nombre en el cartel llena el teatro; sus versos fascinan: su prosa deleita; sus conflictos dramáticos, inesperados, extraños, sorprenden por su violencia grandiosa, conmueven aterrando, encantan haciendo sufrir, y únicamente los que en la forma externa ponen los ojos, no ven que las producciones del fecundo autor son otras tantas fuerzas divergentes de una fuerza única; otras tantas explosiones de un sentimiento, origen y causa determinante de la inmensa y varia labor por Echegaray realizada.

Fuerza y sentimiento que impelen á Echegaray á perseguir en lo grande y en lo pequeño, en lo vulgar y en lo sublime, en el heroísmo y en la abyección, la incógnita soñada por su espíritu, vislumbrada pasajeramente por su corazón.

Sus personajes dicen lo que él diría si pudiera decirlo; hacen lo que, á poder hacerlo, hiciera; pero sienten lo mismo que siente, creen lo que cree, anhelan lo que es en él perpétuo y misterioso é imposible anhelo.

Perseguido, afrentado el señor Peral puesta en duda su suficiencia científica, resuelto por los *sabios* de gabinete y por el vulgo de los centros oficiales que su invento no lo era, abandonado por sus entusiastas de ayer y desdeñado por sus envidiosos de siempre, surgió en su ayuda don José de Echegaray, con regocijo universal; pues en el terreno científico bábase cuánto puede y cuánto vale la voz del ilustre calculista. Con datos irrefutables, con razonamientos axiomáticos, discutiendo y probando, Echegaray ha confirmado la existencia de la invención. Más aun; es el primer peralista; ha tomado por su cuenta cuanto á Peral se refiere, y preside el Comité Nacional encargado de organizar la suscripción que dé á la patria el barco submarino que Beránger la quitó. Enamorado de lo extraordinario, de lo que rompe la rutina, ha visto en el invento de Peral lo mismo que Peral vió al proyectarle; y luego de servir á la patria en la propagación de ideas de progreso, en el planteamiento de reformas útiles, en la restauración del glorioso teatro nacional,



la sirve defendiendo á quien por la patria sacrificó cuanto es sacrificable, y asocia su nombre á la obra más grandiosa que realizará España al morir el siglo XIX.

Echegaray, nombrado académico de la lengua española hace muchos años, por un exceso de modestia, tan hermosa siempre en hombre de tal valía, procuró por todos los medios retardar cuanto pudo el ingreso en la docta corporación.

Las excitaciones de los amigos y de la prensa, el voto unánime de la opinión, han vencido su resistencia, y su esperado ingreso ha tenido lugar al fin el año corriente 1894.

Saludó su ingreso Castelar en nombre de aquella corporación: para recibir al más insigne de nuestros poetas, nadie más digno que el más insigne de nuestros oradores y prosistas: el que podemos llamar abrazo de los dos colosos de nuestro arte contemporáneo, fué el espectáculo más augusto y grande que hacía muchos años presenciaba la nación, en el más respetable de sus templos consagrados al saber.

El discurso de Echegaray versó sobre el *Concepto de la belleza artística en el naturalismo*, apropósito de saludar los manes del ingenioso escritor de costumbres Mesonero Romanos, á quien Echegaray reemplazaba.

El discurso de Castelar fué un elogio de Echegaray, tan hermosamente escrito como todo lo que brota de la pluma de nuestro orador sin rival: de ese discurso tomamos los siguientes párrafos, que con elocuencia insuperable pintan de mano maestra á nuestro biografiado, bajo todos los aspectos, bajo todas las fases de su genio incomparable.

#### ECHEGARAY GENIO

«Aunque haya de ofender la modestia, connatural á mi patrocinado y amigo, tengo que decírselo sin mayores preámbulos y prescindiendo de todo circunloquio: Echegaray es lo que llamamos, á usanza contemporánea y en habla familiar, un verdadero genio. Y lo es, no solamente por lo mucho que descuella en las letras, donde nuestra compañía, verdadero senado, legisla; por lo mucho que descuella en otros dominios del espíritu, como las ciencias físico-matemáticas, como las ciencias exactas, como las ciencias políticas, como las ciencias económicas, como las aplicaciones del cálculo al trabajo material en obras públicas é industriales, trabajo cuyo poder tiraniza la materia, descomponiéndola y recomponiéndola con sus mazos que la majan y con sus cilindros que la extienden y laminan, hasta constituir la rehecha y transformada luego por operaciones varias, en una especie de organismo viviente, á quien animan la electricidad y el vapor; los cuales de suyo se acercan, en lo ténues y en lo etéreos, al vivificante luminar, que es el alma, y al supremo activo motor, que es el pensamiento, robándoles la palabra: por todo lo cual enseñorease nuestro colega de los abismos y de los cielos; emplea el telescopio, que columbra los soles invisibles á los ojos en lo infinitamente grande, y usa el microscopio, que atisba los átomos invisibles á los ojos en lo infinitamente pequeño; pone sobre un teorema positivo algebraico, demandado á la Razón pura, un drama demandado á la pasión y al estro, de nudo tan difícil y de complicación tan ingeniosa y de argumento tan complicado como cualquier obra del antiguo teatro con sus rebozadas señoras y con sus espadachines galanes; y pronuncia una oración de tribuno en las asambleas populares, una grande arenga de polémica en difícilísimo parlamento, una conferencia de sabio de la cátedra, después de haber escrito la comedia que os ha regocijado en risas continuas, y la tragedia que os ha conmovido haciéndoos deshacer en lágrimas; ambas á dos llenas de diálogos ingeniosos y de copiosas cadencias, en que suben las escalas de ideas y de frases desde los dicharachos de la taberna y del mercado hasta los picos del raciocinio, y desde los resuellos feroces y los juramentos execratorios del combate, hasta las efusiones y los deliquios espirituales del éxtasis.

#### ECHEGARAY ÚNICO

Decidme dónde hallaréis un hombre así por América y Europa, que trace ante sus discípulos el binomio newtoniano en la pizarra, y luego componga el himno de Arminio en las selvas; que baje al pozo de las minas dirigiendo perforaciones y excavas en busca del aire subterráneo, y suba luego al empyreo de la metafísica taladrando con agujeros de luz el eterno misterio; que componga un drama, en

el cual representen á maravilla sus respectivos papeles todos cuantos prototipos le sugiere su pensador cerebro, animados por el fuego que les prestan las emociones con los afectos de su corazón enardecido, y luego discurra sobre los cambios, la concurrencia, el tesoro, con la frialdad y la maestría de un economista sajón; que combine y componga *La Esposa del Vengador*, valiéndose á su albedrío y antojo de la misma pluma y de la misma tinta con las cuales ha escrito los decretos estableciendo el Banco único nacional; que presida pesada Comisión de mercantiles tratados, ó desempeñe con grandísima competencia un Ministerio tan prosaico y atormentador como el Ministerio de Hacienda, y luego monte el carro de que tiran las horas y en torno de cuyas ruedas bailan las musas, despidiendo, poco después de los cálculos y los números alineados en papelotes de covachuelista, desde su áurea cítara, compuesta con cuerdas de luminosos rayos, cual un dios Apolo descendido del Parnaso, las más dulces y más concertadas armonías, en unas metamorfosis, como nunca Ovidio las soñara, y con un cambio de formas y de aspectos y de fines, que lo proclaman el más vario y más múltiple y más universal y más misterioso y más indescifrable de cuantos genios é ingenios constan en los ricos anales de nuestras gloriosas historias.

Para no dejar ningún lado de alma y naturaleza tan extraordinaria en la obscuridad, precisaría representar á Echegaray, sabio matemático, gran orador popular y gran orador parlamentario, economista consumado, ministro acertadísimo, poeta de primer orden. ¿Cómo trazar este poema cíclico, semejante á los frescos vaticanos en extensión, dentro de una humilde acuarela? Podría escribirse, á la verdad, sobre cada uno de los oficios por Echegaray practicados, y sobre cada género de las obras por Echegaray hechas, libros y libros, á cual más importante, y que, sumados todos, resultarían de trascendencia indecible á las artes, á las letras, á las matemáticas, á la economía y á la política.

En el mayor número de los tratados aparecía un Echegaray distinto, sin correlación alguna con los otros, no respondiendo la unidad invisible de su espíritu á la unidad visible de su persona; *india trimurti*, en la cual se os presenta más fácil distinguir la variedad de términos y factores de la común genialidad y sustancia. Lo más extraño de este único ejemplar psíquico para el fisiólogo de almas, está en la circunstancia de haber juntado dentro de sí, con una ciencia, tan abstracta como las matemáticas puras, donde lo proclaman maestro cuantos lo conocen y frecuentan, aquel género literario, más próximo á la vida real, más animado por las humanas pasiones, más vivido, el Teatro.

Yo no conozco ningún genio así. ¿Qué diríais de haber escrito en Alejandría el autor de los postulados una tragedia como el «*Orestes*» y puéstose á disposición de cualquier Ptolomeo para ministro de Hacienda? Si, quien calculó en Sicilia las leyes de los cuerpos inmersos en los líquidos, escribiera el idilio de *Galatea* huyendo á los requerimientos del amor en aquellas costas helénicas, ¡cuán extraño no hubiese aparecido ante la historia! Para mí, solo Pascal, entre los matemáticos, obedece á dos vocaciones; pero tan análogas como la vocación de geómetra junta con la vocación de metafísico. Y no está lo extraño tan solo en la diversidad múltiple de vocaciones, no está en eso; está en que á los cuarenta y un años muestra Echegaray la vocación destinada por su albedrío y voluntad interiores á enseñorearse del resto de sus días, la vocación poética, que oculta largo tiempo este orador callado y reservadísimo, á guisa de impenetrable secreto, bajo los últimos repliegues del alma.

#### GOETHE Y LEONARDO DE VINCI

Yo únicamente conozco dos grandes personalidades por el estilo: aquel Goethe escribiendo las cartas históricas de *Werther* en los delirios de un concentradísimo amor, ó evocando á *Margarita* con sus remordimientos en los sacros oficios de la catedral, mientras inventa ignoradas verdades tanto en botánica como en óptica; y aquel famosísimo Leonardo de Vinci, quien, atleta, lucha; gimnasta, corre; juglar, tañe; tenor, canta; químico, manipula; geólogo, excava; ingeniero, canaliza; óptico, inventa la cámara oscura; poeta, versifica; jinete, cabalga; hipnotizador, atrae á sí á los arras-trados por el magnetismo animal, desconocido entonces; condotiero, pelea; físico estudia y observa; político, aconseja; naturalista, clasifica; médico y anatómico, deseca; geómetra, dibuja las proporciones del cuerpo humano y las líneas de los paisajes;

astrónomo, renueva las nociones pitagóricas antes que Copérnico; retratista, nos ofrece vivo al célebre Américo, y nos alegra hoy con la mirada y la sonrisa inextinguibles de su *Gioconda*; caricaturista, se ríe y se burla de sus contrahechos tipos; escultor, erige la estatua ecuestre de Francisco Esforza; mecánico, mide y observa el movimiento de los cuerpos así animados como celestes; filósofo, platoniza en los jardines de Florencia, tan parecidos á los jardines de Academo; genio universal, como del Renacimiento, resucita heleno, Bacos ebrios en las cavernas y ninfas voluptuosas en los bosques; y cristiano también, sobre la pared severa del convento de la Grazia en Milán, evoca la santísima figura de Cristo en el minuto sublime de instituir el sacramento de la Eucaristía, convirtiendo el pan y el vino en cuerpo y sangre de Dios, para comunicar su ser á las fibras y á las venas de nuestra humanidad, libre y emancipada y redimida.

#### ECHEGARAY ORADOR

Idealista durante su apostolado, tamaña idealidad, natural en él, no impidió la circunspección, la templanza, la mesura en el gobierno. Ascendido al ministerio de Hacienda durante una grave crisis, comprendió que había, entre reformas hacenderas é improrrogables, otras que, aplicadas en aquellos momentos, lejos de prosperar, hubieran hecho retroceder á la nación. Embargado por los apremios de la guerra civil, y teniendo que proveer á la imperiosa sustentación del bisoño ejército improvisado merced á enormes sacrificios, no dudó un momento en prescindir, á pesar del culto á todos ellos, de algún viejo principio, salvando así la mayor suma posible.

Y bien puede asegurarse que, si la llamada y reclutamiento de las reservas con la reorganización del cuerpo de artillería, y las restauraciones tenaces del principio de disciplina y obediencia en el ejército bajo el segundo período de la República española, constan como los esfuerzos mayores y primeros dirigidos á imponer la paz, el decreto célebre acerca del Banco único, tachado por los irreconciliables y los teorizantes de imperdonable inconsecuencia en Echegaray, conjuró el malestar económico en aquellos días, y nos allegó los medios conducentes á mantener una campaña, cuyo término jamás fuera tan feliz como fué, sin estos comienzos, en los cuales tanta gloria cupo á nuestro compañero.

El orador se mostraba en las Cortes exaltado é inspiradísimo; de abundosa palabra, de rica observación; muy esclarecido por el resplandor de su fantasía luminosa; tan maestro en el tropo como en el argumento; agudo sin sutileza, combatiente sin violencia, sabio sin pedantería, florido sin exceso, irónico sin amargura, ingeniosísimo al par que profundo; un poco atrevido en el retruécano, pero siempre moderado por el gusto; valeroso en el ataque á las ideas contrarias, y respetuosísimo con el contradictor; y aunque por lo copioso del raciocinio y por lo intenso del estro, pareció alguna vez desordenado á la generalidad, quien seguía con atención el hilo de sus discursos, encontraba siempre á éstos dos soberanas condiciones: en el fondo, un enlace de argumentación semejante á las coordinadas series de los teoremas matemáticos; y en la forma, esas proporciones y armonías propias de los edificios arquitectónicos bellos, guardando siempre la dignidad personal indispensable á los oradores, y sin decaer nunca un punto de su magistral elocuencia.

#### ECHEGARAY HACENDISTA

Y anoto ventajas tales con el exclusivo intento de asegurar esto: parecía imposible pudiera, dentro de aquel orador genial, haber un experto estadista. Pues ¡vive Dios, que pudo ser!—cupo. Echegaray ofrece á la historia el arresto mayor que cabe en un apóstol; el valor de las inconsecuencias honradas y salvadoras. ¿Quién le criticará por ello? La inconsecuencia interesada os hiere de muerte. La inconsecuencia sugerida por el patriotismo y sancionada por un gran sacrificio como el que os ofrece nuestro compañero con su retirada y abstención de la política, donde tanto influyera y brillara, es un acto de severo heroísmo, incomprendible para los espíritus mezquinos; pero merecedor del aplauso que le ha consagrado la pública conciencia. Estadista consumado, supo Echegaray poner la realidad á la debida distancia del ideal, para que la esclareciese y no la quemase su llama; sol, á quien hay que contemplar, y de quien hay que vivir; pero sin acercaros demasiado, porque nada tan fácil á su fuego derretirse.



Hasta en semejante acierto, en haber abandonado con oportunidad la política militante, le zahieren sus émulos, cuando hay que observar cómo nunca nos faltó en los días de combate, y solo se ha ido con todos los honores de la guerra el día de la victoria. ¿Qué remedio? Nos morimos de una vez. En la vida larga dejamos una gran parte de nosotros mismos por los trayectos desde un punto á otro.

## TRISTEZAS

¡Cuántas veces hemos asistido á los funerales de nuestros amores, de nuestras ilusiones, de nuestras esperanzas! ¡En cuál número de amigos y deudos hemos muerto! Cuentan de un legislador antiguo, que no pudo imponer á la patria el respeto de su obra sino yéndose para siempre de su patria. Extendemos la tela de nuestras ideas como el bómbox, y luego, como el bómbox, quedamos muertos en la misma tela que urdiéramos. Y, si vivimos algún tiempo, seremos como espectros de muertos entre los vivos.

¿A qué continuar profetizando, si todas las profecías ya están cumplidas? ¿A qué continuar combatiendo, si todos los combatientes ya están ganados? Escasos términos del ideal nos faltan por cumplir; dejemos el cumplimiento á generaciones menos abrumadas de trabajo. Teniendo, como tenemos, la sociedad, ¿qué nos importa no tener el Estado? Si la vieja forma suya conserva el nuevo derecho nuestro, aunque no podamos servirla, debemos respetarla.

Hemos tenido que disminuir el ideal para encajarlo en la realidad; pero ¡ay del hombre! si lo real y hecho le satisficiera, porque entonces perdería todo título á la inmortalidad. Nuestro globo ha sido sol. Pero mientras fué sol, no hubiéramos podido habitarlo. A medida que ha ido perdiendo luz, ha ido ganando vida. Así también, á medida que los ideales aparecen menos luminosos, están más encarnados en la realidad, como, á medida que los planetas son menos etéreos, también son más habitables. Realizado el ideal nuestro, aguardemos tranquilos el juicio de la posteridad y de la Historia.

## LA PATRIA

Cuando corría mi lejana infancia, sentíame yo poseido por el culto á la santa mujer que me diera la vida, y por el culto á España de que cien pruebas tengo ya ofrecidas en mi tormentosa existencia. Y muchas veces, cuando balbuceaba en compendios las páginas más ilustres de nuestra historia, y veía la mirada maternal atenta, como en éxtasis, al libro y al hijo, yo solía preguntarme allá en las indecisas interrogaciones propias de los niños:—Dios mío, ¿qué mérito habré yo contraído antes de nacer para que me hayáis dado una madre tan buena y una patria tan grande?—No se puede saber cuánto ama uno á su madre, sino sobreviviéndola, como por ley general se le sobrevive; no se puede saber cuánto ama uno á su patria, sino separándose de ella por proscripción y por fuerza.

Todo el planeta es tierra, decía yo en mis destierros; pero no es la tierra cuya sustancia llevamos en nuestras venas; toda la atmósfera es aire, pero no es el aire que recogió nuestros primeros suspiros; todo el sol es luz, pero no es aquella luz de la cual llevaremos hasta morir un beso en la frente: todos los hogares ofrecen calor y abrigo, pero no es aquel calor ni aquel abrigo que os dió el hogar santificado por las lágrimas que costaran nuestras vidas; todas las iglesias son una, pero sus campanas no suenan como aquellas que han doblado por la muerte de nuestros progenitores. ¡Que nos han traído el *Ave María* á los labios en la tarde, cuando pliegan las aves sus alas so el ramaje, y despliegan los astros su luz en el espacio; todas las lenguas son humanas, pero no son aquella lengua de la cual nos hemos valido para decir *madre mía* y *amor mío*, y con la cual en los labios queremos presentarnos al juicio de Dios: que todos los recuerdos más santos y todas las esperanzas más consoladoras se concéntran en el culto á la Patria, y toda el alma de la Patria en su lengua; legado glorioso recibido de nuestros escritores inmortales, y que debemos, como un vínculo sacro, transmitir de generación en generación hasta la más remota posteridad, cual merecen su gloria y su grandeza.»

Tras lo dicho con tanta gallardía por Castelar, nada mejor podría decirse para que Echegaray sea bien comprendido como sabio y como poeta: por lo tanto,

réstanos solo terminar este estudio con unos ligeros apuntes que den á conocer al hombre íntimo.

Don José de Echegaray y Eizaguirre nació en Madrid en Marzo de 1833: su padre era zaragozano y su madre guipuzcoana, de Azpeitia: cursó en Murcia las primeras letras y la filosofía, y luego en Madrid la facultad de ciencias exactas, las matemáticas: en todas las materias obtuvo siempre la primera calificación; siendo tan extraordinaria su dedicación al estudio, que contrajo una gran enfermedad que hizo temer por la pérdida del juicio; consistió su monomanía en no querer comer sino de noche; así fué que la familia y los médicos tenían que simular que había anochecido para que se alimentase: esta monomanía, y con ella la enfermedad, desaparecieron de repente y cuando menos se esperaba.

Terminada la carrera con el número primero en el escalafón de ingenieros, después de actuar como jefe en Almería y Granada, entró de profesor en la misma Escuela donde tanto se había distinguido como discípulo: durante catorce años desempeñó la cátedra de cálculo diferencial é integral, mecánica, estereotomía y otras.

Dedicóse luego á las ciencias sociales, especialmente á la economía política, afiliándose á la escuela libre-cambista, y pronto figuró con honor á la cabeza de los primeros, Figuerola, Colmeiro, Gabriel Rodríguez, y Moret y Prendergast.

Con sus polémicas y estudios luminosos en la prensa, en el Ateneo y otras corporaciones, preparó el triunfo de la revolución de Setiembre de 1868 en las elevadas y serenas regiones de la ciencia: gran número de sociedades, ateneos y academias nacionales y extranjeras le remitieron el título ó el diploma de socio, y en periódicos de gran circulación de Alemania y de Inglaterra se publicaron juicios críticos, en extremo honrosos para Echegaray, como sabio.

En las famosas Cortes Constituyentes de 1869 fué el rival formidable del ilustre Pí y Margall, *leader* entonces del proteccionismo.

Sin embargo, Echegaray, como Ministro de Hacienda de la revolución, dando pruebas elocuentísimas de un buen sentido práctico poco común, y de un exacto y profundo conocimiento de la realidad, supo mantenerse como economista en el campo de la imparcialidad más absoluta, é impulsar medidas oportunistas de progreso indiscutible.

Antes ya se había distinguido desempeñando la Dirección general de obras públicas.

Sabido es que su hermoso, vehemente y elocuentísimo discurso pronunciado en la tarde del 6 de Mayo de 1869, defendiendo la libertad religiosa, le valió la cartera de Fomento en que siguió las vigorosas huellas trazadas por Ruiz Zorrilla; porque Echegaray, como su antecesor y jefe, como Rivero, Martos y Becerra, venía desde 1854 abogando por las doctrinas democráticas en España, y mostrándose siempre partidario de las soluciones más radicales en toda clase de asuntos, así políticos, como económicos y religiosos: fué, por lo tanto, uno de los que más contribuyeron á la separación y purificación de los elementos distintos que hicieron la revolución de Setiembre, y que más trabajaron para la formación del partido radical democrático puro.

Echegaray era ya un verdadero republicano, sin saberlo y sin decirlo, cuando formaba parte de la comisión que recibió en Cartagena al rey Amadeo de Saboya, á quien sirvió primero en el Ministerio de Fomento, que ya había desempeñado por dos años consecutivos, y luego, en 1872, en Hacienda, como ya queda consignado, pero á quien hizo la oposición más violenta y aun personal, cuando, mal aconsejado Amadeo, se desprendió de los radicales. Echegaray llegó á decir en un famoso artículo de *El Imparcial*, que levantó gran polvareda entre los políticos, que *era preciso orcar todavía mucho el palacio de la plaza de Oriente*.

Fué Ministro después todavía en el último gobierno radical de Amadeo, y en el Ministerio de transición, último de la república, que siguió al atentado inicuo de Pavia contra las Cortes: en ambos casos desempeñó la cartera de Hacienda.

Triunfante la restauración borbónica y austriaca á un tiempo, se vió obligado Echegaray á sustentar la integridad y moralidad de los gobiernos de la revolución acusados en las Cortes por algunos diputados de la nueva hornada conservadora realista: su triunfo fué completo: la integridad de la conducta de los ministros de Hacienda del 68 al 74 fué solemnemente reconocida y declarada por las Cortes del 76.



En 1880 firmó Echegaray con Martos, Salmerón y otros muchos, el famoso manifiesto que dió origen al partido republicano progresista, decidido defensor del procedimiento revolucionario, y no queriendo tener nada de común con la restauración y sus hombres, se separó de la vida pública con digna altivez republicana, dedicándose por completo á la ciencia y á la poesía.

He aquí el catálogo de sus obras científicas:

*Elementos de agricultura teórico-práctica, acomodados al clima de España; Teorías modernas de la física: unidad de las fuerzas materiales, primera y segunda serie; Problemas de geometría; Problemas de analítica; Introducción á la geometría superior; Teoría de determinantes; Cálculo de variaciones; Introducción á la teoría matemática de la luz; La Termo-dinámica; El Túnel de los Alpes; La Exposición de electricidad, y una multitud incontable de estudios y artículos científicos y de ciencia económica y social, notables por la hermosura de la forma y la profundidad de los conceptos.*

La mayor parte de estas obras, así como un buen número de sus dramas, se han traducido al francés, alemán, inglés, italiano, danés y ruso, por escritores eminentes.

Como poeta, ya es sabido que Echegaray empezó á escribir por simple afición de estudiante: que antes ya de alcanzar como hombre público la reputación que obtuvo durante el período revolucionario, se había ensayado con un drama en un acto, *La hija natural*, que envió anónimo á una actriz insigne, amiga de él, que tuvo miedo de representarlo: pero Echegaray tornó con más brío á la tarea, y escribió los tres actos de un drama que ocho años más adelante se había de representar en el Español, adicionado con un epílogo, y bajo el título de *La última noche*: en París, donde permaneció como emigrado durante el año 1873, se fortificó en su resolución de lanzarse al teatro, y bien pronto devuelto á España y siendo Ministro de Hacienda, dió á la escena, también anónimo, su famoso *Libro talonario*, que le abrió las puertas de la gloria literaria; porque, á pesar de sus precauciones, á través del Ministro quedó descubierto el poeta.

La primer obra que dió con su nombre al teatro fué *La esposa del vengador*, que fué saludada con entusiasmo delirante; á partir de este triunfo, España aclamó en Echegaray la aparición de un nuevo príncipe de la escena; y él, abandonada la política, se ha lanzado de lleno á esa senda, que ha sido de gloria y de fortuna.

He aquí ahora el catálogo casi completo de sus obras dramáticas:

*La hija natural; El libro talonario; La esposa del vengador; La última noche; En el puño de la espada; Un sol que nace y un sol que muere; Como empieza y como acaba; El gladiador de Rávena; O locura ó santidad; Iris de paz; Para tal culpa tal pena; (ampliación de *La hija natural*); Lo que no puede decirse; En el pilar y en la cruz; Correr en pos de un ideal; Algunas veces aquí; Morir por no despertar; En el seno de la muerte; Bodas trágicas; Mar sin orillas; La muerte en los labios; El gran Gáloto; Haroldo el normando; Los dos curiosos impertinentes; Conflicto entre dos deberes; Un milagro en Egipto; Piensa mal.. y acertarás; Manantial que no se agota; El prólogo de un drama; Los rígidos; Vida alegre y muerte triste; La peste de Otranto; La realidad y el delirio; Del llano á la montaña; Un crítico impertinente; Lo sublime en lo vulgar; De mala raza; Dos fanatismos; El hijo de don Juan Mariana.*



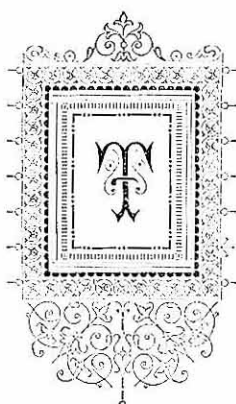


*D. Hilarión Eslava*





## HILARION ESLAVA



ENEMOS el deber de incluir en esta galería, no solo á aquellos españoles ilustres de fama notoria, sino á otros infinitos que, valiendo tanto, no han conseguido, por la modestia de su carácter, por la especialidad de sus estudios ó por circunstancias de su vida, tan universal renombre. Eslava es uno de ellos: apreciado en todo su valer por los músicos, no solo en España, sino en el resto del mundo donde sirven de texto para la enseñanza del divino arte sus obras didácticas, es poco conocido, poco popular entre los profanos. Apenas se sabe que nadie trabajó tanto como él y tan fructuosamente para fundar la ópera española. Hubiera conseguido ese bello ideal de su existencia, si hubiese brillado en época más reciente; pero en la suya eran barreras incontrastables para realizar ese propósito la falta de artistas que pudiesen cantar en español, y las preocupaciones del clero que censuró agriamente más de una vez al sacerdote porque escribía música dramática. Por eso, apenas representadas con extraordinario éxito en Madrid, Málaga, Granada y Pamplona sus óperas *Las treguas de Tolomaida*, *El Solitario* y *Don Pedro el Cruel*, las retiró del teatro, renunciando á una gloria de que no podía recibir manifestaciones inmediatas, porque, como él decía muchos años más tarde, cuando se le instaba para que exhumase aquellas obras ya olvidadas:

—No está bien que si me llaman á escena, me presente entre las bailarinas con estos respetables hábitos que visto.

Aquellos hábitos, y la modestia exagerada del maestro, ahogaron la inspiración profana del que debió ser el fundador de la ópera española.

Dedicóse desde entonces á escribir obras didácticas y música religiosa. Entre las primeras, figuran un *Método de solfeo* adoptado como texto en muchos Conservatorios de Europa: la *Escuela de composición*, que la forman un *Tratado de armonía y melodía*, *contrapunto y fuga é instrumentación*, y un *Museo orgánico*. En cuanto á sus composiciones religiosas son innumerables.

No sabemos si, refiriéndose á estas composiciones ó á las óperas de Eslava, escribió el gran Rossini las siguientes palabras, que constituyen el mayor elogio que pueda hacerse de nuestro biografiado:

«*Las obras del maestro español son magníficas; escribe las voces como nadie sabe hoy escribirlas en Francia ni en Alemania, y como no se ha hecho desde Cherubini*».

Otro eminente crítico ha dicho de su música que se distingue por la tonalidad y armonía modernas, y que se encuentra en ella nervio en el ritmo, efectos grandiosos de instrumentación, y cierta feliz alianza de las formas antiguas con las de nuestros tiempos.

Eslava nació en un pueblo de Navarra llamado Burlada, en 1807, y murió en Madrid el 23 de Julio de 1878.

Empezó su carrera artística como niño de coro en la catedral de Pamplona, modesto cargo que aceptó con regocijo á los ocho años, no obstante la resistencia de sus padres, que lo destinaban, como único hijo varón, á acrecentar los bienes de la familia en las tareas agrícolas.

Su claro talento y vivo ingenio le hicieron muy pronto sobresalir entre sus compañeros y emprender el estudio del piano y del violín, en cuyo instrumento adelantó tanto que en 1824 fué nombrado violinista de la catedral de Pamplona.

Al propio tiempo seguía las asignaturas de lo que entonces se llamaba humanidades, y cursábalas en el Seminario, pues su vocación le inclinaba al sacerdocio.

En Calahorra completó sus estudios musicales, y en 1828 ganó por oposición la plaza de maestro de capilla del Burgo de Osma, que ocupó durante cuatro años, cursando filosofía y ordenándose entonces de diácono.

Hizo después oposiciones á las plazas de maestro de la catedral de Sevilla y de la capilla real de Madrid, que no obtuvo, no obstante haber sido colocado ambas veces en primer lugar en la terna. Pero, poco más tarde, en 1832, vacante la primera plaza, fué llamado á desempeñarla por el cabildo de Sevilla.

Cuando, por la pobreza de aquel cabildo, se suprimió el maestro de la catedral, Eslava pensó en proporcionarse recursos escribiendo para el teatro, y entonces compuso las tres óperas que dejamos mencionadas.

En 1847 fué nombrado maestro de capilla de Madrid, y profesor de composición y Director del Conservatorio, en cuyo establecimiento introdujo reformas de gran utilidad: allí gastó la primera parte de su vida, educando á una juventud que hoy da gloria á nuestra patria.

« Pocos hombres, dice un biógrafo de Eslava al hablar de sus trabajos en el Conservatorio, habrá en España que hayan trabajado tanto por el arte, que le hayan dedicado más talento y más constancia.»

Dió á la publicidad, además de las obras que hemos nombrado, numerosos documentos históricos, (inapreciables para los que no conocían los tesoros ocultos en las sacristías de las iglesias de España), en la *Lira sacra hispana*, colección de obras notables en el género religioso. Consta de varios tomos; y, al lado de algunas del mismo Eslava, figuran composiciones de los maestros Ceballos, Robledo, Rivera, el gran Cristóbal de Morales, Navarro, Victoria, Aguilera, Juárez, Vesna, Salazar, Comes, Ortells, Nebra, Cabo, Secanilla, Ledesma, Andrevi y otros muchos.

La anterior lista demuestra cuán innumerables fueron los tesoros musicales desenterrados por el maestro compositor.

De su carácter personal dícese que era de una bondad sin límites; á cuya bondad unía una sal ática inimitable. « Su discreción, su prudencia, y sobre todo su gracia chispeante eran tales, que las horas, (escribe el biógrafo antes aludido) pasaban á su lado con increíble rapidez.»

Damos ahora, para terminar estos breves datos, y aunque ya hemos dicho que sus composiciones religiosas son innumerables, algunas de las que han conseguido más fama: — Un *Te-Deum*, la *Misa de Difuntos*, las *Lamentaciones*, los *Motetes á voces solas*, el *Dies iræ á fa bordón*, la *Paráfrasis de la Cántiga XIV de Alfonso el Sabio*, el *Oficio de difuntos*, con *Te-Deum*; la *Salve en re*, con idem; la *Misa de Cuaresma*, sin orquesta; el *Miserere*, sin idem; el *Stabat Mater*, abreviado, con orquesta; la *Misa en mi bemol*, con idem; la *Secuencia de Resurrección*, la de *Pentecostes* y del *Corpus*, las tres con orquesta, lo mismo que la *Misa breve*; el responso *Liberame* y el *Christus factus*; tres *Motetes*, con voces y órgano; la *Misa en la*, con orquesta; la *Lectanía en mi*, á dos coros y orquesta, y la *Salve en mi* á idem, idem.

Tal es la sencilla biografía de uno de los hombres de más mérito y al mismo tiempo más sencillos también que han honrado á España. Alejado de todo cuanto no fuera el arte, su existencia no tiene incidente alguno que interese al lector. Cruzó por el mundo, desde la infancia á la vejez, sin verse agitado por las pasiones, y rindiendo solo culto á una, que absorbió todos sus momentos: la pasión por la música, que era, más que pasión, necesidad de su naturaleza artística.

Por eso toda la vida de Eslava está en sus obras; y no ha tenido otra vida humana.





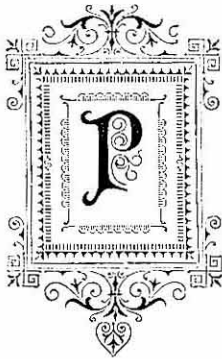
D. Emilio Arrieta





## EMILIO ARRIETA

---



ESE á los detractores y envidiosos de las glorias de nuestra patria querida, ello es cierto que no hay arte ni ciencia en que no haya tenido hombres de talla, á la par de los primeros de la época más brillante, ó de la nación más ilustre de la historia.

Nación que se envanece con filósofos como Vives y Raimundo Lulio; con teólogos como Leandro, Cano, Molina, Carranza y cien más; con médicos como Orfila y Servet; con hombres de ciencia como Azara, Jorge Juan, Marcenaro, Blasco de Garay, Ibáñez de Ibero; con políticos como Cisneros, Antonio Pérez y Osuna; con guerreros como Alba, el Gran Capitán, Requesens, Cortés, Moncada y tantos otros; con marinos como Cabrera, Roger, Colón (tan español como italiano), Elcano, Balboa, Churruca; con escritores como Cervantes; poetas como Calderón y Quintana; pintores como Murillo y Ribera; mujeres ilustres como Isabel de Castilla, Teresa de Cepeda (Santa Teresa de Jesús) y tantas otras: nación que cuenta sus eminencias por millares en cada una de las esferas de la humana actividad, no debe ser jamás vilipendiada.

Si España no sabe ni ha sabido nunca dar á sus hijos predilectos la importancia que otros pueblos saben dar á entidades valiosísimas sin duda, pero de talla con frecuencia inferior (pues el más grande de los franceses, Voltaire, por ejemplo, no vale más que Cervantes; ni el inglés más ilustre, Shakespeare, es superior á Calderón; ni Rafael, el genio italiano, tiene mucha más talla que Murillo); si España no sabe ensalzar á sus hombres grandes, quizá porque está saturada de grandeza, y tiene por natural cosa lo que otros tienen por extraordinaria, no es razón para que nadie la moteje nunca de nación rezagada y pobre, en esto del valimiento y la prez ante la consideración de la historia y el respeto de las sociedades humanas.

Aun en aquel arte divino, en que los españoles pudiéramos al pronto parecer nos hallamos en condiciones desventajosas respecto de otros pueblos, en el arte de la música, por no contar todavía con genios creadores de la talla de Bach, Mozart, Beethoven, Schubert, Weber, Menndhelson, Meyerbeer, Wagner, Guido, Pórpura, Bellini, Rossini, Donizzetti, Verdi, Gounod, Berlioz, Saint-Saens, Massenet, Chopin

ni Schumann, en este mismo arte sublime, poca ventaja nos llevan los más aventajados.

Nuestros hermosos cantos nacionales, nuestra música espontánea, sino la científica; esa nota de alegría ó de dolor que brota naturalmente del corazón y de los labios del pueblo, esa no ha sido superada á través de los siglos por otra ninguna: tiene representación universal; es fuente de inspiración para los grandes creadores; para Mozart precisamente, para el mismo Rossini, que tanto desdén afectaba por España, y, en fin, esa nuestra música popular tiene el secreto de no envejecer con el trascurso de los siglos. La inmortal *jota aragonesa* (que con más justicia debiera llamarse valenciana, por haber nacido en Ruzafa su autor, el árabe Aben-Not, ciego y mendigo como el gran Homero), ese inmortal himno de libertad y de alegría que se canta desde el siglo IX, es hoy tan fresco, tan puro, tan grande, tan hermoso y vibrador, como en el siglo IX: nuestros cantares del norte, robustos, valientes, impregnados de melancolía y de bravura á un tiempo, nuestros cantares galaicos, astures y vascos, nuestros *ixuxus* y *sartxikos*, chocaban ya á los romanos, cuando dominaban nuestra península; nuestros bellísimos cantos andaluces, tan variados como sentimentales, no cantares de esclavo indolente como se ha dicho, sino hijos de la más poética idealidad, de una lozana fantasía que solo tiene par entre los griegos de la grande época, esas melodías andaluzas hijas de los árabes, son y serán por siglos incontables la admiración del mundo todo.

En ellos se ha inspirado el *Don Juan* de Mozart, la mejor obra del primero de los genios contemporáneos de la música, como en ellos bebió Rossini la inspiración de su *Barbero*, y en nuestros cantos montañeses la de su *Guillermo Tell*.

Luego, pues, si en la música científica somos inferiores á los alemanes, italianos y franceses, quizá también porque á nuestros Espínos, Chapís y Bretones no sabemos darles la importancia que otros pueblos dan á sus Wagner, Massenet y Arrigo Boito, si en la música científica aparecemos como inferiores, nuestra música popular es la primera del mundo.

Aun dentro del terreno científico, no somos tan pobres cuando nuestros preceptistas, por ejemplo, son considerados y respetados á la par de los primeros en el mundo del arte; nuestro Eslava, nuestro Cosme Benito, nuestro Clavé, gozan universal reputación; García, Monasterio, Goula y Sarasate, directores y compositores y concertistas, han merecido también el aplauso universal: las hermosas voces de la Malibrán y de la Patti, y de Gayarre, que ha sido llamado inmortal, fueron muy pocas veces superadas ni aun por Italia que cuenta los cantantes eximios por centenares; por Italia, nido de ruiseñores.

Injusta sería, pues, la preocupación, si fuese duradera, de que en algo es inferior España á cualquiera de las otras grandes nacionalidades.

El genio no tiene patria: y la nuestra está tan familiarizada con el genio, que por eso no lo estima.

Por donde se ve que, aun tratándose de música científica, esa pobreza española es simplemente relativa: se refiere á un solo genio; el dramático.

Pero si en la música dramática no tenemos genios creadores de primer orden, tenemos talentos muy estimables, autores de bien sentada reputación.

Desde García, el padre de la Malibrán y colaborador ilustre de Rossini; desde Saldoni, autor de óperas italianas muy estimables, hasta Bretón, hoy laureado en Alemania, hay que pasar sobre Arrieta, Gaztambide, Barbieri y Oudrid, sin contar con otros muchos de no menor nombradía, para asegurar que no tenemos música dramática valiosa: y pocas por sobre Saldoni, García, Arrieta y Gaztambide, sería injusticia inaceptable.

No será el más grande de todos los músicos españoles contemporáneos el popular maestro Arrieta, el inspirado autor de *Marina* y del *Dominó Azul*, el insigne compatriota de Sarasate y de Gayarre: el buen navarro: no será el más grande, pero no cede á los mismos italianos, cuya escuela ha seguido, (porque pertenece á la época en que Rossini, Bellini, Donizetti y Verdi tenían el cetro del arte); no cede ni á los mismos italianos en ternura, expresión y delicadeza; la melodía y el colorido son las más altas dotes de su musa; por ellas, sino el más grande, ha merecido ser el más popular.

La lira dramática española fué tímida en sus primeros pasos, como lo es toda infancia. Al amparo de la protección resuelta que, muerto Fernando VII, concedió su viuda la reina Regente á las letras y á las artes, principalmente á la música,



como buena italiana que era, de nacimiento y de corazón, la ópera empezó paso á paso á dominar la escena española, preocupada durante todo el primer tercio del siglo, casi exclusivamente, en resucitar la histórica grandeza de nuestro drama nacional. Por cierto que, cuando ya se iba consiguiendo esta rehabilitación, esta vuelta al glorioso pasado que no hacía dos siglos se llamaba Lope, Calderón, Alarcón, Tirso, Rojas y Moreto, y se conseguía, gracias á esa nueva y no menos gloriosa pléyade que constituyen los Moratín, Quintana, Gorostiza, Larra, el duque de Rivas, Harztenbusch, Martínez de la Rosa, Bretón de los Herreros, Zorrilla y García Gutiérrez; cuando la anhelada rehabilitación de nuestro clásico teatro se conseguía en mucho menos de medio siglo, invade nuestra escena el drama lírico, y por la protección oficial primero, por el espíritu de novedad más tarde, y en seguida por el poder irresistible de su encanto, después de contrabalancear por algunos años el éxito del drama, vino la ópera á quedar triunfante en la alta sociedad primero, en las clases educadas más tarde, y, en fin, hasta entre el pueblo mismo, con harta pesar de críticos y escritores: son de leer las sabrosas quejas que en sus chispeantes producciones emiten contra la *filarmónica* monomanía de la nación *italianizada* apenas libre de la invasión francesa, Larra, Bretón y Mesonero Romanos.

Pero las quejas bien ó mal sentidas del patriotismo, en esta ocasión un tanto egoísta y más aparente que real, no tuvieron eco; el espíritu de cultura y de progreso, el buen sentido del pueblo que rara vez se equivoca, se impusieron, y en breve la más bella de las artes fué una necesidad en la sociedad española, tan amante de lo bello, tan apta para sentirlo y para interpretarlo.

Pronto, dominando ya la ópera en la escena española, poco después de terminada la guerra civil, dejó de pagar España tributo casi absoluto de aplausos y de admiración á los grandes artistas extranjeros, para crear ella también grandes artistas.

Tuvo, pues, nuestra patria bien pronto, cantantes, instrumentistas, preceptistas y compositores de valía: y si no se lanzó desde luego en las corrientes de la ópera nacional, no fué por falta de aliento de los tres primeros compositores de música dramática, Arrieta, Gaztambide y Barbieri, ni mucho menos por falta en ellos de méritos y de condiciones para crearla; sino por desconfianza del idioma, por timidez exagerada, y por la desdichada preocupación, dominante entonces, de que convenía proceder con cautela, marchar paso á paso, no romper desde luego con la tradición de nuestro drama ni con los gustos del pueblo, y por eso, esos tres grandes compositores se dedicaron á la zarzuela, como género ecléctico, intermedio de la ópera y del drama, que podía satisfacer mejor á todos los gustos, y preparar mejor el terreno para la ópera nacional.

Tal vez no se equivocaban: pero hubiésemos preferido que Gaztambide, Barbieri y Arrieta hubiesen tenido más aliento: lo prueba el que, con las zarzuelas que ellos escribieron murió en realidad la zarzuela, aun antes que la ópera nacional naciese. Y aquellas primeras obras, aquellas primeras inspiraciones llenas de frescura, sencillez, originalidad y atrevimiento, que se llamaron *Marina*, *Jugar con fuego*, *El dominó azul*, *Diamantes de la corona*, *Juramento*, *Madgiaves*, *Catalina*, *Conquista de Madrid*, *El Diablo en el poder*, *Llamada y tropa*, y cien y cien más que arrullaron los deliciosos sueños de la infancia de nuestra generación, esas primeras inspiraciones no han sido superadas dentro del género que, muertos ó cansados sus fundadores, ha dado en llamarse abigarrado, porque nadie ha podido llegar á la altura á que llegaron ellos. Para destronar á la buena zarzuela española sería que dominó en los teatros de España casi al par de la ópera italiana hasta 1866, y en todos los teatros de América sin rival ninguna hasta diez años más tarde, han sido necesarias, primero, la introducción por contrabando de la aun más abigarrada ópera bufa francesa, que es como una borrachera del arte, el dominio algo más explicable, después, del burdo género *flamenco*, exageración de la patriotería popular, de un espíritu nacional torpemente entendido, y los primeros vagidos, en fin, de la ópera nacional, con Chapí, con Zubiaurre y con Bretón.

Pero, no porque la verdadera, la clásica zarzuela española haya muerto, deben sus autores dejar de ser considerados como los precursores felicísimos de nuestra música dramática; deben dejar de aplaudirse sus aciertos, y de discernirseles en la patria historia el laurel que de derecho les corresponde.

Como todos los talentos sanos y probos, tranquilos y buenos, no tiene el gran maestro, de quien nos ocupamos aquí, biografía: nació humilde; manifestó bien



pronto sus disposiciones de entendimiento; las cultivó; produjo, estimulado, obligado por ellas, obras de esquisito gusto, de indisputable valor que fué bien pronto comprendido; cosechó aplausos; fué con su trabajo honrado y hermoso á la vez útil á su generación, y hoy, anciano, reposa sobre sus laureles.

Y nada más: como se ve, ha hecho mucho porque ha valido mucho; pero lo que ha hecho se dice en bien pocas palabras; razón de más para que no se olvide en muchos años.

Navarra, esa región española, una de las más pequeñas por su extensión y más grandes por su historia y por su fuerza, á la manera de la Grecia antigua; Navarra, tan áspera como sencilla, tan brava como buena, y tan hermosa como brava, es la patria de los guerrilleros más indomables, y de los artistas más delicados; á un tiempo músculo y nervio.

Casi todos los grandes músicos españoles son navarros, y muchos de nuestros grandes poetas son oriundos de Navarra, como Echeagaray y Núñez de Arce.

Incenga, Iradier, Eslava, Zubiaurre, Güelbenzu, Gaztambide, Albéniz, Gayarre y Sarasate, han sido hijos de Navarra. EMILIO ARRIETA Y CORERA, nuestro biografiado de hoy, también: nació en Puente de la Reina en 1823. De familia humilde, hubo de acompañar siendo niño á su padre en los trabajos de albañilería á que este se dedicaba. El casamiento de una hermana suya con un artista italiano le facilitó el medio de visitar la tierra entonces del arte musical por excelencia. De felices disposiciones para ese arte, en el que ya había recibido buenas lecciones del organista de su pueblo natal, se dedicó á él por entero, siendo al poco andar del tiempo discípulo predilecto de Vaccai. Su primer triunfo fué una ópera italiana, *Ildegonda*; sus primeros laureles los cosechó en los teatros de Italia y de Portugal. Cuando regresó á la madre patria, ya gozaba de alguna reputación que afirmó bien pronto con aquella serie de preciosísimas y ricas inspiraciones que empieza en *La Conquista de Madrid*, escrita por encargo de la misma reina, de quien había sido nombrado profesor, al mismo tiempo que compositor de la Real Cámara, sigue con *Marina*, *Domino Azul*, *El Grumete*, *Llamada y tropa*, y cien más á cual mejor inspiradas, y termina en nuestros días con *La Guerra Santa y San Franco de Sena*, cuando podía creerse agotado su numen.

¿Hablabamos del mérito de estas producciones diversas?

No: ni es nuestro objeto, ni lo permite nuestra incompetencia, ni lo quiere este lugar: todos lo hemos sentido y gozado, españoles y americanos por igual; sus deliciosas melodías han sido dulcísimas compañeras de nuestra infancia, y hoy el anciano maestro, el Verdi español, vinculado con estrecha amistad á todas las glorias contemporáneas que le consideran con justicia á su nivel, el que ha sido para Eguilaz, para García Gutiérrez, para Ayala sobre todo, como un hermano, el mimado de los grandes é idolatrado de los pequeños por su talento y su hidalguía, su dulzura de carácter y austeridad de sus costumbres, colmado de honores y de aplausos merecidísimos, espera tranquilo la muerte, lisonjeado con el legítimo orgullo de haber sido uno de los pocos españoles de valimiento que, con Quintana, Zorrilla y Campoamor han podido ver en vida su apoteosis.

Han podido ver que se les ha hecho justicia. Arrieta, ocupando todavía puestos eminentes en el Estado, es, con el otro muy venerable anciano Campoamor y el no menos venerable Zorrilla, el mimado de la actual sociedad española.

Bien lo ha merecido.

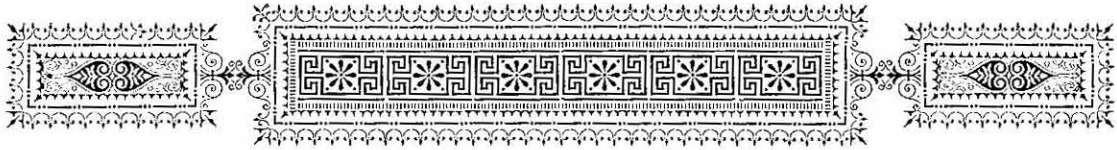
Pocos meses después de escritos estos apuntes biográficos, en 1892, el ilustre Arrieta y el insigne Zorrilla han dejado de existir.





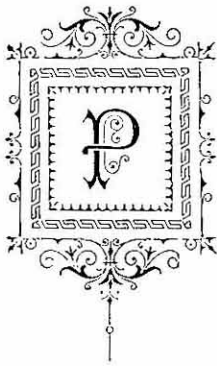
*D. Tomás Breton*





# TOMAS BRETÓN

---



ocos serán hoy los españoles que no conozcan ya el nombre de este inspirado y modesto compatriota, empeñado en crear una escuela esencialmente característica en las manifestaciones del arte nacional. Los esfuerzos de Bretón en tal sentido datan ya de mucho tiempo, sin que las dificultades, envidias y contratiempos de todo género, hayan podido detenerle en la senda que desde los primeros pasos de su vida artística emprendiera.

Hoy que dos ruidosos triunfos en dos distintos géneros, el obtenido en la ópera *Garín*, y el obtenido en el sainete lírico *La Verbena de la Paloma*, acaban de premiar sus esfuerzos, enaltecido por el público más culto de España en achaques musicales,

no hemos querido retrasar un solo día la inclusión del retrato del distinguido maestro, en la galería de españoles que, por tantos títulos, representan las glorias y el progreso de nuestra patria en todas las iniciativas, talentos y sacrificios dignos de galardón y de encomio.

Nació D. Tomás Bretón y Hernández en la ciudad de Salamanca, el día 29 de Diciembre de 1850.

Desde la más tierna infancia reveló decidida afición por la música, decidiendo esto á su familia á dedicarle al estudio del solfeo en que hizo rápidos progresos, y más adelante siguió sus estudios artísticos en la *Escuela de Nobles Artes de San Eloy*, establecida en su ciudad natal.

Tenía apenas ocho años cuando era reputado el mejor solfista entre sus compañeros de escuela, y á los once años de edad era un discreto segundo violín, en una de las orquestas salmantinas.

En Setiembre de 1865 trasladóse á Madrid, y matriculóse en la clase de violín del Real Conservatorio de Música y Declamación, en el cual obtuvo, dos años más tarde, en el concurso de 1867, el segundo premio de dicho instrumento, habiéndole faltado un solo voto del jurado examinador, para conseguir el primero.

Esto sucedió en el concurso de 1872.

El maestro que más contribuyó á los adelantos de Bretón en el difícil arte de Paganini fué D. Juan Diez, y posteriormente estudió con extraordinario aprovechamiento armonía con el profesor don Juan Aranguren, y composición con el popular D. Emilio Arrieta.

Fué durante esos estudios cuando Bretón alcanzó el primer premio del Conservatorio, que hemos mencionado antes, sobre cuyo hecho dice literalmente uno de sus biógrafos: «ganó el primer premio en compañía de su amigo y compañero don Ruperto Chapí, siendo de notar que invirtió catorce meses en terminar «unos estudios que para la generalidad duran ocho años, sin que fuera obstáculo á «sus adelantos el tener que luchar contra la escasez de recursos.»

Después del año 1872, Bretón ocupó diversas plazas de violín en la afamada *Sociedad de Conciertos*, en una compañía de zarzuela, y en el Circo de Price, de cuya orquesta llegó á ser director por espacio de diez años, y para la que compuso una multitud de piezas. Todavía le recuerdan los madrileños en tan largo período teniendo en el atril al lado de las partituras los números de la popular *Correspondencia de España*, que leía invariablemente todas las noches desde su silla de director, alternando esta tarea con la de dirigir la ejecución de las piezas musicales que se ejecutaban en el mencionado Circo.

Entusiasta por la creación de la ópera española, con el espíritu dominado por tal idea, pidió consejo á su maestro Arrieta; quien no tan solo le alentó en la tentativa, sino que llegó á indicarle el libreto de la primera obra, siendo este el *Guzmán el Bueno* escrito por D. Antonio Arnao. Concluída ésta, hubiera permanecido tal vez sepultada en los archivos teatrales, si otro artista, entusiasta también por la misma idea, Tirso de Obregón, no la escogiera para su beneficio.

Estrenóse *Guzmán el Bueno* en la noche del 25 de Noviembre de 1876 y en el teatro de Apolo de Madrid, habiendo merecido unánimes aplausos y el raro honor de representarse durante diez y siete noches consecutivas, después de las cuales fué puesta en escena en el gran teatro del Liceo de Barcelona, en cuyo escenario acaba Bretón de recibir las mayores ovaciones de que haya memoria en vida de artistas españoles, con motivo de su última obra *Garín*, ó *L'eremita di Monserrat*.

En colaboración con Acebes compuso la preciosa zarzuela *Tic-tac*; y en 1877 ocupó el puesto de segundo director de la *Sociedad de Conciertos*, que daba sus audiciones en el Retiro de Madrid, y que tanta celebridad consiguió bajo la dirección del célebre maestro, O. Metra, de los conciertos parisienses. En Abril del año siguiente nombrósele presidente y director de la *Sociedad Artístico-Musical* de Madrid, creada á causa de las disidencias surgidas en el seno de la gran *Sociedad de Conciertos* antes mencionada. En aquella época escribió la zarzuela *El Campanero de Begoña*, que tanto aplauso obtuvo al estrenarse el 18 de Noviembre de 1878 en el teatro Jovellanos de Madrid, componiendo también el *Himno* á grande orquesta y coros premiado en público certámen, con el premio de una lira de oro, para celebrar el enlace del rey D. Alfonso XII con la infanta D<sup>a</sup>. Mercedes de Orleans, por cuyo triunfo artístico le distinguió el monarca con la dignidad de caballero de la orden de Carlos III.

En 1880 casó con doña Dolores Matheu Morón, y compuso la zarzuela *Los amores de un príncipe*, estrenada con aplauso en la corte el 18 de Marzo de 1881, en el escenario del Teatro de Apolo.

La reputación de Bretón era ya general en el mundo artístico, y esto le valió la plaza de socio de mérito de la Academia de San Fernando, después de lo cual, dice un biógrafo, «pasó á Roma á completar sus conocimientos artísticos, y allí escribió el oratorio *Apocalipsis* que mereció el premio de la mencionada Academia. De regreso visitó á Viena y París, donde comenzó su obra más importante, la ópera *Los amantes de Teruel*, que presentó á la Academia en 1886 ».

Esa obra, como dice muy bien el párrafo transcrito, fué de alto vuelo; y con tal riqueza de melodía, que tuvo el carácter de la más perfecta obra del maestro Bretón; pero entonces no había este músico producido su partitura *Garín*, que todos los críticos competentes reputan obra eximia por exuberancia de inspiración, delicadeza y originalidad melódica, y un vigor de instrumentación que sorprende.

Es lo cierto que Bretón sigue triunfalmente la senda que se ha trazado para crear y arraigar la ópera española. A este respecto, dice Sbarbi: «Don Tomás «Bretón ha iniciado en su arte una nueva era: aspira á la creación de la ópera «nacional y á la emancipación del arte musical español, causa que ha defendido «con gran valor y energía en memorias y folletos, obteniendo entusiastas adhe- «siones. »



En 1888 volvió á ser director activo de la *Sociedad de Conciertos* de Madrid, para la cual ha compuesto varias obras, entre ellas unas preciosas *Melodías* sobre las inolvidables *Rimas* del malogrado Bécquer.

Desde aquella época ha persistido en sus estudios y tentativas para la creación de un género lírico-dramático nacional, que cuenta ya manifestaciones de tanto aliento como *Los amantes de Teruel* y *Garín*.

Esta última ha sobrepujado cuanto había intentado y producido Bretón para la españolización de la ópera, rompiendo los antiguos moldes, y siguiendo la sucesión de modalidades estéticas que han venido apareciendo en la historia de la música dramática desde el antiguo clasicismo, que los fanáticos denominaban *la vera scuola*, hasta las recientes genialidades de Verdi en géneros tan opuestos como el *Otello* y el *Falstaff*. Los hombres inteligentes, el maestro Pedrell á la cabeza, y los primeros críticos barceloneses que no son autoridad menospreciable en estos asuntos, confiesan los puntos de contacto que existen entre el proceder técnico y la manera de Arrigo Boito en *Mefistófele*, y la tendencia adoptada por el Maestro Bretón en su *Garín*. Ha sucedido, al conocerse esta brillante partitura, que gran número de gentes, por efecto de los expresados contactos, no han vacilado en atribuir á *Garín* un sabor fuertemente Wagneriano, del mismo modo que se hizo cuando aparecieron el citado *Mefistófele*, la deliciosa *Carmen* de Bizet, el *Otello* de Verdi, y hasta la *Gioconda* de Ponchielli y el mismo *Fausto* de Gounod, así como las obras más inspiradas de Saint-Saens y Massenet. Tan es esto cierto, que el erudito y concienzudo autor de *L'último Abezeraggio*, el mencionado Pedrell, dice, al ocuparse de la composición técnica de *Garín*: «Se llama viciosa-  
«mente *Wagneriana*, á toda música que, exenta de trivialidades, tiende más  
«alto el vuelo y sigue la corriente de progreso de que es imposible sustraerse  
«cuando se nace artista, y se ha estudiado profundamente á Wagner; cuando  
«se le rinde homenaje y se aceptan sus teorías... No se asimilan su estilo ni  
«le imitan, musicalmente hablando, porque Wagner es lisa y llanamente ini-  
«mitable. Boito no pudo pretender imitarle en *Mefistófele*; intentó sustraerse á  
«la tutela que como yugo forzoso pesaba sobre él, y realizó su idea dando á su  
«obra la forma ecléctica que autorizan, hasta cierto punto, las teorías del drama  
«lírico moderno. Lo mismo ha hecho el maestro Bretón. No siguió paso  
«á paso el camino trazado por el gran reformador, aunque se sintiera influido  
«por sus tendencias; sino que recorrió el que le marcara la fuerza de su propio  
«ingenio, buscando, inquiriendo, atreviéndose y persiguiendo el laudable y levan-  
«tado propósito de que en su nueva composición surgiera su personalidad, su  
«manera de ser y de sentir en la manifestación de la obra artística.»

He aquí como uno de los críticos más preparados de nuestra patria, juzga, no la obra reciente de Bretón, que esto es tarea asequible á músicos menos profundos, sino el carácter de los esfuerzos del maestro salmantino; su misión en la evolución artística de nuestra patria, y el carácter que va adquiriendo la escuela lírica española, al espirar el siglo en que vivimos.

Tal vez, antes de que luzcan los albores del venidero, el maestro Bretón y sus discípulos y sus secuaces habrán llegado á ese puerto tan apetecido de la música genuinamente española, en donde conquisten nuestros artistas la única corona que, — como decía no hace mucho el profundo Menéndez Pelayo, — le falta hasta ahora á nuestra patria: la del arte musical.



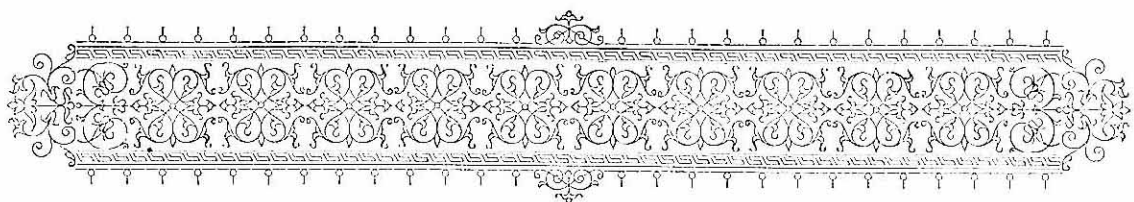




## ACTORES ESPAÑOLES

ELISA BOLDUN — JOAQUIN ARJONA — PEDRO CARRASCO CUBAS — JOSÉ VALERO  
RAFAEL CALVO — ANTONIO VICO





# ACTORES ESPAÑOLES

---

ELISA BOLDÚN. - JOAQUÍN ARJONA. - PEDRO CARRASCO CUBAS. - JOSÉ VALERO.  
RAFAEL CALVO. - ANTONIO VICO.

---



HAN desfilado por nuestra galería de españoles ilustres, en los dos años que llevamos publicándola, poetas, autores dramáticos, pintores, políticos, guerreros, marinos, y cuantos, en fin, por su virtud y su saber, ocupan un puesto distinguido en la historia de España; pero todavía no nos habíamos ocupado de nuestros grandes actores, lo cual hubiera sido falta imperdonable si, en lugar de estar todavía como quien dice al principio de la tarea impuesta, la hubiésemos ya dado por terminada.

Aun quedan figuras eminentísimas que irán apareciendo en esta *Galería*: pero hoy, como decimos anteriormente, tócanos honrar á algunos de los grandes artistas, reservándonos para otra ocasión el publicar los apuntes biográficos de Matilde Díez, Carlos Latorre, Isidoro Maiquez, Julián Romea, y otros astros de primera magnitud de la escena española.

Pasaron ya los tiempos de la Calderona y Juan Rana, en que los *histriones*, por su oficio vil é infamante, solo podían codearse con mujerzuelas y tahures; hoy el actor ocupa una posición envidiable en la sociedad, y algunos, por su fortuna y grandes talentos, son solicitados y mimados por las clases privilegiadas.

La regeneración del actor y también la de la escena alcanzan á una fecha muy reciente, pues para que se vea hasta donde era menospreciado el actor, aun en este mismo siglo, basta recordar el episodio que nos refiere Mesonero Romanos de los primeros años de José Valero.

A raíz de la revolución absolutista de 1813, se creó en Madrid una sociedad que diríamos de la sangre azul, donde solo tenían entrada elevadas personalidades.

Dicha sociedad dió un baile algunos años después en el salón de Oriente, en el que se presentó Valero correctamente vestido.

Sin embargo, Valero, entonces casi un niño, fué expulsado del baile porque era cómico. Resabios de la tradición clerical española, cuyo virus de fanatismo y de igno-



rancia se había infiltrado en la masa de la sangre: preocupaciones estúpidas del dogma mal llamado religioso y del espíritu de clase, que poco á poco van desapareciendo, por fortuna.

Valero protestó enérgicamente, y hasta creemos que más tarde obtuvo una satisfacción cumplida. Pero ¿qué más satisfacción que la que, andando el tiempo, recibió de Isabel II, que le condecoró y nombró director del Teatro del Palacio Real?

Hoy los grandes actores son los niños mimados de la fortuna; Ernesto Rossi y Coquelín son millonarios; en España dejó Calvo al morir un capital envidiable, y su precioso *chalel* de la Castellana era un riquísimo museo donde podían admirarse armas, cuadros, libros y escrituras de las firmas más renombradas; Valero murió pobre, pero derrochó grandes sumas, y Vico también ha ganado mucho dinero, aunque tampoco, como su maestro Valero, ha tenido la virtud de conservarlo.

La carrera del teatro es quizás la más difícil: y la prueba es que en España, lo mismo que en el resto de Europa, el número de los grandes actores, es muy limitado.

No todos pueden reunir el cúmulo de perfecciones que se exigen al que ha de sustentar el cetro de la escena. El actor debe ser filósofo y literato; debe tener un profundo conocimiento del idioma, de la historia en sus más mínimos pormenores, del corazón humano, de la sociedad en que vive, de las sociabilidades anteriores, y de las obras de todos los géneros y estilos de los autores de su país: debe, pues, ser en una palabra, artista.

Hoy, á la cabeza de estos apuntes biográficos, y rindiendo culto á la última actriz de grandes alicentos que ha tenido España, vamos á ocuparnos de ELISA BOLDÚN.

Nació en la tierra de las flores, en Sevilla; sus padres diéronle una educación brillantísima, pero su inclinación por el teatro era tan grande que, cuando apenas contaba ocho años de edad, presentóse por primera vez al público en el teatro principal de Cadiz, revelando sus eminentes dotes artísticas en las comedias *La Archiduquesita*, *Hija y madre*, y *La alegría de la casa*.

El éxito obtenido prestó nuevos alicentos á Elisa Boldún, y desde aquel momento estudió sin descanso hasta llegar á la perfección con que soñaba. En 1858 y siendo discípula del insigne Julián Romea, ganó en el Conservatorio de música y declamación una plaza pensionada, y al lado de su maestro presentóse por primera vez ante el público de Madrid por el año 1860, en el teatro ya derribado de Lope de Vega.

En aquella época, aunque la escena no estaba tan pobre de actrices como ahora, pues brillaban en ella Matilde Díez, Bárbara y Teodora Lamadrid y Rita Luna, la aparición de la Boldún fué saludada con entusiasmo, y el triunfo que alcanzó haciendo la Margarita en *La oración de la tarde*, de Larra, fué inmenso.

Con Pedro Delgado y Manuel Catalina recorrió todos los teatros de España, y últimamente trabajó con Rafael Calvo hasta el año 1877 en que contrajo matrimonio.

Elisa Boldún se retiró con su esposo á Valencia, donde hoy vive.

Desde ese día la escena que abandonó y en la que no ha vuelto á presentarse más, quedó huérfana de actrices.

La Calderón, la Cotreras, la misma Mendoza Tenorio, también retirada de la escena, no son más que excelentes damas jóvenes; la Tubau, artista distinguidísima, cultiva otro género, y ninguna de ellas ha podido llegar á la meta: y es que la inspirada creadora de la *Juana de O locura y santidad*, y de la otra *Juana* no menos célebre de *La locura de amor*, de Tamayo tenía un corazón para sentir como pocas, y un alma de artista tan delicada que las grandes pasiones por ella tan finamente comprendidas tenían en la Boldún el más acabado intérprete. Era, en fin, artista capaz de desempeñar en una misma noche el drama trágico y la comedia de costumbres; la *Virginia* de Tamayo, la altiva matrona del *Cañillo de Simancas* de Zapata, ó la anciana baldada y ciega del gran drama de Echegaray, con igual exactitud que cualquier damisela casquivana de las tan admirablemente retratadas en el teatro de Bretón de los Herreros.

La Boldún aun alcanzó á estrenar algunas obras de Echegaray, haciendo de los personajes á ella encargados, creaciones admirables.

Al retirarse de la escena, Tamayo enmudeció, y Echegaray tuvo que dedicar-

se desde aquel momento á crear en sus dramas *hombres*, que solo podían comprender Vico ó Calvo.

Figura también hoy en nuestra galería JOAQUÍN ARJONA, actor eminentísimo que nació en Sevilla en 1817, y que ocupó uno de los primeros puestos de la escena española. Su biografía es poco más ó menos como la de todos los actores ilustres; gran vocación desde la niñez, y obstinación constante por parte de los padres para desviar sus inclinaciones.

Arjona en sus primeros años estudió humanidades, y desde muy joven abrazó la carrera del teatro; discípulo de Isidoro Maiquez, cultivó con gran aprovechamiento las lecciones del gran trágico, y llegó á dominar todos los géneros; haciéndose aplaudir lo mismo en la tragedia y el drama, que en la alta comedia y en la comedia de costumbres.

Recorrió Francia, Alemania é Italia, estudiando el teatro de estos países; y de vuelta en España, interpretó con aplauso el *Kean* y otras producciones de ese género que había estudiado en el extranjero, y obras españolas como *Un avaro*, *La rica hembra*, y *El sí de las niñas*, en las que no tuvo imitadores.

Murió en Madrid en 1875 y cuando ya su fama había decaído.

¡Triste condición del artista dramático!

Sus grandes estudios, sus desvelos, no sirven mas que para crear ficciones que nacen y mueren como la flor de un día.

El pintor, el escultor, el poeta, el filósofo, dejan sus cuadros, sus esculturas y sus libros, que han de vivir eternamente.

¿Qué queda de la sublime expresión de Maiquez en el *Hamlet*; del grito apasionado del *Otello* ó del *Edipo*, con que hacía Latorre estremecer al público, de aquella insuperable naturalidad con que Romea arrancaba un estrepitoso aplauso por el solo hecho de quitarse los guantes, ó bordar cualquier otro insignificante detalle de la acción?

El actor muere sin dejar rastro de su obra, y solo queda en él un nombre glorioso, cuyo nombre también se va oscureciendo con el tiempo.

PEDRO CARRASCO CUBAS, que figura entre los artistas que recordamos hoy, fué el precursor de Guzmán, y el primero que tuvo el privilegio de despertar la hilaridad de nuestros abuelos.

Encontrar un cómico en la verdadera acepción de la palabra, es tan difícil como encontrar un trágico.

Es un género que parece el más asequible, pero su camino está sembrado de dificultades; y la prueba es que en ese género no hemos tenido en todo lo que va de siglo más que cuatro grandes actores: Cubas, Guzmán, Mariano Fernández y Zamacois.

Cubas nació en 1777. Dedicóse al teatro á la edad de trece años, con mal éxito por cierto; pero su perseverancia y estudios fueron tan constantes que, una vez corregidos sus defectos, se hizo dueño del público. En 1805 trabajó con Maiquez, y en su compañía permaneció hasta la invasión francesa de 1808, época en que vino á Montevideo, manteniéndose en la vecina República hasta la conclusión de la guerra.

Hay en la vida de Cubas un curioso episodio que afectó profundamente á nuestro biografiado; encontrándose en Valencia en 1815, le hizo comparecer el tribunal de la Inquisición por haber representado las comedias *El diablo predicador* y *El ángel pastor San Pascual*, tildando de hereje al chispeante actor.

El natural sobresalto al verse entre las garras de los inquisidores le ocasionó una gravísima enfermedad; y aunque libró de ella milagrosamente, quedóle como reliquia una convulsión nerviosa que le duró toda su vida.

Cubas continuó presentándose en la escena para regocijo del público, pero sus achaques le obligaron á retirarse en 1843, muriendo á los pocos años.

PEDRO CARRASCO CUBAS era abuelo de nuestro viejo y buen amigo Luís Cubas, tan querido del público de Buenos Aires, actor cómico también que tuvo su época de merecidos triunfos, tanto en España como en estas Repúblicas.

Viene ahora JOSÉ VALERO, tan universalmente conocido, y cuya muerte reciente enlutó el teatro español.

Don José Valero ha sido uno de los actores más geniales que hemos conocido. Como el poeta Zorrilla, había sobrevivido á su gloria: y aunque trabajó hasta el día de su muerte, puede decirse que el público de la última generación conocía al hombre, pero no podía ya apreciar al actor.

Su vida es una serie no interrumpida de aventuras y vicisitudes. Así es que, para hacer su biografía y retratar los rasgos típicos de su original carácter, necesitaríamos largo espacio.

Era también sevillano como todos ó casi todos los actores cuyos recuerdos publicamos hoy, y nació en un año célebre, en 1808.

Al lado de su padre Antonio Valero, actor muy querido, hizo sus primeras armas en el teatro, presentándose en él por primera vez desempeñando un papel de niña en el drama *El pastelero de Madrigal*.

En los últimos años del reinado de Fernando VII hizo gala de sus progresos escénicos en todos los teatrillos de aficionados madrileños, y poco tiempo después entró de lleno en el teatro, *sentando plaza* de galán joven en una compañía que trabajaba en el antiguo teatro de la Cruz, de Madrid.

Aquel fué el pedestal de sus glorias; el público que aplaudía á Latorre, á Caprara y á Guzmán, vió en Valero una hermosa esperanza que él se encargó de convertir en realidad; y después de cultivar todos los géneros brillantemente y de obtener el título de profesor honorario del Conservatorio de Madrid, transformó el gusto del público, imponiendo el teatro romántico, en el que arrebató á los espectadores con sus rugidos de venganza, sus carcajadas históricas, ó sus ayes de agonía.

*Luis XI, La carcajada, Los amantes de Ternel, Juan Lorenzo, Las querellas del Rey sabio, La campana de la Almudaina, El avaro, La aldea de San Lorenzo*, son obras que no volverán á tener en muchos años un intérprete tan feliz como Valero, y con ellas alcanzó lauros imperecederos no solo en España, donde su recuerdo es inolvidable, sino en todas las naciones donde se habla la lengua castellana.

Valero recorrió varias veces Cuba, Puerto Rico, Méjico, Montevideo, la República Argentina, Chile y Perú; en todas partes, como ya hemos referido, ganó grandes fortunas; pero era dadivoso como ninguno, y á su lado no había pobre que dejase de ser socorrido espléndidamente. Por esto, en todas partes se llevó los aplausos y las bendiciones del público, y en todas partes dejó su nombre rodeado de una aureola de gloria.

¿Quién no recuerda, como uno de los rasgos más salientes del gran corazón de Valero, la noche que en Méjico, entre las demostraciones delirantes del público, habiéndole llamado el Presidente de la República, y preguntándole qué merced quería como premio á su talento, contestó:

—La vida del hombre que está en capilla?—Gracia que alcanzó en el acto.

Cuando apenas podía con los años que llevaba encima, aun tuvo valor para cruzar el mar y despedirse del público de Buenos Aires, hace cinco años, lanzando aun sus célebres carcajadas con los bríos de la pasada juventud.

Es justo recordar que pudo regresar á su patria gracias á la generosa acción de nuestro compatriota el señor Luis Castells, quien regaló al anciano artista una crecida suma.

A su regreso á la península sucumbió aquella naturaleza de hierro, dejando en la escena española un hueco que no se llenará fácilmente.

Otro artista nunca bien llorado es RAFAEL CALVO, actor que, como Valero, estuvo en Buenos Aires poco tiempo antes de morir, y que dejó el mundo en el apogeo de su gloria, cuando, como al malogrado Gayarre, le sonreía la fortuna por todas partes.

Calvo ha sido uno de los actores más discutidos y también uno de los que más partidarios han tenido en el público; sus acentos apasionados y su manera de decir, cualidad en la que no ha tenido ni tendrá rival, aunque sea aventurado aseverarlo, apasionaron al público desde los comienzos de su carrera artística.

En el drama romántico Calvo era un coloso; y para mayor milagro, como recordarán cuantos le han conocido, ni su figura ni su voz estaban en armonía

con las cualidades indispensables que necesita el actor: sin embargo, en virtud de su genio, en el *Don Alvaro*; en el conde de *Argeles* de *En el seno de la muerte*; en el *Segismundo* de *La vida es sueño* ó en el *Ernesto* de *El Gran Galeoto*, su figura tomaba proporciones gigantescas á los ojos del espectador, y su voz ronca se convertía en un raudal ora impetuoso, ora dulcísimo, que iba vertiendo los versos en los oídos del público, como una cascada de perlas.

¿Quién podrá olvidar las inflexiones de aquella voz que convertía en versos admirables hasta los más *pedestremente* medidos?

Calvo nació artista: vió la primera luz en Sevilla, donde aprendió á amar la poesía que allí se respira en su cielo, en sus flores y en sus mujeres: era, por ende, hijo de artistas, pues su padre José Calvo, ha sido uno de los mejores actores de carácter que hemos tenido.

Su primera vocación fué la escena; pero el padre, no muy conforme con la vida aventurera del teatro, quiso reservar á Rafael para empresas más grandes, induciéndole á que estudiase jurisprudencia.

Cursó los primeros años de leyes en Barcelona, pero abandonaba con frecuencia los textos del derecho romano y las *Partidas*, por las obras dramáticas de los clásicos que estudió con particular empeño.

En Madrid se presentó al público por primera vez en el Teatro Español. Se ponía en escena un drama titulado *Pizarro*. Rafael, sin que lo supiera su padre, estudió un papel insignificante, un negro que en una de las escenas decía un breve parlamento en quintillas, y del cual había sido encargado un *racionista*.

Calvo con el rostro embadurnado dijo el parlamento; pero, ¡cómo lo dijo!

El público desde el momento que declamó la primera quintilla quedó pendiente de sus labios; la dulce *música* de su voz impresionó hondamente, y cuando terminó, una ovación ruidosa, espontánea, partió de todos los ámbitos del teatro; era la ejecutoria de actor que el público concedía á Calvo sin más reservas.

Al concluir la función, Mariano Fernández, que estaba á punto de partir con su compañía para Santander, le dijo entusiasmado:

—Rafael, te contrato de galán joven.

El resto de su vida es ya bien conocido.

Sus profundos estudios y su gran ilustración le perfeccionaron en el arte, y durante muchos años ha sido el actor mimado, el creador de casi todos los héroes del teatro de Echegaray, quien le amaba como á un hijo, y quien más ha trabajado por volver la escena española á su antiguo esplendor.

Calvo ha sido quizás el mejor lector de versos que ha habido en España. Merced á su iniciativa, se creó en el teatro Español la costumbre de leer las obras líricas de nuestros poetas contemporáneos.

*El vértigo*, *La visión de Fray Martín*, *Un idilio*, *La selva oscura* y *La última lamentación de Lord Byron* de Núñez de Arce, y *Por donde viene la muerte* de Campoamor, se leyeron por primera vez en aquellos viernes inolvidables, donde el público se volvía loco aplaudiendo hasta el delirio al actor y á sus poetas favoritos.

El fiel intérprete de nuestro teatro antiguo y de las grandes creaciones del teatro moderno murió en Cadiz de un ataque de viruela confluyente, cuando abrigaba la idea de abandonar la escena.

Artista por excelencia, conocía su propio valer, y decía:

«Estando ahora en el apogeo de mi gloria, no quiero que el público me vea descender, como le ha sucedido al pobre Valero.»

Calvo, durante su vida, tuvo un rival: ANTONIO VICO.

La rivalidad de ambos la extremaban los partidarios de uno y otro, llegando sus apasionamientos hasta provocar ardientes polémicas, resucitando los tiempos de *chorizos* y *polacos*.

Al hablar de dichas polémicas, viene á nuestra memoria la siguiente cuarteta que publicó un periódico con motivo de los apasionados juicios de los dos bandos:

« Calvo dice, Vico hace;  
los dos soñ de gran provecho:  
pero va del uno al otro  
lo que va del dicho al hecho ».



En efecto, Vico, el único que aun soporta sobre sus hombros el enorme peso del teatro español, es actor de genio, de inspiración exclusivamente: en una palabra, *hace*.

A cualquier crítico imparcial que se le hubiese preguntado cuando vivía Calvo, cual de los dos valía más, se hubiese visto en un duro aprieto para contestar; porque Calvo y Vico, aunque convergían en un mismo punto, la gloria, eran completamente distintos.

Calvo estudiaba, no perdonaba un detalle; cuando representaba, llegaba á compenetrarse de tal manera de su papel, que imponía á cuantos con él trabajaban. ¡Pobres comparsas los que caían por su cuenta cuando en *El Trovador* por ejemplo, robaba á *D<sup>na</sup> Leonor*, y se defendía contra ellos descargando con furor salvaje su mandoble!

La noche que estrenó *Haroldo el Normando*, de Echegaray, le dió en la escena del desafío tal paliza con el machete á Donato Giménez, que le tuvo imposibilitado de trabajar algunos días. Otro dato más: haciendo el *Don Alvaro*, en San Sebastián, al despeñarse en el último acto se rompió el brazo derecho. Bastan estos detalles para comprender la pasión con que Calvo trabajaba.

Vico, indolente por temperamento, se abandona á su propio genio.

Crea en el momento que se presenta ante el público, y le arrebató con un gesto, con una mirada, con una inflexión de voz.

Hay que ver á Vico la noche que dice *voy á trabajar*.

Otra de sus grandes ventajas es que brilla por igual en todos los géneros.

Representa de una manera sublime, y asombra en el *Diego de Los Amantes de Teruel*, y hace desternillar de risa en el *brigadier* de *Jugar al escondite*.

De la misma manera persuade haciendo un galán joven, que un actor de carácter; lo mismo se aprecia su genio en dramas como *La Jura en Santa Gadea*, *La muerte civil*, *La muerte en los tabios*, *Guzmán el Bueno* y *El Cid*, que en comedias como *La levita*, ó piececillas como *El padre de la criatura* y *Las sábanas del Cura*.

Y estas condiciones propias de un actor excepcional, Vico las reúne; domina al público á su antojo, y lo mismo le hace estremecer de horror, que deshacerse en ruidosas carcajadas.

Desde que se dió á conocer representando *La capilla de Lanuza* y *Guzmán el Bueno*, su carrera ha sido triunfal; cuando Calvo regresó de su viaje por América, olvidando antiguas rencillas se unieron en amistoso lazo, formando una sociedad artística de la cual podían esperar mucho los amantes del arte.

La muerte de Calvo fué un golpe dolorosísimo para Vico: y hoy, cansado y con escasas fuerzas, apenas puede soportar la penosa tarea que sus admiradores exigen de él; es profesor del Conservatorio, y actualmente dirige la temporada del Teatro Español; últimamente se atrevió á salvar las fronteras de Portugal, y tuvo en Lisboa triunfos envidiables.

Ahora acaba de obtenerlos en la América del Sud, por la que se decidió, venciendo su miedo al mar, á hacer una gira en 1893, obligado por circunstancias tristes para el buen teatro español.

Para terminar esta desaliñada semblanza, dejaremos la palabra á un festivo escritor, como él gaditano, el cual retrata su carácter de mano maestra en estas breves líneas:

« Dificilmente se encontrará un hombre más ocurrente ni más agudo, ni con más gracia natural.

Es *despóticamente* simpático: posee un don de gentes irresistible, y encanta y cautiva en su conversación particular, empedrada de cuentos, anécdotas, chascarrillos y frases felices.

Es uno de esos andaluces netos, con toda la sal *de la tierra*, y sin afectación de ninguna clase.

El tono, el acento, el gesto, la frescura del ingenio, la viveza de la imaginación, todo lo que es en él genial y característico, es al propio tiempo producto refinado y legítimo de aquel clima y de aquel cielo, de aquel ambiente y de aquel sol...

Vico resulta delicioso tratado superficialmente.

En los asuntos serios y de interés, hace constante gala y manifestación ostensible de una ligereza en ocasiones censurable.



Según el dicho vulgar, « no puede atarse con él tres ochavos de cominos. »

Sin malicia, sin propósito deliberado, acaso sin darse de ello exacta cuenta, Vico es frívolo y ligero como se es moreno ó rubio... y hay que quererle *á pesar de todo...*

Con su ejemplo y con su prestigio ha contribuido, en primer término, á crearnos á los andaluces una reputación de informales, que ciertamente no merecemos.

Pero en el pecado lleva la penitencia; porque él marcha, con justicia, á la cabeza de todos.

Y es que Vico ha nacido para figurar en primera línea en todo aquello á que se dedique.

¡Hasta en *eso!* »





# INDICE

---

	Páginas
DOÑA ISABEL LA CATÓLICA.....	3
DON CRISTÓBAL COLÓN.....	15
» JUAN DE PADILLA.....	29
» JUAN DE LANUZA .....	39
» MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.....	43
» PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA .....	47
» FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.....	53
FRAY LUIS DE LEÓN.....	57
DON SEBASTIÁN DE ELCANO.....	61
» ALONSO CANO.....	65
» DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA.....	69
» BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO.....	73
» AGUSTÍN ARGÜELLES.....	77
» FRANCISCO ESPOZ Y MINA.....	81
» MARIANO JOSÉ DE LARRA .....	85
» JOSÉ ZORRILLA .....	89
« GUSTAVO ADOLFO DOMÍNGUEZ BÉCQUER.....	93
» LEOPOLDO O'DONNELL .....	97
» NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO.....	103
» ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.....	107
» JOSÉ DE ECHEGARAY.....	111
» HILARIÓN ESLAVA.....	119
» EMILIO ARRIETA .....	121
» TOMÁS BRETÓN.....	125
ACTORES ESPAÑOLES— <i>Elisa Boldín—Joaquín Arjona—Pedro Carrasco Cubas—José Valero—Rafael Calvo—Antonio Vico...</i>	129

